

8444

*Al Centro Instructivo
del Obrero*

DR. D. ANGEL PULIDO Y FERNANDEZ

Angel Pulido

DE

GH Natural

276

LA MEDICINA Y LOS MÉDICOS

*(Mosaico de discursos, artículos, correspondencias,
semblanzas, pensamientos... & &)*

PRÓLOGO DEL DR. LETAMENDI

CE

OBRA ILUSTRADA CON RETRATOS

VALENCIA

Librería de P. Aguilar, Caballeros, 1

1883

IMPRESA DE MANUEL ALUFRE

A mi distinguido amigo

EL INSIGNE GINECÓLOGO Y HÁBIL TOCÓLOGO

DON PEDRO CALDERÍN Y CALDERÍN.

Querido Pedro: Bien saben Dios y mi ánimo que si como es mi deseo de obsequiarte hubiera de ser el mérito de este libro que te dedico, por sus excelencias habria de merecer dejarse muy tamañita la fama que gozaron *los aforismos* de nuestro común padre Hipócrates ó el *Canon* del mismísimo Avicena; sé que esto no ha de venir, empero aunque sea mi obrita con relación á otras lo que modesta luciérnaga, guarecida entre rastrojo, es al intenso foco de luz eléctrica que brilla aislado en las alturas, has de aceptarla como cosa buena, pues te juro que ninguna otra de mis obras ha de serme más querida, siquiera sea únicamente porque ninguna otra me recuerda en el grado que esta la zozobra que precede al discurso pronunciado, el calor del artículo de batalla, el desaliento del infortunio, el entusiasmo de la esperanza, el encanto de los viajes, la distracción del cuento, la aridez de la doctrina... y todos los cambiantes que un flaco y quijotesco espíritu médico ha podido experimentar en el curso (que ya va siendo largo para mal de mi cuerpo) de la práctica médica y literaria á que viene consagrado con más ardor que brillantez.

Y no digo más, sino que sabes ya lo que te aprecia y desea para tí tu amigo

Angel,



El mundo de los siglos XVIII y XIX

El mundo de los siglos XVIII y XIX

El mundo de los siglos XVIII y XIX

El mundo de los siglos XVIII y XIX

El mundo de los siglos XVIII y XIX

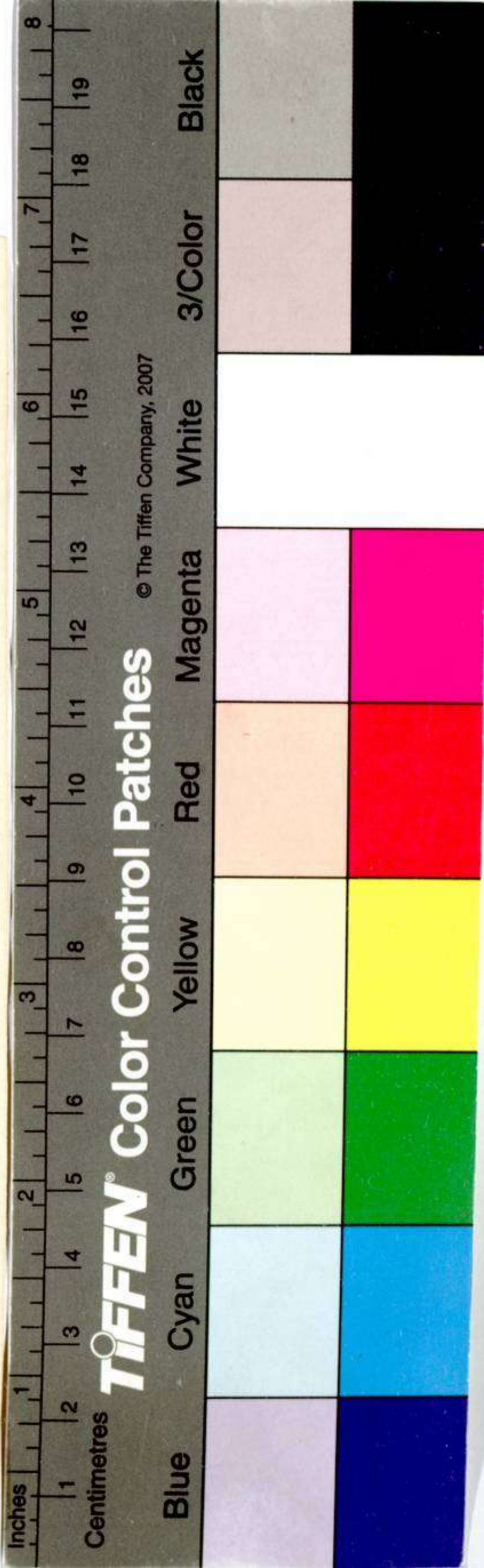


PROLOGO.

TODO podré expresarlo en este prólogo, menos el íntimo placer con que lo escribo: tan grato me es poner al servicio de mi leal amigo Angel Pulido mis facultades, valgan lo que valieren. Lo único que me trae apenado es la idea de que, quizás el mismo temor de no acertar á lucirlas todas, me impida tenerlas todas conmigo.

Por de pronto ya tropiezo con una fuerte dificultad; aunque, si he de ser franco, no me duele; pues conozco que el día en que se me dé todo llano y asequible, me moriré de polisarcia espiritual, ó sea, de aburrimiento. Pues bien; mi actual dificultad consiste en que, siendo el presente volumen, no un libro de asunto único y definido, sino un conjunto de libritos, libretes y libretillos, cuyos temas, por más que interesantes todos, y tratados con profundidad de intención y gallardía de estilo,

**



son tan independientes entre sí que ni el mismo Pí y Margall lograría *sinalagmatizarlos*, resulta que, lejos de ser el libro la natural espetera de donde pueda yo colgar mi prólogo, antes al contrario, éste ha de servir como de espetera donde queden colgadas todas y cada una de las piezas sueltas que componen el libro. De no acertar á vencer esta dificultad, viérame en la precisión de componer una especie de prefacio perchonado, con tantos vástagos ó estacas cuantos son los asuntos que en este volumen se contienen; cosa que, á fe, no he de hacer, ya por motivos estéticos, ya porque eso sería escribir un pólipo, y no un prólogo, que es lo que el autor me ha encomendado.

Y, bien mirado, no he de discurrir mucho para salir del paso; pues si estas piezas literarias que tengo el honor de prologuizar—y otras muchas que del mismo autor andan sueltas y con próspera fortuna por esos mundos,—vienen á ser, como en realidad son, sus propias *armas de combate*, ¿á qué perder el tiempo en clavar clavos, ganchos, estacas ni listones en la paciencia del lector, para formar con dichas armas una vistosa panoplia, teniendo como tenemos á mano y lleno de vida al propio caballero, legítimo y natural soporte de todas ellas? —Pues llamémosle de una vez; que aunque hoy por hoy se halla en París, yo no dudo vendrá diligente,—mas que fuere por arte de espiritismo,—á sacarme de este apuro; ya que más difíciles milagros lleva hechos para sacarme de otros, no milagros, sino apuros mayores.

Mientras llega el interesado, y para que el lector no se aburra, hagamos un poco de *subjetivismo*.

Lo primero que en este orden de juicios me he de permitir es protestar, enérgicamente, contra la

impropiedad del nombre de mi amigo. No comprendo por qué se ha de llamar ANGEL PULIDO á un mozo que, por lo talludo, fornido, resuelto y propenso á soltar una fresca al mismo lucero del alba, aunque se le presente de frac, tiene toda la traza de un ARCÁNGEL POR PULIR. Y no se tome á disfavor el retruécano, pues precisamente esa virilidad de arcángel, esa archiangélica ingenuidad del varón, absolutamente desprovistas de todo convencional pulimento, son las prendas que á mí más me atraen y llenan de su persona y trato. A mí el Dr. Pulido me hace el efecto de las estatuas de la Plaza de Oriente ó del Retiro: como ellas es todo carácter, todo espontaneidad, y tan sin retoques ni artificios que, por no engañar al mundo, hasta le deja ver la grosera juntura de las dos piezas de que, á semejanza de aquellos reyes de piedra, estamos todos formados, y que en la persona de mi amigo son, un alma como pocas y un cuerpo como muchos, cuya unidad y firmeza afianza interiormente el espigón de una voluntad de hierro. Cierto que un tal conjunto, tildado de *barocco* en el arte de la escultura y de rudo y adusto en el de la humana comedia, no suele obtener del mundo el mayor aplauso; mas también lo es que resulta el más cómodo y seguro para el trato entre hombres como Pulido y yo, que nos preciamos de serlo por los 7 planos clásicos del esqueleto. De ahí que resulte tan cordial nuestra amistad y tan sin retóricas nuestro moral comercio, no obstante la honda discordancia que separa nuestras convicciones filosóficas y científicas; llevando en esta parte nuestro desprendimiento á tal extremo que, si hoy, pongo por caso, él me leyera de pruebas, para ver la luz mañana mismo, una fuerte im-

pugnación á mis doctrinas, y yo, abstracción hecha del fondo y por sólo el superior concepto de obra de arte, de labor de hombre, la juzgase buena, de fijo que se la había de celebrar; en la seguridad de que él, dado el inverso caso, haría otro tanto. Mas ¿para qué andarme en suposiciones? Sin ir más lejos, entre las páginas 333 y 340 del presente volumen, en medio de una serie de semblanzas que el Autor intitula *Apuntes, perfiles y retratos*, y que, dados su moral intento y su desenfadado estilo, bien pudiera llamarse *Carrera de baquetas*, se encuentra un facsímile de mi persona, en el cual, después de pintarme con colores tales, que á mí mismo me ponen colorado, me atiza un palo,—y no de arlequín—que me deja como la corteza de quina que suele venirnos de Marsella, es decir, muy hermosa por fuera, pero sin quinina por dentro, ó como uno de esos soles cursis con que el virtuoso Municipio de Madrid se ha propuesto moralizar el Salón del Prado, y que, sin mengua de la industria electricista sea dicho, alumbran, mas no calientan. A bien que en la aludida semblanza, tanto supera al coscorrón de la repulsa el rico y sabroso bollo de las alabanzas, que, por toda protesta, me he de quedar murmurando: «Váyase el bollo por el coscorrón!»

Mas aun cuando así no fuera ¿no vale esa ruda franqueza mil veces más que el relamido y barnizado engaño?—Quien como Angel Pulido dice claro hoy, de persona ó cosa, lo que verdaderamente hoy piensa, dá con ello las más seguras garantías de que, si por acaso mañana mudare de consejo, no vacilaría en declararlo, en fuerza del más difícil y raro de los denuedos; del que uno necesita para vencerse á sí propio. Y tampoco es

esta una figuración mía optimista respecto de mi amigo, pues de ello ofrece también una prueba de las más singulares y decisivas el aludido capítulo del presente libro.

En suma: yo busco para mi trato hombres como Pulido, por la misma razón que para mi bolsillo quiero monedas de buena ley; pues de la propia suerte que á un doblón falso es inútil llamarle doblón, porque mal puede ser doblón si es falso; asimismo es inútil al amigo fingido darle nombre y trato de amigo, pues mal puede ser amigo si es fingido.

Y basta de subjetivismos; que nuestro hombre llegó y no es su fuerte el hacer ante-salas. Voy, pues, á sacar de él un cliché por el sistema ultrarápido, y que se vuelva á París á hacer de las suyas.

Angel Pulido no es lo que se llama un tipo; en él hay que distinguir, como en muchísimas individualidades muy beneméritas, aquello que tiene de común con una determinada variedad humana y aquello otro que tiene de privativamente suyo. Por el primer concepto pasará quizá desapercibida su figura entre la muchedumbre, y, sin embargo, en ello radica su mayor influencia en el mundo médico. Joven de unos 32 años, de buena estatura, recia complexión, holgado pecho, llano espaldar y bien sentados hombros, de donde penden, al parecer inertes, unos brazos tan dispuestos á jugarretear con la leontina del reloj, como á largarle un sopapo al primer tomador que se lo ande rondando, y, sobre robusta cerviz, una despejada testa de tipo oblicuo, sóbriamente vestida por cabello y barba á la militar, y animada por unas facciones carnosas, tan vagamente defi-

nidas como las fronteras de Turquía y Grecia, y tan exuberantes de vida que, cuando no han de trabajar al servicio del pensamiento, se entretienen, no en muecas patológicas, sino en dimes y diretes fisiológicos por exceso de tonicidad; y todo ese conjunto, de piés á cabeza, tan armoniosamente esbozado que no se echa de menos cuánto dista de la debida conclusión, resulta nuestro doctor Pulido Fernández un genuino representante del tipo que pudiéramos llamar *homo virilis*, ó, en términos más plásticos, del militar vestido de paisano, ó del paisano que ha nacido con vocación para militar.

Esto explica el carácter esencial é intensamente *militante*, batallador, propagandista y polemístico del autor de este libro; rasgos todos que, según ya dejo indicado, y es bien fácil reconocer, no constituyen últimas diferencias, ó notas características suyas, sino las de la variedad humana de que es digno y cumplido representante. De mí sé decir que, aunque sé que está casado, y que es bueno, feliz y hacendero marido, y aunque la mórbida carnosidad de sus labios, haciendo traición á la rusticidad de sus ojos, me advierte que cuando toda aquella maquinaria engrana con los dentellones del amor, ha de hacer buena la fábula de los deliquios de Marte, sin embargo, yo no lo puedo remediar, siempre que me separo de Pulido, al darle el Adiós, me asaltan tentaciones de añadirle «Memorias á la patrona.»

El carácter verdaderamente personal, ó privativo, de mi colega, ya es otra cosa. En este terreno Pulido es Pulido; todo conato de reducción de él á otro sujeto, fuera ocioso; constituyendo lo más culminante y digno de estudio aquello que,

cediendo á la moda, llamaré su ideal. Este ideal consiste: 1.º en que todos los españoles amáramos á nuestra patria y nos amásemos los unos á los otros (reservándose él, por supuesto, la regalía de expresarnos su amor á cachete limpio, por aquello de «quien bien te quiera te hará llorar;») y 2.º en que todos trabajáramos como negros, progresáramos como blancos, fuéramos tenaces como los pieles-rojas y pacientes, nimios y prolijos en la labor como los mogoles. Así se explica por qué razón Pulido pega á quien ama y llora por dentro cuando pega por fuera, persuadido, sin duda, de que «la letra con sangre entra;» así se explica por qué andan siempre sus ojos inquietos y descontentos, como el que busca algo que ya de antemano teme no ha de encontrar. A mí, por esta expresión habitual, Pulido me dá lástima: páreceme un niño muy goloso, pero muy escamado de resultas de que los vecinos le echan caramelos de engañifa, y que, en viendo caer á sus piés otro más, ni puede dejar de fijarse en él, porque es goloso, ni puede creer que sea caramelo de verdad, porque se lo impiden los acumulados engaños. Hoy por hoy, lo más difícil para el espíritu de Pulido es llegar á convencerse de que en el interior de un papelito de *la Dulce Alianza* existe un positivo caramelo, ó, en términos más tristemente claros, que en el fondo de una reputación médica española existe una positiva personalidad, proporcionada á su prestigio y fama. El día en que algún compatriota suyo le dé esta grata sorpresa, del grito que va á lanzar nuestro *Arcángel por' pulir*, despertarán los apopléticos, y creo que de resultas hasta él se volverá más bonachón, más dulce, más tratable y quizá más indulgente y todo con

los que ahora fustiga, sin piedad ni miramiento, por desidiosos. Aquel día hará Pulido lo que no ha hecho hasta el presente, y es dar una dirección metódica y sistemática á su trabajo original, en lugar de emplear su actividad en inducir á los demás á que lo hagan, ó en azotarles porque no lo hacen, legitimando los consejos y los azotes con el ejemplo vivo de una laboriosidad incansable.

¿En qué ha consistido esa laboriosidad? En lo que, dado su carácter, es natural que consistiera; en la propaganda, la polémica y lo que me permitiré llamar la producción *à la fourchette*, ó enciclopédica al acaso, sin plan preconcebido.—¿Y qué productos ha dado esa laboriosidad? Muchos, muchísimos en dichos tres órdenes. Y no hay que maravillarse de ello. Aunque el Dr. Pulido es madrileño por nacimiento, procede, sin embargo, de asturiana sangre por padre y madre: es decir, que es asturiano *con ensañamiento*. ¡Digo, si será de resistencia el angelito!

—Pues ahora, buen lector, lo vas á ver, porque es llegada la oportunidad de vestirle sus armas y hacer un sumario recuento de sus hazañas.

Ya salió de la escuela con una armadura de *sobresalientes* y *premios* más flamantes que la que luce Gayarre en el Lohengrin. Con aquella especie de armadura, que llamaré de primera dentición, toda vez que las armas, al par que los dientes, son complemento de nuestro dermosqueleto, arremetió contra sesenta opositores á Sanidad de la Armada, alcanzando el número primero, y luego, tomando tierra, cayó sobre los campos de Sanidad Militar obteniendo, entre doscientos contendientes, el número tres. Esta salida á campaña no fué ciertamente de caballo siciliano, sino digna de

Prim, Zumalacárregui ó Cabrera, puesto que desde entonces, lejos de haber amenguado los ardores de Pulido, antes al contrario, en los 12 años trascurridos ha ido en incremento, *mudando* sus primeras armas, como defensas vivas que eran, al par de los dientes, por otras más recias y características y adoptando, por lo visto, como lema de su escudo

*Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear.*

Llegado á esta parte expositiva, séame lícito, por aquello de que «el orden de los factores no altera el producto,» reunir en un primer grupo las obras de nuestro Autor, cuya esmerada miscelánea compone el presente libro.

Con el título *Carácter actual de la Medicina*, encabeza la serie un magnífico discurso, pronunciado por mi cliente en la Médico-quirúrgica; trabajo positivista de frac y guante blanco, en el cual, si el autor me consintiese una sencillísima *fé de erratas* en estos términos: «Donde quiera que se cuelga el milagro á la *escuela positivista*, cuélguese á la *ciencia positiva*, (cosas ambas que distan *toto cælo*) llegaríamos á comulgar—como diría un krausista,—en idénticos principios.» Fuera de este reparillo, y, mejor aún, dentro de él, te suplico, lector, que saborees dicho discurso, rico en erudición y de una arquitectura verdaderamente corintia.

Sigue á este una sustancial disquisición del ORIGEN É IMPORTANCIA DE LA CRANEOMETRÍA; trabajo positivista de bata y babuchas, es decir, de balance casero, donde la ingenuidad del autor, puesta á prueba, opta por dar á entender—y yo,

lector, lo he de decir claro—que aparte el ángulo facial, nada positivista y muy sin pretensiones de Blumenbach y Camper, medianamente útil para *los universales de la Ethnographia*, todo lo demás que se ha pretendido establecer, con aplicación á los *particulares* de este importante ramo, resulta absolutamente falso, y, á puro de falso, perjudicial, por la completa carencia de sentido anatómico de que adolecen las pretenciosas determinaciones de investigadores, muy ilustres, sí, pero más conocedores de los órganos que del organismo.

Mientras llega oportunidad, tiempo y salud para hacer buena, si fuere preciso, la grave acusación que acabo de lanzar, séame lícito dirigir mi felicitación al Dr. Pulido por la honradez intelectual que en él revela su capítulo sobre Craneometría.

La conocida Epístola al Dr. Esquerdo, titulada **CONFLICTOS ENTRE LA FRENOPATÍA Y EL CÓDIGO**, forma la tercera pieza en el inventario de este libro.—Es un magnífico *tutti* de inteligencia, voluntad y sentimiento, que no en balde obtuvo en su día un éxito brillante, y al cual estaría yo dispuesto á suscribir, á pesar de la diferencia fundamental de principios, en obsequio á la identidad de los fines; bien como el Sr. Martos, *exempli gratia*, no vacila en sumarse con los siniestros de la dinastía, cada y cuando le conviene á sus fines políticos, aunque no sean dinásticos sus principios. De todo lo cual tengo dada fé en mi reciente Discurso: «La criminalidad ante la ciencia.»

MOVIMIENTOS REFLEJOS es el título de la cuarta monografía, trasunto de una sóbria y bien acabada conferencia, acerca de esta materia, donde el fin didáctico está atinadamente servido por una apreciación puramente científica de los hechos y

por el estilo anhidro, ó enjuto sin sequedad, propio de la cátedra.

Y luego, sin duda obedeciendo á la estética ley de los contrastes, vienen, como quinto capítulo, las que el autor denomina CONVERSACIONES ÍNTIMAS, y cuya intimidad consiste en haberlas tenido con el público desde el balcón de *El Siglo médico*. Aquello es un castillo de fuegos, y no artificiales, lanzados con todo el desenfado del que, aburrido de enfadarse, opta por reirse de las humanas flaquezas, ó más propiamente de las galénicas miserias.

Dicho quinto capítulo viene á ser como la sopa á la *Julienne* del sexto, intitulado ARTÍCULOS ó *fantasías profesionales*; cuyo menú es á saber: *El 29 de Abril de 1874,—Honorarios médicos,—Filantropía médica,—La cuarta potencia,—Ossa humiliata,—Honremos la clase,—La escultura anatómica,—Ciencia y Arte,—Medicina franca y alemana—y Borrasca*. Todos estos guisos, excepto el penúltimo, que representa el impecable asado, parecenme aderezados en Reus, según trascienden todos á canela, clavillo, pimienta y nuez moscada; y aun así y todo, quizá no los puedan digerir más de cuatro y más de cuatrocientos estómagos atacados de anorexia moral.

Y viene, por fin, la sexta y última y más extensa parte del libro, compuesta *ad hoc* para el natalicio de este, la cual lleva por título APUNTES, PERFILES Y RETRATOS, y por remate LOS ORADORES DEL CONGRESO MÉDICO. De esta sección llevo anticipado en la madrugada de este Prólogo mi juicio sintético; juicio que debo aquí rectificar, pues deseo librarle de la nota de temerario. He dicho que es una «carrera de baquetas,» y ahora, ha-

biendo hecho de él una más concienzuda lectura, debo modificar mi opinión diciendo que es una especie de carrera fantástica en honor de la Diosa Actividad, donde los indolentes son los baqueteados, y los laboriosos los que al autor le sirven de baquetas para baquetear á los indolentes.

En resumen; que allí todos, quieran que no quieran, tienen que danzar.

Y aquí dá fin el apuntamiento del libro, mas no el de las armas y gestas de su autor; de las cuales, lector curioso, si lo fueres, te voy á dar, en apretado haz, las más principales, y son: entre las obras de todo tamaño, «*La lactancia paterna;*» estudio peregrino y el primero, que yo sepa, debidamente sistematizado sobre el particular;— «*La estrangulación interna,*» completísima monografía llena de sentido clínico;— «*De Carabanchel al Paraiso,*» curioso folleto en colaboración con el distinguidísimo *criaturista ó philopædiólogo* Tolosa Latour;— «*El Paludismo en Madrid;*» estudio concienzudo;— «*Locos delincuentes,*» discursos pronunciados en el Ateneo;— «*Sobre el carbunco,*» opúsculo;— «*Congreso dosimétrico;*» especie de folleto-zurribanda;— «*Expedición á las cuevas de Artá;*»— «*Apuntes sobre el estado actual de la Medicina en España y Portugal,* libro de unas 200 páginas, muy interesante;— «*La ovariectomía en España;*»— «*Retazos clínicos;*»— «*Un buen tratamiento del Hidrocele;*»— «*Diátesis cancerosa;*»— «*Importancia del microscopio en Medicina;*»— «*Un descubrimiento del siglo XX* (que no he leído; pero que de fijo, siendo de tal autor, no será el de vivir sin trabajar), etc., etcétera. Además, como si no le bastara á Pulido la actividad propia, ha sido traductor de algunas obras importantes; todo ello sin perjuicio de

varios discursos inaugurales, secretariles, artículos sueltos, dictámenes y demás menudencias que, cuando se juzga de un hombre de la inteligencia y laboriosidad de Pulido, bien pueden y hasta deben ser omitidas, á título de morralla literaria.

Añádase á toda esta actividad una serie de viajes á Portugal, Francia, Bélgica, Suiza é Italia, estudiando é inquiriendo y, además, arrojando de continuo correspondencias periodísticas, sin duda para acreditar que el don de ubicuidad no es exclusivo de Dios, sino también patrimonio de las almas muy activas: añádase asimismo su valiosa cooperación á la empresa del inolvidable Pedro Velasco; el cultivo de la *práctica civil*, como la llamaba un colega mío muy tonto, de la cual se puede asegurar que, si es cierto que diez enfermos no ocupan tanto tiempo como veinte, es evidente y práctico que tres y aun uno solo, quiebran y desbaratan los planes intelectuales del día, tanto como cincuenta; y luego curso de partos por aquí, repasos de Anatomía por allí, Academia Médico-quirúrgica por allá, ginecológica por acullá, armando en todas partes zambras, pependencias desde la izquierda científica, mucho más antigua que la dinástica; ámen de la lima sorda, ahora de «*El Anfiteatro anatómico,*» ahora de la «*Revista de Medicina y Cirujía prácticas,*» ahora de «*El Siglo médico,*»..... y cualquiera se explicará cómo pudo causar á Angel Pulido tan grande impresión aquella travesura mía de «*Las tribulaciones del éter,*» que en su lugar de este libro traslada de mano y memoria maestras; pues por fuerza en aquella descripción de la vertiginosa actividad de una molécula etérea hubo de reconocer la fiel imagen de su inquieto, aprovechado y conspicuo espíritu.

A toda esta actividad y á sus múltiples manifestaciones imprime Pulido singularísimo carácter, á favor de un estilo y un tono de expresión realmente suyos. Cuando perora, ni gime porque el gran Fulano gemía, ni canta porque el insigne Zutano cantaba, ni brama y dá largos paseos de fiera enjaulada, poniendo en caricatura al ilustre tribuno Perengano, que, por virtud propia, espontánea, arrojaba de su boca truenos por palabras, centellas por razones y, hallando su grandeza cárcel estrecha el holgado salón del parlamento, sentía necesidad de agitarse porque no cogía en él. No: Pulido se ha librado de esa ridícula neurosis de la imitación; persuadido, sin duda, de que quien trata de imitar á otro, deja de ser él y nunca llega á ser el otro.

Un rasgo muy peregrino tiene, en el orden material, la voz de Pulido. Parécese su garganta á las mujeres de cierta Villa que yo me sé, las cuales á los quince años ya empiezan á marchitarse, mientras en cambio, á los sesenta aún se mantienen hábiles para una campaña. En efecto, al comenzar Pulido un discurso, ya tiene la voz velada y como fatigosa, y, sin embargo, á las dos ó tres horas de perorar, todavía se conserva sin más novedad y en disposición de emprender otro discurso.

En cuanto al estilo, ofrece el Dr. Pulido, además de una notable conformidad entre lo oral y lo escrito, un verdadero carácter propio. Bien se le echa de ver la doble influencia que, de una parte Pedro Mata, el más grandilocuente de nuestros oradores médicos, y de otra Emilio Castelar habrán ejercido en su ánimo durante su período de formación: sin embargo, no se ha podido

ocultar á su claro talento lo peligroso de tales modelos y hasta qué punto la imaginación se convierte en un erial cuando no la penetran las ocultas filtraciones del entendimiento y no la fecunda el graduado calor de la oportunidad; sin cuyos requisitos, las más vistosas flores retóricas se convierten en flores de papel, sin savia, sin virtud, sin aroma. De ahí, sin duda, que mi elocuente colega, reserve esas demasías para los oficios de gloria, como los curas sus ternos de llama de oro, y que, fuera de estos contados casos, perore y escriba sin trascender su palabra á ageno estilo, con toda la espontaneidad propia de su poderoso ingenio.

En todo caso, sin embargo, lo más importante del estilo de Pulido es la virilidad y, dentro de la virilidad, la originalidad del proceso ideológico del discurso: prenda rara, rarísima en los tiempos que corremos, en que se va haciendo general el ser orador de ropas hechas. A Pulido hay que oírle, punto por punto, cuanto dice, porque no es de los que dejan fácilmente adivinar lo que va á decir. No es como aquellos oradores que en cuanto sueltan, por ejemplo..... «*hasta que la revolución, rompiendo los an*», ya pueden los taquígrafos adelantarse á escribir, con el aplauso final y todo,... «*tiguoh moldeh, abrió al pensamiento nuevoh horizonteh para la realización de loh grandeh idealeh de la humanidad;*» y todo esto trocando cuidadosamente las *eses* finales en *haches* bien *haspiradas*, á fin de que el período suene entre flamenco y alemán, mas que el orador fuere catalán ó gallego. No: afortunadamente quedan jóvenes como nuestro autor, que, alejados de esa oratoria de reata, y aceptando los grandes modelos como material de *nutrición*, no de *sustitución* de nuestro espíritu,

comprenden que de la misma suerte que cuando cenamos carne de vaca, no es para amanecer al otro día transformados en vaca, de la propia suerte cuando estudiamos á Rios y Rosas y Moreno Nieto, á Demóstenes y Cicerón, no es para convertirnos en ellos, sino para que ellos, con su sustancia, nos nutran y robustezcan á nosotros en cuanto somos nosotros, cada cual según su peculiar naturaleza.

Para concluir, añadiré, que si á todas estas armas, virtudes y empresas que llevo descritas, agregas, querido lector, una notable facundia y un caudal de instrucción enciclopédica, quizás un tanto desequilibrado, pero riquísimo y sólido, tendrás lo que al comenzar te prometí; la vera efigie del caballero, autor de esta obra, armado de todas armas y ostentando en su rodela el blasón de sus honrosas fazañas.

Y aquí doy punto final á mi tarea, no sin antes dirigir una sentida salutación á mi estimadísimo amigo, colega y vecino Dr. D. Pedro Calderín, distinguido ginecólogo á quien el autor dedica este libro, y á quien por sus notorios merecimientos pongo sobre mi cabeza, además de haberlo hecho de antemano el casero, con arrendarle el cuarto segundo de esta casa donde dicen que vivo, (aunque, según todavía disto de la cabal salud, no sé si vivo ó si muero), y de la cual no obstante, puedes desde luego, lector, disponer como si fuese la tuya propia.

Vale.

JOSÉ DE LETAMENDI.

Madrid 20 de Julio de 1883.



CARACTER ACTUAL DE LA MEDICINA.

DISCURSO

*pronunciado en la Academia Médico-Quirúrgica
Española.*

SEÑORES:

ANTES de acometer el desarrollo de la cuestión que aquí se debate, habreis de permitir me lamentamente una vez más sobre las que ya lo hice en la sesión anterior, de que falte en este local el Sr. Santero, á quien dedico la parte principal de mi discurso, con toda la cortesía que se merece, puesto que á instancias suyas y para replicar á juicios también suyos, he pedido la palabra, y aun cuando sé que han de llegar á su conocimiento las doctrinas que yo aquí exponga, encuentro algo enojoso, igual que nuestro ilustrado consocio el Dr. Osío lo encontraba, replicar á exposiciones de un ausente. Sin embargo, como no es mía la culpa de que así suceda; y como por otra parte, aun cuando quisiéramos desconocerlo no podría-

mos, ni en justicia deberíamos intentarlo, que el señor Santero (D. Javier) representa entre nosotros el campeón único que se ha levantado hasta ahora, de una escuela que combate las aspiraciones de la escuela que defendemos la mayoría de los miembros de esta Academia; yo, haciendo todas las salvedades que se estimen convenientes, he de dirigirme al Sr. Santero igual que si él se encontrara en ese banco de la derecha y frente por frente á mí, como lo estaba en la noche que me aludió.

Y quiero empezar confesando que si aplaudo esa actitud valiente y hasta esa característica arrogancia de que blasona como paladín de lo pasado, bizarra belicosidad que le convierte en el alma de nuestra discusión, al mismo tiempo siento también que me despierta algo semejante á la compasión el verle convertido al papel de un abogado de ideas ya agonizantes, porque, señores, yo, aunque trato de persuadirme de lo contrario, no consigo ver aquí á este hábil polemista, sino como representando el papel de uno de esos abogados que ya por el amor al arte, ya por alteza de sentimientos ó por arrastres de esos compromisos que á todos nos encadenan siempre algo, hacen con calor la defensa de causas que consideran ya perdidas.

Y, hablando francamente, como yo estoy muy penetrado de que el Sr. Santero por su talento y su ilustración es muy digno representante de este siglo de las ciencias, y por ende tiene su perspicaz vista puesta en el porvenir, no en el pasado; y su inteligencia privilegiada se preocupa pensando en lo mucho que hemos de ganar, no en lo poco que hayamos podido perder; y su corazón late entusiasta por el encanto de las grandes maravillas que el progreso reserva á la humanidad, y no dolorido por el recuerdo de las instituciones que desaparecieron para jamás volver; y como yo estoy convencido, además, de que el Sr. Santero, tocado de un noble arranque, ha ocupado la derecha de esta discusión, porque ha visto que la Academia, demostrando cuál es el criterio aquí predominante, afluía en masa al

lado izquierdo, es decir, al más avanzado del debate, y seguro estoy, además, que hasta él mismo tomaría también con más vocación puesto entre nosotros, si compromisos de anteriores discusiones no le atasen á las doctrinas que sustenta; por todas estas razones encuentro ¡á qué negarlo! cierto parecido entre la actitud de nuestro consocio y la que podría ofrecernos cualquier religioso joven, descendiente de una de esas casas de antigua y muy ilustre prosapia, que huyendo de pronto, en arranque de mal humor, de la vida vertiginosa de opulenta corte, se retirara á ocultarse entre los despojos averiados de un antiguo castillo ó caserón solariego, opulento albergue señorial de sus antepasados, y encontrándose en el espacioso salón de los retratos, al contemplar aquel techo de severos artesonados y aquellas paredes vestidas por los ricos tapices que decoloró el tiempo; los cuadros donde se perpetúa la imagen de ilustres ascendientes colocada en solemnes posturas, y las rasgadas ventanas por entre cuyas góticas labraduras penetran los tibios y melancólicos rayos de un sol que traspone el horizonte, siéntese con la imaginación electrizada por el recuerdo de pasadas majestades y el alma embargada por la solemne unción de las tradiciones, y lanzándose presuroso sobre una de las panoplias, arranca de ella una oxidada borgoñota que coloca sobre su cabeza, aprieta contra su cuerpo aquel peto y espaldar, vieja herrumbre que brilló en su tiempo al sol de las batallas; cuelga de su cintura el pesado y tajante mandoble; abraza el escudo; empuña el lanzón, y alzando estentórea su voz, pregona con solemnidad las excelencias de todas aquellas instituciones y de todos aquellos privilegios que desgastó el roce lento de las evoluciones, ó descuajó el huracán impetuoso de la revolución, hasta que abrumado por el peso de tan insoportable y extraña vestidura, y enervado por el final lógico de su paroxismo, al reparar en los faldones de su levita que asoman por debajo de la armadura y distinguir al través de aquellas ventanas los hilos del telégrafo que se tienden de uno á otro horizonte como nervios metálicos

que propagan la vida de la inteligencia por todos los ámbitos del mundo, y la negra locomotora que avanza intrépida y resoplante, abrasada la cabeza por el fuego del cok, el fuego de la civilización, sin que nada baste á detener su marcha, torna á la realidad, despide lejos de sí y en un movimiento de reacción inversa todos aquellos útiles de lo pasado, y exclama dirigiendo al cielo su mirada: «¡Perdona, Dios mío, la insensatez de mi extraviada cabeza! ¡Rechazar el progreso es desviarse del camino de la verdad, único por el cual es posible llegar á las alturas donde te encuentras!»

—

Es lo cierto, señores, que todo lo pasado entraña en su propia condición de viejo tal delicadeza para ser discutido, que tan rutinario y sistemático ya parece quien defienda algo de lo que sucedió por aquello de que «cualquiera tiempo pasado fué mejor» como quien lo combate por aquello otro de que «el culto á la moda es la pasión de los necios.» Pero como yo creo que el fundamento de lo que aquí se discute obliga á las excursiones históricas, porque se trata de juzgar sobre términos comparativos entre lo de ayer y lo de hoy, y como creo que siempre, aunque con caracteres ó formas distintas, la filosofía de la historia se impone con toda la autoridad de su incontestable valor, y creo igualmente que la historia de la humanidad ofrece las propias singularidades que puede mostrar la historia de un individuo, como la historia del mundo intelectual y moral puede presentar análogos accidentes á los de la historia del mundo orgánico, y que existe en toda esta variedad de formas una prodigiosa unidad de fondo como si cuanto vive se rigiera por un código biológico que así alcanza á las más grandes evoluciones planetarias que se desarrollan en el Universo, como á las más pequeñas metamorfosis del organismo protista, y á las más complicadas manifestaciones de la sociología como á los más sencillos actos del individuo; creo por consiguiente,

que dentro de la historia y para la ciencia, hay períodos de oscuridad que se deben deplorar y extravíos que conviene precaver, como hay otros períodos brillantes que es de justicia celebrar y aciertos que interesa retener.

Y no es, señores, que yo venga á combatir decaencias de la antigüedad ocurridas por evoluciones in-contrastables, no; es que yo creo que de no incurrir en un fatalismo adocenado y cerrarse de banda á toda investigación, diciendo que *siempre sucede lo que debe suceder*, ó en un optimismo de resultados semejantes que aborte toda reflexión analítica profesando el principio de que *lo que ocurre es siempre lo mejor de cuanto podía ocurrir*, nos presenta la historia rasgos muy salientes, instrucciones sobrado expresivas que á la par que nos convencen de que la medicina actual tiene su fisonomía particular, nos aperciben de que debemos evitar con todos los esfuerzos posibles volver á originar aquellas causas que paralizaron todos los progresos de la ciencia durante un largo período de siglos, comprometiendo sus destinos y esterilizando nuestras aptitudes con preocupaciones, afanes y delirios que nada, absolutamente nada cuerdo, puede defender cuanto menos justificar.

Seguidme prestando la benévola atención con que me honrais, durante la ojeada histórica que voy á hacer y de la cual sacaremos las deducciones fundamentales que yo quiero consignar. Procuraré que mi excursión á lo pasado sea fugaz, y siempre limitándome á recordaros los grandes hechos que el que menos de vosotros seguramente tiene ya olvidados de puro sabidos; pero que son los que, examinados en conjunto, pueden ilustrar convenientemente nuestro espíritu para juzgar el tema que aquí se debate.

—

Señores, si la medicina pudiera engreirse de vanidad alguna, motivos tendría para enorgullecerse de la

ocasión en que vino á la luz de la historia, pues así como Jesucristo, todo paz y dulzura, vino al mundo cuando reinaba la mayor calma y bienestar del siglo de Augusto, así la medicina, que vive de la luz y del progreso, dióse á la historia tal vez en el siglo más deslumbrador que ha disfrutado la humanidad, en un período de renacimiento intelectual superior todavía, según muchos, al renacimiento florentino del siglo XVI; es decir, bajo la gloriosa y prolongada dictadura de Pericles.

En aquel glorioso siglo, en que Grecia disfrutaba de la calma que le proporcionaba el bienestar de todos los pueblos confederados, y reunía (fijaos bien en esta época), dentro de Atenas, su capital, filósofos como Anaxágoras y Platón; cuando se aplaudían en los juegos olímpicos los libros de Herodoto y se representaban los dramas sublimes de Esquilo y de Sófocles en aquel inmenso teatro en donde cabían 30.000 espectadores, y se recibía la gente pobre, gracias al *theoricon*, caja fundada con este objeto; cuando Fidias, Miron y Polycleto hacían brotar del mármol á los rudos golpes de su cincel, creaciones tan divinas como la *Minerva* del Parthenon y el *Doryforo*, el *discobolo*, la *novilla*, la *amazona* y otras muchas obras que elevaron el arte de la estatuaria á un esplendor todavía no superado; cuando Ictinus y Mnésicles engrandecen la arquitectura con monumentos como el Parthenon, y Polignoto pinta bellezas que se perdieron completamente; cuando se acabaron aquellos largos muros que unían Atenas á los puertos del Pireo y de Falerio, y la educación política de tal modo se generalizó que lo mismo comprendía al más ilustre de los eupatrides, que al más oscuro de los marineros, y tales libertades disfrutaba el pueblo que se consentía impunemente que los enemigos de Pericles le satirizaran calumniosamente en los parajes públicos... en este período ideal, de emulaciones sin cuento, de libre comercio en las doctrinas, de un esplendor que embriaga y deleita á quien le estudia, y durante el cual, la Grecia gozó de venturas que parecen reñidas con la

tristísima condición humana, fué cuando y sin duda también para que la medicina contribuyera en la parte que le correspondía á la perfección y grandeza del cuadro general, nuestra ciencia brotó á la luz pública con obras de tanto valor que todavía hoy las estamos saboreando, y dió tras de su progreso otro avance sorprendente que siglos después había de retroceder en gran parte, la pérdida de su carácter sacerdotal.

Pero es necesario que á fin de apreciar debidamente el por qué de este hecho y el valor de los testimonios que de entonces nos han quedado,—y que tan ridículamente se exagera por muchos que al mismo Hipócrates dieran lástima y enojo si este ilustrado médico resucitara,—paremos un momento nuestro examen y recordemos que aquella atmósfera de libertad que reinaba, aquel libre cambio de ideas que existía, aquella participación legítima de todo pensamiento en el trabajo común de las ciencias, y aquella conversión de las facultades del hombre á la realización de sus destinos mundanos y que lo mismo se reflejaba en las modestas esferas del arte, que en las altas cuestiones del derecho, traían á la vida pública lo que antes se recogía y se mistificaba en los misteriosos recintos de los dioses.

De los tres templos célebres dedicados á Esculapio en Cnido, Coos y Rodas, el primero había publicado ya sus *sentencias* médicas que se llamaron *cnidianas*; brillaban por su sabiduría y adquirían grande estima y confianza entre los enfermos, muchos filósofos que discutían en los gimnasios, y cobraron fama algunos gimnasiarcas como Icos, de Tarento, y Herodico, de Alejandría, y sin duda, obligada por esta atmósfera de luz que todo lo hacía público y accesible, la escuela de Coos publicó su celebérrima colección de *obras hipocráticas*, que en gran parte ha llegado hasta nuestros días, siendo como los cimientos sobre los cuales se ha venido levantando después todo el edificio médico.

¿Qué representan las obras de Hipócrates? Pues prescindiendo de lo que en ellas hay todavía de dudoso y de incompleto, representan á todas luces como rasgo

supremo y no discutible la suma de los conocimientos médicos que existían cuatro siglos antes de Jesucristo, es decir, hace veintitres siglos.

¿Qué autoridad y valor suponen hoy? Para esos apasionados de extraviada inteligencia que viven entregados á un culto insensato de hipocratismo, representan una biblia médica, algo como la letra escrita de una revelación sobrenatural que ha de ser imperecedera en el trascurso de los siglos, y á cuya interpretación ha de ceñirse forzosamente toda clase de adelantos, no de otro modo que el espíritu religioso trata de acomodar cualquier progreso al texto de las Sagradas Escrituras y á la doctrina de los Santos Padres; para los demás, para los que entendemos que el mundo se debe á un progreso incesante, y que el hombre se pertenece á un destino que realiza con trabajo y tiempo, aquellas obras solo representan la infancia de nuestro arte, un conjunto de observaciones y principios donde se registra capital notable de ideas por necesidad confusas, vagas, nacientes, exactas las unas, falsas las más, y á las cuales la medicina actual no puede en absoluto ceñir sus pensamientos ni convertir sus miras de hoy, como el hombre no puede convertir su inteligencia ya viril á los juicios de la infancia, para discurrir con acierto sobre los problemas que entraña su paso por el mundo. Con anatomía rudimentaria y sin fisiología alguna, ¿qué podía dar de sí la medicina griega? Lo que dió; que si á una impresión ligera puede parecer mucho, á un examen algo detenido ha de parecer sobrado poco, desde el punto en que considere que antes habían pasado ya centenares y centenares de siglos, durante los cuales la criatura humana debía venir preocupándose forzosamente de su salud, y los campos se habían empapado ya millones de veces en la sangre de las batallas, y habían brillado y perecido muchas ciudades populosas, y el sol había alumbrado civilizaciones tan espléndidas como las de la India, la Fenicia, la Caldea y otras no menos notables, y habían brotado y después habían invadido el mundo, y por último habían desaparecido razas tan vi-

gorosas como la pelásgica, dejando testimonios de que el trabajo humano había acometido y realizado obras gigantescas como los monumentos del Egipto y las grandes murallas de la China, y aquellas ciclópeas barreras de colosales peñascos que hoy tanto curiosean la arqueología. Y cuando todo esto se considera, y advierte después el examen nuestro que desde hoy á Hipócrates media una distancia que resulta brevísima, al compararla con esa inmensidad de tiempo que, á partir de la dictadura de Pericles, va desvaneciéndose en el abismo de la tradición, como la vista avanzando más allá de la luna va á perderse en lo infinito de ese espacio, donde á millones de millones de leguas todavía más apartados centellean luceros que á su vez perderán de vista otros planetas colocados á más remotísimas distancias, y en fin, cuando consideramos lo que la industria y las artes, y la navegación y el comercio, y el derecho político... etc., habían prosperado ¡ah! señores, entonces esas obras de Hipócrates que aisladamente juzgadas nos parecen monumento sobrado grandioso para hechura humana, nos parecerán ya muy modesta herencia para ser la de tantos siglos, y la de tantos dioses, y la de tantos pueblos, y la de tantos afanes por la salud, como la tradición nos asegura haber contribuido á su enriquecimiento.

Pero, en fin, poca ó mucha, á ella referimos nuestros primeros albores históricos, y es lógico y es justo que, supuesto en medio de las brumas de la fábula, jamás bien desvanecidas, vemos dibujarse la figura de un genio superior, de un compilador extraordinario, al que llamamos Hipócrates, tengámosle por padre de la medicina, sí, pero sin incurrir en un culto de santo respecto á sus escritos, que sería sobrado impío para divino, y resultaría demasiado imbécil para humano.

Hipócrates nos dijo, y lo dijo bien sin duda, cuanto entonces se sabía de medicina, fué el mejor y más afamado médico de su tiempo, su genio prodigioso recopiló los trabajos de los demás, y los engrandeció con sus concepciones, pero de todos sus escritos, lo que

más caracteriza sus doctrinas,—prescindiendo de esa cosecha clínica, seca, aislada, desnuda de toda interpretación filosófica, esencialmente positivista, que resalta en la mayoría de sus obras, y que no era más que la compilación de las anteriores observaciones, en las cuales se ceñía á su mil veces repetido consejo de que «no se puede decir nada sobre la naturaleza del hombre sin haber adquirido la certidumbre por el testimonio de los sentidos»—fuera de eso, repito, lo que principalmente caracteriza su doctrina es el *dogmatismo*, credo médico que, como sabéis muy bien, representa el consorcio de dos teorías, la de los cuatro humores y la de la cocción; aquellos, la sangre pituita, bilis y atrabilis, cuya perfecta mezcla y exacta proporción con los elementos del cuerpo suponía la salud, y la cocción en cuanto por ella los humores estravasados y puestos en contacto con elementos diferentes de los debidos, habían de salir y ocasionar la curación del enfermo.

Ciertamente, señores, que me basta haber fijado estos puntos, para que todos convengamos en que las corrientes médicas no van hoy por ese cauce; si algún médico todavía suspira por aquellos humores que cuando se desproporcionan y estravasan requieren cocciones evacuantes, ese colega lejos de inquietarnos debe merecer toda nuestra cariñosa solicitud, porque cumple una difícil misión, la de justificar que en cualquier tiempo debe haber algo digno de todas las épocas.

Aquellos afanes de explicaciones filosóficas que ya brilláran en tiempos de Hipócrates, prolongáronse durante muchos años, y dieron origen á los fundamentos de los dos métodos que después habían de prevalecer para el enriquecimiento de las ciencias; el de Platón, que predica las excelencias de la meditación pura, sin intervención alguna de los sentidos, por ser groseros y falibles en sus apreciaciones; y el de Aristóteles, su discípulo, que todo lo confía al testimonio de los sentidos, y rechaza los conceptos que no se basen en una provocación y comprobación sensualista.

Secularizada la medicina, tolerante como casi siem-

pre lo fué la religión griega con las discusiones filosóficas, y en predominio las doctrinas aristotélicas, para que nada faltase á estas abonadas condiciones de prosperidad, el gran maestro de los peripatéticos consiguió de su discípulo Alejandro Magno, un apoyo oficial que se tradujo en breve por la fundación de la escuela más célebre que registran los anales médicos, y que atrajo pronto sobre sí todo el prestigio que había logrado la de Coos.

Vuelve á flamear por efecto suyo en el Egipto la antorcha de la civilización, que con mano vigorosa sacude el genio del gran conquistador, fúndase la biblioteca alejandrina y tal revolución ocasiona el que se la destine al público, en aquella época en que la instrucción era difícil y limitadísima por la escasez y exorbitante precio de los textos, que un historiador la compara á la revolución que en tiempos modernos causó el descubrimiento de Guttenberg; amontónase sobre los museos alejandrinos gran riqueza de plantas y productos que envía Alejandro desde los países conquistados; autorízase la disección de los muertos, y entonces la anatomía—base principal, fundamento el más sólido de la medicina toda—de tal manera se cultiva, prospera y enriquece que merece dar su nombre á un período próximamente de tres y medio siglos de duración, y deja tras de sí descubrimientos imperecederos, y una profusión de nombres tan ilustres, como los de Herofilo y Erasistrato.

Recordadlo bien: mientras goza de esta opulencia la medicina, los criterios filosóficos se inspiran en cuatro fuentes opuestas, creando otras tantas escuelas que se conocen con los nombres de dogmática, metodista, empírica y ecléctica.

La primera, heredera de las glorias hipocráticas, conserva los tradicionales humores y sus crisis, levemente modificada esta doctrina en tiempos de Galeno, con arreglo á las exigencias de los adelantos anatómicos.

La segunda, ó sea el metodismo, que tuvo por principales y más afamados defensores á Asclepiades,

de Prusa, y á Temisón, de Ladoicea, era una escuela atomista por su doctrina y homeopática por sus procedimientos: en ella los átomos lo decidían todo, la salud dependía de su exacta proporción con los poros, y lo inverso ocasionaba la enfermedad; la terapéutica era una gratisima higiene, paseos á caballo, buen vino, etcétera, es decir, una conquista de las simpatías del enfermo y un alivio de sus males por esos remedios soportables y gratos que siempre lograrán muchos partidarios.

El empirismo—á cuyo frente brillaron Filino (de Coos), Serapión (de Alejandría) y Heraclides (de Tarento), discípulos de Herófilo y Erasistrato—se ciñe á un positivismo groseramente sensualista, á un positivismo naciente, en cuanto si estudiaba las manifestaciones fenomenales concretas de los padecimientos, no se elevaba á la abstracción y generalización de estos mismos fenómenos, investigando sus relaciones naturales y preocupándose de la ley que los presidía. Este carácter obligóles al amontonamiento de los hechos, que presentaron de una manera magistral en cuanto perfeccionaron mucho las descripciones morbosas, las cuales fundaban en lo que intitularon la *autopsia*, la *historia* y el *epilogismo* ó *analogismo*, que eran una serie de procedimientos y puntos de vista destinados á precisar la observación de los fenómenos aislando sus causas de error.

Y por último, figuraba el eclecticismo, con su carencia de principios, de método y de organización investigadora, con sus eternas pretensiones de escojer lo mejor y escojer con acierto.

Indudablemente que aunque todos los sistemas ofrecían ventajas, como todos presentaban defectos, y todos cooperaban, desde puntos de vista distintos si no opuestos entre sí, al progreso de las ciencias, era natural que predominase uno, y este había de ser el que se mostrara dotado de más robusta doctrina, de pensamientos más firmes, de historia más ilustre, y además tuviera la suerte de contar entre sus partidarios á ge-

nios más esclarecidos, y por todas estas razones quedó triunfante el dogmatismo, sistema que aunque no podía rivalizar con el empirismo en el estudio y exposición concreta del hecho, en su análisis y verificación sensual, superábale, en cuanto sabía remontar los vuelos de la razón á las delicadísimas regiones de la síntesis, para una vez allí buscar la fórmula de la ley.

Con este conocimiento se explica de una manera sencilla por qué el período anatómico legó la doctrina galénica á los siglos de oscuridad que habían de sucederle; lo lógico, lo obligado, lo inevitable, dada la potencialidad de cada sistema, era que así sucediese, y sucedió.

La medicina, pues, había llegado en tiempos de Galeno á un esplendor admirable; como un cohete luminoso había surgido de las manos de Hipócrates; lanzada al través de la atmósfera de la escuela anatómica, había subido sin tregua y en las obras de Areteo, Celio Aureliano y Galeno parece como distinguirse el estallido que remata en una lluvia encantadora de luminosas y coloreadas chispas que se extinguen de pronto y dejan el pensamiento abismado en las tinieblas de los siglos posteriores.

Muchas fueron las causas que determinaron esta parálisis y atraso, pero hay entre ellas dos de influencia poderosa que deben ocuparnos algo, porque su reconocimiento nos ayudará á comprender mejor el carácter de nuestra medicina actual.

Señores: durante los dos siglos últimos del período anatómico se realiza en el mundo un acontecimiento extraordinario, trascendental, que más tarde ha de variar por completo el rumbo de la civilización existente, y ha de modificar de una manera inconcebible por lo radical el espíritu de las sociedades y de las costumbres; ese acontecimiento es, como habreis supuesto, la propagación del cristianismo.

Sobre el Gólgota muere clavado en el infamante madero un judío: Hombre-Dios para los unos, Dios-hombre para los otros, todos, absolutamente todos, sin

distinción, reconocen en él una criatura de facultades sobrenaturales. Dotado de una inteligencia fenomenal y de un espíritu moralista superior al de Platón, á diferencia de éste contrae su interesante afán en los que sufren; y bien sea porque una predestinación divina le condujera, bien porque el espectáculo de la sociedad le arrastrara, aquel hombre concluye por desarrollar en su cerebro todo un código de virtudes celestiales y por acometer con su cuerpo la redención de todo un mundo.

Impuras las vestales, desprestigiados los falsos dioses paganos—carcomida herencia de razas ya caídas, y ante cuyas aras se habían prosternado centenares de fuertes generaciones—esclavizado el mundo entero por un pueblo opresor y belicoso, que ataba á las cuadrigas de sus tiranos los reyes vencidos, triunfante por doquiera la maldad y la injusticia, atormentada y escarnecida la virtud, fácilmente se concibe que aquella predicación que brotaba de los labios de un hombre puro, había de encontrar eco en el corazón de muchos desgraciados.

De nada sirvió la muerte del maestro y la persecución y martirio de los discípulos; había entonces por do quiera, y había sobre todo en Roma, entre un pueblo feliz y tiránico, otro pueblo desgraciado y oprimido, el pueblo esclavo, para el cual la vida era un martirio, y que cual náufragos perdidos en medio de un proceloso mar de desdichas, habíanse de agarrar á la tabla salvadora de la buena nueva, que armádoles de un valor y de una resignación incontrastable para sufrir sus desdichas en esta vida, les ofrecía una recompensa prodigalísima, infinitamente superior al martirio, para después de la muerte; y las conversiones se multiplicaron, y aquellos circos que habían servido antes para fiestas navales y luego para lucha de fieras y después para combates de gladiadores, se convierten en el campo de los martirios para los cristianos, y tantos mueren allí, que mejor que con los pesados *velariums* extendidos sobre el circo, pudiera el público resguardarse de los ardientes rayos del sol romano con la espesa neub

que debía formar el vapor de tanta y tanta sangre como empapó la arena.

¿Qué carácter imprimía á la civilización la nueva doctrina? Debía ser el opuesto á la existente. Aquella religión que fijaba todo su pensamiento en la vida perdurable, mira al cuerpo como una envolvente pecadora del alma, al cual es preciso castigar sin descanso y es preciso contrariar, aun en sus más naturales pasiones, para que su prisionera pueda volar luego pura y sin mancha, ó redimida de su pecado por la penitencia, á las regiones de la gloria. Todo lo de esta vida, que es perecedero, todo lo humano, que es pompa y vanidades, merece nuestros desdenes; y sucede como es de rigor que el espíritu entonces influido por una doctrina poderosa, que se impone y domina con la incorregible fuerza de las convicciones, abandona por completo todos aquellos moldes, todo aquel cauce de las civilizaciones paganas, y se dispone á crearse en lo posible, no ya una religión nueva, sino otra sociedad nueva, lo cual es muy distinto.

Y aquel pueblo cristiano, olvidando torpemente, con las ofuscaciones propias de un pueblo místico en los momentos de la lucha y de los supremos heroismos, que todo lo que pertenece á las artes y á las ciencias pertenece á Dios, porque en ellas es donde más y mejor se reflejan las grandezas del hombre, condena como pagano cuanto pudiera haber inspirado las grandes obras de las civilizaciones atrasadas, y prepara de ese modo la espantosa decadencia que oscureció la vida intelectual de la mayor parte de los siglos del cristianismo.

Otro acontecimiento trascendental que vino á conmover siglos después la constitución geográfica y la organización política de los grandes estados que á la sazón había, así como el cristianismo había venido á producir una revolución en las creencias, contribuyó á modificar la civilización y á variar el rumbo intelectual del mundo; este acontecimiento fué la invasión de los bárbaros.

Los godos, los suevos, los vándalos y otras razas

oriundas del Norte, fuertes, pero de una fortaleza natural, semi-salvaje, caen sobre el imperio de Occidente y se apoderan de sus provincias. Persuadidos de que la molicie y flojedad de los romanos se debían á su refinada cultura, miran con horror á los sabios y á los matemáticos, á los filósofos y á todos los que viven la vida del pensamiento, y así empujan á las naciones por el camino de su retroceso.

La situación de todo el Mediodía de Europa, donde concentrara poco antes sus favores el progreso, llega á ser verdaderamente compasiva y á reflejar el doble carácter de las fuerzas poderosas que arrastraban sus sociedades. En los campos el fragor de las batallas, los pueblos que pelean contra los pueblos, y las razas que pelean contra las razas; las invasiones que se repiten, los ejércitos que se buscan y se destrozan; todo ese desorden, toda esa horrible algarabía que acusa un desquiciamiento completo de la humanidad, que cual si cambiara de domicilio bulle y se revuelve en formidables y destructoras oleadas, preparándose para la formación de los nuevos estados.

En las ciudades las basílicas cristianas, en las aldeas las románicas abadías, y por do quiera los monasterios, son asilos de recogimiento, como destierros del mundo, en donde los hombres que se alejan de la guerra, vestidos con el áspero sayal del monje, convierten todas sus facultades al culto de Dios, dominan sus pasiones con el castigo de la carne, quebrantan el sueño para continuar los rezos repetidos sin descanso durante el día, y allí, apartados del mundo, sin percibir otros ruidos que el vibrante són de la campana que les reúne á cada paso al pié del altar, ni otros cantos que las plegarias del órgano que suben entre nubes de incienso y las lúgubres salmodias con que expresan sus temores, sus arrepentimientos y sus esperanzas; exprimido el cuerpo por la fiebre de un misticismo devorador, los labios ardientes de amor divino pegados á la fría imagen de un crucifijo, y la inteligencia marchitada por la idea fija de volar cuanto antes á la mansión increada,

era lógico, era de obligada consecuencia, era de forzoso resultado que desdeñasen el cultivo de cuanto liga el afecto del hombre á la tierra, á esta especie de presidio donde se vive expiando entre males infinitos la culpa de un pecado original.

Producto más tardío de uno y de otro afán, tipo híbrido del guerrero y el monje, lo fué esa otra figura del caballero de las cruzadas que colgaba el rosario de la empuñadura de la espada y acuchillaba el cuerpo de los prójimos infieles con las manos, mientras que con los labios murmuraba las oraciones que recomendaban su alma á las gracias del Dios Todopoderoso. Esta figura con las otras dos antes dichas, se bastan para representar cuál era el carácter de los primeros siglos que sucedieron á las ruinas del imperio de Occidente, y cuáles los ideales que más preocupaban á los pueblos de la raza latina; allí no había ciencia y no había por consiguiente medicina; teología que levantaba las conciencias, y guerra que levantaba los pueblos; hé aquí todo.

¿Quereis apreciar en toda su lastimosa realidad aquella decadencia de las grandezas humanas? ¿Quereis, si late en vuestro pecho un corazón apasionado por las conquistas del pensamiento, sentir profunda tristura en el alma y llanto de dolor en los ojos como lo sentían aquellos profetas bíblicos que recorrían las ciudades lamentándose de la ruina que había de sepultarlas? Pues yo no os pido más sino que forméis juicios comparativos entre lo que eran las artes y las ciencias y la medicina entre los paganos, y lo que después fueron entre las primeras sociedades cristianas. Y para conseguir esto, para impresionaros con una plasticidad palpitante, con toda la elocuencia que expresan los despojos de ambas edades, yo quisiera, señores, no que esta diferencia la apreciaseis por la reseña de los libros, ni por lo que mi oscura palabra, mala colorista para dar brillo á estos soberbios cuadros, pudiera haceros comprender, sino por lo que todavía se conserva de lo que dichas edades nos han legado.

Y quisiera, después de haberos hecho admirar en

los museos Vaticano y Capitolino de Roma, en el Nacional de Nápoles, en el Gli-Uffizi de Florencia, en el Louvre de París y en los riquísimos de Londres, las miles y miles de estatuas clásicas, en su mayor parte de intachable perfección anatómica que el paganismo nos legó, haceros reparar en esas lapidarias esculturas que guarnecen los capiteles y cercos bizantinos, y en las sagradas imágenes que se veneraban en los altares cristianos de los primeros siglos, labraduras de horrorosa fealdad y desproporción anatómica, sin otro arte que el suficiente para dar expresión mística á sus lamidas fisonomías; y frente á las mitológicas pinturas murales, y á las siluetas de la cerámica pompeyana, en todas las cuales campea un elegantísimo sombreado y un correcto dibujo, las pinturas que se conservan en las catacumbas y los mosaicos que guardan las antiguas basílicas cristianas, y los antiguos trípticos y retablos flamencos, ya mucho más posteriores; y frente á las monumentales termas, coliseos, arcos triunfales, templos de Vesta, foros, acueductos, fuentes y sepulcros de la antigüedad, las sencillas y rudas construcciones que preceden al estilo gótico, y frente á las delicadas manufacturas, joyas y artefactos de la Roma disoluta, los toscos productos de la civilización visigoda.

Y quisiera también que comparando la ciencia de la antigüedad con la de los comienzos de la edad media, recordárais que si la teología alcanzó un gran desarrollo y se enriqueció con los inspirados escritos de numerosos Padres de la Iglesia, en cambio las ciencias físicas y naturales habían decaído, perdiéndose la noción positiva de muchos fenómenos para ser reemplazada por otras ontológicas. Antiguamente se dijo que el hombre se asfixiaba en las minas por los gases irrespirables y siglos después se culpó á los espíritus malignos de esta muerte. Vitrubio afirmó que el agua se elevaba en la bomba por la compresión del aire mucho antes de que se dijera que subía por horror al vacío, y así de otros atrasos.

¿Y la medicina? Siguió como no podía menos de

sucedier, el mismo destino que las artes y que la industria y que todo lo que pertenece al pensamiento en sus preocupaciones terrenas; porque, señores, si yo insisto, con una cantidad de citas que quizás estimeis como lujosa é innecesaria, sobre estas relaciones, es porque creo que entre la ciencia y las artes existe una armonía tan notable, que el desarrollo de las unas es fiel reflejo del de las otras y que así como hay pueblos y edades que viven para la religión y son eminentemente sacerdotales como el Egipto, y otros que viven para la guerra y son eminentemente conquistadores como Roma, y otros que viven para la imaginación y resultan eminentemente sensualistas y poetas como el pueblo árabe, hay otros que viven para la inteligencia y la imaginación y resultan eminentemente científicos y artistas, y cuando en estos pueblos y en estas edades decae una de las manifestaciones de su escogido pensamiento, decae también la otra.

Por esta misma ley de fatalidad la profesión médica había decaído en tales términos, que en el siglo VI, aquella medicina que contaba una prosapia divina y habían cultivado los más esclarecidos pensadores de la filosofía, había venido á manos de físicos y barberos, en tal grado innobles y desventurados, que el *Fuero juzgo* (libro II, ley II de Eurico) les prevenía que no podían curar ni sangrar una mujer sin que estuviesen presentes los allegados; y que contrataban la asistencia con la condición de no recibir estipendio si el enfermo moría, y si le sangraban y enflaquecía, ser condenados á pagar 150 sueldos y dejados en poder de los parientes para que los castigaran á su gusto, que tal dicen al menos las páginas de la historia, y entonces nuevamente la medicina se recoje en los claustros y toma el carácter sacerdotal con todas sus lógicas consecuencias, es decir, con las trabas y la esclavitud y las mistificaciones que la práctica de toda religión, sea esta cualquiera que sea, ha de imponer á cuanto con ella se identifica en términos de poder comulgar sin desviación alguna en sus principios teológicos.

Por estas razones, mientras de un lado la profesión laica decae progresivamente hasta el extremo de que en el siglo XIII, llegan á ser mirados como genios que deslumbran en la cátedra y en la sociedad, algunos tipos singulares, amasijo del profesor y charlatán, hombres inteligentes pero de ilustración escasa, mucha pedantería y soberbia mareante, como lo fueron Gaddesden, el autor de la Rosa Anglicana, que pasaba en Oxford por un oráculo, y Bernardo de Gordon, autor del *Lilium medicinal*, que brilló en Mompeller; mientras esto ocurre en la práctica libre, repito, pasan á ser médicos de reyes y magnates, absorbiendo así la mayor parte del prestigio profesional, una pléyade de obispos, frailes, abades, sacerdotes y hasta de monjas. Las historias de medicina recuerdan á este propósito á Didier, monje benedictino que luego fué proclamado pontífice bajo el nombre de Víctor III; Hugues, abad de San Dionisio, que fué médico del rey de Francia; Milon, arzobispo de Benevento; Hildegarda, abadesa del convento de Rupertsberh, autora de un tratado de materia médica, y otros muchos nombres semejantes. De todos modos, laicos ó seculares, su enseñanza, y por consiguiente su ilustración general médica en estos tiempos, era muy limitada y débese á esto mismo y al escaso espíritu y arte de observación que entrañaban sus rutinarios conocimientos, y á la prohibición hecha por la Iglesia de tocar los cadáveres, dignos de todo respeto, y á la de que los ordenados practicasen la cirugía, y á la de aquellas corrientes de filosofía cristiana que arrastraban las inteligencias por la casuística y las disquisiciones teológicas, débese á esto, repito, el que durante todo un largo período no se registre apenas en toda la medicina cristiana un nombre ilustre que se inmortalice con cualquiera de esos descubrimientos que abren nuevos horizontes á la investigación y contribuyen al progreso con pasmosas revoluciones.

Pero si bien es cierto esto, y lo es también que Raimundo Lulio, Guido de Chauliac, Arnaldo de Villanueva y otros nombres gloriosos que figuran en el final de

este período, no son todavía verdaderos genios revolucionarios de la medicina, y que en rigor el pueblo cristiano, por las circunstancias de su vida, no podía ni debía producir otros frutos en lo referente á las ciencias y á las artes, y por consecuencia que es una insensatez el combatir como herético este juicio que entraña la exposición de un hecho que era ineludible y de fatal ocurrencia dadas las fuerzas físicas y morales que entonces dirigían el espíritu creyente, en cambio procede consignar para gloria de este período que en él brotó y tomó un fomento colosal, como fruto privilegiado que era de esa sublime virtud cristiana llamada la caridad, una de las instituciones benéficas á quien más debe la humanidad como cuerpo de dolores y necesidades, y la medicina como cuerpo de investigaciones y de conocimientos, los hospitales, cuyo primer germen brotó en Tierra Santa y se extendió pronto por todo el mundo civilizado.

Los hospitales, algunas obras archivadas en las bibliotecas conventuales y libradas de la devastación que arrolló la casi totalidad de los textos antiguos, y la escuela de Salerno, levantada en el camino que frecuentaban las cruzadas y que fué la heredera de las glorias de la escuela de Alejandría, aunque no rivalizó con ella en sus méritos y conquistas, son los tres solos puntos de honra que los pueblos latinos pueden exhibir durante el larguísimo período de más de trece siglos que separa la muerte de Galeno y el renacimiento.

Si queremos contemplar en sus fuentes los pálidos resplandores que alumbraron la medicina durante estos siglos, ya sabeis, señores, que nos es forzoso acudir primero á los griegos, en donde Oribasio, Aecio, Pablo de Egina y Alejandro de Tralles, á vueltas de interesantes trabajos sobre compilación de las obras de Celso, Galeno, Hipócrates y sus demás ilustres antecesores, aportan algunos procedimientos nuevos, enriquecen el caudal de las observaciones y procuran, á costa de grandes esfuerzos, mantener encendido el sagrado fuego de la ciencia; y después á los árabes, que llegan á do-

minar intelectualmente el mundo, arrancando del poder de los pueblos caídos el cetro de la civilización que durante muchos siglos empuñaran.

Los árabes, aquella raza que atraviesa el estrecho y hace una brusca y bárbara invasión en España—como los godos mandados por Alarico y los hunos mandados por Atila, la habían hecho anteriormente en las Galias— apenas fijan su planta en nuestra tierra, y no obstante los afanes y empresas guerreras en que sin cesar les mantienen los pueblos dominados que van poco á poco y sin tregua recobrando su independencia, en tal grado se preocupan de las artes, las letras y las ciencias, y tales gérmenes de civilización desarrollan, que logran en breve una conquista intelectual más extensa y firme sin duda que la conseguida por medio de las armas. Su estilo arquitectónico, perfilado por voluptuosas líneas y guarnecidos con las filigranas de sus delicadas trace-rías y alicatados, sus progresos en las matemáticas y en la astronomía, su poética y sentida literatura, testimonios claros de un pueblo de inteligencia y corazón, formaban notorio contraste con los rasgos de los demás pueblos europeos, y no es extraño que la medicina fijara entre ellos su reinado y que lograra en los califatos de Oriente y Occidente, donde imperaban, un prestigio y un desarrollo superior al de ningún otro punto, incluso la misma escuela de Salerno, á la sazón sus primeros tiempos. El *Continente*, de Rasis; el *Canon*, de Avicena; el *Coliget*, de Averroes; el *Al-Tassef*, de Albucasis, y otros muchos tratados semejantes, donde se consignan útiles novedades, imponen su autoridad, se desparra-man y forman una medicina árabe, que no era en rigor mas que un trasunto de la medicina griega y romana, en donde brillaba el dogmatismo clásico y se preconizaba la observación. La anatomía, aunque poco, adelantó algo entre ellos, sin duda por algunas disec-ciones humanas, que también condenaba su religión, adelantó la cirugía, y sobre todo la farmacología, en la que la botánica, las aguas destiladas y alcoholes, que tanto y tan bien se acomodaban naturalmente al es-

piritu de aquella raza, alcanzaron un esplendor considerable.

Sin embargo, ni los árabes, ni los griegos, ni los latinos con su escuela de Salerno, hacen otra cosa que distraer el espíritu con leves fulguraciones que brillan en medio de una decadencia general. No hay grandes novedades que ofrezcan nuevos puntos de vista; siguen los mismos problemas hipocráticos y sus propias preocupaciones absorbiendo las inteligencias, pero sin tener aquella grandeza clásica, aquella frondosidad intelectual, aquella virilidad de espíritu que se observa en los tiempos de Celso y Galeno, y que arroja de sí necesariamente el choque y el batallar de unas doctrinas contra otras y de unas filosofías contra otras filosofías.

Con todo, ya en los últimos siglos de la Edad Media adviértense ciertos resplandores de la inteligencia que anuncian la llegada próxima de un nuevo y brillante período, como el clarear del horizonte anuncia la proximidad del sol que se levanta; y estos resplandores los motiva—¡advertidlo bien, señores!—la atenuación de aquellas causas que hemos dicho habían provocado la decadencia.

Ya la religión cristiana ha pasado desde el período de propaganda, de martirio y de lucha, al de la dominación; ya gobierna en absoluto y sin trabas de ningún género; al pié del modesto sacerdote, ministro consagrado del Señor, hincanse de rodillas los más poderosos reyes y abaten su altivez todas las grandezas humanas. Y ocurre entonces, por la evolución lógica de toda fuerza moral, que aquellos religiosos que eran al principio humildes entre lo más humilde y se congregaban en las catacumbas y despreciaban como peligrosas y tentadoras las codicias humanas y laceraban sus cuerpos, fogueados por la pasión, convierten ya sus ojos y sus pensamientos á las gerarquías, opulencias y esplendores humanos. Por eso, poco á poco van creándose un estilo arquitectónico que al mismo tiempo que refleja la sublimidad de un sentimiento religioso que eleva sus aspiraciones á los cielos, prueba cómo las

artes se afanaban ya por explotar todas las privilegiadas facultades del genio para engrandecer el culto á Dios con cuantas riquezas humanas podían acumularse. Y por eso, las altas autoridades eclesiásticas se rodeaban de los honores y el fausto deslumbrador de los reyes y de los príncipes, hasta el extremo de defenderse con ejércitos; por eso reúnen en torno suyo los más notables artistas, se visten con las más ricas telas, se adornan con las más preciosas joyas y construyen para morada del Dios humilde las gigantescas catedrales que encierran el trabajo de muchas generaciones y dotan á la liturgia de un brillo y aparato que rivaliza con el de los más suntuosos cultos paganos. Y era natural que, dada esta conversión de las miras y afanes de los Padres de la Iglesia á las cosas mundanas, comenzaran á merecer su protección las artes y las ciencias, y por consecuencia de ello adviértense ya las decretales y bulas de los Papas en favor de las universidades y sus permisos á escuelas de medicina para que practiquen disecciones humanas, único medio de hacer progresar la anatomía.

De su parte los poderes civiles procuraban favorecer este movimiento preocupándose algo de la cultura de sus estados; ya no existen aquellas invasiones huracanadas que llevan pueblos y razas de uno á otro continente, ya no hay esa aleación que funde en una misma nacionalidad el tipo musculoso y rudo del bárbaro, que abandonó poco há el estado salvaje, y el tipo, nervioso y decrepito del latino, á quien devoraban las perversiones de una estragada civilización; la naturaleza ha hecho ya las mezclas que parecían obligadas para la regeneración de los tipos principales de la especie humana, con el galo, el sajón, el germano, el árabe, el griego y el celta; y aunque los pueblos nacientes se conservan en continuas luchas, son guerras fronterizas, son despojos lentos que acusan la reparación de una reconquista en unos reinos, y el estado militar defensivo en otros, más que el afán de grandes invasiones espoliatrices, mientras que en el interior aparecen los

albores de esa sociabilidad civil que Comte señala como el término progresivo entre la doméstica y la universal y que así obliga al reconocimiento de los derechos populares, como advierte la necesidad de fomentar la cultura intelectual y moral de las clases asociadas.

Pero esta transformación no hace en rigor mas que preparar el advenimiento del gran período intelectual; todavía reina la oscuridad, todavía en medicina siguen las mismas corrientes dogmáticas del arabismo y el galenismo confirmándolo todo y decidiéndolo todo también; solo es un estado preparatorio donde todavía se advierte la necesidad de una nueva luz y de una verdadera resurrección que cambie radicalmente las ideas.

Ya es tiempo, sí, de que resucite la inteligencia humana y salga del sepulcro de aquella ignorancia científica donde apenas se respira mas que neblina, misterio y tristeza como en los días de Jueves y Viernes Santo ocurre en derredor del santo sepulcro; ya es tiempo, sí, de que como aquí ocurre cuando saliendo alegre y gozosa de los labios de los sacerdotes la palabra *resurrexit* y *aleluya*, se descorren los tupidos velos y permiten á los rayos del sol que bañen de claridad las naves del templo, y alborotan las campanas, y resuena con notas de alegría el órgano, y las estampas se columpian en la atmósfera y vuelan los pájaros adornados de cintas y el suavísimo perfume del incienso embalsama la atmósfera, y el alma, en fin, escalofriada de placer, se entrega de nuevo á las grandes actividades de la vida; de análoga manera brote la resurrección de la ciencia... y la resurrección sobrevino formando esa etapa hermosísima, ideal, sublime, gloria y encanto de la humanidad, esa fausta revolución que se llama el *Renacimiento*.

¡El Renacimiento! Señores, no es posible explicar la sensación que rebosa del cerebro y se corre por el cuerpo entero siempre que se recuerda la transformación que la inteligencia humana experimenta cuando después de atravesar esa larguísima Edad media, convertida para el ánimo como en un trayecto abrupto, de

inaccesibles y roqueras ascensiones, de oscuros y sombríos cuadros, se penetra en los siglos XVI y XVII, especie de frondoso oasis donde la actividad intelectual del hombre, sus más nobles y elevadas facultades, exhiben una vida feraz y producen copiosos y extraordinarios frutos que parece han de modificar en breve hasta las aspiraciones más capitales de la sociedad.

Vino sí el Renacimiento, pero su aparición presentó las mismas, las obligadas vicisitudes por que pasa todo cambio en la naturaleza y por que pasa el de romper el día. Mientras las sombras de la noche sumen todavía en profunda oscuridad los valles, los abismos y las bajas comarcas, ya el sol toca la frente de los altos montes y los viste con sus paños de oro y amatista; de igual modo en el despertar de la inteligencia, mientras la sociedad en general, y por ende las instituciones todas que la formaban, yacían aún sumidas en las negruras de la ignorancia, del atraso y de las preocupaciones á que les condenaba lo rebajado de su nivel intelectual, las más altas cabezas, aquellos privilegiados genios que se erguían sobre el nivel de su época, se sintieron abrasados por el sol del Renacimiento, y era natural, que al herir con sus fuertes refulgencias la retina mal acondicionada de sus contemporáneos, provocaran esa protesta de reacción, ese trato durísimo que á menudo se convirtió en fuente de verdaderos y espantosos crímenes.

Y no obstante esto, de igual modo que el cristianismo brotó en la ocasión oportuna y desarrollóse á pesar de todas las feroces persecuciones de los paganos, y las que después le hicieron las hordas de los bárbaros; de idéntico modo la ciencia se abrió paso, fundiendo con la sangre de sus héroes, cuando no bastaba el calor de sus verdades, todas las ataduras que la mantenían abyecta y esclavizada en las ergástulas de un fanatismo nocivo á la sana religión y de una rutina completamente estéril para las conquistas del pensamiento.

El cuadro es siempre el mismo; las artes vuelven á remontar su vuelo con la sacudida que les imprimen los genios inmortales. Bastante después del Giotto,

que empieze á señalar la corrección del dibujo y de las sombras, aparece Juan Van Dyck que descubre la pintura al óleo y permite á las maravillas del pincel tomar ese brillo y ese vigor y esa perpetuidad que después había de ostentar en sus trabajos la infinita serie de maestros que se extiende desde los místicos y dulces Rafael, Murillo, Morales, Fra Angélico, etcétera, etc., hasta el duro y viril Ribera, el plástico Rubens y el festivo Teniers; y en la escultura y cinceladura aparecen un Buonaretti, un Ghiberti, un Cellini, y en la arquitectura un Bramante, el mismo Miguel Angel, encarnación, como Leonardo de Vinci, la más gloriosa del Renacimiento en sus condiciones de pintores, escultores, arquitectos y químicos; y en la cerámica un Bernardo de Palissy que inventa la pintura esmaltada y eleva la fabricación de tierras cocidas ó de la porcelana á los esplendores de un arte aristocrático; y en la geografía un Cristóbal Colón y un Vasco de Gama que descubriendo la América y doblando el Cabo de Buena-Esperanza, dan al hombre la noción real del mundo que habita, y traen á la vida de la historia y de la relación social nuevas razas desconocidas; y en la física, las matemáticas y la astronomía, un Galileo que estudiando la caída de los graves, la balanza hidrostática, el compás de proporción, el telescopio..... confirma el sistema de Copérnico y precede á Keppler que ha de seguirle á su muerte, fijando las leyes de los movimientos de los astros que describen elipses en derredor del sol; y más tarde Newton, que ha de sorprender el secreto de la gravitación universal viendo caer una manzana y en la química un Fabricio que prepara el fundamento de la fotografía viendo que las sales de plata se descomponen en presencia del aire..... y sobre todo un Guttenberg que inventa el arte de imprimir, y así por el estilo, como sabeis, aparecen por do quiera y en todas las manifestaciones de la vida intelectual, brotes de una frondosidad admirable, señales de una resurrección que, cual otro Lázaro, parecía obedecer también á una voz que dijera á la ciencia: «levántate y anda.»

No había de permanecer silenciosa la medicina ante este movimiento; también ella renace y presenta esa figura gloriosísima de Vesalio, cuya vida, como la de Colón y la de Galileo y la de Palissy, y la de tantos otros, supone una lucha contra los errores y las preocupaciones de su tiempo, un esfuerzo para lanzar los vuelos del espíritu por rumbos distintos á los seguidos, y que con sus descubrimientos anatómicos y los de Valles, Colombo, Servet, Acquapendente y otros varios, preparan ese revolucionador descubrimiento magno, gigantesco, colosal que había de exhibir Harvey, en toda su elocuentísima manifestación, el de la circulación de la sangre.

Pero, fijaos bien en ello, señores; en toda esta nueva vida se advierte un fenómeno siempre parecido; el espíritu se sacude de las trabas de su tiempo, registra las riquezas de la antigüedad y procura seguir atesorando sobre ellas. Como Miguel Angel y Bramante se inspiraron en la estatuaria y arquitectura clásicas, Vesalio, desdeñando el rutinario culto galénico de la Edad media, adopta los mismos procederes de investigación de la célebre escuela anatómica, derriba los falsos ídolos de la ciencia, que algunos creían dignos de eterna veneración, y los restituye á su condición de obreros esclarecidos cuyo trabajo forma parte de esa serie interminable de afanes que entraña el destino humano. Este recuento del capital antiguo, constituye, como sabeis, el período que ha dado en llamarse erudito, durante el cual brillan multitud de ilustres médicos, y hónranse ya nuestras universidades con hombres de valía tan notoria como Pedro Gimeno, Luís Collado, Segarra y el pintor Crisóstomo Martínez en la de Valencia; Alonso de Guevara, Montaña de Monserrat, Oñate y Luís Mercado en la de Valladolid; Valles en la de Alcalá, etc., etc., y tenemos entonces cirujanos como Daza Chacón, émulo de Ambrosio Pareo.

Pasa el período erudito y la medicina vuelve durante el final del siglo XVI, y el trascurso de los siglos XVII y XVIII á perseguir las causas esenciales y á extra-

viarse en multitud de descripciones filosóficas, y entonces, pareado con un trabajo de observación clínica apreciableísimo, que arroja muchas y muy ricas obras de patología, adviértese siempre en los más esclarecidos genios médicos un afán recalcitrante, obstinadísimo, de sorprender el por qué, la intimidad, el origen, la esencia de los fenómenos que chocan á sus sentidos; es la loca pretensión que acomete siempre al espíritu ensoberbecido por el saber, cuando no precipitado por la ignorancia, es la eterna pesadilla de ese nuevo Icaro representado por la inteligencia que quiere remontarse con alas de cera hasta la verdad suprema, sin lograr otra cosa que precipitarse millones de veces que lo intente en los abismos del error y del desconcierto.

Sería tarea tan pesada como inútil descender á un estudio de estas escuelas que han luchado entre sí y á cuyas banderas muéstranse afiliados los nombres que más venera la medicina. Recordais perfectamente el animismo y la quimatría de Van-Helmont, que no llegó á tener verdaderos discípulos; el iatro-quimismo que sostuvieron los afamados Silvio y Willis; el iatro-mecanismo, escuela pariente del moderno materialismo, y que llegó á reunir en sus filas prosélitos más notables por su número y significación que los de ninguna otra, y entre los cuales se encontraban Borelli, Bellini, Baglivio, Senac, Boerhawe... recordais igualmente el animismo de Sthal y el vitalismo de Barthez, la escuela dominante á la entrada del siglo actual.

Todas ellas no son mas que aspectos distintos, preocupaciones á veces encontradas, puntos de vista singulares con los cuales pretendían apoderarse de la tan deseada verdad y en los que se encuentran más ó menos puras las dos tendencias filosóficas que informaban el espíritu investigador con arreglo á los flamantes preceptos, á los nuevos derroteros señalados de un lado por Bacon, Loke y Condillac en su sensualismo moderno ó racionalismo por inducción, y de otro por Descartes, Leibnitz y Kant en su racionalismo puro ó razonamiento por deducción, y que realmente, seño-

res, no son mas que un perfeccionamiento de aquellos dos cauces que sujetaban las corrientes investigadoras durante el período filosófico que precedió á la escuela de Alejandria y que habían trazado Aristóteles y Platón con su sensualismo y su meditación pura.

“ ¿Existen hoy representantes de estas escuelas? sabeis todos que solo la escuela vitalista tiene algunos, aunque pocos defensores; las demás pasaron á la historia, dejando tras de sí, para la ciencia imperecedera, el legado de los adelantos positivos que ya con los sentidos, gracias á minuciosas observaciones, ya con la razón por virtud de meditaciones prolongadas, pudieron adquirir: hoy nadie las defiende, ni nadie sería capaz de romper lanzas por sus desacreditadas preocupaciones.

Quedan, sí, aún, partidarios del vitalismo, pero ¿de cuál? porque no es posible desconocer, señores, que este concepto ha variado en todas las épocas y que cuando se habla del vitalismo hay necesidad de empezar preguntando cuál es la marca de ese vitalismo y en qué términos ha de expresarse, porque es muy posible que descendiendo á explicaciones nos encontremos con que muchos entienden por vitalismo ese conjunto de leyes fisiológicas, ese código de fenómenos biológicos que constituyen un todo armónico en el individuo y estudia la escuela positivista bajo el nombre de funciones.

Mas si el vitalismo no es ese y sí es el que imperó en Mompeller y señaló la pluma de Barthez; si es esa nueva entidad, que se agita como una tercería autócrata entre el cuerpo y el alma, entonces, señores, la cosa varía y entonces debemos decir que esa doctrina es ya un desecho que debe retirarse cuanto antes.

¡El vitalismo de Barthez! Ah, señores, yo respeto con todo el respeto de que mi corazón es capaz, este sistema médico del pasado, cuyas ruinas contemplo como á esos ancianos decrepitos y nonagenarios, que me lanzan en la meditación de las pasadas edades y me abisman en la triste reflexión de lo perecedero y mortal que es todo lo de esta vida. Siempre que el nombre

de esta escuela acude á mi pensamiento, recuerda también mi memoria la solemne impresión que recogí en uno de mis últimos viajes al extranjero.

Iba camino de Italia y al pasar por Mompeller quise detenerme para visitar aquella célebre escuela, heredera de las glorias de Salerno, cuyo nombre tantas veces había resonado en mis oídos, y cuyos esplendores reseñados, tantas veces habían asombrado mi inteligencia. ¡Iba á visitar Roma, la ciudad de los grandes monumentos de la cristiandad y de las grandes ruinas del paganismo, y era de obligación, como médico, detenerme ante aquella otra ciudad que se alzaba en medio de mi camino poseedora de una ruina médica, testimonio de una grandeza pasada! Acompañado de mi querido amigo el doctor Bellmunt, de Gijón, recorrí todas sus dependencias, y últimamente cuando en la sala del anfiteatro principal, sentado en aquella silla curul descubierta en las escavaciones de Nimes, puestas las manos sobre las barrocas labraduras que adornan sus brazos y entregado mi pensamiento á meditación sobre lo visto, recordaba aquel espléndido Museo Anatómico, almacén de antiguas piezas; aquella sala de techo abovedado y bajo, consagrada al recuerdo de añejas celebridades cuyos restos veíanse desportillados, sin duda por la implacable mano del tiempo; aquellas estatuas sedentes de Barthez y La Peyronié, que decoran la entrada principal, y aquellos gabinetes, cátedras y galerías, hoy centro de una modesta vida provincial, tan modesta que hubo tentativas de trasladar la Universidad á otra población, y antes hervidero de miles y miles de estudiantes que afluían de todos los puntos de Europa, no podía menos de comparar aquellas ruinas con esos girones de tela que se cuelgan en las cornisas de ciertas iglesias, como en San Luís de los Inválidos de París ó nuestra iglesia de Atocha, y en los cuales pingos se venera el recuerdo de las batallas que encendieron y de las ideas ó aspiraciones que simbolizaron.

¡Mompeller! Esta facultad mejor que nada os dice lo que resta hoy de la escuela vitalista, y ella os grita que

el vitalismo es ya solo un espectro, que como sucede con esos ancianos achacosos y decrepitos, que se pasan el tiempo empotrados en un sillón, no tiene otra vida que la de los recuerdos. He visitado muchas escuelas médicas de Francia, Italia, Suiza, Bélgica, Portugal, y ya en ninguna parte he visto ondear el estandarte con el lema del vitalismo; hoy día, lo mismo en unas que en otras de las naciones de nuestro continente, lo mismo en Europa que en América, la medicina no inquiere ni atesora, no progresa, en fin, mas que con un solo sistema que, tácito ó expreso, es siempre el mismo, el positivismo.

Pero el Sr. Santero nos ha hablado aquí de vitalismo evolucionista, y señores, ó no hemos comprendido lo que el Sr. Santero quiso decir, y luego no vino á explicar, ó de lo contrario parécenos que su señoría empleó dos conceptos que rabian de verse juntos, porque una de dos, ó el Sr. Santero emplea la frase evolucionista en el sentido que la emplea la escuela naturalista inglesa, en cuyo caso debe declararse forzosamente Darwinista, y entonces ya va más lejos que la escuela positivista, ó de lo contrario la palabra evolucionista tiene para él un valor acomodaticio, caprichoso, que los demás ignoramos, y que es de sentir no haya tenido siquiera la bondad de explicarnos para ver si conseguíamos entendernos.

Y ese positivismo que no he de exponeros yo ni como filosofía ni como método de estudio, y al cual se deben las corrientes fisiológicas que ya, á partir de Colombo, el sucesor de Vesalio, y más tarde de Bichat, quizá el mayor espíritu revolucionario médico de nuestra edad, vienen informando los progresos médicos y proporcionándoles una base lógica y permanente de que han carecido, ese positivismo, repito, débese como habeis podido apreciar por la brevísimas reseña histórica hecha, no al fruto de este ó el otro genio, sino al desarrollo que los tiempos y las lecciones de la experiencia van imponiendo, como resultante necesaria en la actuación de muchas fuerzas. Ni Comte, ni Stuart

Mille, ni Hebert Spencer, ni cuantos hoy miramos como los apóstoles del positivismo, pueden ser mas que los inspirados artistas que han concretado en forma legible ese deseo, que pedía la satisfacción de una previa necesidad que las ciencias han venido sintiendo cuando los tiempos y las circunstancias por que atravesaba la vida de los pueblos, permitían su sano cultivo y el desarrollo consiguiente.

El positivismo ha dado gran vuelo á la experimentación, porque ésta amplía el capital cosechado por la observación pura, abre nuevos horizontes á los investigadores, y aporta, cuando es perfecta, todas las garantías de certeza y todos los medios de comprobación que requiere el culto y explotación de la verdad, y porque la experimentación revela el afán del espíritu activo, cuando en el disfrute de sus facultades no espera cacha-zudamente que la naturaleza le ofrezca fenómenos que estudiar, sino que él mismo se anticipa á salir á su encuentro.

Y el positivismo representa además el aislamiento obligado de la ciencia, al cual ha venido á parar la inteligencia humana por virtud de la fuerza incontrastable de la necesidad, pero no como un divorcio herético que pudieran condenar esos que se llaman severamente religiosos, sino como una independencia indispensable para la consecución de sus elevados fines, y á la cual había de propender aun el ánimo más religioso siempre que procurase llenar con rectitud los deberes que le impone su condición humana.

Porque así como el hombre no puede renunciar á la ciencia debido á que en el fondo de su alma le hostiga un ánsia imperecedera, desarrollada sin duda por la mano del Sumo Hacedor, la conquista de la verdad; por igual motivo el hombre ha concluido á la postre de muchas vacilaciones y extraviados apasionamientos que os he recordado en la exposición histórica, por convencerse de que la ciencia si ha de avanzar rápida y segura, debe ir sola, completamente sola, por el camino de sus conquistas, sin que la embaracen ó extravíen otras

compañías que han de sufrir perjuicios con su marcha ó han de ocasionárselos con las naturales exigencias de sus lastimados intereses.

Y así como la ciencia no puede marchar cogida al brazo de la política, porque ésta representa intereses temporales y aquélla intereses absolutos, ésta fórmulas transitorias y aquélla leyes permanentes; la una adaptaciones de grupos humanos y la otra imposiciones de la naturaleza toda, de igual modo no puede marchar acompañada de la religión porque la ciencia vive en el mundo de la razón y la religión, en el mundo de la fé, la una tiene su reinado en los cielos y la otra fija su asiento en la tierra; la una se alimenta para la vida perdurable, la otra para la vida mortal; la una brota perfecta de los labios de un Dios y se deteriora con sus cambios y concesiones, y la otra se va formando poco á poco con el trabajo de los hombres y se enriquece con sus incesantes novedades y con sus interminables transformaciones, y como ambas son tan distintas y hasta opuestas en todo, de aquí que cada cual deba llenar su cometido con absoluta independendencia, esperando hallarse en un mismo punto solo el día en que habiendo realizado ambas sus ideales, se encuentren en el campo de la verdad suprema, simbólicamente adquirida en un caso por la revelación hecha al espíritu creyente y científicamente adquirida en el otro gracias á la conquista realizada por la inteligencia.

Y ved aquí otro de los rasgos fisionomónicos de nuestra medicina actual, la independendencia absoluta de toda religión, adquirida por las lecciones de la experiencia, como antes habíamos apreciado su carácter francamente positivista, adquirido por las resultantes de la historia.

Pero el Sr. Espina—que nos ha presentado en la magnífica exposición que hizo del tema que discutimos, un interesante cuadro de lo que la medicina debe hoy á la observación y á la experimentación y de cómo estas fuentes de conocimiento se han desarrollado; por lo cual no he de hablaros más acerca de este particular,

—aguijoneado por las objeciones del Sr. Salazar, ha hecho aquí exposición de principios materialistas, que es bueno rechazar como no pertenecientes á una sana doctrina positivista, porque, señores, conviene salir de frente á los que combaten el positivismo diciendo que es un materialismo enmascarado, para advertirles que entre ambas escuelas hay grandes y profundas diferencias que solo puede desconocer quien no se haya dignado asomarse á curiosear lo que cada una sostiene. La serie de fenómenos ineludibles que el positivismo hoy por hoy admite, su respeto á las causas primeras, de las que prescinde en absoluto como lo indica Cl. Bernard cuando precisa los límites de su determinismo, solo objetivo de todos los afanes científicos, y otras muchas radicales diferencias por el estilo bastan para que nadie convierta, sin grave error, en una ambas escuelas.

De igual modo, solo desconociendo lo que esta escuela ha metodizado y vigorizado el raciocinio, entre otros trabajos, con sus notables estudios acerca del valor y concepto de la *ley natural*, es como se conciben frases por el estilo de las del Sr. Santero cuando decía que el positivismo era incapaz de elevarse sobre el hecho y su más grosera información empírica.

Voy á concluir, señores.

Pocos debates habrá que atraigan tanto nuestro interés como este, ¿y sabeis por qué? porque este debate se presta á un pequeño desahogo de nuestro espíritu angustiado por la opresión de muchas pesadillas y de profundos sinsabores. Somos los médicos como peregrinos de una peregrinación interminable que lleva consigo las aflicciones de un mundo de lágrimas y aspira á la redención del dolor físico, y como soldados de un ejército que guerrea sin descanso, fijo su pensamiento en una conquista imperecedera superior á todas las de Filipo y Alejandro, de César y de Napoleón juntas, porque es la conquista de la verdad. Imposible es que otra profesión alguna exija tanto del que la ejerce como la nuestra exige de nosotros. Nada nos deja: el cerebro

y el corazón, la inteligencia y el sentimiento, se barajan hasta con los compromisos de nuestro honor, al par que con las actividades de nuestro cuerpo: sacerdotes de la salud, á ella vivimos consagrados en absoluto, y sin embargo de este interés, en ninguna otra profesión se deplora, como nosotros deploramos, la horrorosa incertidumbre de la duda, y en ninguna otra tampoco los fracasos son tan frecuentes y de tan abrumadora responsabilidad.

¡Mucho, mucho nos exige la sociedad, y poco, demasiado poco aún, es lo que podemos concederla! pero, señores, á pesar de esto, si la humanidad es justa, nos debe un reconocimiento solemne, el de que entre todas las clases de la sociedad no hay ninguna, absolutamente ninguna, donde el esfuerzo para realizar los altos fines que le competen sea más desesperado, sea más constante y más gigantesco que lo es hoy el de la clase médica, y eso precisamente marca uno de los timbres más gloriosos que caracterizan la medicina contemporánea.

¡Qué cuadro tan hermoso representa su actividad! Hoy el médico ilustrado entiende que su deber es doble: cuidar del enfermo, como sacerdote del dolor, y enriquecer la medicina, como obrero de la ciencia. Y por eso mismo, desde el profesor oscuro que consigna en las columnas de un periódico, con estilo mejor ó peor aliñado, las observaciones de su práctica, y el compilador que, como hacían los antiguos asclepiades, sintetiza en estadísticas estos hechos para deducir consejos, hasta el genio que alzándose sobre estas bases sorprende las leyes á que obedecen los fenómenos orgánicos, y nos presenta su determinismo, hoy todos concurren á la realización de la gran obra del progreso.

Esta serie de investigadores que ya con el microscopio, ya con el reactivo, el termómetro..... etc., etc., cuidan de estudiar y sorprender lo más íntimo que entraña la naturaleza humana y toda esa serie de experimentadores que interrogan sin descanso, y apuran las facultades de su cerebro para interpretar mejor los fenó-

menos de la vida, pléyade de obreros que sin darse punto de reposo conspiran á un fin, lo mismo en las clínicas que en los laboratorios, en los gabinetes que en las academias y en las cátedras, y esto á porfía en unas naciones y en otras, en el viejo y en el nuevo mundo, y sorprenden al público con una inmensa oleada de folletos, periódicos, libros, disertaciones, conferencias..... etc..... que parece querer invadirlo todo..... produce en el espíritu de quien lo contempla con algún interés, un mareo y una ofuscación parecidos á los que siente cualquiera al entrar en esos inmensos arsenales donde los operarios, como cíclopes abortados de los talleres de Plutón, trabajan con pasmosa energía, medio desvanecidos sus cuerpos entre nubes de humo y lluvias de chispas, y al compás de la horrenda sinfonía que dispone ese monstruoso concertante formado por el golpear de los inmensos martinetes que hacen retumbar el suelo y bambolearse las altas techumbres, por el zumbido de los volantes, el rechinar de los arrastres, el rujido de los grandes tornos, el menudeo de los martillos, el roce de las limas..... y de otras muchas sonoridades que allí brotan y atruenan los más fuertes oídos hasta producir un vértigo y una angustia indecibles, que mueven á pensar si una nueva raza de titanes trabaja á toda prisa para evitar algún cataclismo de nuestro planeta.

No existe, no, cataclismo alguno en la ciencia actual que obligue á tan portentosa laboriosidad; existe solo una reacción proporcionada á la pasada calma; reacción de tal fuerza que atropella todos los obstáculos al grito de «paso á la ciencia;» y con las alas del vértigo le arrastra y conduce á través de portentosos descubrimientos á las regiones de la verdad y de la luz.

HÉ DICHO.

Febrero de 1882.



ORIGEN É IMPORTANCIA

DE LA

CRANEOMETRÍA.

I.

Es ya evidente y de todos sabido que,—no obstante el hombre haya procurado conocerse desde los primeros tiempos de su existencia, y con mayor interés desde que se esculpió en el frontispicio del templo délfico la inmortal contestación que los oráculos dieron á una de las preguntas hechas por el rey Creso de Lidia,—la ciencia antropológica, que tanto preocupa hoy á los sabios, lleva la marca de las creaciones modernas...

Bajo dos puntos de vista diferentes, el médico y el filósofo, venía estudiando el hombre su existencia. Cumplía al primero el conocimiento aislado de su organismo anatómica, fisiológica y patológicamente considerado; y al segundo, no menos trascendental en su esencia, pero sí de índole más especulativa, el de su destino moral en esta tierra. El primero dió origen á la Medicina, bajo todos matices; y el segundo constituyó el

objetivo principal de las escuelas filosóficas. Fuera de estos dos órdenes de estudio, apenas si se advertía algunas que otras pinceladas sobre verdadera antropología, pero que no bastaban para formar un cuadro completo; el hombre, más bien por ignorancia que por mero orgullo, habíase cuidado muy poco de estudiar sus relaciones naturales de semejanza ó desemejanza, así como de origen, no solo con los demás seres de la escala zoológica, sino hasta con su semejante mismo. Pero llega el pasado siglo, y muy puestas en sazón las ciencias naturales para recibir un grande impulso, aparecen Linneo y Buffón, dos célebres naturalistas, portentos de ingenio y sabiduría, que desprendiéndose de tradicionales preocupaciones, y comprendiendo el primero al hombre en una clasificación zoológica, haciéndole figurar á la cabeza de la escala animal, pero dentro, sin embargo, de ella, y produciendo el segundo su notable historia natural, fueron los primeros que arrojaron los gérmenes de otro nuevo orden de estudios, que había de constituir á poco la grandísima ciencia antropológica del siglo XIX.

No bastaba, como es natural, el trabajo de dos hombres para llevar á cabo tan colosal propósito; la empresa era grande y ellos solo habían levantado una punta del velo que tras sí ocultaba dilatadísimo horizonte; después cumplía á sus sucesores continuar la obra comenzada. Pero, así como para que una semilla brote y produzca necesita caer en terreno fértil, así la obra de estos dos ilustres genios de la Francia, hubiese sido semilla arrojada al aire y perdida en los estériles arenales de la indiferencia ó tal vez deshecha por enconada crítica, si no la hubiese recogido un siglo tan analizador y positivista en materia de ciencia como éste, y al cual, por su indomable espíritu de progreso, bien pudiera llamársele de oro para las ciencias, pues jamás estas fomentaron como ahora, ni nunca la actividad humana se manifestó tan celosa en sus investigaciones.

Los primeros trabajos sirvieron para atesorar conocimientos. Tratábase de levantar un nuevo y colosal

edificio, y era preciso, no solo reunir los materiales que existían desparramados, sino también adquirir otros nuevos. Este es el principio de todas las ciencias: primero acopiar datos, después coleccionarlos, clasificarlos y fundar sobre sólidas bases un cuerpo de doctrina. La Antropología los necesitaba numerosos y variadísimos; por eso apenas nacida se convierte en un centro activo que contrae estrechas relaciones con la mayoría de las ciencias preexistentes, á todas las cuales demanda una cooperación eficaz, dando, en cambio, nuevos bríos con su poderoso aliento á otras poco cultivadas, como la Lingüística, que comenzaba á entrever los primeros albores de su existencia, y sugiriendo nuevas aplicaciones á la Arqueología, Paleontología y Geología (1).

Tan ricos veneros, y con tanta fé explotados, pronto acumularon un caudal de interesantes conocimientos, los cuales no eran en realidad sino una reunión informe de datos etnológicos sobre caracteres distintivos de los pueblos, sus lenguas, costumbres, creencias, industrias, cronologías... etc., etc., que era preciso elevar por síntesis razonadas á juicios abstractos, para formular leyes de origen, de viabilidad y sociabilidad. Faltaba, en fin, una nomenclatura que la constituyese en ciencia, y aquí aparece con todo su esplendor el gran impulso que Blumenbach dió á la Antropología trascendental, creando la Etnología ó ciencia de las razas humanas.

Desde entonces la cuestión etnológica, como verdadera alma de la Antropología, se mantuvo firme en el palenque de la discusión. El estudio comparativo de las diferentes razas que pueblan el globo envolvía la cuestión de sus analogías y diferencias que había que depurar en sus más insignificantes detalles y en sus más verídicas conclusiones. Era preciso esclarecer la oscura ascendencia de la humana especie; determinar, con arreglo á nociones científicas, si ésta era única ó

(1) *Histoire des travaux de la Société d' Anthropologie de Paris.*—P. Broca.—1863.

múltiple; poner en tela de juicio si las variedades de organización que entre las razas se observaban, obedecían á orígenes distintos ó á transformaciones acaecidas dentro una especie única por los alimentos, costumbres, religión... y cuanto sobre la criatura puede influir física y moralmente; pretensiones todas de difícil realización, si la Etnología no hubiese sido legada á un siglo dentro del cual podía alzar los atrevidos vuelos de sus investigaciones por los espacios ilimitados de la ciencia, rompiendo por completo las sólidas ataduras que la sujetaban dentro de las apretadas y oscuras cárceles de un tradicional ontologismo. Así lo ha hecho, y gracias á ello la cuestión etnológica puede presentar hoy día un grado de ilustración verdaderamente portentosa si se atiende á su moderno origen.

II.

Al comenzar la Antropología sus investigaciones, y cuando los estudios anatómicos no habían llegado á la brillante altura en que los contemplamos actualmente, lo que más sorprendía al sabio que se dedicaba al conocimiento del hombre en los diferentes países del globo, era la notable diferencia que se advertía en su aspecto exterior, y principalmente en la coloración de la piel. La impresión que estos variados tonos ó matices producían fué tan grande, que se sintieron los antropólogos fascinados por el fenómeno, y por ende obligados á emprender minuciosas investigaciones para penetrarse del por qué de su existencia. Groseras disecciones al principio, maceraciones infinitas después y últimamente delicados análisis microscópicos, fueron desentrañando paulatinamente los ocultos elementos morfes que constituían la textura de lo que un elegante escritor llamó nuestra envoltente interplanetaria. Malpighi primero, Albinus y Cruiskshant más tarde, Flourens después y

últimamente Koelliker, Robert, Frey y numerosos histólogos modernos, fueron los que con sus perseverantes investigaciones y sus minuciosos análisis tuvieron la gloria de llevar dicho estudio, si no á feliz término, pues fuera torpe vanidad creer que se había llegado al *non plus ultra* de la anatomía dérmica, sí por lo menos á un grado sorprendente y satisfactorio de ilustración (1).

Habíase dicho, muy especialmente por Flourens, —quien creyó encontrar seis capas distintas de tejido entre el dermis y el epidermis— que entre aquellas capas y sobre el cuerpo mucoso descubierto por Malpighi, descansaba el *pigmentum negro* en los de piel coloreada, el cual podía considerarse como constituyendo una capa, aunque no tuviese la cohesión suficiente para formar una membrana, y que debía mirarse como propia tan solo de las razas coloreadas, pues jamás el autor citado había logrado descubrir ninguna semejante en los individuos blancos, empleando los procedimientos ordinarios de maceración (2). Bastaba este juicio, en apariencia insignificante, para establecer una línea divisoria entre ambas clases de seres; y dado caso que resultase cierto, los partidarios de la multiplicidad nativa de la especie humana podían invocarla como una prueba tanto más concluyente, cuanto que su significación sobrepujaba en valor á las otras diferencias en la forma y funciones del organismo. Efectivamente, dentro de una misma especie, las razas se modifican y desfiguran bastante del tipo primitivo, según la educación física y hasta moral á que se las somete; pero jamás en estas variaciones cabe la formación de nuevos tejidos que no se encuentren en su organización primitiva; el hecho era, por lo mismo, terminante, pues llevaba consigo toda la autoridad de una ley fisiológica nunca quebrantada.

(1) Después de escrito este discurso, Ranvier ha hecho progresos admirables en el estudio de la textura de la piel. Por no variar ya el discurso nos limitamos á esta referencia.

(2) Prichard, *Histoire naturelle de l'homme*, París.

Felizmente para los monogenistas, el moderno microscopio, desplegando todo el poder de sus amplificadoras lentes, que acrecen con gigantescas proporciones la elemental trama de los organismos, permitió escudriñar hasta lo íntimo la textura de la piel, y demostró que no solo muchas de las capas admitidas por Flourens eran ilusorias, ó inciertos resultados de defectuosas maceraciones, sino también que la disposición anatómica de la piel era tan sencilla como análoga entre todos los individuos de la especie humana.

En tesis general, el esquema de ella, prescindiendo de sus dependencias, como los pelos, las uñas, las glándulas sudoríparas y sebáceas, se compone en todas las razas de un tejido celular subcutáneo, almohadilla de laxitud variable, y más ó menos cargada de tejido adiposo. Después, el dermis, formado por células y un enrejado de manojos fibrilares (1) de tejido conjuntivo, acompañado de fibras elásticas, elementos anatómicos que varían en cantidad y disposición mútuas según la proximidad al epidermis, y según que los vasos y nervios contribuyen á formar los corpúsculos del tacto y vasculares. Así, por ejemplo, en los corpúsculos del tacto y en la superficie del dermis las fibras elásticas desaparecen, toma el tejido una consistencia más homogénea, sus fibras se aprietan, según dice Rollet, de una manera tan notable, que forman, no ya una ganga especial, no un *substractum*, y sí una especie de capa limitante amorfa, lo cual había dado lugar á que Henle, y con él otros varios autores, hablasen de una membrana limitante intermedia, que en realidad no existe.

El epidermis, de estudio más interesante bajo el punto de vista antropológico, porque en su espesor se desenvuelven todas las modificaciones que diferencian entre sí las razas, quedó reducido á fases distintas de un tejido exclusivamente celular. El cuerpo reticular, ó porción más interna, era la matriz de las células, el punto

(1) Frey, *Traité de Histologie*, París, 1871.

más activo de todos, mientras que la porción córnea, ó la más exterior, era la superficie eliminatriz de las que ya caducas, aplastadas, endurecidas y sin núcleo, se retiran inservibles del organismo, como mutilados veteranos abandonan, cubiertos de cicatrices y con el recuerdo de sus pasadas glorias, el revuelto campo de la lucha.

Hasta aquí todo eran analogías: ¿en qué estribaba, pues, la diferencia? En un detalle no más: en la existencia de células pigmentarias ó melánicas, desenvueltas en el espesor de la porción reticular del epidermis, pero que no constituían un atributo exclusivo de la piel del negro, pues con idéntica disposición y forma existen en regiones determinadas de la piel del blanco, y se presentan en las restantes cuando ciertas enfermedades ó influencias exteriores actúan convenientemente.

Verdad es que no por esto la coloración de la piel había perdido toda su importancia en la cuestión etnológica, ni es menos cierto que los poligenistas continuaron explotando dicho campo para asentar sobre firmes bases su doctrina, como buena prueba de ello se encuentra en el interesantísimo trabajo de Broca (1) *Recherches sur l'hybridité animale*; pero también es á todas luces evidente que desde entonces comenzaron los antropólogos á fijarse con particular empeño en el estudio craneológico, cuyo interés fué de tal modo creciendo, que hoy prevalece y todo el mundo le reconoce como uno de los más trascendentales dentro de la ciencia antropológica.

Numerosas eran las razones que explicaban esta preferencia hecha en favor del cráneo; puramente anatómicas las unas y de un orden más elevado las otras. Con respecto á las primeras, cuando el antropólogo, amparado con la sagrada autoridad de la ciencia, pudo hojear, sin reparos ni abominables restricciones, las mara-

(1) Broca.—París, 1860.—Véase § III. *¿Tous les hommes sont ils de la meme espece?* pág. 451 y siguientes.

villosas páginas de la organización humana, y confrontarlas entre sí con las de los seres más inferiores, debió sentirse agradablemente sorprendido al notar y cerciorarse de que si las diferencias entre unas y otras eran radicales, obedecían, no obstante, á leyes de diferenciación que imprimían trazos plásticos ó anatómicos, que eran reflejos ó expresiones formes elocuentísimas de otras diferencias más importantes. Así, por ejemplo, circunscribiéndonos al orden *primatos* de Huxley, era de fácil observación que, ascendiendo en la escala desde los *galeopitecos* á los *queiromianos*, de éstos á los *lemurianos*, después á los *arctopitecos*, luego á los *platorrinianos* y á los *catarrinianos* hasta llegar á los *antroponianos*, ó sea el hombre, la forma del cráneo iba modificándose por gradaciones intermedias, siempre de idéntica significación, hasta parar en uno de ambos extremos de la escala. Pero este hecho no hubiese alcanzado importancia tan preponderante, si no hubiese surgido en seguida la consideración de que la caja ósea dicha, que domina y finaliza como esbelto remate la construcción humana, podía ser trasunto más ó menos fiel de su contenido, es decir, del órgano más sublime y misterioso del organismo, de aquel en donde se elaboran esas facultades psíquicas, que, según sus diferentes desarrollos, así señalan destinos más ó menos elevados de los seres; del cerebro, en una palabra.

Desde entonces un nuevo y rico venero de investigaciones se ofreció al estudio de la Antropología, y después de Blumenbach y Camper, que fueron sus principales iniciadores, la colección y mensuración de los cráneos se convirtió en una rama de las más interesantes de la historia natural, á la que se dedicaron con ardiente celo hombres ilustres, entre los cuales Retzius, Lucae y Broca bien merecen un puesto distinguido.

Pero como para que un estudio alcance los resultados que se apetecen es necesario someterlo á reglas de aplicación, no bastaron ya las simples impresiones por las cuales un cráneo se incluía dentro del grupo oval, el prismático ó el piramidal. Estas indicaciones, con las

cuales Blumenbach clasificó en tres grupos fundamentales las razas humanas, hubo que perfeccionarlas con datos más precisos, y de aquí surgió una de las cuestiones más capitales de la craneología, la de la mensuración de los cráneos.

Fácil hubiese sido llegar pronto á procederes satisfactorios, si la craneometría solo debiera circunscribirse á los restos de seres ya muertos, manejables por consiguiente á deseos del naturalista; pero no solo había necesidad de ampliar el estudio comprendiendo la craneometría de sujetos vivientes, sino lo que era más difícil todavía, relacionar los guarismos que arrojaban estos análisis con los diferentes atributos psicológicos que ofrecían aquellos. Además, los cráneos humanos, comparados entre sí y con los de los restantes seres, difieren los unos de los otros por su volumen absoluto, por la capacidad que aloja el cerebro, por los volúmenes relativos de la cara, y del cráneo propiamente dicho, por los ángulos que forman unos planos con otros, por la longitud absoluta y relativa de sus diámetros, por la forma redondeada de sus diferentes partes, por el peso, por sus múltiples configuraciones..... etc., etc.; y esto obligaba á multiplicar los datos, y aumentaba, como es consiguiente, las dificultades de establecer un método que aceptasen de común acuerdo todos los naturalistas.

En tal situación se presentaban dos cuestiones capitales, que era necesario resolver á todo trance, puesto que de ellas surgían las demás: 1.^a, fijar una unidad de medida que permitiese comparar inmediatamente entre sí, y sin necesidad de acudir á cálculos de reducción, motivos inevitables de errores, los resultados obtenidos por los diferentes observadores, tanto de una misma nación, como de naciones distintas; y 2.^a, determinar los puntos que habían de servir de partida en estas mismas determinaciones. La primera era fácilmente realizable; el sistema métrico-decimal ofrecía ventajas sobre los demás sistemas, tanto por su precisión y fijeza, como por la universalidad de su uso. El segundo ya era de más difícil resolución. Como es natural, las eminencias óseas

y los orificios se brindaron para este objeto: la parte central del orificio del conducto auditivo; el borde externo de las órbitas, ó apófisis orbitarias externas; la protuberancia occipital; la espina nasal anterior; el punto medio de la mandíbula superior; el centro del mentón, todos fueron utilizados; pero, desdichadamente, observóse bien pronto lo falible de este sistema por las diferencias erróneas que había en sus resultados. Además tratábase de apreciar principalmente cuál era la cavidad craneana, ó sea el espacio ocupado por el cerebro, y con dicho proceder no se salvaban los errores que ocasionaba el espesor diferente de los cráneos entre sí, y de unas porciones con otras de los mismos. Se quiso remediar este grave inconveniente tomando como puntos de partida aquellos en que el cráneo es menos espeso, para lo cual se evitaban los de inserciones musculares, por ser variables en su espesor las aristas óseas que los representan y circunscriben, según el grado de desarrollo de los mismos músculos; pero apareció otra dificultad no menos notable; la parte más delgada del cráneo era la región temporal, lugar sobre el que descansa el músculo del mismo nombre, es decir, una causa de falibilidad (1).

Busk, de Londres, propuso otro método de mensuración que consistía en una vertical tirada desde el punto de unión de la sutura fronto-parietal con la sagital, y que pasase por el centro del orificio del oído externo; pero si este procedimiento podía aplicarse muy bien en los cráneos debidamente preparados, era más que difícil en el vivo por ocultar en absoluto la piel el lugar del primero.

Aeby, de Berna, aconsejó otro que consistía en una línea fundamental tirada desde la extremidad anterior del agujero occipital hasta el borde anterior de la lámina cribosa del etmoides, y después tiraba otras muchas dis-

(1) C. Vogt, *Leçons sur l'homme*.—Paris, 1865.—Página 35 y siguientes.

poniendo planos que le servían para determinar las diferentes medidas de la cabeza. Basta esta sencilla enumeración para comprender que el procedimiento de Aeby es menos aplicable que el anterior.

Vistas las grandes dificultades que existían para determinar un plano vertical, se pensó en establecer otro horizontal, y en una reunión que celebraron algunos antropólogos en Goettinga (1861), se propusieron sucesivamente, el arco zigomático, cuya dirección marcaría la del plano, pero que fué desechado en seguida por la sencilla razón de que dicho arco no es recto; el agujero occipital, que ofrecía dificultades todavía mayores, hasta que por fin se pensó en un plano horizontal que pasase por el centro de los orificios auditivos y en el fondo de las aberturas nasales, de mayor precisión, menos expuesto á errores, y tan fácil de señalar en el vivo como en el muerto. No era en rigor este plano, como muy acertadamente dice Vogt, mas que una de las líneas determinantes del ángulo facial de Camper, es decir, de una de las medidas más acreditadas de la craneoscopia.

No me creo con derecho á molestar demasiado la atención del lector recordándole detalladamente la historia de la craneometría, y espero que sabrá perdonarme no prosiga con una relación en la que menudeen inútiles tentativas y procedimientos en seguida abandonados. Es lo cierto que actualmente son tantas las medidas empleadas, que el naturalista se encuentra embarazado para elegir una de ellas, penetrado de que todas suministran nociones por demás vagas. Entre los que quieren simplificar notablemente dichos análisis, y el cuadro-programa que Broca hizo para medir los cráneos del cementerio del Oeste de París, existe una diferencia grandísima que prueba lo incierto que es este estudio, y como consiguiente, lo dudoso de su significación.

Partiendo de este principio, en el cual me han confirmado ligeros trabajos craneológicos que he comenzado á hacer, voy á fijarme en algunas mensuraciones particulares, si bien no con el detenimiento que se me-

recen, porque es demasiado vasto el asunto para tratarlo de una manera completa en un simple discurso inaugural.

III.

Una de las medidas que más reputación han tenido, y que algunas obras nuevas han relegado á un abandono que ciertamente no merece, es el *ángulo facial de Camper*, destinado á expresar la relación que existe entre la frente, y por ende los lóbulos anteriores de la masa cerebral y la cara. Su determinación, por no precisarla bien Camper, no aparece igual en todas las obras. Así en la de Vogt se dice (1) le forman dos líneas que se extienden la una desde el orificio auditivo al borde de la mandíbula superior, y la otra desde este último punto á la parte más saliente del frontal. En la obra *Los tres reinos de la naturaleza* (2), publicada por una sociedad de profesores bajo la dirección del señor Chao, se hace partir la línea horizontal desde el agujero occipital, y en otros tratados (3) se pretende determinar uniendo la línea fronto-maxilar con el plano del horizonte; si á estas diferencias se agrega la muy importante de que el punto de unión de ambas líneas unos le colocan en el borde del maxilar, otros en la espina de la nariz y otros en el borde libre de los dientes incisivos superiores, se desprende que los resultados han de ser variables y más frecuentes los motivos de error. Hé aquí por consecuencia una diversidad entre los autores que habrá contribuido no poco á desacreditar la medida, y que es necesario desaparezca, conviniendo todos

(1) Vogt, obra citada, pág. 45.

(2) Chao, *Los tres reinos de la naturaleza*, tomo I, pág. 99.

(3) Huxley, *De la place de l'homme dans la nature*, página 204, nota.

en servirse de un mismo procedimiento, que yo creo debe ser el formado por los tres puntos siguientes: el borde anterior del agujero occipital, el de los maxilares superiores, y la parte más céntrica del frontal. Ciertamente que si el punto medio le colocásemos en el borde libre de los incisivos superiores, la apreciación sería más ventajosa y decisiva, pues comprendería el grado de prognatismo, que tanta importancia tiene en la determinación de las razas y en el desarrollo de sus facultades intelectuales; pero existe un inconveniente para poderlo hacer así, con el cual habrán luchado los que hayan medido algunos cráneos, y es que la mayoría de los desenterrados y de las personas en edad avanzada, carecen de los dientes, se hace imposible en ellos dicha determinación, y se rompe, por consecuencia, la unidad tan necesaria en este género de trabajos.

¿A qué razones obedece dicho ángulo, y cuál es su legítima significación? Si tomamos una colección de cráneos procedentes de distintos seres, entre ellos algunos humanos, y comparamos las relaciones que hay entre el cráneo y la cara de todos ellos, nos sorprenderán al momento algunas diferencias, que serán tanto mayores cuanto más se separen entre sí los seres á quienes correspondan. La porción craneana en el hombre es absolutamente más grande que en el animal, y así como en éste la cara representa la parte más voluminosa de la cabeza, en el hombre, por el contrario, el cráneo prepondera hasta el extremo de que cuando se examina la cabeza desprovista de la mandíbula inferior, la cara aparece como un apéndice. Además, en el hombre la porción anterior del cráneo avanza tanto que el frontal forma un arco prominente por encima de las órbitas, y la vertical bajada desde la raíz de la nariz cae ordinariamente sobre los dientes caninos; y vice-versa en los animales, la frente está tendida, echada hacia atrás, la cara avanza demasiado, y la vertical dicha encuentra los molares posteriores. Esta relación podría sintetizarse en breves frases, diciendo que tanto más avanzan los arcos dentarios, tanto más retrocede la

frente, tanto menor es el ángulo dicho, y por consiguiente el predominio cerebral, especialmente de sus lóbulos frontales, en donde los estudios modernos pretenden colocar la inteligencia.

De este modo expuesta la determinación del ángulo facial de Camper, parece una operación sencillísima, pero no es así, pues además de las dificultades que existen para unir con una línea recta cualquiera punto del frontal con el centro del borde de los maxilares superiores, por las eminencias intermedias, existe la de que siendo el frontal de una disposición arqueada, la abertura del ángulo sufre inevitables variaciones, según la altura que tenga el punto de partida que se toma. Tratóse de salvar esta dificultad fijando dicho punto en la porción más saliente, que lo es la región superciliar, pero, en mi entender, los inconvenientes se hicieron mayores, y aumentaron las probabilidades del error. Efectivamente, entre el cráneo del niño, cuyos senos frontales apenas tienen el espesor de algunos milímetros, y el de las personas senectas, que pueden exceder de uno y dos centímetros, existe una diferencia notabilísima de proyección en esta parte de la frente, ajena por completo al cerebro, y cuya influencia se siente en los resultados de la mensuración.

No paraban aquí los errores del ángulo facial de Camper; había otro trascendentalísimo, y que por sí era suficiente para desvirtuar el valor de esta medida. Por más que al principio hubiese producido grande entusiasmo observar que, á partir de los seres de un orden inferior, hasta los monos antropomorfos, y de éstos á las razas etiópica, mogólica y caucásica, el ángulo se iba abriendo sucesivamente y que sus grados de dilatación correspondían perfectísimamente á los de inteligencia, observóse también más tarde que aplicando esta misma medida á los niños, la ausencia de los dientes y el escaso desarrollo de los maxilares daban á sus ángulos faciales una superioridad sobre los de los adultos, que de ningún modo confirmaban sus facultades intelectuales rudimentarias, y hasta en negación completa.

Pudiera haberse contestado á esta objeción diciendo que, puestos en vías de desarrollo los cráneos infantiles, y no completados todavía por faltarles partes integrantes, como son los dientes, no podían ni debían someterse á unas determinaciones cuyos procedimientos analíticos reclamaban cráneos de personas adultas; así como tampoco á los de edades avanzadas, en las que la degeneración de la inteligencia comienza á producir la demencia senil, y sin embargo, el desarrollo excesivo de los senos frontales acusa mayores aproximaciones á los 90° que en edades anteriores. Es decir, en otros términos, que para justipreciar la importancia de esta medida, debía utilizarse tan solo en la edad media, cuando la vida se encuentra en el apogeo de su evolución, y el organismo ha llegado á su grado legítimo, real, de desarrollo, y no en los extremos de la vida, que son desfigurados, transitorios é incapaces de presentar al hombre tal como es y la Antropología le comprende cuando de una manera abstracta se ocupa de hacer su estudio.

Si á esta observación, que no creo sea yo el primero en hacer, pero que sí puedo asegurar no la he visto en los autores, se une el adoptar unánimemente los tres puntos dichos, que juzgo superiores á los demás, primero porque hallándose en un plano vertical es más fácil la adaptación de los instrumentos graduadores, cosa que no sucede cuando uno de aquellos se sitúa en la parte central del orificio auditivo; y segundo, porque el punto más céntrico de la frente pertenece á la porción menos espesa del hueso frontal, salva los inconvenientes de los senos frontales, y corresponde más de lleno á los lóbulos anteriores del cerebro, cuyo volumen determina con mayor exactitud, resultará algo vindicado el procedimiento de Camper, el cual, si no basta para conclusiones definitivas, tampoco tiene el escaso valor que últimamente se ha querido asignarle.

Con arreglo á esta medida, se puede calcular que las diferencias entre las varias razas humanas fluctúan á lo sumo desde 20° abajo. Raro es el cráneo de blanco

que mide el cuadrante completo, es decir, los 90°; la mayoría, según Camper, oscila entre 85 á 90°, mientras que en los kalmucos, mogoles, chinos, malayos, caribes, y más especialmente algunos pueblos más inferiores, comprende desde 78 á 85°.

Debe suponerse que los anteriores cálculos marcan el tipo medio común, pues si se desciende á individualidades, éstas se presentan variadisimas, en términos que, según Blumenbach advierte, hay europeos cuyo cráneo no sería envidiado seguramente por ningún negro ó kalmuco. En la magnífica sección craneológica del Museo Antropológico de Madrid, pueden observarse algunos ejemplares notables en este sentido. Las medidas que yo he tomado, en número de diez, con arreglo al procedimiento indicado, me han proporcionado cifras oscilatorias entre 73, 74, 77, 78, 80, 84 y 85°, pertenecientes todas á individuos de raza blanca, españoles, aunque de procedencia desconocida, por ser oriundos del Hospital militar, excepción hecha de tres cráneos, recogidos en el antiguo cementerio de Zarauz (Guipúzcoa), que ofrecían 77, 80 y 84°.

Como se ve, estas cifras difieren notablemente de las antes consignadas tomadas de la obra de Chao (1), y posible es que, sin embargo de nuestra escrupulosidad al tomarlas, las juzgásemos erróneas, si Vogt (2) no nos dijese que el ángulo facial varía en el hombre de 70 á 85°, y aun, según Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire, los cráneos de Makoias, tribu del Sud de Africa, llevados á París por Delalande, bajan hasta 64° (3), grado mínimo que

(1) Chao, *loco citato*, pág. 99, t. I.

(2) *Leçons sur l'homme*, pág. 182.

(3) El mismo Vogt, más adelante, en la pág. 231 de la obra indicada dice, ocupándose de la craneología comparativa, que el ángulo facial de Camper mide en el negro de 60 á 70°, y aun desciende hasta 55°, mientras que baja raramente de 80 en el cráneo germánico. Prescindiendo de lo que pueda figurar la vanidad de raza en la última aserción, es de

se cree exista en la raza humana, y al que no llega ni con mucho el cráneo del mono del chimpancé adulto, que es próximamente de 35° , ni el del orangután, que mide 30° , por más que los individuos jóvenes de esta especie pueden elevarlo hasta 60° .

Adviértase, sin embargo, que si esto sucede con aquellos monos que por su organización se aproximan más al hombre, existen dentro de esta especie, aunque ya muy alejados del hombre por el resto de su organización, algunos como el saimiri, pequeño mono americano, que llega hasta los 65 y 66, lo cual, en materia de craneología, borra por completo esa distancia inmensa que parece natural debía existir entre los seres de ambas especies, toda vez que sus tipos extremos se confunden con los mismos grados.

Vamos á terminar todo lo referente á este particular, recordando que Virey clasificó las razas humanas según el mayor ó menor desarrollo de las inteligencias, en armonía con sus ángulos faciales. Admitió dos especies: en la 1.^a comprendía las razas que presentaban un ángulo de 85° á 90° , y en la 2.^a, las de 75° á 85° .

Su clasificación era la siguiente:

1. ^o De 85° á 90°	Raza blanca, caucásica ó jafética. . . .	(Casta árabe indiana.
		— céltica ó teutónica.
		— caucásica.
	Raza amarilla aceitunada, ó mogola. . .	(China. Kalmuco-mogola. Lapona-ostiaca.
Raza cobriza ó americana.	(Del Norte.	
	(Del Sud.	
Raza neptúnica ó negro-oscura.	(Negro-malaya.	
	Malaya.	
	Malaya-árabe.	

advertir la inconsecuencia de cifras en que incurre con arreglo á las ya citadas; pero nosotros explicamos esto por los diferentes procedimientos de determinación, causa de notorias desigualdades, y de descrédito por consiguiente para la medida.

por ilustrados anatómicos, para explicarse el privilegio intelectual del hombre, sobre todo el resto de la creación; asunto es este que bastándose para una muy larga monografía, de índole algo diferente á mi discurso, me cumple respetar. Pero, aun cuando así sea, diré, por lo que al cráneo atañe, que si su grado de capacidad, y por consiguiente el de volumen en su contenido, puede ser de trascendencia en las comparaciones entre el hombre y las especies inferiores, no sucede lo mismo cuando su examen se circunscribe á la especie ó especies humanas entre sí. En este caso, no tan solo creemos muy falible presuponer el grado de inteligencia por el de capacidad, sino que muy persuadidos de ese juicio ya vulgarizado, que se expresa diciendo «existe notable diferencia entre una cabeza grande y una gran cabeza,» hasta miramos con alguna compasión á los individuos de cabeza voluminosa. Los hechos que en pró de esta observación pueden aducirse son infinitos, y todos recaen en las medidas suministradas por los cráneos de los más reputados ingenios. El vaciado del correspondiente al inmortal divino Vallés, que conserva el Museo Antropológico en su sección craneológica, es sin disputa de los menos capaces de cuantos constituyen la colección.

Veamos, sin embargo, las medidas suministradas por algunos naturalistas.

Owen ha encontrado que la capacidad cerebral era de 96 pulgadas cúbicas en los cráneos ingleses; de 86 en los malayos; de 82 en el negro; de 75 en el negro australiano; de 30 en el gorila, y de 28 en el orangután y el chimpancé. Un hecho importante se desprende de estas medidas, y es que, no obstante la igualdad que existe entre el gorila y el negro australiano, bajo el punto de vista de su magnitud corporal, la capacidad del cráneo es 1,5 veces más grande en éste.

Circunscribiéndonos por ahora al mono, entre las causas de su pequeña capacidad figura bastante la circunstancia de tener la bóveda orbitaria dispuesta con bastante oblicuidad de arriba á bajo y de delante atrás,

lo cual reduce considerablemente el espacio donde se aloja el cerebro. Así vemos, por ejemplo, que el cráneo más capaz de gorila que se ha examinado, no excede de 34,5 pulgadas cúbicas inglesas, que equivalen á 550 centímetros cúbicos, mientras que el más pequeño de los cráneos humanos observados por Mortón, que ha medido más de dos mil, no baja de 63 pulgadas, ó sean 1.021 centímetros cúbicos. Es decir, en otros términos, que la capacidad craneana más inferior del hombre, es doble de la más elevada del gorila.

Si queremos nos es posible ampliar más todavía estas cifras, marcando las diferencias que se presentan entre los cráneos humanos como entre las de los monos.

El cráneo mayor de los humanos, medido por Mortón, tenía 1.867 centímetros cúbicos; es decir, 852 centímetros cúbicos de predominio sobre el más pequeño, ó sea próximamente la mitad, cifra superior á la que llena la distancia que existe entre el cráneo del hombre más inferior y el gorila más superior, que es de 464 centímetros cúbicos. Con respecto á los cráneos de gorilas adultos medidos, oscilan entre 552 centímetros cúbicos como *máximum*, y 393 centímetros como *mínimum*. Y si se descende á los monos más inferiores, teniendo en cuenta las diferencias de talla, se vé que éstos bajan con relación á los superiores, casi tanto como estos últimos se alejan del hombre. De modo que, con arreglo á tales nociones, se deduce (1):

1.º Que aun bajo el punto de vista de la capacidad craneana, los hombres pueden diferir más entre sí que lo que difieren en absoluto de los monos.

Y 2.º Que los monos inferiores se distinguen de los superiores, tanto como éstos se distinguen del hombre.

A los resultados expuestos podría añadirse una grande innovación, que tiende nada menos que á borrar la diferencia ya citada entre las capacidades de los cráneos

(1) Huxley, obra citada, pág. 202.

de los hombres y de los monos, si se aceptan los datos suministrados por Vogt (1) en un cuadro muy completo de capacidades craneanas de 50 monos. La mayor, que correspondía á un gorila ya viejo, dice que ofrecía 500 centímetros cúb., y la menor 280 cent. cúb. En cuanto á las de los microcéfalos, ó sea idiotas, el máximum de los adultos sobre siete casos que ha estudiado ha sido de 622 cent. cúb., y el mínimum 400 cent. Es decir, que considerando la pequeñez notable que ofrece la capacidad de los cráneos microcefálicos, á quienes nadie ha negado su inclusión dentro de la especie humana, la serie de los volúmenes es más completa y en progresión descendente del cráneo germánico al negro, de éste al microcéfalo, y luego á las especies antropomorfas, desde las especies más elevadas hasta las más inferiores.

V.

Pero dejemos ya la capacidad craneana, y fijemos nuestra atención en otra medida, cuyo origen mucho más moderno explica, si otras razones faltasen, la preferencia con que la distinguen todos los antropólogos contemporáneos. Me refiero al *ángulo esfenoideal*.

Su importancia estriba en lo siguiente: si se examina, como dice Vogt, un cráneo aserrado en su dirección ántero-posterior, se nota en seguida que la línea que corresponde á la base no es recta, y sí angulosa ó acodada, principalmente hacia la silla turca; y como aquí es donde se aloja la glándula pineal, que corresponde al medio de la cara inferior del cerebro; aquí donde en los primeros tiempos de la vida embrionaria se termina ese cordón gelatinoso, llamado cuerda dorsal, que sirve de centro de formación á la columna vertebral, y

(1) *Mémoire sur les microcéphales*, pág. 79, París.

aquí es también el punto donde la cabeza presenta una fuerte corvadura cuando la cara aparece en sus primeros vestigios,—corvadura primitiva que no obstante tiende á desaparecer después del desarrollo embrionario, efecto del desarrollo más rápido de la cara y del cerebro, no desaparece en absoluto, pues aun en las edades más avanzadas se observan las huellas de esta formación característica, correspondientes á las tres vértebras craneales,—se desprende que la región correspondiente á la silla turca representa el eje central de todo el desarrollo craneano, y se la que permanece relativamente fija, mientras que el resto del cráneo y de la cara pueden mirarse como expansiones suyas.

Virchow es el primero á quien corresponde la gloria de haber fijado su atención en estos hechos, completando su estudio con el ángulo esfenoïdal—cuyo valor ha confirmado después Welcker con numerosas investigaciones—y es el formado por dos líneas que se juntan en el borde anterior de la silla turca, y arrancan, la posterior del borde anterior del agujero occipital, y la anterior de la raiz de la nariz ó sutura fronto-nasal. La significación trascendental de este ángulo es que cuanto mayor sea su abertura, menor es la inteligencia, y vice-versa.

Efectivamente, basta observar un cráneo cualquiera, cortado en dirección de su eje ántero-posterior, para cerciorarse que cuanto mayor sea el predominio de la cara, más rechazará hacia la parte superior la bóveda orbitaria, más separará una de la otra línea, y mayor será, por consiguiente, la graduación del ángulo. Además, cuanto más acodado, es decir, cuanto más pequeño sea el ángulo en cuestión, tanto más verticales son los dientes, y vice-versa los incisivos tenderán á dirigirse hacia adelante según su mayor abertura.

Estas relaciones, cuya significación no puede ser más interesante, se encuentran confirmadas por mediciones numerosas y concienzudas. Así, por ejemplo, Welcker, que es, como dejo dicho, uno de los que más partido han sacado de esta medida, ha encontrado las series siguientes, por término medio:

En 30 cráneos alemanes normales 134°.

En 30 cráneos de mujer 138°.

En 6 de negros 144°.

En 8 de recién nacidos 141°.

En 10 de niños de 10 á 15 años 137°.

En 3 de niños negros 138°.

En 1 idiota 145°.

En 1 de chimpancé 149°.

En 1 de joven orangután 155°.

En 1 de orangután adulto 174°.

En 1 de orangután viejo 180°.

Según Vogt, el ángulo esfenoidal en el cráneo germánico es de 134°; mientras que en el negro varía de 138 á 150°.

Además de lo dicho tiene el ángulo en cuestión la ventaja de servir como correctivo al ángulo facial de Camper, y es, por consiguiente, como dice Welcker, un nuevo medio de distinción entre el hombre y los monos. La razón de esto se comprende fácilmente. Durante las primeras edades del sér, la desproporción entre el cráneo y la cara es grande y ventajosa al ángulo de Camper; pero después, á medida que se sucede el crecimiento, es más notable en la cara que en el cráneo. Resulta, por tanto, que el ángulo esfenoidal, muy abierto al principio, se vá cerrando con el desarrollo de la inteligencia.

Es indudable la importancia grandísima que tiene el ángulo esfenoidal de Virchow; pero, como dice Bertillon en su excelente artículo *Ángulos cefálicos* del *Diccionario enciclopédico de ciencias médicas*, la necesidad de abrir los cráneos hacía la cuestión poco práctica; felizmente Broca ha inventado un procedimiento, publicado en el *Boletín de la Sociedad Antropológica*, año de 1865, que conduce al mismo resultado sin necesidad de esta mutilación.

Vamos á terminar lo referente al ángulo esfenoidal mencionando el cuadrilátero facial.

Si á los tres puntos que hemos señalado para determinar el ángulo esfenoidal se añade otro cuerpo que co-

rresponda á la espina nasal anterior, y se unen todos por cuatro líneas, resulta un cuadrilátero irregular, que circunscribe con bastante exactitud la totalidad de la cara, á excepción del maxilar inferior, y cuya forma depende esencialmente de los diferentes huesos y de sus curvaturas. Como es consiguiente, cuatro son los ángulos formados, conocidos con los nombres de esfenoidal, nasal, dentario y occipital, según correspondan á la silla turca, á la sutura fronto-nasal, á la espina nasal anterior y al borde del agujero occipital, cuya comparación entre las diferentes razas é individuos permite apreciar relaciones distintas que dependen del desarrollo de la cara y del cráneo.

Después del ángulo esfenoidal, de todos el más importante, el nasal es sin duda el que le sigue, pues mide, según Welcker, el prognatismo de la cara y crece con el anterior, es decir, que disminuye con el mayor grado de inteligencia.

La diagonal de este cuadrilátero, tirada entre los ángulos occipital y nasal, es también de notoria importancia por medir en línea recta la longitud de la base del cráneo, y además porque puede servir para apreciar comparativamente la mayor ó menor abertura del ángulo esfenoidal, sin necesidad de medirle.

VI.

Otra de las muchas relaciones craneométricas que deben ocuparme, es la de su longitud con su anchura, ó *norma verticalis*, mirada como muy importante por Blumenbach, Von-Baer, Welcker y todos los demás etnologistas.

Retzius, apoderándose de este carácter, que tan distintamente impresiona, según los pueblos é individuos en que se examina, le ha hecho servir de base para una división general de los mismos, comprendiéndolos den-

tro de dos grupos, que designó con los nombres de *dólido-cefálicos*, ó de cabeza larga, y *braqui-cefálicos*, ó de cabeza corta, á los cuales Welcker añadió un tercero, llamado *orto-cefálicos*, y por Broca *meso-cefálicos*, que servía para designar las naciones cuyos cráneos más predominantes ofrecían formas transitorias entre las dos anteriores, miradas como extremas. Cualquiera que sea la relación determinada por la medida del diámetro ántero-posterior con el trasversal, los franceses han adoptado la costumbre, seguida ya por los naturalistas, de expresarla con una fórmula sencilla y elocuente, conocida bajo el nombre de *índice-cefálico*, y que consiste en partir de la cifra 100, como tipo de longitud, y referir proporcionalmente á ella la anchura del cráneo que se mide. Así, por ejemplo, un índice-cefálico de 90, indica que la anchura del cráneo está en relación á su longitud como 90 es á 100.

Para sujetar á clasificaciones con arreglo á esta medida los diferentes cráneos, preciso era comenzar señalando cifras numéricas que circunscribiesen los tres grupos dentro de los cuales habían de comprenderse los cráneos, y para ello se convino en designar como *cabezas largas* todas cuyo índice cefálico quedase por debajo de 72; bajo el de *cabezas cortas* todas en las que el mismo diámetro excediese de 81, y bajo el de *cabezas medias* las que oscilasen entre ambas cifras.

Nada nos parece tan difícil, no obstante cuanto los autores dicen sobre este asunto, que señalar un tipo predominante sobre la forma de los cráneos en los diferentes pueblos, y marcar las relaciones verdaderas que ligan estas formas á las condiciones de civilización de los mismos. Efectivamente, con respecto á lo primero son tantas y tan pronunciadas las variaciones individuales, que en la colección ya citada del Museo Antropológico, donde pasan de 200 los cráneos existentes, abundan casi por igual las formas más opuestas, sin embargo de proceder todos ellos de una misma localidad; desde el índice 96, que compite ventajosamente con el de un cráneo tártaro, modelo de braqui-cefalia, hasta el 65,

que se aproxima y aun iguala al de un negro australiano, modelo de dólico-cefalia, hemos encontrado todas las relaciones intermedias, sin que de las medidas que hemos hecho hasta ahora podamos sacar un sub-tipo general característico dentro del tipo meso-cefálico.

Con respecto á las tendencias civilizadoras de cada forma, si bien es verdad que de los cuadros formados se desprende que las condiciones de civilización parecen encontrarse en un justo medio, según dicen los franceses, digno es de observar que Vogt, como perteneciente á la raza germánica, cuyo cráneo es más pronunciado en sentido *dólico-cefálico*, mira esta conclusión como una vanidad de los franceses, que ocupan el medio de la escala de los meso-cefálicos, del mismo modo que se consideran como el centro de la civilización.

No obstante las dificultades ya expuestas de generalización, y prescindiendo de los pueblos que, como los peruvianos, los omaguas... tienen la costumbre de viciar por medio de compresiones en diferentes sentidos los diámetros naturales de la cabeza, Vogt ha clasificado los pueblos de la siguiente manera, con arreglo á las investigaciones de Welcker. Pertenecen al tipo de cabeza corta, redonda ó braqui-cefálicos, los lapones, malgaches, baschkires, turcos é italianos actuales; entre los de cabeza larga bien caracterizada, ó dólico-cefálicos, los noukavianos, esquimales, negros, negros australianos, cafres, boskimanos y hotentotes. Refiriendo los restantes pueblos al grupo de los meso-cefálicos, se pueden colocar de la manera siguiente, marchando de las cabezas menos largas á las más largas, alemanes, rusos, habitantes de Sumatra, kalmucos, javaneses, franceses, cosacos, judíos, bohemios, molucos, indios, chinos, antiguos griegos, antiguos romanos, brasileños y holandeses.

VII.

El perfil de la cara suministra, á semejanza del *norma-verticalis*, otro dato etnológico digno de figurar donde los anteriores: me refiero al prognatismo, ó sea al modo como están implantados los dientes en sus respectivos maxilares y á su grado de avanzamiento en estado de oclusión bucal.

Todo el mundo sabe, pues es uno de los rasgos que más caracterizan la fisonomía de los negros, que sus dientes, sobre ser de un mayor desarrollo que los de las razas blancas, están dispuestos oblicuamente y de modo que avanzan en grados distintos, que se han creído estar en relación inversa con el estado culto y aptitud intelectual de los pueblos. Esta diferencia, muy ostensible en los sujetos vivos, por la circunstancia de coexistir en los negros labios abultados que acentúan más su disposición, se mantiene tan apreciable en el esqueleto, que bastaría para indicar, con grandes probabilidades de acierto, la pertenencia de un cráneo cualquiera.

En virtud de esta disposición se ha llamado *ortognatos* á los que tienen los dientes verticales, *prognatos* á los que los tienen oblicuos, y hasta se ha querido significar por Welcker con el nombre de *opistognatos* á los que tienen los dientes dispuestos hacia atrás, disposición que, según Vogt, no está bien justificada, pues en realidad no existe.

Se determinan estas diferencias, según los autores, por el ángulo que forma el eje de la base del cráneo, ó sea la línea indicada más arriba, como la diagonal del cuadrilátero facial, con la línea que une la raíz de la nariz y su espina anterior. Yo, á pesar de que no en todas las circunstancias es posible, creo, sin embargo, preferible sustituir dicho ángulo por otro, cuyos puntos

sean la sutura fronto-nasal, la unión de los dientes incisivos y el mentón.

Deseo terminar, señores, pues tengo además muy presente que no es lícito á un discurso inaugural ilustrar con la debida amplitud puntos de la ciencia, cuando éstos son tan extensos como el que me ocupa. La triangulación craneana de Huschke y otras infinitas relaciones diamétricas y angulares de Huxley, Broca, Khamkof y demás autores que se han dedicado á los estudios etnológicos, gozan actualmente de una importancia que obliga á su uso, cuando se emprenden mensuraciones craneanas. Yo no puedo, sin olvidar mis deberes, tratar de ellas con la debida extensión, y por eso me concreto á mencionarlas, después de haberme ocupado con bastante amplitud de las que juzgo más principales y decisivas.

HÉ DICHO.

(Diciembre, 1875.)





CONFLICTOS

ENTRE

LA FRENOPATÍA Y EL CÓDIGO PENAL

(Carta al Doctor Esquerdo)

SR. D. JOSÉ ESQUERDO.

Mi distinguido maestro y apreciado amigo: Los que dedicamos preferentemente al cultivo de ese amargo y escabroso campo de la humanidad enferma nuestras facultades todas, ilustradas y dirigidas por la herencia intelectual de los que nos precedieron en la misma obra, y alentadas por el estímulo de nuestra vocación, advertimos sobradamente impresionados por un extraño sentimiento—tal vez amalgama de dolor y de sorpresa—ese conflicto que todavía surge á menudo entre dos ramas de los conocimientos humanos, que para la más perfecta realización de sus destinos debieran marchar unidas siempre que ambas intervienen, á manera de alma que aconseja y cuerpo que realiza, y que desgraciadamente en muchos casos pónense la una frente á la otra, defendien-

do intereses encontrados y aspiraciones opuestas: sospechará V. ya que hablo de la Frenopatía y del Código.

En España, lo mismo que en Francia y en los demás pueblos cultos, pronuncian de vez en cuando los tribunales de justicia sentencias que merecen la reprobación de los hombres consagrados á estudiar los desórdenes de la mente humana. No debo recordar sucesos de nuestro país, porque despréndese de cuanto á uno propio atañe como cierta especie de nube que, ocultando las más puras intenciones, refleja en cambio, á la contemplación de aquellos que ven las cosas con distintos ojos que nosotros, matices de apasionamiento y de egoísmo. Mas si para autorizar la exactitud de este juicio fuera necesario concretar afirmaciones en materia de hechos, podría traer á referencias entre otros numerosos—pues sabe usted que por muchos en la elección está la dificultad—el de ese infeliz marinero guillotinado en París durante el año último, castigo afrentoso y sin otro de mayor extremo, que sufrió por haber cometido uno de esos horribles crímenes de los que el vulgo, profundamente emocionado, suele decir, en su lenguaje rudo y expresivo, que solo brotan de una fiera, y cuya calificación nosotros podremos acentuar más aún, añadiendo que ni en el instinto de las fieras cabe, porque hemos de reconocer que más lejos, pero mucho más lejos que la alevosía del criminal y el ensañamiento de la hiena, alcanza el vértigo destructor del infeliz loco.

Yo leí en un periódico nuestro la referencia del suceso que tanto consternó á la ciudad de los placeres. Recuerdo aquella espeluznante descripción, tan rica de frase y colorido, que leyéndola parecía verse al asesino coger la inocente niña de cortos años, atropellar con brutal impulso erótico su tierno cuerpecito, descuartizarlo luego, desparramar en la chimenea sangrientos pedazos, meterse miembros en los bolsillos y saciarse con horribles detalles, hasta que en indescriptible grado de ferocidad fué sorprendido por la policía.

Recuerdo que después sucedió lo de siempre: la indignación general, la cólera de la sociedad herida rugió

como una tempestad sobre la persona del culpable mientras duró el proceso, hasta que el rayo fulminado por la justicia cayó sobre la cabeza del asesino y le confundió con el polvo de la fosa. Y por último, recuerdo que más tarde aún, registrando la ciencia en el laboratorio el despojo de la máquina cerebral, vió allí confirmado por medio de testimonios evidentes lo que ya el mentalista había sostenido, fundado en multitud de consideraciones médicas; es decir, que aquel desgraciado Menesclou era uno de tantos locos, trastornado por un vértigo genésico, por ese vértigo que, en mi concepto, debe fijar de un modo interesante la atención de cuantos se preocupan con el estudio del hombre criminal, porque es sin duda uno de los que imprimen rasgos más característicos á sus destrozos.

Este hecho que se repite algunas veces, no por falta de inteligente aviso, sino por sobra de ofuscación, merece ser atacado con energía por los que, consagrándose al culto de la verdad científica, advierten lo funesto de esa inconsecuencia que reina entre el dictamen pericial y el fallo del juez, entre la exculpación proclamada por el mentalista y la condena que se cumple en el patíbulo, la cual al herir de muerte al criminal, deja también herida, ó á la ciencia de la razón, cuyos principios desprecia como falsos, ó si éstos son ciertos, á ese custodio que pretende regular, tranquilo y sin enconos, los derechos y deberes del hombre con sus semejantes: la justicia humana.

Y es propósito cobarde querer disimular ó reducir la gravedad de este conflicto: la seriedad y la justicia reclaman acometer su examen con decisión y apreciar su gravedad con exactitud, pues urge averiguar si los manicomios encierran á título de locos hombres responsables, ó si el verdugo utilizado por la ley supone conscientemente una terapéutica rematada para extinguir ciertas formas de locura, sospechas ambas que no podemos aceptar como sacerdotes de la ciencia, ni como profesores honrados, ni como simples individuos de la humanidad.

Y no las podemos aceptar como hombres de ciencia, porque nosotros los médicos, que luchando porfiadamente año tras año contra los errores y preocupaciones de la sociedad, hemos arrancado de los calabozos y librado de los suplicios la mayoría de esos individuos que hoy pueblan los manicomios, á cuyo triunfo ha hecho justicia más tarde la misma sociedad tributándole aplausos infinitos, no debemos ceder de la obra, aún no completada, sin reclamar nuestros derechos sobre los otros afectos mentales, para cuya propiedad nos autorizan los mismos títulos de siempre, y cuya victoria ha de ser tanto más gloriosa cuanto es más disputada por las dificultades que la rodean. Y como cuadra á esforzados paladines, debemos combatir aprovechando las ocasiones todas que se nos presenten de dar la batalla, haciendo, en fin, lo que hacen esos pueblos invadidos por extraños opresores, que acosando sin tregua á sus enemigos y no omitiendo recurso alguno favorable para la lucha, pelean hasta que han conquistado el último palmo de terreno donde se habla el propio idioma y donde se respira el aire querido de la patria.

Tampoco podemos admitirlas á fuer de hombres honrados, porque se lastima la hidalguía de nuestra conducta al aceptar que muchos de los seres á quienes recluimos en los manicomios, apartándoles de sus familias, contrariando sus deseos, dañando sus afecciones y privándoles de sus derechos civiles, sean juzgados por la ley como individuos de completa razón, y en su consecuencia aptos para reconocer y cumplir los deberes sociales.

Y por último, no las podemos tolerar como miembros de la humanidad, porque si ese sentimiento que brota natural en el corazón del hombre generoso y fortalece todo código moral, el de oponerse á los estragos del error, muévenos á sacar de su extravío al que amenazara descargar mortífero golpe sobre un inocente á quien juzgara culpable, aparece para nosotros más grande este deber cuando los amenazados del castigo son enfermos, incapaces de oponer defensa, y que por ley

natural reclaman la protección del médico como la de su primero y más firme amparo.

Ahora bien: antes de alcanzar las reformas necesarias en el Código, antes de recabar el triunfo apetecido, nos interesa sembrar en la conciencia de los intérpretes de la ley cuanto hay de justo y civilizador en nuestra doctrina. Las revoluciones científicas, como toda otra revolución humana, no arraigan en el campo de los hechos, ni producen los frutos apetecidos, si previamente no han conquistado el sentimiento público; y esto no podemos conseguirlo sin realizar una propaganda encaminada á que los altos poderes que legislan, las autoridades que fallan y el público en general que clamorea, se cercioren de aquello mismo de que nosotros estamos convencidos, duden de aquello de que nosotros dudamos, y como nosotros, en fin, escudriñen ese admirable escenario del cerebro, comprendan la génesis de sus funciones, la armonía de sus facultades, y, por consiguiente, los infinitos modos como puede perturbarse su juego.

Y no se nos arguya que la frenología oscila inquieta entre multitud de hipótesis, que se discuten sus más firmes doctrinas, que atraviesa un período de evolución origen de frecuentes cambios, y que son, en fin, muy pocos los principios suyos que pueden estimarse como piedras angulares, definitivamente asentadas, para la construcción de ese edificio que ha de cruzar inalterable los siglos, siendo el depositario de una ciencia pura; pues de admitir esta objeción, forzoso sería demoler, por identidad de razones, hasta los más delicados fundamentos de nuestra condición social.

Y si no quiere creerse este aserto, recórranse las Academias, los Ateneos, y cuantos centros de discusiones sabias existen, hojéese todo ese mar de periódicos, revistas, folletos y libros que en incesantes y formidables oleadas despiden las prensas, aquéllos y éstos destinados á juzgar cuanto hacemos, cuanto discurremos y comentamos, y por doquiera observaremos con cierto pavor, que desde los más sencillos experimentos de la

física, hasta las más abstrusas especulaciones de la filosofía; desde esa esfera de tierra y agua que golpeamos con nuestros piés, y nos arrastra en las órbitas que describe á través del espacio, hasta esa concepción suprema de la Divinidad, que se alza sobre nuestra frente y nos arrastra á pensar en vidas eternas; desde ese principio político que sirve de eje á la organización de un Estado, hasta ese movimiento protoplasmático que sirve de eje á la organización de la célula, todo, absolutamente todo, se desarrolla, se metamorfosea y se discute.

Y cuando esos físicos y filósofos, cada vez más discordes sobre los problemas de la fuerza y la materia; y cuando esos naturalistas é ideólogos, que todavía no han llegado á ilustrar los más grandes misterios que encarna la creación entera desde el origen de los mundos hasta el origen de las especies; y cuando esos doctrinarios que acomodan la vida de un Estado á fórmulas condenadas por las restantes escuelas; y cuando esos médicos rehacios que acometen los trastornos de la enfermedad con medicaciones enérgicas que cambian sin descanso, viéndose mañana calificadas de mortíferas las que hoy se reputan de salvadoras; y cuando á tenor de éstos, en fin, otros muchos condenen las nobles, desinteresadas y humanitarias pretensiones de la frenología, que tienden á librar del cadalso á unos pocos infelices claramente locos, y las rechacen basándose en las dudas y cambios que ofrece su doctrina, ¡ah! con cuánta razón se les puede responder: ¿Con qué títulos de consecuencia y de justicia impugnais nuestras afirmaciones, hijas de nuestro estudio constante y de nuestra probidad sin tacha, vosotros los que basais todas vuestras doctrinas sobre cimientos tan frágiles y movedizos como son los nuestros; vosotros los que os sentís rodeados por las nieblas de las dudas y de los misterios tanto como nos sentimos nosotros, y vosotros los que en cambios incesantes condenais hoy como falso lo que ayer defendíais como cierto, no de otro modo que nos puede suceder á nosotros?

Pero es más; los que entienden de frenopatía no

pueden ni deben admitir que la ciencia de la razón carezca de esos principios inmutables y de esas leyes clínicas que la doten de tantas garantías como autorizan otras muchas ramas de los conocimientos médicos, la toxicología, por ejemplo, y que imponen sus consejos al fallo de los tribunales. La frenología hoy tiene ya plantados los jalones que marcan el emplazamiento de su edificio, ó, para más claridad, aseméjase al continente africano, de orillas ya precisadas, aun cuando en su interior existan parajes no explorados, lagos y rios desconocidos, selvas inaccesibles, que representan para los intrépidos exploradores otros tantos problemas que resolver.

Cuando la honradez dirige nuestros actos, y preside nuestras cavilaciones el amor á la justicia; cuando engendra la desconfianza el miedo al error, miedo que nos inspira esa misma transformación incesante que ofrece el espíritu de la humanidad, siempre empeñado en continuas disquisiciones, siempre cambiando sus creencias de ayer para acomodarlas á los nuevos puntos de vista que ofrece el progreso actual; cuando el grito, en fin, de la conciencia trata de preguntarnos si lo que defendemos es falso, si todas nuestras aspiraciones tienden á desastrosa confusión entre la locura y el crimen, alentando así la esperanza de una impunidad fatalísima para el orden social; entonces vigoriza la fé en la causa que se defiende, la consideración de que los mentalistas más afamados, es decir, los únicos iniciados y los únicos exploradores de los trastornos intelectuales del sér humano, profesan las mismas ideas y cierran sus escasas filas para luchar juntos contra ese temible adversario llamado el sentimiento público, que no es de ordinario mas que un mantenedor obligado de graves errores, de errores que alimenta con su ignorancia, y abandona solo por efecto de continuas y acabadas derrotas.

Yo creo que, trascurrido un largo período de años, cuando la humanidad fije su examen en los tiempos de ahora, para entónces ya históricos, y juzgue este conflicto con ese análisis tranquilo y desapasionado con

que después de la victoria se aprecian todos los incidentes del combate, no acertará á comprender cómo se dudaba, cómo se desatendía y hasta se condenaba la doctrina de una ciencia positiva, de una de esas ciencias que mantenían sin cesar el asombro aun en los espíritus más indiferentes, cuando dicha doctrina trataba de oponerse á la ejecución capital de un desgraciado loco; y cómo pesaba más en el concepto público la condena de un tribunal jurídico que el dictamen razonado de un frenópata eminente.

Y digo la doctrina de una de esas ciencias positivas, no obstante escandalice con tal afirmación á muchos de sus detractores, porque entiendo que los mentalistas deben comenzar sus debates pidiendo el que se les reconozca de un modo solemne, que ya no consumen los frutos de su pensamiento en aquellas controversias psicológicas, en aquellas disquisiciones escolásticas sobre dónde concluye la razón y comienza la locura, sino que hoy ya el médico alienista toma de la clínica y del laboratorio los fundamentos de sus conclusiones; que suma los hechos para deducir las leyes, y que en vez de una dialéctica de relumbrón y de sofismas, utiliza un lenguaje preciso y claro, como corresponde á exposiciones de carácter anatómico y fisiológico.

No puedo resistirme á transcribir las bellas frases con que el afamado mentalista Legrand du Saulle da comienzo á una de sus más interesantes producciones (1).

«Escuchad en 1878 el dictamen de un médico alienista ante los tribunales—dice—y advertireis que ya no se discute para saber dónde acaba la razón y comienza la locura. Las disertaciones filosóficas han caducado, la psicología ha desaparecido; el abogado se calla, el jurado escucha, el ministerio público procura ilustrarse, y el médico se impone... En otros tiempos se cortaba la

(1) *Les signes physiques des folies raisonnantes (etat mental de Sandon)*.—París, 1878.

cabeza de un criminal en nombre de una teoría muy discutida, de una duda filosófica y de desarrollo de conciencias; pero hoy se asila al criminal enfermo en nombre de la precisión clínica, de la certidumbre científica y de una confianza incontestable. Hé aquí lo que hemos ganado desde que nos hemos vuelto menos psicólogos y mucho más clínicos.»

¡Sin duda que Legrand du Saulle, al expresarse así, no se refería también á aquellos otros casos en que el dictamen pericial es desatendido!

Además, debemos observar que la sociedad entera es sobrado injusta con los mentalistas, al no reconocerles esa pericia que se consigue obtener precisamente sobre materias inapreciables para el vulgo, y que con tanta sensatez reconoce en cualquiera otra aplicación de las facultades humanas.

Creemos á un marino cuando, atisbando horizontes para nosotros invisibles, nos asegura la existencia de nubes y barcos que en balde procuramos distinguir, y le creemos, porque estamos convencidos de que aquel ejercicio constante de la vista aumenta su poder visual; de igual modo observamos atónitos que el ciego palpando relieves que para nosotros son casi insensibles, los precisa, los eslabona y los interpreta con exactitud y rapidez tales, que le permiten hacer de ellos una verdadera lectura... y sin embargo de esta perfección de sentidos y de facultades intelectuales que en cada arte, cada profesión y cada linaje de conocimientos se consiguen, escasos son los individuos que no se creen con fuero bastante para discutir la existencia de una locura cuando el mentalista la afirma y ellos por impericia ó ignorancia la desconocen. Pues qué, ¿acaso olvidan que precisamente una de las consecuencias más obligadas y útiles de la condición de especialista consiste en aventajar los conocimientos y alcances de la generalidad, llegando á donde ésta no llega? Y sucediendo así, ¿qué torpeza tan deplorable no supone, y á qué errores tan punibles no conduce semejante oposición?

Pero á bien que no debe extrañar el que los intér-

pretes de la justicia, y con ellos las demás clases de la sociedad, discurran y procedan del modo expuesto, cuando entre los más temibles adversarios que frente á frente tienen los alienistas, lo diré sin ambages, figuramos nosotros, es decir, la masa general de los médicos, quienes por haber aprendido, con el estudio vertiginoso y superficial que hacemos dentro de las aulas, algunos términos de chocante rareza, pero careciendo en verdad de toda sabiduría, siendo tan extraños dentro de un manicomio como lo puede ser cualquier adocenado novelista, y tan incapaces de interpretar las manifestaciones de aquellos asilados, como lo es un individuo de interpretar los sonidos de idioma que desconoce, nos escudamos, sin embargo, con nuestros títulos, y aparentando á la sociedad una aptitud mentida, pretendemos luchar potencia á potencia contra los frenópatas, negando sus alcances, desautorizando sus pronósticos, y rebelándonos contra sus aspiraciones.

¡Ah, mi querido maestro! yo, que en mis escritos he tenido siempre el singular antojo de confesar mis errores, quiero recordar ahora que cuando opinaba como uno de tantos, es decir, cuando sabiendo algo menos que hoy me atrevía sin embargo á mucho más, afirmaba de un desgraciado, que allá en sus mocedades pudo conquistar reputación de ingenioso poeta, y merecer el aprecio fraternal de ese espíritu melancólico cuya vida se deslizó por este mundo, como el sentimental nocturno que gime un piano se desliza al través de las sombras de un jardín, es decir, del inmortal Becquer; afirmaba de aquel desgraciado, repito, que solo una perversidad de sentimientos, una relajación de su moral, era lo que algunos peritos calificaban de locura. Yo recuerdo que analizaba sus actos, que veía lo ingenioso de sus imposturas, que juzgaba el egoismo que le dirigía, y, sin embargo, este individuo que yo estimaba responsable parecía, dos años más tarde, en el manicomio de su dirección, á consecuencia de una parálisis progresiva de los enajenados; es decir, de una de las formas más claras de locura. ¡Cómo dudar, pues, de que

á semejanza de lo que ocurre en el mar, donde hay siempre un horizonte remoto que solo la vista perspicaz del marino divisa, así en el océano de la locura existen zonas misteriosas que solo el especialista puede distinguir; y de igual modo que á la sonrisa incrédula del pasajero suele responder confiado el marino pidiendo tiempo para que adelante la invisible nave, así el mentalista responde hoy lleno de certidumbre á los que dudan de sus juicios: «Esperemos que avanzando el mal salve esa zona, á la que solo alcanza la investigación del perito, y después hasta el más escéptico palpará sus manifestaciones!»

Pero contra toda predicación, esa resistencia continuará aún siendo titánica, porque no la mantiene solo la ignorancia, sino también la reacción instintiva y poderosa que brota de la sociedad entera, cuando siente el dolor de la herida que recibe en uno de sus individuos. Basta examinar lo que entonces ocurre para medir la dificultad del triunfo; ¡ah! es un cuadro imponente.

Vese en el centro de hirviente masa humana, siendo acicate de enconadas iras, y blanco de todas las agresiones, un hombre de rostro pálido y descompuesto, extraviada la vista, desgarradas las vestiduras, ciego, insensible, inconsciente unas veces y abrumado otras por el pensamiento aterrador de su crimen y la cólera vengativa que le rodea.

Vese en torno suyo el pueblo, á quien la indignación arrancó de sus hogares, distrajo de sus quehaceres y acumuló junto al culpable, como un soplo del huracán arrastra de sus escondrijos y barre del suelo cuanto después voltea en sus remolinos; pueblo agitado que clava sobre el insensato sus iracundos ojos, que exalta la mente con el horror del crimen y se desborda con la inundación de su cólera; que atruena el espacio con sus imprecaciones y sacude los brazos con la expresión de la amenaza, y que más hostigado aún por las trabas que los agentes de policía le oponen al cumplimiento de su venganza, se revuelve, se atropella y maltrata á sí propio, convirtiéndose en un organismo sacudido por

epiléptica convulsión, que se retuerce y lacera las propias carnes buscando con sus crispadas manos el corazón que le atormenta, de igual modo que cuando las impetuosas ondas chocan contra acantiladas rompientes, escupen á las nubes mangas de agua cenagosa y de turbia espuma que al caer con estruendo sobre su propia masa la golpean, remueven y sombrean como con negra tinta.

Más lejos aguarda ese tribunal austero que, poniendo su vista en la cruz, y la conciencia en el Código, se ciñe á la letra de la ley, protege los derechos establecidos y castiga las violaciones que se le hacen; juzga del crimen casi siempre de un modo abstracto; prescinde en su estudio del criminal, falla implacable y hace cumplir su condena.

Aparte, ahogándose en un océano de dolor y desesperación, aturdida con el choque de aquel suceso horrible, de aquella pérdida irreparable, de aquella catástrofe enorme, tan aturdida como si hubiera recibido fuerte martillazo sobre la cabeza, muéstrase la familia, grupo de seres infelices condenados á la viudez y á la orfandad, trasportados bruscamente desde la dicha á la desgracia, desde el bienestar al sufrimiento, desde la satisfacción á la necesidad.

Más desviada aún, pero alzándose formidable como una altísima cordillera que cierra el horizonte y nos envuelve en la sombra que proyecta, se hace notar la prensa periódica, ese hijo vigoroso de la civilización, eco de la sociedad entera, que inquiere con avidez los sucesos, que rebusca las frases más ampulosas para pintarlos con fuertes colores, y concluye siempre protestando contra el agravio hecho á la moral y pidiendo el castigo del malvado.

Por último, llenándolo todo, calentando por todas partes como una atmósfera que abrasa, la misma sociedad ultrajada, que se extremece con la temeridad del criminal, y que, llevada de su instinto de conservación, clama por que se aprieten los frenos que se oponen á los descarrilamientos del mal.

Ahora bien, contra esta convulsión del organismo social, ¿qué podrá conseguir el aspecto reposado del sacerdote de la ciencia, predicando con acento solemne su doctrina, y reclamando de la prudencia de aquel mismo cuerpo agitado, protección para el causante de su dolor? ¿Qué engrandecimiento moral, qué cultura tan admirable no supone alcanzar la perfección de la justicia derrotando esos instintos que piden el rechazar la fuerza con la fuerza, y su triunfo por aquella virtud evangélica que aconseja responder con beneficios al mal que se recibe, testimonio de la perfección cristiana?

Pero imposible es manifestar este deseo sin que al instante no se alcen en torno nuestro gritos de alarma, sin que el temor á la reforma haga preguntar: ¿á dónde iríamos á parar con semejante doctrina? ¿qué no ocurriría después?

¡Ah! ¡cómo desconocer estas frases, cuando son las que acusan la resistencia de siempre, esa resistencia que opone todo lo que se vá á todo lo que se presenta; cuando son las que se escapan del individuo que desconfía y teme al progreso, creyendo que tras de toda innovación, se vienen sin remedio la anarquía y la muerte!

Pero estas exclamaciones que lanzan aun los más benévulos, grito de alarma de los que olvidan que el hombre camina tras de su anhelado perfeccionamiento, ¡cuántos millones de veces no se habrán proferido con otros motivos al parecer más solemnes, ante otras reformas más trascendentales! ¡Con qué mortal espanto no las habrán exhalado todos los que en el curso de los siglos han sentido conmoverse el edificio de su condición social, desde aquellos augustos sacerdotes y veneradas pitonisas del paganismo, que veían por un lado sus tradicionales dioses, heredados de la Grecia y del Egipto, cayéndose de los altares á cuyo pié se habían prosternado centenares de generaciones, y sus monumentales templos de piedra grietarse al calor irradiado de otra divinidad, amenazando hundir en tierra las gigantescas rotondas, las severas cornisas y los labrados capiteles; y veían por otra parte demoronarse aquellos

arcos triunfales elevados al orgullo de sus héroes por un pueblo que se llamaba eterno, y aquellos inmensos coliseos que albergaban cientos de miles de seres, y cuyos sillares representaban montañas de granito arrancadas de cuajo y trabajadas por miriadas de esclavos; y como si esto no bastase, aquella civilización, que se había templado al fuego de mil batallas gloriosas y había dominado la tierra conocida y atado los reyes á las cuádrigas de los tiranos triunfadores, ser reemplazada por otra civilización que había emanado de un oscuro judío, crisis radical toda ella que expresaba el tránsito de una etapa á otra etapa en la historia de las naciones;—hasta el modesto obrero de nuestro tiempo, que contempla asustado sin comprenderlo cómo una resudosa máquina de vapor, moviendo con fuerza incontrastable sus férreos brazos al empuje de unos cuantos vasos de agua evaporada, empequeñece su propia labor y le arroja del taller, hecho que á su vez acusa el tránsito de una etapa vieja á otra nueva en la historia del trabajo; y sin embargo de estos cambios, y á pesar de que los pueblos desaparecen y las civilizaciones se transforman, vese á la humanidad, no obstante se crea á cada paso comprometida, que gana sin cesar y que progresa sin descanso, depurando sus costumbres, aumentando sus comodidades, perfeccionando su justicia, sorprendiendo los misterios de la naturaleza, engrandeciendo su destino y acercándose más y más á esa concepción gigantesca, á esa verdad que todo lo invade, á ese reino de la luz y de la bienaventuranza que nos llama constantemente á su seno, á Dios, en una palabra.

Y cuando nosotros, convencidos de esta profunda verdad, escuchemos las protestas que inspira el miedo, podremos calmar la angustia mortal del espíritu acobardado, diciéndole también con acento de convicción:—No tiembles ni dudes del progreso; ese rumor que desde la soledad de tu miedo crees percibir en lontananza y que tomas por el estruendo de ciudades que se derrumban, es el estridor de los trenes que vuelan por los campos, de los martinets que golpean en los talleres,

del labrador que canta al surcar la tierra, del comercio que cambia sus productos, de la vida, en fin, que reina espléndida y grandiosa en la sociedad; y aquel resplandor que divisas en el horizonte, y consideras claridad de los relámpagos, es el sol del progreso que alumbra un pueblo culto que todo lo fía á la civilización y á la justicia.

Nada hay, querido amigo, que me persuada tanto de que también aquí la causa de la verdad y de la justicia ha de triunfar al fin, como el recordar lo que lleva conquistado la frenopatía; ni nada debe hacer desconfiar tanto á esos espíritus rehacios, como la contemplación de lo que han cambiado las creencias generales durante los tres últimos siglos.

Cuando el espíritu imparcial recuerda aquellos tiempos de agitaciones religiosas en que desde los papas hasta los soldados, y desde los más ilustres representantes de la magistratura hasta los más esclarecidos cultivadores de la ciencia, lanzaban á la chisporreante hoguera miles de infelices monomaniacos; cuando recuerda que desde las bulas pontificales á las disertaciones jurídicas, y desde los engendros literarios hasta los capítulos de la investigación científica, concurrían todos los productos de la inteligencia á defender una misma tesis, á conservar un funesto error que castigaba con espantosa muerte muchas enfermedades mentales, y vemos hoy los heridos de aquellos mismos padecimientos no solo amparados por la ley, sino que esmeradamente asistidos en gigantescos manicomios, ¿quién, á no pecar de ligero, sería capaz de sostener que ese impulso de redención ha cesado, que esa ley eterna del progreso ya no se cumple, y que esa refulgente antorcha de la ciencia, que avanza desparramando siempre luz, se ha extinguido?

No debe creerse tal absurdo; falta aún por conquistar, como no podía menos de suceder, la parte más escabrosa; es preciso desalojar el error y la preocupación de esas trincheras en que todavía se baten; hay que persuadir al mundo entero de que las locuras razonan-

tes, las impulsivas, las pasionales, la imbecilidad y la epilepsia en sus diferentes grados, etc., pertenecen al médico y al manicomio, como les pertenecen las manías más aparatosas; y todo esto se conseguirá cuando el nivel intelectual de la sociedad suba lo bastante y cuando la ilustración de los consagrados al foro abarque la patología mental.

Porque yo, mi querido amigo, no puedo creer que ese antagonismo aparente reconozca otra causa que una falta de inteligencia debida á la ceguedad; pues siendo honrados los custodios de la ley tanto como puedan serlo los custodios de la razón; siendo nobles y tocados por igual de clemencia para la desgracia, celosos unos y otros de sus sacratísimos deberes, forzoso es que lleguen á satisfactoria conjunción desde el punto en que mutuamente se escuchen y se estimen sus razonamientos. ¡Que después de todo, la humanidad ha nacido para entenderse, y existe siempre la inteligencia allí donde reinan la buena fé y el desinterés, y donde la pasión no ofusca los entendimientos, atributos éstos que si deben resplandecer en todos los afanes científicos, aún deben resplandecer con mucha más claridad cuando el interés principal lo constituye la vida de unos desgraciados, ya sean locos, ya sean criminales, pues si desgracia es no poder gozar de la luz del sol y precipitarse en el abismo por lesión incontestable de la retina, desgracia también lo es el sufrir la misma suerte por obstinarse en adelantar con los párpados cerrados!

Es indispensable que los médicos no hablen y escriban solo para los médicos, sino que hablen y escriban mucho para los jurisconsultos y para la sociedad ilustrada, y hagan comprender á aquéllos y á ésta, que así como la exención física para el servicio de las armas no supone un estado especial, siempre idéntico del sujeto, así la irresponsabilidad moral no puede ni debe suponer un estado concreto y siempre igual del individuo; que así como un organismo físicamente considerado supone multitud de órganos que sirven de origen á multitud de funciones, cuya integridad perfecta, cuya relación

mútua y exacta armonía constituyen la aptitud física, así para el orden moral hay profusión de órganos, fuentes de otras tantas funciones, cuya integridad perfecta, cuya relación mútua, cuya exacta armonía y dependencia suponen la aptitud moral. Y es verdaderamente extraño que mientras se elimina del servicio á un individuo epiléptico, por ejemplo, porque sufre desarreglos periódicos de sus funciones sensitivas y locomotrices, no se han de eliminar de la acción de la justicia á ciertos sujetos atacados intermitentemente de convulsiones de su razón, constituyendo verdaderos ataques de epilepsia moral.

Las formas impulsivas puras, sin alucinaciones, sin ilusión, sin delirio, sin esos atributos, en fin, que á primera vista pudieran estimarse como los indispensables de la perturbación cerebral, han de ser necesariamente las que menos comprenda todo examen ligero, las que más difícilmente se expliquen, y en consecuencia, las que más condenen como inadmisibles cuantos juzgan exageradas las predicaciones del médico alienista. Y sin embargo, creo yo que les bastaría á muchos de estos adversarios un examen reflexivo de impresiones que en el curso de su vida habrán experimentado, para comprender la existencia real de dichos vértigos y como nosotros los apreciamos, de igual modo que la pequeña llama que culebrea en el hogar, puede hacer concebir uno de esos devastadores incendios de las poblaciones, que durante la noche lamen con sus lenguas de fuego las nubes y desparraman ahumada iluminación por el espacio, como si pretendieran convertirse en teas revolucionarias del universo.

Me parece grave ignorancia ó ciega ofuscación dudar hoy de ellas, y desconocer su interpretación morbosa, cuando nacen, se desarrollan, muestran su sintomatología y se curan con un curso y modo idénticos al que podemos observar en la enfermedad más plástica de las que se tratan en un hospital.

Un compañero á quien yo tengo en grande estima, y acerca de cuya sinceridad, precisión y espíritu obser-

vador no puedo desconfiar en modo alguno,acíame comprender bien elocuentemente la potencia y singular carácter de una de estas formas impulsivas, por el relato fiel del *vértigo de las alturas* que durante algún tiempo sufrió, desorden cerebral éste que se diferencia de los otros vértigos que conducen al crimen en un solo cambio de dirección por lo que á su naturaleza afecta, el cambio que separa el suicida del homicida; y con respecto á su intensidad, la diferencia que separa una suave colina vestida por la bruma, de una de esas altas montañas que hunden su cúspide entre las cárdenas nubes, donde el trueno tabletea y el rayo se desgaja y abrasa la peña.

Recuerdo bien la historia de su enfermedad.

Confesaba que antes de su primer viaje por Europa, apenas conocía mas que de nombre el llamado vértigo de las alturas, y que hubiera rechazado, como pudiera hacerlo el más ignorante, la opinión de que entre los desórdenes mentales figurase el estado de un individuo que dijera sentirse inevitablemente arrastrado, impelido á espantoso hecho por la aberración de su miedo, de su profundo terror al hecho mismo.

Ese afán insaciable que se apodera del viajero—cuando quiere obtener de sus expediciones toda la instrucción y deleite posibles—de contemplar cuadros panorámicos desde elevados puntos, apoderóse de él en grado extremo, y fué causándole desde las primeras ascensiones tal propensión al vértigo, que no tardaron en convertírsele aquellas más bien en motivo de tortura que no en placentera impresión de *touriste*. La agitación y el desorden que se apoderaban de su espíritu siempre que se encontraba en las galerías, plataformas y demás puntos de mira, concluyó por ser tal, que ya más que á las bellezas de las perspectivas, más que al chocante efecto de las populosas poblaciones como tendidas á sus propios piés, más que á recrear su ánimo, siempre amante de las bellezas arquitectónicas, con los primorosos detalles ó la grandiosidad de armónicas ó gigantes proporciones, parecía como que tiraba de su deseo

y le robaba la atención aquel espantoso abismo que se abría siempre á su lado, y al cual le era tan fácil precipitarse con un leve brinco, con un movimiento automático, con uno de esos ejercicios que hacía inconscientemente en el gimnasio.

¡Y con qué metódica graduación fué desarrollándose el vértigo! Todavía en Burdeos pudo recorrer sin emoción el balconaje de aquella histórica torre de San Miguel, admirando sobre su cabeza la hermosísima flecha que al desvanecer su remate á 114 metros de la plaza, parece una aguja destinada á prender la tierra al cielo, y que al clarearse por sus infinitos calados, hace pensar en un gigantesco capuz de finísimo encaje; y á sus piés aquellas deliciosas vistas sobre el puerto y el Gironda, sobre la ciudad y sus alrededores. Desde entonces comenzó su impresionabilidad, y ya días después inquieta y sobresaltada su contemplación desde la plataforma de la columna de *Vendome*, en París, á 44 metros sobre el suelo de la plaza, apenas saboreaba en aquella soberbia perspectiva todo el encanto que luce. Más tarde aún, paseando las altas torres de Nuestra Señora, bordeando un precipicio de 68 metros, por cuyo camino vertical apenas tropieza la vista con alguna gárgola fantástica, algún detalle saliente ó alguna figura de las que guarnecen la gótica fachada, en balde imploraba de los recuerdos novelescos que Victor Hugo ha juntado con la soberbia morada del modesto Quasimodo, y de los mil recuerdos históricos que registra la iglesia metropolitana de la gran ciudad, pensamientos para sentir bellezas y olvidar infernales ideas; todo era arrollado por el vértigo del vacío, por el estremecimiento muscular que impulsaba sus carnes. Y que después, hallándose sobre el espacioso ático que forma el Arco de la Estrella, en medio de aquella verdadera plaza hecha de sillares sobrepuestos, le precisaba alejarse bastante de la robusta crestería para poder disfrutar con alguna, no con mucha tranquilidad, los arrobadores encantos de un panorama sin rival.

De este modo se fué graduando más y más la pro-

pensión al vértigo, hasta que llegó un momento en que su intensidad le infundió verdadero pavor: fué en Bruselas. Sobre el centro de la plaza del Congreso de esta cultísima ciudad, álzase una columna hasta 47 metros de altura, y sobre ella una plataforma capaz de contener quince personas. Subía la estrecha escalera de caracol, quizá más confiado que nunca, y prometiéndose dominar lo que él mismo calificaba de *ridícula agitación*, cuando saliendo desde la oscura espiral que caracolea por el interior de la columna como si una culebra grande, inmensa, antidiluviana brotara del suelo y asomara la cabeza por su capitel, y al ganar á través de reducida puerta la galería exterior, le produjo tal sacudida la impresión del espacio que de pronto se presentaba á su vista, que, como si hubiera recibido un empujón, arrojóse en actitud de salto sobre la balaustrada, y tan fuera de su voluntad se sintió, que dando un grito, sacudiéndose hacia atrás con un supremo esfuerzo de su instinto y rehaciéndose algo, de modo semejante á como por un movimiento brusco se rehace el individuo que ha tropezado, ha perdido el equilibrio y va á caer, recobró en seguida la escalera, la bajó desalentado y sin parar, hasta que se encontró en tierra, á donde llegó pálido, descompuesto, escalofriado y con violentas palpitaciones.

Desde aquel momento el vértigo se apoderó de él en términos tales, que no podía acercarse á un balcón, ni ascender escalera, ni ocupar palcos altos en los teatros, ni asomarse á torre alguna. Dos años pasó sintiendo los efectos del mal, que últimamente se le desarrollaban aun en las situaciones más naturales. Bastaba que hubiese alguna profundidad á su lado, para que, á la manera de cuerda tirante que vibra al menor soplo del aire, así brotase el impulso al menor incentivo, llegando hasta el extremo de rehuir algunas visitas cuando para hacerlas necesitaba subir altas escaleras.

Un ataque más horroroso que los anteriores le conjuró este mal, sirviéndole de crisis.

Vivía un amigo suyo en el más elevado piso de una

de estas monumentales casas modernas, cuyas cajas de escalera se presentan lo suficientemente holgadas y sobrado altas para que á su través pueda salvar un cuerpo el espacio que separa la vida de la muerte, como breve túnel trasporta pronto al viajero desde una pintoresca, alegre y brillante campiña á un sombrío, oscuro y abrupto precipicio.

Según le ocurría siempre, la sola consideración de que había de subir y entablar una vez más la desesperante lucha, comenzó á trastornar su tranquilidad desde el portal. Lenta y pausadamente, con reprimida zozobra, iba ganando escalones, y á medida que la distancia se hacía mayor, á medida que el suelo iba como ahondándose más y más, subía de grado su agitación, conmovíase su espíritu, redoblaba el corazón sus latidos, íbase, en fin, sintiendo acometido del vértigo, que, con fuerza incontrastable, con fascinación diabólica, atropellaba su razón, oscurecía sus juicios, escalofriaba sus nervios y soplaba en su espíritu entero un terror espantoso; terror extraño, incomprensible, que lo mismo que si sirviera de infernal alimento, aumentaba la ansiedad del impulso, y entonces como agitados por aquella tempestad revolvíanse sus brazos, y animábanse sus fuerzas físicas, deseando aprisionar el pasamanos por donde podía dar el salto final.

De nada servía que destellos que se escapaban de su razón al través de aquella anarquía que pretendía sofocarla, como se escapa el agua al través de los resquicios de la mano que quiere contenerla dentro del grifo, le hicieran buscar el lado de la pared y arrastrarse en el ascenso pegado á ella; el impulso le arrojaba del lado del pasamanos, y de este modo, yendo de uno en otro lado como lo hace un ébrio, en lucha hasta con sus propias manos, que ya con una quería sujetar la otra, ó ya las llevaba ambas á la cabeza, unas veces como para sofocar el fuego que estallaba en su cerebro, otras para calmar el prurito que le hormigueaba por la piel, ó bien para domeñar los cabellos que se le erizaban; sintiendo circular por sus vasos una sangre ardiente, que parecía

arrastraba punzantes alfileres, espantados sin duda los ojos, agitado, convulso y descompuesto, tentado estuvo unas veces por arrojarse al suelo, vacilante otras sobre si acabar su ascensión ó retroceder á escape, hasta que á la postre de un batallar horrible, de un sufrimiento inexplicable, llegó á la puerta deseada, cogió con mano convulsa el tirador, hizo sonar un violento campanillazo, parecióronle siglos los breves instantes que tardaron en abrir, y entró tan agitado como si hubiera cometido un crimen.

He dicho que aquel ataque le sirvió de saludable crisis, y así fué. Desde entonces no le ha vuelto á molestar el vértigo. Hale quedado tan solo una ligera impresionabilidad que nota en las situaciones más á propósito para producir el impulso, pero que no ha sido bastante ni con mucho á impedirle ascender con agrado y entera seguridad á sitios tan vertiginosos como la Miranda de San Jerónimo, en Montserrat; las bolas que se alzan sobre el remate de las altas cúpulas de San Pedro, en Roma, y de Santa María de las Flores, en Florencia; al final de la más alta torre de la catedral de Milán; torre inclinada de Pisa, algunos parajes de los Alpes, y otros lugares semejantes.

Ahora bien: ¿es posible comprender en la misma reprobación—pregunto yo—este impulso y el del suicida que se precipita desde el viaducto de la calle de Segovia, por ejemplo? ¿Es posible creer que existe perfecta analogía entre un estado semejante al descrito, en el que el hombre feliz, benévolo, ganoso de placeres y lleno de razón, buscando el encanto de la vida se pone al abismo de la muerte ó cae en la muerte misma, con el del individuo que amargado por los sufrimientos, desesperanzado de la sociedad, llena de heridas el alma, después de hacer un balance sobre el pro y el contra de su vida, opta resuelto y razonador por la muerte, gana la altura, cubre sus ojos con un pañuelo y se lanza al encuentro de aquello que apetece? No, y mil veces no; y si algún juez estima tan criminal lo uno como lo otro, es porque ese juez, mal conocedor de la justi-

cia, tan torpe como ignorante, ciego y adocenado, procede como el cirujano que viendo malignidad por todas partes, no encontrara otro recurso que amputar siempre, arrancar sin dilación del organismo todo miembro llagado; y el médico que, cual otro doctor Sangredo, redujera todas las enfermedades á una sangre alborotada que había necesidad de extraer sin remedio; es decir, no estudia del enfermo, ó sea del acusado, mas que una sola parte, el final, la caída del cuerpo que choca y se mata; pero no lo que más interesa conocer, las causas que precedieron á su caída, la razón, el por qué, la filosofía de aquel crimen.

Se me dirá ahora: ¿y qué tiene que ver el vértigo de las alturas con el vértigo genésico, por ejemplo? Lo mismo que tiene que ver la inflamación de un ojo, que no permite ver, con la inflamación de un oído, que no permite oír; el proceso morboso es el mismo, varía el asiento del mal y con él sus manifestaciones. Esto podrá dudarle un ignorante; pero no tienen derecho á dudarle el médico ni el pensador ilustrado.

Viene á ser aquí el vértigo un fenómeno reflejo que surge de una impresión exterior, que se desenvuelve en un campo perturbado por una aberración funcional y que se finaliza en el exterior por actos, que unas veces parece como si atropellaran la voluntad prescindiendo de su intervención, y que otras la arrastran consigo y le hacen intervenir como esclavizada. Podría repetir hasta la saciedad ejemplos análogos. Sé también de un individuo que luchó durante algún tiempo contra un vértigo extraño: siempre que veía correr un coche le acometían vivísimos deseos de tirarse bajo las ruedas, y eran tanto más enérgicos dichos impulsos, cuanto mayor la velocidad de la carrera.

Y bien, el impulso de lanzarse al espacio, el de precipitarse bajo las ruedas del coche, el de aquella consultante que V. mencionaba en una de sus elocuentísimas conferencias, la que angustiada suplicaba á V. remedio con que atajar el vértigo horrible que le acometía de clavar en las carnes de su esposo idolatrado

un cuchillo, impulso horrible que ella misma anunciaba, y á cuya aberración dió nacimiento el leer la causa criminal de Angel Ursua, estos tres, como otros infinitos que refieren los libros, y como el del individuo que, marchando tal vez indiferente por un camino, divisa en la soledad una mujer, siente estallar en su cerebro un volcán, derramarse por su cuerpo abrasadora lava, la acecha, y ciego, desatentado, sin reparar en la edad, en la belleza, ni en la condición social de la víctima, se lanza sobre ella, la estrangula, la desgarrá y satisface sobre los mismos horrores de la muerte un placer que exige en cordura todo el aliciente de la vida, ¿quién niega que tienen un mecanismo idéntico? ¿Cómo dudar de que no suponen criminalidad en la genuina acepción de esta frase? ¿Ni cómo desconocer tampoco que un abismo infranqueable les separa de esos otros crímenes vulgares que diariamente registran las columnas de los periódicos? Nos dirán acaso que en los dos primeros atentados no había homicidio, y por consiguiente no era criminal el vértigo. Pues qué, preguntaría; cuando mi citado amigo, avaro de la vida y lleno de felicidad, sentíase arrastrado al borde de la muerte, es decir, á lo que más podía aterrarle, ¿puedo dudar de que con otro vértigo apropiado, á pesar de su reconocida honradez, atentaría contra el prójimo? Indudablemente no.

Pero abandono ya esta argumentación, en rigor impropia de aquí, donde cierto aspecto de apasionada lucha podría desautorizarla algo, y más pertinente en el libro, donde, desenvuelta con serenidad y sin amaños polemistas, ha de mostrarse con todo el valor que tiene. Lo que por el momento necesitan los frenópatas—y disculpe V. que sin serlo me atreva á expresarme así, insistiendo en un concepto ya apuntado—es reconocer que, á semejanza de lo que hace todo conquistador, deben cumplir los deberes de soldado antes de reclamar las ventajas del triunfo. La duda es tan legítima, que representa más que la ignorancia del vulgo, representa el bautismo del filósofo, según expresión de Fichte.

No han pasado muchas décadas desde que el grande

Esquirol se ha retractado solemnemente del error que había mantenido negando las monomanías, y hoy ya nadie duda de ellas. A su vez actualmente niega el espíritu público algunas formas de la patología mental; pues bien, expongámoslas, y no dudemos de que pasadas otras décadas habrán arraigado en esa misma conciencia pública. El ejemplo de lo que le ha sucedido á V. con Garayo es una confirmación elocuentísima de esta verdad. Al principio todo Vitoria condenaba su defensa, quizá le acusaba también de malvado, y de ningún modo hubiera oído sus razonamientos; ha pasado algún tiempo, y hoy Vitoria ha dominado ese arranque de intransigencia y le escucha sin protestas; pudiera V. seguir, y tal vez mañana el mismo pueblo que ayer le atropellaba con la ceguedad de su ira, le creyera y hasta le ayudaría á solicitar la reclusión del condenado á muerte. ¡Que al fin resulta siempre que el sentimiento del pueblo es honrado, noble y generoso; y ama tan lealmente la justicia, que si algunas veces la veja y la desatiende, es solo porque la desconoce!

Vivimos felizmente en una época de libre discusión, en una época en que la libertad de pensar convierte al hombre á toda la grandeza de su destino, en que existe un ambiente tan vivificador para la verdad, que basta propalar una idea sana para que se abra paso, triunfe y por último domine. Pasaron ya, tal vez para no volver, los tiempos en que existían aquellas agrupaciones que monopolizaban los conocimientos humanos, trasmitiéndolos misteriosamente por iniciados de generación á generación, como pasaron también aquellos otros en que los poderes absolutos constreñían el pensamiento á desenvolverse miserablemente dentro de fórmulas estériles ó de dogmas caprichosos, engendros de áridas filosofías, como se desarrolla enteco y raquítico el organismo encerrado en insalubre ergástula. Hoy no; hoy lo que brota del pensamiento libre pertenece á la humanidad entera, que lo examina, que lo juzga, que lo comenta y lo admite ó lo rechaza según su fallo; y regocija inefablemente el ánimo, y enorgullece asimismo la

vanidad, observar que apenas brota una idea nueva, apodéranse de ella la prensa y las corporaciones sabias, y allí discútenla, el teólogo, que tiene puesto en Dios siempre su pensamiento, y el naturalista, que fija el suyo en la naturaleza; el astrónomo, que estudia al través del telescopio los mundos del espacio, es decir, los grandes organismos del Universo, y el fisiólogo, que estudia con el microscopio los seres celulares, es decir, los pequeños mundos de la organización; el matemático, que le aplica el compás de sus axiomas y corolarios, y el biólogo, que le acomoda á los límites infinitos de sus discursos; el artista, que busca la materia para moldearla solo en formas estéticas, como aquellos escultores de Rhodas y de Pérgamo, seducidos solo por el deleite corporal, buscaban el mármol para cincelarlo en voluptuosas formas, y el filósofo, que desdeñando la forma como un alimento sensual y plástico, se remonta al espíritu, al fundamento, á lo trascendental; y es de ver cómo por virtud de esta concurrencia, cómo por efecto de la aplicación de un estudio multiforme y porfiado á la idea nueva presentada, se debilita y desaparece pronto el error, y por el contrario se robustece y acredita rápidamente la verdad.

Cultivadores los mentalistas de lo que juzgan ellos ser una verdad, deben provocar la lucha sin vacilación alguna. El choque de la crítica es como el golpear del acero, que pulveriza donde encuentra barro, pero en cambio arranca chispas brillantes, fuentes de luz, donde encuentra pedernal, luz que será tanto más intensa cuanto más violenta sea la percusión.

En esta campaña—perdóneme su modestia si ahora la maltrato—cumple V. un papel heroico, papel que yo admiro, porque asombra considerar el cúmulo de facultades con que le abrillanta y engrandece, y papel á que le obliga esta España, que fué la primera nación, y esa su provincia Valencia, que fué el primer pueblo en donde se recogió al loco dentro de humanitario manicomio, y por consiguiente donde se dió el primero y más decisivo impulso á la redención

del alienado siglos antes de que el gran Pinel viniera al mundo.

Corazón el suyo de niño para los sentimientos, de atleta para la lucha, que cae de hinojos á los piés del que sufre, y se levanta enfurecido ante el rostro del que maltrata; espíritu aprisionado por el torbellino de una pasión que sus primeros, sus más antiguos discípulos en balde procuramos arrancársela durante aquella época en que su nombre oscuro resonaba solo en el oído de los estudiantes y sus doctrinas se perdían en las luctuosas salas de un hospital, cobija V. por igual en su alma con el entusiasmo del guerrero que lleva á la victoria, la fé inalterable del santo que arrastra al martirio.

Cuando en uno de los muchos parasismos de sus conferencias le contemplamos centelleante la pupila, encendida la espaciosa frente por donde se arrastran hinchadas las venas, pero tan hinchadas como si en vez de oleadas de sangre condujeran las oleadas de inspiración que sobran á su cerebro; trémulos los labios, inquietos los rasgos todos del semblante, que afectan multitud de expresiones; tendida hacia atrás la flotante cabellera, como si quisiera recojerse para dejar ver la mayor cantidad posible de cabeza, ó como si escapara huyendo de aquella soberbia exaltación; agitándose en vehementes sacudidas su cuerpo y sus brazos; y cuando escuchamos su palabra que dibuja y colorea con realidad fascinadora esos cuadros que danzan en su fantasía, que expresa con una elocuencia rica, feraz, sin estudios, sin sujeción á los atildamientos académicos, impetuosa, rebosando virilidad y entusiasmo, donde el amor y el odio, la piedad y la indignación, todos los claro-oscuros del sentimiento, en fin, aparecen recargados como en un cuadro de Ribera, y todas las cuerdas del alma suenan como pulsadas por el héroe de un sueño de Beethoven; oratoria que me recuerda aquellos bosques vírgenes de la América donde se juntan los más robustos árboles y las más sensibles flores, los más activos venenos y los más delicados perfumes, sin orden, sin afectación, sin esas acomodaciones geométricas, sin esos recortes de la

poda, sin esos alineamientos de la jardinería, que son la expresión de que el orgullo humano se cree tan digno de su originalidad, que por no copiar á la Naturaleza en los procedimientos de que se vale para esmaltar sus campos, ha inventado él otros para esmaltar sus ciudades; elocuencia que podrá ser censurada por sus defectos, pero que siempre es aplaudida por la sinceridad de sus confesiones, porque garantiza la fé del que propaga y la honradez del que expone, porque se ve que brota, en fin, del alma abrasada por el entusiasmo, como el silbido de la llama y el crujir de la leña brotan del fuego que abrasa la pira; y cuando en esta situación fenomenal le consideramos frente á un público nutridísimo, condenando los extravíos de la sociedad, y devolviéndola esa afrenta que arroja sobre algunos locos, parécenos contemplar la personificación del progreso, que advertida de que la humanidad hace alto en un campo de desastrosos errores, se vuelve colérica, y fustigándola cruel la obliga á caminar en busca del ideal de la justicia.

Ante esta propaganda, no dude V. de los prosélitos. Yo, alejado de la frenopatía, hago lo que hace el artista que, ocupado en su tarea, siente el estruendo de música y algazara, se asoma á la calle, y al ver desfilar un grupo de patriotas que marchan á la defensa de una causa santa entonando himnos guerreros, deja á un lado la herramienta, coje el arma y se incorpora á la milicia; así yo, al sentirle á V. que pasa y al escuchar su inspirado acento, dejo otros temas, cojo mi modesta pluma, y grito con fé y entusiasmo: ¡Vamos al combate, y puesto que luchar es vencer, luchemos!

Pero sea nuestro combate discreto y noble como deben serlo siempre los de la ciencia; no el del apasionado que confunde y arrolla, sino el del creyente que ilustra y persuade; no el del que tiene frente por frente á un adversario que conviene destruir, sino el del que mira á su lado compañeros y amigos que necesita conquistar; no el del que disputa por encontrados intereses, sino el del que discurre sobre intereses comunes que solo el error puede desconocer; no, por último,—

y esto procede repetirlo muy alto—el del racionalista ateo que pretende imponer su doctrina con fines heréticos, sino el del espíritu serio que teniendo presente aquella máxima de un santo padre, de que *el que muere por la verdad y por la justicia, muere por Jesucristo*, predica fijando también sus ojos, como el magistrado probo y venerable, en la imagen sacrosanta del divino Mártir del Gólgota, y el pensamiento en la idea de que el que pereció en la cruz por redimir al hombre del pecado y al pecador de la justicia divina, diciendo en su agonía: «*Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen,*» ha de ver con amor el propósito de redimir al hombre de la locura y al loco de la justicia humana.

Marzo de 1881.



Faint, illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

Second block of faint, illegible text, continuing from the top section.

Third block of faint, illegible text, continuing from the top section.

Fourth block of faint, illegible text, continuing from the top section.

Fifth block of faint, illegible text, continuing from the top section.



MOVIMIENTOS REFLEJOS.

I.



EN miedo á incurrir en las exageraciones de un grosero mecanicismo absoluto, se puede advertir que una de las manifestaciones más constantes y características de la vida es el movimiento.

Le observamos, así en el astro ó planeta que traza, á millones de millones de leguas distante de nosotros, las inmensas elipses de su carrera y nos saluda con ráfagas de luz que llegan á nuestra retina después de viajar por el espacio miriadas de siglos, como en las olas de los mares que azotan sin tregua las paredes de sus inmensos depósitos; de igual modo en las rocas aparentemente inmutables que hieren nuestros ojos con sus colores y nuestro tacto con alternadas temperaturas, como en esa transformación que lentamente corroe la columna de hierro que creíamos imperecedera; lo mismo en el ave que remonta su vuelo y no pára hasta llegar á las más altas cimas de nuestras cordilleras, como en ese inapreciable punto protoplasmático que mantiene con el

medio envolvente un activo comercio de sustancias, y en su interior tenuísimas pero inagotables y encontradas corrientes; y tanto en ese engendro de la idea, fruto sublime de la creación, que se elabora y se desarrolla y busca los medios de su manifestación apreciable entre los recursos de nuestra máquina corporal, como en ese estremecimiento de la emoción que trastornando con acelerados latidos al centro cardíaco le obliga á despedir espléndidas oleadas de sangre que encienden el rostro y regalan el cerebro... es decir, que le observamos en todas partes donde fijamos nuestra vista y nuestra atención instruida, como representando la expresión más clara y elocuente de la vida.

Pero á poco que profundicemos en el estudio de este movimiento, hemos de advertir, por necesidad, radicales diferencias entre las circunstancias, los principios y los agentes del que se observa en cada uno de los ejemplos citados. Ya es un movimiento que se gasta todo en simples cambios de posición molecular, como ocurre en el planeta que surca el espacio, en la ola que se mece y en la peña que se colorea; ya es un movimiento que metamorfosea los cuerpos, como advertimos en la oxidación que destruye la columna de hierro; ó ya es un movimiento que teniendo origen exterior ni se concreta á producir un cambio de posición como en el primer caso, ni una modificación ya luego estable como en el segundo, sino que, comprendiendo ambos resultados, los sobrepasa avanzando hasta producir efectos más complicados que atestiguan la existencia de un nuevo código, que es el código fisiológico, como sucede en el ave que se remonta contra las leyes de la gravedad, en el protoplasma que se nutre y reproduce, en la idea que se exterioriza y en la emoción que trastorna el ritmo cardíaco. Pudiéramos, para resumir, expresar estas diferentes calidades llamándolas movimientos de la vida física, de la vida química y de la vida fisiológica de los cuerpos.

II.

Omitamos el hablar de los primeros, que en nada interesan á nuestro objeto, y fijándonos en los de la última clase, observaremos, si profundizamos más en nuestro examen, que dentro de la vida fisiológica podemos admitir todavía una nueva subdivisión de movimientos que Fournié expresa llamándolos movimientos de la vida orgánica y movimientos de la vida funcional; los primeros, continuos, misteriosos, se verifican en lo íntimo de los elementos anatómicos, á los que convierten en mercados de transacciones, y acuden al mantenimiento del tejido, al ahorro y conservación de sus propiedades; y los segundos, intermitentes, tienden á la ostentación y al derroche de esas mismas propiedades, conservadas en virtud del movimiento nutritivo, como la vida social en el hombre se desarrolla con la explotación de las facultades de que le dota su vida orgánica. En esta segunda categoría es donde encontraremos, ocupando muy natural colocación, aquella serie de movimientos de los que me propogo decir algo: los movimientos reflejos.

III.

No es tan sencillo, como parece á primera vista, dar una noción exacta de lo que debe entenderse en fisiología por movimiento reflejo, porque los autores no están muy concretos en la definición de este término.

Considero que en él deben comprenderse, cuando menos y como de necesidad, los cuatro requisitos ó conceptos siguientes:

1.º Un concepto puramente mecánico, en el cual se comprende un circuito indefectible caracterizado por la

reflexión; una actividad que surge de una excitación, corre centripeta hasta un centro perceptivo, aquí se refleja y sale haciéndose centrífuga hasta finalizar en un resultado ya ostensible.

2.º Un concepto anatómico manifestado por la intervención de tres elementos nérveos distintos: la fibra sensitiva, la célula y la fibra motora.

3.º Un concepto fisiológico, derivación lógica del anterior, que es el de la metamórfosis ó sustitución de una actividad sensitiva por otra muscular.

Y 4.º Por último, el desarrollo de todo este circuito nervioso con independencia absoluta de la conciencia y de la voluntad.

De modo es que podríamos condensar todo lo anterior diciendo que por movimiento reflejo entendemos una acción muscular que sirve de final á una actividad sensitiva inicial, reflejada naturalmente en centros idóneos con independencia absoluta de la voluntad y de la conciencia.

IV.

Así comprendidos estos movimientos, tienen una esfera de acción inmensa, incalculable á primera vista.

Basta meditar un poco sobre ellos para verlos tan generalizados que abarcan casi todas las manifestaciones de la vida funcional; pues desde los bruscos movimientos con que golpea el claustro materno la criatura sobre que se ejerce presión alguna exterior, hasta las delicadísimas combinaciones de los dedos con que el artista arranca celestiales armonías del piano ó de un violín, y desde la actividad que llena de saliva la boca cuando contemplamos algunos manjares ó vemos alguien que mastica un limón, hasta la mortal crisis que determina con un síncope la parálisis del corazón al presenciar un espectáculo horrible ó al oír una tremenda noticia, todos les deben algo, y siempre los movimientos reflejos

intervienen con una importancia y una esfera de acción difíciles de apreciar en su justo valor y límites.

V.

La acción refleja pasa de ordinario, y éste es su escenario mejor conocido, al través de la médula, estimada como el campo más productivo, el taller que la elabora por excelencia; pero igualmente pasa por el cerebro y afecta, no ya sólo á los nervios de la sensibilidad general, sino también á los de la sensibilidad especial, como puede apreciarse con el nervio óptico. En un animal á propósito se hace la sección de uno de sus nervios ópticos, y la pupila se dilata; excitando después la porción cerebral el iris se contraerá, como si aquella retina hubiera sido impresionada por un rayo de luz; el circuito anatómico es conocido, el nervio óptico tiene su nacimiento contiguo al motor ocular común que suministra ramos al gánglio oftálmico, de cuyo borde anterior emergen los nervios ciliares que contraen el iris.

Y no sólo los nervios de sensibilidad especial pueden originar la reflexión, pues según parece, el centro de esa acción refleja puede ocurrir fuera de la médula espinal y del cerebro, toda vez que es susceptible de desarrollarse en un gánglio del gran simpático, á juzgar por el siguiente experimento de Cl. Bernard.

Con una disección conveniente hecha en un perro, se deja al descubierto su glándula maxilar, la cual recibe nervios cerebrales de dos clases: un *filete motor*, la cuerda del tímpano, procedente del nervio facial y la inervación sensitiva, porque aquel filete se une á la rama maxilar inferior del nervio trigémino, *nervio sensitivo*, antes de distribuirse por la glándula dicha. Además, el órgano elaborador de la saliva recibe ramas del gánglio cervical superior del gran simpático y de otro gánglio más pequeño y próximo, el submaxilar; es decir, que en esta glándula tenemos un representante de la *gustación*

y de la sensibilidad especial, la rama lingual del trigémino; un representante de la *inervación motora*, la cuerda del tímpano, y un representante de la *inervación del gran simpático*, el gánglio maxilar, que recibe ramas del gánglio cervical superior.

En dicho órgano hay un doble circuito reflejo: el circuito cerebral que se excita con ayuda de las sustancias sápidas y ácidas, y el circuito del simpático, que se excita ya sólo con ayuda de un estímulo físico ó traumático, las punciones, y no con sustancias sápidas, cuando se ha destruido el primer circuito con la sección del nervio lingual y la cuerda del tímpano. Y otra prueba de que el circuito no es cerebral en este segundo caso, la suministra el que, cuando se excita la salivación por virtud del acto reflejo cerebral, el flujo se presenta en ambos lados, efecto del carácter cruzado de este circuito, mientras que cuando se provoca la acción del segundo circuito ó sea el trisplánico, el flujo se presenta sólo del lado que ha sufrido el estímulo.

La dilatación pupilar en los casos de vermes intestinales, es otro ejemplo de acción refleja á través del trisplánico; basta cortar los filetes del simpático que acuden al gánglio oftálmico para suprimir este fenómeno ocular.

Lo es también el desorden vascular que se observa en un conejo cuando se pincha una de sus orejas; en estos casos la sensación dolorosa se refleja sobre el gánglio cervical superior del lado correspondiente, y produce la contracción primero y la dilatación después, de los vasos sanguíneos de aquel lado de la cara.

VI.

Pero como nosotros no podemos ni debemos ocuparnos en analizar todos estos grupos de movimientos reflejos, forzoso es concretarnos á uno sólo de ellos, y escogeremos, ya que no el más importante,—pues den

tro de esa admirable maquinaria que nuestro organismo forma todo es en igual grado importante,—sí al menos el que más sorprende por sus manifestaciones exteriores, el que más interviene en los grandes destinos del hombre, en los destinos sociales; es decir, el grupo de los fenómenos reflejos por incitación de la sensibilidad general, el primero que acude al pensamiento cuando de fenómenos reflejos se trata, el cual se cree que tiene su campo de reflexión en la médula espinal.

Profusión de observaciones acuden á la memoria como ejemplos de estos actos reflejos. Recordaré primero algunas de las especies inferiores al hombre;—en una rana á la que se haya cortado el cerebro, un pellizco ó pinchazo dado en la piel, la inmersión en un liquido acidulado y otros medios excitantes y graduadores de su sensibilidad, determinan contracciones musculares, que pueden abarcar en su desarrollo desde la simple sacudida hasta la contracción coordinada que requiere un acto como el de la cópula, por ejemplo.

Si á un ave privada del cerebro se la arroja al aire, vuela hasta posarse; si se la coloca un grano de trigo en el pico, le traga y le digiere, haciendo sufrir al alimento las metamórfosis necesarias.

Si nos remontamos á la especie humana, en ella encontraremos actos igualmente elocuentes. Durante el desarrollo intrauterino, cuando á nadie se le ocurriría admitir vida cerebral alguna, cualquier estímulo que actúe con suficiente intensidad sobre la piel del feto, determina movimientos activos; sabidísimo es que en esto se funda uno de los síntomas ciertos del embarazo; en los niños anencéfalos existen los movimientos como respuesta á actos exteriores, y les es posible mamar y gritar á pesar de carecer de cerebro.

El acto de mamar en el recién nacido; la tos que se presenta así en este como en todos los individuos, siempre que algo estimula la mucosa laríngea; el estornudo cuando se excita la mucosa de Scheneider... son ejemplos clarísimos de actos reflejos.

Si invadimos el campo de la patología, por doquiera

se ven infinidad de ejemplos, particularmente en ese interesantísimo grupo de afectos convulsivos de origen periférico, donde á veces se observan, no ya una región concreta de músculos, sino la mayor parte de los del organismo entrar en verdadera anarquía, como sucede durante la espantosa anarquía que exhiben el histerismo, el tétanos, la epilepsia, el corea, calambres, etc., como respuesta á un estímulo periférico.

Ejemplos de este linaje acuden en tropel á la memoria. El Dr. Borelli, de Turín, observó un corea que duró cinco años en un niño, á consecuencia de un neuroma, y desapareció con la operación; Andral habla de otro, dependiente de un onixis; Reynaud observó una mujer que sufrió siete años de ataques diarios de histerismo á consecuencia de dos tumorcitos desarrollados en la mano y en el sitio de una herida: con la extirpación se curó. Brown-Séguar cita el curiosísimo hecho de un joven de 14 años que se sentía bien cuando estaba echado, pero que siempre que se levantaba y ponía de pié sufría violentas convulsiones y accesos de locura, que desaparecieron con la extirpación de una eminencia papilar de la planta del pié... y á este tenor se podría ir presentando observaciones que registra la ciencia en número tan considerable, que no cabrían en un abultado libro. ¡De tal manera interviene el mecanismo reflejo en las perturbaciones nerviosas!

Y si tratásemos de completar este ligerísimo bosquejo de las grandes agrupaciones reflejas, todavía podríamos citar otro grupo, observable hasta en la especie humana, que sería, no ya el de los actos fisiológicos ni el de los patológicos, sino el de la experimentación en cadáveres humanos, colocados en condiciones análogas á las de las vivisecciones animales.

Ya es del dominio vulgar que en 1869, Robin, experimentando en el cuerpo de un ajusticiado, en el que la cabeza y el tronco habían sido separados por la guillotina, al mismo tiempo que comprobaba que la sangre es el verdadero medio interno donde viven los tejidos todos, y que dirigiéndola en oleadas rítmicas al ce-

rebros se despertaban funciones intelectuales, observaba también que, dirigiéndola al tronco, se conservaba la vida de la médula y se producían contracciones coordinadas, como perfectos movimientos de defensa cuando se pellizcaba el cuerpo.

Toda esta variedad de ejemplos acusa un mismo fenómeno, idéntico en su naturaleza, en los elementos de su producción y en su desarrollo; es decir, un acto reflejo que surge de una excitación exterior, que se metamorfosea en el campo medular y se finaliza en una operación muscular.

VII.

Conocido ya en globo el concepto fisiológico de los movimientos reflejos, procede estudiar ahora más al detalle las condiciones de su desarrollo, y para ello es forzoso recordar algunas particularidades anatómicas de la médula, órgano éste cuyo límite anatómico se fija en el borde inferior del bulbo raquídeo, pero cuyo límite fisiológico avanza más, mucho más, y llega hasta los mismos tubérculos cuadrigéminos.

Y si de este modo consideramos el bulbo raquídeo, la protuberancia anular y demás porciones de los manojos medulares, se incluyen ya entónces dentro de la médula, como dice Fournié, todos los nervios sensitivos ó impresionadores, sin excluir ninguno, y de todos los cuales se observa que, en general, tienen cerca las células y nervios motores que afectan á músculos encargados de provocar movimientos correlativos á la naturaleza de la impresión transmitida, como por ejemplo, las excitaciones oriundas de los miembros se ponen en relación con los que son capaces de producir la locomoción; las sensitivas del aparato respiratorio con los correspondientes motores del mismo aparato; las acústicas contiguas á los del facial; las ópticas, contiguas á los motores oculares comunes; las del gusto, con las del glosso faríngeo...

Y seduce, en verdad, esta división fisiológica, que hay grandes motivos para estimar como exacta, porque de esa manera se puede dividir fácilmente en tres grandes agrupaciones todo el sistema nervioso encéfalo-medular.

1.^a *Médula*.—Centro por excelencia de los actos reflejos.

2.^a *Cerebro*.—Punto de partida, dejando á un lado otras funciones, de las incitaciones al movimiento voluntario.

Y 3.^a *Cerebelo*.—El *regulador* ó *coordinador* de los movimientos, según Flourens, ó el *conservador* de la acción tónica y contráctil iniciada por el cerebro y desarrollada por la médula, según Fournié.

Aunque sea como de paso, advertiré que este laborioso profesor, uno de los cerebristas fisiológicos (valga la frase) más activos é ilustrados que honran á Francia, presenta un punto de vista muy interesante sobre la influencia del cerebelo, considerándole destinado á dar la permanencia ó estabilidad necesaria á la acción excitante, fugaz, aportada por el cerebro ó por la sensación exterior de la médula, y de este modo hacer que la contracción muscular se conserve el tiempo necesario. Dicha retención ó conservación funcional constituye, para el autor que nos ocupa, una verdadera función que supone sólo puede residir en el cerebelo, porque así lo abonan, de un lado consideraciones anatómicas, tales como las de que el cerebelo está por sus pedúnculos inferiores y medios en relación con los manojos sensitivos y motores de la médula, y por sus pedúnculos superiores en relación con el núcleo del cerebro, de manera que la voluntad ó la función cerebro-motriz pueda transmitirse al cerebelo, y del otro consideraciones fisiológicas, como las de que cuando se extirpa el cerebelo en los animales, éstos ejecutan movimientos coordinados, porque el eje medular está intacto, y movimientos voluntarios porque conservan el cerebro; pero los ejecutan mal, torpemente y sin duración; la contracción muscular se hace sin energía y sin medida porque falta

el cerebelo, que es el órgano encargado de producir el movimiento nervioso necesario al movimiento de las actividades de la vida de relación y de distribuir funcionalmente, es decir, con una energía y una medida variables, estos movimientos á los diversos centros medulares. De ser esto verdad, sería el cerebelo como un almacenador de potencia nerviosa que la repartiría á los diferentes centros. Confirma su juicio Fournié haciendo observar que está más desarrollado en los animales que hacen gran consumo de fuerza muscular (aves), y que las lesiones cerebelosas producen trastornos en la motilidad ocular.

VIII.

Haya de verdad sobre este punto de discusión (las funciones del cerebelo) lo que se quiera, pues resulte lo que resulte en nada afecta por ahora á nuestro estudio, es lo cierto que la médula tiene una disposición anatómica que no podemos descender á describir, pero que es bien notorio resulta apta para recibir y propagar, generalizar y localizar los actos reflejos. Bástenos recordar que en medio del embrollo que todavía presenta la textura de la médula, y de los misterios que aún entraña su neuroglia, descúbrese fácilmente que las células sensitivas envían filetes de comunicación, lo mismo á las motrices en otra zona situadas, que á las sensitivas colocadas en sus costados, lados superior é inferior, constituyéndose así una intrincadísima y perfecta comunicación de las regiones celulares de un punto cualquiera con las de todas las zonas contiguas, lo cual explica la admirable dependencia que entre sí guardan todos estos territorios anatómicos, y cómo un acto funcional puede propagarse fácilmente de uno en otro sitio.

Pero además de esta dependencia ó relación mútua de las regiones celulares, por cuya virtud cualquiera

actividad corre de uno en otro lugar, cada segmento de la médula puede ser considerado como un centro ganglionar independiente y funcionar de un modo regular, dando origen á reacciones coordinadas, á pesar de estar completamente aislado de las regiones vecinas. Para demostrarlo, Landry cortó en trozos separados la médula de animales vivientes, y pudo obtener de cada uno de dichos trozos toda una serie de manifestaciones motrices, que se conservaron mientras las corrientes de sangre continuaban alimentando las células en actividad, y éstas, por virtud de su nutrición, pudieron seguir almacenando fuerzas nuevas que realizaban manifestaciones motrices coordinadas, gracias al consensus previamente establecido.

IX.

No cabe duda que los movimientos reflejos de la vida espinal juegan combinadamente con los movimientos directos del cerebro y son debilitados por éstos; en otros términos, que el cerebro ejerce una influencia moderadora sobre el autocratismo espinal. Una rana decapitada contraerá con energía sus patas, sumergiéndola en un agua acidulada, que, cuando íntegra, no bastaría á provocarla señales de sensibilidad. Y se debe á que, en el primer caso, la energía refleja de la médula, no refrenada por el centro moderador del cerebro, aparece más sensible, y por lo tanto manifiesta. Según experimentos de Setchenow, la rana tiene en los lóbulos ópticos dicha especie de freno.

X.

Los movimientos reflejos coordinados son de dos clases con arreglo á su génesis: primitivos ó congéni-

tos, secundarios ó adquiridos. Los primeros, los más insignificantes y menores en número—en cuanto á la vida social afecta, adviértase bien—son como la herencia de nuestra constitución en la historia del organismo humano: brotan en nuestros cuerpos ciertos actos reflejos con la propia naturalidad que brota la figura; y así como ésta encierra en trazos firmes, aunque difícilísimos de interpretar, la historia de las vicisitudes por que ha pasado la forma de la materia, ó su constitución anatómica, así los actos reflejos congénitos entrañan la historia por que ha pasado la función de los órganos ó su actividad mecánica. Trazos son, pues, aquélla y éstos de nuestro paso por el mundo de los organismos. Y baste con este dicho, que no hemos de meternos aquí, por ser ya empeño impropio de nuestra tarea, en más averiguaciones.

Los movimientos reflejos adquiridos son los que nos apropiamos como fruto de la educación de cada cual. Vive nuestra médula en una continua educación, por virtud de la cual aumenta sin cesar el capital de sus actos reflejos, que toma del fondo de nuestras operaciones conscientes. Lo sabéis demasiado: cuando un acto motriz, que brota por virtud de un trabajo cerebral, se repite muchas veces, aquel acto va pasando de los dominios de la conciencia ó del cerebro á los de la inconsciencia ó de la médula, crea centros reflejos en este órgano, y concluye por hacerse automáticamente, sin voluntad. De este modo se comprende cómo nuestra educación refleja sigue en un todo las mismas fases de desarrollo que nuestro crecimiento orgánico, cómo capitaliza ó crece á partir del momento en que comienza á formarse, y no cesa hasta que se declara en ruina ó decadencia el órgano, por la incontrastable y fatalísima ley de la muerte á que obedece todo cuanto vive.

Y merece observarse bien que no llega á pasar al dominio de nuestras operaciones inconscientes un acto, en otros términos, que no pasa de los dominios de la voluntad á las autocracias de la médula, sino

cuando su realización de tal manera la hemos dominado que podemos decir nos pertenece. Por eso, cuanto más automáticos y reflejos son los actos, mejor se realizan; y es porque, sin duda alguna, cuanto mejor los practica nuestro organismo, tanto más circunscriben su esfera de desarrollo en los centros reflejos, como que lo uno es origen y consecuencia inevitable de lo otro, y encontrareis pruebas abundantísimas de estos asertos en las mil y mil operaciones rutinarias que hacemos á cada paso sin advertirlo; la prehensión de cualquier objeto, el andar, el subir y bajar una escalera, el tocar un instrumento, el vestirse, el hablar, el escribir.... tales actos se hacen fáciles y cómodos, por virtud de una mecánica de origen puramente reflejo.

XI.

Esta educación supone en la médula una memoria ó un poder retentivo en los centros celulares. Durand (de Groos) lo explica con su doctrina del polizoismo, la cual afirma que la médula contiene muchos *centros psíquicos*, que vienen á representar como pequeños cerebros; Luys ha expresado con el nombre de *fosforescencia orgánica* la propiedad que poseen los elementos nerviosos de persistir, durante un tiempo más ó menos largo, en el estado vibratorio en que les colocan las excitaciones exteriores, nombre dado por comparación con las sustancias fosforescentes, que iluminadas por los rayos solares, continúan brillantes cuando ya ha desaparecido la fuente de luz que les ha hecho vibrar. Esta persistencia de la vibración primitiva, ó esta retención ó memoria, aplíquesele el nombre y concepto que se quiera, es el origen de la adquisición de actos reflejos.

La patología ofrece observaciones curiosas de dichas retenciones: los actos de sonambulismo, los vértigos de los epilépticos (llamados por los franceses *pequeño mal* ó *pequeño ataque*).... lo son; Mesnet refiere el

curiosísimo caso de un militar que fué herido en la cabeza, y cuando sufría ataques de crisis sonambúlica, se le podía hacer reproducir ejercicios antiguos, determinando sensaciones análogas á las que los provocaban ó precedían; así, por ejemplo, si se le ponía un bastón en las manos, hacía ejercicio de fuego como si fuera un fusil; si se le ponía una pluma, escribía; el músico citado por Trousseau es otro caso por el estilo. Luys refiere de una anciana de la Salpêtriére, ciega y parapléjica, que durante mucho tiempo estuvo en la lencería plegando lienzos y enrollando vendas, y la cual, siempre que se la ponía una venda ó cuerda entre las manos, la arrollaba automáticamente.

Ejemplos de esta naturaleza podríamos citar numerosísimos; la monografía de Legrand du Saulle sobre los epilépticos, los trae en prodigiosa abundancia.

XII.

La disminución en ese atributo de sensibilidad ó de fosforescencia, constituirá una inferioridad de facultades en el desarrollo y valor jerárquico de la médula, análogo al de la inferioridad en las facultades del cerebro; graduando demasiado esta ineptitud asimilatríz ó conservadora, se llega al idiotismo medular, es decir, á una médula de calidad tan baja ó de naturaleza tan imperfecta que se resiste á toda educación.

Por el contrario, el afinamiento, la delicadeza ó perfección de ese atributo, dota al individuo de grandes aptitudes para la ejecución de los actos motrices, y constituye una médula de disposición sabia, cuya fácil educación permite el acopio de múltiples y elevados aprendizajes.

De lo dicho, fácilmente se desprende la existencia del doble capital ya indicado de actos reflejos en todo individuo; 1.º, el que hereda, como miembro de la especie humana, de los antecesores suyos; 2.º, el que par-

ticularmente se adquiere durante su vida, según las aptitudes propias y la educación.

Por el estudio, convenientemente hecho, del primero, se llega á una convicción tan notable por lo inesperada, como lógica y obligada en el estudio natural de la génesis de nuestra especie: el hombre va elevando cada vez más y más sus facultades y aptitudes congénitas; no somos hoy, seguramente, no podemos ser, lo que eran nuestros antepasados de remotos siglos; las luchas porfiadas, acometidas y realizadas por las generaciones que nos han precedido tras de la civilización y de la cultura, van elevando también naturalmente esta masa carnosa, de donde brotan nuestras facultades; van refinando, por decirlo así, su calidad y haciendo que resulten en ella como ingénitas, como brotes espontáneos de su natural condición, como instintos colocados por virtud sobrenatural para guías inconscientes de nuestra vida, lo que son dejos ó rastros de las grandes conquistas ya realizadas. ¡Ah, señores! Sucede, sin duda alguna—¡y ésta es una de tantas aplicaciones de la eterna semejanza entre lo general y lo particular de las cosas creadas!—sucede, digo, con la especie humana, como tal especie, lo que con los individuos como tales individuos; pues así como se observa que cuando éstos, por virtud de un esfuerzo indeterminado y de un estudio conveniente, llegan á dominar un acto, pasa su ejecución despues, según hemos dicho, desde las alturas de una operación cerebral consciente á la rutina de una operación medular inconsciente, así cuando, por virtud del estudio y el esfuerzo de unas generaciones tras otras, llega un pueblo á desarrollar un sentimiento, una necesidad, etc., ésta se trasmite al fin á las generaciones venideras, más que como un fruto de su razón y de su albedrío, como un instinto de su superioridad ó de su decadencia.

Y por esta misma inflexible lógica de la evolución del espíritu, entrañada en la evolución de la carne, hemos de creer que nuestras generaciones venideras

han de gozar ó de sufrir en plazos más ó menos lejanos, la herencia de nuestras porfías y de nuestras aspiraciones, de nuestros afanes y quebrantos, bajo formas de sentimientos ingénitos, de inclinaciones espontáneas, de instintos y de aptitudes que han de dar por resultado organizaciones más completas y más avanzadas en ese camino sin límites que se llama la perfección humana. ¡Que no en balde, señores, trabajan las sociedades para su desarrollo, ni es la humanidad, como organismo, de tan funesta condición que haya de vivir sujeta al maldito destino de Penélope, tejer y destejer, perdiendo cuanto crea al día siguiente de haberlo creado!

XIII.

Vamos á terminar esta conferencia—que ya va durando doble tiempo de lo que debía durar, habidas en cuenta la costumbre de una hora y las consideraciones que os debo—recordando las cinco leyes de los movimientos reflejos formuladas por Pflüger:

La primera, dice que cuando el movimiento reflejo se manifiesta en un solo lado del cuerpo, es siempre el lado de donde ha partido el estímulo.

La segunda, que cuando un estímulo, después de producir la acción refleja anteriormente citada, continúa propagándose, los músculos que se mueven en el lado opuesto son los homólogos.

La tercera, que cuando la acción refleja es de energía desigual en ambos lados, la mayor corresponde al lado de donde se recibe la irritación.

La cuarta, que la propagación de la irradiación se hace caminando siempre hacia la médula oblongada. Si es en el cerebro se observará que baja, y si en la médula que sube.

Quinta y última, la acción reflejada que provoca un nervio sensitivo sólo puede manifestarse en tres sitios: 1.º En los motores, cuyo origen está situado al

mismo nivel que el del nervio sensitivo. 2.º Cuando los nervios afectados están en otro nivel son de la médula oblongada, como vemos en el tétanos y en las convulsiones histéricas por irritación local. Y 3.º, en los músculos todos del cuerpo, siendo la médula oblongada su principal foco de irradiación.



II.

CONVERSACIONES ÍNTIMAS.

LIBRARY OF THE
INSTITUTO SAN ISIDRO DE MADRID

II

ZEMTA ZAMBREKIANI

INSTITUTO SAN ISIDRO DE MADRID

INSTITUTO SAN ISIDRO DE MADRID

INSTITUTO SAN ISIDRO DE MADRID

INSTITUTO SAN ISIDRO DE MADRID

INSTITUTO SAN ISIDRO DE MADRID

INSTITUTO SAN ISIDRO DE MADRID



CONVERSACIONES ÍNTIMAS.

UN periódico médico que trate de desempeñar espléndidamente su notable cometido, debe ser una fotografía de lo que es el individuo y de lo que es la clase ó la sociedad para quien vive y por la que circula.

La *Revista científica* marca un sólo afán del espíritu humano y es como uno de los colores en que la luz se divide ó uno de los sonidos que forman la escala musical; es decir, calma la sed inextinguible del sabio, pero no conmueve ni interesa mas que á una de las múltiples actividades y anhelos del médico.

El periódico debe ser muy distinta obra: especie de juego de colores que forme un cuadro completo de la vida, ó combinación de notas capaz de constituir una expresión musical, debe retratar en sus páginas lo que el médico es, y lo que pretende llegar á ser; debe acudir á sus necesidades todas, advirtiéndole que el médico, como tal, no vive abstraído en las diáfanas regiones de una ciencia pura, sino que es un hombre hostigado por aspiraciones infinitas que procura conseguir, que sufre

conflictos sociales que desea resolver, á quien anima un corazón que ya se contrae con el dolor ó se dilata con el placer, que forma parte de un organismo cosmopolita cuyos miembros se agitan por todos los pueblos del orbe, y vive en medio de una comunión vastísima que le otorga derechos y le impone deberes, un sér que anhela noticias y vive de curiosidades... y es preciso que á todas estas necesidades, y á todos estos intereses y á todas estas aspiraciones, y á todos estos conflictos, y á todos estos goces y desmayos que forman su personalidad moral, intelectual y física, responda cumplidamente el periódico bien hecho; señalando las conquistas de la ciencia, y el perfeccionamiento de la profesión, los caminos que se deben seguir cuando uno se encuentre desorientado, y el código de moralidad á que debe sujetarse, y cómo viven los médicos aquí y cómo viven los médicos allá... *et sic de cæteris*.

*
* *

Garantizo la exactitud del siguiente episodio:

Un médico de partido se presenta accidentalmente en Madrid, y visita á un discípulo suyo, que le recomienda suscribirse á un periódico médico, y para mayor eficacia, hasta le recoge el importe de la suscripción.

Minutos después, el titular le reclama la cantidad anticipada, porque—según dice—*él no lee nada*.

—Pero, dí,—le pregunta algo escandalizado su amigo—¿hacen otro tanto los siete médicos de tu pueblo?

—Todos, nó,—responde con cierta prosopopeya el interpelado;—creo que hay uno que recibe un periódico.

—

—¿Qué te parece de estos profesores?—me preguntaba luego el amigo desairado.

—¡Vanidosos!—exclamé yo.—¡No quieren bajar hasta las dudas con que nos empequeñecemos los que vivimos para leer!

—

Hablándolo todo, diré que luego me quedé pensativo.

Mi imaginación se agitaba con desesperados esfuerzos para definir una de esas misteriosas vaguedades á las que en balde procuramos concretar y dar forma: era la contestación á la siguiente pregunta:

¿Qué noción tendrán de la Medicina estos médicos que nada leen?

—

Salen rutinariamente de las aulas con un título profesional adquirido á costa de mil tropezones y vergonzosas derrotas; se colocan en los pueblos ó permanecen en las ciudades, acompañados de seis ó siete repugnantes manualillos que utilizaron en su vida escolar, y después no compran libros, no reciben monografías, ni curiosean periódicos, ni se suscriben á las bibliotecas económicas; no indagan nada, no leen nada, no dudan nada; sólo sospechan que allí, en su misma comarca, hay un compañero que recibe un periódico...

Como si dijéramos:

¡Un sér raro y preguntón!

—

Esta Medicina grandiosa, colosal, inmensa, bullidora y activa como ninguna otra ciencia; que mantiene en incansable y ruda faena miles y miles de operarios en todas las partes del mundo para arrancar de las entrañas del misterio un principio terapéutico ó una ley biológica, es decir, un algo que conspire á calmar la ambición imperecedera, el ansia eterna del sacerdote del dolor: esa pesadilla de la inteligencia, que se cambia, se modifica y se retuerce en incesantes convulsiones reformadoras, como buscando en su lecho de Procusto una postura cómoda y definitiva que casi nunca encuentra; que se acrecienta, se desarrolla y se multiplica con infinitas divisiones, por el esplendor, por la opulencia de sus mismos frutos; todo este interesante Proteo, magnífico entre las mayores magnificencias, inmenso entre

las mayores inmensidades, majestuoso y arrebatador entre las más notables epopeyas, porque es la epopeya que retrata la lucha del pensamiento contra las oscuridades del organismo humano, lo más delicado y lo más perfecto en la Creación entera; toda esta hirviente y febril exaltación, todo este edificio querido y hasta idolatrado del alma inteligente, ¡verlo desconocido y desdeñado por un profesor de Medicina!!!

¿Quién es capaz de comprender tan monstruosa aberración?

¡Cuánto valor para ahogar los gritos de la propia conciencia, y cuánta rusticidad para omitir los grandes placeres del espíritu!

Pienso un minuto tras otro minuto, para representar en mi cerebro el molde estrecho, la atmósfera confinada, esa celda tenebrosa de la ignorancia reconocida en que se agita la inteligencia de estos seres, y no soy capaz de precisar contornos.

¿Sabrán ellos que las prensas vomitan sin tregua obras nuevas de medicina?

¿Ignorarán que sobre la masa vulgar de la clase se alzan apóstoles como Lister, Pasteur, Virchow?

¿Pensarán que en España se publican algunas docenas de periódicos médicos, solo para difundir la ilustración entre los profesores?

No; no pueden saber nada.

La Medicina será para ellos lo que el mundo para el aldeano que jamás rebasó la jurisdicción de humilde villorrio, cercado de sombrías montañas que parece se juntan con el cielo.

Lo que la Astronomía para el individuo que cree que la Luna es una caraza muy brillante, el Sol un brasero encendido que nos quema los ojos siempre que osamos mirarle frente á frente, y los luceros unos ojitos de la Gloria que nos hacen guiños con sus ráfagas de luz.

Será menos que todo esto: la cuarta plana de *La Correspondencia de España*.

¡Que es libro de consulta para algunos médicos!

—

Yo sabía de un profesor de Ciencias, que ha leído cuanto se ha publicado y estudia cuanto sale á luz sobre la tisis.

También trato á un abogado que conoce en sus obras á todos los autores médicos de España.

Yo he visto hasta muchas mujeres que, si algo leen, son Manuales de medicina casera, y si por algo se afanan, es por meter en un aprieto al médico que visita su casa.

Son éstas intrusiones que se explican por lo interesante y misterioso del asunto.

Lo que no sabía es que hubiera un pueblo de ocho médicos en el que se refiriera, como lujo incomprensible, que uno de ellos recibía un periódico médico, y sin embargo, este pueblo existe.

Y no debe extrañarme, porque hace tiempo que vengo observando que lo absurdo es lo que más se tropieza uno en el campo de la realidad.

*
* *

Las últimas oposiciones á plazas de profesores supernumerarios del Hospital provincial de esta corte me han hecho pensar en las riquezas que proporciona la ciencia.

Comienza uno sus estudios á los cuatro años de haber nacido, y á vueltas de palmetazos, ayunos, encierros y coscorriones *rompe uno* á leer, si antes no se ha roto ya la crisma, y luego se informa del Catecismo y además de muchas historias mundanas.

Años después, en derredor de los nueve, libra la primera batalla con los tribunales, y si logra resistir su embestida, métese de rondón en campos de latín y griego, de ciencias y letras... y entre sustos por aquí, afanes por allá y trabajos por todas partes, sálvase des-

pués de algunos años la segunda etapa escolar, ganando el título de bachiller en Artes.

Cuando sombrea el bozo la mejilla, salpican el cerebro mil codiciosos deseos, y traen á mal traer el alma las locas pasiones, entónces embargan al doncel los estudios superiores y refrenando toda la inquietud de la mocedad y dando vuelo á todos los ahorros de modestos padres, tras largas vigiliass y hondas cavilaciones, y suspiros, y quebrantos, y esperanzas, y desesperaciones, llega un día ¡día feliz! en que el Estado declara solemnemente vuestra sabiduría, abre con júbilo las puertas del Paraninfo, reúne en solemne fiesta académica á doctores y curiosos, cubre vuestra cabeza con el *flecoso* birrete y vuestros hombros con la brillante muceta y os lanza al seno de la sociedad, como diciendo:

¡Ahí vá un sabio!

—

¿Qué habeis hecho?—Todo.

¿Qué poseeis nada?—Nada.

Lo que querais alcanzar, habeis de ganarlo.

Un hospital necesita médicos de última fila, y os presentais en batallones.

Cuatro, ocho, mil ejercicios comprobarán vuestro saber, ¡que ha de ser mucho!

Debeis ser enciclopedistas, y además seis veces especialistas. ¿Que sois jóvenes? Nada importa: en partos habeis de responder á los alcances y sutilezas de un Osorio; en dermatología, á los de un Olavide; en cirugía, á los de un Gómez Pamo... y así sucesivamente.

Os reunís cincuenta; han de triunfar seis. ¡Como para entrar en el cielo! Son muchos los llamados y pocos los escogidos.

Aquellos seis infelices, manoseados y molidos física, intelectual y moralmente considerados, que lo expusieron todo y todo lo ganaron, son seis héroes, son, por necesidad, seis sabios y el Estado se apodera de ellos, absorbe su vida, explota sin compasión su ciencia, los

inutiliza para otra tarea y los recompensa con un espléndido sueldo.

¡Dos mil reales al año!

—

Cuando estos afortunados seres, después de oír la calificación, salgan del hospital con el corazón palpitante de gozo, satisfecho el amor propio y halagada su noble ambición, al pasar por la puerta de entrada del establecimiento tropezarán con un funcionario de galoneada vestidura y andar reposado, que disfruta un sueldo de 4.000 reales, casa y leña.

Refrenen entónces su loca alegría, echen la mano al sombrero, descubran la cabeza y salúdenle con el respeto que se merece por la superioridad de su sueldo.

¡Es el portero!

*
* *

Un episodio de la escuela realista:

Una enferma que se siente grave, dice al profesor que la asiste:

—¡Ay, D. Félix! Si salgo de ésta, he de regalarle el potro.

Pasa algún tiempo, y un día el profesor se despide.

—Vaya, señora, ya se encuentra V. bien, y creo estará contenta de nuestros cuidados—observa con retintín.

—Sí, D. Félix, contentísima, porque he debido estar muy mala, pero ¡muy mala! Me lo han dicho todo, todo. ¡Jesús, y cómo tendría yo este *cabezón* cuando hasta le dije que le daría el potro!

*
* *

Un abogado loco, á quien trataba el Dr. Esquerdo, se había mejorado tan notablemente de su vesania, que parecía curado.

Un día se presenta en casa del referido profesor y después de permanecer hablando con él muy cuerda-mente cerca de una hora, se levanta, coje el sombrero y se despide.

Al llegar á la puerta, se vuelve de pronto y dice:

—D. José, una pregunta: ¿es V. Dios?

—Aguarde V. un momento,—respondió sin vacilar el interpelado, dirigiéndose á la mesa-escritorio;—voy á contestarle á V... con una receta.

*
* *

Yo sé que entre los profesores barateros de Madrid (valga la frase), hay uno que procede de la siguiente manera:

Recorre multitud de casas de vecindad y cuando entra en el patio grita una voz,—¡el médico!—acuden á la consulta cuantos dolientes quieren, y al retirarse con el consejo y la receta van dejando caer generosamente algunos *perros* metálicos en el interior de un raído sombrero que, apoyado sobre la copa, enseña su vacío vientre como si pregonara la vacuidad del de su amo.

También sé que actualmente se ocupa la Real Academia de Medicina de emitir dictamen sobre los honorarios devengados por un tocólogo de Madrid á una distinguida dama á quien ha parteado. Su importe asciende sólo á 60.000 pesetas, es decir, 240.000 reales.

A uno y otro profesor ví juntos una tarde, los miré y una voz sarcástica me gritó en el interior:

—¡Dos colegas!

—

Dicho parto ha sido una mina.

Tras de la criatura debió salir una cascada de monedas de cinco duros en vez de la habitual oleada de líquido amniótico.

Y en prueba de ello vayan ustedes sumando.

Al médico que parteó *doce mil duros*, á otro que tam-

bién parteó *cinco mil*, y á otro que presenció el acto *tres mil*; total 20.000 duros.

¡La nómina de un ministerio!

—

—¿Qué tal fué el parto?—preguntará alguna amiga á la señora.

—¡Ay, querida! me costó mucho.

—Venía mal la criatura, ¿verdad?

—Sí, muy *velada*; ¡como que salió con veinte talegas!

*
* *

Asistía un compañero nuestro á un célebre literato cuya razón venía perturbándose desde algún tiempo. Una de las fases que afectó su locura al ir perdiendo aquel vigoroso entendimiento los destellos de genio, antes admiración de todos, fué la que pudiéramos llamar *ritmo-mania*.

Escribía y escribía en endiablados versos todas sus descabelladas ideas. Hasta para pedir agua se valía de algún dístico, que ora claudicaba por falta de piés ó se parecía, por sobra de ellos, á la escolopendra.

Entraba un día nuestro amigo en el despacho del pobre maniaco, que á la sazón discutía con otro su amigo acerca de la belleza de una de sus poesías.

Al ver al médico se levanta airado y le dice:

—¿Verdad, doctor, que riman *humanidad y miseria*?

—No, señor,—respondió el interpelado.

—Pues mire V.... deberían rimar!

*
* *

Entre dos temerarios:

—Yo he logrado extirpar una vez la matriz con los ovarios, las trompas y parte de la vagina.

—¿Y la enferma curó?

—No; se murió.

—Pues yo hice más; en cierta ocasión extirpé un tumor del cuello llevándome el exófago, el nervio frénico, parte de una carótida y del simpático cervical.

—¿Moriría el paciente?

—Cá, no señor; no le ocurrió nada.

—¡Imposible!

—Sí señor; no vé V. que como yo temo mucho los accidentes de las operaciones, desde que veo las desgracias que les ocurren á ustedes, antes de operar aguardo.

—¿Á qué?

—A que se mueran los enfermos.

*
* *

Diálogo entre comadrones:

—Si dos médicos aseguraran la existencia de un embarazo de altísima trascendencia, uno en el primer mes y el otro en el cuarto, ¿qué juicio formaría V. de ambos?

—Que el segundo es hombre de ciencia.

—¿Y el primero?

—Un hombre... de industria.

*
* *

Cuando el Dr. Esquerdo, en la sesión inaugural de la Academia frenopática española, estimulado á que hablara desde la tribuna, abandonó el sitio que ocupaba en derredor de la mesa y pasó cerca de mí, iba imponente.

A su angulosa y artística fisonomía le robaba el natural color una palidez casi verdosa: su piel se apretaba sobre los huesos como si los nervios tirasen de ella; sus ojos ostentaban un reflejo sombrío semejante al de un cielo borrascoso, su melena se ahuecaba, su cuerpo parecía haberse reducido y la ropa le venía holgada, las

manos iban trémulas y hasta creo que todo él despedía frío.

Le miré y me pareció como si su organismo entero quisiera meterse en la cabeza: entónces me dije:

—¡Una tempestad cerebral que pasa y vá á estallar en esa tribuna!

—
Y la tempestad estalló.

Pero no fué una tempestad destructora, sino una tempestad benéfica, algo parecido á lo que ocurrió en el monte Sinaí.

Aquí redoblaron los truenos hasta conmover los cóncavos de la montaña, alumbró el relámpago, los zis-zás del rayo hendieron la atmósfera, y en medio de una explosión de elementos desencadenados, Dios trazó al hombre el más sublime código de la sociedad.

Allá, es decir, en la tribuna, la voz estridente y flexible de Esquerdo zumbó en el aire hasta conmover la bóveda del salón, las luces que despedían sus palabras alumbraron las inteligencias, saltaron los chispazos de su genio, y de en medio de un deshecho temporal de frases y de sentimientos, brotó una petición sublime, generosa, noble, perfumada de ternura exquisita, ungi-da de misericordia cristiana, autorizada con la imposición de la justicia y razonada con el valor supremo de la ciencia.

Pidió un hospicio para niños imbéciles.

—
¡Imbéciles é idiotas! ¡Miserables criaturas!

Yo recuerdo de uno de estos á quien ví en un hospital; era un chico, el pelo cubría una rudimentaria frente tan echada hacia atrás que en vez de mirar al hombre miraba al cielo como si le preguntara el por qué de aquel castigo.

Digo miraba, y digo mal; una cortina de pelos rubios, ásperos, lanosos y sucios, la tapaba como si procurara ahogar con porquería el grito de una blasfemia.

Los ojos eran cadavéricos, la cara un mito asqueroso, el cuerpo una ruina muscular, la piel un depósito de suciedad y un escarnio de los colores de la vida, la ropa, mal hecha y peor llevada, un lienzo donde toda clase de manchas había dado su pincelada.

En una mano larga, que parecía manojos de sarmientos, llevaba un látigo.

Le cogí de la cabeza y le obligué á mirarme: le fui indiferente; le quité el látigo y ni siquiera se disgustó, le pellizqué y me respondió con un gruñido.

Junto á él había un mono que observaba mi examen.

Sus ojos inquietos saltaban con curiosidad desde mí al idiota y vice-versa.

Su pelo lustroso, sus miembros redondos, su agilidad y su hocico sonrosado atestiguaban una vida espléndida.

Le grité y me respondió con un bufido.

Le amenacé con el látigo y me enseñó los dientes.

Quise pegarle, y en tres saltos se montó sobre un árbol, volvió la espalda, levantó la cola y... me hizo el desprecio más ofensivo que puede hacerse.

—Bimano de Blumenbach y de Cuvier,—dije pensando en el idiota,—yo te saludo. Y marchándome, recordaba una frase de Manuel del Palacio, y considerándola como injusta á veces, frase que dice:

—En el certamen de la creación, el hombre ganó el premio, y el mono el accésit.

—

Todavía oigo la descripción de aquel cuadro conmovedor que trazaba Esquerdo.

—Ved esa mujer,—decía,—caminando con su hijo imbécil cual si fuera una maldición. Vá al colegio y el profesor se lo devuelve porque no aprende; pide plaza en un hospicio y se la niegan; solicita su ingreso en un hospital y no se lo conceden porque su hijo no está enfermo; no hay asilo para el mónstruo y todos se lo arrojan á la madre como si fuera una expiación de sus pecados.

Mañana esa criatura comete un asesinato y entónces la cojen y la encierran en una cárcel. ¡Oh extraño poder del crimen, que logras tú lo que no logran la instrucción, la misericordia, ni la ciencia; un asilo para el imbécil!

Aquí no cabe una palabra más, porque este bofetón debe llegar sin tropiezo alguno al rostro de esa sociedad frívola y descreída á quien vá dirigido.

*
* *

La asociación inglesa contra la vivisección y los que han demandado ante los tribunales al Dr. D. Ferrier, porque había maltratado á un mono, han protestado contra el nombramiento de ministro hecho en favor del eminente fisiólogo Paul Bert.

A mí no me extraña esta lucha; es la resistencia de siempre con los mismos procedimientos de siempre. ¡Que hoy se alzan algunos ignorantes contra las vivisecciones! Pues qué, hasta el siglo XVI, ¿no se alzaron muchos contra las disecciones anatómicas?

Desde que en tiempos anteriores á Galeno acudían los curiosos en peregrinación á Alejandría para contemplar un esqueleto humano que allí se conservaba, con el mismo esmero que hoy en la Meca el zancarrón de Mahoma, hasta la época en que Vesalio robaba los ahorcados de Montfaucon y los despojos de la cripta de los Inocentes para hacer sus estudios anatómicos, ¡cuántos siglos no se han perdido para la ciencia! ¡Cuántos millones de inteligencias no se han esterilizado en un estúpido culto y en ridículos comentarios al infalible Galeno!

En 1315, Mundinus disecciona públicamente en Milán cadáveres de dos mujeres, y á su imitación las demás universidades italianas disecaban con extraordinaria solemnidad dos cadáveres al año, pero sus investigaciones no se amoldaban á las descripciones de Galeno, y entónces Mundinus, Carpi, Massa, Sylvius, no pudien-

do desmentir lo que observaban y no atreviéndose á condenar lo que leían, acusan á la naturaleza de irregular y de desordenada, antes que rectificar á su maestro!

Vesalio rompió con estas preocupaciones y fué anatematizado por Eustaquio en Roma, y hasta por su maestro Sylvio, en Francia.

En tres siglos de disección sin reparos, ¡cuánta maravilla descubierta, cuánto error rectificado, cuánto benéfico adelanto en el presente y cuánta gratísima esperanza para el porvenir!

—

La vivisección derrotará á sus adversarios y subsistirá y se generalizará; es una necesidad reconocida y esto basta.

Cuando durante el desarrollo del progreso se reconoce la necesidad de un medio, éste, sea el que sea y cueste lo que cueste, se adquiere, se utiliza y se explota sin que las trabas más serias logren otra cosa que retrasar su uso.

Primero la disección de los animales muertos, después la de cadáveres humanos, hoy la vivisección de los animales, mañana... mañana, quién sabe si avanzaremos más, y la ciencia exigirá nuevos caminos exploratorios.

Yo creo que sí, y entónces otros puntos de vista sociales, una filosofía diferente á la nuestra, tal vez distinta religión y con ella también un código de moralidad distinto del que hoy encauza nuestros actos y nuestros pensamientos, harán necesario hasta imponer.... ¿el qué?

Acérquense mucho mis lectores, pero mucho, porque temo me oiga algún espíritu nervioso, de moral intransigente y me delate al juez:

Entónces impondrán ¡la vivisección humana!

*

* *

Estando yo en París, escuché del conocido sifiliópata Fournier, hombre de genio chispeante, una ocurrencia feliz que hizo reír á carcajadas hasta al enfermo mismo.

Acompañado de sus discípulos examinaba un entrado que presentaba un chancro en la punta de la lengua, y cuyo origen todos se maliciaban, aunque inútilmente trataban de hacer confesar al paciente.

Cansado del interrogatorio dijo Fournier:

—Es inútil que le preguntemos más; todo lo que podría decirnos es que cuando un hombre pierde su razón en el fondo de una botella, no sabe dónde mete sus narices.

*
* *

Manuel Alvarez, el asesino de dos personas muertas en la calle de Recoletos, casa de los marqueses de Caicedo, ha sido absuelto por el tribunal de justicia.

Los médicos forenses diagnosticaron en él una monomanía de las persecuciones y la autoridad ha respetado el juicio de la ciencia.

Cuando este doble crimen se realizó, preocupábase la curiosidad pública del fin que tendría el tristemente célebre Sacamantecas.

¿Cuál de los dos era más responsable? Problema demasiado grande es éste para la ilustración común de los humanos.

Esquerdo, derrotado en su defensa del segundo, habrá dicho al leer la absolución de Alvarez:

—¡La ciencia se abre paso! Qué importa que soldados de una cruzada que se realiza en el curso de los siglos, queden destrozados sobre el campo de batalla. Tras de nosotros vienen nuestros hijos y ellos disfrutarán el premio de la victoria!

*
* *

El presidente de los Estados-Unidos, Garfield, ha *muerto de veras*.

Tenemos razones sobradas para expresarnos así los que varias veces fuimos chasqueados con la noticia de un fallecimiento que luego resultaba ser falso.

Durante varias semanas, la ansiedad pública apenas ha disfrutado de calma; los telégramas oscilaban como un péndulo que se mueve entre la vida y la muerte.

Por desgracia se han detenido en la muerte.

Murió de una herida, es decir, precisamente de un padecimiento que obligaba á lo que de más adelantado se encuentra en el Norte-América, la cirujía.

Los que conocen los prodigios de la cirujía americana esperaban una sorpresa que revelase un *tour de force* científico digno de aquellos médicos atrevidos.

¡Inútil esperar!

Garfield ha muerto de un modo vulgar. Si su fallecimiento hubiera ocurrido en España y con los mismos errores de pronóstico que en el curso de su herida se han cometido, el *mundo médico* hubiera puesto en duda nuestra capacidad, como otras veces ha ocurrido.

Seamos nosotros justos y reconozcamos una vez más que el organismo humano es siempre el problema de los problemas.

*
* *

Los periódicos noticieros nos han dado á conocer en estos días las suntuosas ceremonias con que se han celebrado los funerales crematorios de la Reina de Siam, y de su hija, cuyo coste — dice un corresponsal — suma la friolera de — ¡agárrense ustedes bien para no caerse de espaldas! — la miseria de cincuenta millones de reales ó sean 500.000 libras esterlinas.

Después de hecha la incineración, las cenizas fueron arrojadas al río Messam, y los huesos restantes guardados en una urna de oro y archivados con los demás de la familia.

No es posible leer estas líneas sin recordar la civilizadora propaganda crematoria que hoy se hace, y en consecuencia sin ver cómo se dan la mano los procedimientos del hombre atrasado y los del hombre científico, siquiera la filosofía del uno y la del otro sean fundamentalmente distintas.

En el curso de la historia humana representó un gran paso la inhumación de los cristianos, y nuevamente por virtud y ante la autoridad de ese mismo progreso que nos dice siempre *anda, anda*, cual si fuéramos judíos errantes, volvemos á los procedimientos paganos de la incineración; ¿pero cómo? sin esos delicados sueños de transformaciones espirituales, sin esas poéticas metamorfosis que nos hacen pensar en una ascensión gerárquica de nuestra naturaleza, y sí aceptando solo un realismo que nos identifica sustancialmente con la piedra, la planta y el bruto.

¡Y sin embargo, esto es progresar!

—

Lo que hoy dejamos como inútil, en virtud de una razón moderna, aceptamos mañana como indispensable en virtud de otra razón más moderna todavía.

Partimos de la nada, y gastamos esfuerzos inauditos para llegar á una altura incalculable, desde donde podemos advertir que nuestro punto de partida es la única aspiración sensata del hombre.

Porque yo creo que más tarde, la humanidad va á gastar todos sus recursos y alcances filosóficos en conseguir y disfrutar la vida patriarcal de nuestro padre Adán.

¡Y aquel día creará filosóficamente que ha llegado al colmo del bienestar y de la civilización!

*
* *

Vengo leyendo con afán cuanto los periódicos todos refieren de la Exposición eléctrica, y todavía no he en-

contrado nada verdaderamente serio acerca de sus aplicaciones á la medicina.

Tram-vías movidos por la electricidad, luces de centenares de sistemas, teléfonos perfeccionados, pirófonos eléctricos... etc., de todo dan cuenta los maravillados cronistas menos de adelantos en medicina.

¿Es que realmente no hay ninguno trascendental en su aplicación á nuestra ciencia? Para nosotros esto es de rigor.

La electricidad se encuentra naciente, y han de trascurrir muchos años y ha de conseguir un perfeccionamiento muy grande, primero que sus aplicaciones al cuerpo humano sean todo lo eficaz que debe ser una fuerza tan misteriosa, delicada y potentísima.

Cuando aplico los reóforos á un sér y veo que se contrae bruscamente, pienso que entre el organismo y la electricidad no existe todavía la inteligencia debida, y que aquél pide á ésta mayores perfeccionamientos antes de obedecer á sus excitaciones.

Me parece todavía una fuerza bruta aplicada ciegamente; como un puñado de empastelados caracteres que un ciego colocase sobre un componedor.

Solo por casualidad arrojarían una frase.

*
* *

De todos los progresos de las ramas de la Medicina, ninguno se realiza con tan alarmantes fenómenos como los quirúrgicos; cada solemne paso de esta cruenta rama produce en sus cultivadores una sacudida de sorpresa que muchas veces se convierte en verdadero pánico: los mismos cirujanos, aun aquellos que tienen la mano abrasada con el ardoroso contacto de las vísceras palpitantes y el corazón seco por la destilación de infinitos sentimientos, y los oídos sordos por el desgarró de cruentos quejidos, y el pulso firme por el temple de mil pruebas, aun estos mismos, cuando reparan en las nuevas invasiones de la cirujía, sienten vibrar sus ner-

vios con el escalofrío del espanto, y golpear su corazón con el atropello de la sorpresa, y retorcerse su conciencia con la tortura del remordimiento, y exclaman á veces frenéticos:—¡Crimen quirúrgico!—en tanto que la esfinge de la cirugía, con la frente salpicada por los saltos de la hemorragia, y el rostro pálido por el espasmo de lo solemne, y los labios contraídos por la sonrisa del dolor, fría como el filo del bisturí, pero humanitaria y melancólica como la caridad, avanza impasible por entre sus aterrados y hostiles hijos como insumergible nave avanza segura por entre sus irritados medios de vida, el aire y las aguas, que transformados de frescas brisas en furiosos aquilones y de mansas corrientes en montañosas olas, pugnan por sumergirla en las profundidades del abismo; y adelanta, con la esperanza de que sancione y aclame lo legítimo y glorioso de sus triunfos la futura generación.

Sí, la futura generación; porque los progresos de la cirugía, como todos los progresos humanos, lo mismo religiosos que políticos, sociales que literarios y científicos, suponen una lucha y una victoria; una porfiada lucha entre lo pasado y lo venidero, entre los elementos que pasan y los que aparecen, entre el arraigo conservador y la aspiración radical; y una victoria de aquellas doctrinas flamantes que concluyen siempre abriéndose paso y dominando en la esfera de su actividad, dejando tras de sí, como un ejército triunfador, instituciones arruinadas, ideas muertas, errores desvanecidos, intereses quebrantados, etc.

—

No es culpa de la cirugía el que la ciencia biológica la arrastre por las corrientes de un mecanicismo aparentemente grosero; no es culpa suya que ese autocratismo de tejidos que hoy exhibe orgullosa la fisiología como una de sus principales conquistas, la haya persuadido de que la vida individual puede conservarse á pesar de grandes extirpaciones, antes juzgadas como fatalmente mortales; que el nervio se corta y se reproduce, que el

tejido se trasplanta y vive, que el bazo se extirpa, que la palabra es una función mecánica, y que cada tejido, menos aún, cada elemento anatómico, constituye un organismo independiente, asociado á otros organismos para realizar una expresión individual perfecta, como una frase se asocia á otra frase para constituir un período acabado; organismo que se nutre á expensas de esa sangre á la que Bernard llamó medio interno, como el pez y el alga viven en el medio acuático, su verdadera sangre; y cuya perfecta y general armonía rige el sistema nervioso, como una institución federal enlaza y armoniza los diversos Estados que componen una república.

—

La ovariectomía, esa operación que á muchos tanto horripila, es de escasos peligros si se atiende solo al traumatismo que por ella se produce cuando se practica con la conveniente oportunidad, y cuando caracterizan al operador las facultades necesarias para el excelente desempeño de su cometido.

Y diré todavía más; diré que la juzgo una de las menos cruentas de la cirugía y hasta una de las más estéticas, si puede admitirse, como creo, que exista algo de bello en un acto quirúrgico. Hé aquí una entre las muchas que ví practicar.

Un cuerpo, cuyos ondulados contornos y sonrosado tinte denotaban que ni los sufrimientos le habían quebrantado, ni las pérdidas le habían desnutrido, yacía insensible con el sueño del cloroformo. El cirujano hundió resueltamente entre las carnes el acerado bisturí que conducía su diestra, y trazó á lo largo del vientre una recta incisión. Los labios de la herida se entreabrieron y descubrieron un campo de amarillenta grasa, tachonado por multitud de vasitos que fluían rojas lágrimas de sangre, y que me hicieron recordar las amapolas que salpican con encendidas pinceladas los campos de ya dorados trigos, como si acusaran hemorragias de su exhuberante vida. Apretadas ligaduras y pinzas presoras obstruyeron bien pronto estas peligrosas fuentes, y

avanzando de nuevo el bisturí su afilado corte por entre tejidos fibrosos, separó la línea alba, conjunción de dos mitades de nuestro cuerpo, y descubrió esa delicada y elegante túnica en que se envuelven las vísceras abdominales. Con mucho mimo, que también para cortar puede tenerse, se incindió el peritoneo con unas tijeras, y detrás, lanzando sobre él la luz solar, que nunca se creyó pudiera iluminar el interior del abdomen vivo, apercibióse el quiste, que descansaba sobre tejidos blandos, como un ventrudo sultán entre los muelles cojines de su camarín, y se había desarrollado en un campo de oscuridades como una mariposa en los misterios de su capullo. Suave presión lateral le indujo á presentarse entre los labios de la herida, en donde apenas asomó su fibrosa superficie, bruñida con reflejos nacarados, y ve-teada por el surcamiento de mil venas, le hundió el cirujano el trócar que había de vaciar su contenido. Fluyeron en grueso chorro el líquido que le hinchaba, se reprimieron y arrugaron sus paredes, y atraído lentamente por las pinzas, como un coloso vencido, abandonó el vientre con indecible blandura y suavidad. Fajóse bien su base de implantación; se la sujetó con elegante cruce de alfileres; volvióse á cerrar con la más primorosa de las suturas aquella artificial puerta por la que no había penetrado un soplo de aire, ni un lagrimón de sangre, ni siquiera la curiosa mirada, en términos de que las vísceras no se habían conmovido por dañosas presencias, ni pudieron ruborizarse con la sorpresa de su desnuda contemplación, y se terminó el acto operatorio sin grandes traumatismos, sin horrorosas mutilaciones ni cruentos dolores, y sin que el crujido de la sierra marchando sobre sanguinolento barro de hueso, hubiera estremecido nuestros nervios: concluyó, en fin, como pudiera terminar la extracción de una gigantesca catarata.

*

**

Este párrafo lo dedico á recordar una impresión de duelo.

Encima y en derredor mío enlutan las paredes muchos paños de terciopelo negro, ribeteados de doradas franjas y guarnecidos de relucientes borlones; es una vestidura fúnebre que oculta las cornisas, se descuelga á lo largo de las pilastras, cierra las arcadas que separan las naves, y hasta enfunda los asientos. Por doquiera profusión de candelabros sujetos á los muros y que avanzan por el aire sus retorcidos brazos aprisionando luminosos cirios; en el centro del crucero, bajo la bizantina cúpula que desvanece su círculo entre las sombras de la noche, se alza un gigantesco catafalco que brilla como monte de oro por el resplandor de centenares de blandones, y que remata á grandísima altura con la simbólica imagen de la Fé; metiéndose por todas partes las nubes de incienso que envuelven los objetos con neblinas que trascienden á cristiano y santo perfume. Agregad á esto el olor penetrante de la cera quemada, el rumor continuo de las pisadas de los que entran y salen en el templo, el siseante murmurio de los que oran, el rezo cadencioso y grave de los sacerdotes, que juegan con pereza las siete notas del Areteo, el canto mundano y brillante de un escogido cuarteto, las voces majestuosas del órgano religioso, que se superponen á los tiernos acordes de una orquesta como la plegaria de un sumo sacerdote sobresale por entre los melodiosos himnos de las bayaderas, y en medio de este suntuoso escenario litúrgico animad vuestro pensamiento con meditaciones sobre el problema de la muerte y tendreis la impresión que dos veces me ha conmovido durante la última quincena con motivo de los funerales de la madre y esposa de los ilustrados médicos D. Andrés del Busto y D. Matías Nieto Serrano.

Si yo pudiera hacerlo, convertiría este esbozo de un cuadro funerario en una flor de cementerio, en una *siempreviva*, que la depositaría conmovido sobre la tumba de aquellos dos queridos seres.

¡Seres queridos, sí, porque queridas nos son aun las

personas desconocidas á quienes adoran los amigos que nosotros apreciamos!

*
* *

En Londres se están confeccionando guantes fenicados de cautchouc para uso y seguridad de los cirujanos.

—Es un medio preservador contra las inoculaciones, que garantiza al que opera,—dirán los médicos.

—Es un medio preservador contra las infecciones que garantiza al operado,—dirán los enfermos.

Porque hemos de reconocer que hay cirujanos que solo se lavan las manos en dias de ciertas lluvias.

¡Cuando son las de los aguaceros inesperados!

*
* *

Primero, ver claro, y luego interpretar bien lo que se vé: hé aquí el fundamento, lo mismo de la Histología que de todas las adquisiciones de la ciencia.

A conseguir lo primero tiende, dentro de la Histología, el conjunto de procedimientos que ya hoy vá constituyendo un arte extenso y difícil, que requiere aptitudes especialísimas en el artista que le trabaja, y se llama la *técnica del microscopio*.

A conseguir lo segundo tienden esas inteligencias privilegiadas que consagran su aptitud á desentrañar del caos los inmensos problemas de la vida funcional de los tejidos.

Los que no entienden en achaques de esta naturaleza creen que para hacer un examen histológico basta cortar una laminilla de tejido (que siempre resulta chuleta), llevarla al microscopio y asomarse al ocular para ver lo que hay allá abajo, como quien se asoma á los cristales del balcón de un piso tercero para ver lo que ocurre en la calle.

Se equivocan. Se necesita previamente fijar los ele-

mentos anatómicos, aislarlos unos de otros, endurecerlos, cortarlos, disociarlos, colorearlos... es decir, se necesita un conjunto de manipulaciones que exige insostenible paciencia y grande maestría. Y esto lo saben hacer muy pocos.

De mí, sé decir que empiezo á creer que me aproximo ya á saber dar cortes y... ¡gracias!

—
¡Vamos; si hay que nacer para ello!

Una cosa muy fácil, al parecer, es el disociar tejidos... ¿Quieren ustedes hacerlo? Pues ya pueden dar á su sistema nervioso un prolongado baño de paciencia, que le deje más reposado y suave que se encuentra el de una araña durante la fabricación de su tenuísima tela.

Cojen ustedes una pequeñísima porción de fibras (musculares, nerviosas, tendinosas... de las que ustedes quieran), y con la ayuda de dos finas agujas, montadas sobre mangos, van separando manojitos y más manojitos, hasta quedarse con fibrillas casi impalpables.

¿Qué es aquello?...—¡Bah, nada!—se dirán ustedes.—Pues échelo en el agua, y observarán cómo se esponja y se abulta, y resulta que es más que un pincel, que es una mecha gruesísima, donde hay precisión de seguir disociando.

Fuera, fuera manojitos... siga la disociación... hebras por aquí, hebras por allá, vamos quitando fibras hasta que la simple vista apenas distingue allí un algo. Cójalo, llévenlo al doblete (microscopio simple), y aquellos filamentos resultan una escoba, una madeja, la cabellera de una Venus, un bosque de caña, en fin, que hay precisión de ir segando y separando. Las agujas se pasean por el campo con las proporciones de esos espárragos que sujetan el toldo que dá sombra á la procesión del *Corpus*; sus finísimas y penetrantes puntas parecen nudosas porras, que golpean y magullan y arrastran de un lado para otro aquellos bucles ó brazos de fibras, de las cuales os esforzais por aislar algunas, y sólo después de repetidas tentativas lo conseguís.

¿Qué falta luego? Lo que suele ocurrir casi siempre á los neófitos. Un arrastre brusco de los espárragos, que junte, arremoline y convierta todo en una especie de estropajo.

¿Y después? Sólo resta cojer el cristal porta-objetos y tirarlo al cubo.

¡Un buen español no encuentra venganza más satisfactoria!

Total: una hora perdida.

Verdad es que todas estas fatigas hallan luego su recompensa cuando se encuentra lacrada la preparación y ha resultado muy instructiva.

De todas las que yo tengo, hay una que me recrea y enorgullece singularmente con su posesión, y es la que de ordinario enseño á los curiosos que suelen visitar nuestros trabajos; es un corte vertical de la mucosa estomacal de un conejo.

¡Qué glándulas tan distinguidas aquellas! Sus orificios terminales, sus fondos de saco, sus paredes vestidas de epitelio, paralelas y adosadas y juntas las unas á las otras, como los cigarros puros en un mazo... no tienen descripción posible: aquello se vé y se admira.

Con un microscopio y esta preparación puede hacerse cualquiera capitalista en un país de gastrónomos. ¿Quién se resistiría á dar un perro chico con tal de asomarse á las maravillas anatómicas de un estómago?

Sobre este corte les haré á ustedes en confianza una advertencia.

Que me lo ha preparado el Dr. López.

De todo lo anterior deduzco en serio un pensamiento halagador:

Que la Histología comienza á implantarse ya entre nosotros. La cuerda que científicamente nos sujeta á Francia y con la cual este país nos remolca, se ha puesto tirante y nos arrastra.

Comenzamos á movernos.

Es decir, comenzamos á observar al microscopio y á saber ver.

Por nuestras fronteras pasan ya reactivos, cristales y otros útiles del arte.

Entre nosotros hay también, además de este, otros repasos particulares, como el de el ilustrado joven señor Tapia, y hay, por consiguiente, alumnos que se preocupan de algo más que de aprobar oficialmente la asignatura.

Hay cirujanos que, en vez de arrojar los tumores al retrete, se cuidan de enviar trozos á los laboratorios y de consultar sus análisis.

Todos son síntomas de un adelanto positivo en nuestra patria, que observamos con regocijo los que suspiramos por su progreso: son como el despertar de una ciencia.

Saludemos con alegría esta alborada, y compadezcamos á los que cierran los ojos para no verla.

¡No saben ellos de los encantos que se privan!

*
* *

Hace tres domingos asistí á la sesión inaugural de otra nueva Sociedad escolar: *El Ateneo Médico Matritense*.

Fué la repetición de esa fiesta ya muchas veces reseñada, y se celebró en el mismo salón del Colegio de San Carlos y con el propio aparato escénico de las anteriores.

Como dijo un individuo que presumía de afrancesado:

— *¡C'est une reprise!*

Los estudiantes, que son gente de muy buen gusto, han hecho que brillen siempre en estas fiestas tuyas algunos detalles que podrán ser de valor estético discu-

tible, pero hay entre ellos uno que considero como de un gusto insuperable y de una belleza arrebatadora.
Hablo del sexo femenino.

—
Siempre abundan las pollitas.

Cuando estoy sentado en un escaño de la plataforma, mariposeando la vista de una en otra beldad, y contemplo las satisfactorias impresiones que expresan aquellos lindos rostros que muéstranse encuadrados en el marco de esos brillantes bucles que parecen un derroche de las espesas y perfumadas cabelleras, á las que cubren los ricos sombreros guarnecidos de vistosas plumas, pájaros, flores, ciñtas y encajes, y me recreo con los movimientos de curiosidad que blandamente balancean aquellos cuerpos inquietos, que dibujan bajo ceñidas vestiduras de raso perfiles de clásicas Venus, con las graciosas ondulaciones de la delicada línea curva que se corre por todo el cuerpo de la virgen, y pienso después en la solemne fiesta, admirada por ellas, y en aquellas hermosuras, tesoro de codiciosos placeres destinado para ellos, tiendo un recuerdo á mis pasados años, lanzo un suspiro, y exclamo con melancolía:

—¡Cáspita, quién fuera estudiante!

—
¡Ellas y ellos! ¡Los sentimientos volcánicos del corazón y los destellos luminosos de la inteligencia; los encantos de la hermosura plástica y la fortaleza del carácter espiritual; las que contraen todas sus conquistas y sus afanes al idilio del hogar y los que espacian las suyas en el eterno poema de la Creación!... es decir, el juego y los contrastes de siempre.

¡Y con qué singular extrañeza siguen ellas todos los pormenores de la solemnidad y escuchan los conceptos de aquellas lecturas, capaces de aburrirlas si la curiosidad no las hiciera buscar atentas algo que nunca encuentran!

Su juicio me lo supongo; ellas dirán:

—Mejor que el discurso medurado y cadencioso del Rector y que las frases correctas y animadas del Decano, ha sido lo que dijo con voz sonora y vibrante aquel mancebo atildado y solterito que leyó el discurso.

—¡Ya ve V.,—observarán con cierta emoción... natural—como que es una esperanza de nuestro porvenir... científico!

—

Quiero ser franco diciendo que, al reparar en tantas Sociedades escolares como se inauguran, ha retozado por mi pensamiento el propósito de combatir esta sociomanía. Pero después me he arrepentido.

Nuestra ciencia anda como esos campos reseco y cargados de rastrojos, que necesitan, no gotas de agua, que se las chupa en seguida la tierra, sino torrentes que esponjen y luego rezumen y arrastren después la broza que les cubre.

Y así como de la reunión de unas gotas con otras se forma un arroyo que culebrea animado, y corre, y se lleva por delante la maleza, así muchas Sociedades científicas, despertando la aptitud y el entusiasmo de mayor número de escolares, creará el torrente que ha de fertilizar nuestros campos limpiándolos del polvo ya secular de nuestro abandono.

¡Vengan, pues, chaparrones de Sociedades!

*
* *

Vaya una frase.

Un distinguido académico, polemista infatigable, pide la palabra en contra de la observación clínica que ha expuesto otro consocio.

—¿Pero no está V. conforme con lo que dice Fulano?—le pregunta un amigo.

—Sí, señor, con todo.

—Entonces, ¿cómo le va V. á objetar?

—He pedido la palabra para el viernes próximo, y

desde hoy á entónces, con seguridad, he variado de parecer.

*
* *

Hay una gran diferencia entre apreciar á Dios desde el observatorio de la fé pura, como le aprecia el místico, y apreciarle desde el observatorio de la razón científica, como le aprecia el sabio.

Nosotros los que para la ciencia vivimos, procuramos ir engrandeciendo la obra reconocida del Hacedor Supremo, mientras que los que se llaman religiosos intransigentes procuran mantenerla todo lo chica que fueron sus primeras concepciones; ellos tomaron del mundo que pisamos la noción de un planeta único que tenía á su servicio el sol, la luna y las estrellas, y nosotros metimos nuestra vista por los espacios y descubrimos una obra más gigantesca y hermosa, una obra millones de veces más estupenda, porque descubrimos la maravillosa armonía de las esferas;—ellos tendieron la vista sobre la tierra y vieron desparramadas las especies vivas como por capricho y sin relación alguna, nosotros, en fuerza de mil desvelos, llegamos á sorprender la ley admirable de la armónica sucesión de las especies, unidas entre sí por relaciones mútuas, y expusimos, de este modo, los esbozos de un concierto digno de Dios;—ellos hicieron de nuestro cuerpo una criatura caprichosa, trazada por un soplo en momentos de buen humor, nosotros descubrimos un organismo preñado de mil encantos y grandezas que en juego armónico forma la criatura; y ellos quisieron hacer de nuestra alma una homogénea irradiación sencilla de la Providencia, y nosotros hemos averiguado que es grande, algo más que todo esto, porque es también el resultado de otra portentosa armonía. De este modo resulta que mientras ellos han procurado imponernos el Dios de una obra pequeña y han procedido como el sacristán que se limita á ponderar el autor de un cuadro y corre la cortina para que

el visitante de la iglesia no le contemple, nosotros nos cuidamos de ir describiendo la cortina y dejamos que la grandeza del autor surja de la contemplación de su magnífica obra, y de este modo también viene á ocurrir entre nosotros algo parecido á lo que ocurre con esas procesiones llamadas por el pueblo del Dios chico y el Dios grande; ellos, como todo lo ven pequeño, pequeño el mundo, pequeñas las especies y pequeño el hombre, nos arrojan un Dios chico, es decir, un Dios acompañado de pocos sacerdotes vestidos con un mal terno, de monaguillos harapientos y de granujillas cojidos á un lacio pendón, y nosotros en cambio, descubriendo grandezas, armonías y leyes admirables por doquiera, presentamos como un Dios grande para cuya magestad se gastáran todas las galas de la Iglesia, y fuere acompañado de alegres músicas, de colgaduras, de cirios y toque de campanas; pues utilizamos cuanta alegría, brillantez y solemnidad puede desplegar la ciencia.



III.

ARTÍCULOS.

ARTICULOS



FANTASIAS PROFESIONALES.

QUERIDO Lino: ¡Válgame el santo nombre de Jesús, qué carta tan estupenda la tuya y qué réplica tan despiadada contra la mía! ¡Si creo que hasta me tratas mal! Tú, de ordinario tan benévolo y manso, afeas rudamente mis juicios y sólo te falta un leve brinquito para que llegues al punto de considerarme como un Judas de la profesión, incapaz de vender la clase porque no encuentro quien me dé por ella dos almendrucos, cuanto menos treinta dineros, mas no porque me falten alientos y encono para hacerlo.

Sobre todo; ¡qué cruel y qué obcecado en el final! Tú, el padre cariñoso, me confiesas que trabajas por despertar en Ruperto, tu hijo mayor, la afición al estudio de la medicina. ¿Qué te ha hecho ese revoltoso geniecillo, para que le depares tan amargo porvenir? Infeliz; me parece contemplar su inquieta cabeza, encendida manzana del Rubicón coronada por un rastrojo de hebras de oro, y verle con la agilidad de un gato trepar por tus robustas piernas, y luego hacer que tus ojos sal-

ten lagrimones como puños á fuerza de estirarte los pelos de las barbas y los mechones de tu cabeza. ¡Oh padre feroz, mil veces más despiadado que el mismo Saturno! ¿No te conmueve tanta inocencia y tanta ternura? ¿Y esto es todo el efecto de mis dos primeras cartas? ¡Infeliz de mí, que veo me vá á suceder contigo lo que á Curro Eguía con su loro, que después de estar años y años enseñándole á tocar la marcha real, concluyó por salir tocando la Marsellesa!

¿Y cuál es la causa de tan desatinado propósito? Un espejismo de tu imaginación, un absurdo mil veces más increíble que aquel cuento brasileño sobre el rey de los diamantes, la suposición de que la carrera de medicina es muy socorrida y de fáciles rendimientos. ¡Oh *tempora!*... y ¡oh inocencia tuya! Semejantes ilusiones y las sanas creencias religiosas de nuestros padres, ya no se encuentran sino arrinconadas, como añejo arcón de remachados clavos, en alguna aldea apartada, cual esa tuya, por muchas leguas de camino y muchas más de costumbres (permíteme esta licencia), de nuestras agitadas ciudades. Vivieras aquí, y notarías que hasta los ciegos nos tienden miradas de piedad al ver nuestras desventuras, y que ya tan descosidos y rotos nos contempla todo el mundo, que Dios mediante y para bien nuestro, creo no pasarán muchos lustros sin que se diga con fundamento que nuestra carrera es la más socorrida solo porque es la que más socorros consume á la caridad.

Pero á bien que la facultad presenta sorpresas inesperadas y que téngolas casi por providenciales y como precursoras de grandes reformas para lo futuro. Discutiendo dias pasados con tranquilidad y sin preocupaciones, como médico sin enfermos, por la calle de la Montera, tropecéme con Doña Restituta, que muy puesta de ancho sombrero Rembrant, plegado y ruidoso vestido de rico paño de Lyon, fina y semiespumosa corbata de flamenco encaje, relucientes pulseras, y sobre todo, un marcadísimo aire de contento y hartura en sus amelocotonados carrillos, me pintó con vivisi-

mos colores y una verbosidad de curandera, que su clientela era numerosa y escogida, que sus rendimientos, de tan espléndidos, son ya sorprendentes, y que en vista de este *succes* había resuelto no asistir á parto que le valiera menos de mil reales, ni extender receta abajo de un duro; y sobre este último solo exigía veinte reales porque ya que nadie ponía cortapisas á sus pasatiempos médicos, no quería que la juzgaran exigente sus colegas los doctores.

Estrechóme Doña Restituta mi mano con sus amorcillados dedos embutidos en fino guante, perfumado con mil esencias, y despidióse de mí dejándome envidioso de su fama y pingües productos; y tan preocupado, que fijos en el suelo los ojos y dándome de codos con todo el que á mi lado pasaba, llegué automáticamente á la puerta del Sol, en donde me encontré á Lucio, quien como si quisiera realzar más el colorido del brillante cuadro que me había pintado Doña Restituta, púsole un marco de negro ébano refiriéndome cierto episodio de un compañero, creo que doctor, cuyo nombre ignoro y no quiero saber, alumno interno que fué en su carrera y adornado á semejanza de tinglado de baratero, con infinidad de relumbrantes méritos de escuela.

Había este individuo sido llamado para asistir á un parto; el feto, como si conociera nuestro pícaro mundo y se obstinara en no querer saludarle, tuvo al doctor tres dias con sus noches al lado de la madre, hasta que una consulta decidió que el ex-alumno interno, armado de forceps, cogiera al chico, y de grado ó por fuerza lo metiera aquí de cabeza; hizolo así, y no sé si por mordedura del irritado chico, ó por mala tracción del forceps, según opinión de alguno, ó por la índole de la operación, según yo buenamente creo, rasgóse todo el periné, el cual, después de un largo puerperio, hubo de ser operado y asistido hasta la completa curación. Suma, pues, aquí, querido Lino, el servicio hecho; asistencia á un parto que se prolongó tres dias, empleo de forceps, asistencia al puerperio, nueva operación y asistencia hasta curar ésta, y dime cuánto llevarías á una fa-

milia no necesitada, aun cuando no pudiente, por todo ello. Pues bien, para que te admires de los bríos de este ilustre médico, te diré que cuando la familia se esperaba una cuenta moderada, se quedó atónita y hasta indignada al saber que todo aquello valía nada menos que doscientos reales, sin descontar uno sólo. Ignoro si los tribunales habrán hecho rebajar algo de tan exorbitante precio. Pero esto que te parecerá fabuloso, todavía se queda tamañito si te cuento que otro individuo, cuyos alientos científicos en materia de tumores se dejan muy atrás á las insignificantes figuras de Broca y Virchow, tiene montada una suscripción facultativa en la cual por dos reales al mes se suministra asistencia médica y botica, y por diez reales asistencia á un parto.

Con razón tú comprenderás que por ese camino la profesión se vá derecha, como bala de fusil, á los tesoros de California.

Pero cambio de asunto, porque pienso que este me ocupe detenidamente en otra carta. Sigo leyendo la tuya.

Te deshaces en elogios sobre mi estilo. ¡Ah! te conozco; pero no importa. Paso sobre ellos como fea y presumidilla ribeteadora se desliza por medio de alegre grupo de galanteadores estudiantes, que chaparrear sobre sus supuestas gracias las más exquisitas flores de su repertorio, ó haré como hace un autor, íntimo amigo mío, que modestamente juzga son tributos obligados á su talento aquellos aplausos y elogios que le rinden benévolo adúladores ó agradecidos amigos. Yo te prometo que también como Cipriano, — así se llama, — me tornaré, en breve, pedante y pretencioso hasta lo irresistible, siquiera no sea más que por aquello de que la modestia no debe tenerla quien no la ha de menester.

Como no leo obra ninguna de farmaco-fitologia, ignoro todo lo que acerca de este punto me dices, ni sé quién es el desgraciado contra quien lanzas tan dura crítica; pero lo que sí sé muy bien es que los periódicos médicos tienen el destino de aplaudir y no de censurar. Nuestra clase médica no tolera, y en esto hace

bien, que ningún periódico se suba á las barbas de sus individuos y les diga lo que, á esa crítica que vosotros llamais imparcial, se le antoja. Y ¡ay del que pretenda salir de ese tranquilo campo! ¿Podrás creer que porque á *El Siglo Médico* se le ocurrió una vez—mal pecado,— juzgar el discurso de un académico, estuvo á punto de andar poco menos que á balazos? ¡Qué más! poco há se le antojó á un querido amigo mío, director de un periódico médico, consignar cierto hecho en una crónica que, aún siendo personal, era más que inocente, hasta de verdadero favor, y se le hizo saber que le tenía preparada el aludido nada menos que una paliza. Con que figúrate si yo—que como no ignoras soy más asustadizo que corredera y más flojote que caña de gramínea,—voy á meterme en esos compromisos de desenmascarar á nadie. Libreme Dios de caer nunca en tales tentaciones.

Esta carta se proloñga demasiado, y debo darle un corte. Hasta otra.

(*Anfiteatro Anatómico—1880.*)




Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.





29 DE ABRIL DE 1875.

UANDO todavía el bronco estampido del cañón resonaba en los montes y la mortífera metralla centuplicaba sus estragos; cuando todavía las rojas lenguas de los incendios caldeaban el espacio y los cielos se ocultaban tras nubes de sangre humana; cuando todavía los gritos de maldición y los agonizantes ayes de los unos se confundían con el delirante clamoreo de los otros; cuando, en breves frases, todavía la lucha desparramaba sus funestos horrores por el suelo español y envenenaba la atmósfera con su letal aliento, entónces en un modesto y apartado templo de la corte, erigido á expensas de los sacrificios y esfuerzos de un humilde obrero de la Medicina, la bienhechora esfinje de la ciencia alzaba su radiante cabeza sobre el sombrío horizonte de nuestras desdichas nacionales para ceñir á su frente uno de los lauros más legítimamente adquiridos.

Allí, sobre rico estrado, observaba feliz el ánimo un joven monarca; á sus lados, ministros, embajadores y otras dignidades en el poder y en las ciencias; después,

rodeando afanoso este centro, un numeroso y selecto público, donde bellas y distinguidas damas se mezclaban con celebridades en todos los ramos del saber y de las bellas artes; más allá, altas, altísimas paredes recubiertas de elegante estantería que encerraba miles de objetos para el estudio de la obra más sublime, de el cuadro más perfecto que ostenta la naturaleza toda, el hombre; y destacándose gloriosa entre tanto lujo y magnificencia, la interesante figura de un humilde hijo del pueblo y del trabajo, cuya venerable y plateada cabeza inspiraba el respeto más profundo; cuyos ojos humedecidos con lágrimas de agradecimiento y de felicidad, reflejaban el entusiasmo más ardiente por la ciencia y el amor más acrisolado por la patria; cuyas palabras trémulas, casi extinguidas por el ahogo de indescriptibles emociones, conmovían el aire, sacudido antes por los blandos acordes de una orquesta, y penetraban en el alma de sus oyentes como emanaciones orales de un genio inmortal.

Aquel cuadro magestuoso, cuya pureza no empañaban los mundanales propósitos de especulativas empresas, que no alimentaba en su seno el sórdido móvil de la vanidad y de la envidia, ni ninguno de esos bastardos sentimientos que vician casi siempre las relumbronas manifestaciones de la sociedad, era un solemne tributo de admiración rendido á la ciencia y al trabajo. Allí, propios y extraños, magnates y humildes, cuantos presenciaban el acto, sentían ese recogimiento profundo, esa veneración religiosa que solo la ciencia, y la ciencia en sus más severas manifestaciones, que solo el trabajo, y el trabajo en su más virtuosa expresión, pueden producir. Allí todos confirmaban con su presencia y sus arranques de entusiasmo la obra inmortal que á costa de penosos sudores y sacrificios, de grandes amarguras y desvelos, había realizado lentamente y en el transcurso de treinta años, el modesto Dr. D. Pedro González de Velasco.

Desde aquella fastuosa ceremonia que inauguraba la nueva era del Museo Antropológico hasta hoy día se ha

deslizado un año, durante el cual ha sido visitado cuotidianamente por personas de todas las clases de la sociedad, así nacionales como extranjeras, y entre estas especialmente varones insignes en la sagrada ciencia de Esculapio, que abjurando del oscuro concepto en que tenían á nuestra desventurada patria, al perder su mirada entre aquel rico material científico atesorado por un hombre solo, prodigábanles sinceras frases de admiración, júnica y modesta recompensa que el Dr. Velasco, desatendido siempre por todos los poderes y en lucha incessante con dificultades, ha obtenido de su imperecedera obra, penosa como la primera, y con tanta firmeza como muy pocas veces realizada!

Pero conste no vamos á dolernos de que con tal suerte hayan luchado los humildes esfuerzos de un oscuro soldado de la ciencia, cuando Jesucristo, Colón, Cervantes, Lavoisier y los más colosales genios de la humanidad, no lograron en vida la universal estimación que por los suyos recibió al fin el Dr. Velasco; cuando la historia ha descrito con indelebles caracteres que el destino lógico de las grandes obras, como la vida de sus autores, es el de nacer y desenvolverse siempre en medio de la lucha y de la ingratitud de sus contemporáneos, porque justo y hasta necesario es que quien aspira al inmarcesible recuerdo y veneración de la posteridad, abraze antes su existencia propia en el crisol de los sufrimientos y del trabajo. La sociedad humana, esa sociedad que jamás varía y que castiga con la envidia y la indiferencia á cuanto de más noble brota en su seno, necesita la muerte del autor para rendir á su obra el homenaje que se merece. Los grandes hombres nos impresionan y los admiramos como las decoraciones de teatro, desde lejos, desde muy lejos, cuanto más lejos mucho mejor; solo apartándolos de nosotros para contemplarlos en el escenario de la historia, es como podemos admirar su esplendorosa grandeza. Los mortales que hoy rinden tributo de admiración á las lumbreras del pasado y humillan sus altivas frentes ante las rígidas estátuas que perpetúan su memoria, verían pasar con

indiferencia sus animados cuerpos y hasta les disputarían el paso si embarazaban su camino. Siempre ha sucedido lo mismo. Entre el espíritu inconmensurable del genio y la miope vista de sus contemporáneos, se ha interpuesto, como grotesca y opaca barrera, la carnosa y palpitante figura del autor. La inmortalidad es un monstruo que nace devorando á su misma madre; y así como la luz aprisionada dentro de hermética linterna, necesita salvar las paredes que detienen su marcha para difundirse en lo infinito del espacio, así también el espíritu del genio necesita salvar el cuerpo que le encierra para difundirse en lo infinito de la historia.

(Aniversario—1876.)





HONORARIOS MÉDICOS.

BAJEMOS desde las olímpicas alturas de la Ciencia sacrosanta, donde el médico, transformado en apóstol de la caridad, recubierto con las blancas vestiduras de su ponderado sacerdocio, exhibiendo en derredor de su cabeza el nimbo de una virtud á cada paso proclamada, y columpiándose sobre una nube de seráficas excelencias, muéstrase á la contemplación de los mortales como un sér divino trasconejado entre abominables pecadores, y no parando en nuestro descenso hasta tropezar con esotra región más plástica y hasta innoble, más grosera y positiva, donde el hombre vive de lo que come y come de lo que cobra, tratemos de una cuestión á cuyo debate nos llama con insistencia un colega: la cuestión de *céntimos*.

Este periódico, á quien tenemos en toda la buena estima que se merece, *El Genio Médico Quirúrgico*, tomando en consideración un artículo publicado por la *Revista* de una secta, en el cual se llama, no así como se quiera, sino con estrepitoso y alarmante toque de dignidad, á la clase médica en absoluto, á fin de que

reforme la manera y fundamento que viene teniendo para justipreciar sus honorarios, hace suyo este llamamiento exótico y excita al resto de la prensa para que illustre la cuestión; y nosotros, deferentes siempre con los que nos merecen atenciones, y ganosos de complacer á *El Genio*, vamos á exponerle nuestro parecer, cuyo resultado final no tenemos inconveniente en adelantarle diciendo que, si los actuales fundamentos de las tarifas particulares fuesen malos—que no lo son—siempre, y de cualquier manera que se los considerase, resultarían superiormente dignos, menos embrollados y más justos y más prácticos que los que la indicada revista propone.

Habida cuenta de la plaga insoportable de médicos que por doquiera se observa, así en grandes ciudades como en modestos partidos, y teniendo presente esa ley, inflexible siempre, observada con una constancia fatal en todas las ocasiones apropiadas, tanto en las de orden físico como intelectual, de que el lujo, la abundancia, el exceso extraordinario de un artículo cualquiera abarata su valor por la competencia que entre los poseedores se entabla; dadas estas condiciones, repetimos, que hoy nos agobian de una manera asfixiante, casi mortal, preguntamos: ¿quién impone al médico tarifa de ninguna clase? ¿quién mas que el médico mismo aprecia su trabajo con arreglo á su gusto y á sus méritos? Nadie, absolutamente nadie; el médico goza de una libertad absoluta y respetada siempre, con arreglo á las garantías que la justicia previene para evitar toda clase de escandalosos fraudes, mejor aún, de verdaderos robos, que, tanto dentro de la profesión médica como dentro de todas las demás profesiones, pueden cometerse. Ahí están, para que los lea todo el mundo, en la cuarta plana de *La Correspondencia de España*, los derechos que por consulta requiere el Dr. Garrido, y libre es el público de acudir ó no á su consulta á pagarle los miles de duros que pide; y conócense, en otro campo ya más digno, el de la profesión decorosa, las cuentas, casi recientes, del Dr. Manrique, cuando

cobró 8.000 duros por una operación de matriz; del Sr. Rubio, cuando estimó en 10.000 duros el valor del tratamiento curativo de una escoliosis; del Sr. Otaño, que valoró en muchos miles de duros sus cuidados en favor de una alta señora durante su embarazo, y de otros muchos por el estilo que podríamos citar y que atestiguan que antes de ahora, hoy día y siempre, los médicos han sido libres para razonar sus honorarios; con lo cual se sobrentiende que es ridículo, que es soberbiamente injusto solicitar reformas de intereses egoistas para la clase en este sentido. Por lo demás, decir que «la clase médica no se hará valer mientras no se haga *pagar bien*,» es soltar una vulgaridad que puede afectar á la clase, en cuanto acusa en ella una depreciación incorregible por lo incorregible que es su abundancia, pero que no afecta en lo más mínimo á la sociedad, la cual recompensa al facultativo con arreglo á lo señalado por este.

Pero no se muestra en lo dicho todo el alcance de la reforma propuesta; esta se extiende á que «el sistema ordinario de cobrar por visitas, *como un mozo de cuerda por viajes*, es poco equitativo, injusto, inmoral y depresivo para la dignidad del profesor;» á que, en vez de ser «á mayor número de visitas (en las agudas) mayores honorarios, debe ser á *menor número de visitas mayores honorarios*,» y á que el médico debe ser como un nivelador de fortunas, pues «á un magnate que gasta una noche en lujos, en vanidades y en orgías lo que constituiría la fortuna de una familia modesta, á estos inmorales dilapidadores *hay que sentarles la mano* para favorecer á las familias honradas, virtuosas y trabajadoras.»

No pasemos á más estudios sin antes lanzar una protesta seria, de altiva dignidad, en nombre de la clase toda, contra esas atribuciones disparatadas, absurdas, no autorizadas por moral ninguna, ni aceptables en todo código profesional, de *sentar la mano á los magnates dilapidadores* (¡frase delicadísima!) para favorecer á los virtuosos, y las cuales no creemos reconozcan

como legítimas profesión ninguna, salvo aquella tan practicada por José María y Candelas, en la que parecía adquirir ciertos matices de poesía criminal (valga la expresión) el propósito de nivelar fortunas. No, y mil veces no; la clase médica, que debe llevar siempre la dignidad como norma de sus actos, debe proceder también con hidalguía, con caballerosidad, sin explotaciones abusivas, y por consiguiente, esa misma clase no puede aceptar como principio práctico el que en letra bastardilla ha tenido el atrevimiento de consignar en sus páginas la revista aludida y reproducir sin protestas *El Genio Médico Quirúrgico*. Entre las exageraciones, por más y por menos, hay un medio decente, que es el que elige el profesor honrado, porque se lo impone su conciencia.

Eso de que el médico renuncie á cobrar por visitas —propio solo de mozos de cordel— y cobre por servicios, es decir, hablando con más claridad, cobre según la índole de las enfermedades que cura, las cuales se acomodarán á una tarifa, tiene su fundamento principal, según parece, en que, «yugulando las enfermedades, el médico debe cobrar el reducido número de visitas que supone una yugulación á mucho mayor precio que si hubiera seguido su curso la enfermedad y hubiera requerido una asistencia larga;» y esta proposición, que á un examen ligero parece razonada y justa, muéstrase absurda y propensa á escandalosos abusos é inmoralidades á poco que se medite.

Ella tiende nada menos que á modificar radicalmente el fundamento que ha tenido hasta ahora la tarifa. Hasta aquí, el médico ha valorado y cobrado tan solo su *tratamiento*, es decir, la intervención que él ha tenido en la curación y que ha estimado al hacer su tarifa en el precio que ha creído merece; y ahora se pide que el médico cobre la *curación*, como si fuera reconocidamente obra suya, y esto ya es muy diferente, y esto puede ya ser muy abusivo y muy injusto. Pues qué, tratar un enfermo ¿es lo mismo que curar un enfermo? ¿Acaso desconoce nadie que la curación su-

pone siempre el resultado de dos factores, la tendencia, el esfuerzo natural del organismo á recuperar el equilibrio fisiológico, y la ayuda que á este esfuerzo puede aportar el médico? ¿Por ventura hay algún profesor, no siendo un majadero ó un ignorante, que olvide que á menudo se curan las enfermedades sin la intervención del médico, y otras á pesar de sus desatinados tratamientos? Y siendo esto verdad de todos conocida, ¿con qué derecho va á estimar el médico la curación de las enfermedades cual si fuera siempre hechura suya; ó cómo—de no hacerlo así—va á determinar lo que en esta ambigüedad de agentes corresponde á uno y á otro? Pues dicho punto necesita forzosamente ser ilustrado en cada caso, si el médico pretende ser justo; de lo contrario, podría suceder que defraudara sin cesar y en beneficio propio glorias y derechos que pertenecían á eso que los antiguos llamaban muy expresivamente *fuerza medicatrix*.

Pero supongamos que el médico curase siempre por sí solo;—¡lo cual ya es suponer!—supongamos que no se diera ningún caso en que, si esa fuerza citada tomase cuerpo y palabra, pudiera lanzarnos al rostro lo insensato y brutal de nuestra conducta, y lo disparatado y erróneo de nuestros juicios; ¿qué criterio utilizaría el médico para no equivocarse nunca y tener la seguridad del diagnóstico que había hecho antes de yugular? Pues si estamos hartos de ver grandes errores de diagnóstico en enfermedades ya completamente desarrolladas, ¿cómo no equivocarse en los primeros síntomas cuando uno cree haber yugulado? ¿Cómo persuadirse de que la fiebre tifoidea, la pulmonía, el garrotillo, etc., que se creyeron yugulados en uno, dos ó cuatro días, no fueron sino una gástrica, una congestión pulmonar ó una laringitis espasmódica, que se curaron solo con tres mantas que el enfermo se echó encima? Asusta, en verdad, la serie de abusos que de aquí surgirían, sobre todo entre esos individuos y entre esas sectas que creen conjurar todos los males en sus comienzos; y entonces, ¿quién sería capaz de juzgar en los miles y miles de

conflictos que brotarían entre las familias y los médicos?

Pero supongamos también—¡y cuidado que son concesiones!—que ni estas dudas existieran, ni esos conflictos estallasen; ¿qué criterio había de tener el enfermo para llamar al profesor y cumplir honradamente con él? Desde el momento en que el enfermo paga y el médico cobra, hay entre ambos una relación comercial ó productiva—llámese como se quiera—en virtud de la cual el enfermo necesita *á priori* inquirir lo que puede costarle la asistencia para saber si puede pagarla; y ¿cómo ha de averiguarlo?—Esperará sin duda á que se desarrolle su mal, se examinará á sí mismo entonces, y se dirá: ¿Es gástrica? Pues puedo pagarla.—¿Es tifoidea? Esta es de curación costosa; vamos al hospital.

Del modo ordinario, el enfermo sabe que el médico á quien llama le cuesta 10, 20 ó 40 reales visita, y cuando le parece que ya no ha de poder pagar más, avisa honradamente al profesor y acude á otros recursos; esto sucede todos los días.

Supongamos también que ni esto exista, porque médicos y clientes somos ángeles y adivinos; cuando en el curso de una enfermedad desea el enfermo variar de profesor, ¿qué hacer? ¿cómo pagar sobre una enfermedad no curada? ¿se pagará la mitad?

Todo derecho supone un deber; si el enfermo no se cura, ¿qué hace el médico? No cobrar cuando no ha curado, sería ridículo; ¿deja de ser su intervención igual en todo caso, con un resultado que con otro? Por ventura ¿no hace mayores esfuerzos, así físicos como intelectuales y morales, cuando el enfermo se muere que cuando se cura? Y entonces, ¿ha de retirarse en absoluta y vergonzosa derrota?...

¿Y si el enfermo se muere por torpeza del profesor? ¿Y...? ¡Basta!

Por otra parte, de aceptar el fundamento de las enfermedades, ¡qué tarifa tan monstruosa necesitaría escribir cada médico para justificar los cobros que hicie-

ra! Una verdadera clasificación nosológica, que habría precisión de acomodar á tres clases sociales. Y aun cuando así se hiciera, todavía surgirían en la práctica miles casos de dudas. ¿Qué precio poner á un reumatismo, que lo mismo puede durar dos dias que dos meses? ¿A qué tipo se acomodaría una intermitente palúdica, que puede combatirse con una sola visita ó requerir muchísimas de asistencia?...

Pero son tantas y tantas consideraciones de esta naturaleza las que brotan en la mente de cualquiera que discorra con cordura y con desinterés sobre el asunto, que no se concibe cómo ha podido sostener nadie, ni por dos minutos, tan caprichosa y destartada innovación.

Hay cosas que se hacen siempre de una misma manera, porque no pueden ni deben hacerse de otra, y ésta es una de ellas. Con la libertad que hoy día existe en este particular, y con la costumbre establecida, el profesor goza de toda la dignidad apetecida y las relaciones entre el médico y el cliente son claras y definidas. ¿Que hay servicios extraordinarios? Pues como extraordinarios se hacen pagar, y ahí están los tribunales, que amparan el derecho del médico á valorarlos y obligan á su satisfacción, previo el juicio de peritos.

¿Que un médico se cree de tan superlativas excelencias que supera á los demás y vale mucho, tanto como la esencia de la Medicina? Pues consigna en su tarifa que su visita cuesta 2, 5, 10, 100 duros, cuantos quiera, y el que se halle resuelto á pagarlos ó á darle un chasco, le llamará.

Mírese la cuestión como se quiera, resultará siempre que lo más *equitativo*, lo más *justo*, lo más *moral* y *digno* para el profesor es lo que hoy se practica.

Aquello de ver *malos gestos* cuando las visitas menudean, solo ocurre cuando el enfermo no necesita muchas visitas y el profesor quiere hacerlas, y entonces hacen bien, muy bien las familias; es lo menos que pueden hacer contra los que, olvidando sus deberes, se dejan caer suciamente y con perjuicio de modestas fortunas en las casas de los enfermos.

Y con lo dicho basta para que consideremos haber expuesto con claridad nuestro juicio sobre el tema que, por apadrinarlo nuestro caro colega *El Genio Médico*, lo repetimos, nos hemos ocupado de él.

(*Siglo Médico*—1882.)





FILANTROPÍA MÉDICA.

MUCHO malo se dice y decimos todos de nuestra propia clase, pero mucho bueno puede y debe referirse también de ella; vicios y calamidades abundantes tenemos que deplorar, sin duda, pero á la verdad tampoco escasean virtudes y sentimientos nobles que merecen ser elogiados; todo consiste en las circunstancias y oportunidades en que el observador ó el crítico se coloque.

Fijándonos, por ejemplo, en ese sentimiento de consideración, de amparo y respeto mútuo que se ha llamado *compañerismo*, todos los dias y á todas horas nos quejamos de lo roto y descosido que entre nosotros anda, en términos de que más bien que vestidura de honor parece un guiñapo de expiaciones; y sin embargo, es muy cierto que á poco que en él se repare y se estudie, ha de convencerse el más rehacio de que no hay profesión ó clase social alguna á cuyos individuos les preocupe más que á los de la clase médica; y es que con esto como con otras muchas cosas buenas, nos ocurre lo que á los sacristanes, que en fuerza de alumbrar imá-

genes, postrarse de hinojos quinientas veces al día delante de ellas, y demandar á todo religioso la conveniente adoración, concluyen por tratarlas á cañazos, y no por falta de religioso culto, sino porque en nuestra empecatada condición humana no cabe preocuparnos mucho tiempo de lo más sagrado sin que por último la familiaridad nos haga faltar negligentemente al respeto que se le debe.

Ocúrrensenos estas consideraciones—que aun cuando contra nuestra voluntad no debemos proseguir por falta de espacio—al ver sobre la mesa donde escribimos y frente á nuestros ojos el último recibo que nos ha dirigido la *Sociedad filantrópica de profesores de ciencias médicas*, establecida en esta corte desde el año de 1851, obligándonos con él al abono de la modesta cantidad de 12 reales.

Y hay motivos para extremecerse siempre que uno de estos recibos se nos presenta, porque algo del soplo helado que despide la muerte roza entónces nuestra alma, haciéndonos pensar, siquiera sea brevemente, en el pavoroso misterio de la tumba, pues este recibo tanto participa de documento que autoriza un cobro como de esquila mortuoria que nos anuncia ha desaparecido de entre los vivos un compañero, quizá un amigo, toda vez que sólo cuando fallece un consocio es cuando la *Sociedad filantrópica* dá señales de existencia.

¿Y cuál es el objeto de esta fúnebre Sociedad? Acudir á una de las más sagradas necesidades postreras del individuo, quizá no tanto por lo que á él ya afecta como por lo que afecta á sus parientes. En medio del profundo dolor que causa dentro de toda familia la pérdida de su jefe, de uno de sus miembros más importantes, ó de aquel bajo cuyo amparo vivían pobres mujeres y criaturas inútiles; en medio del terror que para el porvenir pueda inspirar la desaparición del que acudía á todas las necesidades con el fruto de su trabajo cotidiano, existe todavía algo de más desesperante condición, de mayor amargura y sufrimiento, y es la consideración de que el cadáver de aquel sér idolatrado carece de un ataúd donde

poder encerrar sus despojos, de unos blandones con que alumbrar sus putrefactas formas, y de unos oficios y rezos con que acallar los gritos de la conciencia religiosa, lo cual, por desgracia, sucede muy á menudo.

La pobreza jamás anduvo muy reñida con la clase médica, y en todo tiempo han existido profesores que al exhalar el último suspiro han dejado sumida á su familia en la más absoluta miseria, tal vez sin una modesta peseta con que poder extinguir la primera sensación de hambre que brotara en la indiferente criatura momentos después de morir su padre. Hé aquí la necesidad que movió á los señores Uriarte y López Girón en Abril del año 1851, es decir, hace más de 30 años, á solicitar el concurso de varios compañeros para fundar una sociedad cuyo único objeto fuera reunir á la muerte de cada socio una cantidad que había de entregarse á la familia ó herederos de los fallecidos, inmediatamente después de ocurrido el óbito, para atender á los gastos funerarios, de luto ó de otra necesidad que en situación tan desgraciada se pueda experimentar.

El compañerismo no siempre es palabra hueca entre médicos, decíamos antes, y gracias á él la Sociedad se formó en seguida, dotósela de un reglamento tan lacónico como práctico y discreto, inscribiéronse multitud de socios—entre ellos, como era de esperar, gran número de médicos en brillante posición—y desde entonces hasta hoy ha venido funcionando con una regularidad perfecta.

Hojeando la lista de socios, se cuenta desde el primero hasta el último recientemente inscrito 401, y entre ellos nombres tan gloriosos como los de los señores Fourquet, Asuero, Calvo Asensio, etc., con todos los cuales se ha conducido la Sociedad de idéntico modo que lo ha hecho con el más oscuro profesor.

El resumen estadístico de su vida contiene datos curiosos. Desde 1851 hasta Diciembre de 1880⁶ presenta:

Fallecidos 137, de los cuales fueron socorridos, 129.

No socorridos por no aceptarlo, 8.

Se han invertido en socorros 158.294 rs.

Los años en que más bajas hubo fueron los de 1863 y 1865, que se elevó á ocho en cada uno; y los en que menos los de 1852, 1860 y 1878, que hubo sólo una, prescindiendo de los dos años de 1877 y 1880 en que no se registró baja alguna.

El número de socios efectivos en la actualidad es el de 100 próximamente, siendo su presidente D. Tomás Santero y secretario D. Ricardo Bengoa.

Merece advertirse que, aun cuando entre los profesores finados menudearon los de alta reputación, las familias de casi todos,—excepción hecha las de un número muy exiguo,—aceptaron la cantidad que les correspondió. ¿Indica esto necesidades ocultas? Sea de ello lo que fuere, atestigua al menos, que ni el rico por ser rico, ni el pobre por ser pobre, deben desdeñar los servicios que una asociación de esta naturaleza puede prestarles en momentos bien críticos.

Existe siempre en todas las sociedades alguno ó algunos individuos, por cuyo particular empeño, por cuyo extraordinario celo, dichas sociedades conservan su existencia aun en medio de la frialdad ó el desdén de la mayoría, y dentro de esta Sociedad, su secretario el Sr. Bengoa, es el que más se preocupa de su conservación. Hay en este amoroso empeño una deuda de gratitud que le hemos oído más de una vez hacer pública á nuestro querido amigo; cuando falleció su padre, la Sociedad depositó en su casa una cantidad que á la viuda era muy indispensable para cubrir las más perentorias necesidades; la Sociedad fué entónces una verdadera Providencia por su eficacia y oportunidad, y desde aquel día, el hijo agradecido, trabaja con inmenso cariño por su conservación y fomento.

Esta Sociedad, que lleva hoy una vida modestísima, es desconocida de la mayoría de los médicos, lo cual no debe suceder, ni por la mucha honra que les dá, ni por el servicio que puede prestarles. Las necesidades de la clase médica han ido en aumento, hoy somos muchos y hay profesores muy pobres; los hay que fallecen en los hospitales y después van á parar sus cuerpos, ó á

la sala de disección ó á la fosa común. ¿Necesitaremos recomendar á nuestros lectores la inscripción en dicha Sociedad? Ella y el respetabilísimo Monte-pío facultativo, de la que es un auxiliar, son dos florones de las clases médico-farmacéuticas, son un testimonio elocuente de su compañerismo, y deben recabar el interés y la protección de todos los profesores.

(Siglo Médico.—1881.)







LA CUARTA POTENCIA.

ALAS potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, dijo un escritor—no sabemos quién—debía añadirse otra cuarta que tengo como de tan indispensable uso y empleo para caminar sin fracasos en medio de la sociedad, cual puede serlo delicada brújula á un barco para navegar felizmente al través de los peligrosos mares. Dicha facultad la expresó diciendo: *hacerse cargo*.

Hacerse cargo, es decir, adaptarse ó saber acomodarse á las circunstancias. ¡Ahí es nada, lo que esta facultad vale! por eso tengo para mí que abunda menos que las riquezas, en términos de que entre los centenares de seres con quienes nos codeamos al cabo del día, hallaremos con más facilidad los que con justicia pueden blasonar de poseer millones de pesetas, que no los que gozan de la cuarta facultad de que nos ocupamos, y se debe á que más avara de repartir bienes intelectuales la naturaleza, que intereses materiales la fortuna, ha favorecido á muy pocos con la posesión de tan envidiable atributo.

Ocúrresenos este principio de artículo, al notar en

ciertos movimientos y reuniones, los primeros indicios de la vida próxima de nuestras sociedades médicas, las cuales, siguiendo la ya obligada y por nada inmutable costumbre de otros años, han de comenzar sus debates con los consabidos discursos de secretaría y de inaugural.

Algo monótono es ya de por sí el ceremonial este, y hay que reconocer que eso de convidar á un público, respetable siempre, á un acto que empieza con lectura, sigue con lectura y concluye con lo mismo, nos parece tan sabroso como si un anfitrión convidara á personas de etiqueta á un banquete en el que todos los platos contuviesen el mismo manjar, el cual, si aún siendo bueno había de empalagar muy pronto al más necesitado comensal, siendo malo es de creer no habría estómago que le resistiera, ni espíritu benévolo que no se juzgase en el deber de salir renegando de tales finezas. Convengamos en que por lo que á este particular afecta, los sabios, es decir, los actores de esos teatros académicos, hemos dado muy pocas pruebas de nuestra privilegiada inventiva, ó hemos aguzado muy poco nuestra imaginación en todo el tiempo trascurrido desde el primero, á quien se le ocurrió hacerlo de este modo, hasta los tiempos que corren, en que tal vez por santo respeto tradicional seguimos conservándole sin adulteración ninguna.

Pero como es de ley que cuando una cosa ha de resultar mala tiene que serlo por todos sus aspectos, es decir, por su forma y su fondo, todavía nosotros nos encargamos á menudo de hacer más insoportables estas exhibiciones de un festival científico, martillando oídos de los que nos escuchan con unos discursos que ni por su forma, ni por su doctrina, corresponden á la ligereza y á la índole del acto que se celebra, lo cual se debe á que los autores ó carecen de, ó desatienden los consejos de esa cuarta facultad.

Nombran las sociedades un individuo de su seno, y sobre él descargan, *velis nolis* la mayoría de las veces, la delicada misión de escribir la oración inaugural. Para

muchos esta es tarea fácil y agradable, para otros difícil y penosa, no obstante sea para todos lisonjera la confianza que en ellos deposita la sociedad, y la atención con que ha de honrarles en día señalado el público que escuchará los frutos de su inteligencia y saber; pero, justo es decirlo, de entre todos estos *afortunados* elegidos, pocos, muy pocos son los que antes de escribir la primera cuartilla de su oración meditan algo sobre los requisitos que debe tener un discurso inaugural, á fin de que la corporación que representan no sufra una quiebra por derroches inútiles, ni el público se retire aburrido de su insoportable lectura.

Escojer un punto concreto es cosa que muy pocos gustan hacer: para esto se requiere un trabajo de condición delicada, una verdadera labor de filigrana que de ordinario no se ciñe á las aspiraciones gigantescas del autor, y de aquí se desprende necesariamente una de dos soluciones, ó que se opta por abarcar una rama de la medicina, una función entera, etc., ó de lo contrario se elige una de esas insoportables cuestiones abstrusas, sobre las cuales vienen machacando, verdad que sin hacerlas arrancar una línea más allá de los adelantos que lograron primitivamente, todos los médicos que escribieron desde Hipócrates, y en las cuales es de rigor intervengan conceptos como la vida, el espíritu, los sistemas... resultando, tanto en aquel caso como en este, un discurso tremebundo, de muchos pliegos de impresión, que á veces—¡y aquí ya no hay paciencia que resista!—obstinase en leer de cabo á rabo su autor, muy penetrado de que aquello es la flor y nata del bien pensar y del bien decir, y que los oyentes gozan de una verdadera delectación, en vez de sufrir un aburrimiento y un cansancio á toda prueba.

Las cuestiones de carácter nacional, los adelantos ó puntos de vista que el país propio tiene sobre un problema cualquiera, esto que debiera ser objeto preferente de las oraciones inaugurales, apenas fija la atención de nadie, resultando de aquí que ni aún cogiendo la serie de esos discursos—que hoy ya se suman en número res-

petable—logra el espíritu amante de su patria encontrar doctrina nacional, algo que nos pertenezca; y de donde se desprende que hasta en este, al parecer, detalle insignificante de las oraciones inaugurales, exhibimos nuestro carácter rutinario, nuestro desinterés por la investigación, el desdén con que miramos la estadística propia, y el afán perjudicialísimo que nos subyuga de velar nuestra pobreza y holgazanería, glosando con más ó menos felicidad los conocimientos que nos importan los libros oriundos de otros países.

No es fácil señalar los moldes en los que la forma ha de vaciarse; ha de tenerse muy en cuenta aquello de que el estilo es el hombre, y ni ha de ser cuerdo pedirle galas de dicción á quien es incapaz de producirlas, ni tampoco condenárselas á quien de ellas pueda hacer prudente uso. En este, más que en otro punto, necesitase que el individuo *se haga cargo* del objeto que ha de llenar su discurso.

Ha de ser como un plato sabroso con que la corporación pretenda obsequiar á personas, por lo común de distintas procedencias, á quienes invita al acto, y á las cuales debe distraer ilustrándolas; por ende la necesidad de escoger un tema accesible á la generalidad, y este tema, presentado con toda la amenidad posible, á fin de que embelesado en lo posible el oyente con las bellezas del estilo, tanto como pueda ser interesado con el valor de los conceptos, llegue al final sin fatiga alguna, gratamente impresionado, si es posible con la sonrisa del dulce bienestar en los labios y dispuesto á prorumpir en naturales y por consecuencia sentidos aplausos.

Pedir seriedad y aridez técnica á un discurso de inauguración, como si se tratara de un trabajo profundamente doctrinal; requerir embrollo filosófico, disquisiciones oscuras y soluciones de problemas difíciles, es desconocer en absoluto lo que se debe á un acto que tiene circunstancias especialísimas; ha de ser la oración ligera, lo bastante para que su lectura no dure, siendo completa—pues rechazamos en absoluto la práctica de leer los discursos á saltos—más de una hora.

Ha de ser el asunto limitadito, de fácil inteligencia y lo más nacional posible.

Ha de ser su forma todo lo más amena posible, si bien cuidando no incurrir en una exageración de estilo y de novelería que pudiera constituir ese churriguerismo literario, á todas luces más detestable que la exagerada desnudez, porque suele ser vestidura de muy mal gusto y de una fantasía tan disparatada cuanto empalagosa, según ha podido suministrarnos abundantes muestras un escritor que ha cultivado el género en términos lo bastante lastimosos para hacernos conocer detestable caricatura antes de que el arte del bien decir se hubiera generalizado lo debido entre nuestros escritores médicos.

¿Llenarán los debidos requisitos los discursos próximos á leerse? ¡Ojalá!

Por si acaso no los llenan algunos, y á fin de evitarnos sinsabores que nos acarrearía el decirlo entonces así, nos limitamos á presentar ahora los moldes á que creemos deben ajustarse; el público hará después sus aplicaciones y deducirá sus juicios.

¡Hoy por hoy apenas si es posible entre nosotros la crítica laudatoria!

Repitamos, pues, y demos con esto fin al artículo. *Háganse los autores cargo* de lo que el acto inaugural es, y ciñanse á los requisitos que supone.

(*Siglo Médico.*—1881.)



[Faint, illegible text at the top of the page, possibly a header or title area.]

[Faint, illegible text in the upper middle section of the page.]

[Faint, illegible text in the middle section of the page.]

[Faint, illegible text in the lower middle section of the page.]

[Faint, illegible text at the bottom of the page, possibly a footer or concluding remarks.]



¡OSSA HUMILIATA!

PASA el año despertando, con la sucesión de sus fiestas y conmemoraciones, todas las escalas del sentimiento en nuestro espíritu, preñado de recuerdos, como pasa el sol produciendo, en su carrera de Levante á Poniente, todos los colores del prisma en el espacio, preñado de nubes.

Nos entregamos sin freno á la glotonería en Pascuas, y al santo recogimiento y ayuno en la Cuaresma, como á la loca diversión y olvido en Carnaval, y á las tristes pesadillas y melancólicos discursos en la semana que ya ha concluido. Verdaderamente, parece que el cerebro y el corazón de la humanidad responden á las determinaciones del Calendario, cual mecanismos que hubieran sido hechos para reir y llorar, hartarse ó abstenerse en tiempos prefijados por un aparato de relojería.

Y si muy exacto es que el médico, por su delicada y severa misión, pertenece á esos miembros de la sociedad que menos obedecen al oleaje periódico de los

sentimientos, también es verdad que nos comprometen los recuerdos de la infancia, jamás desvanecidos, y las ataduras de la amistad y de la familia, siempre adoradas, á sentir parte del vaivén común y á escuchar en nuestro interior el eco de esa zalagarda que engendra el placer ó de ese alarido que despide el dolor en la inquieta masa de nuestros semejantes.

El toque pausado de la campana que nos hiere desde lo alto de la torre; la triple misa oficiada en el templo con enlutadas vestiduras; los haces de blandones y fúnebres hacheros sobre los hombros de numerosos transeuntes; las coronas de fastuoso trapo y modestas siemprevivas por multitud de escaparates; el anuncio, con letras gordas, de *Don Juan Tenorio* en todos los carteles de teatros; el chisporroteo de las castañas que brincan como rabiosas en el asador, y lanzan á la nariz aromáticos vapores; los retorcidos y ampulosos buñuelos de viento, imagen de la vanidad mundana, que se alimenta con aire... síntomas son que, comenzando por chocar en nuestros sentidos al recorrer las calles durante la visita, concluyen por despertar en el cerebro tristes meditaciones y recuerdos, desde los sencillos que conservamos de aquellas consejas y tradiciones oídas á nuestros abuelos en torno de las lamparillas, símbolos de almas en pena que se depuran ardiendo y devorándose el aceite vertido en la tosca cazuela, hasta los ya más solemnes que nos produce el pensar en los millones de seres que nos precedieron en la realización de los mismos ideales que nosotros queremos realizar, y que como ellos dejaron, dejaremos igualmente, apenas intentados, para que sirvan de propio afán á otras miles y miles de generaciones que han de sucedernos, y también han de sentir castigadas sus carnes con el eterno latido de la vida y de la ambición cuando ya no quede ni polvo de esta miserable envuelta que ahora palpamos y sostenemos con avaricia insaciable.

A falta—por suerte—de padre venerado, de esposa amada ó de hijo querido á quien llorar, dime á recorrer esos amargos registros de los que fueron y llamamos por dulce nombre campos santos, buscando en ellos lápidas destinadas á ilustres doctores, para tributar, si quiera fuera sólo mentalmente, un modesto elogio á los que como nosotros lucharon por las mismas conquistas, sufrieron de idénticas tribulaciones, libaron semejantes amarguras, alimentaron análogas esperanzas, recogieron parecidos desengaños, y dieron al fin con su cuerpo en la sepultura después de haber dejado puesto su sillar en el monstruoso y eterno edificio de la ciencia, á que todos nos pertenecemos.

Me lancé á recorrer algunos cementerios sin rumbo conocido, y sin advertencias necesarias, como se lanzaría cualquiera á recorrer poblaciones esperando tropezarse en la vía pública con la popular fisonomía de algunos hombres ilustres. Sus rasgos conoscibles me los presentarían las lápidas. Yo sabía que Roviralta, Rives, Castelló, María Rubio, Martín de Pedro, D. Bonifacio Gutiérrez, Seoane, Mata, Capdevila, Asuero, Escolar y otros mil hombres respetados, genios de nuestra ciencia y sacerdotes de nuestra profesión, aparecerían registrados en esas cédulas mortuorias esculpidas en el mármol que nos separa de los antros de la tumba, y chocarían mis ojos si tenía la fortuna de tropezarme con ellos. ¡Vano deseo el de encontrarlos todos! Tanto valiera en un fugaz paseo por Lóndres y París querer hallar al paso las lumbreras todas de la ciencia.

No son, no, los ricos panteones, esas pequeñas catedrales, orgullo del arte y de la estatuaria, de cuyas fachadas se desprenden gruesos títulos y nombres de propiedad, los que delatan la última mansión del médico; allá, en lo alto de alguna modesta galería, junto al suelo, en lo oscuro de cualquier rincón, hay que escudriñar minuciosamente sencillas lápidas, con la notoria terquedad de un gran deseo, y con la agudeza visual del cariño que más bien presente que busca, y en ellas,

medio desvanecidos por el tiempo, ya es más fácil leer algunos nombres de los que no osa pronunciar el labio sin que el alma se recoja y doble con la unción de un respeto profundo.

Muy sencilla, desprovista de lámparas y flores, vieron mis ojos una lápida en lo alto de la primera galería, al lado izquierdo del cementerio de San Luis, con el número 60 encima, que decía así, bajo un grabado que representa un birrete y palmas:

«Aquí yace el Dr. D. Ramón Capdevila, catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid, director del Cuerpo de Sanidad militar, individuo de varias Sociedades científicas. Fué vocal de la Junta suprema de Sanidad y consejero de Instrucción pública. Murió el 10 de Diciembre de 1846.»

¡Yo os saludo, restos de Capdevila, del terapeuta español más ilustre del siglo XIX! ¡Pobre celebridad!

Al pasar poco antes junto á una fosa común, acudió á mi recuerdo la severa figura del Dr. Fourquet, lanzado en medio de la tierra por disposición propia y como para castigo de su pecante soberbia, si soberbio pudo ser aquel celeberrimo anatómico, primero de los españoles de nuestro siglo, y á quien llamaron muchos discípulos el *santo*. Algunos de los que acudieron á su sepelio arrojaron primero coronas de siemprevivas y sobre ellas se puso el cuerpo, que quedó confundido entre el montón de restos de los miserables que la caridad oficial allí acumula.

Un poco más arriba, al entrar en la Patriarcal, el primero á la derecha, se veía un grupo de viejas coronas que tapaban por completo otra lápida modesta; nadie creería, á no ser por la dedicatoria de aquellas, que vigilaban los despojos de otro de los más insignes catedráticos españoles, gran orador, escritor eminente, el primer frenópata de nuestra patria, el fundador de nuestra medicina legal, el infatigable MATA.

La corona de los *escolares médicos* cubría con su magnitud todas las demás y excitaba al curioso con su refulgente dedicatoria. ¡Expresión misteriosa de un hecho indudablemente cierto! Todas las grandezas del

célebre repúblico apenas habrán dejado subsistente hasta hoy otro recuerdo mas que el idolatrado de alguno de sus discípulos. Al pié, en modestos hacheros, ardían cinco blandones, tributo de su esposa y de su hija.

En otro cementerio... pero ¡á qué citar más nombres! Ocuparía muchas páginas si hubiera de registrar todas las lápidas que ví, y consignar todos los pensamientos que brotaron de mi pobre cabeza. ¡Casi siempre advertía el abandono! Despedían las sepulturas y los nichos un frío glacial que helaba el alma, y producía ahogos en la garganta que concluían por descargarse en los ojos bajo la forma del llanto. ¡Qué amargo contraste! Coronas riquísimas, cruces caprichosas, vistosos pabellones de terciopelo recamado de oro, lámparas de mil formas, lápidas y guarnecidos de bellas labores, flores artificiales unas, otras muchas naturales, frescas y aromáticas, recién cortadas... todo esto que se veía por doquiera corriéndose por las paredes, tapizando los suelos, vistiendo los panteones... faltaba siempre que había el nombre de un médico ilustre.

Y al paso, ¡qué otros recuerdos de los tiempos escolares...! Allá sigue enterrado el compañero D..., única esperanza que era de sus padres, muchacho cariñoso, nobletón, que fué al cementerio partido el intestino de una puñalada; junto al otro patio, en lugar espurio para la Iglesia, se inhumaron sin honras los restos de otro amigo querido, R. N., alma superior, inteligencia privilegiada, modelo de hidalguía, que se deshizo con un pistoletazo el fardo de la vida, para él insoportable por culpas ajenas; en aquel rincón todavía se vé la lápida del condiscípulo R., joven estudioso, ilustradísimo, de grandes esperanzas para la ciencia, que falleció de una fiebre tifoidea adquirida en la disección y en la clínica: su entierro quebrantó muchos días nuestro juvenil alborozo... ¡Ah, cuántos y todos qué tristes recuerdos!

Algo avanzada estaba ya la noche cuando regresaba á mi domicilio. En lo alto del paseo que conduce desde el puente de Toledo á la puerta de igual nombre, me paré y volví, ganoso de contemplar durante algunos minutos el cuadro que se ofrecía á mi vista. Un pueblo lleno de vida y alborozo tornaba de su visita á los cementerios; hombres cargados de adornos, vestiduras ó útiles funerarios; mujeres bulliciosas, abrigadas con mantones de colorines y pañuelos de cabeza; chiquillos revoltosos y provocativos; cadenas de tram-vías henchidos de pasajeros; carros y coches de todas clases dirigidos por conductores soeces; una población, en fin, alborotada y removida, inundaba las múltiples arterias que conducen á la ciudad, acompañándose de la chacota y el bullicio, del insulto y el escándalo con que se abandona una romería; á lo lejos, entre los yermos campos, apenas guarnecidos de esqueletos de árbol y de seco rastrojo, y entre las suaves ondulaciones del terreno, destacábanse sobre la dudosa claridad de un día espirante, las apuntadas y redondas siluetas de las góticas flechas y gallardas cúpulas que rematan los suntuosos panteones de San Isidro, y á sus lados grandes focos de luz, los cementerios de San Lorenzo y General, donde miriadas de cirios inflamados proyectaban al espacio tenebroso grandes nimbos de claridad. Detrás de mí, la enorme mole de piedra que forma la puerta de Toledo apenas ocultaba un confuso montón de casas y de faroles encendidos, de donde surgía un rumor sordo, el respirar tremendo de la capital de España. Un cielo gris y un ambiente fresco y desapacible, ambiente de otoño adelantado, completaban el cuadro.

—Destino triste es este de los hombres de ciencia que vivimos para la medicina—me decía yo, impresionado por aquella contemplación—atravesamos la vida con el equipaje del escepticismo á cuestas, engolfando siempre nuestros deseos y facultades en la sutilísima labor de mil problemas que entrañan la fuerza de la vida, los equilibrios de la salud y desequilibrios de la enfermedad; obligados á ser víctimas y verdugos por

nuestra ignorancia, ni gozamos la satisfacción viviente del artista que vé en sus obras la hechura indiscutible de sus afanes, pues en los triunfos de la clínica pocas veces sabemos lo que nos pertenece; ni el consuelo de quien todo lo fia á la gloria póstuma, pues de tal modo vivimos entre errores, que más que espejos de nuestra sabiduría lo son de nuestras preocupaciones y desaciertos esas obras que con tanto esmero confeccionamos y dejamos en herencia á la posteridad, del propio modo que archivos de inexactitudes y de infantiles preocupaciones son la mayoría de los textos que guardan nuestras bibliotecas, germinados al calor sacrosanto de la inspiración de los genios de la antigüedad. Si los contemporáneos desdeñamos la veneración de esos despojos que lentamente se deshacen en los nichos, ¡qué podemos esperar hagan las generaciones venideras para glorificación de los que tanto pelearon por el triunfo de la verdad!

(*Siglo Médico*.—Noviembre, 1882.)



[Faint, illegible text in the upper section of the page, possibly bleed-through from the reverse side.]

[Faint, illegible text in the lower section of the page, possibly bleed-through from the reverse side.]



HONREMOS LA CLASE.

EN el amplio y elegante teatro de la Alhambra se celebró el martes 21 del corriente una sesión académica que, por todas las circunstancias en ella habidas, debe regocijar el corazón de nuestra clase, si es que en nuestra clase puede admitirse un órgano de tal sensación y una sensibilidad ó aptitud para obedecer á las notables impresiones que le afecten.

No he de hablar de aquellos palcos, butacas y paseos repletos de un público elegante, en gran parte señoras, ni tampoco de si fueron aplaudidas con frenético entusiasmo la inspirada oda del Sr. Ortega y Morejón, y la joco-seria poesía del Sr. Vital Aza; de si el público acogió con marcado cariño y celebró con justicia el lindo soneto del Dr. Castelo y las elegantes redondillas del Dr. Benavente; ni de los artículos de los Sres. Tolosa Latour y Francos, tierno, dulce y sentido el del primero, justo, noble y elegante el del segundo; ni de los discursos de los Sres. Sancho Martín, discreto y entusiasta, y del Sr. Letamendi, profundo, original, cho-

cante, salpicado de frases ingeniosísimas y de imágenes nuevas; ni he de hablar, en fin, de los rasgos biográficos expuestos con sobriedad y acierto por el Sr. París, y del correcto soneto del Sr. Corral, ni de lo que yo, bien ó mal, hube de leer para cumplir mi cometido; cuanto he citado merece sólo apuntarse, aplaudirse, celebrarse—todo, incluso lo mío—y después de dar á los señores ya mencionados las más expresivas gracias por su participación en el acto, dejar el detalle á un lado, como la factura más ó menos acertada de un propósito que entraña algo que es de superior importancia al simple empeño por cualquiera intentado, por varios acometido y por muchos sancionado, de honrar la memoria de tal ó cual personalidad, siquiera ésta haya sido la del Dr. Velasco; y preocuparnos de ese algo, en mi concepto importantísimo, de ver á un público heterogéneo de Madrid, mejor dicho, á la sociedad por él representada, acudiendo á engrandecer y abrillantar el recuerdo de un médico en igual escenario, en los propios términos, con las mismas seductoras vestiduras, con todo el lujo decorativo que siempre había empleado para honrar la memoria de los políticos, de los poetas, de los literatos, de todos esos individuos, en fin, que oficiaban en un altar al que parecía no permitirse la aproximación de nuestra clase, como por ser de orden inferior, en el altar de los grandes sacerdotes de la inteligencia.

Si; cuando en la tarde del martes veía yo sobre las tablas del escenario, junto á la batería de candilejas, el blanco busto del Dr. Velasco alzado sobre un pedestal que casi se ocultaba bajo la vestidura de ricas coronas, y sentía estremecerse el ambiente del salon con las sacudidas de estrepitosos aplausos, y vibrar la entusiasta frase de multitud de apologistas que, ya en verso ó ya en prosa cantaban las grandes virtudes docentes del finado, y enfocarse—como decía el Dr. Letamendi—las miradas y la atención de los mil espectadores sobre aquel busto, abrasándole con el centelleo de tanta pupila, y como filtrando entre sus partículas de escayola

la vida que surgía de la admiración y sacrosanto respeto de cuantos allí había, sentía entonces cierta vanidad, porque me parecía que en aquel instante mismo nuestra clase, no ya se rehabilitaba, sino que, como de conquista nueva, se adquiría un derecho grande, sublime, un derecho requerido por todos los que comulgamos con amor puro y levantado en la sublime religión de la ciencia: el derecho á la admiración de la sociedad.

No es posible explicarse el por qué, ó la razón de castigar dicha entidad al médico, con el injusto concepto en que de ordinario se le tiene; no sé por qué ha de creer que el médico es exclusivamente el propinador de la medicina, el tirano del enema y la cataplasma, pero no el gran pensador que tiene siempre de servicio su inteligencia entre los portentosos encantos de la vida, que la eleva (aquella) á las grandes maravillas de la organización y la engolfa en los insondables arcanos de sus misterios; un pensador, en consecuencia, distinguido, gigantesco, aristócrata por sus aspiraciones, por sus procedimientos, por sus hechuras, por sus aciertos y desaciertos, por sus ascensiones y caídas, por las leyes que ha sorprendido, por los misterios que se les resisten, por todo, absolutamente por todo; y un sér, en fin, digno de que se le tributen las dulces armonías del verso y las enérgicas expresiones de la prosa, y se le aplauda, y se le conmemore, y se le inmortalice y orle su frente con coronas de laurel, hasta rendirle todo ese culto terrestre que la sociedad destina á sus más preclaros hijos cuando estos son de los que han sabido destrozar muchos ejércitos y abatir ciudades, ó combinar manchas de color y crear cuadros, ó jugar la expresión de grandes pasiones y escribir dramas, ó arrastrar los Parlamentos, y hacer todas esas cosas más ó menos útiles, mejores ó peores, pero siempre grandiosas, que el hombre hace.

El grito de dolor brotado pocos meses há de infinito número de corazones con la muerte del Sr. Moreno Nieto, que era antes que otra cosa, y sobre todas

ellas, un catedrático sabio, y lo ahora hecho con el Dr. Velasco, atestiguan un progreso en el camino de la cultura. Los médicos debemos celebrarlo: porque si hoy ha sido el anatómico infatigable, mañana será el periodista eminente, el catedrático reformador, el escritor de obras, el práctico inspirado, todos los que brillan, porque todos se mecen en las grandes alturas conquistadas con la heroica explotación de las más nobles facultades humanas para la realización de los destinos sociales y porque todos tienen igual derecho, siendo así que de todos se beneficia esa sociedad en la difícilísima construcción de su obra inmortal, la civilización.

(Noviembre.—1882.)





LA ESCULTURA ANATÓMICA.

EN una de las últimas tardes se presentó en mi casa un hombre como de cuarenta años, seco de carnes, quien dijo venía á darme las gracias por un juicio que acerca de sus trabajos había publicado en *El Siglo Médico*, y al cual sujeto hube de mirar al pronto con cierta desconfianza, porque habituado como estoy á no recibir gracias de la mayoría de los individuos á quienes aplaudo, pero sí á escuchar las quejas que me dan, y recibir los cargos que me hacen todos á quienes juzgo desfavorablemente, temíame una de tantas impertinentes explicaciones.

Esta vez no fué así; el visitante era un artista, escultor de piezas anatómicas, á quien había yo mencionado en uno de mis últimos artículos, al hablar de la Facultad de Medicina de Granada, y que agradecido sin duda á mis poco laudatorias frases y deseando á la par que yo conociera sus trabajos de una manera más consciente y fundada que podía conocerlos con el examen de las escasas piezas suyas que tiene el Museo de

la histórica ciudad del Darro, venía á invitarme á que visitara la colección que guarda en su domicilio.

Acepté de seguida su invitación, y con tan verdadero gusto, que prometí visitarle en el día siguiente por la mañana. Su carácter de artista dedicado á la escultura anatómica, lo que ya conocía de sus trabajos, su modesto aliño y la sencillez de su frase, eran para mí títulos de poderosa recomendación, bastantes á interesarme en sus faenas.

No dudo, sin embargo, que ante el concepto de muchos, uno de esos escultores anatómicos que trabajan olvidados en el más oculto escondrijo de las Facultades de Medicina, es figura de último término que apenas si merece apuntarse con algunos desvanecidos brochazos en el cuadro de la medicina nacional; pero para los que aprecian las cuestiones de enseñanza con el respeto, con el entusiasmo y con el criterio que yo, el escultor anatómico es una figura interesantísima que se destaca de la masa general de la clase con el prestigio de su buril, por el cual me hace estimarle como un émulo de Fidias; con el de su pincel que me muestra á un sucesor de Apeles y con el de sus conocimientos anatómicos y médicos, todo aplicado á un objeto tan interesante y trascendental como es la reproducción en materia inalterable de aquellos productos que la naturaleza nos ofrece para el estudio.

Cuando contemplamos esos fenómenos clínicos que se revelan á nuestros ojos por un conjunto de protuberancias y concavidades, de crudos colores y suaves matices, de informes masas y precisos contornos, manifestación plástica típica, elocuente fruto de alguna entidad morbosa que ilustra la inteligencia ganándola por los sentidos, pero que es imposible hacerla comprender ni aún con las más brillantes descripciones de la palabra ó de la pluma, entonces hay que convenir en que después del profesor que interpreta sabiamente y conquista para la ciencia aquella observación, nada hay semejante al hábil artista que, como robando á la naturaleza el secreto de sus fabricaciones, reproduce

con asombrosa verdad las alteraciones de forma para legarlas á la posteridad, convertidas en un perpétuo cuadro de provechosa enseñanza que se puede consultar á cualquier hora.

Y hay que advertir que si difícil es llegar á ser un modelador sobresaliente y un pintor de mérito, también lo es mucho el ser un escultor anatómico notable, porque este linaje de artistas requiere casar muchas de las brillantes facultades del modelador y del pintor con los conocimientos del médico, sin participar de las glorias, satisfacciones y beneficios de ninguno de estos, ó lo que es igual, requiere consumir una habilidad escultural acabada en copiar repulsivas monstruosidades y dolencias en vez de modelar gallardas concepciones de la fantasía; las dotes de pintor en imitar coloraciones de pústulas, llagas y flujos, en vez de imitar los hermosos tonos de la naturaleza, y aplicar los conocimientos médicos á la mejor interpretación de una pieza hecha de pasta en vez de aplicarlos al tratamiento del enfermo, resultando de esto que el individuo renuncia á ser pintor, escultor y médico, para convertirse en un sér híbrido, mezcla de todo á la vez y que casi siempre vive de un sueldo que suma hasta 8.000 reales con descuento, sin gozar la esperanza de que su nombre resuene en la posteridad, ni el estímulo de que sus obras pasmen en las exposiciones de bellas artes.

Este cúmulo de necesidades, trasunto de muchas virtudes y abnegaciones, explica el por qué son rarísimos los buenos escultores anatómicos, y por qué yo no me atrevo á conceder dicho nombre á la mayoría, por no decir á todos los que en tal concepto figuran en las facultades de medicina de España, algunos estatuarios de grandes merecimientos, pero á quienes faltan tres de las cuatro cualidades que indefectiblemente deben adornar á un buen escultor anatómico, con lo cual, dicho se está que sus trabajos no pueden responder cumplidamente al objeto que se destinan.

Y recuerdo á este propósito que cuando visité la escuela de medicina de Granada, al ver el escultor de

aquella Facultad entretenido en acabar un bonito busto de Calderón, *sacado* de una estampa, cuyo trabajo era el mejor elogio de su autor, pensé entonces que momentos antes y en el ya referido Museo había visto el magnífico busto de un caso de lepra, pero hecho en barro, y varios otros bustos, retratos de profesores que atestiguaban que aquel artista era un excelente modelador, un glorioso escultor, todo lo que se quiera menos un preparador de piezas anatómicas, un rival de Barreta, y es porque, como he dicho, para ser escultor anatómico no basta ser un buen escultor al natural, de igual modo que para ser un pintor de adornos ó de perspectivas no basta con ser un buen pintor de historia.

La escultura anatómica tiene un objetivo especial, y á poco que se repare adviértese que la técnica suya se diferencia extraordinariamente de la de la estatuaria artística, y esta es la razón por que en tanto los ministros de Fomento, rectores y decanos no fijen su atención en lo que debe ser un buen escultor anatómico, y procuren recompensarle con la largueza que merece, nuestros museos no tendrán piezas excelentes, ni se enriquecerán en los términos que lo hacen algunos museos del extranjero.

Y adviértase que si ha habido países en donde se hayan dado á conocer algunos escultores anatómicos buenos, el nuestro ha sido uno de ellos, pues basta una ligera visita por los museos de nuestras escuelas de medicina y contemplar esas figuras de cera, que en casi todas ellas y principalmente en las escuelas de Madrid, Cádiz y Valencia, se conservan, para reconocer que en España hemos tenido preparadores en cera tan notables cuando menos como los de Italia, pues declaro sin que me ofusque el amor patrio que no cambiaría muchos de nuestros ejemplares por los mejores de los magníficos museos de cera que he visto en Florencia, Bolonia, Pavía y otros puntos de la nación madre de las bellas artes. ¿Qué se ha hecho de aquellos nuestros consumados artistas? Yo lo ignoro. Por lo visto murieron sin

dejar discípulos capaces de seguir su honrosa huella, y es lo cierto que de tal modo decayó el arte entre nosotros, que no hace mucho habíamos concretado todos nuestros trabajos á los vaciados hechos con moldes de escayola, pintados á gusto del comprador, para cuya tarea el más adocenado artífice pudiera juzgarse listo después de recibir media docena de lecciones, y á esas otras reducciones de porcelana del Sr. Losada, magníficas y sin rival para adornar el despacho de un médico caprichoso; pero sin que apareciesen ya por ningún lado esas prodigiosas figuras de cera, algunas de ellas verdaderas obras de filigrana, ni esas reproducciones de cartón piedra del género de las de Anzous, ni esas imitaciones de pasta varias, en las que la habilidad y atildamiento del pintor procuraban suplir lo defectuoso del sistema, y que de vez en cuando se nos metían en España oriundas de allende el Pirineo. Solo el Dr. Velasco, obteniendo con su bisturí, sin rival para la disección, y su renombrada constancia, preparaciones frescas admirables, lograba moldeándolas en cola serias reproducciones de anatomía normal, de grandísimo interés para la enseñanza por su escrupulosa verdad, siquiera por su extraordinario peso, por la clase de su material, escayola, y lo defectuoso de su colorido, dejaran mucho que desear.

Hace ya tres años que la Diputación provincial de Madrid envió á París á D. Enrique Zofio, escultor anatómico del Hospital militar, con la comisión de estudiar lo que en la Exposición universal viera de notable, y el Sr. Zofio pudo quedar prendado de lo que allí existía y avergonzado del atraso en que se mostraba España.

Y entonces, como artista de fé y de pundonor, procuró estudiar, visitó varios talleres en París, entre ellos el de Barreta, quiso sorprender misteriosos procedimientos, compró piezas que deshizo y analizó, tratando de averiguar las composiciones de las pastas, la manera de mezclar el colorido, y aún cuando no se considerase un maestro, al regresar á su país, pasado el brevísimo tiempo que se le había concedido, pudo decir: «Me he

transformado; entre el escultor de hace dos meses y el de ahora, media un mundo de enseñanzas y otro mundo de deseos de perfeccionamiento; dentro de mi cabeza bulle el anhelo de una nueva vida artística; vamos á trabajar, pero siguiendo otro camino.»

Y el Sr. Zofio ha trabajado con ardor, y justo es decir que sus propósitos vanse realizando.

He visto las más notables piezas de su bonita colección de sífilis y dermatología, que se aproximan ya á ciento, y repetiré mi juicio consignado en el artículo ya referido. El Sr. Zofio ha logrado imitar mucho á la pasta de Barreta, de quien parece un discípulo aventajado, es un regular colorista, estudia y comprende las tintas y matices patológicos, reproduce bien las deformidades y excreciones, pero necesita todavía para ser un consumado maestro, que nuestro Gobierno explote sus notables facultades, comisionándole para estudiar durante un par de años en el extranjero y facilitándole cuanto necesitare para sorprender todos los secretos de la escultura anatómica actual.

Sin embargo, tal como es, el Sr. Zofio es un escultor al que juzgamos sin rival en su género dentro de nuestro país, cuyos trabajos comienzan á ser solicitados por los museos anatómicos de España, y del cual esperamos mayores perfecciones á medida que aumente su experiencia y su estudio, lo cual celebraríamos mucho, siquiera no fuese más que por lo que la enseñanza de la medicina ha de ganar con ello.

(*Siglo Médico.*—1881.)





CIENCIA Y ARTE.



ÚN cuando se aprecia de un modo evidente y es una verdad incuestionable que la terapéutica ha progresado y que hoy no nos paramos ante los mismos problemas que nos parábamos en siglos anteriores, de tal modo rechazan muchos los grandes estudios de la ciencia moderna, so pretesto de que no arrojan adelantos curativos, que hay que condenar de la manera debida y con la energía que requiere, esa tendencia á empequeñecer los adelantos de la ciencia y á eclipsar sus conquistas, preguntándonos siempre que un estudio preocupa la inteligencia: «¿y qué curaciones realiza?» la cual pregunta me hace el mismo efecto que cuando los espíritus generalmente metalizados preguntan siempre que se acude á su auxilio para dar vida y desarrollo á algunos de esos pensamientos que entrañan altas cuestiones de moralidad ó grandes perfeccionamientos del espíritu: «¿qué voy ganando?» y cuando aquello oigo, me pregunto, si el mé-

dico acude siempre con esta interpelación: ¿cuál es la que deja como exclusivamente suya, como egoísta y obligada de la humanidad que sufre, á ese enfermo para el cual no hay otra ciencia ni nada que le importe más que su alivio?

Yo creo, y creo firmemente, que una de las grandezas más incontestables de la medicina contemporánea es la de haberle hecho entender al profesor que su representación en la sociedad entraña una cualidad obligada, la del sacerdote de la salud y la del sacerdote de la ciencia, y si la primera condición le obliga á preocuparse de una manera fundamental de la curación ó alivio de sus enfermos, la segunda le obliga á comprender que la terapéutica no es más que la última etapa, como la última estación de una trayectoria, dentro de la cual el médico vive por y para el conocimiento de la verdad, y para la explicación racional y satisfactoria de aquellos problemas sobre los cuales no puede saltar con el mismo adocenamiento con que un lector impaciente al comenzar la lectura de una novela salta por encima de todos los capítulos y lee el epílogo, interesado en curiosear sólo el destino final de sus personajes.

Si nosotros los médicos queremos que la sociedad nos considere como hombres de ciencia y no como artesanos de la enfermedad, si queremos que los profesores de hoy no merezcan aquellos terribles sarcasmos con que Moliere, Voltaire y todos los hombres ilustrados anatematizaban los médicos de otros tiempos, si deseamos que para contemplar nuestra clase se alce con respeto la vista para buscarla en esas regiones privilegiadas donde moran las más altas concepciones del pensamiento humano, y no se nos busque con desprecio entre esas otras regiones donde rutinaria y maquinalmente se agitan los artesanos de las profesiones, es preciso que seamos hombres de ciencia con todas sus obligadas circunstancias, con todas sus preocupaciones y sus afanes, con todos sus remontados vuelos, todas sus dudas y todos sus errores, y es preciso que, con la grandeza de nuestros pensamientos, nos hagamos dignos

de tratar al más grandioso de los organismos, al organismo humano.

Yo no me cansaré jamás en esta lucha; cien plumas que tuviera las consagraría á tan noble causa, y aplicaría cien inteligencias y cien actividades, si Dios me hubiera dotado de tan fenomenal riqueza, porque creo que solo así dignificamos nuestra profesión, y que solo así la engrandecemos y colocamos sobre ese altar que representa el escalón más inmediato á la grandeza del Sumo Hacedor, sobre el altar de la ciencia. Renunciemos á esto, preocupémonos solo de la curación, desdeñemos como cosa baladí todo aquello que guía nuestro pensamiento ó tiende á guiarlo por los intrincados laberintos de la salud y la enfermedad, y pensemos entonces en qué nos diferenciamos del insoportable curandero, y con qué derecho vamos á despreciar y combatir esta pesadilla de nuestra práctica, cuando nos ocurran esos contratiempos tan frecuentes de que se cura en manos de ellos lo que nosotros no hemos podido curar.

No, no; basta ya de esos médicos burdos que creían que no lo eran si les faltaba el grueso anillo y el bastón con puño reluciente; basta ya de explotadores de la práctica; basta ya de ese tipo mil veces abominado del mal práctico, ese tipo que en las pequeñeces de su inteligencia y en las monstruosidades de su egoismo cree que el mundo es un pedazo de tierra muy grande que ha de desmoronarse en la misma noche del día en que él se muera; de ese médico que cree que todos estos pequeños puntos resueltos que la ciencia del día lanza al porvenir como germen de otras grandes soluciones, merecen despreciarse lo mismo que despreciarse merecerían esas semillas que el viento arrastra desde sus árboles productores á campos de otros horizontes, tan solo porque no hubiéramos de cobijarnos á la sombra de los árboles que desarrollen, ni de saborear los frutos que produzcan, cuando esta sombra y este fruto, son el patriotismo respetable, la herencia que legan los tiempos actuales á las generaciones del porvenir, y que yo creo debemos mirar con el mismo esmero con que

cuidaríamos de un miserable duro que, puesto á interés creciente, había de arrojar con los años un capital destinado á redimir al hijo querido de nuestro corazón,

(Fragmento de un discurso oral.)





MEDICINA FRANCESA Y ALEMANA.

(FRAGMENTO.)



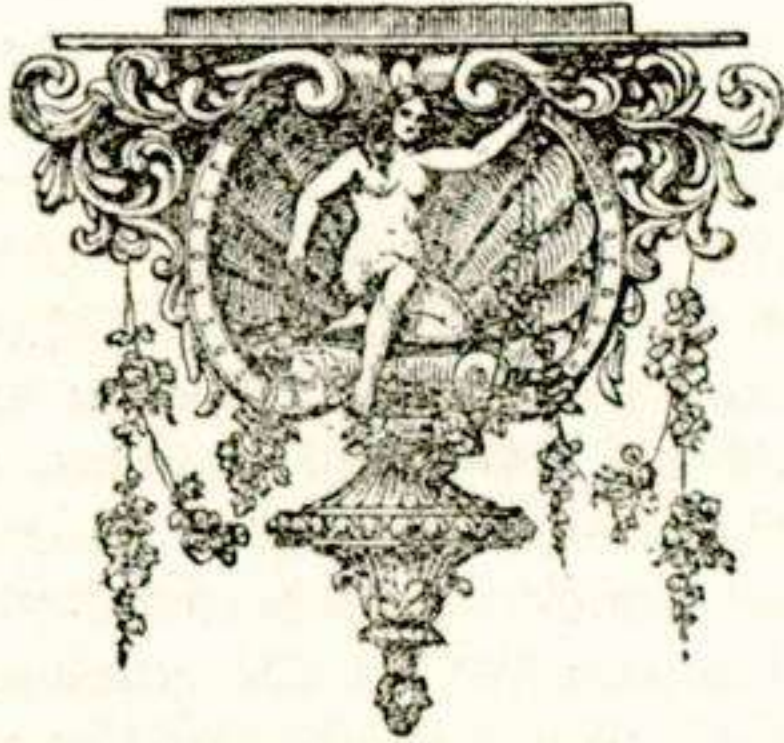
CREO que en los juicios comparativos sobre el valor productivo de Alemania y Francia, han de influir mucho el gusto del crítico y el punto de vista que cada cual escoja para apreciar el mérito científico de cada uno de ambos países, y creo por esto mismo que no ha de ser muy exacto en sus deducciones quien de una manera superficial y sin determinaciones particulares ponga frente á frente ambos países y quiera deducir el valor de cada uno con arreglo á un carácter determinado. Hablo así, porque advierto que Francia, que es la representación más significada de la raza latina, y Alemania que lo es de la raza germánica, no pueden compararse sin hacer ciertas salvedades, como no se puede comparar, por ejemplo, la opereta francesa, de música alegre, festiva, ligera, cargada de luz y de poesía, con la trilogía los *Nibelungen*, de música viril, robusta, marcial, estruendosa,

cargada de sonoridades; aquella, como una fiel fotografía de musa retozona que pulsa las cuerdas de la imaginación; y la otra como fotografía de un titán que parece recrearse en trasladar montañas, son entre sí lo que la frase que brota chispeante de nuestros andaluces, expresión abreviada que surge del cerebro al choque de una impresión, á la manera que las chispas de la piedra al chocar del acero, y lleva consigo todas las delicadezas del presentimiento y las marrullerías de la práctica, según dice un elegante escritor nuestro, es á la sentencia de nuestros españoles del Norte, pronunciada con lentitud y solemnidad como fruto de una larga experiencia, ó sumidad de un trabajo de observación prolongado durante años y años.

Francia es la representación genuina de esa raza latina que tanto ha glorificado la humanidad, y que tan grande parte ha tenido en el progreso; trabaja tanto ó casi tanto como pueda hacerlo Alemania, pero su trabajo es en general como esos paisajes que rodean á París, en donde el valle y la colina, el rayo del sol, la casita de contornos alegres y ligeros, y el arroyuelo que salta de peña en peña, muestran una naturaleza amena, risueña, accesible, que hace chispear la imaginación y parece que lleva á los descubrimientos por sorpresa, por centelleo de la fantasía, por inspiración divina, como cuando Galileo, viendo oscilar magestuosamente en Pisa la pesada lámpara, se dá un golpe en la frente y sale de la Catedral gozoso porque ha descubierto las leyes del péndulo; Alemania, por el contrario, como si reflejara en sus trabajos la grandeza mónstruo de aquellas montañas encrespadas, vestidas de los duros robleales, desde cuyas cimas nevadas se desprenden monótonas y ruidosas las grandes cascadas que se precipitan en los abismos insondables, y aquellos rios como el Rhin, de ancho cauce y de impetuosas corrientes, y aquel cielo oscuro, sin duda atestigua que el hombre ha nacido para el trabajo rudo y continuo, y que solo con paciencia y con esfuerzos se llega á la conquista de lo que se propone, porque la naturaleza no ha de cederle

sus secretos sino despues de haberse defendido hasta en la última trinchera de sus misterios.

¿Cuál de las dos son mejor? Yo creo que ambas son buenas, que ambas conspiran á un mismo fin, y ambas constituyen ese armonioso cuadro del trabajo humano, del cual debemos prometérnoslo todo.



1800

INSTITUTO SAN ISIDRO DE MADRID

INSTITUTO SAN ISIDRO DE MADRID

INSTITUTO SAN ISIDRO DE MADRID

INSTITUTO SAN ISIDRO DE MADRID

INSTITUTO SAN ISIDRO DE MADRID





BORRASCA.

I.

Los círculos médicos se ocupan con bastante calor en estos días de dos asuntos, que ya desde hace meses y con exacerbaciones más ó menos acentuadas, vienen siendo objeto de sus comentarios. Ajenos completamente á los intereses que ambos entrañan, sin otras relaciones con ellos que las que puede tener cualquier profesor á quien siempre afectan las cuestiones que incumben á su profesión, y que las que puede tener cualquier periodista, obligado á decir á sus lectores algo de lo que más conmueve al espíritu de la clase, sentimonos, sin embargo, embarazados para cumplir nuestro deber, altamente persuadidos de que es tan resbaladizo el terreno y tan extremada la susceptibilidad de las personas interesadas, que no ha de bastarnos cuanto cuidado y buen deseo pongamos, para evitar algún desliz que ofenda delicadezas que quisiéramos respetar. Y sin embargo, es lo cierto que los sucesos revisten tal importancia, y tan vivamente lastiman aun á los espíritus más despreocu-

pados, que fuera punible falta permanecer en el silencio, ahogando dentro del pecho la queja que brota de un sentido dolor, y callando por cobarde reparo lo que debe exponerse.

Nadie puede desconocer, y hasta los individuos más cachazudos, más prudentes y más benévolos lo confiesan, que el papel que viene representando uno de los cuerpos facultativos más distinguidos de la clase médica española, no es el más airoso ni es el más justo; que la clase entera contempla dolorida, y más que dolorida sonrojada con todo el sonrojo que sea capaz de mostrar, que ante la faz de Europa, ante la medicina de las otras naciones, muéstrase hoy la española postergada, temida y como no merecedora de una honra y de una confianza que en los países más atrasados recibe.

Dórese cuanto se quiera el hecho, disfráceselo con cuantas vestiduras se inventen, suavíceselo con una porción de considerandos y discursos capciosos, el hecho en sí, en su verdad, en su natural desnudez, será siempre el mismo y lo bastante para que la Europa toda, para que el mundo entero, para que nuestro país mismo se pregunte alarmado: ¿qué ocurre? ¿Por qué esa reprobación absoluta de toda una clase? ¿Qué nivel intelectual, qué género de ilustración, qué especie de sentimientos ofrecen esos miles de seres para que sobre ellos caiga de una manera tan escueta y tan dura, en la que ni siquiera se vela lo amargo del hecho con lo dulce de las formas, una reprobación semejante? Y si es verdad que los castigos son tanto más soportados cuanto más merecidos, ¿qué significa ese continuo sufrir, ese quietismo incomprensible en un país donde todas las gentes blasonan de quijotes y de hidalgos?

Confesamos con ingenuidad que ocurren en nuestra clase cosas difíciles de explicar y que no atribuimos á ninguna corporación particularmente. No la hay de piel más fina, de susceptibilidad más esquisita, de hiperestesia más exaltada cuando se trata de lo que con razón puede calificarse de pequeña dignidad. Basta que un cronista lance una frase de sentido dudoso, que un periód-

dico emita un juicio desagradable, para que el honor salga á la palestra y se reúnan las corporaciones, y todos sus individuos se dispongan á emprender cruzadas terribles contra el inofensivo ataque. Pero viene el choque rudo, serio, deshonorante, y todo aquel quiotismo desaparece, y todos aquellos bríos se calman y la grande dignidad pasa por cuanto es preciso pasar, y sigue impertérrita adelante, suspirando tan solo por que se acabe pronto aquel vendabal, aunque en el furor de sus sacudidas el lodo haya salpicado hasta la frente.

Sabemos bien que á las explosiones de una sana delicadeza se pueden oponer á veces los razonamientos prácticos de un sueldo que no se debe perder, de una categoría que es preciso conservar á toda costa, de un traje que es necesario vestir aunque su brillo aparezca deslustrado y de él se desprenda cierto perfume desagradable; pero la verdad es que nada nos parece de verdadero, de legítimo valor, mas que cuando lo contemplamos en quien no lo merece, ó en quien tras largos años de suspirados afanes consigue al fin la realización de sus dorados sueños, ó en quien por mezquindad de posición agárrase á su destino tan fuertemente como se agarran á la madera esos clavos que resisten sin aflojar los más tremendos martillazos dados sobre su cabeza; y si esto podría ocurrírsenos en cualquiera otra contemplación, no se nos ocurre cuando fijamos nuestros ojos en una personalidad de las más gloriosas de nuestra clase.

Cuando recordamos su brillante carrera científica, sostenida inmaculada como la de muy pocos profesores; cuando pensamos en los envidiables triunfos que en su dilatada práctica ha conseguido, suficientes para conquistarle una reputación europea y una autoridad de especialista de primer orden si aquella se hubiera desenvuelto en otro país que no fuera el nuestro; cuando asalta á nuestra mente la idea de los grandes beneficios que ha prestado y de ese acierto y de esa prudencia clínica que han hecho compararle con un Sydenham, y le consideramos inmóvil, formando con otros com-

pañeros una reunión de duelo, una plañidera de adversidades, en tanto que un neófito le suplanta y en el mismo campo de sus infinitas victorias le arrebató un triunfo que de derecho le pertenece; y cuando á la postre vémosle salir exaltado, ofendido, nos preguntamos: ¿hasta cuándo va á durar ese paseo por el camino de la amargura?

Sin embargo, hay que conceder la debida justicia á quien ya varias veces trató de romper las ataduras que le ligan á un potro de sufrimientos y no pudo conseguirlo; á quien lejos de encontrar en torno suyo quien le aliente y responda á su deseo, solo encuentra espíritus indiferentes, frios, tal vez encariñados con su posición, que se lo combaten; á quien, si dirige la vista en torno de la clase toda, ve ambiciones tan desnudas, y falta tan notoria de caracteres, que concluyendo por considerar sus desventuras como un sufrimiento obligado, ha de estimar preferible, aún para el decoro de la misma clase, el sacrificio suyo dentro que su reparación fuera.

Amantes nosotros de su prestigio, no sabríamos qué recomendarle como preferible: los intereses morales y materiales suyos ganarían sin duda más fuera que dentro; los de la clase quizá ganarían más estando dentro que fuera, dadas las condiciones que le rodean y las de nuestro profesorado. En esta desgraciada ambigüedad, nosotros nos limitaremos á seguirle con dolor por el difícilísimo camino que hace tiempo recorre, esperando llegue un momento en que el peso de la cruz que hoy lleva, y que en algún tiempo fué codiciada prebenda, se le haga tan insoportable que desoyendo consejos de unos y saltando por escrúpulos propios, dé con ella en el suelo y salga á todo escape, buscando esa querida libertad, esa productiva independencia que tanto valen.

II.

Lo que nosotros habíamos anunciado, lo que venía esperando la clase médica, lo que se prometían cuantos

sobre el asunto razonaban fría y desapasionadamente, pero con entereza y dignidad al mismo tiempo, ha sucedido al fin: el Dr. Alonso Rubio, presidente de la alta Cámara, se retira de ese importante puesto, al que había honrado sin embargo de lo muy honroso que es, y al que de igual modo había abrillantado, no obstante parezca que el brillo que ya de por sí despide es grande, y se basta para ofuscar á los seres de vista débil y espíritu vanidoso.

El hecho había de suceder, y no se ha privado de escasos sinsabores, y no se ha realizado poco ante el prestigio público el Dr. Alonso Rubio, al adoptar con la debida oportunidad la inquebrantable resolución que venía acariciando hace ya largo tiempo. De lo primero ha de persuadirle el recuerdo de todas las amarguras, de todos los contratiempos y de todos los acerbos ataques que contra su tranquilidad ha venido sufriendo durante los últimos meses; y de lo segundo, han podido convencerle, hasta el enternecimiento, todas esas felicitaciones, todos esos aplausos, todas esas elocuentísimas pruebas de entusiasmo, de cariño y de adhesión hacia su conducta y persona, que hace días viene recogiendo, lo mismo de parte de las clases médicas, que de los individuos más alejados de nuestra profesión.

Nosotros mismos, cuando hemos adquirido la certeza de la noticia, no hemos podido menos de sentir que palpitaba gozoso nuestro corazón al impulso de una de esas emociones inexplicables que brotan ante el espectáculo de una acción digna, heroica, levantada.

Cansados de ver nuestra desgraciada clase rebajada por mil odiosas abyecciones; sonrojados de contemplarla siempre sufriendo odiosas tiranías y desaires por debilidad y pobreza de miras; doloridos ante la contemplación de sus mútuas intrigas y de sus odiosas luchas, creíamos ya, que á manera de esos parias degradados por su miserable condición y sus incesantes castigos, había perdido todo el deber de la hidalguía y todo el orgullo de la dignidad, cuando hechos recientes han venido á comprobarnos que todavía existen individuos

cuyas acciones, irradiando sobre la profesión entera, obligan á exclamar con el espíritu rebosando de gozo: ¡aún hay clase!

Ante semejante testimonio de dignidad, *El Anfiteatro* se siente quizás hoy como nunca orgulloso de ser un humilde representante de la clase médica, es decir, de una clase que todavía cuenta en su seno varones de tan acrisolada rectitud y delicadeza, y tan perfectamente penetrados de las cualidades á que les obliga lo elevado de una posición en donde vienen como á reflejarse todos los méritos y todos los atributos de la clase entera á que pertenecen, que no vacilan en sacrificar pingües sueldos y fastuosos honores, primero que transigir con situaciones que dañan el prestigio de la profesión nacional.

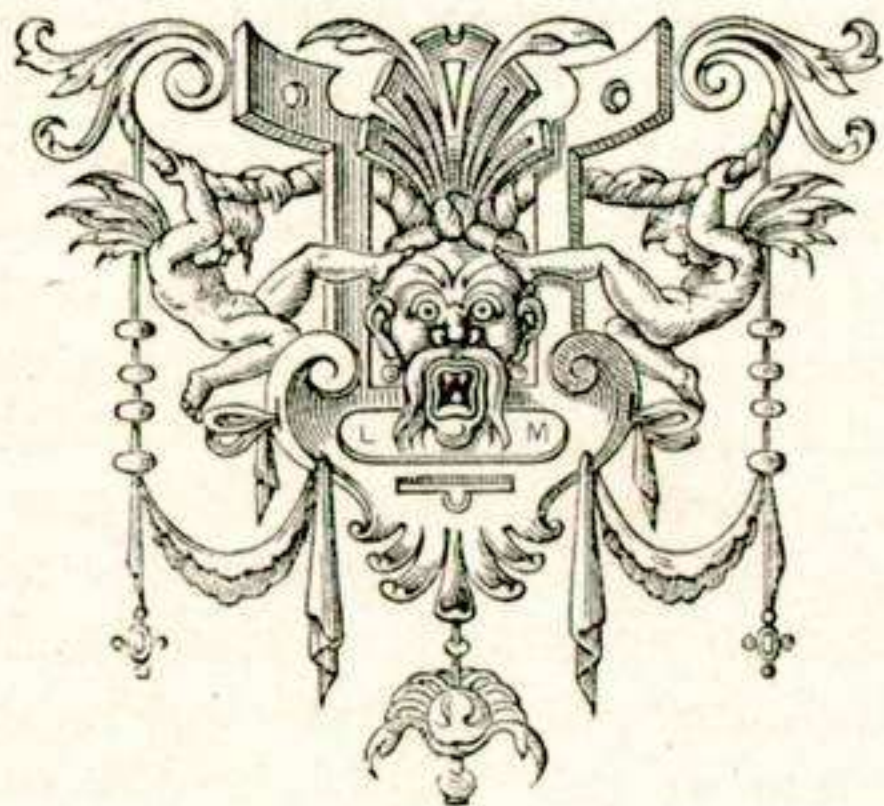
¿Qué destino cabrá á la real Cámara una vez perdido su glorioso presidente? Es cosa que ya no nos interesa por el momento, pero sí debemos profetizar su disolución, que ocurrirá más tarde ó más temprano, pero que ocurrirá al fin de un modo inevitable, porque no puede menos de estar atacada de muerte una institución que empieza por no responder cumplidamente á los adelantos de la medicina actual, los cuales han condenado de una manera absoluta é inapelable á los enciclopedistas, y porque es imposible que subsista una Cámara que coloca á los augustos miembros de la Real familia en la incomprensible y absurda situación de no poder ser tratados por el médico que sea más de su agrado, nacional ó extranjero, sin que surjan enojosos conflictos.

El Sr. Alonso ha salido solo, y no debe pesarle este aislamiento que concentra en él todo el prestigio, toda la honra de un hecho heroico. De hoy más en adelante la clase médica, salvo muy contadas excepciones, dirá cuando de su persona se ocupe:

—Ese anciano profesor, que fué un catedrático integérrimo, un autor ilustrado y un consumado clínico, que gozó de los más honoríficos puestos que tiene la profesión y siempre supo hacerse querer y considerar de todos sus compañeros por la entereza y severidad

de su carácter, por la delicadeza de sus sentimientos y por la magestad de sus actos, ha demostrado á todos cómo debe ser un verdadero sacerdote de la profesión médica.

(Dos artículos dirigidos al Dr. Alonso Rubio, presidente de la Facultad de medicina de la Real Cámara, antes y después de su dimisión, que determinó la disolución de este alto cuerpo. — 1880.)



de su carácter; por la delicadeza de sus sentimientos y
 por la pureza de sus actos, los demostremos a todos
 como ejemplo de verdadero sacrificio de la profesión
 médica.

Este primer volumen de la obra de
 la Universidad de Medicina de Bogotá
 es el resultado de un trabajo
 que se ha realizado en el



IV.

APUNTES, PERFILES Y RETRATOS



EN LA ANTESALA DE LA EXPOSICIÓN.

(ADVERTENCIAS AL LECTOR)

Amigo lector:

HE intentado formar una modesta galería de retratos con figuras médicas contemporáneas. Aun cuando algunas de ellas han rendido ya su tributo á la muerte, todas nos son conocidas, las hemos visto, las hemos tratado, forman en el capítulo de nuestros amigos, nos despertaron afecciones de distinta índole y tengo la pretensión de creer que cualquiera que se encuentre algo informado de los sucesos de nuestra medicina, reconocerá que en la galería aparece la masa principal, la más granada y distinguida de los profesores que tienen sobre sus hombros nuestra ciencia y procuran, á costa de algunos esfuerzos y sacrificios, llevarla adelante, ponerla si pueden en las alturas que ostentan la suya otras naciones más ricas y felices, y hacer que en último término, cuando cayendo al soplo de la muerte abandonen tan preciosa carga en hombros de sus inmediatos sucesores, se encuentre más allá del sitio donde la reci-

bieron, apercibidos de que tanto mayor será la gloria que habrán de otorgarles los siglos venideros, cuanto más camino hayan logrado recorrer.

No he querido hacer biografías, ni mucho menos he pretendido sacar retratos perfectos; sería demasiada tarea para un solo artista y para el poco tiempo que á empeño semejante he consagrado. Mi galería es desigual; tengo algunas figuras puestas con estudio y diré que hasta de mancha retocada; son muy pocas: la mayor parte suponen como unos cuantos golpes de carboncillo, ó unas líneas trazadas con energía y corrección diversas, á veces quizás con algo de sentimiento artístico, al menos con el bastante para dejar indicado el boceto fundamental de un retrato ó afirmar la colocación y movimiento de la figura, pero seguramente más á menudo con tal vaguedad y desacierto, con tan mal gusto y poca suerte, que no resultaría el parecido á no colocar encima el nombre. Pero dejando á otros que condenen mi torpeza, yo me prepararé á la defensa diciendo, como cualquier pintor diría en compromiso semejante, que son pocas las fisonomías que ofrezcan líneas tan suyas y conjunto tan individual que se las pueda encontrar y garantizar el parecido solo con unas cuantas pinceladas.

Nada más distante de mi ánimo, al publicar esta galería, que halagar la vanidad de algunos ni mortificar la de otros y bromear con caricaturas á nadie; pensamiento más noble es el que me ha inspirado, y si no lo realizo por completo, confío en Dios y el tiempo que algo de lo que me propongo he de conseguir.

Desde luego no tengo inconveniente en comenzar afirmando que en la galería he colocado las personas que más cariño, respeto, admiración ó envidia me producen. Ya el solo hecho de presentarlas aquí revela un tributo mío á su valer; quisiera que como único premio á esta deferencia, esencialmente espontánea, correspondiesen de su lado con otra, no tomando á mala parte observación que yo pudiera hacerles para conspirar á su perfeccionamiento, dentro de las modestas ambiciones que á mí se me alcanzan para bien suyo y para bien de

nuestra medicina, propósito fundamental de mis más pertinaces vigiliias y campañas.

Pido que se me crea sincero; al hacer mi exposición he procurado prescindir en lo posible de odios y prevenciones personales, torcidas influencias, muy lógicas después de todo, en quien, como yo, vive de la visita, y vive y se distrae con la pluma. Á quien he creído deber elogiar le he elogiado, sin parar mientes en los beneficios ó perjuicios que hubiere podido irrogarme, si es que conmigo tuvo trato alguno. Boceto hay hecho con gusto, en favor de individuo que comprometido en cierta ocasión á escribir la crítica de un folleto mío, le cogió, le miró y le tiró con desdén ¡ni siquiera me juzgó digno de su censura! á mí en cambio me satisface el recuerdo de los varios elogios que he tributado á muy modestos frutos de su inteligencia. He referido este hecho, quizás impertinente, para que se vea cómo he procurado liar y poner en el rincón del olvido todo amor propio, que pudiera inspirarme y aderezarme algunas travesuras, y por consecuencia, cómo he deseado ceñirme á lo que creo justo, es decir, á lo que en las paredes de mi conciencia está registrado, como esa verdad que uno no puede ocultarse á sí mismo, no obstante á veces trate de desfigurársela á los demás, por el arrastre de intereses y pasiones mundanales (1).

Tampoco pretendo haber incluido aquí por completo lo más notable de la medicina española; por muchos que fuesen mis conocimientos del personal médico nuestro, sería imposible comprender, bajo mi estudio, todos los profesores que trabajan en España, con razón tanto más poderosa cuanto debo advertir que he prescindido de informaciones, registros, consultas, cartas, etc.; he consignado lo que recuerda mi memoria, he presentado el movimiento de nuestra medicina tal y como aparece en mi pensamiento, sin un estudio ya apropiado; solo

(1) Sentiría que pruebas de imparcialidad se interpretaran equivocadamente por algunos interesados, con quienes me encuentro muy á mi placer mal quisto y deseo seguir así.

de este modo he podido escribir lo que sigue,—aparte algunos aprovechamientos—en poco más de un mes; y solo así, también, he podido responder al propósito de aventurar en pocas páginas de una obra que tiene carácter más general, el ensayo de otro libro donde ya con más abundancia de datos y con más conocimiento de estas y otras personas aquí no presentadas, se realizase y consignara un estudio que había de proporcionar gloria nada escasa á nuestra medicina.

¡Quién sabe si pensamiento análogo desarrollado á fines de esta centuria, abarcando la medicina y los médicos españoles del siglo XIX, podría permitir la creación de una obra que nos reivindicase un poco ante los ojos de esa Europa, tan desdeñosa con nosotros, y nos preparase convenientemente para realizar más fructíferos trabajos y empresas en el siglo próximo!

Desde luego anuncio una satisfacción que semejante tarea me ha producido; yo, zurrador inclemente de lo propio, no tengo reparo en advertir que, acerca de nuestro valer, me ha sucedido lo que al individuo que creyéndose miserable, tiende una mirada despreciativa en derredor de su ajuar y ve allí una peseta, acá un duro, más allá una pieza de cobre, al otro lado una moneda de oro, y reuniéndolo todo cuidadosamente en un montón, exclama con alborozo: «Verdad es que no soy un banquero, pero tengo un capital, aunque modesto; no soy el pobre que vive de la limosna; con mi dinero puedo hacer operaciones, puedo ayudar á que se mueva la rueda del comercio y puedo figurar en el concurso de los grandes cambios. Serán despreciables los que nada tienen, pero no lo son jamás los que tienen poco; manejemos con habilidad este poco y procuremos que se convierta en mucho.»

Tal es lo que me ha sucedido con este brevísimo registro; al principio creía no teníamos nada; después, separando, cogiendo y amontonando he visto que tenemos algo, y puesto que ese algo tenemos, deduzco en buena lógica que valemos algo también y que estamos en el principio de llegar á valer mucho.

Ser algo y hacer por que los demás utilicen y consideren este valer propio, son dos afanes que deben preocuparnos mucho á los profesores españoles y siempre con la suficiente imparcialidad para no engañarnos.

Con respecto al primero, muy cierto es que todavía nuestra producción científica es modesta,—ya lo he confesado,—pero igualmente cierto es que aún se nos considera en menos de lo que realmente somos. ¡Cuántas obras originales tenemos superiores á otras que traducimos! Calculo yo que en las conquistas de la ciencia somos nosotros, con relación á naciones como Alemania, Inglaterra, Italia, Austria y Francia, lo que exigua partida junto á los grandes cuerpos de un ejército organizado, lo que aquella modesta división española del marqués de la Romana era, por ejemplo, en la invasión de la Rusia á los apretados batallones de Napoleón I; lo que la pequeña división de Garibaldi en la guerra franco-prusiana á los tremendos cuerpos de ejército de la Francia; un poco, la expresión mínima de la guerrilla y de la escaramuza, si se quiere, pero en todo caso y bajo cualquier aspecto un algo que, cuando desfilen en solemne revista los combatientes, tiene derecho á formar entre filas y á recibir y escuchar la ovación entusiasta de la humanidad agradecida, personificada en las páginas de la historia.

Y después de sostener esto, que á un egoismo noble afecta y tiende á una reparación justa, forzoso es convertir los ojos á nuestras estrechuras y necesidades para tratar del segundo empeño con descarnada franqueza, con la crueldad con que el individuo sometido á bajas temperaturas y próximo á caer en el letargo que precede á la muerte por congelación, castiga su cuerpo para despertar la reacción que ha de fortificar su vida.

Y ya en este campo, aunque nos aplane toda ambición de ideales transformaciones, y por más que cueste dolor profundo el señalar y reconocer la verdad, hay que admitir que no presentamos aún las señales ostensibles de una nueva alborada. De la generación que ya desaparece nada hay que decir, sabemos todos muy bien

lo que dejan, que es muy poco, salvo el respeto debido á sus canas; y de nosotros, es decir, de la juventud actual, asimismo hemos de confesar que tampoco ofrecemos hoy por hoy más. Los espíritus serios y creadores; los genios de maravillosas facultades intelectuales y de grandes ardores para su explotación en el duro campo del trabajo, esos apóstoles que llevan encendida en su cabeza la inspiración de los predestinados, y castigan sus carnes con los tremendos esfuerzos de la propaganda apostólica, no existen, no, ni los vemos en parte alguna. Por la defectuosa repartición de las grandes dotes, que parece como si atestiguara un período, aún no concluido, de expiación para nuestra raza española, no observamos en rigor mas que aisladas tentativas, fulguraciones y destellos que solo difunden nebulosa claridad, nuncio de la aproximación de una alborada, pero que dista todavía bastante de valer lo que esas bellas manchas de rosa y púrpura que ya llevan inmediatamente tras de sí el día, y por consiguiente distan todavía mucho más, de valer lo que la espléndida luz del sol.

¡Ah! Necio empeño sería el ocultárnoslo á nosotros mismos. Si miramos nuestras cátedras, esos púlpitos de la ciencia que deben ser santificados por el acento entusiasta de la buena nueva, las vemos ocupadas *con demasiada frecuencia* por una turba de jóvenes descreídos y fatigados, sin noción de sus altos deberes y sin grandeza en sus aspiraciones; si miramos á nuestros centenares de hospitales, campos donde debían recojerse las primeras materias de la ciencia, encontramos sus enfermerías confiadas á profesores tan indolentes *en su mayoría* que, á título de prácticos, desdeñan la doctrina como por conjuro á las especulaciones teóricas, y por razón de sus arrastres de doctrina desatienden la clínica como por odio á las faenas de la práctica; profesores sin dudas ni curiosidades, que arrojan íntegros á la fosa los cuerpos corruptos que perecieron bajo sus planes terapéuticos, sin haber ojeado el libro de la autopsia ni haber escrito en el periódico la enseñanza por tales me-

dios adquirida, como si fuera lícito al hombre de ciencia; conservar el error cuando el cadáver nos invita á la sabiduría, y una vez esta adquirida, fuere permitido al médico guardar para sí la lección sacada con ese destrozo del cuerpo humano que una sociedad culta permite solo á cambio de recíprocas enseñanzas; y mirando á otra parte vemos además que las academias arrastran una marcha lánguida, desatendidas de las reputaciones, concretadas á una vida siempre perezosa y tarda para comenzar, siempre diligente y precoz para concluir, solitarios los escaños que al público se destinan, viciadas sus discusiones con discreteos de la facundia ó con osadías de la ignorancia, y vemos por doquiera á los jóvenes dando legalidad á su incuria bajo título de que solo por soberbia puede hablar ó escribir quien no recabó esas experiencias de la práctica que únicamente la madurez obtiene, y á los maduros en edad justificando su abandono porque no es dado á los cuerpos curtidos por los años el tener las diligencias y actividad de las mocedades, ni á sus cerebros el entusiasmo, la brillantez y el perfume de las primeras esperanzas... y de este modo, sin embargo de tantos miles de inteligencias consagradas á una profesión y encadenadas á un sublime deber, mintiéndonos y dañando á nosotros propios con frívolas excusas y desatinadas andanzas, marchamos siempre detrás de las naciones que debieran estar á nuestro lado, y vivimos cuando más esperando una redención que no llegará. ¡Ah! ¿cómo no sentir angustiado el espíritu de esta pobreza, cómo no castigar nuestra materia seducida por el pecado y preguntar también, según hace el penitente de todas veras arrepentido, á ese organizador de las alturas que traza á cada pueblo y á cada criatura sus destinos: «¡Dios mío! por qué nos tienes tan desamparados?»

Entre las personalidades médicas que he dejado de incluir en mi galería hay bastantes de provincias, cuyos nombres me suenan muy gratamente al oído, pero que por falta de datos he tenido que renunciar á tratarlas. Lo siento de todas veras, y espero no falte

ocasión de reparar este injusto silencio. Falta asimismo una porción de reputaciones dignas, muchas de ellas estimadas en Madrid. He desistido de presentarlas porque de tal modo embarazan mi pluma sus cualidades, que no sé cómo exponerlas. No contribuyen con productos suyos al adelanto de las ciencias, y sin embargo constituyen un requisito obligado para este desarrollo, porque con sus aficiones al estudio y su natural adoración á todo lo que representa adelanto, forman ese espacio, ese ambiente viable dentro del cual todo progreso es posible, y sin el cual todo esfuerzo de conquista sería estéril. Son como el campo fértil donde toman arraigo las semillas lanzadas por otros: con su respetabilidad, su buen juicio, su discreción, su apoyo, ganan en prestigio las ciencias, se implantan con solidez, el progreso es una verdad, se traduce en resultados fecundos, y el nivel intelectual común sube.

Citaré un ejemplo para aclarar mis determinaciones: ahí está D. Basilio Sanmartín. Siempre se le vé con gozo; es amable, risueño, nadie habla mal de él; le aprecian y miman por igual los que avanzan como los que retroceden, su ilustración de todos merece respeto, infunde alientos en la juventud que mira adelante, aplaude su fé y la considera y guarda cordial afecto, atiende y honra á los que miran atrás; lee en los periódicos los adelantos del día, cree en el progreso y deposita su voto siempre favorable á él. Como éste hay algunos: son caracteres en tal grado apreciables, que al distinguir en la calle que van por la acera opuesta, nos apresuramos á pasar el arroyo para saludarlos, y damos tregua á las prisas propias para gozar la dicha de acompañarles un rato.

Es muy parecido al anterior ese elemento jóven—de ideas sus individuos aunque no lo sean tanto por la edad—de linaje batallador, que crea la atmósfera antes dicha y ayuda en los periódicos, en las academias, en los trabajos de hospital, en los cursos libres que dan, en sus conversaciones y hasta en sus escaramuzas de café... á combatir la rutina y el atraso. No es posible

citarles á todos, ni me sería fácil presentar sus retratos, porque *ó no han producido lo suficiente, ó yo no los conozco lo bastante* para acometer la presentación de su individualidad. Recuerdo ahora entre esta pléyade inteligente de Madrid, por ejemplo al Sr. Iglesias (Don Manuel), alma de la Real Academia de Medicina de Madrid; á los Sr. Mariani, Rivera, Tapia, Francos, Saez Domingo (hermanos), Montes, Escribano, Oliván, Llord y Gamboa y otros, de la Academia Médico-Quirúrgica; á los Sres. Alarcón, Fernández Velasco, Rubí, Urrecha, García Teresa (D. Félix), Cospedal, Sarasa, Horno, Torres Fabregat, Sancho Martín, de la Sociedad Ginecológica Española; los Sres. Villafranca, Armendariz, Hernández Silva, Negro, Manzaneque, Moreno, Gurucharri, Bonilla... de la Sociedad Hidrológica Española; al Sr. Novella de la de Higiene. Recuerdo asimismo, entre los que dan cursos libres y brillan por sus producciones periodísticas, traducciones, folletos... á los señores Avilés, Cuesta (D. Favila), Morcillo, Marvá, Torres Fabregat, Bablota Taylor, Díaz Pulido, Aguado Morari, Fernández Esnaola, Martínez Esteban, Benavente (hijo), Calatraveño, Vicente, Peña, Escuder, Rodríguez (D. Ambrosio), González Alvarez, López Cerezo; á los Sres. Salazar, Slocker, Carrasco... por sus cursos libres, y á los Sres. Lacasa, Sanz Bombín (de brillantes dotes que es lástima no explote convenientemente), Lázaro Adradas, Mendoza.

Tampoco he incluido en mi galería otra clase de celebridades de visita, prácticos por bueno ó mal nombre, que saludo, aprecio y tengo muy presentes en la memoria, porque ellos no corresponden á este campo, ni apetecen su entrada en él. Nada tiene que agradecerles la ciencia, nada tampoco la medicina nacional. De la profesión se han tomado lo más sencillo y lo que más produce: visitan y cobran; en cuanto á lo demás, pocos libros, poca cultura, resistencia á todo lo que es joven y nuevo, ninguna intervención en las academias, ninguna historia para cualquier periódico, que es como la limosna arrojada á esa hermosa necesitada, á esa crea-

ción cuyos gritos escuchamos siempre impetrandos auxilio, y llamamos ciencia: nada, absolutamente nada; encastillados en su egoísmo, viven para sí solos, advierten con desdén cuando no con censuras burlonas y malévolas el entusiasta movimiento de los demás, y bien seguro es que si el concierto de nuestra profesión solo tuviera una clase de recursos y este el de ellos, ya podría darse la medicina como muerta y perdida para siempre, y el nobilísimo afán del progreso como locura de imaginaciones pervertidas, y el sentimiento de la patria regenerada como escrupulosos alborotos de un romanticismo antidiluviano, y cuanto es desinteresado y hermoso, y cuanto es social y despide el espíritu sacudido por los sublimes ideales que le infunden la penetración de su verdadero destino en el concierto de la vida y entre las filas privilegiadas de la especie humana como sueños y geroglíficos de un cerebro castigado por extraña monomanía. No; esos son comerciantes del arte, comerciantes muy honrados y estimables sí—¡quién lo duda!—pero no merecen entrar en el templo; deben oír la misa desde fuera, desde la plaza, desde el terreno donde se comercia lo plástico, lo sustancial, lo tangible; donde solo hay un deseo y solo se escucha siempre la misma fórmula de transacciones: «*Toma una receta y venga acá un duro;*» siquiera esta receta sea un bofetón dado á la gramática, un atropello al buen sentido médico, y quién sabe si un disparo que surgiendo de un buen deseo camina entre las nieblas de la ignorancia y va contra la vida de algún infeliz mal confiado en vez de ir contra la enfermedad que sufre, de igual modo que el soldado aturdido en medio de la neblina de un combate dispara sin saber en qué dirección y mata al jefe que ha de conducirle á la victoria en vez de herir al enemigo que le ofende.

Necesito ampliar este concepto:

No pretendo que nadie haga más de lo que buena-mente puede y debe hacer. Nadie entreverá en lo que digo alusión á esos profesores materialmente imposibilitados de hacer otra cosa que visitar. Hay soldados

oscuros que son verdaderos héroes. En mis viajes, sobre todo más que en Madrid, he podido apreciar á muchos de ellos, especialmente en los partidos.

Viajando en este verano por Vizcaya, ví al cruzar una carretera, montado en un caballo de insoportable trote y en día de torrencial aguacero, un joven de aspecto noble y simpático, cubierta la cabeza con boina, arrebuñado en un impermeable, caladas las vestiduras y húmedo hasta los huesos; era un médico que venía de un caserío perdido entre cerros y marchaba á otro distante dos leguas de allí: el infeliz compañero se pasaba así todo el día, para ganar ocho ó diez mil reales en el año. Aquel tipo de abnegación y de heroísmo me conmovió. ¿Qué se puede solicitar de este apóstol de la medicina? Llegará por la noche á su hogar, tronchado de mil aflicciones y disgustos; rendido su cuerpo en el camino largo y fangoso, en la montaña abrupta, en los elementos que le maltratan con sus crueles manifestaciones; y abatido su espíritu en la incertidumbre del juicio médico, en las exigencias brutales y descorteses de ignorante rentero que le pide sea el curador breve y eficaz de sus enfermedades, y en el sufrimiento de un ejercicio resistido á solas, sin el apoyo de otros compañeros que justifiquen la adversidad cuando ocurre y den garantías al consejo que dispone, siendo el esclavo de ese amo rutinario que á veces aplaude y premia nuestras torpezas y á veces condena nuestros más excelentes servicios, nos apostrofa y hasta se arma de puñal y revolver para castigar en el médico sus locas aprensiones. ¿Qué pedir pues á este desventurado profesor? Para él no tengo mas que una frase; quito de mi cabeza el sombrero y digo con respeto: «¡Héroe oscuro de nuestra práctica, yo te saludo!»

Pero colocad frente á él otros renombrados prácticos que ejercen en las grandes capitales, que cobran bien, que despachan su tarea en dos ó tres horas y han ganado quince ó veinte duros en ellas, que se abonan al café por la mañana, la tarde y la noche, y allí, en conversaciones largas y acaloradas, os demostrarán que

teniendo alguna visita no se puede ir á las academias, ni leer revistas, ni escribir obras. ¡Ah! yo sé que en el terreno de la burda legalidad establecida por los códigos escritos, estos individuos cumplen con su deber y usan de sus derechos, no cuidándose de más artes ni ciencias que la visita de sus enfermos, como yo médico de profesión, uso de perfecto derecho si en las bohardillas de la casa donde habito yace postrada de necesidades y dolores una miserable criatura y desdeño el asistirle; pero en ese código nunca escrito de los altos deberes sociales y humanitarios, de seguro que habrá quedado infringido algún artículo de imperiosa ordenación.

Y como lo que no es bueno, resulta de ordinario que por sustitución maldita viene á convertirse en malo, esos individuos pretenden aquí, donde gozan de más osadía que en otros países, esterilizar nuestros afanes y ahogar nuestros gritos, haciendo entender que no servimos para la práctica los que nos cuidamos con tanto esmero de la doctrina y aspirando á desempeñar el papel de zánganos, que esperan les entreguemos maduro y accesible el consejo, en fuerza de mil trabajos adquirido, para ellos recojer después el beneficio que de su tosca aplicación resulte. No; á esos hay que marcarlos y ponerlos en evidencia; su desatinado egoismo obliga á la defensa y hay que defenderse: nuestra ciencia exige conocimientos; hay que perseguir al ignorante y arrojarle del poder que usurpa.

Con buena gana de mi voluntad y contentamiento de mis inclinaciones, me hubiera ocupado de algunas personas que aun cuando sin notorio deslumbramiento, tienen un decoroso lugar, no solo en el concierto de nuestros médicos ilustrados, sino hasta entre los que gozan de algún renombre; no lo he hecho, sin embargo, porque la experiencia que me han dado los años que llevo escribiendo, y el conocimiento que de esas personas me han proporcionado alusiones y referencias de otras veces, me han convencido de que su delicadeza es tan extremada, y la susceptibilidad de sus engreimientos tan vidriosa, que no es posible pasarles de cerca el

aliento de la crítica sin que se quiebren ó se ofendan. Hay individuos que no pueden resistir la mota de observación, aunque vaya perdida entre grandes trombas de elogios; hay quien se revuelve hasta contra la alabanza si ésta no es tan grande como se cree merecerla, y hay quien olvidando el respeto y estima que se debe á la solícitud y buena intención del que espontánea y generosamente se impone la tarea de abrillantar su figura, reconviene desatento al que solo debía gratitud: decididamente tratándose de tales caracteres lo mejor es no tocarlos: cuando lean mis escritos y adviertan algunos que de ellos no me ocupó, ni lo juzguen descortesía ni ignorancia ó menosprecio de sus merecimientos; mírenlo solo como un acto de respeto á sus delicadezas: he temido maltratarlos, á pesar de mi buena voluntad, y he querido ahorrarles el disgusto de mi poco acierto y de mi torpeza. Diré, sin embargo, á los lectores, que aun siendo varios en número, su ausencia no quebranta el efecto general, ni el mérito patrio que pueda resultar de la composición de este cuadro, ó de la riqueza de esta galería.

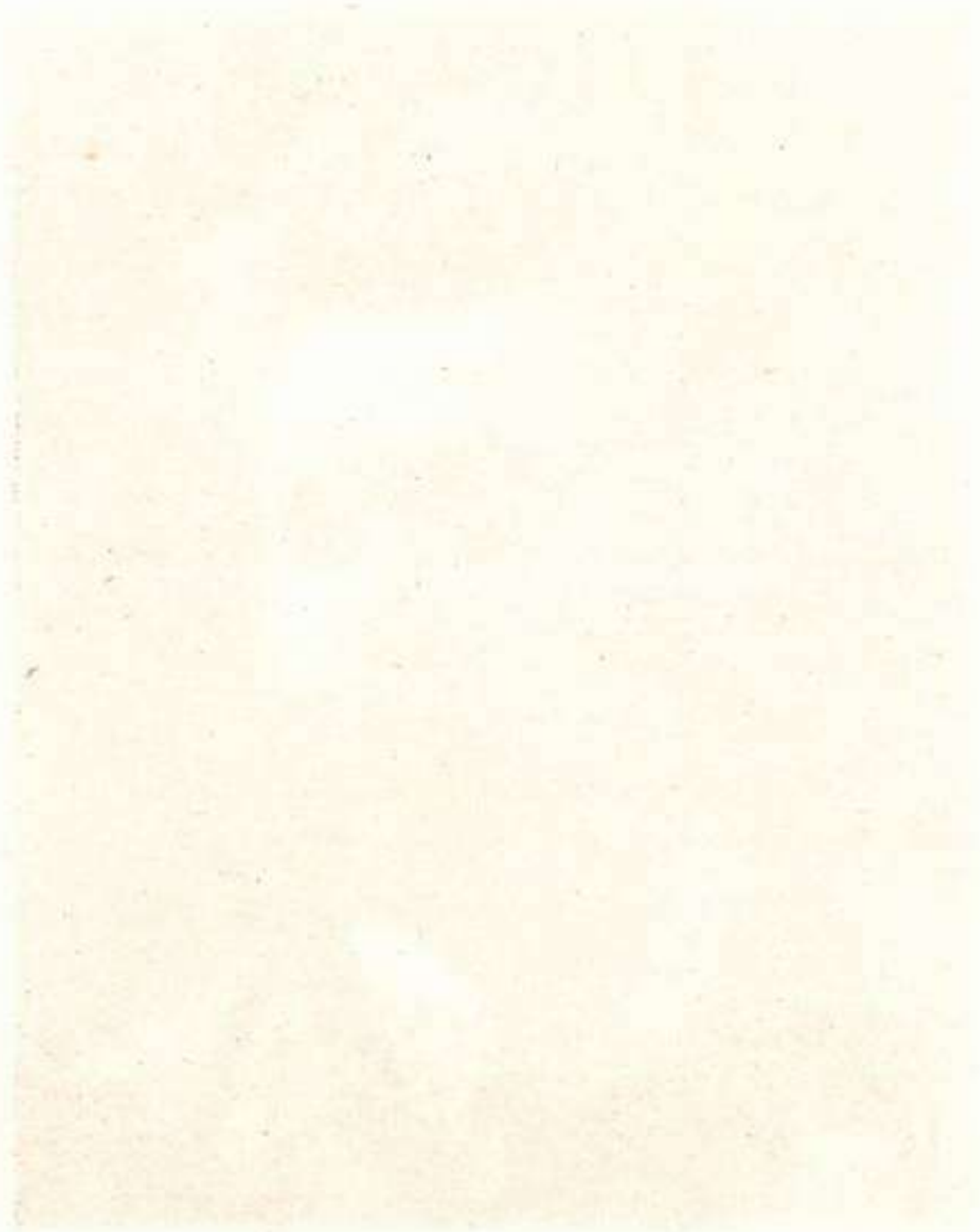
Y por último, no se oculta, igualmente, á mi franca y quizás muy desacertada solícitud, que habrá algunos señores, entre aquellos de quienes paso á ocuparme en la galería, que *sabiéndole á poco* lo que de ellos digo, crean no he tratado su figura con todo el detenimiento y admiración que á su propio examen se merece. Á estos descontentadizos y enojados compañeros, he de advertirles que he procurado ir en el aplauso un poco más allá de preferencia á quedarme corto; que he dado pruebas de mi leal y cortés acatamiento á sus méritos, colocándoles con absoluta espontaneidad donde he procurado poner á los que valen y consagrándoles líneas de mi pluma que no tenían derecho á pedirme, y que si más no he dicho de ellos, ha sido porque no se me alcanza cosa mayor de su grandeza, no porque ésta deje de ser superior de lo que yo indico; es decir, porque ó mi corta vista, ó mis escasos conocimientos, ó el poco trato con ellos tenido no me

han permitido pasar todavía de ahí. Denme pruebas que me digan á mí todo lo que á su conciencia aseguran los propios méritos reconocidos y no duden un instante, que al brillantar su figura, tendré la profunda satisfacción que experimenta el que solo desaría poder decir tanto y tan bueno de sus compañeros, que dieran envidia al mismo sol y asombro á los más preclaros genios médicos del orbe. Soy de los que no dudan de las eminencias de cualquiera; solo necesito que esos títulos de eminencias sean de los que me sirven á mí.

Por supuesto; sé—y concluyo ya—que no faltará quien diga: que si mis amigos (¡á cuántos he dejado de citar con dolor de mi corazón!), que si la pasión, que si mi falta de autoridad... pero ¡quién escribiría nada si á estas razones atendiese!

Armame, pues, de paciencia, lector, y cogidos del brazo, pasaremos al salón en donde por orden inicial de apellidos te hablaré de los profesores siguientes.







Dr. Aguilar y Lara.



AGUILAR Y LARA. (D. JUAN)

TUVE el gusto de conocerle personalmente y de tratarle cuando se presentó en Madrid para conquistar en buena y honrada lid, una cátedra de fisiología. De antemano le conocía por sus escritos. Sabía que era un representante de la juventud dorada de nuestra medicina, un espíritu laborioso y emprendedor, una inteligencia cargada de conocimientos, una voluntad firme, un profesor,—en fin,—honra de Valencia, de esa ciudad tan consagrada por su gloriosa y antigua Universidad y por las inmortales lumbreras que allí brillaron y pudieron dejar un nombre venerable en la historia de nuestra medicina.

Más bien bajo que alto, seco de carnes, pálido de color, de barba negra y mirada enérgica, acusa su rostro, abatido por las vigiliass y las faenas, una de esas vidas entregadas en absoluto á las grandes especulaciones de la ciencia, á la escritura, á la explicación, á la visita, á trabajar en todos los campos que reclaman el laboreo del médico. Sus *Cuadros sinóptico-descriptivos de fisiología humana*, su obra acerca de la *Nueva cirugía an-*

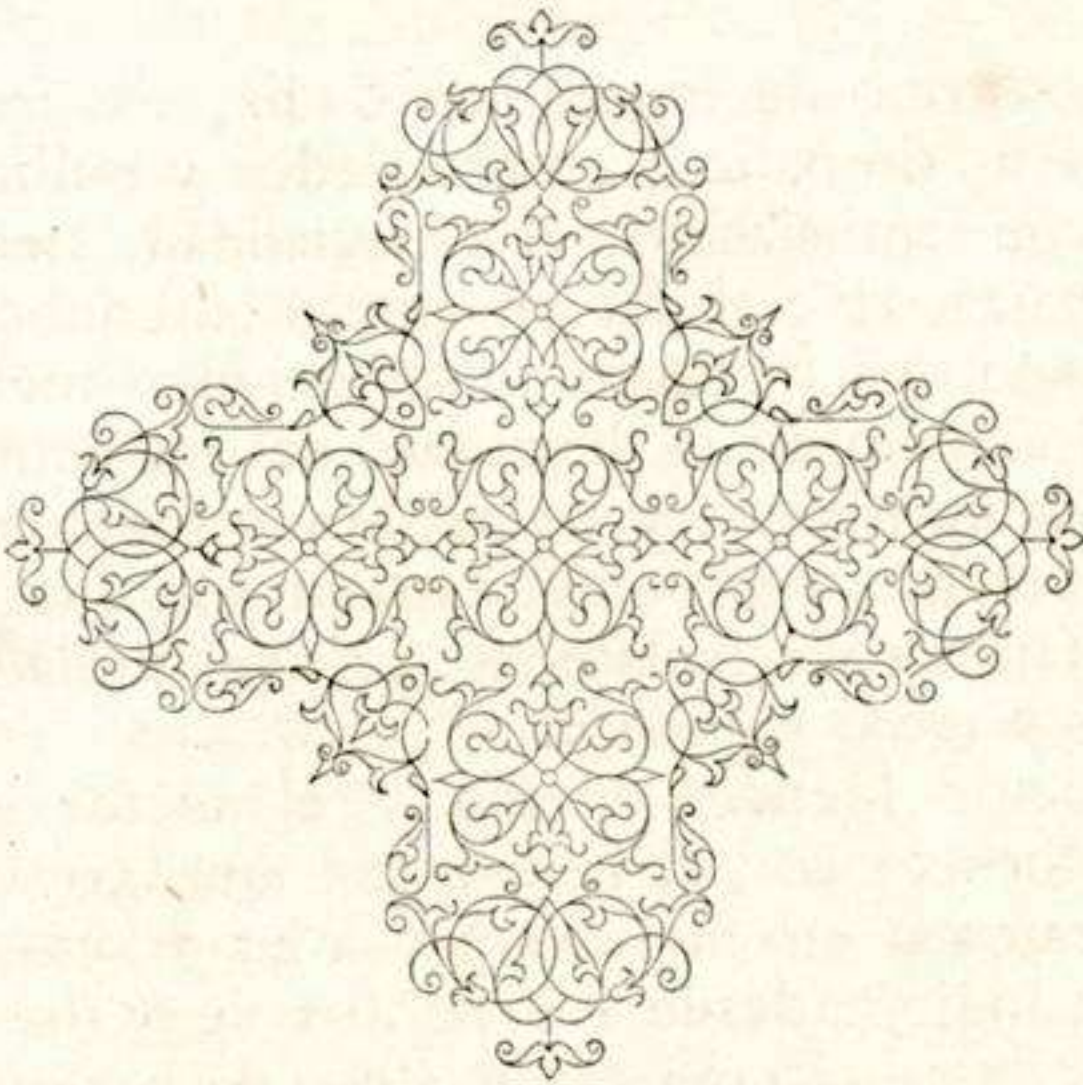
tiséptica, su otra obra acerca de los *Tumores*, sus numerosas traducciones, sus escritos en la *Crónica médica*, cuyo periódico dirige, su reputación en Valencia son los testimonios indestructibles y potísimos que pregonan un notable valer.

Por eso cuando le vimos mal juzgado por un tribunal que—no quiero ocultarlo—me pareció que en su mayoría había atestiguado con las adocenadas preguntas que colocó en el bombo,—único medio de comprobar los alcances científicos de un tribunal,—que desconocía la asignatura sobre que iba á juzgar y apreciaba mezquinamente la grandeza de la fisiología; y le vimos obtener un número que, si no la oposición misma, rechazaban los gloriosísimos antecedentes del Sr. Aguilar, no pudimos menos de sentir un grito de indignación en el fondo de nuestra conciencia y exclamar doloridos: «Infelices de los que sin otras armas que sus conocimientos y su honradez vienen á sufrir el desdén de esos tribunales, constituidos Dios sabe de qué manera y movilizadas Dios sabe por qué influencias.»

Ha sucedido una vez más lo que tantas otras; ¡quién se escandaliza de eso! Verdad es que el espíritu recto y severo se siente algo molestado, pero fuerza es conjurar esta molestia, pues que no siempre está en nuestras facultades el dar satisfacción á nuestros deseos, y por eso aquí nosotros, jueces también á nuestra manera, proclamamos con toda la fuerza de nuestra convicción, no mistificada por interés mezquino alguno, los grandes títulos que tiene el Sr. Aguilar para nuestro aplauso y nuestra admiración.

Ciertamente que en la brillante plana de nuestras reputaciones médicas actuales, ocupa el Sr. Aguilar un puesto glorioso que se ganó con sus propios méritos, no con el padrinazgo de deudos ó paisanos. Ni las exaltaciones de nuestra adhesión, ni los conjuros de extraños odios, podrían desfigurar un momento su legítimo valer; cuando alguien, con acento desconfiado, pregunte lo que nuestro amigo vale y lo que representa, podrá ofuscar la cabeza del curioso interpelante

arrojando sobre él los tomos de sus producciones científicas, diciéndole al mismo tiempo: «Toma, y ahora presenta tú lo que te debe la medicina y los testimonios de admiración que te debemos los demás.»

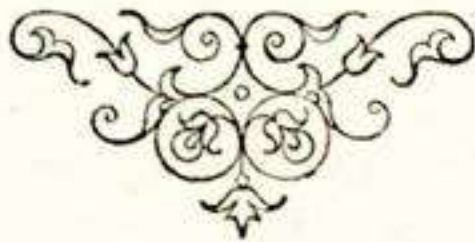




ALCINA. (D. BENITO)

CATEDRÁTICO de higiene en Cádiz, es un profesor joven, simpático, emprendedor y bullicioso. Ha cogido con entusiasmo su especialidad, tiene suerte, sabe trabajar, vive al día en punto á conocimientos, ha montado una torre de observaciones meteorológicas en el edificio de la Facultad de Medicina, dirige una revista de higiene y ha publicado folletos, un atlas sobre el cerebro y una obra extensa sobre la especialidad que tan aprovechadamente cultiva, titulada *Tratado de higiene privada y pública*.

El doctor Méndez Alvaro y el doctor Rodríguez Méndez forman con él la trinidad que yo encuentro más consagrada en nuestro país á las grandes cuestiones de la higiene desde los puntos de vista médicos. Achaques de salud embarazan algo, de vez en cuando, al Sr. Alcina en sus trabajos. Deseamos vivamente, por egoismo de español, que su salud se afirme y su organismo se robustezca.





Dr. Alonso Rubio.



ALONSO RUBIO. (D. FRANCISCO)

FUÉ catedrático hasta su jubilación y de tal modo supo honrar la toga profesoral, que jamás perdió esa aureola de noble y profundo respeto con que los alumnos rodean á sus dignos catedráticos.

Tuvo una práctica extensa y afortunada y con la honradez del apóstol de la ciencia que se debe á la verdad de los hechos, tomó de ella, no lo que podía halagar su vanidad y engrandecer su nombre, sino cuanto podía ilustrar á la clase y servir á la ciencia y lo consignó sencillamente en libros que han servido de consejeros á muchos de sus comprofesores en los trances apurados de la práctica de los partos.

Fué académico, y cuando tuvo el deber de hablar, dejó oír su frase correcta y aforística, siempre digna y respetuosa, exponiendo cuanto sabía en materia de doctrina y cuanto opinaba en materia de conducta.

Estas tres manifestaciones de sus aptitudes, la palabra, la pluma y la práctica, crearon su fama, y de triunfo en triunfo, le elevaron á las alturas á donde solo llegaban poco há los privilegiados de la suerte, al puesto olímpico de la vida profesional, á la presidencia de los médicos de la Real Cámara.

Cuando ya abrumado su cuerpo por los años y maltrato su espíritu por las fatigas de una vida profesional, larga y laboriosa, parecía de obligación que se entregara al reposo y al goce de las prebendas en buenas lides conquistadas, prestó á la profesión y á la ciencia dos servicios gloriosísimos que engrandecieron inefablemente su envidiable prestigio.

El deseo tan inquebrantable como respetabilísimo de S. M. la Reina, de ser asistida exclusivamente en sus dolencias y en sus partos por un médico compatriota, colocaba en situación claramente desairada, á la Real Cámara por los derechos de su constitución, y á su ilustre Presidente por ser un tocólogo afamadísimo, el primero de los tocólogos españoles.

¿Qué hacer? ¿Qué resolución seguir? Dentro de Palacio, donde las complacencias y adaptaciones constituyen norma de medro para un buen cortesano, oía los consejos y sentía las influencias que le recomendaban transigir con todo; fuera de Palacio, donde agitan la atmósfera vientos de independendencia y de rectitud, oía ese rumor sordo de la clase médica española—de esa clase sin duda menos entusiasta, menos sabionda y envanecida que la de otros pueblos poderosos, pero más honrada, más pura y más hidalga que la de cualquiera—que elevaba hasta él su descontento, que enfocaba sobre su dignidad jamás mancillada la irradiación de la dignidad común, que protestaba á su manera contra la duda del saber y de la moralidad españolas que en dicha imposición veían muchas personas; y entonces el doctor Alonso Rubio, recogiendo este deseo común, contemplando en su persona toda la clase médica de su querida patria, firmemente poseído de que si algo valen siempre nuestras prácticas es por la hidalguía y la caballerosidad que recogieron de todos los tiempos, presentó irrevocable su dimisión y se apartó, no al bullicio de la cátedra, ni al negocio de la clientela, sino al oscuro retiro de su modesta casa. Poco después, el Gobierno, como á título de justa reparación, le nombraba Presidente del Real Consejo de Sanidad.

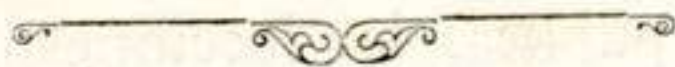
La caída del Presidente, arrastró consigo la disolución de la Real Cámara, institución defectuosa y tiránica; los Reyes quedaron en aptitud de hacerse asistir á su gusto sin lastimar intereses de clase, y el doctor Alonso, aunque despojado de su gran representación y sueldo, quedó divinizado por la gloria imperecedera de su abnegación y señalado por todos como una de las encarnaciones más hermosas y venerables de las grandes dotes que deben esmaltar la sublime figura del sacerdote de una profesión que es augusta y humanitaria por excelencia, la medicina.

—
El servicio científico lo ha prestado vigorizando la existencia de la Sociedad Ginecológica Española, cuyos trabajos y espíritu de fraternidad preside.

Y en verdad que si difícil es comprender la cariñosísima unión que existe en esta Sociedad científica, una de las más laboriosas y productivas que cuenta nuestro país, más difícil es todavía ver el entusiasmo sin igual con que todos sus socios honran y estiman las altas dotes de su ilustre Presidente, á quien de un modo solemne y por unanimidad declararon perpétuo en su cargo, como convencidos de que no hay persona que pudiera poner en duda la gloriosa supremacía que muy por encima de todos los demás socios coloca á quien como catedrático, como escritor, como académico, como práctico y como profesor, siempre digno en las tentaciones de la vanidad, supo convertirse en un admirable ejemplo que imitar.

¡Vejez gloriosa y admirable es la que tan grandes servicios presta, y muy digna de que todos la saluden con efusión y respeto!

—
Ha publicado varios libros: *Casos de distocia*; un *Manual de partos* para matronas; *Mi profesión de fé médica*; un libro acerca de *la mujer*; otro acerca del *hombre*; un libro *para mis hijos*; discursos, artículos y folletos políticos.





ARIZA. (D. RAFAEL)

DE la propia manera que el Dr. Olavide es el iniciador y representante más genuino de la dermatología en España, el Dr. Ariza lo es de la oto-laringoscopia, á cuya especialidad ha consagrado sus principales atenciones y desvelos, y por cuyo engrandecimiento y propaganda ha hecho y hace cuanto le es posible hacer.

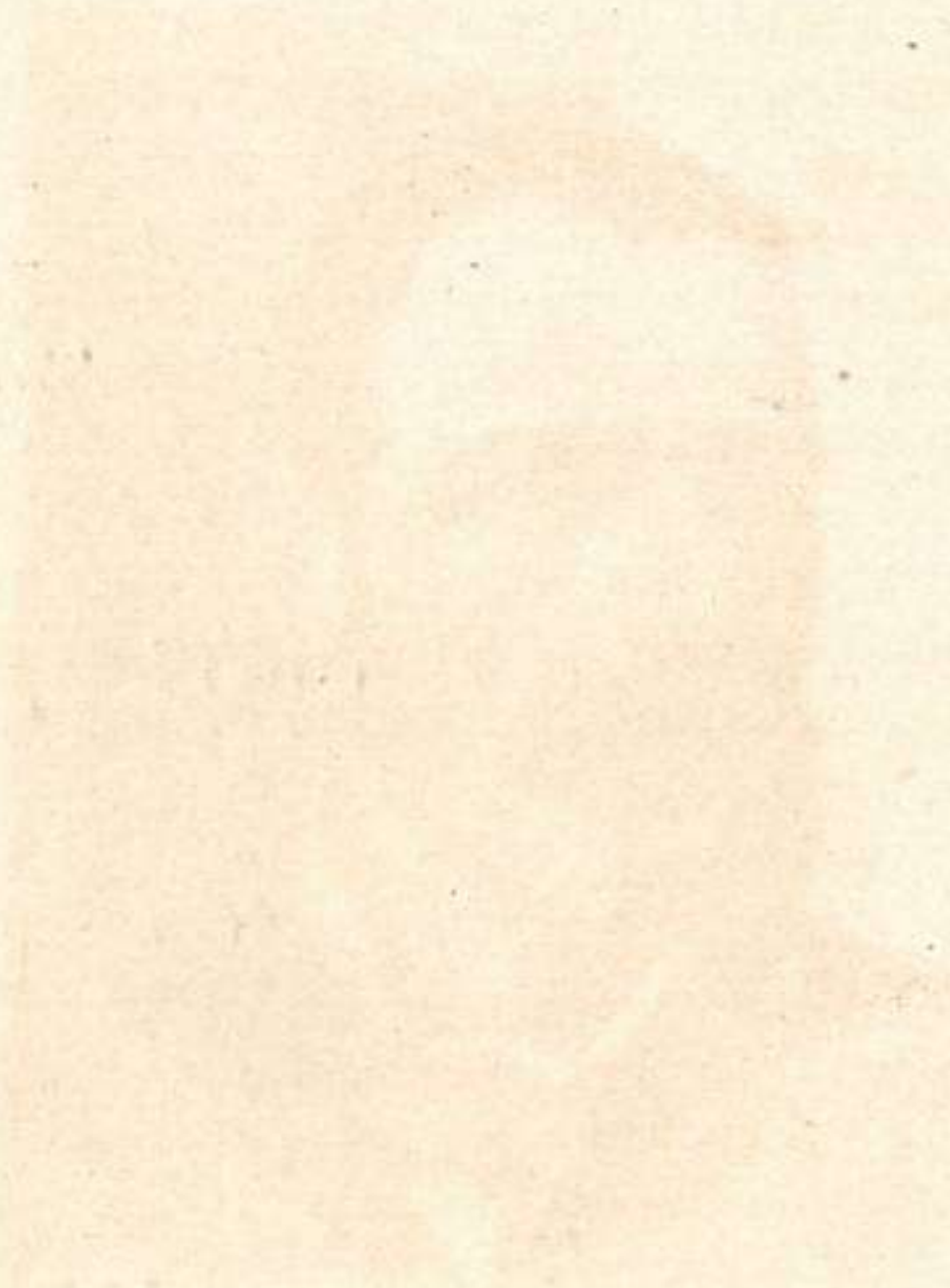
Ningún medio ha omitido; la pluma, la palabra, sus comodidades, sus intereses mismos, ha destinado al servicio de esta obra, mereciendo sus aficiones elogios tanto más entusiastas de nuestra parte, cuanto, al revés de lo que á otros sucede, ni ha conseguido ni se afana por conseguir esa recompensa fructuosa á que tiene muy legítimo derecho por su competencia y su actividad, pero que le falta, sin embargo, por ser su especialidad de las que atraviesan todavía en España el período de vaguedad y de bruma que precede á las organizaciones perfectamente definidas y viables, no obstante haya países como Alemania é Italia en donde á tal punto de adelanto y estabilidad han llegado, que se han podido crear cátedras oficiales para cultivar su estudio.

Su consulta pública, las lecciones que daba en su



Dr . Ariza y Espejo.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.



domicilio y actualmente dá en el Instituto de terapéutica operatoria, su representación siempre digna y gloriosa en los congresos internacionales de la especialidad y sus numerosas publicaciones, son las ejecutorias de una superioridad indisputable: hoy por hoy creo es el que mejor domina entre nosotros la técnica de esta especialidad, el que mayores triunfos ha conseguido en la práctica y el que más trabajos ha publicado, como lo atestiguan, entre otros muchos que pudiéramos citar, los siguientes folletos que en este momento recordamos: uno sobre *las parálisis laríngeas*, otro sobre *el laringismo gástrico*, otro sobre *la tisis laríngea*, otro sobre *pólipos auriculares*, sus notables conferencias sobre *técnica laringoscópica y casos clínicos de la especialidad*, que hacen un tomo de abultadas proporciones, y la respetabilísima serie de *observaciones, críticas, discursos, polémicas* y demás, encerrados en la revista de esta especialidad, que durante algunos años publicó en el *Anfiteatro Anatómico Español*, y que reunidos formarían otro tomo de numerosas páginas.

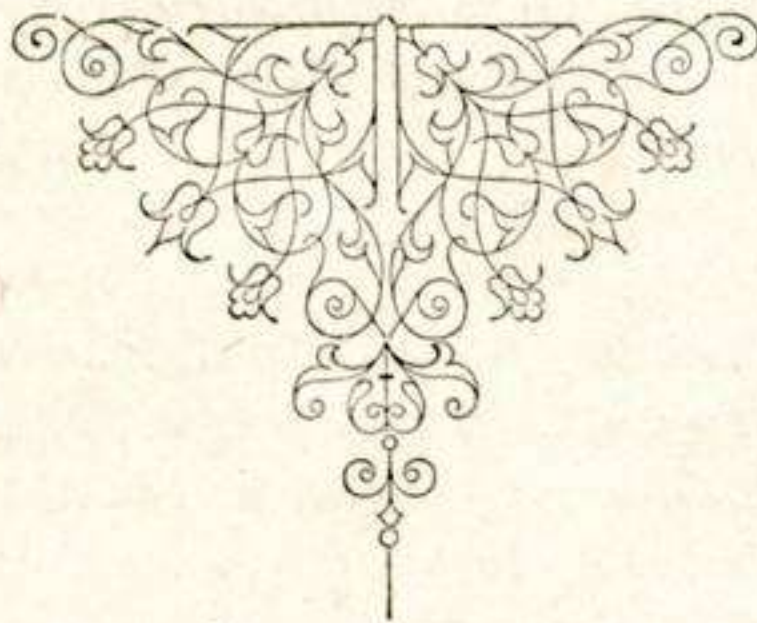
—

Testimonios de su nada común ilustración son también algunos más escritos que tiene publicados, varios de ellos coleccionados en folletos; recuerdo á este propósito varias interesantes y detalladas observaciones de histología patológica acerca de un producto calcificado de la matriz, leio-miomas, degeneraciones... y algunas de las cuales, como sucede con la primera, han servido para enriquecer obras nacionales sobre otros puntos de la medicina, según es fácil comprobar en la traducción de la obra de ginecología del Dr. Barnes, en la obra del Dr. Vidal Solaces, sobre los fibromas uterinos.

—

Indudablemente el Dr. Ariza, por su saber, por su amor á la enseñanza y por sus trabajos, siempre formando en la vanguardia de la ciencia, merece ocupar lugar muy privilegiado entre nuestras más distinguidas

celebridades médicas. Sus grandes méritos intelectuales se abarantan más con el desinterés y con otros bellos atributos que le distinguen. Es personalidad que he podido estudiar muy detenidamente y admirar en muchas ocasiones, y á la que considero con títulos valiosísimos para ser más conocida y apreciada de lo que es.





ÁVILA DE PEZUELA. (D. RAMIRO)

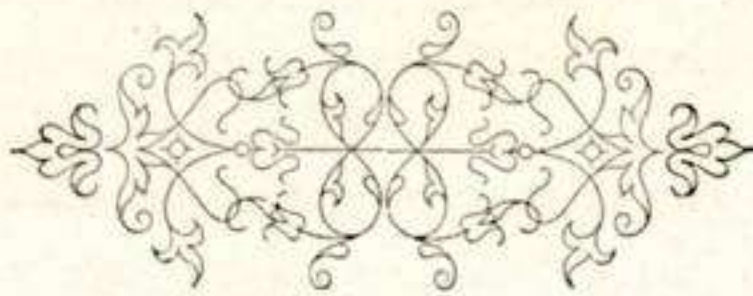
A hí te envío un articulejo.» — Esta frase, escrita con una letra garrapata, epileptiforme, arrastrada, con una letra, en fin, desesperación de los cajistas, era lo sustancial de muchas docenas de cartas que de este laborioso médico recibía yo al año, cuando dirigía *El Anfiteatro Anatómico*. Dichos articulejos participaban de todo; los había buenos, regulares y abominables, pero siempre revelaban un testimonio plausible, el amor al estudio y al trabajo de parte de su autor. Ignoro el número de los que publiqué, (una serie respetable), y el de los que dejé abandonados en el cajón de una mesa como original de desecho cuando desapareció dicho periódico: solo sé que entre todos sumarían algunos tomos. Ahora bien, calcúlese que con otros muchos periódicos ha hecho y sigue haciendo lo mismo el señor Avila, y díganme todos si no se tiene ganado con muy buenos afanes el que yo me acuerde de él aquí donde rindo culto principal á los que aplican su voluntad, su fé y su trabajo al cultivo de la doctrina médica.

—
Efectivamente el Sr. Avila de Pezuela, que es otro profesor de partido, como los Sres. Valera, Muñoz

(D. Eduardo), Vieta Canduras... pertenece á la clase de los escritores más virtuosos, de los que trabajan desinteresadamente y consiguen fijar la atención de los compañeros sobre sus productos elaborados en el modestísimo despacho de algún oscuro partido. Goces importantes de su vida, ya que no de los principales, son el ver consignadas sus observaciones clínicas y sus dudas en letras de molde y que corren por esos mundos de Dios en alas del periodismo, despertando el interés de otros miles de compañeros de ellos desconocidos; y satisfacen al ánimo, en verdad, esas discusiones que de vez en cuando sostienen en las revistas, sobre motivos doctrinales ó de moral médica, dos ó más compañeros que viven en puntos opuestos de la Península y que solo de nombre se conocen.

—

El Sr. Avila tiene publicados algunos libritos que no han tenido gran circulación.





BELLMUNT. (D. OCTAVIO)

Es de los profesores más autorizados que tiene la comarca asturiana. Vivo, emprendedor, de inteligencia clara, de ilustración extensa y de buen ojo médico.

Cuanto de notable se publica, otro tanto adquiere y examina: acepta con facilidad cualquier género de innovaciones y piensa con entusiasmo en el progreso de última hora, condiciones que le brindan á incurrir en el extremo de emplearlo todo.

Su despacho atestigua, en tal sentido, las tremendas oscilaciones de sus recursos, que son las de los esfuerzos de la medicina: Galeno, Annhemann, Burgraeve, Mattei... cuantas doctrinas y sistemas existen, otras tantas alzan allí su voz y se emplean en casos convenientes, es decir, cuando lo estima oportuno el doctor Bellmunt.

Su práctica es acertada, y sus alientos para el ensayo grandes; es de los profesores españoles que más pueden decir prácticamente sobre las inyecciones venosas de sustancias medicinales, y uno de los que por

este motivo han logrado hacer pasar su nombre allende el Pirineo, para ser registrado en obras de otros países.

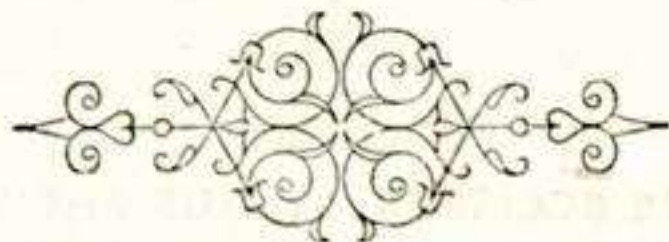
—

En una de las visitas que le hice, me proporcionó agradable distracción enseñándome variedades de infusorios y de parásitos microscópicos vivos, cultivados por él en criaderos de su laboratorio; de estos seres parásitos de los organismos animales, obtuvo por un procedimiento suyo bonitas colecciones fotográficas, en una época en que el estudio de los micro-organismos no tenía la importancia que hoy todos le conceden.

Si con estas aficiones, su habilidad y su amor al trabajo, hubiera vivido el Dr. Bellmunt en otra nación, su nombre valdría mucho más de lo que vale, porque seguramente le hubiera empeñado con gloria en el interesantísimo estudio de las enfermedades parasitarias; pues yo recuerdo haberle visto muy afanado en semejantes materias cuando todavía eran muy raras sus investigaciones, y nadie les concedía importancia en nuestro país.

—

Ha publicado varios trabajos, y merecen singular recuerdo uno sobre los *desinfectantes*, que premió la Real Academia de Medicina de Madrid, y otro sobre la *tuberculosis*, donde expone una teoría sobre la patogenesis de esta enfermedad, que suponemos habrá olvidado ya hasta su mismo autor. Es ingenioso y suele discurrir instrumentos, algunos de verdadera utilidad.





BENAVENTE. (D. MARIANO)

CASTELO y Benavente — ¡qué bonita pareja para hacer un paralelo detenido si el tiempo y la oportunidad lo permitieran! También como el primero ha sido el segundo redactor de *El Siglo Médico*; y aún continúa, quizás por deajo tradicional de pasados amores, un señor Benito Revana Mena escribiendo de vez en cuando en dicho periódico desde el año 57, artículos chispeantes y á principios de todos los Eneiros un *juicio del año*; y es fama por ahí entre muchas personas, que este señor, es íntimo de otro llamado Mas Bulimia y de otro Román Nevet, todos los cuales se parecen tanto al Sr. Benavente, que ni el mismo diablo los diferenciara, y tanto como se parecen las letras de un nombre á las de otro.

Tiene el Sr. Benavente marcadas aficiones literarias, y suele de vez en cuando ponerse al habla con las musas y salirnos con algún romance, quintilla, cuarteto, ó producción de este linaje.

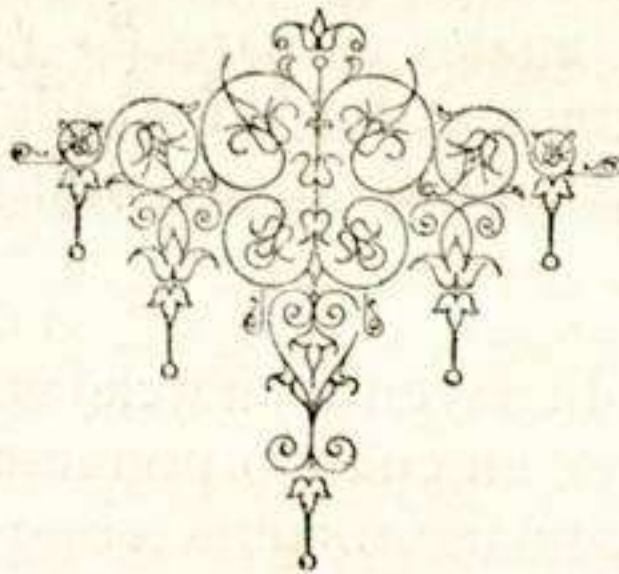
Ha contribuido con muy diferentes clases de trabajos á dotar á la pediatría, en Madrid, de un campo propio, y no ha sido escaso para dar cuenta de sus obser-

vaciones á la Real Academia de Medicina, á cuyas sesiones asiste con asiduidad nada común. Jefe facultativo de la Inclusa, podía, sin embargo, haber publicado trabajos más notables y obras más instructivas de las que ha publicado.

Privará con toda seguridad á la medicina nacional de una que le debe, y que podría causar muchísimos beneficios á las criaturas. Su título podría ser éste: *De la sencillez farmacológica en la terapéutica infantil.*

—

La época de su mayor fecundidad como escritor la tuvo desde el año 1857 al 1868, período de trece años, durante los cuales publicó multitud de artículos y estudios interesantes, la mayoría en *El Siglo Médico*. Sus trabajos acerca de la *hidropatía española en el siglo XVIII*; sobre los *cuidados que deben prestarse á la etiología en el tratamiento de las enfermedades nerviosas*; la contestación al discurso del Sr. Olavide para el ingreso en la Real Academia de Medicina sobre el *fitoparasitismo*; la *simptomatología de la rabia*; los *apuntes de consulta*, en verso, y otros varios que podríamos citar son los más notables. Reunidos todos, formarían un tomo de abultadas proporciones.





BUISSSEN. (D. SERAFIN)

Es individuo del cuerpo de Beneficencia municipal de Madrid, y me parece que una de las preseas del numeroso personal destinado al servicio que prestan nuestras casas de socorro.

Ha cogido uno de los pliegues de la medicina, se ha sujetado á él con firmeza y tira, tira, para hacerle tomar grandes proporciones entre nosotros; este pliegue es del manto de la terapéutica, y se llama la electroterapia.

Yo no diré que sea de los médicos de Madrid el que más sepa sobre este punto, que de estas afirmaciones absolutas debe uno andar más cuidadoso que de pisar suave en días de grandes nieves, pero sí diré que es el que con sus conferencias en el Instituto de Terapéutica, sus artículos en *El Siglo Médico*, la hermosa instalación que tiene en su propio domicilio, y la que no sin esfuerzos ha podido recabar del Ayuntamiento para la casa de socorro del distrito de Buenavista, nos ha demostrado al vulgo de los compañeros que es el que siente más cariño á esta naciente rama de la terapéutica, y la practica con más sujeción á los progresos que de día en día experimenta.

No es pequeña la cosecha de laureles para su gloria y de intereses para su provecho la que el porvenir le depara, si el Sr. Buissen se propone explotar las aptitudes que tiene para difundir y acrecentar estos estudios. Por lo poco que hemos podido escucharle, nos parece que su frase es de buen corte; y puesto que tiene palabra, no le falta inteligencia y le sobran recursos, de esperar es que prosiga con decisión y con entusiasmo el camino que ha emprendido, y nos proporcione en lo sucesivo ocasiones felices de aplaudir sus productos encaminados al bien de la ciencia y al de la clase, sin que por eso descuide aquello de que todos nos cuidamos un poco y que para no incurrir en vulgares resonancias no cito.





Dr. Del Busto .



DEL BUSTO. (D. ANDRÉS)

HA tenido la desgracia de poder hacerse millonario en un salto, y ha merecido del Vaticano un título de marqués; esta atmósfera de aristocracia y riqueza ha constreñido sus admirables dotes y le ha reducido á la oscuridad de un título cualquiera; casi le ha vulgarizado. Es una hermosa figura inhumada en un opulento sepulcro. Con su elegantísima frase, la belleza literaria de su estilo, sus privilegiadas facultades de escritor, su inteligencia fenomenal, lo singular de sus juicios sintéticos, el modo escogido como su espíritu, aun mostrándose exageradamente religioso, sabe informarse en los vigorosos latidos de la ciencia más moderna y adelantada, poniendo á veces—como sucede siempre á estos seres que colocan en posturas violentas su alma al pié de un altar de chocantes relumbrones, y su razón al pié de una ciencia positiva y batalladora,—en contradicción sus procedimientos y sus doctrinas, formando así uno de esos grandes contrasentidos que hacían decir á los antiguos escolásticos que la vida humana se reducía á un atadizo de afirmaciones y negaciones.

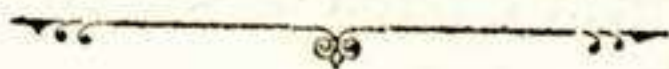
—
Si el doctor del Busto hubiera seguido siendo un ciudadano cualquiera y hubiera sometido á grandes ex-

plotaciones las riquísimas potencias con que á Dios plugo distinguirle, ¡cuántos y qué sabrosísimos capitales de medicina hubiera podido suministrar á nuestra literatura! Aristócrata por su talento, por sus maneras, por su ilustración, hubiera resultado uno de esos médicos que deslumbran con vívidos resplandores en el privilegiado teatro donde laboran los sublimes artistas del pensamiento.

Y tal fuerza de verdad hay en este juicio; de tal modo, y á pesar de sus doradas cadenas y prendidos, pesa en él la necesidad de mantener alguna válvula por donde se escape parte de la fuerza explosiva que engendra el violento funcionar de su envidiable cerebro, que no ha podido resistirse á los encantos de hacer oír su gratisima frase en la cátedra, ni al de prestar sus servicios médicos visitando dolientes, ni al de dar algún que otro desahogo á su pluma escribiendo ligeros trabajos, todos ellos como muestras ó retazos delatores de sus grandes aptitudes, y es de extraña contemplación el observar que por virtud de estas tribulaciones entre su cuerpo como fascinado por el sibaritismo de la aristocracia, y su espíritu estimulado y como fogueado por las grandes actividades del pensamiento, anda mi buen doctor visitando ricos y pobres, metido en elegante coche por esas calles, con corona de marqués en la portezuela, cochero y lacayo en el pescante y vestido siempre de frac.

—

Ha publicado algunos trabajos, que más sirven para dejar entrever su genio que no para presentarle desarrollado y con la grandeza que realmente tiene. Su extenso *Discurso de entrada en la Real Academia de Medicina*, una *Memoria sobre la celulación primitiva*, un *Proyecto de reforma de las clínicas de ginecología*, unos *Cuadros sinópticos de patología general, Patología quirúrgica y ginecología, Observaciones clínicas...*; y recuerdan muchos compañeros como campaña gloriosa de periodista, la sostenida por él cuando fué redactor de *La España Médica*.





BADÍA. (D. SALVADOR)

LE conocía ya bastante de nombre cuando tuve el gusto de saludarle personalmente en el establecimiento de Alzola, durante mi reciente expedición balnearia á las provincias del Norte. Es un profesor de talla regular, de fisonomía algo dura, barba larga, espesa y negra, y un aspecto general de extranjero que hace recordar su larga estancia fuera de España y sus relaciones estrechas con los alemanes. Su trato es ya afable y parece hasta dulce y sencillo.

Ha publicado multitud de trabajos; es uno de los que más han escrito en la bella ciudad condal. Recuerdo sus *Cartas médico-quirúrgicas sobre la guerra franco-prusiana*, cuya campaña hizo incorporado á las ambulancias alemanas; otro libro sobre *Un viaje á la Suiza*; ha traducido un *Tratado sobre tumores*, de Luecke, en dos tomos pequeños, y ha hecho campañas científicas en la prensa.

Sin duda que el doctor Badía ha sabido inspirarse en el amor al trabajo de los alemanes, é imprime á sus escritos, al par que un buen gusto literario, un notorio sello de adelanto. Merece las consideraciones de un buen soldado de pelea.





CARBÓ. (D. NARCISO)

Es catedrático de terapéutica de Barcelona; pasa ya de los cincuenta años y figura en Cataluña como uno de los profesores más ilustrados y laboriosos en el concepto científico. Atestiguanlo así sus discursos, sus artículos tan numerosos como notables, su periódico los *Archivos de Terapéutica*, su magnífico programa de la asignatura y su presidencia en la Academia Médico-Farmacéutica, testimonios que demuestran sobradamente que el Sr. Carbó, no observa con indiferencia el esfuerzo ageno para el desarrollo de la medicina.



Faint, illegible text at the top of the page, possibly a header or title.





Dr. Calderín y Calderín.



CALDERIN. (D. PEDRO)

Si yo no tuviera de la Sociedad Ginecológica Española otros muchos y poderosos motivos de aprecio, bastaría para despertarlos el haberme proporcionado ocasión de oír, conocer y apreciar en su justo valor á muchos distinguidos compañeros, entre los cuales incluyo como el primero al doctor Calderín.

El Sr. Calderín es uno de los socios más activos de la Sociedad y uno de sus profesores más estudiosos; no tengo reparo en decir que le considero como al tocólogo de más ilustración doctrinal de los que conozco en Madrid y como á uno de sus más acertados prácticos.

Su personalidad científica es característica; tiene rasgos propios, es analítico, desmenuzador, de investigación pudiéramos decir microscópica; hombre que se gasta de tal modo entre lo pequeño, que es capaz de pasarse una noche entera y una semana y un mes, si es preciso, para definir si en un parto la criatura ha realizado su movimiento de rotación, teniendo la presentación inclinada medio centímetro más á la derecha ó á la izquierda del eje central de la pelvis, para de esto sentar luego un principio de intervención mecánica.

Cuando en el curso de nuestras conversaciones me

habla de algunos de esos desmenuzamientos de sus cavilaciones, tiemblo, porque si he de seguirle necesito someter mi inteligencia á una tortura, al mismo esfuerzo de atención que necesita un míope para leer una de las caprichosas ediciones microscópicas que se hacen de las obras de nuestros clásicos. Por esto el Sr. Calderín dentro de la medicina me hace el efecto de uno de esos operarios á quienes en las grandes fábricas de relojes contempla el curioso visitante muy distraídos con la elaboración de una pieza que se desvanece entre sus dedos: sin duda que aquel trabajo requiere artistas *ad hoc*.

Dicho carácter se reflejó elocuentemente en un notable discurso inaugural que escribió poco há sobre los *últimos adelantos en las operaciones tocológicas y ginecológicas*. ¡Cuánto trabajo, y cuánta doctrina, y cuánta adquisición allí se encierra! Ni Tácito en sus *anales* es más sustancioso, más conciso y más pelado.

En pocas páginas, hay la síntesis de un tomo: aquel discurso debía leerse como los dómines señalan las lecciones de memoria, á trozos: cojer un párrafo y á digerirlo en un día, y caso de querer explicarlo á diluirlo en un folleto. Hé aquí el gran mérito y el gran defecto, todo á un tiempo, que para mí encierra su trabajo.

—

Su significación dentro de la Sociedad Ginecológica es interesantísima. Por su asiduidad, por su incesante y autorizada intervención en todos los debates, por lo ilustrado de sus juicios y lo erudito de sus exposiciones, figura como el primero. Tocológicamente hablando diré que si otros han parido la Sociedad, él la ha lactado: es decir, ha sido su nodriza de tanda.

La Sociedad le ha nombrado Vicepresidente. Nadie tiene más derechos que él á esa apreciable aunque modesta distinción, que gustosísimos y por unanimidad le otorgaron sus compañeros.

—

Hasta en los detalles de la práctica manifiesta el doctor Calderín los rasgos expresivos de su personali-

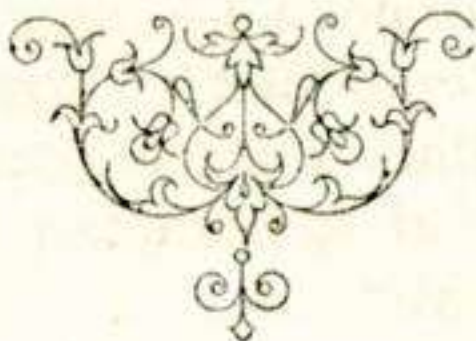
dad intelectual; hay en él algo de la cachazuda labor de la raza germana.

Su consagración á la especialidad ginecológica está perfectamente señalada por sus naturales aptitudes; trata á la mujer como se merece; es por naturaleza el médico más minuciosamente pulcro y atildado que conozco; es el coquetón del especulum.

El algodón puro y sin motas, el fiador con hilo de seda, la candelilla suavísima, el irrigador brillante, mucha minuciosidad y delicadeza, mucho orden y apuramiento; quince, veinte minutos, media hora de cura si es preciso, nada de agitación y celeridad... es, en fin, un metrotono que lenta y cadenciosamente va dando fin á su tarea, que como suya resulta de un gusto exquisito, y cuando más algo recargada por el exceso de su solicitud, pero no de una solicitud y amaneramiento artificiosos, estudiados y pertinaces, sino espontáneos, ingénitos y recabados por su propia idiosincrasia.

Este es su carácter. Dias pasados ví un hermoso dibujo comenzado por él hace muchos años. Era un trabajito de un decímetro cuadrado; una cabeza que resultaba primorosísima. Llegó á la mitad y no la prosiguió. Era de esperar. ¡Había gastado el trabajo de una composición monumental!

Decididamente el doctor Calderín llegará á disfrutar grande fama, y yo lo celebraré mucho, porque será una reputación acrisolada por el mérito, no soplada por la ofuscación del vulgo ó el capricho de la loca fortuna.





CALLEJA. (D. JULIAN)

BUENA figura, buena.

Doctor es de privilegiadas facultades y de grandes méritos; pero tiene además para ayudar al logro de sus aspiraciones, una suerte á pedir de boca.

Con estas circunstancias por fondo y una exquisita suavidad de procedimientos por forma (advierto que hay personas empeñadas en sostener que el Sr. Calleja tiene una fábrica de glicerina; yo no lo creo); va llegando á donde se propone y hemos de verle aún en muchas mayores alturas, si Dios le conserva la salud y su buena estrella en el grado que nosotros deseamos.

Porque eso sí, en punto á procedimientos no hay quien le aventaje en el aticismo y dulzura para el decir, y en las contemporizaciones para el obrar; cualidades que yo creo naturales en él, por más que las personas antes citadas se empeñen en sostener que se deben á un baño de la misma glicerina que toma todas las mañanas y con el cual se pone tan suave y resbaladizo que se desliza sin sentir.

—
Vino á Madrid por haber conquistado en reñida pelea la cátedra de anatomía, y apenas había tomado



Dr. Calleja Sanchez.

posesión de su cargo, fué nombrado decano de la facultad central de Medicina; poquito después le recibía la Real Academia en su seno y le encomendaba el claustro universitario la lectura de una de sus oraciones inaugurales; en cuanto pudimos apercibirnos de que visitaba, caminaba ya en su coche desempedrando vías; no hace mucho la Universidad de Zaragoza le nombró senador, y más recientemente el Gobierno, consejero de instrucción pública. ¡Me parece que es carrera!

No pasa desapercibida su estancia en el más respetuoso de los cuerpos legislativos; el Sr. Calleja, que se distingue siempre donde quiera esté, supo atraer sobre sí la atención general con motivo del proyecto de ley de Sanidad, en cuya confección, restauración, claveteamiento y defensa, trabajó prodigiosamente hasta el grado de creerse por muchos que las grandes tareas que se dió influyeron bastante en el desarrollo de la maldita enfermedad, que durante largo tiempo nos tuvo á todos en mortal zozobra, creyendo que iba á llevarnos una de las más finas perlas de nuestra medicina.

—

Tiene rasgos muy personales, y uno de ellos son sus perfiles de hombre diplomático. ¡Lástima grande en verdad que se haya dedicado á los plásticos negocios médicos, quien vino al mundo provisto de tan buenas dotes para distraerse con las filigranas, encajes y zurcidos de la burocracia gubernamental! Cortés, ceremonioso, de corrección intachable, siempre conciliador y risueño, de pronunciación muy atildadita y melosa, pero es que muy melosa y atildadita, de oratoria clásica, compostura académica y abundante masa doctrinal, es el Sr. Calleja de los individuos que podrán irse derechos al logro de sus conveniencias—y hace bien—pero que saben guardar las formas.

Nada de intemperancias y explosiones; nada de gritos y sacudidas; nada de retos descarados y frente á frente: sus lemas de combate y sus secretos para el

triunfo son la constancia, la labor, la paciencia y... la suavidad.

—

Es catedrático ilustrado y digno: sus explicaciones son brillantes y en su decanato comenzó la regeneración actual del Colegio de San Carlos; le tomó de manos de su antecesor, hecho una calamidad, y lo dejó en poder del Sr. Magaz, más que engrandecido. Su paso por ese difícil puesto debió ser un martirio: le tocaron épocas muy azarosas, de choques rudos y de situaciones ásperas, que no hubiera podido salvar, si hubiere carecido de su carácter ya citado.

—

Ha publicado trabajos interesantes; el más notable de todos es la anatomía descriptiva: obra extensa, tan apreciable por su doctrina, como detestable por sus condiciones editoriales.

Su influencia en los destinos médicos es grande y ha de serlo mayor aún. Siga Dios poniendo buena intención en su ánimo, actividad en su espíritu, salud en su cuerpo, y prosperidad en sus afanes, y no dudemos de que la clase y la ciencia tendrán que agradecerle algún día nuevos y valiosísimos servicios.





CALVO Y MARTIN. (D. JOSÉ)

HACE muchos años que viene siendo catedrático en la facultad central de Medicina, y ha escuchado sus explicaciones, por consiguiente, una gran mayoría de los profesores que hoy ejercen en España. La Revolución le hizo abandonar su cátedra, á la cual volvió luego de restaurada la dinastía de los Borbones.

Según refieren sus mejores cronistas, es un digno sucesor de los María López y los Salazares, aquellos genios abiertos y cascabeleros que asociando fácilmente un chiste á un detalle anatómico ó patológico, mantenían en alegre audición á sus alumnos; y presumo que algo de esto debe ocurrir, cuando observo en los actos que el Sr. Calvo preside que son pocas las veces que dice algo sin que despierte el alborozo y la hilaridad entre sus oyentes, manifestación de regocijo que él advierte con marcada tolerancia, si no es con verdadera complacencia, no de otro modo que si los escolares fueran hijos suyos y se hubiera propuesto conquistarlos por la zambra y la chacota.

Una síntesis ó rasgo muy expresivo profesional del Sr. Calvo, encontré yo en las siguientes palabras que crucé con él. Días pasados le encontré en una calle de

Madrid y como gusto de escucharle me puse á su lado. Un mozo cargado con una banasta venía ocupando toda la acera, y cogido mi alegre D. José entre la pared, un coche y aquel bípedo cargado, se paró, plantose heroicamente en medio de la acera, las manos metidas en los bolsillos del gabán cruzólas por delante del cuerpo, y esperó sereno con el rostro burlón y un aire provocativo, el final de aquel encuentro.

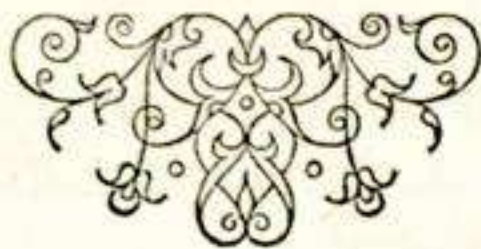
—Bravo, D. José,—le dije yo, una vez pasado el peligro.—Usted siempre tan valiente; ¿y qué hay de novedades?

—Nada, Pulido,—me respondió,—este es un país imposible; por más que yo quiero empujar, nadie se mueve; aquí no se puede hacer nada; no hay formalidad ni entusiasmo.

Así continuamos hablando y nos despedimos poco después. Pasados algunos minutos todavía iba pensando en mi buen D. José, en lo festivo de su carácter y en la poca formalidad y entusiasmo de los médicos españoles.

—

Ha publicado algunos trabajos, la mayoría de escasa importancia; solo merecen citarse un tratado de *cirujía ocular* y un extenso *programa de anatomía quirúrgica y operaciones*. Por lo demás, su influencia en los destinos y educación actual de nuestra clase es demasiado conocida para que yo la detalle.



Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in several lines and is mostly obscured by the paper's texture and color variations.



Dr. Canipá.



EL DR. CAMPÁ. (D. FRANCISCO DE P.)

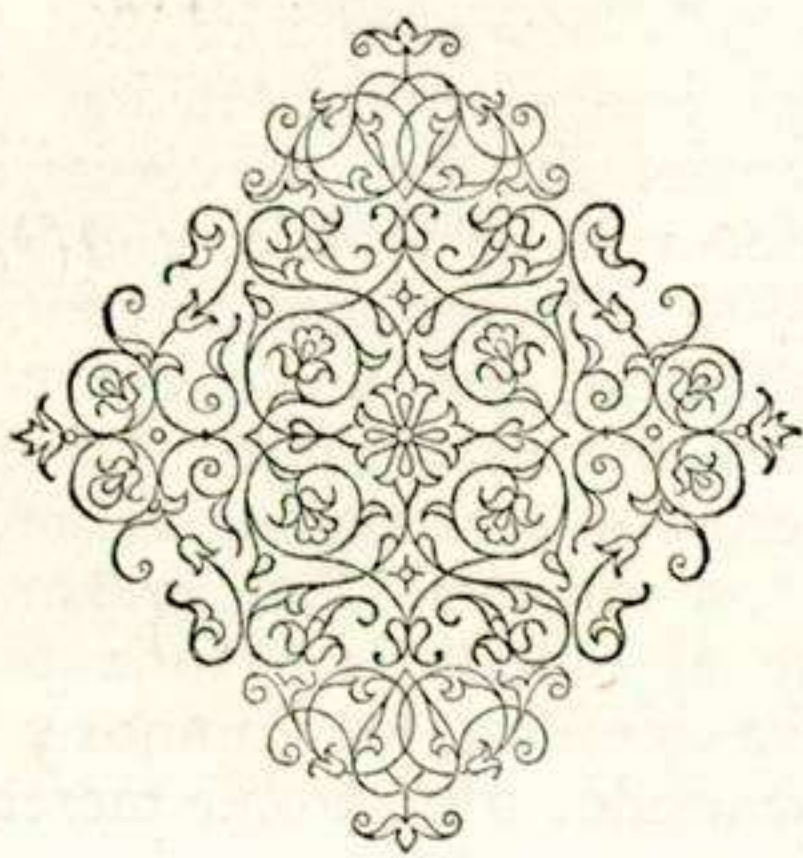
FUÉ á Valencia—hace unos doce años—en una época en que las oposiciones á cátedras se verificaban en los respectivos distritos universitarios. Hallábase vacante la cátedra de obstetricia, y el Dr. Campá presentóse dispuesto á luchar con un conocido tocólogo de aquella población, que por cierto venía desempeñando interinamente aquel cargo. La opinión pública le juzgó primero con prevención, después con interés y finalmente con simpatía. Tan brillantes fueron sus ejercicios, que al obtener la victoria por unanimidad en aquella lucha científica, los alumnos y profesores que la habían presenciado, tributáronle merecidísimas y repetidas ovaciones.

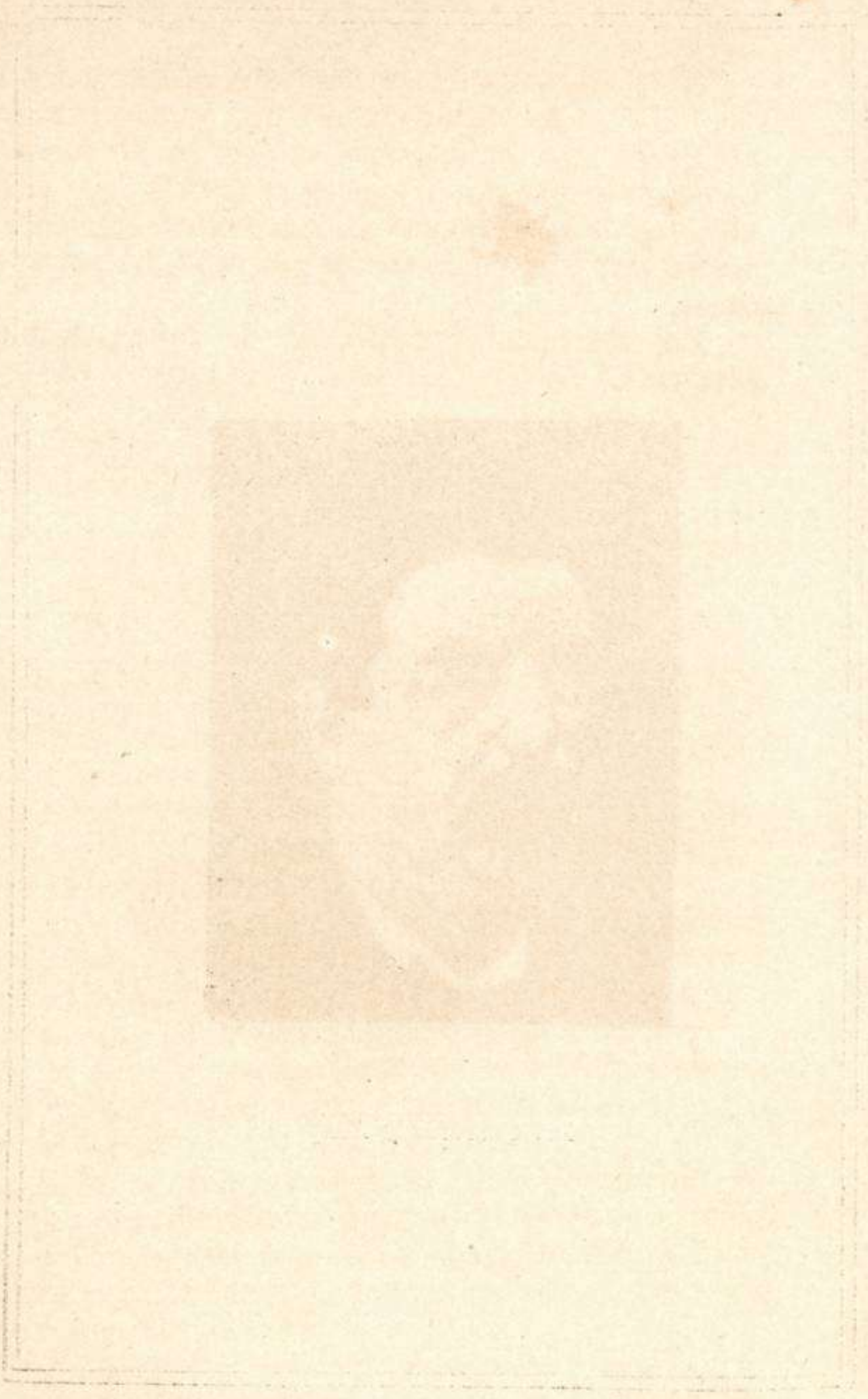
Muy pronto comenzó á gozar gran reputación en la práctica ginecológica (hoy es sin duda el de más visita en Valencia). La Universidad, el Instituto Médico Valenciano, el Ateneo, le encomendaron sus discursos inaugurales.

El Dr. Campá es, pues, algo más que un práctico distinguido en la obstetricia. Se ha distinguido por sus discursos y por sus publicaciones, campeando en unos y otros con toda su pureza la hermosa lengua de Castilla.

Aparte de los artículos en los periódicos científicos, sus trabajos más notables son un *Calendario de la preñez é higiene de la mujer en cinta y recién parida*; sus *Cuadros sinóptico-descriptivos de obstetricia* (2.^a edición), un *Programa de obstetricia*, un *Tratado completo de la asignatura*, y las *Lecciones de ginepatia*, há poco publicadas.

En la actualidad es decano de aquella facultad de Medicina.







Dr. Carreras y Aragó.



CARRERAS ARAGÓ. (D. LUIS)

ME eran ya muy conocidos su nombre y algunos trabajos suyos cuando tuve el gusto de saludarle por vez primera en Milán el año 1880. Los dos acabábamos de recorrer la mayor parte de la Italia y nos conducía en igual época á la capital del milanesado el propósito de asistir á parte de los Congresos internacionales que allí se celebraron entonces.

Es el Dr. Carreras, de edad madura, buena presencia, fisonomía más redonda que ovalada, bigote negro y facciones simpáticas; se expresa bien y tiene esa movilidad propia de los hombres inteligentes y activos.

Su reputación, como oftalmólogo, rebasa de España: creo que es de nuestros oculistas uno de los más conocidos, si no el que más en el extranjero, y abonan este crédito, no solo su concurso á los certámenes internacionales, sino también su colaboración en las revistas de otros países y el mérito y número de sus obras, de las más interesantes que ha producido la oftalmología en España.

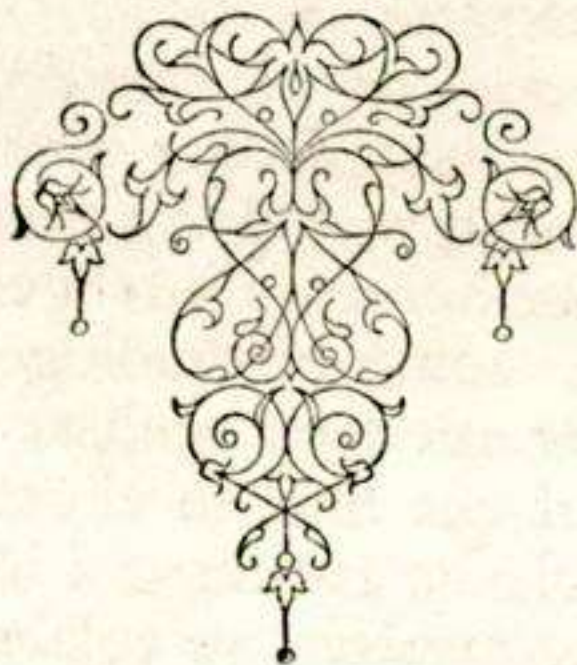
Por más que confiese mi incompetencia para juzgar obras de esta especialidad creo, sin embargo, no equivocarme ni pecar de indiscreto al decir que me pa-

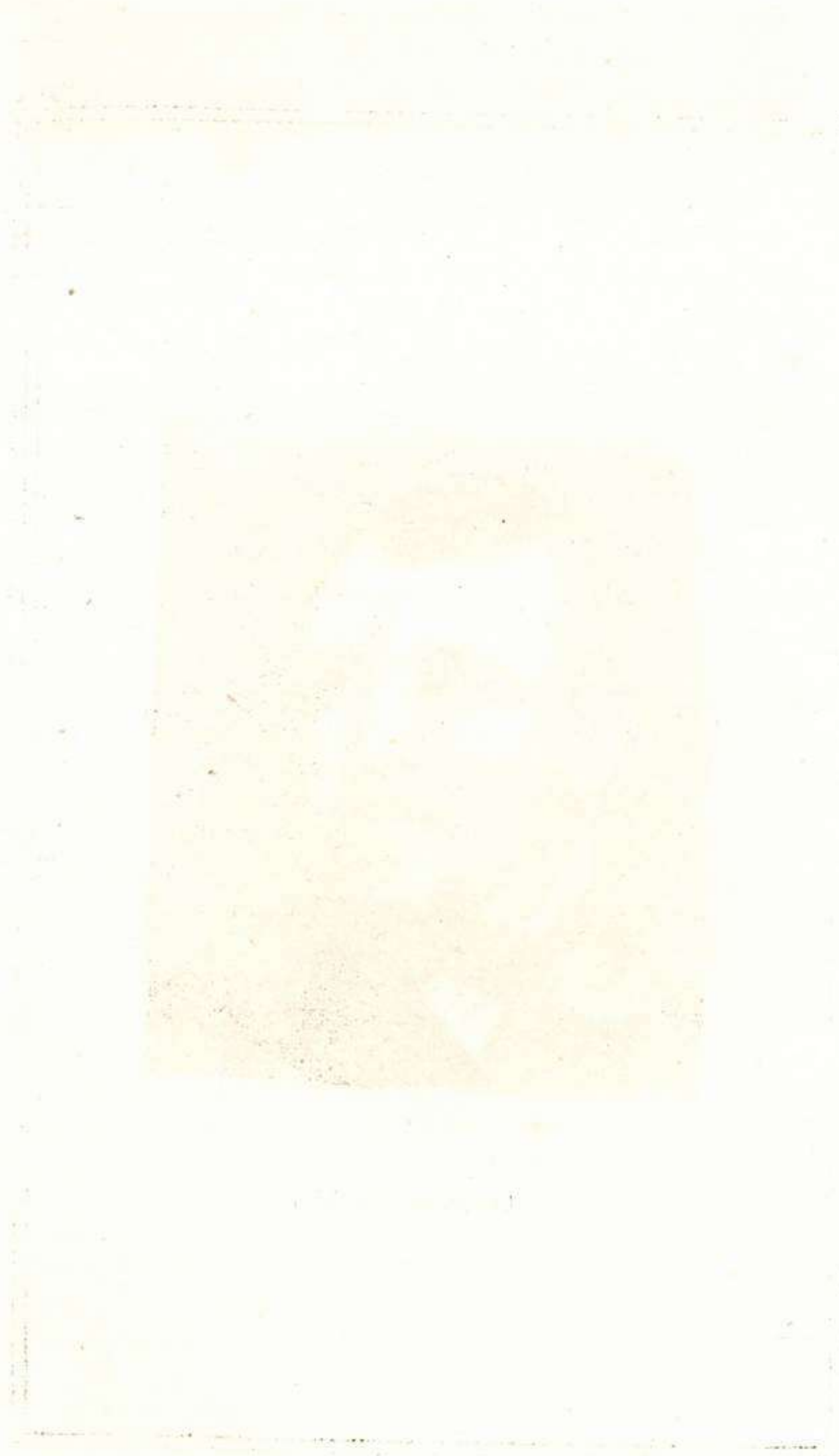
recen los trabajos del Sr. Carreras de esos que honran, no á los que quieren figurar, sino á los que ya figuran; no á los que aspiran, sino á los que ya han conseguido, y por consiguiente, que estimo al ilustre oculista como un autor digno de París, Berlín, Bruselas, Viena, ó cualquiera de esas capitales que saben hacer algo más que operar, repetir y glosar lo de otros.

—

Recuerdo de entre sus trabajos un elegante tratado sobre *el examen de la visión*; un tomo de 280 páginas titulado *Estudios oftalmológicos*; una pequeña colección de bonitos casos clínicos, bien presentados, titulada *Clinica de oftalmología*, que forma una obra de más de 200 páginas, y sus *Escalas métrico-decimales para medir la agudeza visual*.

Publica y dirige además el Sr. Carreras *La Revista de Ciencias Médicas*.







Dr. Carreras Sanchis.



CARRERAS SANCHIS. (D. MANUEL)

ASISTE á todas las sociedades médicas y extracta sus sesiones, hojea todo lo que se publica, conoce la mayoría del profesorado médico español, sabe cuantas noticias interesan á la clase, interviene en sus empresas de ilustración y de beneficencia, traduce del francés como por máquina, suministra material á los editores habidos y por haber, se asocia con facilidad á cualquier negocio editorial, y discurre otros mil que por escasez de recursos abandona, va y viene moviéndose sin parar, se le ve en todas partes donde se guisa algún aderezo médico, va engordando, y... sin embargo, cada vez que miro su cabeza la encuentro con menos pelo, y este más malo, literalmente entendido.

—

Una cosa que sorprende á muchos profesores que vienen á Madrid y pasan á saludarle, es su juventud y su pequeñez corporal; naturalmente, como le juzgan por su nombre y su actividad, le creen muy viejo y muy grande.

—¿El Sr. Carreras Sanchis?—pregunta un médico entrando en su casa.

—Servidor de V.

—No, señor; soy un médico y quisiera saludar á su señor padre.

—¡Soy yo!

“El efecto es siempre el mismo; estupefacción general.

Hasta hubo uno que le dijo que en vez de Carreras debía llamarse Empleillo, y que más que él parecía el nieto de sí mismo.

—

El doctor Carreras es un joven laboriosísimo y de una privilegiada sangre de periodista. En la prensa noticiara hubiera sido un reporter incomparable y alcanzado grandes sueldos: en la médica apenas si obtiene trabajos y disgustos.

De ordinario nuestra prensa es como Saturno; se devora á sus hijos.

Y es de sentir que así ocurra, porque el doctor Carreras merecía ser un Benjamín de la familia, pues no le hay más servicial, ni más dispuesto al desinterés y al sacrificio, y es uno de los jóvenes que más han hecho por desarrollar la cultura general de nuestra clase.

Recuerdo un episodio que le caracteriza.

Estuvo sirviendo gratuitamente de redactor durante más de dos años en una publicación médica. Se trataba de acreditar el periódico y Carreras aportó cuanto pudo. Pocos años después, sin saber por qué, recibió del Director, que lo era ya de un periódico acreditado, una carta en que le negaba (sin duda por ofuscación) su amistad por *ingrato*.

Carreras, que no se sentía acusado por nada, no supo darse explicación de aquel hecho; nosotros sí. Vimos en él un rasgo elocuente del destino de su vida.





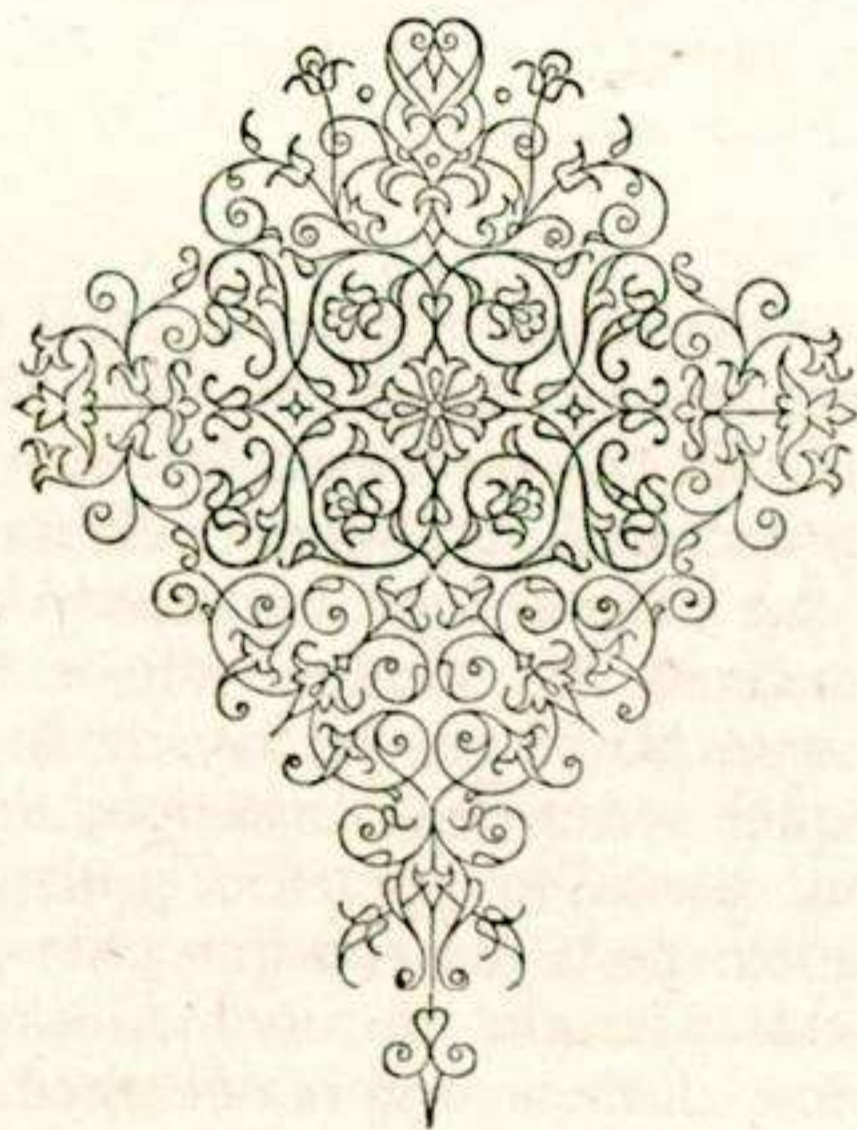
CASTELO. (D. EUSEBIO)

CREO estar saboreando aún las bellezas de sus *Cartas ginebrinas* publicadas en *El Siglo Médico*, así llamadas por tratar de las sesiones celebradas en el último Congreso internacional de Higiene celebrado en la hermosa ciudad que baña el lago Lemann y cruza con sus aguas, que matizan los ideales reflejos del ópalo, el caudaloso Rhone. Nadie que las haya leído habrá dejado de aplaudir aquel sentimiento estético, aquel delicado sabor literario que salta juguetón y alegre cuando lo permite la rigidez de la materia que trata.

Es el doctor Castelo un médico ilustrado, muy impuesto en los clásicos autores de medicina y literatura, principalmente entre los latinos, y que ha prestado notable servicio á los progresos de la medicina nacional, tomando con el doctor Olavide una parte esencial en la creación de ese Museo Anatómico Patológico del Hospital San Juan de Dios de Madrid, que por tantas razones es de creer fomento la dermatología en España.

Ha sido redactor de *El Siglo Médico*, y ha publicado discursos, estudios y observaciones numerosas. No conozco obra suya alguna. En rigor tiene abandonada la pluma más de lo conveniente á su buen nombre de

afamado sifiliópata. Es de los obligados á tener alguna obra clínica de observaciones notables. Por sus ojos y su estudio han pasado raudales de enseñanza. ¿Por qué no utilizarlos? ¿Por qué perderlos en el día que apague la llama de su cerebro el soplo de la muerte?





CASTILLO Y PIÑEIRO. (D. EDUARDO DEL)

DE cuantos servicios ha prestado á la ciencia, ninguno iguala á su feliz iniciativa en la fundación de la Sociedad Ginecológica Española,—cuya idea comunicó por primera vez al Sr. Rodríguez Rubí y á mí, y realizamos en seguida—y á la laboriosidad científica que después en ella ha desplegado para robustecer su vida en épocas de postración y para conservarla una vez alcanzada la envidiable lozanía de que hoy disfruta.

Exponiendo casos interesantes, presentando productos extirpados en su práctica particular de ginecología y dando vida y elevación á todos los debates, coopera bastante al fomento de la doctrina ginecológica en nuestro país, y á la difusión de hechos instructivos. Es operador afortunado, maneja bien el bisturí, sabe lo que se hace y á dónde va cuando se dispone á practicar alguna operación, y es de los ginecólogos de Madrid que mayor número de operaciones importantes han hecho en el aparato útero-ovárico.

—

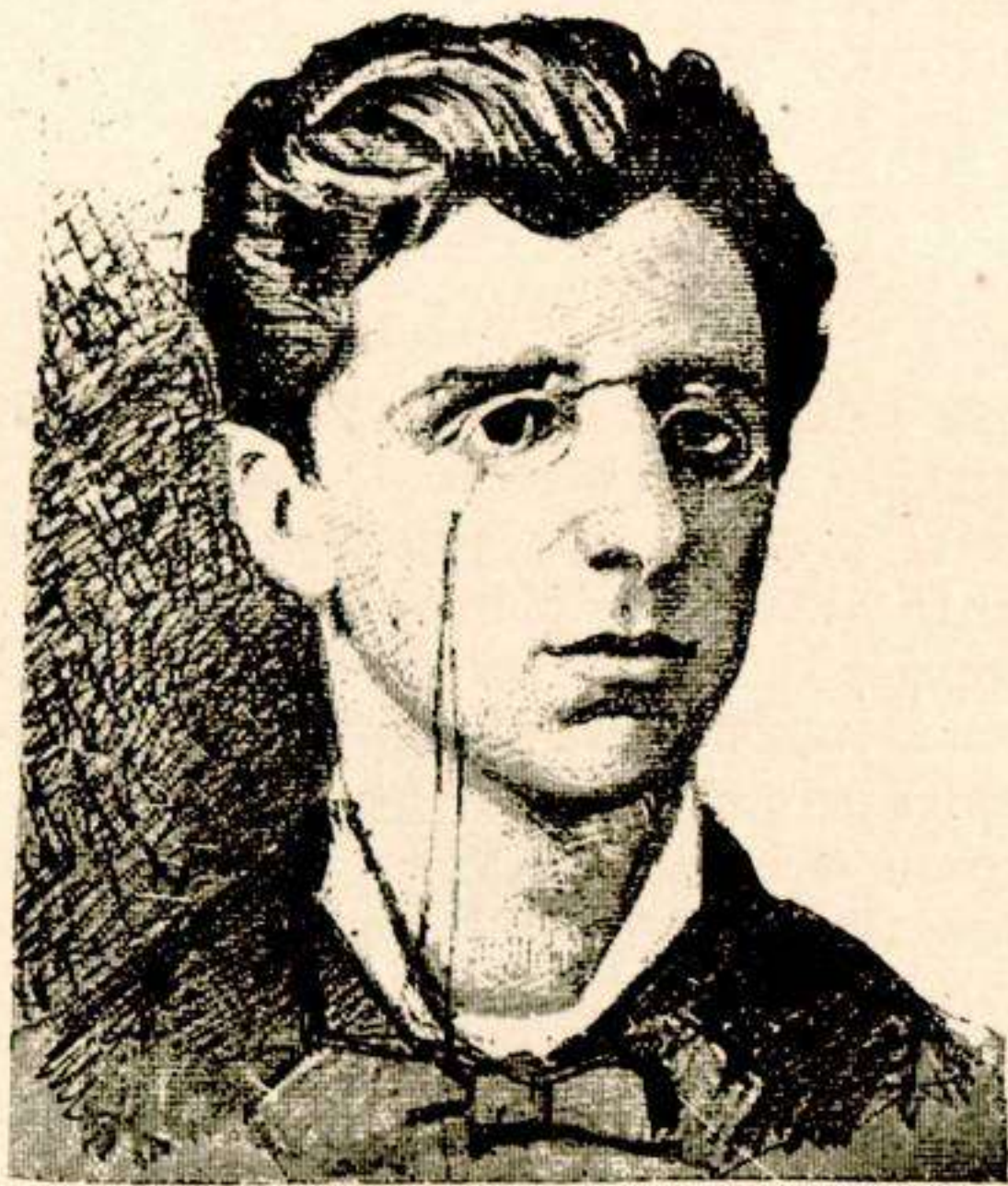
Ha escrito poco; y fuera de la Sociedad Ginecológica y de su práctica no recuerdo tenga nada que merezca

llamar la atención. Ha publicado *algunos discursos*, varios estudios sobre puntos de ginecología, entre ellos uno sobre la mal llamada *placenta previa*, otro sobre *amputación del cuello uterino*, sobre *fistulas vésico-vaginales*, algunos artículos más; y ha tenido conmigo la galantería de darme algunas notas para aumentar el gran número de las que incorporé á la traducción española que hice de la obra de Barnes acerca de enfermedades de las mujeres.

Es joven, goza de apreciable y merecida reputación y espero que con el tiempo producirá alguna obra de notable mérito. Si así lo hace, Dios se lo premie, y si nó se lo demande.







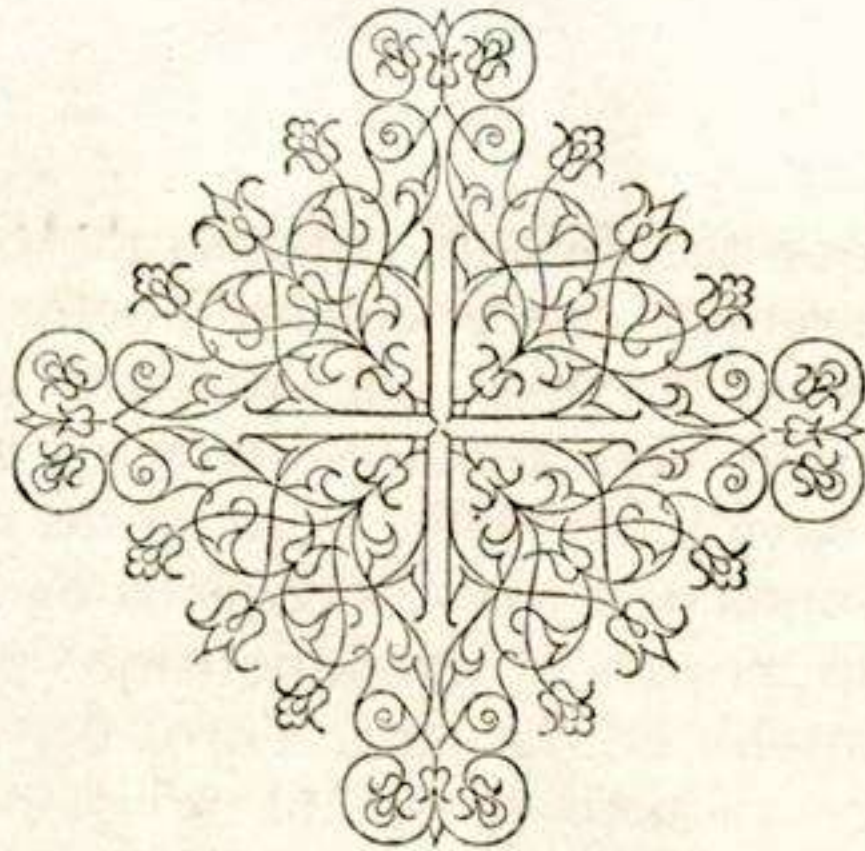
Dr. Castillo Quartiellerz.



CASTILLO Y QUARTIELLERZ. (D. RODOLFO)

Es joven que físicamente considerado tiene un encanto parecido con el célebre doctor Toca; científicamente es el profesor que procura mantener en Córdoba algo de vida médico-literaria. Suprímase la personalidad suya y la célebre zeca de los moros aparecerá tan infecunda para nuestra cosecha científica, como lo es su mezquita para el mahometismo. El señor del Castillo, discípulo del doctor Toro, de Cádiz, sostiene desde hace ya siete años, una revista mensual titulada *La Andalucía Médica*, que publicó en los comienzos de su vida una buena galería fotográfica de casos clínicos notables; ha traducido obras y ha publicado como originales varios folletos, la mayoría sobre motivos de oftalmología, á cuya especialidad se consagra con más afición que á ninguna otra. Tiene un trabajo sobre *La Hemeralopia*; otro sobre el *estrabismo concomitante*, un folleto sobre las *Aguas de Arteijo*, un pequeño libro titulado *Viaje á Italia*, donde reseña extensamente el Congreso internacional de oculistas allí celebrado en 1880 y al cual dedicó otro trabajo, y así varias producciones más.

En el año 1881, en mi excursión por Andalucía, tuve el gusto de verle operar; es profesor hábil y sereno; se conoce que ha utilizado las lecciones de su ya citado maestro el doctor Del Toro.



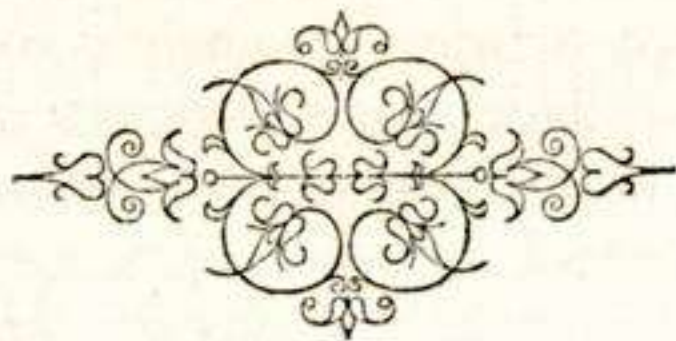


CASTELLS. (D. FEDERICO)



FUÉ un grande elemento de progreso en Lérída, donde adquirió reputación muy merecida, y pasó después á Barcelona, en la que figura hoy como uno de los principales redactores de *La Gaceta Médica*, que dirige el Sr. Rodríguez Méndez.

Joven, inteligente y de ilustración considerable, su nombre viene leyéndose mucho hace ya años por los periódicos médicos; es de los que viven y comulgan con fé en la religión de la ciencia y de los que reconocen nuestras necesidades, desean nuestra regeneración y aplican sus fuerzas á conquistarla.





CASTRO Y LATORRE. ⁽¹⁾ (D. FLORENCIO)

BUEN tipo de español!
Pequeño, fino, inteligente, travieso, indomable, revolucionario y pependenciero, cuando el caso lo requiere, nada le sobrecoje ni de nada se le dan tres higas.

Le ha dotado la naturaleza de facultades para los grandes lucimientos; con un poco de ganas y de trabajo hubiera podido figurar con brillantez extraordinaria; es hombre apto para las tremendas agitaciones y luchas y tiene en su negligencia el enemigo más indomable de su carrera. Es verdaderamente sensible que así ocurra; muchas veces he deplorado esto tratándose de otras personas, pero muchas más tratándose del doctor Castro y Latorre, compañero á quien profeso singular cariño por cierta superioridad natural que en él existe á pesar de su abandono.

—
Ha publicado algunos trabajos. Un bonito *Tratado de ligaduras arteriales*; un *Manual del disector*; la *Descripción anátomo-topográfica del vientre*, que contiene mi extensa monografía sobre la extrangulación interna, y le *arranqué*, Dios sabe con cuánto trabajo, otros varios. Es tal vez nuestro primer disector y un anatómico de primera fila, cualidades que procuró despertar en él nuestro querido maestro el doctor Velasco.

(1) Véanse los oradores del Congreso Médico, al final de esta galería.



CASTRO (D. FRANCISCO JAVIER)

EN ciencia y sin que quiera serlo, aparece más que como razonador casi como un quimiatra, y de otra parte no desperdicia ocasión de manifestar que su espíritu saborea las delectaciones de una religión que toma escrupulosamente sus dogmas en los escritos de los Santos Padres y en las predicaciones del Sumo Pontífice. Pero debo hacerle justicia, el Sr. Castro, quizás por su buen talento, ó por la riqueza de su ilustración, no es de los que se dejan ir por el arrastre de ciertos pervertidos sentimientos católico-apostólico-romanos, populacheros y aparatosos, hasta el nauseabundo extremo á que llegan otros; en sus juicios como catedrático, como miembro de tribunales, como informador de dictámenes sobre trabajos científicos, sabe colocar las cuestiones de la ciencia fuera de donde se agitan los dogmas de la religión, y entonces juzga y falla como hombre científico. Este rasgo de imparcialidad, tratándose de un país donde todavía hay profesores que medran á la sombra de la religión, y quienes á título de escrúpulos de conciencia entran hechos una calamidad desatada por los campos de la crítica, atropellando la razón y el derecho perfectamente establecidos, no deja

de ser un título á la consideración y aprecio de los que nos enorgullecemos de ser respetuosamente hijos de nuestra santa madre la religión católica, pero sin comprometerla en aventuras, ni interesarla en cruzadas, aventuras y porfias á que quiere ser completamente extraña.

—

Es catedrático de medicina, explica la asignatura de terapéutica y goza justísima fama de hombre ilustrado y estudioso. Su fuerte es la química terapéutica; y encanta la fé ciega, el entusiasmo con que pregona las excelencias y efectos de las medicaciones; confianza estimable en un profesor de farmacología que debe, antes que otra cosa, saber despertar en sus discípulos cariño al estudio y esperanza en los recursos del arte.

—

Tiene publicados varios trabajos: sus obras *El concepto de la terapéutica moderna*, las lecciones de *terapéutica*, sus oraciones inaugurales en las sociedades Ginecológica y Terapéutica y su discurso de entrada en la Real Academia de Medicina, prueban sus aficiones á la escritura. Además ha publicado varios artículos en las revistas de medicina.





CORTEJARENA. (D. FRANCISCO)

SIRVE de freno y regulador al progreso, porque es de los individuos inclinados siempre á rechazar como exageradas y perecedoras todas las bizarras teorías y doctrinas que de sí arrojan las ciencias experimentales.

Es curiosa y chocante la tenacidad con que defiende sus convicciones; no duda de que otros tiempos traerán nuevos adelantos y reformas de grandísimo valor práctico, pero opina que, hoy por hoy, nada de esto ocurre. Le consta á él de muy buena tinta, la de su propia experiencia, que en punto á curas, Lister, Guérin, Pasteur... y cuantos se afanan por el problema del parasitismo, nada trascendental han de referirle. Y no le vayan con cuentos los amigos de acá y los extranjeros, pues ahí tiene sus curas tardías y su papel de seda, es decir, la mayor sencillez curativa que puede emplearse, para ponerlas enfrente de las que tan entusiasmados traen y llevan á casi todos los cirujanos del orbe; y con ellas y sus estadísticas procura demostrar, así en la cátedra como en las academias, que si prosigue en punto á estudios y creencias, en el mismo lugar que cuando concluyó su carrera, es porque no ha tropezado aún

con razones, en tal grado poderosas, que le muevan á dar un paso adelante, ni de costado.

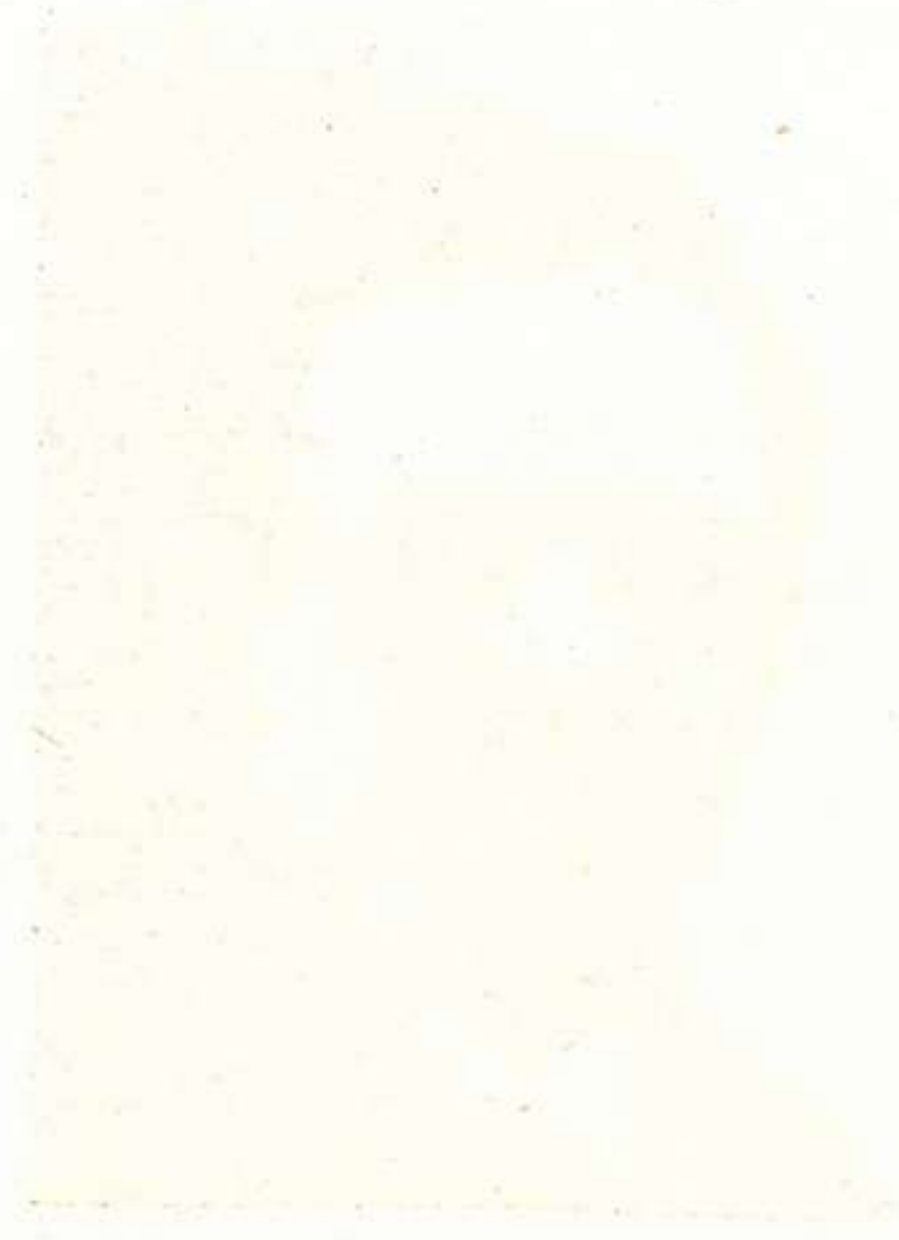
—

Y con efecto, dejando aparte lo que suponen afirmaciones semejantes en punto á doctrina, hay que confesar que, siendo el doctor Cortejarena uno de nuestros operadores de más afortunada estadística, se le puede disculpar que mire sorprendido todas esas precauciones que otros adoptan contra la multitud de accidentes y peligros que malogran sus operaciones de ordinario, y que él no ha tenido por qué temer ni combatir. Sin prácticas Listerianas lo pasa bien; hay que respetar su gusto.

Verdad es que se ocurre pensar;—y si pudiera pasarlo todavía mejor ¿por qué no ha de explotar en beneficio de sus enfermos todos los adelantos de la ciencia? Pero también es cierto que tal vez contestará á esto —no quiero variar para que no me suceda lo que, según rezaba un epitafio bien conocido, sucedió al español del cuento, y...—no hablemos más del asunto.

El doctor Cortejarena tiene publicados varios trabajos; la mayor parte sobre materia ginecológica. No han bastado á crearle una reputación superior que la debida á sus estadísticas y á su actitud francamente contraria al movimiento de la ciencia quirúrgica actual en sus grandes extirpaciones y en sus doctrinas patogenésicas.







Dr. Cortezo y Prieto.



CORTEZO. (D. CARLOS MARIA)

TENDRÁ unos treinta y dos años de edad; la barba no se ha dignado ennegrecer sus megillas, y por eso defiende la gravedad de su fisonomía redonda y lustrosa con un bigote de escaso valor; la frente es de un desarrollo á lo Mozart, lentes de fuerte graduación resguardan siempre sus ojos, por sus carnes parece más bien grueso que delgado, es de estatura regular y desaliñado en el vestir; hé aquí los rasgos físicos principales de uno de los jóvenes médicos más afortunados de Madrid en la actualidad.

Con ser tan escasa su edad, ha sido ya catedrático por oposición, médico del Hospital de la Princesa y decano del cuerpo de Beneficencia general; consejero del Real Consejo de Sanidad; presidente de Corporaciones científicas; jefe de administración civil, y aun cuando blasona de republicano *posibilista*, es muy *posible* por eso mismo, que algún día le veamos médico del propio Rey D. Alfonso.

Por supuesto, todo ganado en buena lid y sin emplear otras armas que su talento, que es de orden superior; su ilustración, que es muy extensa y profunda; su práctica, que es acertada y brillante, y sus buenas relaciones, que tienen por campo todos los hombres que mejor piensan y que más saben en la corte.

El doctor Cortezo es una gloria de la profesión. Su espíritu giganteo y su robusta inteligencia se nutren y aprovechan como pocas de las grandes conquistas del pensamiento; al propio tiempo que estudia las lenguas vivas para recoger en sus naturales orígenes obras notables de medicina y enriquece las traducciones naturales con versiones del inglés como el Walshe, y del italiano como el Bonis, estudia el latín para hacer traducciones de nuestros clásicos como el Mercado. Y es que su cerebro tiene tal poder de asimilación, tal fuerza de retentividad, que oye algunas óperas y se asimila un gusto musical como pocos logran tenerlo; lee algunas veces el Dante y recita cantos enteros de su *Divina comedia*; coje el lápiz y sin aprender dibujo le brotan con facilidad regulares figuras; conoce la filosofía, la poesía, y luego para mayor aprovechamiento de su poder asimilativo, de tal modo digiere en su pensamiento lo que reúne, que se lo nutre, lo hace suyo, lo penetra y puede utilizarlo y metamorfosearlo como si fuera producto de un arte ó de una cosecha propios; fenómeno á la verdad raro, en los que poseen muy desarrollada la memoria, quienes de ordinario suelen amontonar las ideas tal y como las concibieron, no pudiendo dejar de ser estas ni manifestarse de otro modo, ni á veces barajarse y enlazarse bien entre sí, porque parece que conservan cierta rigidez como botes de perfume, tapados y colocados en sus estanterías celulares respectivas, pero que no logran destaparse y derramar su ciencia para con ella bañar el pensamiento y robustecer su nutrición y flexibilidad; es decir, son como esos ricos de gran suerte que tienen rentas para amontonar talegas sobre talegas, pero que luego carecen de la habilidad y buen sentido necesarios para manejar aquel tesoro.

Es el hombre más desahogado del mundo; todos sus compromisos los echa con facilidad á la espalda. Comenzó su obra sobre *lecciones de patología y clínica*

moderna, adquirió una suscripción envidiable, le solicitaron permiso para traducirla al italiano, y... ahí está; hace dos años que no dá un cuaderno; hace dos años también que tiene á la *Sociedad de Terapéutica* sin celebrar sesiones por no haber escrito un discurso inaugural, que capaz es de despacharlo en una noche si se propone hacerlo; acepta con facilidad cualquier compromiso y empieza multitud de tareas que luego cumple y concluye Dios sabe cuándo, tal vez nunca, porque lo que pasa á serle de obligación se le convierte ya en imposible.

Y no vayais á reconvenirle; peor para vosotros, en cuanto os pongais á tiro de su frase sois perdidos, hay que darle la razón y compadecerle. Os sucederá con él lo que sucedería á un individuo, que lanzado por el suelo de un violento encontrón recibido al volver de una esquina, se levantara á pedir explicaciones y concluyera por suplicar á su propulsor le dispensara el susto que le había provocado con su caída. Eso sí; cuando él quiere cumplir y lo hace con ganas, es de primer orden su trabajo.

—

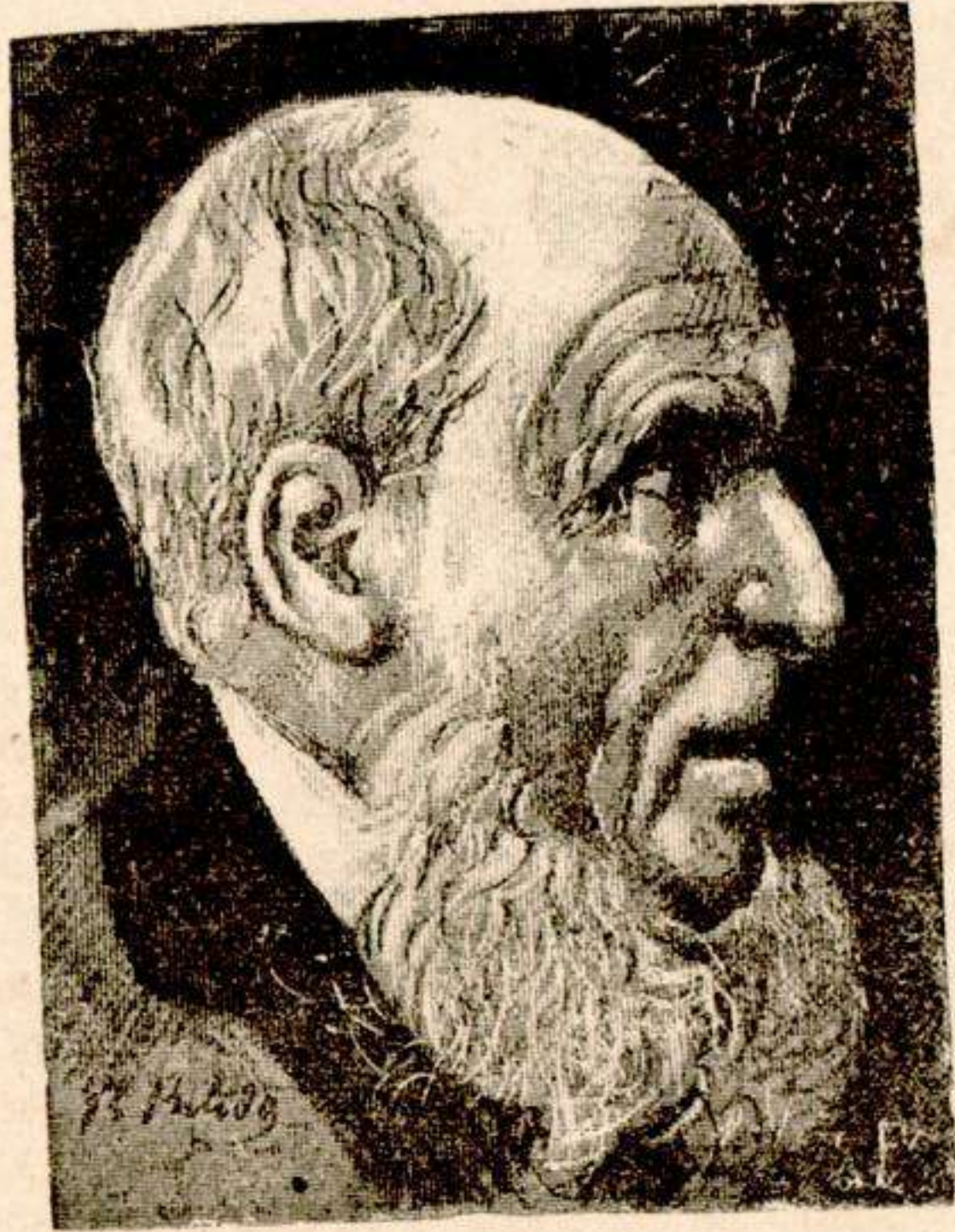
Tiene producido mucho en las Academias, en los periódicos, en los libros y en la cátedra libre; ha contribuido poderosamente al movimiento de avance y de cultura en España; redactor de *El Siglo Médico*, las páginas de este acreditadísimo periódico contienen bajo sus iniciales ó su segundo nombre *Venancio Prieto*, multitud de trabajos. Su obra ya citada, de la que está á punto de concluirse el primer tomo, resultará una obra de gran mérito ¡si la concluye! Tiene además otros folletos, entre los cuales recuerdo uno sobre la *Diferenciación sensitiva*, y muchas traducciones (1).

(1) Véanse más datos en el artículo sobre los oradores del Congreso.



CORRAL Y OÑA. (D. TOMAS)

LA Parca acaba de pasear su mirada fúnebre por entre las celebridades médicas españolas, y se ha llevado la más afamada de todas, la que más gloriosos destinos había ocupado, la que había podido sentir su amor propio satisfecho como ninguna otra figura médica, por grande que su importancia fuese, gracias al incalculable número de mercedes, honores y dignidades otorgadas á su valer. ¿Quién alcanzará tanto? ¿Quién es capaz de alborotar su imaginación con delirios de grandeza superiores á la realidad con que se vió favorecido el Dr. Corral? Cuanto es fruto de la profesión, cuantas legítimas ambiciones puede alimentar el humilde sacerdote de la Medicina como tal profesor, de todo y de todas gozó el ilustre partero, cuyo nombre tanto veneramos. Bibliotecario del Colegio de San Carlos, catedrático, médico primero y luego presidente de los médicos de Real Cámara, Rector de la Universidad Central, marqués de San Gregorio, miembro de varios reales Consejos, presidente de la Real Academia de Medicina, presidente de honor de la Ginecológica Española, académico de la lengua, tres veces caballero gran cruz... fué cuanto quiso; pudo contemplar en sus manos los



Dr. Corral y Oña.

destinos de nuestra clase como un monarca los de su pueblo: ni los celos ni la mala fé le molestaron con sus envenenados tiros... ¡envidiemos tan buena estrella y tan soberbios merecimientos!

Se murió el marqués de San Gregorio cuando menos lo esperaba nuestra clase; durante varios meses pudo su enfermedad tener en alarma á los que se interesaban por su salud; hubo días en que se nos anunció su muerte como suceso irremediable; los periódicos se ocuparon de su agonía; cualquier otro mortal se hubiera muerto; parece que un médico distinguido no puede ni debe proceder con sujeción á estas reglas; como el Dr. Velasco y como el Dr. Calleja, debía chasquear el juicio de los compañeros y restablecerse, para abandonarnos cuando más confiados nos tenía acerca de su bienestar físico; había personas que aseguraban que se le enterró sin que en el real Palacio se conociera la triste noticia de su fallecimiento. ¡Lo que valen estos caracteres independientes que se escapan de las estrechas vías por donde caminamos los demás mortales! ¡Hasta para morir se han de ser originales!

Nació en Leiva (Rioja) el 18 de Octubre de 1807; vivió, según buenas cuentas, 75 años; no se fué, por consiguiente, al otro mundo ni muy viejo ni muy despojado de aptitudes científicas; en los espíritus bien templados para el trabajo, la edad suya puede ser aún productora de grandes frutos; y ahí está el Dr. Méndez Alvaro que atestigua mi aserto, y ahí está, en lo que al finado se refiere, su bellissimo discurso escrito para la velada con que la Real Academia de Medicina celebró en el año pasado el tercer centenario de la muerte de Calderón; trabajo notable donde se refleja el poder de inteligencia, la frescura de imaginación y el discreto juicio con que llegó al ocaso de su vida el ilustre miembro de la Academia de la Lengua.

Su tío D. José Oña, abogado del Colegio de esta corte, le conservó á su lado y atendió durante los primeros estudios; en 1824 empezó los de medicina en el Colegio de San Carlos, y ocho años después tomó el grado de doctor, habiendo seguido una carrera gloriosa por la brillantez de sus notas, las cuales comenzaron su reputación. Apenas terminó la enseñanza oficial, ganó en oposición una plaza de ayudante profesor; hizo luego más oposiciones á varias cátedras, logrando al fin en 1836 ser nombrado catedrático, poniéndose al frente de la Biblioteca con tal motivo, por ser entonces costumbre que los catedráticos sustitutos desempeñaran las plazas de bibliotecario y secretario, que abandonaban cuando después ascendían á catedráticos numerarios.

Merece reproducirse lo que acerca del modo como desempeñó su cometido el Sr. Corral dice persona autorizadísima en un bien escrito folleto, del que tomamos muchos de los datos biográficos que nos sirven para este artículo. El Sr. D. Joaquín Malo y Calvo, en la reseña histórica de la Biblioteca de la Facultad de Medicina de Madrid, publicada ahora hace ocho años, asegura que si no hubiera del Sr. Corral más trabajos que la clasificación del establecimiento citado, que hizo para ordenar el desbarajuste y corregir el abandono que en él reinaba, bastaría para calificarle, porque no es posible sustituir su obra con otra mejor ni más científica. Durante seis meses se consagró, ayudado de sus hermanos políticos D. Victoriano y D. Juan Usera, y su primo D. Pedro Oña, á distribuir todas las obras en secciones por el mismo orden de materias ó asignaturas que se seguía en la enseñanza, y á bosquejar un índice que pudiera servir para el encuentro fácil de cualquier libro que se pidiera, permitiendo tan útiles reformas abrir la Biblioteca al servicio público el 13 de Octubre de 1839.

En este importantísimo departamento, que puede considerarse como creado por él, imprimió tal vida y movimiento, de tal modo comunicó su celo á sus jefes y subordinados, que gracias al aprecio de los unos y al

desprendimiento de los otros, pudo enriquecer el tesoro literario con nuevas adquisiciones y reformas, logrando se consignasen subvenciones, promoviendo así un crecimiento tan rápido, que hubo necesidad de habilitar otro local distinto del que tenía, escogiendo para ello la galería superior en hemiciclo que rodea el anfiteatro grande, desde donde más tarde, y ya bajo la jefatura del señor Ataide, había de trasladarse en 1847 al sitio definitivo que hoy ocupa, tres años después de haber dejado este cargo el Sr. Oña.

En la asignatura de Obstetricia y su clínica dejó luego oír su voz elocuente, y pudo mostrar sus privilegiadas facultades de tocólogo y de maestro. Explicó la cátedra diez y ocho años, siempre ante un auditorio numeroso, que le tributó la prueba más expresiva de aprecio y veneración que los discípulos pueden tributar al catedrático: la de escucharle siempre con religiosísima atención y la de identificarse con todos sus sentimientos. Dice el ya mencionado Sr. Calvo, discípulo suyo, que era de brillante y fácil palabra, y que gustaba en ocasiones hacerla algún tanto epigramática y burlesca, para poner en tortura el entendimiento de sus alumnos.

La fama de su extraordinaria pericia y conocimientos en el difícil arte de los partos, trazaron nuevos derroteros á la vida del Dr. Corral; la Reina Doña Isabel II le nombró médico de Cámara, después ascendió á Rector de la Universidad Central, y abandonó entonces el magisterio para brillar en más altos y opulentos destinos, que no procede reseñar, y en los cuales le conocimos ya los que hemos llegado á la vida de la ciencia bastantes años después de su paso por el magisterio.

Ciertamente que la figura del marqués de San Gregorio aparece tanto más radiante y majestuosa cuanto más de cerca y al detalle se la examina, por haber brillado en ella esas dotes sublimes de la inteligencia privilegiada, de la ilustración extensa y profunda, de la

belleza para el discurso doctrinal, del acierto para el juicio clínico y de la habilidad para el procedimiento práctico; méritos envidiables que asociándose en magnífica armonía con las escogidas formas del hombre de elevada sociedad, con la dulzura de un espíritu respetuoso y transigente en la lucha, noble y generoso en el triunfo, en la sociedad de un carácter ceñido siempre al leal desempeño de sus deberes, dotado de un amor á la ciencia que llevaba hasta el punto de abdicar de sus comodidades para entregarse á las faenas del escritor, y de una gratitud para con la profesión que á nadie rehusaba sus utilísimos servicios, aquellos servicios que brotaban de sus privilegiados conocimientos, á los que como tribunal de apelación, para los casos difíciles y desesperados, acudían los más célebres comprofesores, según expresión de uno de sus más ilustres discípulos; hacían de él un modelo de esas prodigiosas figuras médicas, una encarnación real de esas creaciones típicas que vemos descritas en los grandes tratados de moral médica, como el ideal más perfecto del augusto sacerdote consagrado á la ciencia del dolor.

Escritor castizo, y de escrupulosidad académica, ha dejado escritos: Una Memoria acerca de *la obliteración del orificio uterino en el acto del parto y de la histerotomía vaginal* (1845). Un *Año clínico de obstetricia y enfermedades de mujeres y niños*; colección de las observaciones más importantes recogidas en la clínica de partos, de enfermedades de mujeres y de niños en la Facultad de Ciencias médicas de Madrid (1846). Un discurso pronunciado en la solemne apertura del curso universitario de 1851 á 1852, *sobre la Filosofía práctica del siglo XIX*. Otro leído en 1851, en la Academia de Medicina y Cirujía, *sobre la semeiología humoral*. Un trabajo inédito, escrito en latín, que existe en la biblioteca de la Facultad desde Abril del año 1832, aspirando al grado de doctor, y que encierra un comentario del aforismo 6.º de Hipócrates, sección segunda, que dice: *Quicumque dolentes digna corporis parte, dolore omnino non sentiunt his mens aegrotat*. Un extenso folleto desti-

nado á servir de prólogo ó de introducción á una historia de filosofía médica, que al fin no publicó; su bellissimo discurso de recepción en la Academia de la Lengua; y por último, el ya citado en honor á Calderón de la Barca, donde hace un análisis minucioso de las pasiones expresadas por el inmortal dramaturgo del siglo XVI.

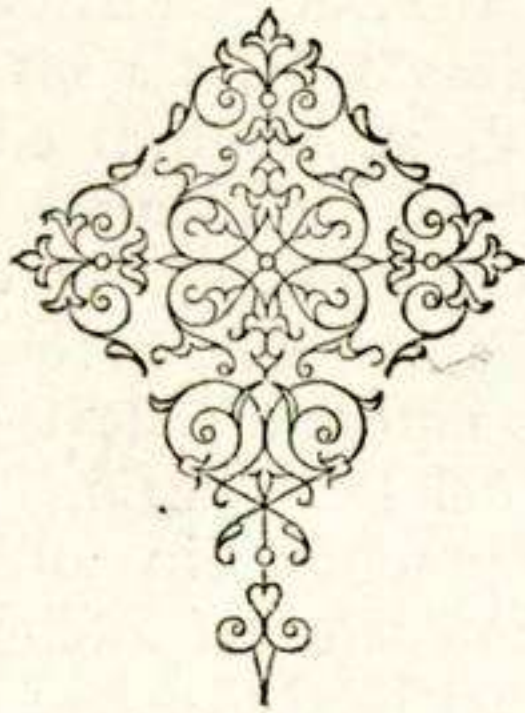
Mejor y con más autoridad que cuantas frases encomiásticas pudiéramos escribir para revelar sus méritos como profesor clínico, hablan el alto y delicadísimo puesto á que fué elevado, y la fama sin igual, el crédito portentoso que durante largos años disfrutó. Sus juicios eran inapelables. Golpes de acierto chocante, frutos de esa inspiración que casi siempre brota más bien como destello ardiente de un alma superior ó de un genio de artista, que como deducción severa del cálculo razonador, pausado y frío del hombre de ciencia, habían aumentado prodigiosamente su fama hasta el grado de hacer imposible toda rivalidad; ejercía la dominación de los grandes profetas, subyugaba todos los juicios con el incontrastable poder de sus doctrinas, y daba garantías de excelencia á todas sus determinaciones y consejos por la suprema razón de su distinguida procedencia.

Ni las grandezas debidas á sus inmarcesibles glorias, ni el cansancio de su avanzada edad, ni el enervamiento de sus tremendas agitaciones morales, fueron bastantes á despojarle nunca de su carácter médico. Quiso ser profesor antes que marqués; al lado del amigo ó del compañero enfermo todavía aparecía solícita y eficaz la persona del Dr. Corral, como en los mejores tiempos de su práctica. No olvidaré que durante la horrorosa enfermedad del inteligente Sr. Ruiz Giménez, Secretario del Real Consejo de Sanidad, fué el señor marqués de San Gregorio uno de sus más asíduos y cariñosos médicos de consulta; por la mañana, por la tarde, siempre que su presencia y sus consejos se estimaban necesarios, se le veía exponiendo sus juicios y ayudando á la ilustración de aquel misterioso caso, que

tanto pudo preocuparnos á varios profesores durante multitud de días.

Tenía el hábito del trabajo y la noción más delicada de sus deberes; todavía en el año pasado de 1881 se le veía en la Real Academia de Medicina presidiendo con encantadora bondad sesiones que hubieran podido resultar desagradablemente borrascosas si no las hubiera calmado con su exquisita prudencia.

Profesaba leal afecto á la juventud. ¡Decididamente este es un atributo de los seres superiores! No pisaba joven que él conociera el salón de sesiones de la Real Academia, á quien no advirtiese después con insistencia que pasase á tomar asiento en los escaños de los señores académicos. Creía él saludar así otorgando cierta honra, á las reputaciones del porvenir, contenidas aún en jóvenes tan oscuros que, si por algo se distinguían, era sólo por su inclinación al trabajo.







Dr. Creus y Manso.



CREUS. (D. JUAN)

LE dotó la naturaleza de grandes aptitudes para cirujano y él no fué perezoso para desarrollarlas con el estudio y la práctica.

Pocas veces le he visto operar, pero me han bastado para juzgarle: conoce la anatomía, su corte es seguro, tiene serenidad y afronta con resolución y confianza situaciones peligrosas. Es de lo mejorcito que tenemos en España y figura dignamente donde se coloque cualquier otro.

—
Tiene ilustración solidísima, y aunque firme en sus juicios, sabe respetar el de los compañeros y atender sus consejos y observaciones, modificando con transacciones discretas los procedimientos y la conducta que más eran de su agrado, en vez de arrollarlo todo, desdeñar extrañas opiniones y hacer siempre lo que es de su gusto, como se observa en los procedimientos de otras reputaciones.

Las defensas de sus diagnósticos abundan en ciencia; sabe mucho y lo expone con una expresión original, amistosa, nutrida de imágenes, con un gracejo en ocasiones demasiado familiar y sencillo.

Tiene esto la ventaja de aparecer siempre muy claro, pero le condena á no elevarse sino muy contadas veces. Es de creer que á su condición de catedrático deba el haberse creado esa oratoria genial, realista, de una plasticidad chocante, y que tanto se diferencia de la manera común de exponer.

Una de sus buenas cualidades, de las que más me agradan, es lo útil que resulta su parecer en las consultas. Poco amigo de tanteos inútiles y pasatiempos nocivos, cuando cree oportuno intervenir, recomienda entonces la práctica cruenta con decisión, con valentía.

Esta es una de las razones por que me gusta escuchar su opinión en consultas sobre motivos de cirugía: respeta el juicio del compañero, pero plantea con desnudez el suyo. Cuando una operación debe hacerse, hay que hacerla, y cuanto antes mejor.

Esta era también la escuela de Velasco, esta es la que yo aprendí al lado de este gran práctico y esta es la que considero propia de todo buen cirujano.

En cierto tiempo cultivó las resecciones sub-periósticas y pudo ilustrar bastante este delicado y trascendental problema de la cirugía ósea. Ha escrito además un tratado de *anatomía quirúrgica*, de un mérito regular, y profusión de folletos, discursos, prólogos y artículos. En todos ha demostrado un buen espíritu crítico y un conocimiento perfecto de las últimas conquistas de la ciencia y opiniones de los autores sobre la materia. Gusta además de contribuir á la vida de las academias.

Es catedrático de la Facultad central de Medicina y goza de notable reputación entre el elemento más analizador y exigente de la clase, entre el elemento joven.





CUESTA Y CKERNER. (D. JUAN)

DESPUÉS del doctor D. F. Méndez Alvaro, me parece el periodista médico más idóneo de todos los de España.

Las cuestiones profesionales le son familiares, y maneja la pluma con una corrección y una maestría envidiables.

Solo por esto y por sus extraordinarias condiciones de propagandista, fundadas en un conocimiento muy fino de los deseos y temores de los médicos de partido, se concibe que haya logrado elevar su periódico, por lo demás muy defectuoso, á la importancia que tiene.

Los muchos años que lleva de existencia su publicación, los ha destinado principalmente á la propaganda de un pensamiento que no ha realizado, y es de creer no realizará.

Ha sido un periodista que ha vivido siempre en cierto aislamiento; jamás se ha asociado—desde que le conocemos—á la obra de otros, ni ha logrado interesar á los demás en la suya.

Se las entiende con profesores de partido y..... le basta.

Ha publicado extractos de obras para casi todas las asignaturas de la carrera. Inútil es decir que este género de publicaciones, más frecuente entre nosotros de lo que convenia á una buena ilustración, solo representan un medio de explotación literaria, ó cuando más de facilitar una adocenada cultura, pero jamás un adelanto positivo.



DIAZ BENITO. (D. JOSÉ)

EN los primeros años de su carrera se asoció á los trabajos del doctor Velasco y ocupóse en reproducir con escayola ejemplares patológicos y en la publicación de un buen atlas de partos y monstruosidades fetales, el más notable de los que se han publicado en España sobre esta materia.

Después dió un rumbo más preciso á sus aficiones médicas y se consagró de preferencia á las enfermedades sifilíticas, sobre las cuales publicó otra obra y su correspondiente atlas, ambas dignas de grande aprecio. Escribió además trabajos de menor importancia y después, hombre ya rico y de prestigio, fundó en el barrio de Salamanca una hermosa instalación balneoterápica é hidroterápica, que honra á la capital de España.

—

Ha sido y es hombre útil: su pluma, su palabra—pues dió cursos libres sobre sífilis—y su capital se han gastado mucho en el progreso y brillantez de la medicina: ha sacado buen partido de la profesión y no ha sido ingrato con la ciencia: merece un respetuoso saludo.





ESPINA Y CAPO. (D. ANTONIO)

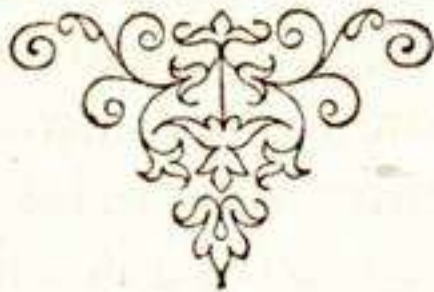
ENTRE la pléyade de jóvenes entusiastas que arrojó á la profesión médica el profundo movimiento causado por la revolución de Setiembre, figura el que nos ocupa como uno de los más significados por su laboriosidad y sus alientos reformistas.

Quiere ser un médico reputado y va ya muy adelante en el camino que ha de conducirle á la realización de su deseo. Penetrado de que solo en la clínica, en la academia, en la revista y en el libro están los orígenes del verdadero engrandecimiento, porque representan el campo donde deben librar sus batallas y conseguir sus triunfos los hombres á quienes tocó Dios en la frente como marcándoles el órgano manantial de sus preeminencias, vive absorbido por la observación en la cabecera del enfermo, donde comprueba lo que viene ponderado de allende los Pirineos, por las academias en donde ha de figurar siempre entre los más ardientes polemistas y los más incansables para la exposición, en el periódico donde sus escritos ven la luz bajo aspectos diferentes y en el libro donde cosecha, registra, modifica y diluye cuanto estima digno de consignarse, principalmente dentro de aquellos estudios médicos que le son más simpáticos, y entre los cuales figuran los afectos de los pulmones y del corazón á la cabeza de los que hasta ahora más le han preocupado.

En el hospital provincial de Madrid, de donde es digno médico, figura como el más útil de todos para la literatura médica; produce él por sí sólo tanto ó más que sus restantes compañeros, posee conocimientos como muy pocos y se destaca á pesar de su juventud como una de las figuras más honrosas: en cualquiera de sus manifestaciones de trabajo se coloca entre los más avanzados; sus investigaciones y sus procedimientos prácticos llevan le *derniere cachet* de la medicina; el termómetro, el trazado gráfico, el esfigmógrafo, el microscopio..... nada desecha; cuanto la voz de la ciencia señala como un testimonio de avance, otro tanto emplea, aceptando con entusiasmo lo nuevo á pesar de su fallibilidad y hasta de su engaño, porque en su espíritu reformador y progresista no cabe más que el dirigir la mirada siempre adelante.

—

Como orador se hace oír; tiene palabra fácil, dicción expresiva, ocurrencias felices, y travesura..... pero carece de brillantez; se le escucha con gusto, pero no calienta al auditorio por su elocuencia. Como escritor es correcto, de frase suficiente y de estilo llano. Entre sus numerosas traducciones, artículos y folletos publicados, merecen consignarse, por ser los que más acreditan su saber: sus folletos titulados *Estudios de terapéutica* sobre la pulmonía fibrinosa y sobre las enfermedades del corazón, el titulado *Clinica, su concepto, sus fuentes directas y sus raíces auxiliares*, y su obra *Lecciones teórico-prácticas sobre las enfermedades del corazón*.





Dr. Esquerdo (D. José María).



DR. ESQUERDO. (D. JOSÉ MARIA)

VERDADERAMENTE el Dr. Esquerdo constituye una personalidad excepcional que resalta, no solo entre la clase médica española, sino entre los mentalistas europeos, porque son muy contados los profesores que han puesto en el grado que él todos los recursos de su inteligencia y todo el entusiasmo de su fé al servicio de una causa noble y civilizadora, á la redención del loco.

La redención del loco, sí, porque debemos advertir su error á los que crean que Pinel dejó redimido á ese desgraciado enfermo cuando le arrancó sus cadenas y le descinó sus argollas en Bicetre; aquel sublime episodio, sencillo testimonio de una de las más grandes conquistas morales de la medicina, fué solo una fase triunfal de esa campaña que hoy se mantiene, tal vez con más energía que nunca, y por tiempo imposible de calcular, entre el código y la ciencia, ó sea entre el juez y el médico, y mejor aún entre el patíbulo, que mata, y el manicomio, que regenera.

Muy cierto es que ya hoy, por fortuna, no arden en medio de las plazas aquellos infelices relapsos que, cubierta la cabeza con la puntiaguda coroza y el cuerpo,

vestido con el degradante sambenito, parecían porque en sus desvaríos se les antojaba celebrar incubos con el diablo y surcar los aires gracias á untos de embrujamientos y otras hechicerías.

Cierto es asimismo que hoy los abogados y los jueces, y la prensa, y el público entero, conceden y reconocen que el individuo puede brechar por multitud de partes los muros que contienen su mente en el campo de la razón y de las conveniencias sociales, y como mar que se desborda al través de un dique roto, disparatar sin descanso en la esfera de todas esas infinitas actividades que ligan al hombre con la religión, la política, las artes... y hasta con su propia existencia corporal. Pero también es asimismo cierto que aún se alzan cadalsos y en ellos perecen muchos de esos desgraciados, que movidos por idénticos impulsos, ó no avisados por carencia de razón, enderezan sus extravíos á través del campo donde se registran las prácticas y consejos que marcan á todo sér inteligente y responsable lo que debe á sus semejantes; y perecen porque el sentimiento público y los jueces intérpretes de la ley no quieren admitir que si unas veces el loco gasta su actividad en desafiar á las estrellas, en alardear de Júpiter, en vestir cintajos ó en manifestaciones por el estilo, otras ese mismo loco gasta sus extravíos en atentados contra el prójimo.

Para corregir esta ceguedad y este fatal desvío de la ley, necesaria es una redención potente y santa, una predicación, apostólica por su objeto, inquieta, temible y persuasiva por su forma, que reclamando los indispensables deslindes entre el criminal y el loco, arranque por completo á este de la infamia y del garrote, para someterle á los dulces tratos de un hospital; y para conseguir este propósito habrá escasos apóstoles que superen al Dr. Esquerdo, porque habrá muy pocos que tengan sus monstruosos alientos y sus extraordinarias facultades de predicador reformista.

No condena el Dr. Esquerdo como aquellos profetas bíblicos, que con faz angustiada y lágrimas en los ojos, alzaban con luctuosa entonación su palabra en los

foros, y á vueltas de amargas plañideras combatían los males presentes con amenazas para el porvenir. Tampoco reprueba como aquellos otros apóstoles cristianos, que tocados de santa unción, pintada la beatitud en el semblante y los ojos encendidos por la fiebre de un misticismo devorador, dirigían sus predicaciones á las víctimas y aceptaban sin protestas los sacrificios del error pagano, esperando una regeneración que había de brotar de las catacumbas empapadas con sangre de miles de mártires. No; el Dr. Esquerdo no amenaza ni se resigna; el Dr. Esquerdo plantea el problema, examina la circunstancia del infeliz enfermo, pesa con la balanza de sus juicios el valor de los síntomas, y una vez convencido de su diagnóstico, una vez asegurado de que aquel es un desgraciado que le pertenece, aborda sin reparo la lucha, expone con fuego, con impetuosidad, con explosiones de indignación, sus títulos de pertenencia sobre aquel sér, y cuando se vé derrotado en su empresa, quédase trémulo y herido, pero no como queda el orador religioso después de haber predicado inútilmente contra el eterno dominio del pecado, sino como tras de larga polémica queda el individuo que creyéndose dueño de una cosa advierte que se la arrebatan por la fuerza.

De todos los temas que ha desenvuelto en sus conferencias el Dr. Esquerdo, ninguno ha sido tan delicado, tan vivo, tan interesante, porque ninguno ha sido tan personal, tan realista y tan concreto, como el destinado á juzgar el estado mental del célebre criminal Garayo (a) *Saca-mantecas*, al que tras un examen minucioso, ha diagnosticado de *imbécil con locura genésica impulsiva*, y todos reconocerán, que al exponer en público su convicción, precisamente cuando inapelable sentencia de muerte recaía sobre el supuesto criminal, no solo daba muestras de un valor inusitado en nuestro país, sino que imprimía un interés de palpitante actualidad á su discurso.

Y sin duda por ese mismo valor, sin duda por la firmeza de sus convicciones, en estas conferencias su

mímica siempre impetuosa, algunas veces de tan sobrado expresiva, ya descompuesta; y su voz sonora, timbrada y de inflexiones que recorren toda la escala, desde el acento duro, áspero y oscuro de la airada reprobación, hasta el arrullo delicado, tierno y clarísimo de la frase amorosa; y sus imágenes, ricas, atrevidas, seductoras, llenas de brillantez y colorido como un cuadro de Fortuny, se presentaron en todo su lujo, con una magnificencia tal vez exagerada.

Es el Dr. Esquerdo, sin disputa, el orador médico de más efecto que conocemos; sus discursos convencen la inteligencia y estremecen el alma; por la solidez de su doctrina, son eminentemente científicos; por el lujo de la frase y de la forma son á veces bellísimamente literarios; pero si nosotros pudiéramos graduar la estética de su exposición, trataríamos de contener un poco al orador en el perfil de sus imágenes, en las entonaciones de su voz, en las expresiones de su semblante y en las agitaciones de su acción, si bien estamos convencidos de la inutilidad de nuestros consejos, porque basta oír y ver al Dr. Esquerdo para convencerse de que todas las reglas de la oratoria han de quedar siempre supeditadas en él á las expansiones de su espíritu entusiasta, que coje, arrolla y maneja su pensamiento, su palabra y su mímica, como el aliento de una llama arrastra y voltea las cenizas del papel que abrasa. Además, ¡quién sabe si estos defectos son un beneficio para la causa que defiende!





FERNÁNDEZ LOSADA. (D. CESÁREO)

Es un gallego muy echado para adelante, y con esto queda dicho que á veces cae en andaluz. Hay quien dice que aun cuando se conserva del Noroeste por su acento, parece muy del Mediodía por el contenido de su frase; de mi parte, sólo aseguraré que es una figura saliente en el cuerpo de Sanidad Militar; que ha conquistado fama de buen cirujano, rivalizando durante la campaña del Norte con el Dr. Camisón, y que ha prestado grandes servicios á la ilustración y á la cultura médica de su cuerpo y de la clase en general, con sus lecciones en la Cátedra de la Academia de Sanidad Militar, con sus figuras anatómicas y de obstetricia, que difundieron en toda España reducidas esculturas de porcelana, hechas por un sistema especial, y con sus escritos, entre los cuales descuella como el mejor sus *Lecciones de cirugía*, obra nutrida de una bonita doctrina quirúrgica, perfectamente expuesta, y por la cual merece su autor figurar entre nuestros mejores autores de obras de cirugía. ¡Lástima grande es que el Sr. Losada no llevara más adelante su entusiasmo, pues si como es su competencia hubiera sido su interés por el trabajo, hubiera llegado á ser una figura bastante más gloriosa, y

capaz de elevarse considerablemente sobre otros que hoy aparecen más distinguidos!

De todos modos hay que reconocer, que sus trabajos en la escultura anatómica y su obra dicha, bastan para darle respetabilidad y considerarle como un individuo que enaltece al cuerpo de Sanidad Militar.





FERRADAS. (D. JOSÉ)

EL doctor Ferradas, es lo primero de todo un subinspector de Sanidad Militar, gran cruz de Isabel la Católica y poseedor de otros honores y condecoraciones que á él satisfacen mucho y exhibe con gusto sin igual cuando hay alguna ocasión apropiada para oficiar de relumbrón, y después un buen oculista que conoce la técnica de su especialidad, que opera bien, que ha conseguido en Madrid una reputación productiva y que valdría mucho más todavía si se curase de ciertas debilidades—después de todo bien inofensivas—que le brotan muy espontáneas por la manera de ser de su carácter.

Sin embargo, junto á estas pequeñas interferencias de su mérito, brillan otras cualidades que las sirven de compensación; es campechano, accesible, sufrido, y con la misma benévola sonrisa escucha un elogio que una censura, lo cual no es poco en este país de los Quijotes ridículos y de las vanidades sin fundamento.

Ha trabajado algo en las Academias y Congresos internacionales, y tiene publicados varios trabajos dignos de estima. Recuerdo como más salientes sus *leccio-*

nes clinicas de oftalmología, que forman una obra abultada, elegantemente impresa, y sus observaciones acerca de la influencia de *la pelagra en las enfermedades de los ojos*. Durante la corta vida que tuvo la Academia de Sanidad Militar, desempeñó la Cátedra de oftalmología y publicó un folleto sobre *curas de Lister* y otro sobre *el catarro seco*.





FERRER Y VIÑERTA. (D. ENRIQUE)

Es una celebridad médica de la Facultad de Valencia á quien venera toda la clase médica española.

Es de elevada estatura, de aspecto sano, mirada y continente severo, y tan exacto cumplidor de sus obligaciones que al sonar la hora de ingreso á la clase, tira el cigarro comenzado, suspende la conversación y pasa al aula seguido de sus alumnos. Fué un secretario modelo y tan puntual en el despacho de sus expedientes, que jamás dió treguas á ninguno si pudo hacerlo en el día.

Sus explicaciones tienen un exquisito sabor práctico y refleja en su puesto de catedrático la catoniana rigidez que le distingue; premia y distingue como pocos la aplicación, pero también como pocos castiga la holganza; siempre tranquilo, circunspecto, inflexible, dotes que ostenta asimismo como operador, pues es notorio que el doctor Ferrer es uno de nuestros más ilustrados cirujanos, y uno de los que más escrupulosamente siguen los progresos de esta importante rama de la medicina.

Amigo servicial, solo hay un obstáculo para el servicio que de él se espera; la severidad de sus actos y

procedimientos, que no siempre se avienen con la flexibilidad y la adaptación que requieren el trato de gentes y los compromisos de la amistad.

—

Uno de sus trabajos más notables es la Memoria (de unas 200 páginas) sobre el procedimiento de Romagosa para la amputación de la pierna, que dió á la estampa en 1872 bajo el título de la *Amputación de la pierna, sus indicaciones, sitio y proceder operatorio para practicarla*. Allí dió cuenta de una modificación suya verdaderamente ingeniosa.

Su numerosa clientela, la cátedra—que tanto tiempo le absorbe,—la secretaría de la Facultad, en los muchos años que la desempeñó, y ahora el Rectorado, no le han dejado tiempo suficiente para trasladar al papel el sinnúmero de hechos clínicos que en su larga práctica tiene observados. Aún así lleva escritas varias Memorias acerca de la enseñanza que está á su cargo, varios artículos en *El Siglo Médico* y en algunos otros periódicos, numerosas historias clínicas y finalmente el folleto á que antes nos referimos.





GARCÍA CABALLERO. (D. FELIX)

CUANDO le veo y le escucho me parece ver y oír la encarnación legendaria de nuestra medicina y de la historia por que ha pasado el Hospital General de Madrid, del cual es profesor.

Aquella frase atildadita, correcta, de una pureza clásica y al mismo tiempo de un colorido tierno y delicioso; que se atiende con notable gusto por la vida y el movimiento que sabe imprimirla, y porque borda primores delicados en la conversación familiar, solo en la familiar, aun tratando de los asuntos más triviales, revelan un espíritu que se ha educado en el estudio de los clásicos y se ha contenido en los límites de sus preceptos.

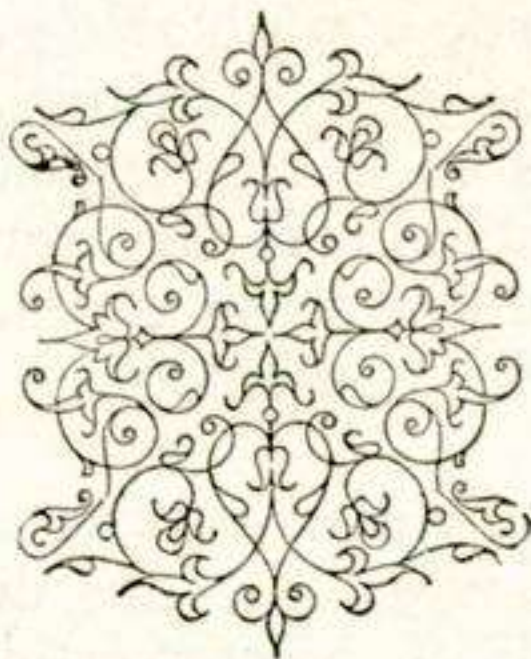
Suponed un individuo semejante, inspirado siempre con las grandes figuras que nos dejaron en latín sus pensamientos médicos, y convertido por esta misma pasión en el cronista de las glorias del Hospital General, y tendreis los rasgos salientes de la personalidad médica del doctor García Caballero, uno de los profesores más originales y dignos de veneración que tiene dicho establecimiento.

Yo que siento muy á menudo hormiguearme por el

espíritu las ganas de desdeñarlo todo, cuando tropiezo con estas figuras ya caducas, que mantienen dignamente el culto de sus pasadas convicciones y saben hermo-searle con la poesía melancólica de esas venerables ruinas que se ven alumbradas por la suavísima luz de la luna, siento como ahogos de una emoción y ternura indecibles que me brindan á caminar hacia adelante, invariable siempre sí, pero con el alma postrada de hinojos ante los ideales y las creencias de lo pasado.

—

Lo ya dicho basta para advertir que el doctor García Caballero es un escritor castizo, de pulcritud académica, aunque á veces un poco gongorino. No ha dado obra alguna de alto vuelo, pero tiene escrito profusión de discursos y memorias, en su mayoría sobre el Hospital General de Madrid.





GARCÍA CAMISÓN. (D. LAUREANO)

EL doctor Camisón, á quien la Academia Médico-Quirúrgica ha elevado en este curso al honroso puesto de presidente, para que con su prestigio y sus influencias, transfunda robusta vida en el decaído organismo de la corporación, es una de esas figuras médicas difíciles de apreciar por otros juicios que los que engendre en el examinador su propio estudio y trato personal. Elevado al glorioso puesto de cirujano de confianza del Rey D. Alfonso, no se encuentran ciertamente, ni en las obras importantes con que haya enriquecido la cirugía, ni en el brillo de sus oposiciones, ni en la fascinación de grandes controversias académicas, los motivos que abonan tan envidiable gerarquía, y sin embargo nadie pone en duda la pericia suya, ni el buen acierto con que su nombre fué sometido á la elección del jefe del Estado por el antiguo presidente de la Real Cámara, D. Francisco Alonso Rubio.

—

Sin duda, que la habilidad culminante del señor Camisón, recae en la cirugía. Médico del cuerpo de Sanidad Militar, su trato con generales y sus afortunadas

maniobras operatorias en el Norte, durante la última guerra civil, le rodearon sin dificultad de un prestigio que sabe conservar dignamente en la práctica, siquiera hasta hoy la ciencia tenga que agradecer bien poco á sus favores, y hasta es de esperar que siguiendo en esto la conducta trazada por nuestros más distinguidos cirujanos, atraviere el curso de su existencia sin dejarnos obra alguna que testifique á los que le sucedan la justicia con que brilló en los más excelentes destinos de la profesión.

Que el doctor Camisón es cirujano hábil y sereno, no lo diré yo, que hasta ahora no he tenido el gusto de verle operar; lo dicen sus estadísticas y los que han podido ayudarle en situaciones quirúrgicas difíciles. Para mí, baste saber una cosa; que se educó á conciencia y teniendo muy sólida base anatómica, al lado del gran cirujano el doctor Velasco; este mérito, unido á su buen sentido práctico y á cierta simpatía y desenvoltura para el trato de gentes, han bastado para empujarle por el camino de la prosperidad.

Nosotros aplaudimos su destino: tratándose de un hombre que tiene el talento natural que él tiene, su ilustración y su prudencia, sabemos positivamente que ha de dejar bien puesto el pabellón de la medicina española cuando importe á sus intereses blandirlo con empeño de luchar y vencer.

Ha publicado varios artículos en periódicos médicos y ha escrito en unión del Sr. Martínez Pacheco, una Cartilla de Sanidad Militar.





GARCÍA LÓPEZ. (D. ANASTASIO)

Es un médico homeópata, es decir, un heterodoxo de nuestra doctrina terapéutica, y en consecuencia para nada hemos de ocuparnos de este aspecto suyo.

Pero al doctor García López, por razón de su mucho valer y laboriosidad, debe la medicina hipocrática importantes servicios que le hacen digno de nuestros elogios y uno de ellos es su magnífica obra sobre *Hidrología médica*, premiada hace poco por la Real Academia de Medicina de Madrid.

Esta especialidad profesional del doctor que nos ocupa, por ser la que más le afana y caracteriza, basta para dotarle de una reputación estimable aun entre los profesores alópatas. El Sr. García López es sin duda una de las figuras más brillantes de nuestro cuerpo de médicos directores de baños, y en este sentido merece que olvidemos sus desafinaciones homeopáticas y espiritistas y le citemos como uno de los más estimados autores nacionales, y tal vez como uno de los más conocidos en el extranjero.

Entre otros escritos suyos de interés general, recordamos también en este momento, como digno de mención, una preciosa monografía sobre las parálisis.

Es persona de ilustración bastante general y uno de los más robustos pilares sobre que descansa la Sociedad Hidrológica Española.

Posee dotes de polemista, es razonador, elocuente y algo duro en sus ataques.





GARCÍA MORALES. (D. MARIANO)

EN una noche del año 63 discurría Marianillo con un compañero de fatigas y necesidades sobre la manera de acallar los desaforados gritos de su hambriento estómago. Estaban en la calle de Atocha; era verbena de San Juan, y la gente discurría en densas y continuas oleadas de arriba abajo y vice-versa. Por todas partes los semblantes revelaban hartura, contento, bienestar y dicha.

—Chico—dijo á su acompañante Mariano—yo no creo que haya código humano que nos obligue á morir hambrientos de pan y hartos de pundonor. Vamos á ver si á estos ciudadanos satisfechos les sobra algo para remediar la necesidad de dos prójimos; y utilizando sus *altas influencias*, pudo lograr le prestaran unas gafas oscuras y una guitarra.

Con los vidrios ante los ojos, la cabeza doblada sobre el instrumento, y este gimiendo por la vibración hábil de sus cuerdas, Mariano entonaba sentidas canciones mientras su amigo recogía el producto de la generosidad pública.

El recurso fué eficaz; en poco tiempo se habían reunido más de treinta reales: calló la guitarra, desapa-

recieron las gafas de encima de las narices, y en un bodega próximo que hay todavía en la calle de la Fresa, entraron mis dos hábiles buscones, donde no cambiaron palabra alguna hasta después que hubo metido cada cual entre pecho y espalda, y uno tras otro, el contenido de tres pucheros de á dos reales. ¡Vive Dios, que todavía se relame el acreditado médico al recuerdo de aquel banquete!

.

Hoy he visitado á D. Mariano, que ha tenido necesidad de tomar el otro entresuelo de su elegante casa, porque ni los vistosos muebles, ni su familia, ni sus enfermos, ni los objetos de fantasía que sus buenos clientes le regalan, caben ya en el entresuelo de la derecha, único que antes ocupaba. El magnífico San Antonio de talla, que ha mandado labrar, para dar satisfacción al deseo de su señora, está bien hecho, es una verdadera obra de arte; tiene gusto para la elección de alfombras y rasos, y me parece que su sillería de botón de oro es de buen efecto...

—

Entre ambas situaciones sólo ha mediado una honradez y laboriosidad á toda prueba; siguió el camino del afamado doctor Velasco, y fué como él camarero en un colegio. Su constancia, sus privaciones, su voluntad firme, las simpatías que caracteres tan notables despertan en quienes páran su atención sobre ellos, le permitieron ir avanzando, ver nuevos horizontes, cada vez más risueños y satisfactorios, proporcionarse recursos sucesivamente mayores con que poder acudir á las necesidades de su numerosa y apurada familia, hacerse respetable y digno, y... y servir á la ciencia.

Servir á la ciencia, porque si yo hablo aquí del señor García Morales, es, porque además de ser un tocólogo afortunadísimo, de práctica muy acertada, estimado entre los más célebres especialistas de Madrid, contribuye también á enriquecer la vida científica de la Sociedad

Ginecológica Española con la abundante exposición que allí hace de curiosos hechos y observaciones clínicas, los cuales después ven la luz en los periódicos médicos; y siendo uno de los pocos contribuyentes al enriquecimiento del capital clínico que va atesorando dicha Sociedad, es uno de sus más firmes apoyos, y tiene por consiguiente un puesto honroso entre los que se cuidan de honrar la obstetricia y ginecología españolas.

Querido Mariano: tú eres de la madera de los hombres de provecho, y has de ir todavía muy lejos: cuando en la revista que haga tu memoria sobre las situaciones tan distintas y opuestas de tu vida, compares el ayer frente al hoy, podrás decir con noble orgullo que has andado mucho camino, y gozarás, con la meditación de tantas vicisitudes atravesadas, como goza el viajero que ha visitado muchas comarcas y pasado muchas peripecias, con el recuerdo de sus pasadas fatigas y contemplaciones.

Surgir de la nada y llegar digno y respetado por el repecho del trabajo y del saber á grandes alturas ¡qué hermoso es esto! ¡Con qué orgullo puede volver el hombre la vista al camino recorrido, donde parece contemplar aún el suelo trabajado por su mano, y cree sentir el aire conmovido por sus gritos de animación y fortaleza! También yo gozo algo en estos cambios del destino, aunque no sé si te acordarás de mí. ¿Vistes, acaso, al través de tus gafas, en el célebre día aquel, un muchachuelo de once años, puesto con seguridad en la primera fila del corro, que tenía un botillo de repartir vino y un embudo de hoja de lata al hombro, que vestía con desaliño, gozaba del canto, y no soltaba un maravedí?

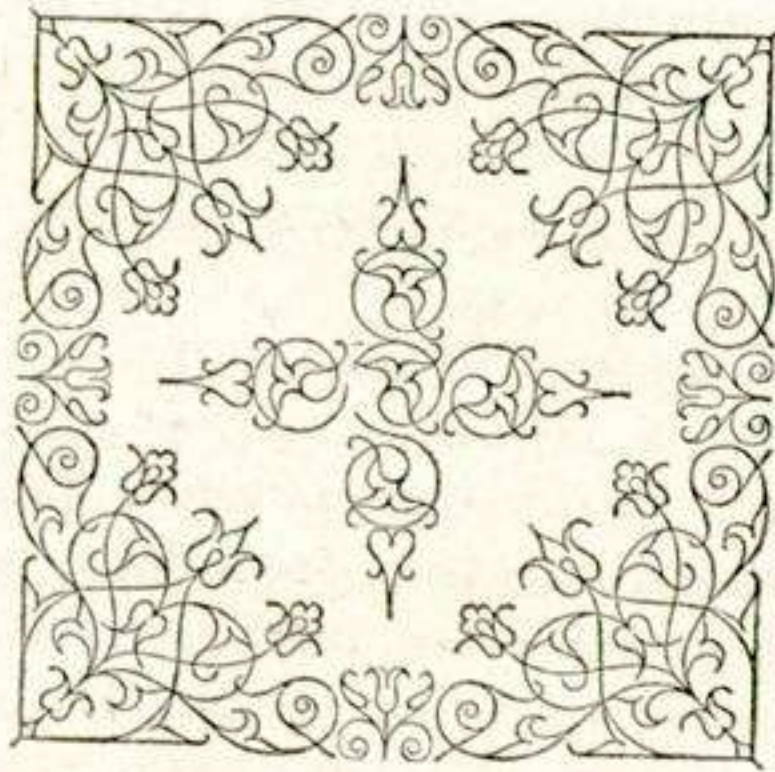
Pues si tienes conciencia de haberlo visto, fíjate en mí y recuerda.

Es posible que fuese yo.

También entonces me movía yo; bien que gracias

á mis padres, modelos de tales, seguía fácil camino y marchaba en buena dirección. Verdaderamente podemos decir los dos, frotándonos con satisfacción las manos, al contemplar hoy nuestros hijos revolcándose entre espesas alfombras y abrigados por costosos gabanes de terciopelo y pieles:

—Chico, ¡cuánto y qué bien hemos corrido!





GARCÍA SOLÁ. (D. EDUARDO)

SE asemeja mucho en el porte exterior á lo que puede considerarse como un tipo del médico culto, distinguido y de sociedad. Es, bajo su aspecto científico, erudito, amante por igual de lo antiguo y lo nuevo, investigador y experimentador concienzudo, laborioso, y goza de una merecida fama como catedrático. No es un pensador original, pero es quizás, dentro de la literatura médica española, quien de una manera más cabal y agradable puede dar cuenta de la historia y del estado actual de cualquier asunto médico.

—

Ha publicado, entre sus más notables escritos, una *patología general*, de la que se han hecho cuatro ediciones, una obra sobre *histoquímica* y varios trabajos sobre *Solano de Luque*. Hizo oposiciones á las plazas del Hospital General de Madrid y se llevó el número primero. Ahora es, por oposición, catedrático de Granada.





GIMENO Y CABAÑAS. (D. AMALIO)

CUÁNTAS veces envidié la belleza de sus escritos! Lo he dicho en muchas ocasiones y no tengo reparo en consignarlo aquí: de cuantos escritores médicos españoles he leído, ninguno me ha gustado tanto por su estilo, como el doctor Gimeno.

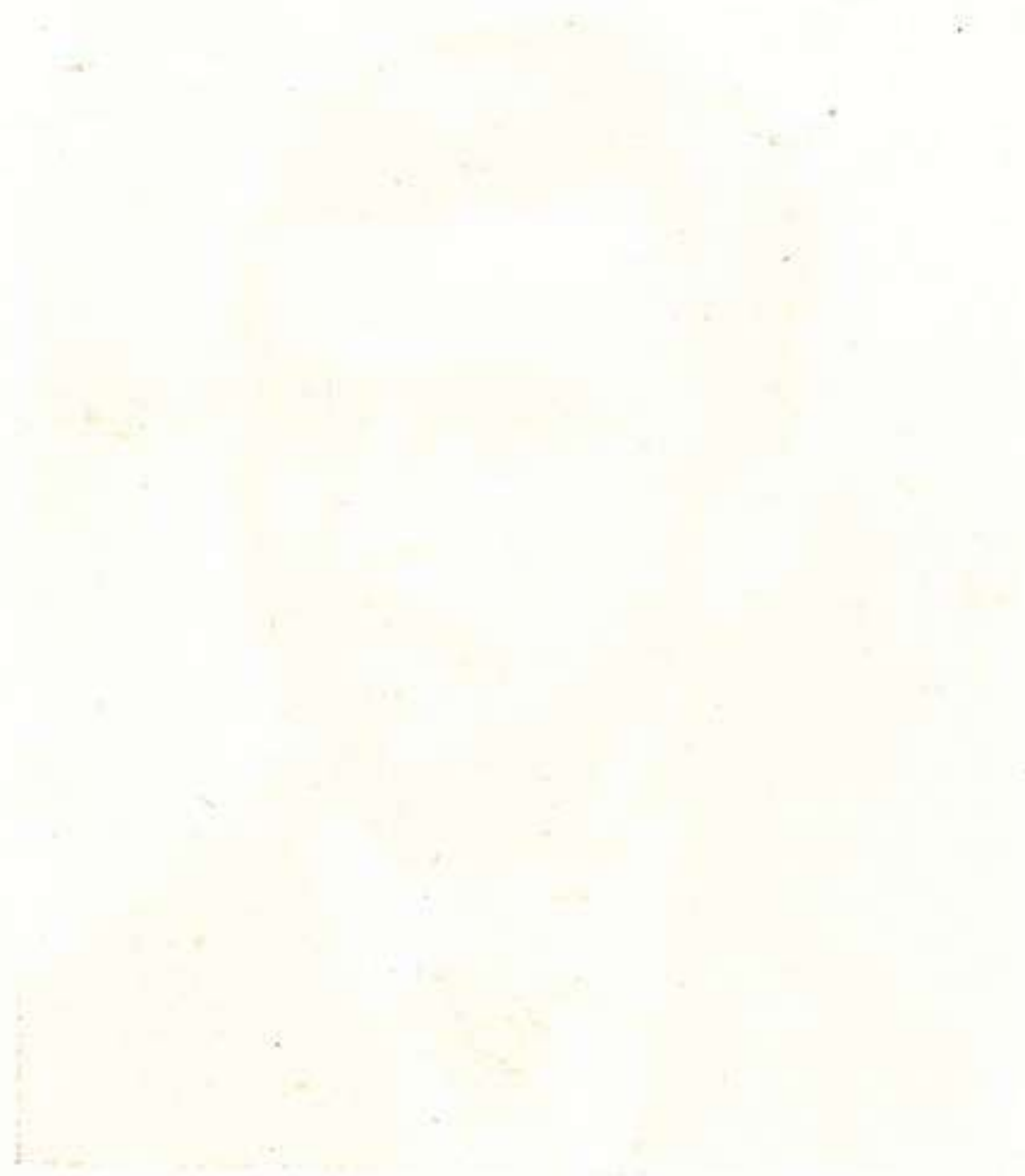
Y repetiré también afirmación que otras veces he dicho. Creo que la natural pereza del doctor Gimeno para escribir, ha permitido á mi pluma conquistar con más facilidad la reputación que ha conquistado, porque el Sr. Gimeno sabe escribir con el estilo que yo escribo y todavía con mejor gusto y fluidez que yo lo hago.

Su estilo es suelto, elegante, galano, y siempre elevado y espontáneo.

Para poder juzgarle, mejor que á sus obras meramente técnicas, hay que acudir á otros trabajos en los cuales ha dejado correr la pluma con entera libertad de sus esquisitos gustos literarios y de su hermosa imaginación: tales son p. ej. *La estética en las ciencias médicas* y *Un habitante de la sangre*, con cuyos dos trabajos ha tenido el acierto de constituir un elegante tomito el editor de esta obra.



Dr. Gimeno Cabañas.



Ambos trabajos, que primero vieron la luz en *El Genio Médico Quirúrgico*, deben haber sido los de más notable sabor literario, que en su larga vida lleva publicados este periódico.

Además de los dos citados, el doctor Gimeno y Cabañas ha publicado otras obras de mayor importancia científica, entre ellas una, titulada *El doctor Declat y el ácido fénico*, que revela sus dotes de polemista; otra de *Terapéutica* en dos tomos y ahora tiene en publicación, con el doctor Moliner, un muy notable tratado de *Patología general y anatomía patológica*.

El doctor Gimeno y Cabañas, catedrático por oposición de terapéutica en Valencia, es un joven, que por su talento y su amor á la medicina, ha de suministrar grandes frutos á la española. Figura en primera línea entre la juventud brillante, y así por su talento, como por su ilustración y por sus aspiraciones, es de los que saben mirar frente á frente y sin parpadear, al sol hermosísimo de la ciencia.

En Valencia, de donde es hijo, tiene una de las primeras clientelas, y pertenece en consecuencia al tipo más apreciable de los que arroja nuestra profesión.

Es decir, al tipo que habla, que escribe y que practica, haciéndolo todo siempre de un modo excelente.





GINÉ Y PARTAGÁS. (D. JUAN)

No paso vez alguna por Barcelona que no considere como uno de mis primeros y más gratos deberes, el hacer una visita al activo catedrático de aquella facultad de Medicina Sr. Giné. Ignoro la calidad y cantidad de consideraciones que dentro de la industrial ciudad habrá podido conquistarse con sus trabajos, pero sí me consta, que en el resto de España, su nombre figura y se estima como el de uno de los médicos más laboriosos y que más producen.

Desde mis primeros pasos por el camino de la publicidad en asuntos médicos, hube de encontrarme ya con los frutos del doctor Giné; poco después, al ver que á una obra sucedía otra, hube de admirar tan sorprendente fecundidad, y más tarde, cuando regresando de mi primera escursión por Europa atravesé por vez primera la capital donde reside, y pude apreciar la manera como vive, hube de maravillarme de su portentosa actividad, de su utilísima inquietud, y á semejanza de lo que más tarde había de sucederme en Cádiz al visitar al doctor del Toro, hube de reconocer que hay hombres privilegiados y con tales dotes para el trabajo, que parecen poseer entre sus atributos el de estirar el



Dr. Giné Partagas.

tiempo y hacer que esas inmutables veinticuatro horas que tiene el día para correr sus períodos, adquieran para ellos doble ó triple duración de las que tienen para los demás mortales. Su cátedra, su clientela por la mañana y noche, su consultorio por la tarde, sus idas al manicomio de Nueva Belén, su intervención en las sociedades, sus aficiones de otra índole, su periódico... y además de todo esto que supone una serie de ocupaciones muy desarrolladas, las prensas siempre arrojando frutos de su estudio, obras abultadas, interesantes y sobre materias distintas. ¿Qué hay de singular en estos hombres para que además del gasto que supone su vida íntima, puedan arrojar para la vida pública un contingente tan enorme de actividad? ¿Qué contestura tan admirable es la suya que cuando vemos á otros caer rendidos á las tres horas de consulta, ó á las seis ú ocho visitas, realizadas en buenas condiciones, ellos explican, consultan, se mueven, fomentan, escriben, y al final de un día que se cree imposible, aparecen tan animosos y potentes como al empezar su tarea?

Podrá no suceder así, pero, para los que vemos los hechos desde fuera, la figura de Giné aparece como la que más fomenta en Barcelona los intereses médicos, en sus variados aspectos de la enseñanza, la ciencia y la profesión. Conocidos son de todos sus recalcitrantes esfuerzos para lograr la reforma trascendental de la detestable Escuela de Medicina y hospital clínico de tan opulenta ciudad; conocidas son sus numerosas obras, y conocidos son también sus trabajos en lo que se refiere al perfeccionamiento de algunas prácticas profesionales y á la iniciativa y organización de certámenes instructivos.

Yo sé muy bien que hay siempre en toda esta espontaneidad un fondo de egoísmo, pero para el que como yo admita que una de las acepciones más prácticas de la palabra virtud es la que la explica diciendo que es *el egoísmo bien entendido y mejor realizado*, para

el que así piensa, claro está que el egoismo del señor Giné ha de resultar siempre, y á pesar de todo, un egoismo glorioso, útil para el desarrollo de la obra común, y del cual desearíamos ver profundamente atacados á todos los españoles, cuanto más á todos los médicos.

—

Dirige el Sr. Giné dos periódicos de medicina, uno de carácter general y el más antiguo de Barcelona, *La Independencia Médica*, revista que tiene honrosos antecedentes por sus campañas en favor de las ciencias experimentales y la ciencia en sus más amplias, modernas y liberales manifestaciones; y otro más moderno, único en su género en España, titulado *La Revista Frenopática*, órgano principalmente del manicomio de Nueva Belén, de cuyo establecimiento es director el Sr. Giné.

¿Discursos y Memorias? Cítelos quien los recuerde; yo debo conocer los menos y aun de éstos he olvidado muchos: recuerdo, sin embargo, entre ellos un bellissimo trabajo de cien páginas, titulado *Homología y heterología frenopáticas*, al que considero como una hermosa fantasía sobre principios frenopáticos, que prueba el vuelo que alcanza la imaginación del ilustre catedrático; recuerdo otro que leí hace años á propósito de higiene urbana, tratada con miras filosóficas; otro sobre empleo del ácido fénico en los embalsamamientos humanos; unos estudios clínicos sobre sección por ligadura elástica que recuerdo publiqué en *El Anfiteatro Anatómico*, un proyecto relativo á la verificación de las defunciones é instalación de las casas de Socorro y otros más.

Pero el Sr. Giné tiene para atestiguar su valor un largo capítulo de obras extensas: tiene un *tratado teórico-práctico de frenopatía*, de más de 600 páginas; sobre *anatomía* ha publicado unos *cuadros sinópticos* y unos *apuntes de anatomía general* y un compendio de *anatomía quirúrgica sobre higiene*; además de un *tratado de*

higiene rural, ha escrito una obra extensa en dos tomos, que era, antes de publicarse la magnífica obra del doctor Alcina, la más notable de las que podíamos consultar como nuestras los españoles: hoy tenemos, aparte de los célebres tratados de higiene de Monlau y los dichos, otros trabajos de Hernández Poggio, González Hidalgo, la versión anotada del Tardieu, hecha por el Sr. Saenz y Criado, y varias más que prueban el desarrollo que va tomando esta materia entre nosotros.

Sigamos: tiene un *tratado iconográfico de dermatología quirúrgica*, de 840 páginas con una respetable serie de láminas y fotografías; sobre *historia de la medicina*, tiene un tomo correspondiente á las lecciones que explicó en el curso de 1868 á 1869, y tiene... otras más que no cito por ser ya de menos importancia.

¿Que la mayor parte de estas obras son unas compilaciones mejor ó peor hechas? Convenido; pero representan un trabajo fenomenal, en el cual siempre deslíe algo suyo el Sr. Giné, porque, ni por su práctica, ni por su imaginación, ni por su sentido crítico, puede ser jamás el doctor Giné un copista vulgar al estilo de los que abundan por esta tierra. El Sr. Giné es un hombre de genio y crea: confieso que me asusta el campo extenso que ha tomado para la labor, y que creo le sea materialmente imposible removerle muy hondo, y enriquecerlo con abundante cosecha propia, mas es lo cierto que entre las citadas obras hay algunas que tienen ya rasgos de mayor originalidad.

—

Concluyo enviando el más sincero testimonio de admiración y respeto al hombre tan ardientemente consagrado al fomento de la medicina y de la literatura médica española.





GOMEZ DE LA MATA. (D. FEDERICO)

REDACTA en el periódico de medicina *Los Avisos*, y posee cualidades que le hacen digno de aprecio.

Su práctica y su faena periodística son modestas, pero de vez en cuando un resplandor de su laboriosidad fija la atención de la clase médica sobre su nombre; es algún libro ó folleto médico que da al público.

De este modo tiene escritos varios trabajos: sus *estudios sobre la paraplegia*, un folleto sobre la *tos ferina*, otro sobre el *corea*, un manual de *inyecciones hipodérmicas*, un libro sobre la *sordera y su curación* y otros varios: además tiene en preparación algunos más.

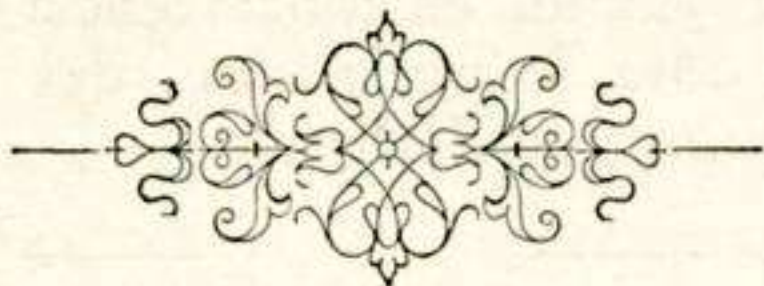
La ausencia del Sr. Gómez de la Mata de los centros académicos y sus escasas relaciones médicas, le mantienen más oscurecido de lo que merece estarlo. Es un profesor estudioso que honra á la juventud médica.





GOMEZ PAMO. (D. MARCELIANO)

CIRUJANO distinguido del Hospital Provincial de Madrid, ha contribuido algo al movimiento literario médico de nuestro país, con sus numerosas traducciones y algunos trabajos originales, entre los cuales recuerdo una obra sobre apósitos y vendajes, publicada en colaboración con el doctor Osorio. Redacta ahora en los *Anales de Cirujia* y ha desempeñado breve tiempo en comisión, una de las clínicas quirúrgicas durante el período revolucionario. Sin embargo de no intervenir en debates académicos, la Academia Médico-Quirúrgica le ha elegido presidente de la sección de cirujia en consideración á sus méritos quirúrgicos.





GOMEZ TORRES. (D. ANTONIO)

HA venido por concurso de cátedras á Madrid y se ha encargado de la asignatura de obstetricia y su clínica, á cuyos estudios ha consagrado especialmente sus aficiones. En Granada, de donde fué catedrático, gozó de notable reputación como tocólogo: hace lo que puede por conquistársela en Madrid, y para ello no deja *la ida por la venida*, es decir, que no omite medio alguno de conseguirlo. Hay de malo, que Madrid es muy grande y voces que parecen estentóreas en otros parajes de España, aquí apenas se escuchan. Celebraremos, sin embargo, realice su justo deseo, con tanto más motivo cuanto que no es de los que permanecen quietos.

Ha publicado multitud de artículos en la prensa médica, casi todos de su especialidad, hace comunicaciones en la Real Academia y en la Sociedad Ginecológica, y habla con orgullo de sus trabajos *La fuerza y la resistencia en el acto del parto* y su tratado de *enfermedades de las mujeres*, que en este año pasado aspiró al premio del doctor Rubio, en concurrencia con la obra del Sr. Roel y la obra sobre la *lepra*, del Sr. Hernando, y... estuvo á punto de llevárselo.





GONZALEZ ENCINAS. (D. SANTIAGO)

POR espacio de muchos años he creído sinceramente que el doctor Encinas es todo eso que aparenta ser, que muchos dicen es, y que hasta el mismo interesado tiene formado el propósito serio de que se crea; todo eso, en fin, de que es rudo, de carácter atrabiliario, de procedimientos bruscos, de acometidas explosivas, de interjecciones retumbantes... una especie de señor feudal, gotoso y de muy mal humor, que se ha retrasado algunos siglos en venir al mundo y se nos ha metido á mediados del siglo XIX, yendo á parar también por equivocación, para que todo en él sea desacierto, á una cátedra de la facultad central de Medicina en vez de ir á un castillo roquero, escondido entre intrincables selvas y abruptas montañas. ¿No es esto lo que se cree por ahí del Sr. Encinas? Pues yo les aseguro á ustedes que todo ello es la mala fama asentada sobre algunos postizos.

Puede ser que todo eso quiera aparentar el señor Encinas, mas sospecho que es porque se ha propuesto desempeñar el papel de barba en esta comedia de la vida, debido á que se le ha ocurrido pensar en sus cavilaciones filosóficas (me lo ha contado) que al *hombre*

se le debe tratar como á hombre, y como él se ha obstinado vivir en la persuasión de que el hombre, si no es, debe al menos ser del temple de aquellos germanos del siglo V, fornidos, robustotes, de cabelleras largas y marañosas como pelucas de estopa, de acento tan duro y enérgico como lo eran sus batallas, sus costumbres y sus invasiones, de rostros desfigurados y rígidos... de aquí que él procure adaptar sus procedimientos á sus convicciones.

Pero dejemos todo lo que se le pasea por fuera, arrojémoslo con un capotazo de buena conversación y busquemos en Encinas verdad lo que se le pasea por dentro, y tendreis al autor de uno de los libros más espiritua les y etéreos, más vaporosos y elegantes, que se han escrito en los últimos tiempos acerca de la mujer.

Y cuando tras detenida lectura de aquellas páginas hayais podido apreciar las filigranas que ofrece el sentimiento y la razón del doctor Encinas, cuando hayais saboreado aquel análisis sutil, haciendo bordados sobre motivos de los atributos del sér más delicado y poético de la creación, haced surgir de pronto la figura quirúrgica del doctor Encinas, armado de cuchillo, soltando interjecciones, hablando con carraca, y sacudiendo con brusquedad sus músculos, y de no aceptar la tan célebre frase de Víctor Hugo un oso haciendo encaje, que no aceptareis, decidme si no os sentís de pronto atacados de la risa, y con ganas de exclamar: «¡Vamos; que no le creemos á usted, D. Santiago!»

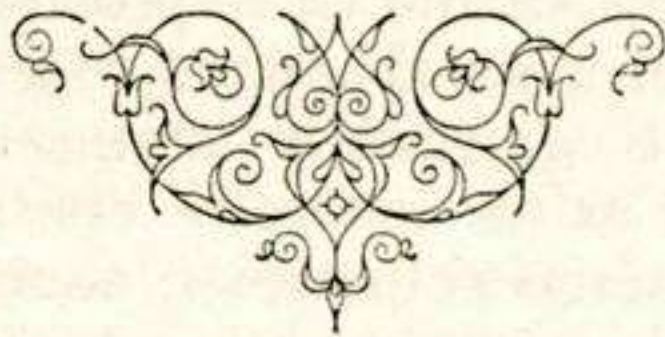
—

Que D. Santiago es cirujano, ¿quién lo duda? Se le coloca en primera línea y no seré yo quien vaya á echarle; está bien puesto; nada le sobrecoje; ha buscado las regiones más peligrosas y ha operado allí; ha diagnosticado, ha querido razonar y ha discurrido siempre con el acierto que autorizan los conocimientos científicos actuales y sus entusiasmos, á veces más arrebatados de los que se permite tener el público que le escucha.

Muy cierto es que conoce el arte de la cirugía, que le trabaja y que siente por él verdadera pasión. Solo deploro yo por lo que le aprecio, que algunas originalidades chocantes, y cierto apego á periódicos que para nada deben ocuparse de la técnica médica, hagan rebajar un tanto, para muchos gustos, el brillo refulgente que de sus prácticas emanan.

—

El doctor Encinas es buen catedrático; sus discípulos deben apreciarle porque ama el trabajo y sabe mirar adelante. Ha publicado varios escritos que revelan sus excelentes gustos literarios, y la fluidez de su diálectica. Entre sus obras figurará como la más notable, y honrará á nuestro país, la que tiene en prensa sobre *clínica quirúrgica*. Conozco algo de ella y no dudo que aumentará la justa fama de su autor.





GONZALEZ VALLEDOR. (D. BALDOMERO)

Si yo creyera que los sectarios de Burgraeve constituían en España una escuela, diría del Sr. Valledor que era el jefe de esta escuela terapéutica; de todos modos es el apóstol más caracterizado, el más distinguido y el que más esfuerzos ha desplegado para aclimatarla en nuestro país.

Decidido á no emitir aquí juicio alguno sobre la doctrina que sostiene, solo me permitiré indicar, que si el Sr. Valledor no ha sacado de su propaganda mayor fruto, no se debe ni á su abandono ni á su grande ignorancia; y sí á que equivocó el camino que debía haber seguido á fin de salvar naturales resistencias y vencer convicciones opuestas respetables; tomó el atajo difícilísimo de las violencias y de las imposiciones *ex-cátedra* cuando podía haber hecho avanzar sencilla, lenta y sosegadamente su predicación por el camino de las buenas formas y de la amistad. Lo creo hijo de su carácter, pero es decir que yo opino que esta vez adoleció de mal diplomático. De mí,—su principal adversario—puedo asegurar que salté al medio de la arena *dispuesto á todo*, cuando más inclinado me hallaba á tratar las predicaciones del Sr. Valledor con la amistosa toleran-

cia de que le había dado prueba ya otras veces; y por lo menos á respetarlas con el silencio. Puede creerme mi inconciliable adversario—y se lo digo aquí ya completamente sereno y despojado de todo rencor—el espectáculo que él y yo hemos dado á la clase, lo renovaré yo y lo renovaría cualquiera, mientras quedase un leve esfuerzo muscular para mover la pluma, tantas veces como se provocara en los términos que él lo hizo. Con unas cuantas frases ó una leve indicación amistosa, hubiera tenido á *El Siglo Médico*, ya que no convicto á sus pretendidos triunfos clínicos, cuando menos cortés, tolerante y leal á la solicitud que mostraba para defenderlos. Decididamente, la propaganda de las nuevas doctrinas requiere los procedimientos de las grandes religiones, y quien así no lo conozca jamás obtendrá el triunfo que apetece.

—

Dentro de la escuela dosimétrica, el Sr. Valledor ha dado pruebas de una actividad considerable y ha logrado otras victorias que muy pocos hubieran conseguido. La celebración del Congreso dosimétrico fué una de ellas; además, su *Revista de Medicina dosimétrica*, algunos trataditos originales, otras obras traducidas y los esfuerzos que ha hecho para crear y mantener la vida de la Sociedad Dosimétrica, acreditan que posee facultades no vulgares y que sabe acudir á los diferentes recursos con que se populariza y se arraiga una doctrina.

Por lo demás, el tiempo vuela, las cosas que han de suceder ocurren por necesidad y yo confío en que no pasará mucho tiempo antes de que algunas correcciones vengan á dejar al Sr. Valledor en un campo donde no tendremos inconveniente espigar también nosotros.



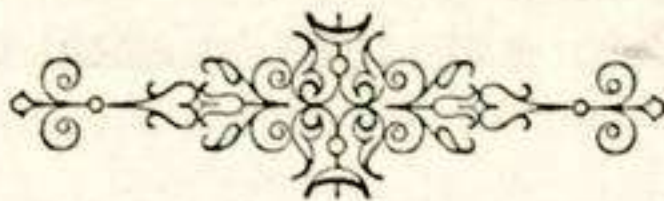


GUTIERREZ. (D. EUGENIO)



AFICIONADO á la Ginecología, y bien impuesto en los adelantos de este difícil y extenso ramo de la medicina, es de los más modernos individuos de la Sociedad Ginecológica Española, y uno de los que con más constancia y brillantez trabajan. En la exposición de casos y desarrollo de temas, ocupa siempre un lugar preferente; tiene palabra fácil y expresiva, y su trabajo resulta serio y adelantado.

Es joven, y está empezando á producir: citaré entre sus escritos una memoria sobre el *vaginismo*, y otra muy interesante y original, presentada y leída al Congreso Médico de Sevilla, acerca de las *letalides*.





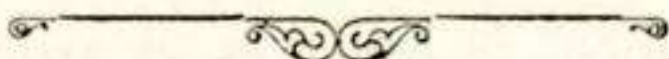
HAUSER. (PH.)

Es un profesor de origen alemán que ejerce en Sevilla, y goza de una justa celebridad.

Su afición al trabajo es la proverbial de los alemanes; por ella le debe España, y le debe sobre todo Sevilla, una obra de un mérito extraordinario. Una topografía médica de la histórica capital de Andalucía.

Es un trabajo concienzudo, que ha costado al autor pesquisas incalculables, y vencer esas resistencias de nuestra apatía que sólo el espíritu recalcitrante y firme de un germano puede vencer. Obra tan pensada, y de un mérito y valor nacional tan notorios, sólo tiene para nosotros un defecto; el de que la haya hecho un extranjero. Convengamos en que si la hermosa ciudad de Pedro I de Castilla ha tratado como á hijo al doctor Hauser, éste no ha sido ingrato con el país elegido para la práctica de su profesión, pues le deja una obra utilísima para su salud, una de esas obras cuya necesidad estamos pregonando á cada paso, que reconocemos como indispensables, y aguardamos, sin embargo, que nos la hagan los extranjeros.

Además de esto, tiene el Sr. Hauser publicados otros varios trabajos de menor importancia, pero que también demuestran su ilustración.





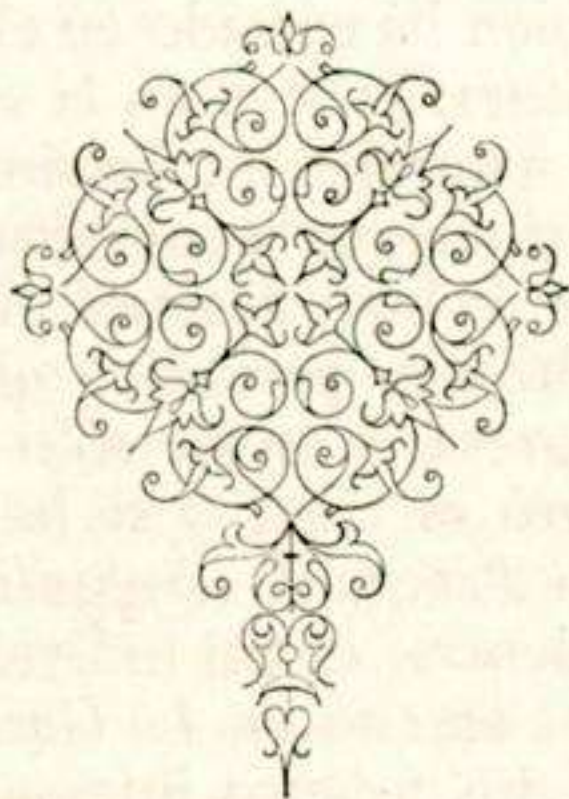
HERNANDO. (D. BENITO)

Es doctor en ciencias naturales, y empezó á distinguirse por sus trabajos en estas ciencias. Se dió á conocer al público médico principalmente como ayudante del laboratorio de la cátedra de química del preparatorio; luego emprendió la carrera de medicina, estudiando muy especialmente la terapéutica y la dermatología. Con los conocimientos que tiene en estas dos ramas, y sus condiciones naturales de laboriosidad, agudeza de ingenio y penetración, brillaría en primera línea si no tuviese condiciones personales de modestia excesiva, que dañan notablemente al provecho de su individualidad.

Es enjuto de carnes, de ojos expresivos, cabellos negros, palabra fácil y rápida, y buen amigo de sus amigos, que son muy pocos, en verdad, porque no atraviesa con facilidad cualquier contrabando de trato las aduanas de su amistad.

Su trabajo sobre *la lepra* es el producto de una laboriosidad asidua de más de diez años, en los que no

ha perdonado medio de investigación clínica, análisis microscópico y erudición literaria que pudiera servir para la mayor ilustración de su estudio. Es un trabajo muy apreciado en el extranjero, y que influyó gran parte en la visita que el gran Virchow hizo á España, y especialmente á Granada.





LARRA Y CEREZO. (D. ANGEL)

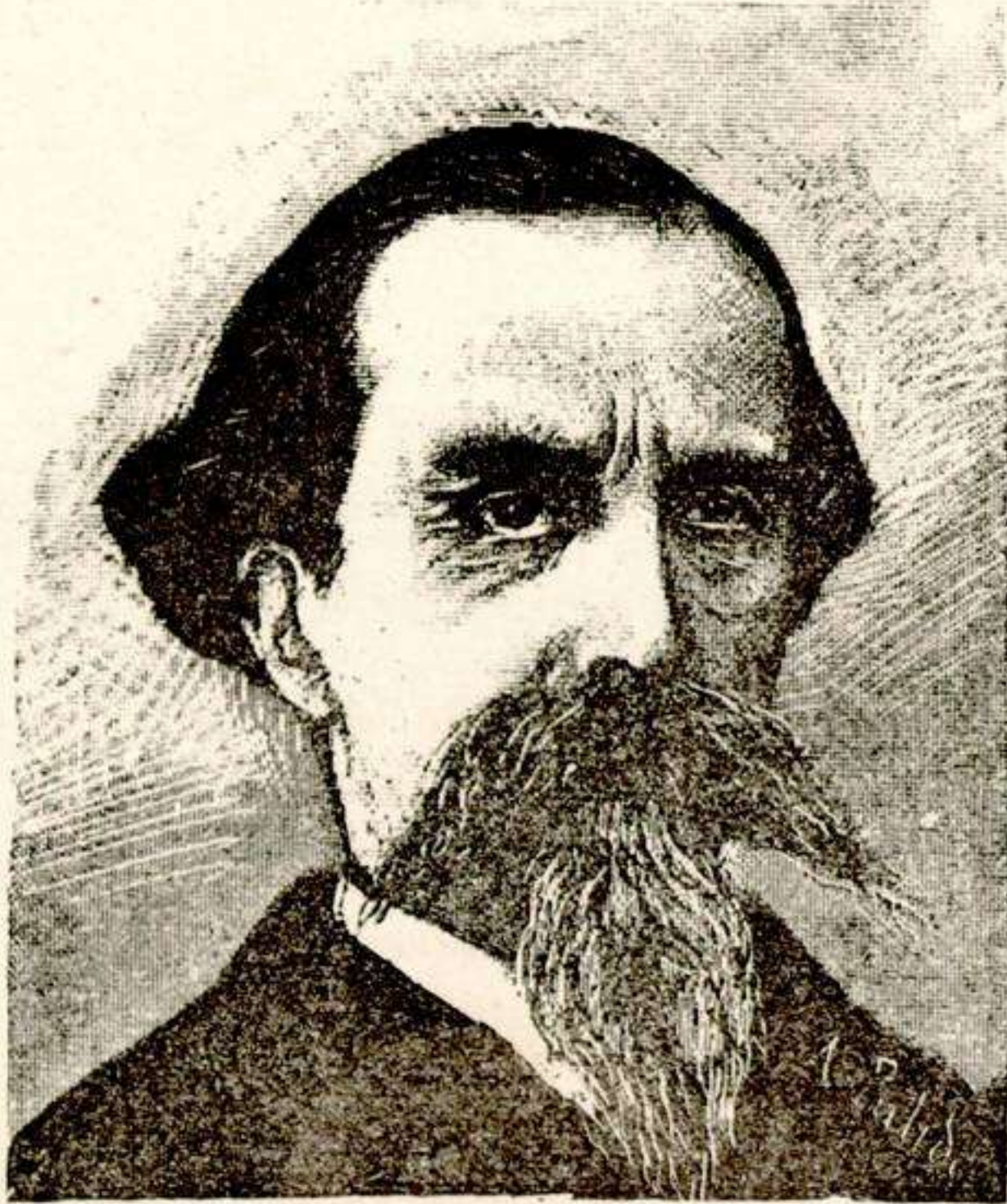
NIETO del célebre *Figaro*,—aquel Larra que tan agudas críticas hacía y con tan envidiable estilo las presentaba,—también ha entrado en el campo de los aficionados á la escritura: lo lleva en la sangre, y no había de resistirse á sus naturales inclinaciones.

Su campaña periodística la comenzó en los *Anales de Medicina y Cirujia*, la hizo después más atrevida publicando el *Diario Médico*, periódico que se propuso ser lo que su título expresa, y lo fué sólo un mes, en cerca de un año que duró su vida; y se ha contraído actualmente á dirigir una *Revista de terapéutica*, que se publica una vez al mes. Además, como individuo del cuerpo de Sanidad Militar, ha escrito en *La Gaceta* del cuerpo.

Ha dado á luz dos folletos interesantes, uno sobre la *Trepanación*, y otro sobre *El Gelsémimo*. Tiene aptitudes periodísticas; sin duda ha heredado algunas de las buenas cualidades de su malogrado abuelo, y es de esperar que si no abandona el terreno que ha empezado á cultivar con acierto, logrará conquistarse buena reputación.







Dr. Letamendi.



LETAMENDI. (D. JOSÉ)

HACE pocas noches oí una conferencia suya. Me refiero á la que dió en el Ateneo sobre *el concepto del hombre*.

Duró dos sesiones, y yo escuché lo correspondiente á la segunda, que fué la más importante, pues resultó completa.

Entré en la peor disposición de ánimo que podía entrar: hablando con familiar franqueza, diré que la personalidad científica del doctor Letamendi no me había pasado todavía de amígdalas adentro.

Tenía mis razones para eso. Había cogido varias veces el *Manual de reforma de Patología general*, «que aprenden» sus alumnos, y lo había tirado otras tantas como insoportable y laberíntico; había leído un día el extracto de una conferencia suya, y tales absurdos *vi escritos*, que cogí la pluma y me revolví contra ellos: era de los que convenían, con el primero que lo indicara, que el Dr. Letamendi tenía flojos algunos tornillos cerebrales, y hasta se me había dicho que en la conferencia primera había comparado al hombre á una libreta!...

Conque ¿entraría yo de buen temple?

Cuando salí, las manos me arrojaban chispas, y la cabeza me abrasaba.

¡Había aplaudido con frenesí; y, lo que es más, yo, incapaz de atender á nadie cinco minutos, había escuchado, creo que sin pestañear, más de dos horas!

¡No puede darse evolución más escandalosa!

—

Empiezo, en justa penitencia, cantando una soberana palinodia; y así como al final de la conferencia alargué mi mano, entre otras muchas que se disputaban el estrechar con entusiasmo las del orador, de igual modo quiero ahora, pasado ya el caluroso efecto de aquella impresión, repetirle mi cordial enhorabuena.

Supe que él había concentrado larga y profunda atención sobre el asunto de la conferencia: debe estar orgulloso de su triunfo, porque fué grande y legítimo.

De mí puedo afirmar que, contra lo que tantas veces me sucede, aquella noche se enorgulleció mi condición médica.

Sentía vapores de una extraña grandeza que enardecía mi vanidad; era la poca gloria que me tocaba en el reparto de la que despedía el orador sobre la clase á que pertenece.

—

Digo esto sin lisonja alguna, con la misma sinceridad y honradez con que digo cuanto siento, y con la misma que expondré cuando me parezca oportuno, tal vez aquí mismo, otros juicios míos que serán desagradables al Dr. Letamendi, valgan ó dejen de valer algo. Cumplo mi deber, sin cuidarme del aprecio de un día y el menosprecio de otros.

Desde luego aseguro que no trato de figurar entre esos que han dado en llamarse partidarios del Dr. Letamendi; es más, creo que, desde mi pequeñez, he de foguear algunas de sus predicaciones; pero, ocurra lo que quiera, siempre confesaré, por ser muy justo, que el Dr. Letamendi es una figura excepcional, un ge-

nio de originalísima personalidad, un profesor digno de ser observado con minucioso interés por sus resplandores y sus interferencias, y siempre, sobre todas las contradicciones de su sér, sobre todos los caprichos y grandezas de sus inquietas aptitudes, una figura que adorna y abrillanta como muy pocas la clase á que pertenece y ha de cumplir en ella y cumple hoy un especialísimo destino. Le acompañarán siempre el aplauso y la discusión. Tendrá profusión de admiradores; pero —debo decirlo, porque así lo creo— dudo que reúna verdaderos prosélitos.

La razón es muy sencilla: yo creo que el Dr. Letamendi no sirve para jefe de una escuela nueva, porque no tiene verdaderas innovaciones que exponer y porque carece de doctrina reformadora que propagar. Ni en Filosofía ni en Ciencia presenta verdadera doctrina revolucionaria: dice lo corriente, lo que sabe todo el mundo, lo que todos creen y aceptan; pero lo dice como nadie, fascinando con una fascinación inexplicable, con unos recursos y una oratoria y una galanura y un esplendor y un lujo artístico prodigiosos. Este es, al menos, el juicio que he formado hasta ahora.

Yo expresaría mi opinión diciendo que el Dr. Letamendi es un compositor fantasista de monstruoso valor: bástale un motivo científico cualquiera, á menudo una vulgaridad, para desarrollar la fantasía más espléndida y arrebatadora que se puede componer.

No es posible conseguir esto sin disfrutar una riqueza de facultades difícilísima de reunir, y sin tener una textura singular, privilegiadísima, que no se logra conquistar con sólo el estudio.

Escójanse miles de jóvenes de inteligencia privilegiada; ilústreseles con todo género de estudios; hágaseles que, como sucede con el ilustre profesor que nos ocupa, pinten y toquen el piano y el violín, remen y bailen, fotografíen y declamen, hablen el griego y el alemán, el francés y el provenzal, el español y el italiano; sepan de Matemáticas y Filosofía, de Arquitectura y Medicina; conozcan los escritos santos y los pro-

fanos... etc., etc.; es decir, posean esa opulencia de conocimientos y de artes, no sólo variados, sino hasta opuestos, que el Dr. Letamendi atesora, y seguramente no saldrá de entre todos uno que se le parezca. ¿Por qué? Porque el cerebro del Dr. Letamendi es de una anormalidad inimitable; es una desviación de lo ordinario; una excentricidad, una rareza, aunque magnífica, admirable, gloriosa, digna de envidia.

Su imaginación sale de ese campo ordinario donde se encuentra la inmensidad de hombres que ha dado en llamarse de imaginación, y se columpia, como ave exótica, en otras zonas mucho más elevadas. Por ella aparece, así en sus más estudiadas conferencias como en sus conversaciones más íntimas y familiares, un sér de originalidad tan chocante, que deja al público y á su interlocutor empeñado en meditaciones y juicios opuestos.

Tiene este don del verdadero genio: donde habla provoca luchas; agrada y desagrada, pero con explosiones, con fuego.

Las comparaciones de su lenguaje figurado intervienen por mucho en su personalidad. Sus imágenes son de gran novedad; unas veces ideales hasta la vaporosidad del perfume, y otras, con más frecuencia, plásticas y reales hasta la chocarrería aparente, pero siempre de una penetración, de un sentimiento y de una exactitud admirables. A menudo, como sucede con la música clásica, que necesita diferentes audiciones, hay que pasearlas varias veces por el pensamiento para saborear toda la belleza que encierran, y entonces se las encuentra de un realce extraordinario.

— Vaya un ejemplo.

Hablando con un amigo que acaba de perder un hijo:

— Ya he sabido la desgracia que ha tenido V.— dice.— Debe ser muy dolorosa esa pérdida. De sufrimientos análogos, recuerdo cuando perdí mi madre: fué tal la sorpresa, el estupor y el dolor que sentí, que

me quedé *como se quedaria una naranja pensante* al desprenderse del árbol que le diera su vida y recibir un golpazo contra el suelo.

Mediten ustedes dos, cuatro, ocho, muchas veces, sobre esta imagen, y cada vez les gustará más. La naranja, su facultad pensante, el arrancamiento del tallo que le da la vida, y su rudo choque contra la tierra cuando tal vez gozaba con mayor regalo del festín de una rica nutrición, forman una mezcla de realismo, fantasía y de idealidad tan singular, tan rara y tan bella, que es difícil encontrar cosa parecida. Semejantes á ésta, empleará miles al cabo del día el doctor Letamendi.

Otro ejemplo de una frase suya.

En cierta discusión célebre, pasó á consumir turno cuando le habían precedido siete afamados oradores. Al comenzar su discurso fué presentando rasgos de sus predecesores, y á uno de ellos, el célebre don Alejandro Pidal, le pintó con la siguiente frase, que hizo furor por lo gráfico y enérgico de su expresión:

—Es un ejemplar de catecismo, convertido en cartucho de cañón.

Singularidad análoga, la refleja en todo: la colección de cuadros que presentó para explicar el concepto del hombre fueron en su mayoría inesperados.

El cuadro final sobre todo, el de la síntesis del hombre, es un sueño, el trazado de una imaginación que inspira el llamear de la calentura; un conjunto de líneas y colores, un juego de figuras concéntricas que simbolizan todas las funciones del cuerpo, la materia y el espíritu, cuanto se quiera, en una expresión convencional y en una ordenación gerárquica caprichosa que recuerda las figuras cabalistas de una ciencia misteriosa, algo como la reproducción pictórica de una concepción sacerdotal egipcia, oculta en cualquiera de los templos faraónicos dedicados á Iris ú Osiris.

—
Pero todos los incalculables conocimientos que el Dr. Letamendi ha podido reunir, su delicado gusto ar-

tístico, los vuelos pasmosos de su fantasía, los chispazos que arroja á menudo su ingenio, todo ello carecería de lucimiento si no pudiera verterlo al exterior con su notable oratoria.

El doctor Letamendi posee una palabra que, si hay momentos en que parece algo escasa, es de ordinario rica, abundantísima, elegante, fluida y significativa como la de muy pocos oradores. No tiene la altisonancia de los discursantes de oficio, es menos afectada, más familiar, propia para *causeries* y, sin embargo, le resultan los períodos tan acabados como una cinceladura de Cellini, y de tan rara y hermosa delicadeza como un capricho de Gustavo Doré.

Sus descripciones forman cuadros perfectos: es un pintor y un colorista acabado, y un apurador discreto del asunto que presenta: la vida, la grandeza, el interés del cuadro que bulle en su fantasía, se reproduce á la perfección en el ánimo de sus oyentes al través de su palabra, como la luz reflejada estampa con toda realidad en la placa fotográfica las imágenes que ilumina. El cuadro de las tribulaciones del éter hizo estallar en un aplauso formidable y justo al inteligente y numeroso público del Ateneo, como impulsado por una fuerza irresistible, por la fuerza del arrobamiento.

Aquella molécula del éter, vibrante, inquieta, tremulosa, atormentada por un temblor inconcebible, que propagaba las mil tribulaciones que la influenciaban, desde el chispear de los dorados que adornan un salón de baile hasta el fuego de la mirada ardiente; desde las armonías de la orquesta hasta los latidos del corazón; desde la magnificencia de los espléndidos vestidos y uniformes hasta el carmín del rubor, la palidez de la cólera y el arrebató del deseo que tiñen las mejillas... desde el perfume de las mil esencias y untos de tocador hasta el de la modesta violeta prendida... aquel átomo que despide un mundo de impresiones y un hervidero de vidas, aun siendo ideal, los oyentes le veíamos flotar sobre la mesa y sacudirse en vertiginosa danza, lanzando con sus millones de palpitaciones por

segundo, todas las sonoridades, todos los perfumes, todos los deseos, todos los resplandores, todas las magnificencias, todos los sueños, todas las ambiciones, todas las inquietudes, cruzamientos y alegrías que encierra un suntuoso baile del Palacio Real.

—

A partir de aquel instante, el orador fué remontándose y graduando más y más la intensidad del color azul—según comparación suya—que tenía el alma de su auditorio.

Al finalizar, le consideramos como un conferenciante de primera fila.

—

Dijo que si el Ateneo creía su trabajo digno, lo dedicaría á la memoria de su buen amigo D. José Moreno Nieto.

Al decir esto, nos pareció escuchar como un batir de alas.

¡Sin duda el espíritu del inolvidable arabista debió extremecerse entónces de orgullo, porque la dedicatoria había resultado digna de su grandeza!

*
* *

Lo que antecede escribíamos dias después de haber escuchado por primera vez al doctor Letamendi; después hemos tenido ocasión de tratarle, oírle y juzgarle en otras muchas ocasiones, sin que hayamos podido hacer mas que robustecer nuestro juicio ya apuntado.

¿Vale el doctor Letamendi? Lo incalculable; es la monstruosidad intelectual de estudio más difícil y curioso que conozco; la naturaleza le hizo original, y exagerando él por voluntad propia esta disposición, ha concluido por ser una actividad, un organismo, un sér que no se parece mas que á sí mismo.

Yo no dudo que su presencia en Madrid ha de ser utilísima para la cultura de la clase médica; es de los que empujan con extraordinarios bríos y no cabe dudar

que hará marchar; tiene una actividad sorprendente, que consagra en absoluto á la ciencia y á la propaganda y esto realza extraordinariamente su valer en este pueblo donde el pan cotidiano es la holganza.

¿Quién habla de sus escritos, discursos, conferencias, lecciones, organizaciones, proyectos y demás? Esto requeriría muchas páginas y no podemos consagrárselas aquí. Mencionaré entre sus obras, sus libros sobre la *Reforma de la patología general*, basada en la doctrina individualista. Como dije al principio, repito ahora que me parece no ha de constituir escuela el doctor Letamendi. Sus esfuerzos ya los estamos apreciando, de sus resultados nos hablará el tiempo. De cualquier modo, siempre resultará su autor un genio de gran deseo reformista y organizador, es decir, un fruto de los que se dan muy pocas muestras en tierra española, cuando de ciencia se trata.





LÓPEZ GARCÍA. (D. LEOPOLDO)

EL Dr. López García está llamado á desempeñar un bonito papel en nuestro desarrollo científico, porque es un joven que ha encontrado en la Histología campo donde desarrollar sus más características aptitudes y sus más excelentes facultades.

Minucioso, observador, lento, paciencioso, atildado y laborioso, nadie dudará de que es un micrógrafo de corazón, y que ha comprendido toda la grandeza que la Histología entraña, al contemplarle horas tras horas embebido en los trabajos de laboratorio, y al ver cómo goza y se deleita con sus más insoportables manipulaciones.

Su pasión ó su monomanía es ya reconocida.

Un día, al aproximarse á un círculo de profesores, le dice uno de ellos:

—¡Ya tenemos aquí á *mira-pequeñeces!*

Es una manera como otra cualquiera de saludar á un histólogo.

Discípulo oficial de la Escuela de Madrid, comenzó á bosquejar sus aficiones desde estudiante, y las des-

arrolló ya médico, al lado de Ranvier, en el Colegio de Francia, donde permaneció cerca de dos años, llegando á ser uno de los discípulos predilectos del eminente histólogo parisién.

El cariño, la gratitud y el culto que á su maestro dispensa, honran al Dr. López García como discípulo. Si quereis verle seriamente disgustado, os basta con menospreciar algún descubrimiento de Ranvier: echa por tierra entonces sus modales, habitualmente tímidos y respetuosos, y se trasforma en un basilisco capaz de habérselas hasta con sus más barbudos discípulos.

—

Sus explicaciones son sencillas y de una claridad satisfactoria, pero hácese en alto grado instructivas por el carácter esencialmente práctico y demostrativo que las distingue.

En el encerado—donde traza verdaderas maravillas con la gruesa barra de yeso—y en los microscopios—donde las preparaciones se suceden abundantemente—hace ver y palpar con una elocuencia persuasiva cuanto hoy encierra de más positivo la Histología normal y patológica.

Pero su afán principal, lo que principalmente realiza sus lecciones, y por lo cual tan grandes beneficios reporta á la Medicina nacional, es que, todo lo que aprendió de técnica en París, lo trasmite á sus alumnos con tanto empeño, con tan recalcitrante obstinación, que en un breve curso de dos meses logran poseer la *difícil técnica* microscópica como nadie podría imaginarse.

De este modo va desparramando poco á poco por nuestro país verdaderos y útiles aficionados á las investigaciones del microscopio, á los cuales hay que distinguir de los histólogos platónicos, única variedad antes conocida en nuestro país.

—

Son notables las colecciones que tiene para la demostración de sus explicaciones. Las hizo en el Colegio

de Francia, y atestigua el mérito de la enseñanza que allí se dá.

Las preparaciones—muy numerosas—son de una limpieza y de una precisión intachables.

El grupo que más me ha gustado es el de los tejidos epiteliales y de la piel.

Las interesantísimas investigaciones que Ranvier ha hecho de la textura del dermis se definen allí con una claridad tal que no dejan ni aun resquicio para el asomo de la duda.

A los incrédulos en Histología se les puede decir: «Ved y creed,» seguros de su conversión.

Es decir, siempre que entre sus tálamos ópticos y la periferia de su cerebro no exista esa aduana que entorpece las obligadas comunicaciones de la inteligencia.

Ya saben ustedes de qué aduana hablo: de la... ofuscación.





LOPEZ OCAÑA. (D. J.)

Es de los oculistas madrileños que se han consagrado con más entusiasmo al cultivo de su especialidad. Ignoro si le conozco, recordaba su apellido y hasta me parece que hemos cursado juntos en la carrera. Esto importa poco; lo cierto es, que por sus publicaciones sobre oftalmología va haciendo su nombre conocido en la clase y rodeándole de ese prestigio y respeto que crea el trabajo realizado con suerte y constancia. De vez en cuando, la prensa se ocupa de él; es que ha dado algún nuevo folleto. No recuerdo bien si tiene algunos más, pero me parece que los principales son: uno *Sobre las inflamaciones de la conjuntiva*, en colaboración con el estudioso especialista Sr. Santa Cruz; otro sobre las *Inflamaciones de la córnea*, otro sobre las *del iris*, uno sobre las enfermedades de las vías lagrimales, y otro sobre el *Parasitismo en oftalmología*. Pro siga así y le auguramos un porvenir envidiable.





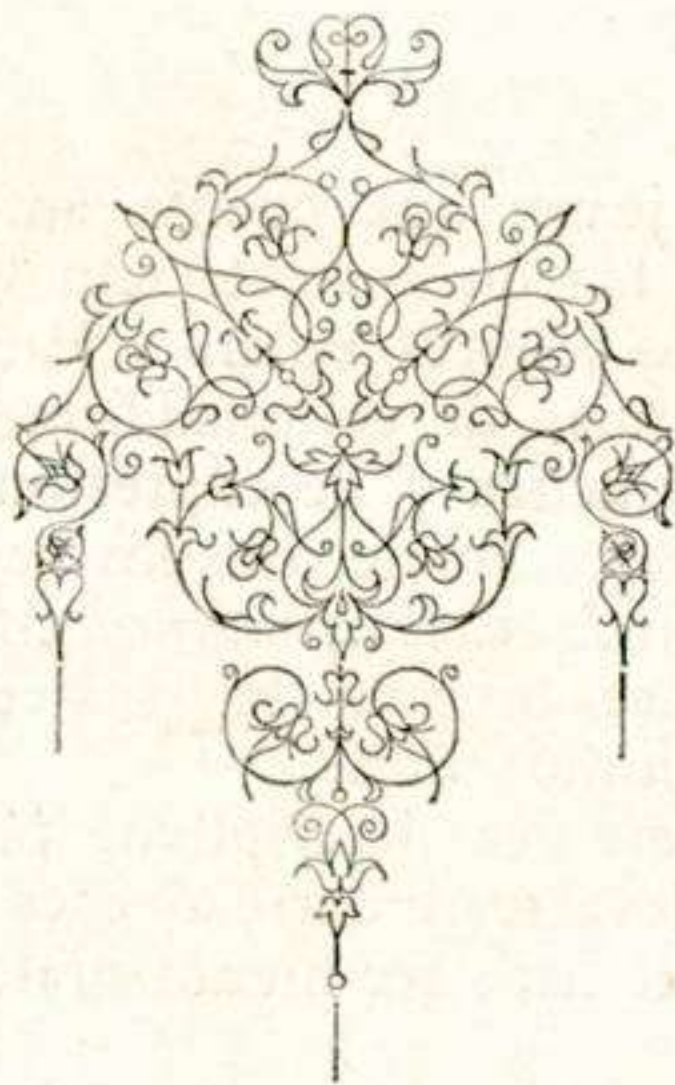
LOZANO CAPARROS. (D. EDUARDO)

Es un médico joven que cuenta antecedentes muy parecidos á los que caracterizan las personalidades médicas de los señores Valera y Muñoz. Es activo, de inteligencia regular, de voluntad firme, de buenas aptitudes para la práctica y de expresión fácil en la escritura. Sus trabajos numerosos los ha publicado casi exclusivamente en *La Correspondencia Médica*, cuya escasa vida científica original ha sostenido poderosamente en estos últimos años.

Su estilo quiere ser descriptivo, pero por deseos manifiestos de elevarse, incurre á veces en un molesto gongorismo que le hace ser menos grato de lo que debiera.

Este defecto y cierta impetuosidad de frase, lo mismo que ciertas inclinaciones á expresarse *ex-cátedra*, no de otro modo, que si sus opiniones partieran del dichoso poseedor de las soluciones apetecidas, y bastárale exponerlas para que todos debieran aceptarlas, imprimen á sus escritos como reflejos de un carácter que después de todo no es real, porque el Sr. Lozano es un joven que solo padece una equivocación, la de creer que es muy viejo y que hace muchos años que está ejerciendo.

Cuando lime ambas asperezas y se muestre en sus escritos según es su propia naturaleza, gustará mucho más, y como tiene facultades abonadas para agradar, no dudo que se conquistará una reputación más general de la que hoy tiene, pues al fin todo trabajo útil concluye por imponerse y el Sr. Lozano es de los que saben acometer y realizar trabajos útiles á la clase como profesión y á la medicina como ciencia.





MAESTRE DE SAN JUAN. (D. AURELIANO)

HACE años que vino de Granada para ponerse en Madrid al frente de la Cátedra de Histología de la Facultad de Medicina. Al principio creímos que provocaría un gran movimiento de afición á esos estudios y que sería el verdadero padre de la Histología en España; después vimos que se cansó pronto de los trabajos libres conducentes á este objeto, se encerró en el círculo estrecho de sus deberes oficiales y se limitó á explicar su Cátedra de San Carlos. Parece como un hombre cansado del trabajo, que busca reposo en la última etapa de su vida. Es posible que así suceda, porque ha sido laborioso.

—

Ha publicado multitud de artículos clínicos, tesis, discursos inaugurales, traducciones y trabajos de menor importancia; ha dirigido en Madrid un periódico médico antes de ir á Granada, y entre sus obras merecen particular mención el extenso tratado de *Anatomía General*, que sirve de texto á sus alumnos, una obra sobre *balneoterapia*, y un tratadito de *técnica microscópica*.

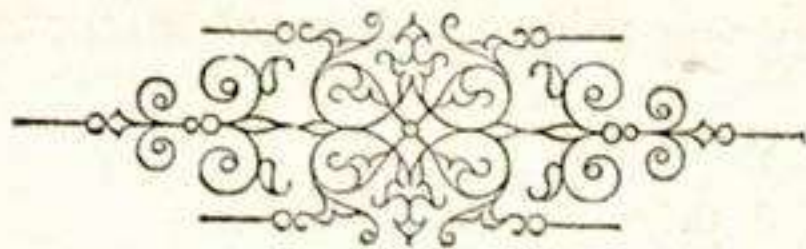




MAGAZ. (D. JUAN)

PERSONALIDAD nueva para muchos de Madrid fué el Sr. Magaz cuando se vino de Barcelona á ocupar, por concurso, una cátedra de la Universidad Central. Ya aquí ha compartido sus cuidados entre sus representaciones políticas y la reforma del antiguo Colegio de San Carlos,—obra esta emprendida por el doctor Calleja—y que está llevando á cabo con una constancia, un interés y un éxito dignos de todo encomio. Será sin duda la obra más notable de su destino médico y por ella no hemos de escasearle nuestros aplausos.

Por lo demás, no habiéndole oído en academias, ni sido discípulo suyo, ni leído de sus trabajos mas que su obra sobre *Fisiología*, destinada á los alumnos á quienes explica, ni tratádole mucho, nada más se me ocurre decir de esta figura.





MARTÍNEZ MOLINA. (D. RAFAEL)

LE llaman por su ilustración *La perla de San Carlos*. Hace pocas tardes fui á visitarle, y entré en su casa con el decidido propósito de salir en seguida. Tenía entonces mucha prisa.

Me enseñó sus tres pequeñas, aunque suficientes aulas, en cuyas paredes, si se aplica el oído, óyese todavía, como en la placa de un teléfono, vibrar el acento de escogidas lecciones.

Me enseñó su biblioteca, profusamente alumbrada, cómoda y surtida de cuanto han producido de más notable las ciencias médicas.

Me enseñó su rica colección terapéutica, cuyos alcaloides rivalizan en número con los de la facultad central, y luego su arsenal quirúrgico.

Me enseñó aquel jardín pequeñito, pero de enramada espesa y de ambiente fresco y aromático.

Y en fin, me enseñó tanto, tanto, y todo tan interesante, que cuando salí, y ya en el portal, miré el reloj, di un respingo y eché á correr.

¡Se me había pasado una hora!

Y al subir el fatigoso repecho de la calle de Atocha, mi pensamiento bullía meditando sobre el grato y utilísimo destino que algunas personas realizan en esta vida.

Por cuya virtud podrán decir en aquel postrero instante, cuando al sentir que su espíritu flaquea con los desvanecimientos de la agonía, y que asciende por su garganta el último resuello estertoroso de los pulmones que se paralizan, y alumbra en los talleres del pensamiento el último fulgor del misterioso fuego de la idea que se extingue... abarquen entonces, con un supremo esfuerzo de la memoria, todo lo más notable de su vida, como el viajero que remontando alta montaña al llegar á un postrero recodo comprende en sólo una mirada el camino que ha recorrido:

—¡He sido útil en la sociedad!

—

Porque la verdad es, que él lo ha sido mucho.

Sabio, modesto y cariñoso, ha deslizado su existencia sobre dos paralelas, con la invariabilidad de un tren perfectamente dirigido: el amor á la ciencia que absorbió su cerebro y el amor á la juventud que embargó su corazón.

Enseñó en la cátedra, y no bastando este alimento á su deseo, enseñó también en su domicilio.

¡Es sin duda un admirable sacerdote de esa religión humana con la cual nos remontamos á las mayores grandezas de los cielos: LA INSTRUCCIÓN!

Ha publicado discursos y folletos, y ha traducido del francés la anatomía de Sappey y las operaciones de Guerin. Por exceso de modestia y de ocupaciones no ha publicado mucho bueno que podía haber escrito. Verdad es que ha sido un apóstol ferviente de la enseñanza, y esto es bastante.





MARTINEZ PACHECO. (D. MODESTO)

Es una de las figuras más notables de nuestro cuerpo de Sanidad Militar, no solo por sus conocimientos médicos, que son vastos y modernos, sino por sus persistentes trabajos en pró del engrandecimiento de dicho cuerpo, en los cuales ha utilizado su significación dentro del grupo parlamentario *los posibilistas* y en toda ocasión sus estrechas amistades políticas y personales con D. Emilio Castelar. Recientes están aún en la memoria de todos sus interesantes discursos pronunciados en la legislatura pasada acerca de puntos de organización de los hospitales militares; y como esta pudiéramos hacer otras muchas citas que probarían cuán merecido es el aprecio que sus compañeros de cuerpo le dispensan y cuántos títulos tiene á la más alta consideración y estima de la clase médica toda.

Escritor concienzudo, razonador excelente, espíritu activo, tiene publicados multitud de artículos científicos en la revista médica titulada *La Gaceta de Sanidad Militar*, de la que es actualmente su digno director, y además es autor de una Memoria sobre *el vértigo de Men-*

niere, de un tratado extenso acerca de las *enfermedades del oído*, de una *cartilla de Sanidad Militar* para uso de los individuos de este cuerpo y de otros que no recordamos.

Sus esfuerzos han logrado consolidar la vida de la Sociedad Española de Higiene, recabando para ella una subvención del Ministerio de Fomento que le permite atender á sus necesidades y ampliar su esfera de acción. Es hombre joven todavía y promete beneficiar mucho aún los intereses de la clase y de la ciencia.





MARTINEZ REGUERA. (D. LEOPOLDO)

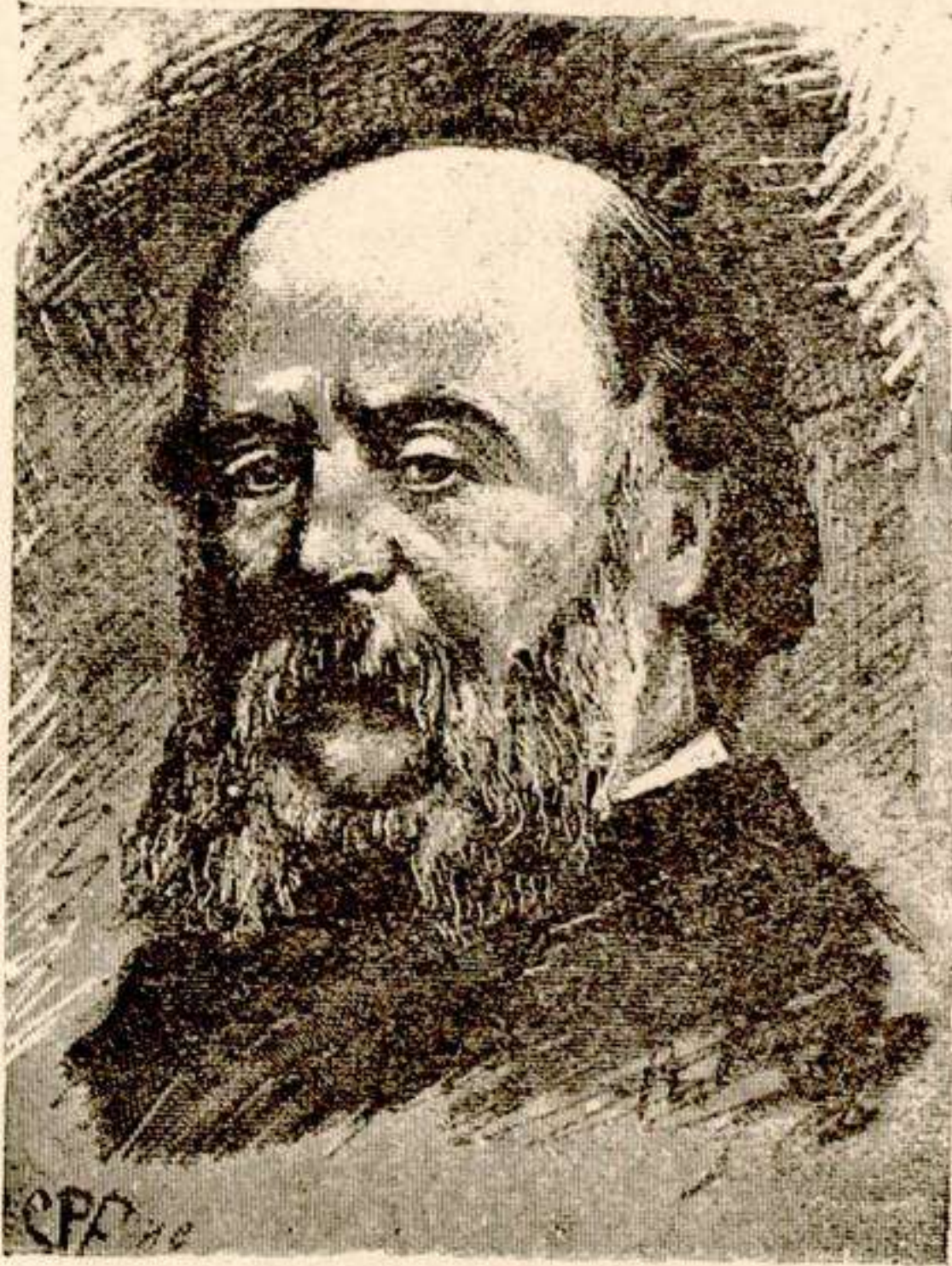
S IEMPRE que mis necesidades de estudio ó de consulta me llevan por la biblioteca de la Facultad Central de Medicina, le veo engolfado en el ojeo y anotación de multitud de libros que tiene abiertos delante de sí. Al principio, hace ya algunos años, me chocaba observar aquel hombre de cara redonda, bigote negro y espeso, que pasaba y repasaba volúmenes una hora tras otra sin levantar la vista de su faena, sin distraerse un sólo minuto, sin despegar los labios: parecía una máquina de registro, y le creí algún celoso empleado que cumplía la comisión de inspeccionar lo que encerraba la biblioteca. Un día pudo en mí la curiosidad más que el respeto, me propasé á interrumpirle y fisgonear su obra, y pude saber que preparaba los materiales para un estudio bibliográfico de hidrología médica. ¡Pero qué trabajo, Dios santo! ¡Cuánta cita, comprobación y registro! ¡Cuánto nombre y determinación de fechas! ¡qué balumba de apretadas notas y de reproducciones extensas! Aquello denotaba el afán cachazudo y sorprendente de multitud de años, que iba poco á poco enriqueciéndose, y que prometía ampliarse todavía mucho más, una vez terminado el minucioso escruti-

nio de la biblioteca de la Facultad Central de Medicina, con lo que de sí arrojará el examen de otras bibliotecas. El Sr. Reguera dirige en verano el uso de las aguas mi-nero-medicinales de Puertollano, recoge de su trabajo algunos miles de reales para poder atender á sus necesidades en las restantes estaciones, se presenta en Madrid después, y acomete de nuevo su monumental y pacienzuda tarea, sólo comparable por su factura á esos prodigios de finísimas incrustaciones que suponen largos años de obra, y por su utilidad á una fuente de datos interesantísimos para cuantos se ocupan en el estudio cada día más notable de las aplicaciones de las aguas minerales á la curación de las enfermedades.

Es de esperar que trascurren todavía algunos años antes que esta obra se encuentre en disposición de darse á luz; para aquel día no vacilamos en asegurar que la literatura de nuestra medicina nacional, y más particularmente la de nuestra hidrología médica, podrán celebrar la gloria que le proporciona ese nuevo florón, esa joya riquísima que como ningún otro libro de hidrología médica, al menos español, testifica la constante laboriosidad de un hombre, consagrada al cumplimiento de un destino que no ha de proporcionarle provecho alguno, y dadas las condiciones de nuestro país, es de temer que ni siquiera la honra que se merece.

Sabemos, además, que el Sr. Martínez Reguera, de notorias aficiones literarias, ha publicado otras obras de menor importancia, que no citamos.





Dr. Mata.



MATA. (D. PEDRO)

(FRAGMENTO DE UNA CARTA.)

Amigo L...

.

DIAS pasados leí en un periódico, creo que *El Imparcial*, una de esas noticias, juegos de luz y sombra, ramillete de flores y espinas, que brindan al alma con el placer y el dolor, y la dejan en una indefinible vibración en que siéntense por igual la hiel de la pena y la dulzura del consuelo.

Tratábase de uno de esos luctuosos poemas que se repiten á menudo en las oscuridades del olvido y de la ignorancia, sin que logren arrancar una lágrima de dolor ni una frase de gratitud, pero que cuando alguna vez por casualidad salen á luz, conmueven el sentimiento público, y despiden sobre nuestra profesión deslumbrante aunque fugaz resplandor de gloria.

El hecho es el siguiente:

Un alumno de medicina del hospital Santa Eugenia de París, probablemente un interno, adquirió, asistiendo á tierna criatura, una de esas enfermedades conta-

giasas que lanzan en el sepulcro á su víctima, y á la ciencia en la humillación de su ineficacia. La agonía fué larga y cruenta; pero el desgraciado escolar murió en su lecho, como muere sobre el campo un héroe de cien batallas.

Al día siguiente, los despojos del infeliz que en vida fué tal vez el último soldado de fila en las aulas, eran conducidos al cementerio con todo el aparato de un conquistador. El ministro del Interior, el prefecto, muchos consejeros, el claustro de la Facultad de Medicina, gran cortejo de profesores particulares, la clase escolar en masa, y por fin, un batallón de infantería hicieron los honores á los inanimados restos del humilde escolar, y glorificaron su nombre con esa inmarcesible aureola que antes solo era concedida al genio ó al héroe; y París entero, ese hirviente pueblo cuyo corazón es mitad oro y mitad cieno, sintióse conmovido y aplaudió con frenesí aquel tributo consagrado al héroe oscuro de doliente enfermería.

Tengo por seguro que esta noticia te habrá causado sensación, y que tú como yo, al leerla, habrás sentido en la garganta el ahogo del entusiasmo, y en los ojos la delatora lágrima del dolor; pero tengo asimismo por seguro que no te habrá causado gran sorpresa, porque conoces á París y sabes que allí se siente mucho, y que se puede esperar todo del pueblo que se cree morir cuando pierde una de sus glorias, que cubre en seguida y con exceso las suscripciones destinadas á honrarlas, y que siempre muestra muy alto el sentimiento de su dignidad y de su decoro.

Y por lo mismo que tanto agrada ver honrar en muerte los méritos de la vida, y el hacerlo así tanto abrillanta la cultura de los pueblos y de las clases, es por lo que quiero poner frente á frente del suceso que te he referido otro que nos toca más de cerca, y que forma un doloroso contraste que no dudo ha de lacerar tu patriotismo, y ha de entibiar ese virginal amor que conservas á nuestra clase, efecto de lo mucho que la desconoces.

¿Te acuerdas de D. Pedro Mata? yo nunca podré olvidar aquella hermosa y artística cabeza, que parecía robada á la viril y divina estatuaria de Miguel Angel; cabeza que siempre sirve de morada á superior inteligencia, como soberbio palacio aloja siempre poderoso magnate.

Cuando nosotros le conocimos estaba de non en el Colegio; era el último representante de aquella pléyade de profesores, los Gutiérrez, Argumosa, Drumén, Castelló, Toca... que á tanta altura levantaron el nombre de la Escuela, y que tan larga y gloriosa estela dejaron en pos de su paso, y á todos los cuales aventajaba, sin embargo, por su fenomenal inteligencia.

Cúponos en desgracia contemplarle cuando tocaba en su ocaso. Fraguábanse ya en su brioso cerebro los mortíferos destrozos que habían de lanzarle en el sepulcro, y su brillo era el de frio sol que se traspone en el horizonte, despidiendo melancólicas tintas y tibios rayos, que apenas si logran salvar las nubes que se amontonan como para oscurecer más su último resplandor; ¡pues también á Mata le envolvieron muchos y turbulentos nubarrones en los últimos años de su inolvidable magisterio!

Sé demasiado que la noticia de su muerte, aunque há tiempo esperada, sobrecojería de dolor tu alma. Nosotros no pudimos contener un gemido general; y cuando el numeroso cortejo—la mayoría estudiantes—que acompañábamos su féretro regresábamos á nuestras moradas, parecía que todos nos habíamos dejado un pedazo de corazón en su cementerio.

No muere un genio tan grande sin sacudir el organismo-clase á que pertenece, por muy paralizados que tengan sus miembros la indiferencia y el egoismo. Mata no tenía rival en la España médica como escritor y como hombre de ciencia; su estilo era el del consumado literato que, abandonando los pobres troqueles de esa dicción seca, torpe é insoportable de nuestros autores médicos, ofrecía páginas encantadoras, de una amenidad y elegancia sin ejemplar; su ciencia era productiva como

la de ningún otro, y como ningún otro profesor logró dar autoridad á sus libros y hacerlos salvar ese círculo de nuestro país, que son tan pocos los que le salvan. Su tratado monumental sobre la *medicina legal*. Su obra sobre el *criterio médico-psicológico entre la razón y la locura*; sus *informes* jurídicos; *discursos*; obras sobre *Hipócrates y la homeopatía*; sus novelas, poesías... atestiguan una vida laboriosísima y una inteligencia fenomenal.

Como profesor creo que nunca oyeron las aulas del colegio de San Carlos, lecciones tan brillantes y elocuentes como la suya; hablaba con el primor que escribía, y eran tan grandes sus dotes de tribuno, que lo mismo en las academias médicas, que en el Ateneo científico y literario, que en el Parlamento español, que en la Cátedra, su voz arrebatava, y lograba producir ese espasmo eléctrico del genio oratorio.

Como médico creó entre nosotros la medicina legal y á él debe la administración de justicia ver organizado el cuerpo de médicos forenses, y á él debe este cuerpo su existencia y elevó la frenopatía á un rango verdaderamente científico, pudiéndosele considerar, no solo como nuestro Pinel y Esquirol, sino como nuestro primer frenópata.

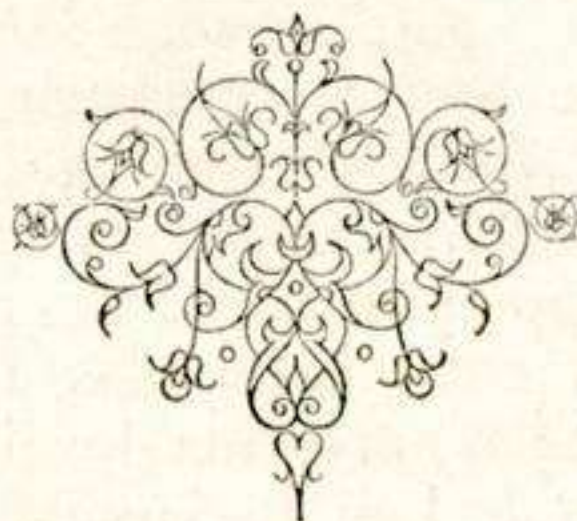
Cuando la naturaleza quiere favorecer á una criatura la abrumba con sus riquezas, y aquí, como decía cierta noche nuestro sabio maestro y querido amigo el doctor Esquerdo, echó con él el resto y le hizo amigo de las musas, á cuya inspiración debía muchas y preciosas poesías... ¡Pero quién es capaz de reseñar tan y tanto bueno como atesoraba Mata!

Sus amigos, sus admiradores, sus discípulos, la clase toda, comprendió que si había alguno cuya memoria debiera perpetuarse por un monumento era Mata, y se abrió una suscripción con este objeto. ¿Cómo dudar del éxito? La clase es numerosa, casi todos habían sido discípulos suyos, el calor general parecía muy elevado; bastaba que cada profesor contribuyera con una sola peseta, para que el producto sumara muchos miles de duros...

Van trascurridos dos años desde que se inició la suscripción, y según dias atrás leí en algunos periódicos médicos, parece que se ha recaudado tan poco, tan mezquina y miserable cantidad, que aun queriendo solo cincelar un busto, tendrá la comisión que abonar considerable déficit.

Compara ahora la conducta aquí seguida para honrar la memoria del médico español más esplendente de los modernos tiempos, con la seguida en París para honrar la memoria del oscuro interno del hospital de Santa Eugenia, y dime con franqueza si no sientes que te abrasa la megilla el fuego de la vergüenza.

El genio es como crisálida que necesita abandonar su capullo para brillar sin mancha en el espacio de la historia; como luz que necesita salvar reducida linterna para perderse en el horizonte de la eternidad; pero como en nuestra profesión desgraciadamente, fuera de la mortal envoltura, solo reina el vacío, tú sabes que este ya no le salvan la luz del genio ni el aleteo de la mariposa.





MENDEZ ALVARO. (D. FRANCISCO)

TENGO por irremplazable á D. Francisco Méndez Alvaro; más de 40 años de periodista, una afición decidida por las cuestiones sanitarias y una laboriosidad modelo, han hecho de él nuestro primer higienista y el más inteligente en el difícil y oscuro ramo de la administración sanitaria.

Para conocerle bien y apreciarle en su justo valor es indispensable visitarle y estudiarle en el más favorecido de sus domésticos despachos, cuando escondido su mermado cuerpo entre asfixiantes prendas de abrigo, y su persona toda entre barricadas de libros, folletos, periódicos y cuartillas, presenta los borradores de los muchos proyectos de Ley de Sanidad que lleva formulados, y habla de los desengaños de la vida, de las amarguras de la propaganda, de lo estéril de los trabajos, de la ingratitud y rivalidad de los compañeros, de la ceguedad y apasionamiento de los juicios, y vése entonces que, como soplado por hálito misterioso y divino, sus ojos brillan y lanzan á través de las pupilas



Dr. Mendez Alvaro.



el fuego de la juventud, que su cuerpo se endereza y que olvidado de crueles achaques se levanta y revuelve libros, que su acento es tan firme como su letra, que frasea con voz enérgica y segura, y salpica su conversación con mil citas sobre la administración sanitaria de los principales pueblos de Europa, y mil episodios del periodismo y la sanidad nuestra, hasta que asombrados de aquel entusiasmo y de aquella laboriosidad y de aquel saber, sale uno de allí lo más aprisa posible, avergonzado de sí mismo y temiendo que adivine nuestra supina ignorancia y nuestro injusto desaliento.

El Sr. Méndez Alvaro en el periodismo me recuerda los esfuerzos del Dr. Velasco con su museo. Aquel me decía en una entrevista: «Quisiera escribir algo el día en que me muriese.» Este deseo, que encierra todo el valor de un rasgo perfecto, acusa uno de esos templos privilegiados nacidos para la virtud del trabajo.

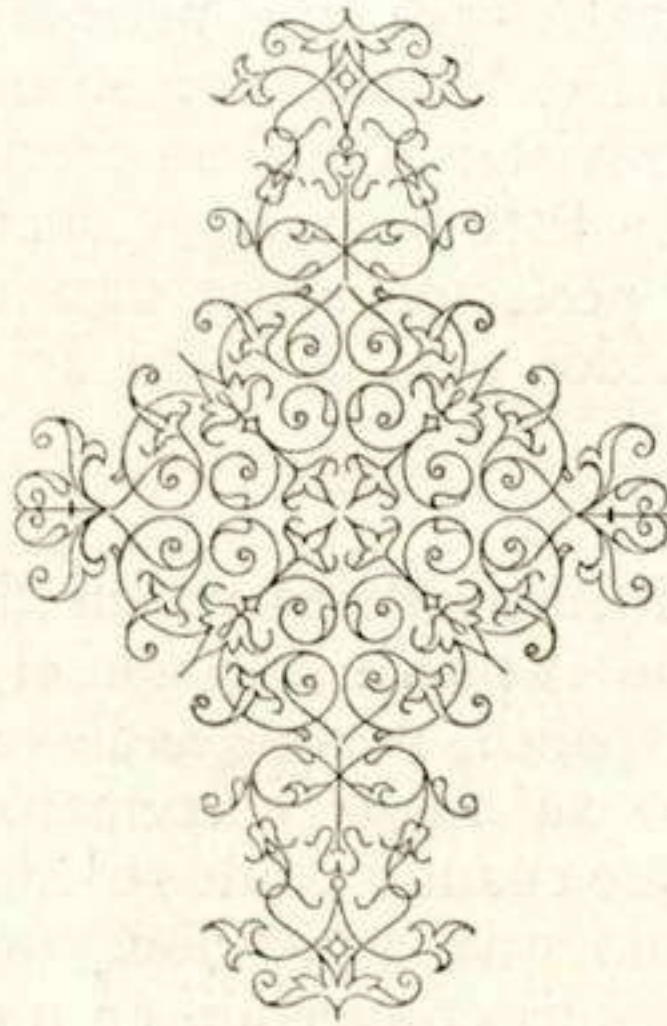
Su gloria principal estriba en sus timbres periodísticos: nadie como él puede llamarse el padre del periodismo médico español, porque nadie como él asistió á su origen, vigiló su curso y cooperó á su desarrollo: puede decirse que cuando comenzó sus trabajos, el periodismo era solo una aspiración, un mero ensayo; cuando muera le deja convertido en un organismo perfectamente determinado y viable.

La curiosa cronología de los periódicos médicos españoles, que recientemente ha publicado, atestigua el singular interés con que ha seguido sus progresos: y *El Siglo Médico*, con sus cincuenta años de existencia, registra el monstruoso esfuerzo que ha desarrollado para conseguir su aclimatación.

Por este motivo tenemos la seguridad de que cuando el Dr. Méndez Alvaro desaparezca del mundo de los vivos, su personalidad médica brillará como una de las

más gloriosas figuras de la medicina española del siglo XIX.

Y solo entonces, cuando se aprecie de una manera sintética el gran montón de sus notables trabajos, será también cuando se le juzgue con la justicia que merece.





MIGUEL Y VIGURI. (D. ISIDORO)

LA nota más saliente de sus trabajos en nuestra literatura es la de ser un discreto, laborioso y delicado traductor del alemán. En el ya muerto periódico *Anales de Ciencias Médicas* primero, en la *Revista de Medicina y Cirujia* después y hoy en los *Anales de Cirujia*, ha publicado y publica interesantes extractos y revistas de prensa alemana, en donde campean apreciables cualidades de escritor. Además ha traducido algunas obras y le ocupa hace muchos meses la versión de un diccionario de medicina.

Originales suyos conocemos muy pocos: sobrándole condiciones y elementos para suministrar ricas producciones, no lo hace, ignoramos si por modestia, abandono ó falta de tiempo: quizás por las tres razones juntas. Solo recordamos un discurso inaugural acerca de la prostitución.

Profesor del hospital de la Princesa y médico del cuerpo higienista, se distingue porque representa uno de esos caracteres atildaditos, de corrección intachable y de excelente trato. Más inclinado por espontaneidad

al modesto retraimiento que á la bulliciosa exhibición, es de los que dejan que les pasen y se les coloquen delante otros que valen menos que él.

Es el orador más correcto de la Academia Médico-Quirúrgica: hijo de un latinista afamado, heredó de su glorioso padre la pulcritud y gusto en el bien decir. Habla con parsimonia, entonación y sabor académicos y frase, además de segura, muy sóbria y expresiva; pocas veces se calienta y nunca se descompone.

Es un joven de merecimiento.





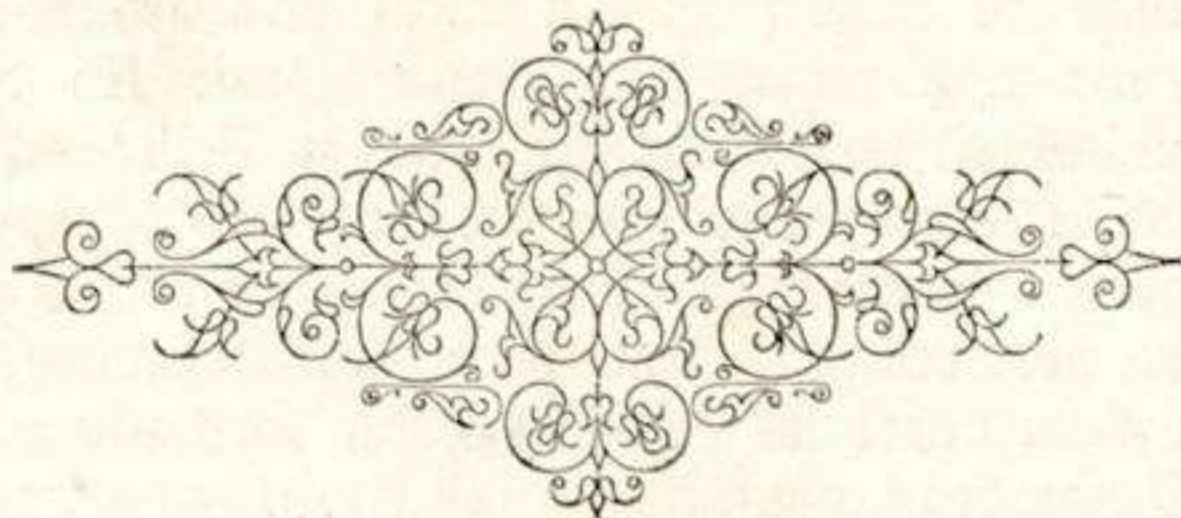
MORALES. (D. ANTONIO)

EL Dr. Morales es de los profesores españoles que mejor se tienen conquistado con honrosísimos testimonios una reputación de cirujano. En Sanidad Militar primero, en el hospital de la Princesa, donde consiguió se le permitiera hacer autopsias, después, en oposiciones á la cátedra de operaciones luego y en su magnífica obra sobre operaciones recientemente, la primera hoy día entre las españolas, ha formado y garantido su ilustración profunda y los títulos que le abonan para brillar como una de nuestras mejores autoridades en cirugía operatoria, prestigio doctrinal que procura confirmar en la práctica, hasta el punto de considerársele hoy como el ovariomista más afortunado de nuestro país, y el que más operaciones de esta clase ha practicado después del Dr. Rubio y Galí.

Ha colaborado en casi todos los periódicos médicos de Madrid, Barcelona y Andalucía y publicado además de un folleto sobre *la cirugía en la guerra*, su ya citada monumental obra *El tratado de operatoria quirúrgica*, mereciendo además citarse sus notas á la traducción española del Malgaigne, hecha por la casa Espasa de

Barcelona, y las añadidas á la Anatomía quirúrgica de Tillaux.

El Dr. Morales es un joven alto, moreno, barba cerrada; representa un tipo árabe, propio del país donde ha nacido, Alora (Málaga). Su trato afable, cariñoso, su voz dulce, su integridad de carácter, su amor al estudio y su afición decidida á la cirugía, hacen de él un tipo digno de gran consideración y aprecio, destinado á conquistar una reputación mucho más gloriosa y á prestar estimadísimos servicios á nuestra medicina.

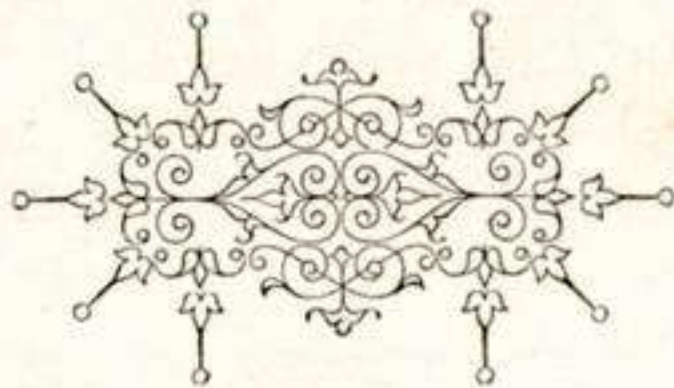




MORENO FERNANDEZ. (D. JOSÉ)

CATEDRÁTICO numerario de Fisiología en la Escuela provincial de Sevilla, es un escritor fecundo y laborioso que tiene publicados, además de una serie larga de artículos, muchos y apreciables trabajos, entre los cuales recordaremos un tomo sobre el *cólera morbo asiático*; varios *discursos* inaugurales; un *reglamento* orgánico de enseñanza para la Escuela libre de Medicina de Sevilla; un *elogio póstumo* del Dr. Marsella; la traducción de la histología de Kölliker; varios opúsculos sobre distintos motivos; un tomo sobre *fisiología general*; un discurso sobre la *fisiología de la muerte...* y otros de menor importancia.

No conocemos al Sr. Moreno y hemos de contener aquí nuestros buenos deseos sobre decir más acerca de este fecundo escritor médico.



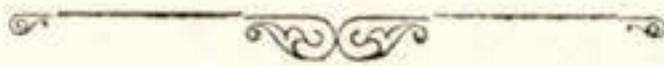


MORENO POZO. (D. ADOLFO)

DESEMPEÑÓ varias cátedras durante el período revolucionario y pudo adquirir entonces envidiable reputación: pero está visto que Dios no le llama por el camino del magisterio, y desperdició aquella magnífica oportunidad que otros hubieran aprovechado para elevarse á la categoría de eminencias. ¡Qué se le va á hacer! Paciencia; todos no sirven para todo.

Sus discípulos sacamos de él una sola convicción, que es operador sereno, hábil y de conocimientos: después, en 1876, publicó un tratado de *Patología quirúrgica general* y le vimos de profesor oficioso en el Instituto de terapéutica operatoria. Ignoramos si de profesor oficioso, tuvo otros entusiasmos que cuando lo fué oficial. Con tener aptitudes naturales, solo sabemos de él, hasta ahora, que es un operador hábil, y autor de una *Patología quirúrgica general*. ¿Se morirá de viejo sin que hayamos visto aumentados estos dos méritos?

¡Ah! sí; se me olvidaba un tercero. Es un concurrente muy asíduo á las sesiones de la Sociedad Económica Matritense. Verdad es que no recuerdo haberle visto jamás en las sociedades médicas.





MUÑOZ. (D. EDUARDO)

FRASES parecidas á las que en su lugar dedico al señor D. Tomás Valera, dedicaría aquí al señor Muñoz, otro bizarro y entusiasta profesor de partido, cuya fé no decae con los años, cuyo exaltado compañerismo se manifiesta en cuantas ocasiones se le invoca, que vive para sí, para la clase y para la ciencia, que sirve para conservar estrechos lazos de unión entre los distritos rurales y los grandes centros médicos, que escribe más que regularmente, á veces hasta con elevado estilo y buen gusto; y á quien adornan manifestaciones apreciables de las múltiples dotes que debe poseer todo buen médico.

Es uno de los colaboradores más laboriosos de *El Genio Médico Quirúrgico*, y aun cuando en alguna ocasión dé pruebas de su excesiva buena fé (*se me parece en esto al Sr. Valera, cuando se vino muy serio al Congreso Dosimétrico*), publicando historias como aquella famosa de la mujer petrogena, bien merece se le perdonen tales descuidos, siquiera no sea más que considerando son hijos de su arrebatada pasión por la ciencia.





MUÑOZ. (D. FRANCISCO)

CON decir que es uno de los clínicos de Madrid de quien primero me acuerdo para proponerlo en los casos de consultas, sobre enfermedades internas, resumo en breves frases multitud de conceptos laudatorios que podrian ocuparme algunas cuartillas. Conciso, seco, buen observador, mejor apreciador todavía de lo que observa, su juicio es sólido y razonado, su ilustración extensa, y posee el don—trasunto de larga y acertada práctica—de saber agrupar aquellos síntomas que realmente caracterizan una enfermedad, desentrañando los oscuros de entre otros muchos que los tienen desfigurados ó reducidos á una insignificancia aparente y luego constituir sobre bases firmísimas su juicio diagnóstico.

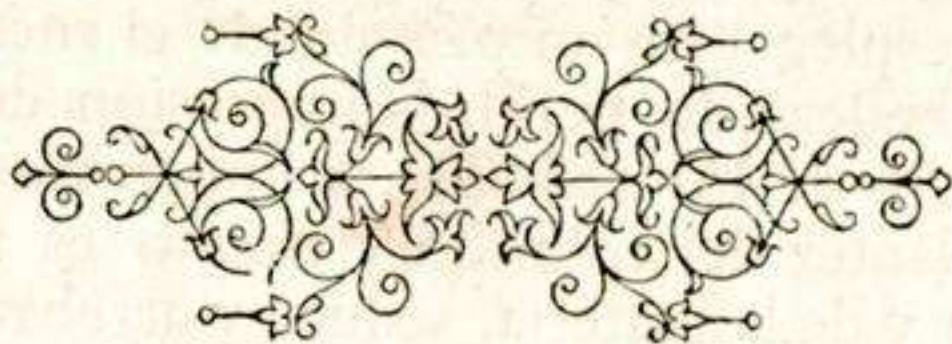
Pero no es esto solo: el Dr. Muñoz ha sido uno de los primeros catedráticos libres de nuestra revolución; él con Esquerdo, Martín de Pedro y Candelas fundaron en el Hospital general aquella enseñanza libre de las clínicas médicas, que tan excelentes discípulos arrojó, de la cual tuve el gusto de participar, y que representó quizás la única nota brillante, la única creación plausi-

ble, que de sí dió el profundo desconcierto que la enseñanza atravesó por entonces.

Su palabra y su laboriosidad se consagraron á la difusión de los más delicados preceptos de la clínica; mientras profesores oficiales de todo se cuidaban menos de suministrar á sus alumnos una enseñanza que era de su obligación darles y que tenían buen cuidado de hacer valer en las nóminas con escrupulosa exactitud, el Dr. Muñoz y otros á él semejantes, abrían sus aulas á la desamparada juventud ávida de aprender, y se afanaban con bellissimo entusiasmo, por ponerla en íntimas y frecuentes relaciones con el organismo enfermo.

—

Algunos trabajos ha publicado; en general observaciones clínicas, pero estimando como de escasa significación los que conocemos, nos limitamos á presentar el rasgo ya citado como el más saliente de la personalidad médica del Dr. Muñoz, y por el cual tan poderosamente contribuyó á la cultura de nuestra medicina.

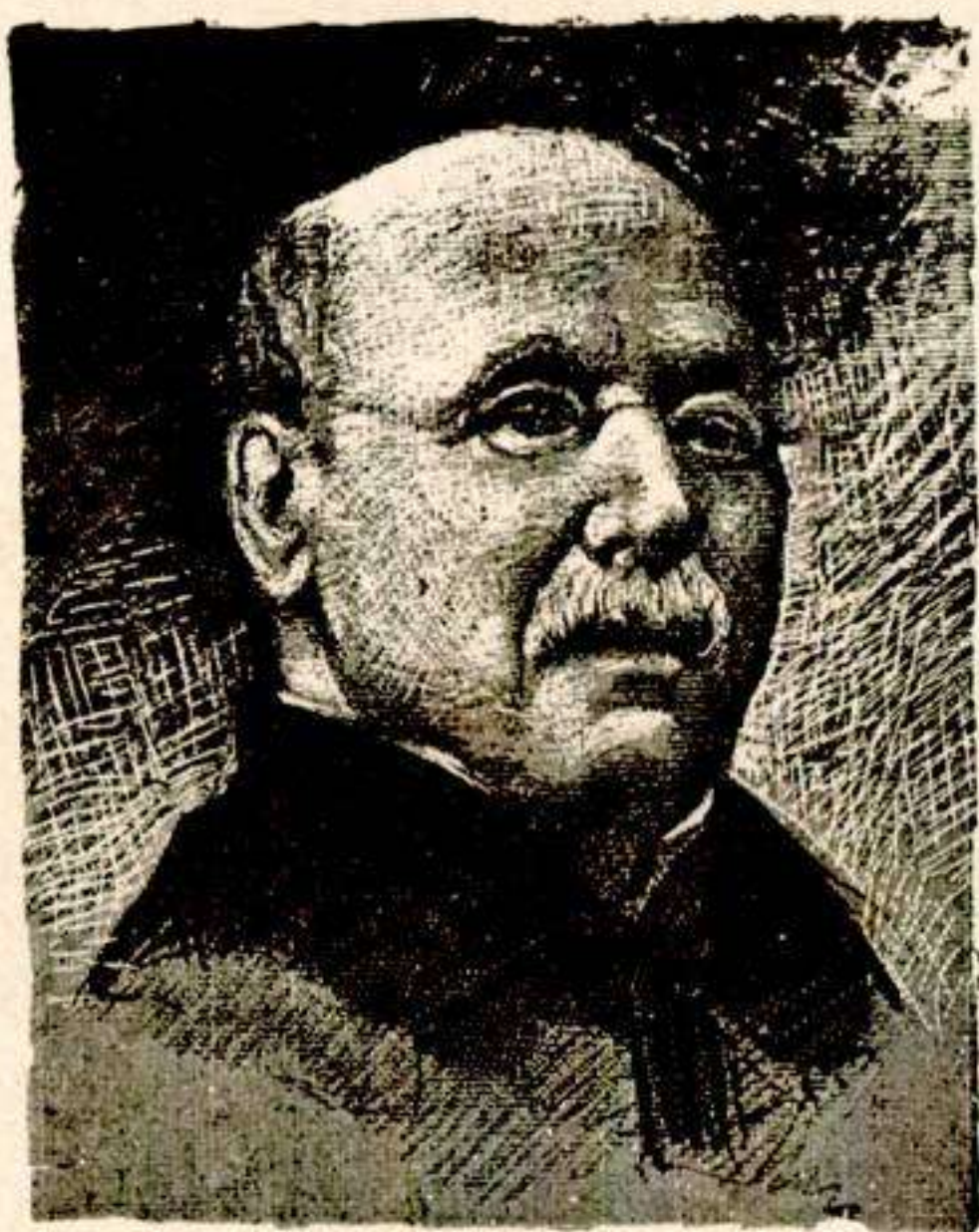




NIETO Y SERRANO. (D. MATIAS)

EL Excmo. Sr. Nieto y Serrano me parece un sér trasladado equivocadamente desde la Germania á nuestro suelo: su inteligencia fecunda y potente, solo encuentra alimento sabroso entre los áridos y oscuros problemas de la filosofía. Su discurso se mece, siempre tranquilo y pausado, en las remotas alturas de la idea abstracta, en donde solo los afortunados seres de muy larga vista intelectual pueden contemplarle á satisfacción. ¡Lástima grande, que todas estas aficiones las tenga que desplegar en un país donde el encanto de las sombras, la belleza de perfil, la impresión de lo tangible, el destello de los reflejos, la impermanencia de la idea, la brillantez del colorido y cuanto es fruto de la imaginación y de la materia, seduce y arrebatada con plásticas voluptuosidades!

Hay, sin embargo, entre sus trabajos algunos más al alcance de las inteligencias medianas y que se bastarían para hacernos imperecedero su nombre y para pregonar su maestría en el bien decir y su aticismo en



Dr. Nieto Serrano.

el pensar; los discursos de secretaría de la Real Academia de Medicina. Todos los estiman como modelos en el género.

Deja multitud de obras que atestiguan su grande capacidad filosófica, científica y literaria; y el estudio detenido de sus trabajos sobre filosofía, podría servir de germen á una brillante escuela española, si nuestro país supiera aplicarse convenientemente al estudio de sus autores nacionales y vigorizara las doctrinas que producen, de la manera que se hace en otros países.

Sin embargo, no desesperemos de que así suceda. ¡Quién sabe lo que trae el porvenir!

Compañero inseparable en el periodismo del doctor Méndez Alvaro, es difícil encontrar caracteres y gustos más diversos; tranquilo, pausado, frio el uno; impetuoso, vehemente, apasionado el otro; aquel pacífico, este batallador; ambos han reflejado á la perfección y durante muchísimos años en *El Siglo Médico*, sus distintas aptitudes y aficiones.

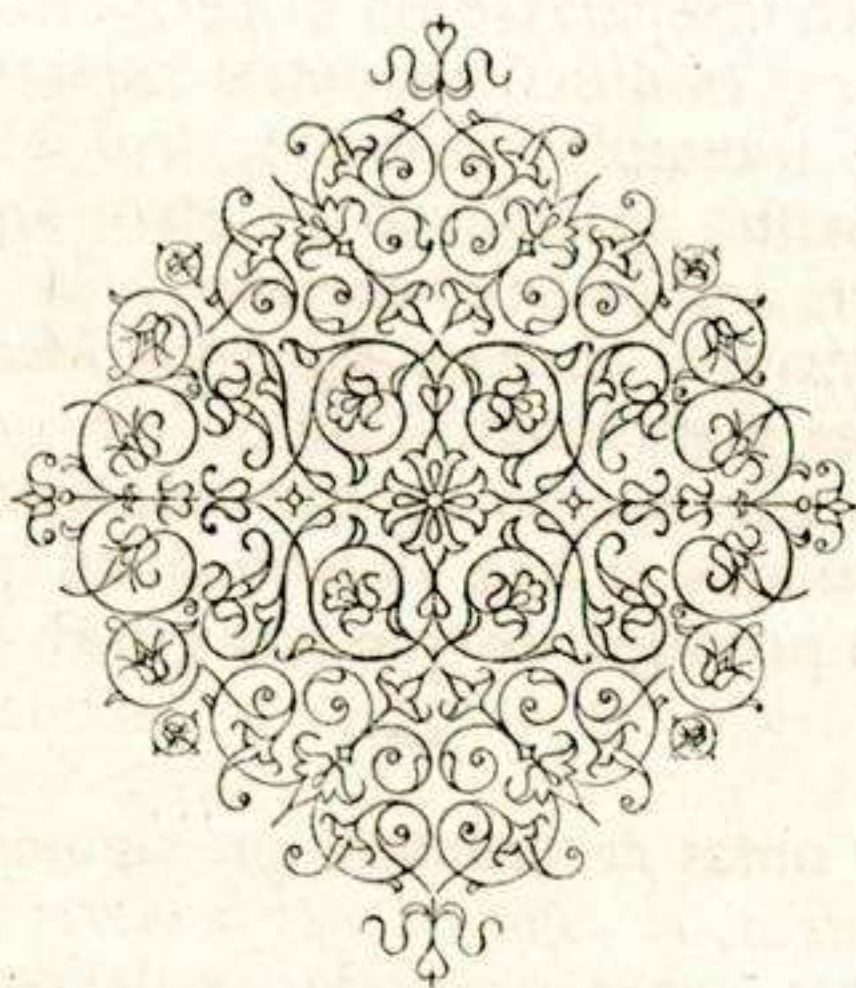
Quizá por eso mismo se han conservado siempre tan buenos amigos y han dotado á su periódico del incomparable prestigio de que hoy goza!

Entre sus obras recordamos las siguientes:

La naturaleza, el espíritu y el hombre; además tiene otro en prensa sobre parecidas materias.—*Ensayo de Medicina general, ó sea de Filosofía médica*. Un tomo en 4.º de más de 500 páginas.—*Bosquejo de la ciencia viviente, ó sea Ensayo de Enciclopedia filosófica*. Un tomo en 4.º—*La reforma médica*.—Examen crítico de los sistemas de medicina. Un tomo en 4.º—*Elementos de Patología general*. Un tomo de más de 400 páginas.

Tiene publicada además una larga colección de discursos de Secretaría de la Real Academia de Medicina, pasan de veinte, que entrañan la historia moderna de esta alta corporación.

Su estilo es académico, correcto, el de un escritor delicado, pulcro, que rechaza toda la brillantez de las apoteosis y toda clase de lirismo; es grave, sentencioso y solemne: es decir, el estilo más conveniente para un secretario de *la venerable*.





OLAVIDE. (D. JOSÉ EUGENIO)

Es el fundador en España de la dermatología, como especialidad, es decir, el representante nuestro de Bazin, Alibert y otros genios dermatólogos de Francia.

Este carácter y su obra monumental acerca de las enfermedades de la piel, le revisten de una autoridad científica imponente; sus juicios médicos podrán ser más ó menos aceptables, pero son siempre respetabilísimos; son los juicios del santón único, del derviche, del que ha publicado una obra que arruinó á la mitad de la clase médica antes de llegar al fin: conque ¡valdrán sus doctrinas!

Parece que el Sr. Olavide no arroja de sus envidiables facultades todo el fruto que nuestra medicina y nuestra enseñanza tienen derecho á prometerse de él, y en realidad es un profesor que trabaja mucho para lo que aquí es costumbre trabajar, aun cuando sea poco proporcionalmente á lo que dan de sí otros co-especialistas del extranjero.

Ha publicado lecciones interesantes, copia de algunas conferencias suyas, y ha dado, sobre todo, su obra

sobre la dermatología, que tiene el defecto de ser inconsultable por sus monstruosas condiciones tipográficas, y esto es causa de que hayan circulado profusamente traducciones de obras extranjeras con menoscabo de nuestro decoro nacional, obligado á interesarse en la propaganda de las doctrinas del ilustre médico de San Juan de Dios, de Madrid.

También viene procurando desarrollar los estudios de anatomía patológica en dicho hospital, y para conseguirlo, además del laboratorio microscópico, ha creado con ayuda del Dr. Castelo, un Museo, que si no rivaliza con el del hospital de San Luís de París, merece ser visitado y aplaudido por la notable colección de reproducciones que tiene, y la bondad de sus piezas, debidas al escultor D. Enrique Zófio, un afortunado imitador del célebre Barreta. Dicho Museo, hace poco inaugurado, ha de prestar servicios trascendentalísimos á la enseñanza de la dermatología en nuestro país, á esa enseñanza que tiene algo descuidada el doctor Olavide, según hemos oído á algunos de sus preferidos discípulos, y á la cual tan admirables servicios podría prestar, si la mirase con verdadera pasión.

Pero no nos quejemos; que pudiera decirnos el doctor Olavide que para la protección que le dispensa quien puede y debe hacerlo, y para lo que cumple á su obligación, sobrado ha hecho, y... tendría razón. Sin embargo, como nosotros entendemos que desde el momento en que los españoles no nos inspiremos en sentimientos más levantados que los de un deber oficial y los de una respuesta á estos compromisos, somos hombres perdidos, de aquí, nuestra lamentación por que la enseñanza de la dermatología no haya tomado en San Juan de Dios franco asiento y una organización tan satisfactoria como tiene en otros países.

Esperemos, sin embargo; dias pasados veíamos al doctor Olavide en la calle de Jacometrezo, llevando en las manos un abultado haz de tallos de saúco verde que acababa de cortar en su jardín.

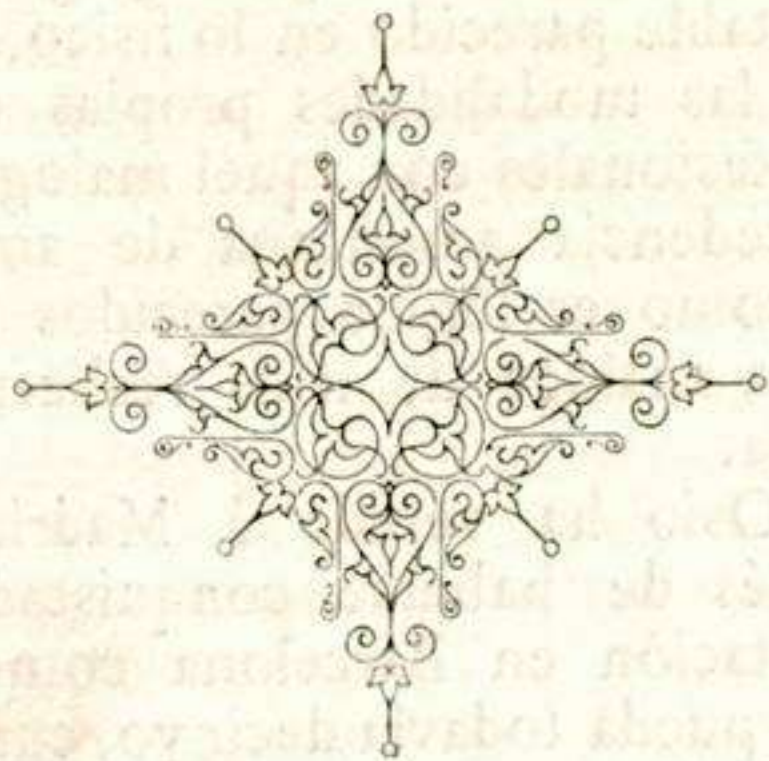
—¡Buen cuadro!—le dije—¿para qué es eso?

—Es saúco, y voy á sacar la médula para el laboratorio microscópico. ¡Si aquí jamás se encuentra nada!

Cuando me despedí de él, pensaba yo: ¡Qué utilidad tan inmensa pueden prestar á nuestra patria los entusiasmos científicos, y la propaganda leal de este hombre!

.

Escrito lo anterior he tenido ocasión de convencerme del notable entusiasmo con que el doctor Olavide ha tomado la fundación y esplendor del Museo dicho. Con igual entusiasmo aplaudimos esta conducta que tanto engrandece aún su ya extraordinario renombre.





OSIO. (D. ISIDORO)

ENTRE las primeras impresiones que despierta el trato de este distinguido oculista, en aquellos que conocieron al afamado Dr. Delgado Jugo, choca la de hallarle un notable parecido en lo físico, en lo intelectual y hasta en las modalidades propias de sus manifestaciones profesionales con aquel malogrado oftalmólogo. La procedencia americana de ambos, idéntica especialidad, como es lógico parecidos ideales, y tal vez una manera análoga de irlos realizando, explican dicha semejanza.

El doctor Osio ha venido á Madrid hace poco tiempo, después de haberse conquistado una extraordinaria reputación en Barcelona como oculista, y aun cuando no pueda todavía decir yo, cuál ó cuáles son las notas más brillantes que puntualicen su destino ó le den posición marcada y decisiva en el concierto de nuestros hombres que producen, no vacilo en afirmar que contribuye, con todos los recursos ordinarios y explotables del buen trabajo, al progreso de la oftalmología española. Por eso se le vé en las academias, discutiendo con un entusiasmo y perseverancia que contrasta con el alejamiento y abandono de casi todos

sus demás compañeros en la especialidad; asiste á los congresos internacionales, da conferencias y cursos libres, publica con frecuencia artículos y crea periódicos, recoje y cosecha hechos clínicos interesantísimos en su acreditado consultorio; y de este modo, sin disfrutar todavía de un renombre particular como autor, académico y conferenciante, lo baraja todo, se mueve, produce, excita, enseña, propaga y se nos presenta, en fin, por el conjunto de sus aptitudes y explotaciones como una de las figuras más útiles y simpáticas de la oftalmología española y como una de las que más se aplican al culto de su especialidad.

Esperamos que pasados algunos años, el doctor Osio, cuya ilustración profunda y acierto clínico todos reconocen, habrá conquistado en Madrid fama igual á la que logró obtener en Cataluña y quizás entonces vea nuestro examen más precisada ya su figura médica y los contornos que aún no hemos podido perfilar. Sus obras ó sus conferencias ó sus trabajos clínicos habrán tomado un vuelo característico y le habrán impreso su rasgo fisionómico.

Por hoy nos parece como una síntesis donde se reflejan cualidades de otros oculistas afamados ó respetables de Madrid; tiene mucho de la habilidad artística del eminente práctico Cervera, las aficiones literarias de Sánchez Ocaña, los apegos académicos de Saez Domingo y la accesible y espontánea flexibilidad de Ferradas; parece que sobre él se enfocan irradiaciones que emergen de las notas más dominantes de dichos compañeros; y si á ello se agrega la semejanza extraordinaria ya referida con el doctor Delgado Jugo, todos convendrán en que el doctor Osio es una figura, que conviene viva muchos años, porque de morir, ¡plegue á Dios no suceda en muy largo tiempo! podríamos decir que con una sola persona se iba como la síntesis de una generación de oculistas españoles.

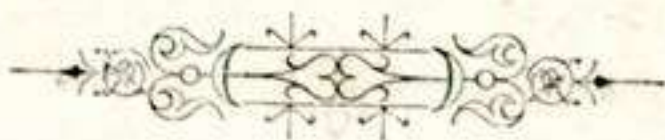




PARADA Y SANTIN (D. JOSÉ)

OTRO profesor del cuerpo de la Beneficencia municipal de Madrid; tiene también sus habilidades. Pinta lo bastante bien para hacer figurar sus cuadros en las exposiciones de bellas artes y cobrar los retratos al óleo à *grand prix*; habla con bastante facundia, siquiera revele no tener aún hecho estudio de su palabra; es un proveedor de articulitos científico-literarios, especialmente de esa higiene de circunstancias, para periódicos políticos; practica y tiene apetitos de operador y publica de vez en cuando trabajos médicos estimables. Con estos atributos se le puede decir que está de *non* en su benemérito cuerpo facultativo.

Tiene el Sr. Parada una inteligencia clara y un gusto delicado para tratar las cuestiones médicas. Sus aficiones à las bellas artes han desarrollado su sentimiento estético y sabe imprimir con facilidad este atributo suyo à los trabajos que hace con el debido cuidado. Aun cuando tiene ya dados à luz algunos, los considero más bien como nuncio de otros más considerables que ha de proporcionarnos en el porvenir.





PESET (D. JUAN B.)

No tengo el gusto de conocer personalmente al doctor Peset, ni á mi paso por Valencia tuve la cortesía de ir á saludarle; culpa fué ciertamente de la premura con que estos viajes de mera inspección suelen hacerse, pues de otro modo no hubiera prescindido de ir á ofrecer mis respetos y á rendir mi saludo á quien por muy poderosos motivos se tiene conquistado el aprecio de cuantos se interesan por los adelantos de nuestra medicina.

Le debe gran parte de su vida una de las corporaciones científicas médicas más venerables de nuestras provincias españolas, quizá la más importante de todas por ser la que con más celo trabaja, el Instituto Médico Valenciano, fundado hace más de cuarenta años y en cuyo seno han dejado oír su voz desde entonces los más inteligentes profesores de la hermosa ciudad del Cid. Desde los primeros latidos de su existencia va el nombre del doctor Peset unido al recuerdo de sus más grandes triunfos.

Hijo y nieto de médicos y padre también de otro médico no menos laborioso que él, ha consagrado sus facultades al cultivo de la ciencia y á su propaganda

en la cátedra, en el periódico y en el libro, con tal afán y suerte, que son muy contados los profesores españoles que pueden rivalizar con él en los laureles académicos conquistados. Los *elogios históricos* de Andrés Piquer y Luís Collado, premiados por la Real Academia de Medicina de Madrid, el *Bosquejo de la historia de la medicina de Valencia*, y la no menos importante *Topografía médica de Valencia y su zona*, obras ambas publicadas por acuerdo del referido Instituto, y agraciada la última hace dos años por la Real Academia de Madrid, con el célebre premio Rubio,—el primero de los premios médicos españoles,—se bastan para abrillantar el nombre del doctor Peset y ceñir sobre la frente de su autor envidiable corona de laurel. Agréguese á estos trabajos sus numerosísimos artículos publicados en numerosos periódicos, muchos en *El Siglo Médico*, sus ruidosos triunfos en la facultad de medicina durante la época que explicó la asignatura de Clínica médica, en donde reveló sus grandes dotes de profesor práctico, la claridad de su explicación, y las privilegiadas dotes para la enseñanza y el trato con los alumnos; los cargos desempeñados en el Hospital general de Valencia, en su Junta de Sanidad... etc., y se podrá formar un ligero esbozo de esta figura médica.

—

Es un defensor constante de la escuela vitalista y un admirador de las doctrinas hipocráticas, que explica y propaga, pero que no impone.





PESET Y CERVERA. (D. VICENTE)

HIJO del Sr. Peset y Vidal, ha heredado del autor de sus días una decidida vocación al estudio, figurando hoy entre los profesores que hablan y escriben sin descanso.

Vino á Madrid para cursar el Doctorado. Lo que suele constituir para otros una temporada de asueto, fué para Peset acicate que fomentó su afición al trabajo, pues al mismo tiempo concurría á las clases de la facultad de Ciencias, en la que obtuvo también el título de Doctor, para lo cual presentó una Memoria titulada *Examen critico de la polariscopia, considerada como procedimiento analitico.*

En aquella época tomó parte activa en la redacción de un periódico profesional (*El Genio Médico*), colaborando además en otros varios.

Volvió á Valencia y entonces redactó dos memorias para concursos de premios, hoy impresas; una sobre la *fermentación en fisiología y patología*, y otra acerca de las *aguas minero-medicinales de la fuente Segura (Benasal)*; agraciadas ambas por el Instituto Médico Valenciano y por la Sociedad de Amigos del País, respectivamente, con títulos de Socio de Mérito.

Anuncióse poco después á oposición la plaza de perito químico municipal del Ayuntamiento de Valencia, y para aspirar á la misma, escribió é imprimió su *Proyecto de un laboratorio de higiene pública y de salubridad municipal*.

Su último trabajo, titulado *La Fuerza eléctrica ó resumen de electricidad moderna*, aplicada á la medicina, ha sido juzgado muy favorablemente por la prensa.

En la actualidad se ocupa en redactar un libro parecido al anterior, acerca del micrófono, teléfono, etc. y sus aplicaciones á la medicina.

Aparte de esto, además del cargo antes mencionado (que obtuvo por oposición) en el laboratorio químico municipal, sustituye cátedras de la Facultad de Medicina, dá conferencias en el Ateneo-Casino Obrero, discute en el Instituto Médico y en el Ateneo Científico y Literario.

Dirigió el *Vigia médico farmacéutico*, revista que hace poco dejó de publicarse, sin duda por no haber encontrado en la clase médica el apoyo necesario.





PIZARRO. (D. ANTONIO)

PROFESOR laborioso, que ha dado fecundas pruebas de su amor y abnegación por la medicina, como profesión y como ciencia, es el Sr. Pizarro, catedrático de higiene de la escuela de medicina de Sevilla, desde el año 1870, y elemento obligado de toda empresa, que tienda al progreso en la histórica hermosa ciudad que refleja en sus aguas el Guadalquivir.

Si como catedrático y académico podría exhibir títulos que acreditasen nuestra afirmación, le dan valor notorio sus escritos, de entre los cuales mencionamos solo algunos.

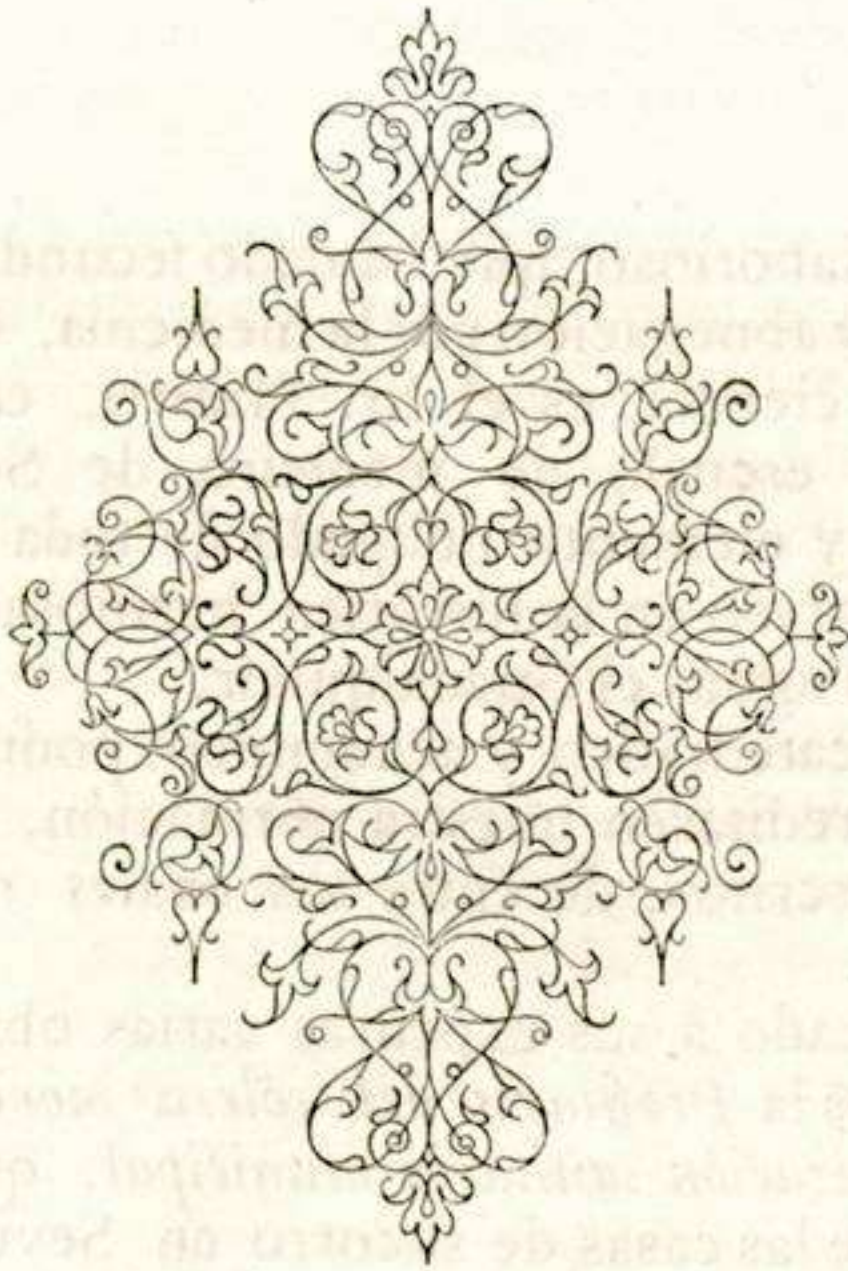
Ha publicado á sus expensas varias obras de Higiene, entre ellas la *Profilaxis del cólera morbo* y un *proyecto de organización sanitaria municipal*, que promovió la creación de las casas de socorro en Sevilla, cuyo reglamento escribió, organizando y dirigiendo la primera que se estableció en esta ciudad.

Un jurado médico, compuesto de los más distinguidos de esta ciudad, juzgaron muy favorablemente dichos escritos, declarándolos dignos de premio, por invitación del Municipio.

Ha traducido la *Higiene y Educación de la 1.^a in-*

fancia, procurando su difusión en todas las familias, por lo que le acordó la Sociedad francesa de Higiene testimonio de agradecimiento y medalla de bronce.

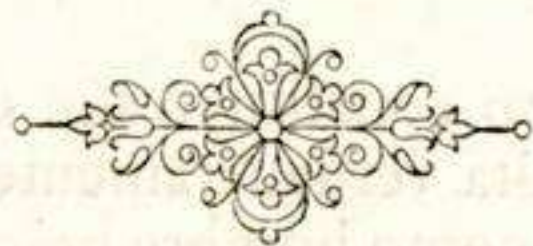
Ha fundado, por último, la *Gaceta Médica de Sevilla*, que se halla en el 5.º año de su publicación, de la que es director y propietario, dotando con ello á la tercera capital de España, de un elemento de instrucción de que entonces carecía.





REGULES Y SANZ DEL RIO. (D. VICENTE)

No recuerdo conocerle ni haberle tratado, y solo sé de su actualidad que es médico de la Academia de Infantería, en Toledo, y por consiguiente, individuo del cuerpo de Sanidad Militar. Tiene en publicación una obra sobre sífilis, de la cual ha visto la luz el primer tomo. Aun cuando presumo que su trabajo no ha de ser muy extenso, ni en tal grado económico que pueda competir con muchas de las traducciones extranjeras que tenemos sobre la misma especialidad, representa al fin una obra nacional seria, que arroja algún brillo sobre su autor.





ROBERT. (D. BARTOLOMÉ)

CATEDRÁTICO de patología médica de la Universidad de Barcelona, es un hombre de unos treinta y seis años de edad, de fisonomía franca, porte atractivo, trato distinguido, elegantes maneras y un sello general de simpatía que desde luego hace se le cuente en el número de los amigos. A estas condiciones personales une las aún más relevantes de su condición intelectual y científica. Asocia á una erudición nada común, una menos común modestia y hasta un encogimiento excesivo para dejarla revelar. La serenidad y claridad de su juicio solo son comparables con la elevación de sus ideas generales y el golpe de vista sintético, claro y seguro, con que sabe discernir de los asuntos biológicos la parte más fundamental y más aproximada á la verdad.

Pero todo esto no constituye aún el retrato del señor Robert. Como resulta verdaderamente notable y saliente su personalidad, es como hombre práctico, como clínico y como médico de tan numerosa cuanto distinguida clientela. Preguntad á cualquier catalán, al llegar á Madrid, si conoce al diputado ó al senador de su distrito: pro-

bable es que no, aun cuando le haya votado, pero á Bartolomé Robert le conocen los pobres y los ricos, las mujeres y los hombres; todos han acudido alguna vez á reclamar sus auxilios, y si el opulento banquero catalán tiene que perseguirle por do quiera, pordioseándole la concesión de una consulta, en cambio el pobre y el menesteroso tienen abiertas las puertas de su casa, obstruyen sus salones, forman fila en su escalera y tienen la certeza de llevarse la frase de consuelo que le concederá este hombre, para quien el tiempo no tiene medida, ni las horas valor, ni la vida propia importancia.





RODRIGUEZ ABAYTUA. (D. NICOLAS)

HA publicado una obra por la cual merece le consagremos algunas líneas: un tratado de *Termometría médica*, de regulares dimensiones, que supone un estudio concienzudo de la materia y dá honor á nuestra literatura nacional.

Ignoramos si de antes tiene algo, y creemos que nada ha hecho después: lleva dos años lo menos sin que nos apercibamos por otra obra de su presencia en este valle de lágrimas.

¿Estará esperando se agote la termometría antes de emprender nuevo trabajo?





Dr. Rodriguez Mendez.



RODRIGUEZ MENDEZ.

Es catedrático de higiene de Barcelona y uno de los representantes de nuestra gloriosa juventud médica.

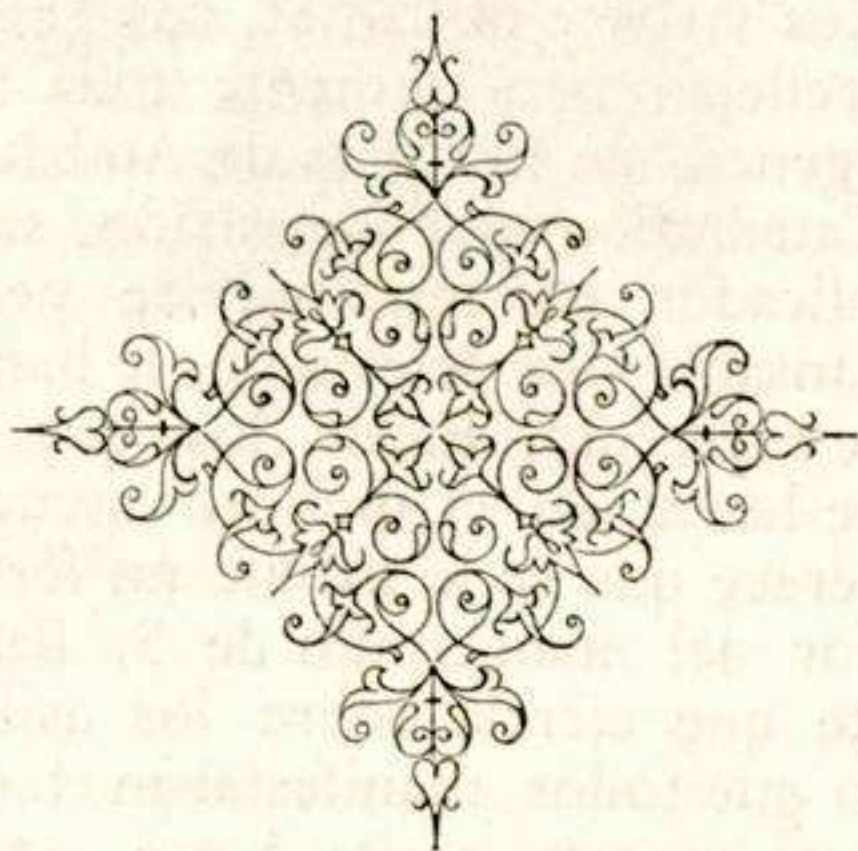
Bajo de estatura, su semblante fino y de poco color, sus ojos vivos y brillantes, sus gestos fugaces y expresivos, reflejan perfectamente toda la vivacidad y toda la inteligencia de los hijos de Andalucía, á la que pertenece. Catedrático por oposición, sus numerosos escritos, publicados en multitud de periódicos, sus obras, su incansable vida de estudio, le han conquistado un renombre merecido. Es de los que se agitan por sacar algo de lustre en el mohoso escudo de nuestra España, y merece que se le tribute un férvido aplauso; fué subdirector del manicomio de S. Baudilio, y por el ascendiente que ejercía sobre los asilados, por el mucho cariño que todos manifestaban tenerle, y apreciamos durante nuestra visita á ese establecimiento, advertimos estaba dotado de condiciones especialísimas para el trato de estos infelices seres.

La clase médica le distingue con un concepto elevado y justo acerca de su valer.

En su amor á la ciencia, al estudio y á la difusión

de los conocimientos, es decir, en esa manifestación donde nosotros tributamos rendido y cariñoso homenaje de distinción al médico, es una de las figuras más brillantes de la histórica ciudad. Su voto autorizadísimo, su palabra fácil y hermosa, su juicio siempre discreto y sabio, ejercen influencia decisiva en las cuestiones de la Real Academia de Medicina, y días pasados me decía un comprofesor que no había escuchado las más notables lecciones de cátedra el alumno que salía de la facultad sin oír sus brillantes lecciones sobre higiene.

El excesivo amor al estudio, perjudica el cultivo de clientela en el Sr. Rodríguez Méndez; entre aquel y esta se consagra de preferencia á aquel. Probablemente no será rico, pero en cambio sentirá dentro de su pensamiento la ciencia con la magestuosa grandeza de los escogidos.





ROEL. (D. FAUSTINO)

NADA quiero decir sobre el valor que, en mi concepto, tienen las doctrinas sostenidas por el doctor Roel en su obra monumental sobre la *etiología de la pelagra* y el destino que en el porvenir alcanzarán; basta á mi propósito para saludar con respeto al distinguido profesor de Oviedo y presentarle á los lectores como una figura médica interesante, pasear una ojeada sobre dicha obra, considerar que sintetiza el trabajo de adquisición acumulado durante más de veinte años, meditar sobre los afanes literarios, las preocupaciones mentales y el desprendimiento de respetables intereses que supone.

Que sus doctrinas sean más ó menos acertadas, que el camino por donde encauza sus pensamientos y deducciones resulte ser ó no el verdadero, allá lo decidirán nuevos trabajos y descubrimientos del porvenir, mas cualquiera que sea la suerte que su querida construcción alcance, no por eso el trabajo asiduo en ella invertido, dejará de parecer glorioso y laudatorio á los que como nosotros aquí, más que al éxito conseguido, aplicamos nuestra atención á la suma de esfuerzos y abnegaciones desplegada por sus autores para conseguirlo. La verdad apetecida, la solución con tanto ardor escudriñada, bro-

ta muchas veces jugando el pensamiento, quizás recreándose sin fatigas ni amarguras por el campo que otros laboriosísimos obreros prepararon; y si envidia y veneración merece quien con tan felices disposiciones y ocasión oportuna resuelve la incógnita deseada, aplauso y honra merecen los que allanaron el camino y lo enriquecieron de los materiales necesarios para la creación de la luz.

La obra del doctor Roel acusa una de estas elaboraciones hijas del trabajo; saludémosla con respeto y saludemos con ella á su autor.

—

Tiene este, según nos ha dicho varias veces, una riqueza de materiales acumulados para escribir otra obra sobre la herencia de la sífilis, que resultará, según parece, no menos monumental que la de la pelagra. Si nuestras excitaciones pudieran servir de algo, le aconsejaríamos la publicase, aunque todavía la primera apenas haya indemnizado á su autor de los grandes esfuerzos de mil género que en ella ha consumido. No dude el doctor Roel que trabajos como los suyos valen siempre para la posteridad, tanto como dejan de valer para los contemporáneos, y que la corona de gloria del hombre científico no se forja de ordinario mas que en el yunque de la ingratitude y de la lucha porfiada.

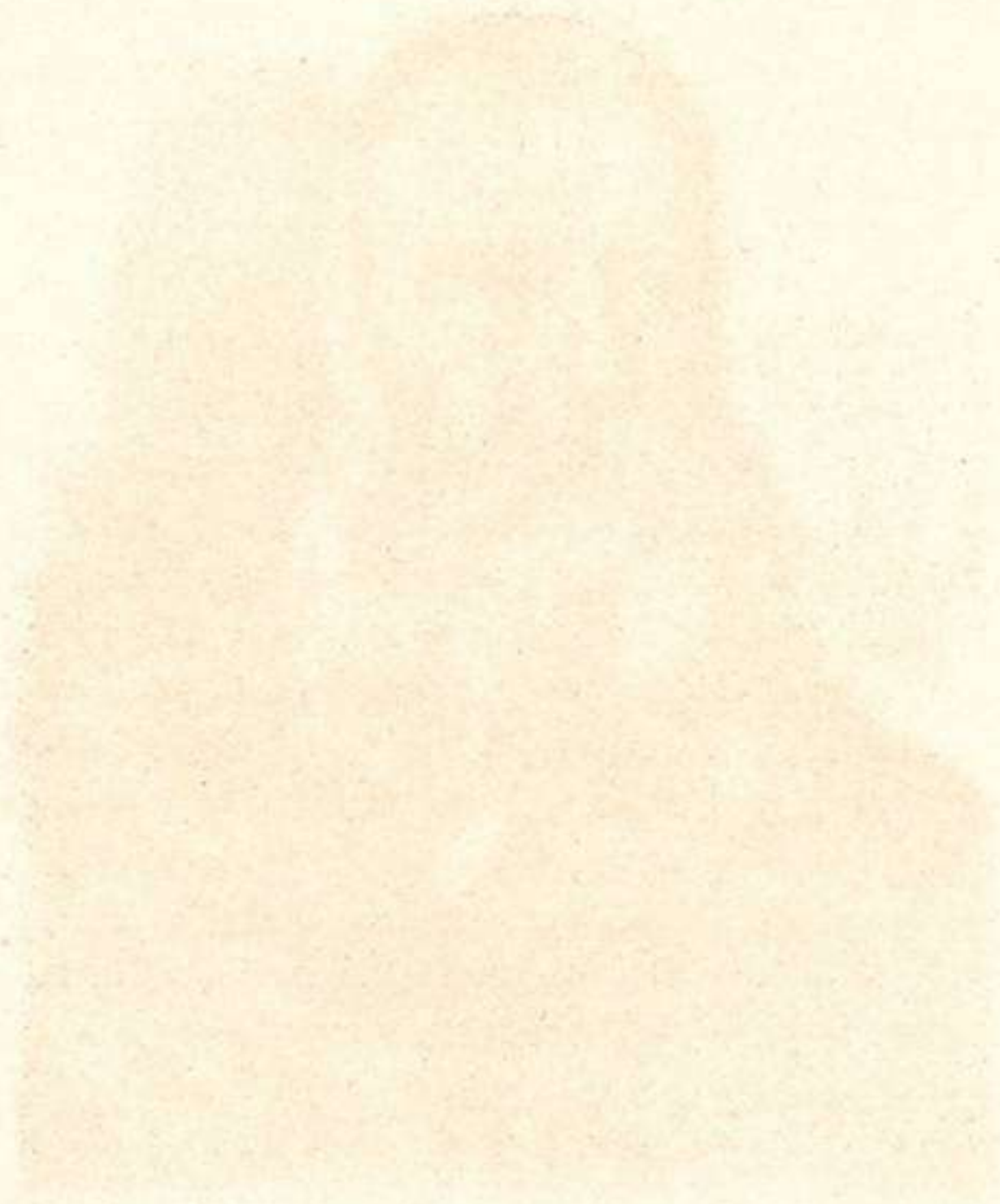
—

Según esperábamos, su obra ha obtenido el premio de la Real Academia de Medicina.

Debe encontrarse satisfecho el amor paterno del doctor Roel. Sobre su hija predilecta ha caído la consagración de los venerandos apóstoles de nuestra medicina.

Y ha resultado su obra un trabajo venerable.







Dr. Rubio y Gali.



RUBIO Y GALÍ. (D. FEDERICO)

NADIE puede negarle que es en España el operador más afamado de la actualidad.

Después del ocaso de Toca y de Velasco, ningún otro cirujano ha conquistado en Madrid y en menos tiempo tan notable reputación como él.

Su figura de profeta, su talento, su significación en la política, su actividad, la firmeza de su carácter... han sido indudablemente las fuerzas principales que le empujaron á tan envidiable altura.

Además, sería inútil querer aminorar sus alientos quirúrgicos, porque su nombre irá el primero siempre que se refiera la historia de muchas grandes operaciones en España.

Su altanera despreocupación y cierto desdén para con los compañeros—sentimiento que vamos encontrando algo necesario en todo médico que quiera acometer y realizar algo superior—que irradia desde la superioridad en que se considera, han permitido que acometa valerosamente y sin temor al fracaso multitud de operaciones, autorizadas ya en otros países, pero que nadie había osado todavía practicar en España.

La ovariectomía, la extirpación de la matriz, la de la laringe y... otras semejantes, figuran entre ellas.

—

Ha procurado ser un propagandista de la ciencia y ha tenido la virtud de enseñar cuanto sabe y se le ocurre.

Procedente de Sevilla, donde había desempeñado cátedras en una escuela libre, apenas se estableció en Madrid abrió un curso de Histología.

Después fundó el Instituto de Terapéutica operatoria, institución que no produjo los resultados apetecidos por un conjunto de causas que no debemos analizar. Bástenos decir, que lamentamos de todas veras contemplar una empresa tan grandiosa y necesaria á España como lo es esta, reducida á la triste condición en que hoy se encuentra.

Y en verdad que ni la laboriosidad, ni el desinterés, ni el desprendimiento de su fundador faltaron. Pero desde el primer instante nos pareció caminaba torcida la realización de la idea, por lo cual no había de ir muy adelante, y los resultados hasta ahora acreditan nuestros temores.

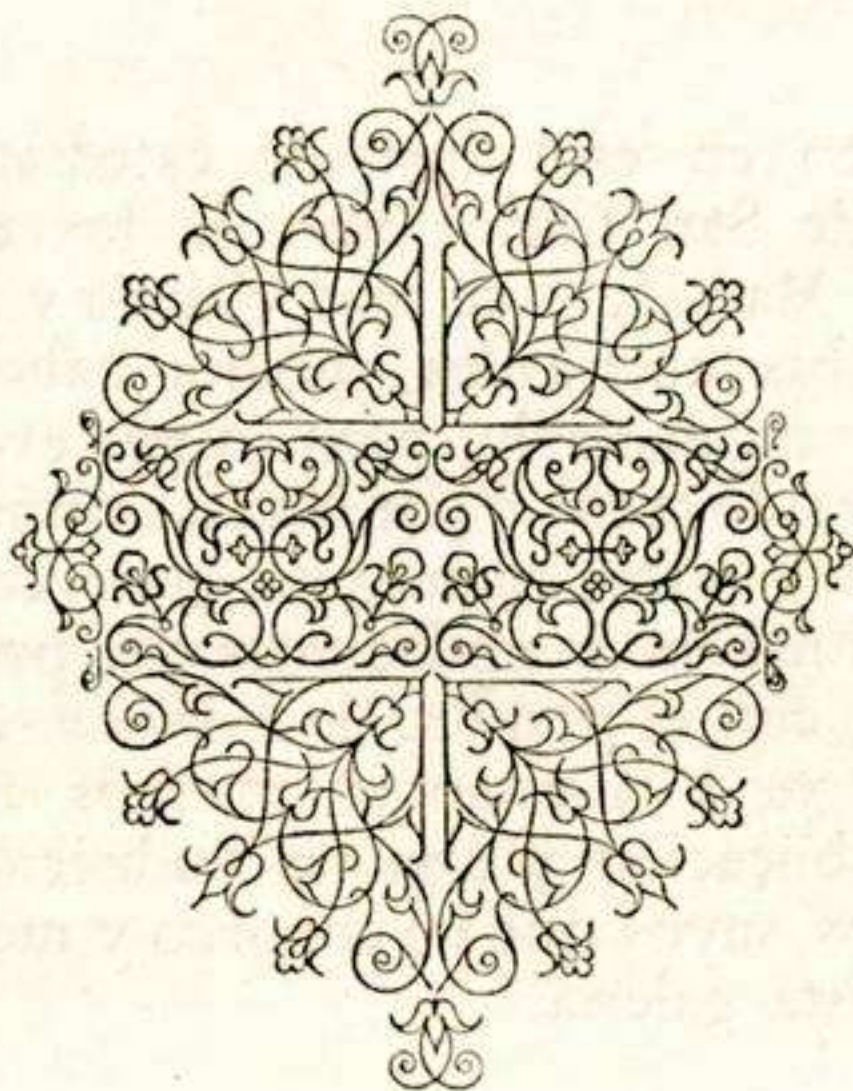
Sin embargo, que allí se trabaja, se observa y se cosechan las observaciones con un espíritu más elevado que en las escuelas oficiales, ha de confesarlo quien no sea lo bastante terco y apasionado, para negar lo que es tan claro como la luz del sol.

Basta examinar los dos tomos reseña de sus tareas que en los dos años que existe ha publicado dicho centro y allí se verá el germen de una enseñanza hermosísima y envidiable.

El doctor Rubio ha publicado algunos trabajos: han sido pocos, es verdad, pero muy pocos también serán los cirujanos que puedan censurarle con justicia esa pobreza; porque con relación á lo que es ya de costumbre dejen nuestras eminencias, puede presumir de escritor infatigable. Recordamos entre los principales, un folleto sobre la *ovariotomía, la caries y estenosis laríngea, el*

fimosis, las deformidades del cuerpo humano, el libro chico y los tomos de la enseñanza clínica dada en el Instituto.

Terminaré diciendo que, á pesar de ciertos *peros* que algunos le encuentran, si en España abundaran los caracteres físicos del doctor Rubio, con su amor á la enseñanza, y la superioridad de sus miras, de seguro estaríamos algo más adelantados de lo que estamos.





SANCHEZ OCAÑA. (D. ESTEBAN)



RECONOZCO en este ilustrado catedrático del Colegio de San Carlos uno de los clínicos más eminentes de Madrid, y de más ciencia y mejor asimilada: por ambas cualidades, podría haber producido obras de valor incalculable; pero, ó por exceso de ocupaciones (yo así lo creo) ó por falta de entusiasmo, debe haber dado muy poco, cuando no conozco nada suyo, fuera de las notables compilaciones que publica la casa Bailly-Bailliere con el nombre de *Anuario*, de los cuales se han dado ya á la estampa muchos tomos. Esta acreditada publicación y algunas traducciones son los únicos trabajos suyos que yo conozco y me sirven para incluirle en esta galería.





Dr. Sanchez Toca.



SANCHEZ TOCA.

(EN SU MUERTE.)

ERA uno de los últimos miembros de aquel ilustre claustro que tanta gloria diera al Colegio de San Carlos, y la encarnación más honrosa de la cirugía española: su pérdida es un quebranto nacional, y la profesión médica española, si esta frase expresa algo real, debe sentir su alma entristecida con inconsolable luto.

Cuando ayer supimos la triste nueva, sentimos en el corazón amargo sobrecogimiento; parecía que se nos desgarraba, y que con su herida inundábase toda el alma de profunda pena y ahogo.

Esperábamos su muerte, y esta, sin embargo, nos ha lastimado con esa emoción que experimentamos cuando al fin ocurre el funesto acontecimiento que se viene temiendo; con ese golpe con que nos saluda la realidad que tanto nos asusta.

Porque hacía ya mucho tiempo que todos los médicos españoles veníamos esperando el necesario epílogo de la cruenta serie de sufrimientos que, fustigados y vueltos indomables por la edad, atormentaban al que un día fué la figura más sorprendente de nuestra cirugía.

Y, sin embargo, al penetrarnos de que nuestros temores eran ya un hecho, que el último aliento de vida había salido al fin de aquellos labios que vertieran tan instructivas lecciones en las aulas del Colegio de S. Carlos, y que se había paralizado para siempre aquella mano que empuñara como pocos en el mundo el benéfico bisturí, hubimos de ahogar en la garganta un triste gemido que brotaba del fondo del pecho.

¡Sin duda era la parte que nos correspondía en ese lamento que ha debido exhalar la clase toda al saber la aciaga nueva!

—

Quien esto escribe apenas conocía á Toca, porque no había sido su discípulo ni su contemporáneo.

Cuando pisamos el Colegio donde el memorable profesor tantos triunfos consiguiera, había dejado ya la enseñanza; cuando comenzamos á ejercer la profesión, sus propios males teníanle atado al potro del sufrimiento.

Y á pesar de todo esto, su fama y su gloria habían resonado mil veces en nuestros oídos, exaltado otras tantas nuestra imaginación y encendido con inusitado fuego nuestro entusiasmo.

Y á pesar de la distancia, llegaban sus méritos hasta nuestro ánimo, como llegan hasta nuestros cuerpos el calor y la luz del sol á través del espacio inmenso, poderoso y brillante por la incontrastable fuerza de su naturaleza.

Solo una vez disfrutamos el placer de escuchar su palabra. Al levantarse la sesión de la primera inaugural que celebró la Sociedad Ginecológica, y en donde cumpliendo nuestro honroso deber de secretario habíamos leído un modesto discurso, se nos acercó un anciano, alto, de varonil semblante y de inteligentísima mirada, nos cogió una mano, nos la apretó fuertemente y nos dejó escuchar lisonjeras palabras.

Cuando un consocio cercano nos advirtió que aquel era el Excmo. Sr. Marqués de Toca, el aturdimiento

ofuscó nuestra cabeza, tartamudeamos unas cuantas frases de reconocimiento, y nos sentimos abrumados por la honra que nos dispensaba. ¡No se hubiera considerado más orgulloso un oscuro legionario al escuchar elogios de su César!

Desde entonces le hemos visto en la calle algunas veces, muy pocas; marchaba lentamente, con su alto y esbelto cuerpo doblado hacia la tierra, abatido por el peso de sus años y sus desventuras, fijos siempre en el suelo sus ojos como si conversaran con él, y apoyado en su bastón: le saludábamos respetuosamente, y nos quedábamos contemplándole con extraña curiosidad, porque nos parecía el espectro de un genio que iba buscando la propia sepultura.

Es necesario haber sido discípulo suyo ó escuchar á los que lo fueron y supieron apreciar lo que valía su maestro, para admirar las envidiables, las pasmosas dotes quirúrgicas que le caracterizaban.

Decir de Toca que era un perfecto anatómico, que operaba con notoria serenidad y esmero, que sus bríos quirúrgicos acometían resueltamente las más osadas maniobras, etc., es decir una porción de esas vulgaridades con que hoy adornamos al más adocenado profesor.

Toca era mucho más que todo esto; era el genio de la cirugía con facultades especialísimas, con aptitudes características que le hacían agitarse sereno y dominante en las más árduas y delicadas operaciones.

Su bisturí parecía dotado de una inteligencia, de una penetración y de una firmeza automotora sobrenaturales. Con golpe directo y decisivo llegaba de una vez á donde quería llegar, para detenerse al contacto de un grueso tronco vascular, asomándose en las mismas orillas de la muerte, como el gorila se planta de un salto sobre la rama que crestea el precipicio, y allí se columpia alegre sobre el mortal abismo, que examina confiado y que cuando quiere abandona, yendo á parar con otro salto sobre la firme roca.

Sus recursos eran prodigiosos.

En cierta ocasión concluía de trepanar un cráneo. De pronto el operado palidece, la respiración cesa, la resolución ataca los muslos, y la muerte roza con su fría segur el hilo de aquella vida: los ayudantes, penetrados del peligro, se estremecen y asustan; pero Toca se apercibe de lo que existe, deja el ya inútil perforador, coje en sus robustos brazos al enfermo, se lo echa encima, le pone cabeza abajo, vierte sobre el lecho un foco sanguíneo, producto de una hemorragia meníngea, y asegura la vida del paciente.

—

Los triunfos operatorios de Toca son inenarrables, y por eso la memoria del ilustre autor se extinguirá con su generación.

Su temeridad quirúrgica ha sido la de un genio, pero no se ha cuidado de comunicarla á las generaciones venideras.

Operó mucho y mejor que nadie; aventajó al mismo Argumosa; sorprendió en el extranjero lo mismo que en España: donde quiera que empuñaba el bisturí, tenía admiradores; hubieran podido pasar como alumnos suyos multitud de celebridades europeas, lo eran sin duda sobre la mesa de operaciones, y sin embargo, la memoria de Toca no sobrevivirá lo que la de muchos de estos.

Hoy su recuerdo es profundo entre sus amigos, entre sus comprofesores y sus clientes; pasados treinta años, se habrá perdido en ese abismo infinito de la nada, en donde caemos casi todos los mortales cuando exhalamos el postrimer suspiro.

Y es porque Toca vivió para sí, pero no para la ciencia: trabajó mucho para deslumbrar con sus proezas, y se enriqueció con su trabajo; pero fué ingrato con esa cirugía, á la que no imprimió ningún adelanto escrito.

Honró la profesión, pero fué un hijo abandonado para la ciencia.

Toca no escribió nada.

Por eso entre Toca y Mata hay una diferencia grandísima que les traza muy opuestos destinos en el porvenir.

El primero murió ayer: el segundo vive glorioso y palpitante allí donde dejó indeleble su espíritu, en sus numerosas obras, que serán siempre grandiosas y tanto más celebradas cuanto más años pasen.

El primero tuvo en torno de su cuerpo una atmósfera deslumbradora; el oro llenaba su casa; hizo tres fortunas, y fué marqués.

El segundo sólo disfrutó esa levisima aureola del Ateneo, de la cátedra y de la Academia; enriqueció á sus editores conservándose siempre pobre, y murió sin honores.

El primero disfrutó la vida del cuerpo: el segundo la del alma, la del espíritu, y ésta no perece con el individuo, antes bien se encarna en otro organismo más duradero é incorruptible: en el de la posteridad.

—

Toca debió sufrir mucho moralmente en estos últimos años.

Los nutridos aplausos que se prodigaban á otros cirujanos inferiores á él; la corrupción que invadió á muchos que hicieron de los diarios noticieros el callejero y mercenario pregón de su ilusoria grandeza; el oropel que por doquiera relumbraba y hacía valer como si fuera legítimo oro; el incomprensible endiosamiento de algunos, debieron martirizarle mucho y hacerle exclamar como el Profeta:

¡Cirujía, cirujía, cuánta gangrena pudre tu cuerpo, y cuánta miseria afea tu espíritu!

Hace pocos meses leímos en un periódico noticiero que el ilustre Toca volvía á dedicarse al cuidado de su clientela: no creímos la noticia, porque los muertos no resucitan, y el Marqués era ya un impotente despojo de su pasado.

Y sin embargo lo sentíamos, porque su presencia

en el campo quirúrgico era tan indispensable como lo fué la de Jesús en el sagrado templo.

Hubiera podido arrojar algunos mercaderes de la profesión.

—

Toca ni siquiera ha recibido esos últimos honores que tributan á un cuerpo, sus amigos y admiradores. Su cadáver fue trasladado inmediatamente á Vergara, su país natal.

Esta resolución nos produjo una pena y un consuelo.

Nos apenó el sentimiento de no poderle acompañar hasta su último recinto, de no haber lanzado sobre su frío y pálido semblante una cariñosa mirada, de no aplaudir el dolor de los comprofesores todos.

Nos consoló la idea de no presenciar un nuevo y triste desengaño, de no tener que sentir sobre el propio rostro ese fuego de la vergüenza y de la indignación que nos encenderían la ingratitud y la indiferencia de la clase.

Porque de la nuestra todo se puede esperar.

—

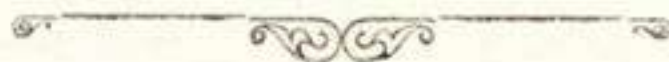
Ayer noche recorrieron con avidez nuestros ojos la plana de algunos periódicos y no leímos nada, ni un lamento, ni un fugaz recuerdo.

Era domingo, y la minuciosa descripción de la corrida de toros absorbía mucho espacio.

Toca ha muerto sin que el público se apercibiera de ello: holgaba ya en la sociedad, y nadie ha notado su falta.

La sociedad no rinde tributo á sus esclarecidos miembros mas que cuando se mueren con oportunidad.

Y la oportunidad consiste en extinguirse de pronto cuando más brillan.





SAN MARTIN. (D. ALEJANDRO)

POCAS veces se podrá emplear con más propiedad la frase de *sabio modesto* que cuando se aplica á este joven catedrático, una de las notas más brillantes que hay en ese abigarrado conjunto que forma el personal docente del antiguo Colegio de San Carlos.

Si sus obras y sus oposiciones no hubieran puesto en evidencia lo que el doctor San Martín sabe, tentado andaría quien con él hablase de recomendarle á cualquier bachiller para que le enseñara algo, porque como él dice—y esto lo dice siempre con acento de convicción—es *un estudiante regular*.

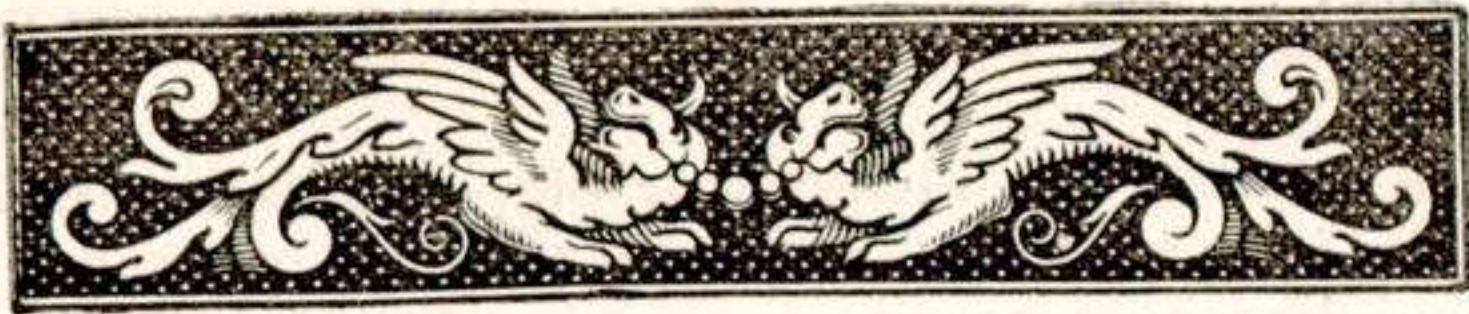
Y efectivamente, le cuadra este título, porque vive y se conduce en todo como un estudiante tímido, ¡tan bello y sencillo es su carácter! Su retirada voluntaria de la propuesta á una vacante de la Real Academia de Medicina, so pretesto de que se consideraba todavía demasiado joven para merecer tan grave cargo, denota una delicadeza muy rara en la condición humana, antes inclinada á empujar otros aspirantes y atropellar los méritos más sagrados, con tal de gozar las posiciones distinguidas y los beneficios, que á ceder galantemente el puesto á los que apetecen las mismas glorias.

Joven es, con efecto, el doctor San Martín y por merecimientos muy reconocidos ocupa en el claustro de la Universidad Central, lugar muy honroso; su espíritu estudioso y su desdén para los esplendores y las riquezas mundanales, le dotan de miras elevadas y de aptitudes sorprendentes para el trabajo. ¡Cómo dudar de que sus obras han de ser numerosas y brillantes!

Publicó hace dos años una obra notable, titulada: *Estudios de materia médica física*, y ahora se ocupa de arreglar sus lecciones de *Patología quirúrgica*. Ya antes, además de otros trabajos, había sido muchos años redactor de *El Siglo Médico*, cuyas páginas abandonó para ocupar el sitio de una cátedra.

¡Plegue al cielo conceder á su cuerpo, algo castigado por achaques de enfermedad, salud y robustez envidiables, y seguro es que el doctor San Martín dará discípulos inteligentes á la profesión, y tratados notables á la medicina!





SIMARRO Y LACABRA. (D. LUIS)

Es un valenciano que pasó como un metéoro por Madrid, y al que nadie que conozca negará fué una personalidad de las más interesantes de la juventud médica.

Su fenomenal talento y su envidiable ilustración le despertaron incorregibles genialidades y le alejaron de Madrid, llevándole á la capital de la vecina república.

Ya aquí, cualidades sobradas tiene para hacer oscilar su destino entre estos dos extremos: el de un genio europeo ó el de un interesante tipo de bohemio parisién.

Le deseamos el primero.

Simarro es el hombre de las frases oportunísimas y de los recursos ingeniosos. En muchos sitios, y en el Ateneo sobre todo, han hecho suerte algunas de sus ocurrencias.

La siguiente merece que la traslade á los lectores. Hacía oposiciones á plazas de médicos de hospital, y siendo él contrincante, hubo de indicar el historiador que emplearía el tratamiento alterante.

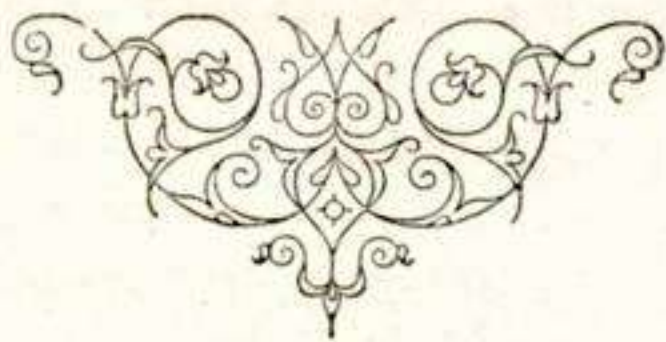
—Eso del tratamiento alterante,—observó Simarro hablando con parsimonia, cogiéndose la barba con la mano derecha, lanzando al espacio una mirada vaga y adoptando la expresión rara del individuo que no vé claro—eso del tratamiento alterante, confieso que ha sido cosa que siempre me ha parecido confusa; me recuerda el procedimiento de un amigo mío, el cual, siempre que se le paraba el reloj, trataba de arreglarle dándole unos cuantos golpes contra la mesa.

¡Y sí, efectivamente, refería de alguna vez que le había hecho andar!

—Esta imágen es... de oro.

Sus campañas en el Ateneo de Madrid han servido, como dice con razón un distinguido amigo suyo, para realzar el prestigio de la clase á que pertenece.

Con sus ingeniosidades ha hecho él en este sentido más que otros con obras de grandes pretensiones.



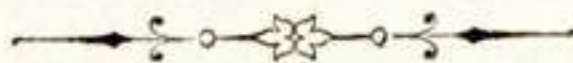


SUENDER. (D. ENRIQUE)

Es el urópata que mejor he podido conocer y el que por esta misma razón me inspira más confianza; yo no sostendré que no le haya en España mejor, pero sí diré que á mí me parece el más bueno. Le he visto hacer maniobras chocantes, golpes de verdadera habilidad y he comprendido que responde á las exigencias de un buen especialista en vias urinarias.

No trabaja ni dá de sí todos los frutos que tiene el deber moral de producir, pero hace algo. Parecía natural que tuviera una clínica de enfermedades de los órganos urinarios, que diera cursos, que publicase obras... pero nada de esto hace: es rico, y le interesa poco la celebridad. Además ha sido muchos años médico de Sanidad Militar, aun cuando joven ha pedido ahora el retiro, se ha casado y busca el descanso: deploremos este conjunto de circunstancias desfavorables á los adelantos de la urología en España.

Ha publicado una colección de folletos interesantes acerca de su especialidad. Recuerdo entre ellos, uno sobre *cálculos voluminosos de la vejiga*, otro sobre el *jaborandi y la uremia*, otro sobre la *litotricia* y alguno más que no cito.





SANTERO. (D. TOMAS)

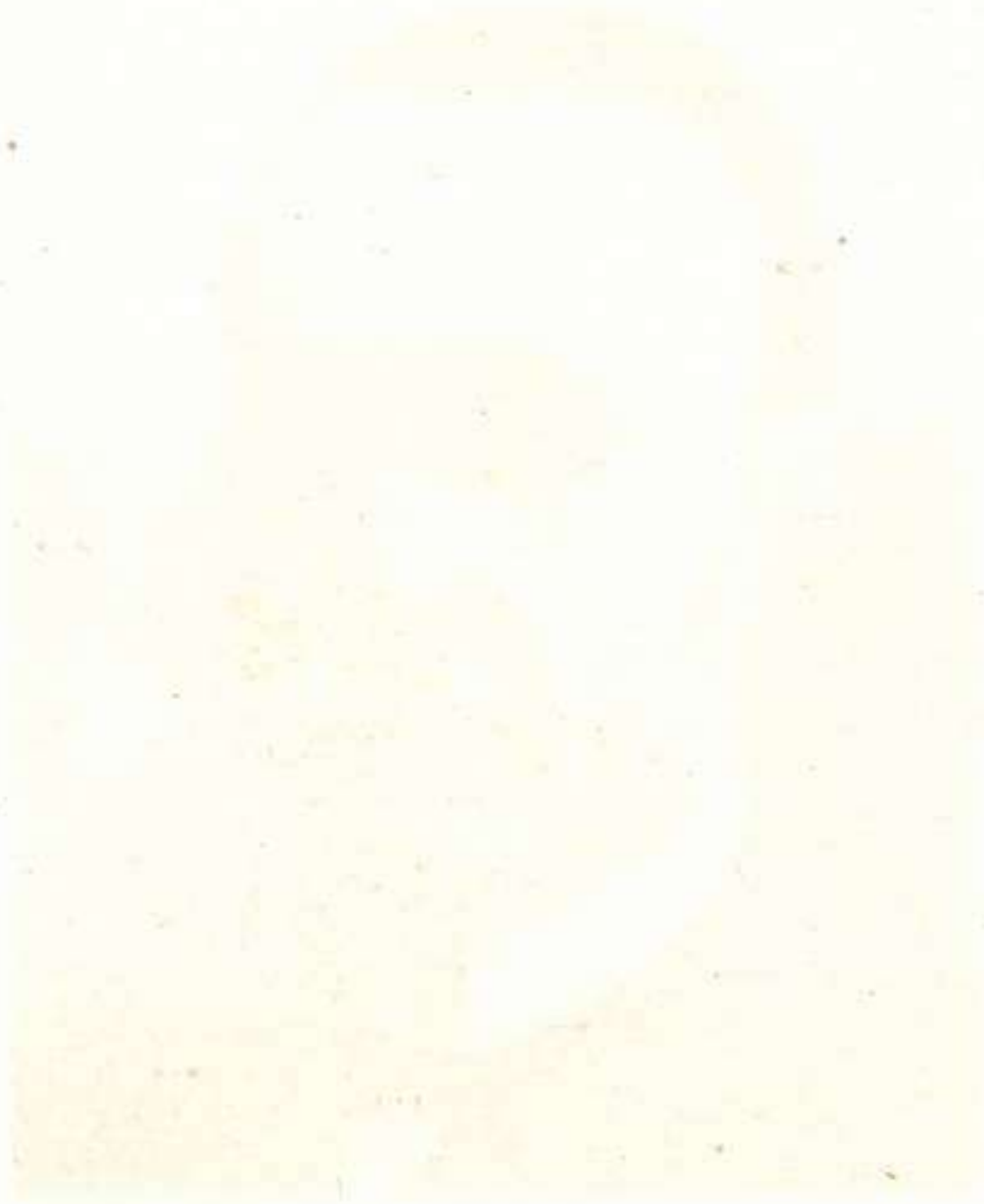
No cabe duda que el doctor Santero es uno de los médicos más célebres y singulares con que el siglo XIX ha favorecido á España, y uno de los que más influencia han ejercido en la actual manera de ser científica de nuestro país. Catedrático en la Facultad central, ha sido de los que han tenido convicciones firmes y han procurado por todos los medios posibles, despertar y arraigar con solidez estas convicciones en sus discípulos. Puede estar orgulloso de su obra el Sr. Santero; el espíritu médico dominante entre lo granado de nuestra clase es muy *santerino*, y el grado de bondad que esto entraña es el que acusa el grado de gloria que le pertenece.

Mas por varios motivos es delicadísimo el tratar de esta célebre personalidad médica española; uno de ellos, porque el Sr. Santero pertenece á los indiscutibles; lo suyo se acepta ó no se acepta,—si es que hay valientes todavía que puedan dejar de aceptarlo,—pero no se discute.

Y no se debe ciertamente á que el memorable catedrático se haya comido á nadie, ni como sucede con otras personas, quiera imponer las doctrinas á golpes y



Dr. Santero (D. Tomás).



á gritos, pues no ha llegado aún á nuestra noticia que tales cosas haya hecho jamás; sino porque ha venido al mundo con las cualidades necesarias para que se le dé siempre la razón y para que cuando desee algo lo diga pronto á fin de satisfacerle cuanto antes, porque de todas maneras es segurísimo que ha de salirse con la suya.

En el año pasado, sin ir más lejos, discutiéndose en nuestra Real Academia de Medicina acerca de la mortalidad de Madrid, pidió la palabra á medio curso, embargó la discusión y dió el ejemplo, tal vez nunca visto, de ocupar cuantas sesiones faltaban, predicando á sus compañeros sus convicciones sobre el materialismo, el positivismo y el vitalismo en medicina. El tema, como hemos dicho, era la mortalidad en Madrid, y la Academia está compuesta de compañeros ya de antiguo muy penetrados de cuáles son sus doctrinas; pero sin duda debió parecerle al orador que algunos renqueaban un poco y les consagró aquellas misiones sacrosantas, que dejaron á todos más flexibles y suaves que un guante. Apuesto cualquier cosa á que nadie le replica en el curso próximo, ¡qué le han de replicar!

· · · · ·
Y efectivamente, he visto que después nadie respondió una palabra.

—
Ninguna injusticia debe regatear al Sr. Santero el valor de sus convicciones: su espíritu vive entre los autores clásicos y no puede contemplar sin protestas, las graves herejías que sostienen las grandes escuelas reformadoras de fines del siglo XIX; todo lo que no se informa en el vitalismo es heterodoxo, y solo puede llevar al pensamiento por piélagos salpicados de rocas, donde ha de estrellarse; y penetrado de este miedo, lucha con valor por abrir los ojos de sus comprofesores y meterlos en mares más tranquilos y bonancibles, únicos que pueden conducirlos al descubrimiento de las sanas doctrinas que el progreso de la medicina requiere.

Termómetros, hidroterapia, jeringuillas de inyecciones sub-cutáneas... afuera todo eso, hechura de malas artes, instrumentos que fascinan con mentidos hechizos y alborotan la cabeza con embrollados ideales; el criterio médico anda pervertido; se busca en el agua, en la quinina y en los defervescentes un arma contra la fiebre, cuando en rigor no sirven mas que para ayudar á destruir el organismo, aumentando los estragos del mal...

—
 ¿Tiene razón el Sr. Santero? Puede ser; lo que no admite réplica es que cree lo que dice, que tiene convicciones, y esto ya es algo entre médicos, que tan dados son al desbarajuste y al escepticismo. Posee su escuela, es el jefe del vitalismo en España y cumple sus deberes como deben cumplirle los hombres de batalla y de corazón, luchando siempre por el triunfo de su causa. En este sentido nos merece un respeto profundo, y le consideramos como una verdadera gloria nacional. ¡Ojalá en religiones opuestas hubiéramos tenido apóstoles tan fervientes como el doctor Santero en el vitalismo, verdadero rival del doctor Mata en el positivismo!

—
 En la profesión ha ejercido influencias sin duda más claramente benéficas. Es el alma del Monte Pío facultativo, por cuyo sólo hecho merecería respeto profundo de la clase médica.

—
 Es autor de obras importantes, inspiradas *siempre* en sus doctrinas; entre ellas merecen particular mención las *Lecciones de Clínica médica*, obra de la que se han hecho varias ediciones y tienen en su biblioteca casi todos los médicos españoles, los *prolegómenos á la enseñanza clínica*, que es una exposición de sus doctrinas filosóficas, y un *tratado de las enfermedades crónicas*.





Dr. Serret Comín.



SERRET. (D. RAMON)

A SEGURO á Vds. que es un valencianito que ha caido de piés en Madrid.

Cansado de respirar las brisas del Mediterráneo y de comer paellas, dió con su cuerpo en esta corte, pero ¡en qué ocasión! cuando se hallaba vacante la única plaza retribuida de escritor médico que en España había entonces, la de redactor del *Siglo Médico*, y sin que supiéramos cómo, se metió en la catedral de nuestra prensa médica y quedó convertido en un respetable canónigo.

Pero mi amigo Serret es un canónigo-hormigueta; no es de esos que dueños de una prebenda se tumban á la bartola y procuran pasarse la vida lo más apaciblemente que se pueda; por el contrario, es un canónigo nacido para el trabajo y que procura fijar su nombre en el libro donde se registran los que cooperan al laboreo de nuestra cultura y á la construcción de nuestra medicina.

Seria, constante y utilísima es su labor en *El Siglo Médico*. Ha hecho del periodismo su principal ocupación y á ella dedica la mayor parte del tiempo; es quizás el primer joven que circunscribiendo sus actividades á

la magnífica pero difícil tarea de la prensa médica, y viviendo decorosamente del fruto de su trabajo, nos da el ejemplo de lo que muchos jóvenes ilustrados pueden prometerse en el porvenir, cuando la cultura de nuestra clase, sea bastante superior de lo que es en la actualidad.

Dentro del campo de sus operaciones no hay trabajo que le arredre, ni cometido que no cumpla con esmero. Se le puede encargar cualquiera tarea y confiar en la bondad de su ejecución. Los numerosos lectores de *El Siglo Médico* lo saben bien, y por eso el nombre de Serret debe ser para ellos una garantía de formalidad y de acierto.

Ha traducido multitud de obras que han adquirido gran reputación entre los médicos españoles, y la mitad de todas las que lleva publicadas hasta la fecha la biblioteca escogida de *El Siglo Médico*; lo cual supone un capital respetable de actividad aportado á la ilustración común.

Serret tiene una debilidad: la vacuna.

Profesor del Instituto de vacunación, celoso propagandista y defensor en España de los grandes beneficios dispensados á la humanidad por el inmortal Jenner, vacunista de corazón y de cabeza, ha logrado adquirir grande competencia en estos asuntos y prestar buenos servicios con sus artículos y sus esfuerzos de otra clase á la obra de combatir la viruela.

Uno de ellos ha sido el de la fundación de la Sociedad Jenneriana matritense, á cuyas sesiones hemos tenido el gusto de asistir algunas veces, cuya formalidad nos ha complacido sobremanera, y de la cual esperamos ha de conseguir utilísimos resultados la ciencia, y por ende la salud pública, objetivo supremo de todos nuestros afanes.





SOTA Y LASTRA. (D. RAMON)

Es un publicista médico, práctico acertado y elocuente catedrático de Sevilla.

Sus aficiones á las bellas artes y principalmente á la literatura, le han desarrollado gustos y sentimientos delicados, que refleja en sus producciones; ha publicado varios folletos, ha dirigido una revista médica titulada *Lecciones clinicas*, ha contribuido poderosamente á la organización del último Congreso Médico, el de Sevilla, y ha figurado dignamente en varios congresos internacionales.

Es, en fin, uno de los profesores de la capital de Andalucía, que más se cuidan del fomento de la medicina.





TABOADA. (D. MARCIAL)

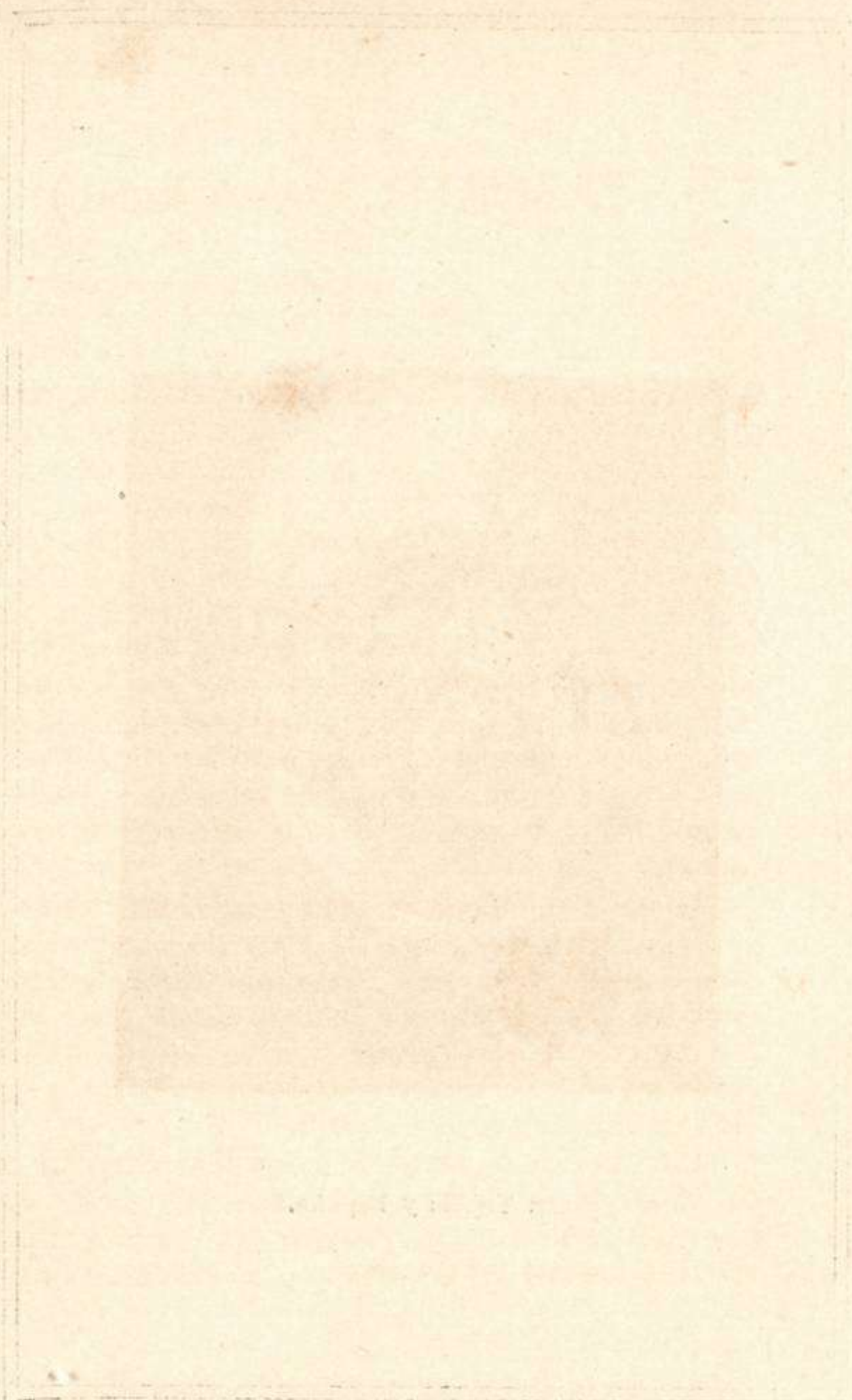
SI dispusiera de espacio, materia más que suficiente encontraría en el señor Taboada para hacer una biografía y fotografía de las más interesantes de esta colección.

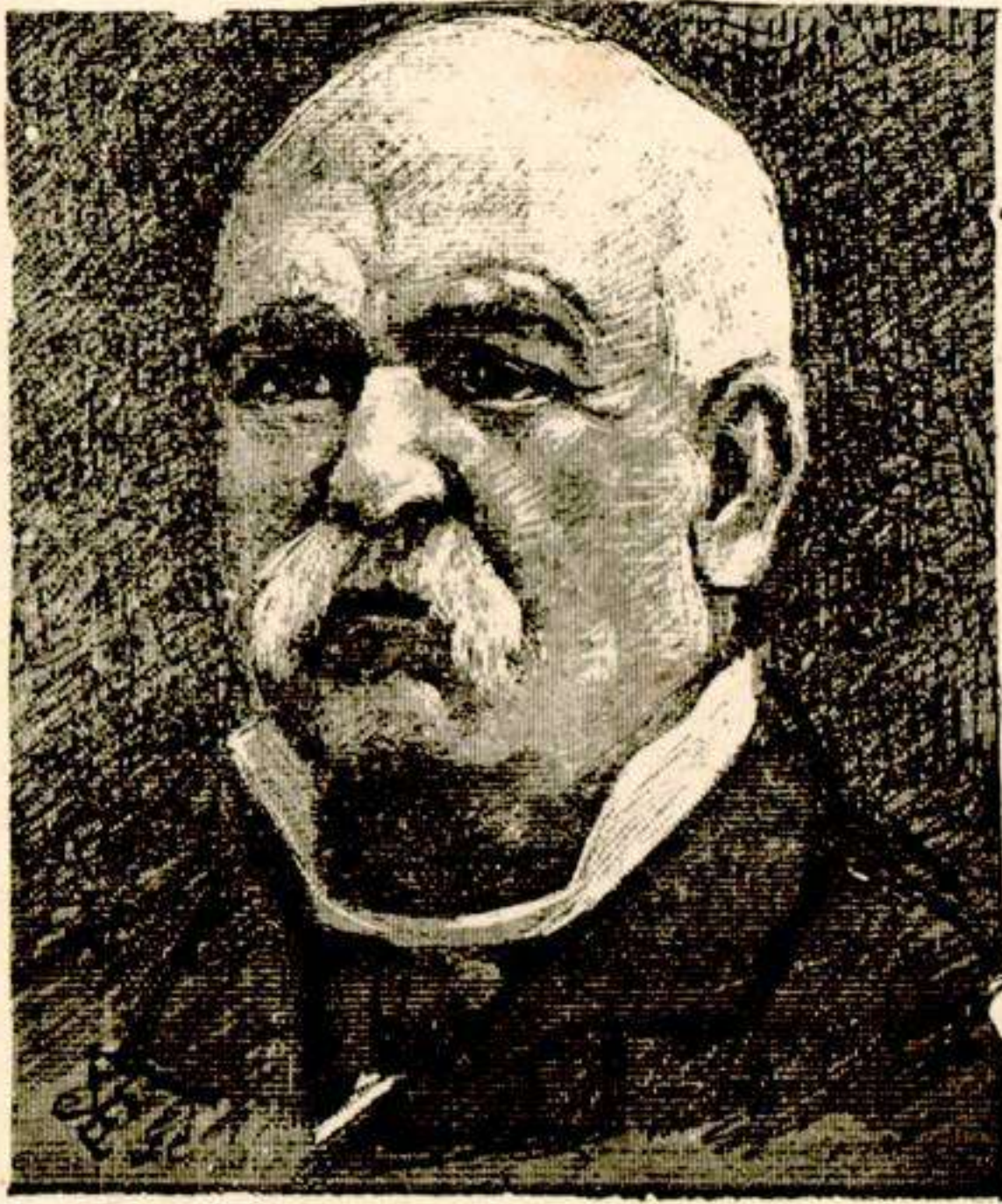
De edad adulta, aspecto más que simpático, jovial, espontáneo, despreocupado, amante de todo lo bello, y de puro artista griego ya por el culto á ciertas plásticas bellezas, de clarísimo talento, bullidor, travieso, aderezador de leyes sanitarias y muy inteligente en el ramo de la administración correspondiente, hidrólogo insigne, y polemista de privilegiadas dotes, se pasea por el mundo como por su propia casa, siendo halagado por unos, combatido por otros y apreciado de todos.

Es de las figuras más distinguidas que tiene el cuerpo de médicos directores de baños, y á él más que á ningún otro, debe este cuerpo gran parte de su respetabilidad y organización. Esto lo saben muy bien sus compañeros, y por eso no sólo es muy justo el aprecio con que le distinguen, sino que es hasta la satisfacción de una deuda de gratitud.

Ha publicado obras de consideración; un tratado de *hidrología*, dos tomos del *Anuario hidrológico*, en colaboración con otros compañeros, una monografía sobre el *Histerismo*, y varios más que no recuerdo (1).

(1) Véanse los oradores del Congreso Médico más adelante.





Dr. Tejada y España.



EL DR. TEJADA Y ESPAÑA. (D. FELIX)

¿L E ven Vds., parecido á un sér ya caduco, con sus trazas de hombre venerable, su espeso bigote blanco, su cabello del mismo color, su andar algo despacioso y sus referencias de sucesos que le ocurrieron hace muchos años? Pues todo eso son engañosas apariencias de una vestidura corpórea dentro de la cual se oculta el espíritu alegre y campechano de un rapaz.

Yo lo sé muy bien, pero si lo duda el lector, puede preguntarle al jovial D. Felix entre qué compañía se encuentra mejor y responderá sin vacilar que entre la de estudiantes.

Por eso es el socio protector de las sociedades escolares, y por eso estas saben demasiado que las columnas de *El Genio Médico Quirúrgico* son campo siempre abierto á la publicación de todas sus actas y reseña de sus acuerdos y acontecimientos, por grandes ó pequeños, por interesantes ó frívolos que tales escritos sean.

Verdad es que también procuran los socios recompensarle con generosidad: de vez en cuando, al verle invadir el local de sus sesiones, le hacen ocupar la presidencia y palmotean con estrépito su discurso, siempre caloroso y familiar.

Y algunos hacen más todavía; se suscriben al *Genio*.

Porque es indudable que D. Felix sabe esgrimir la mejor arma que existe para luchar con suerte en las batallas de la prensa; la propaganda.

Su bondad ingénita, su risueño carácter, su complacencia con todos y para todo, tiene así como una especie de liga, en tal grado pegajosa, que basta que se resbale un poco su interlocutor médico para que en seguida se encuentre adherido á la lista de suscritores de *El Genio*.

Banquete hubo donde se sentaron tranquilos más de veinte caballeros particulares, cada uno hijo de su madre y con suerte diversa hasta entonces, y cuando se levantaron les unía ya el mismo destino, todos eran suscritores.

Y quiero decirlo muy alto: D. Felix se merece esto y mucho más que alcance, porque nadie hay quien le aventaje en deseo de agradar.

Cualquiera solicitud le encuentra siempre dispuesto á la concesión: aplaude el sí vuestro, porque lo cree bueno, y luego el no del adversario porque le parece mejor; vive dando la razón á todo el mundo y siendo amigote de todos. Á veces se escurre su buen deseo, coje la pluma, da un paso en falso y cae de bruces sobre vosotros en el momento que mejor dispuesto estaba á prestaros un servicio.

¿Habeis quedado apabullado? no importa; D. Felix se levantará en seguida y con la mayor beatitud del mundo, hará lo que esos que por descuido os han aplastado un flamante sombrero de copa.

Hacen protestas de inocencia, cojen el sombrero, le ahuecan otra vez, le echan la manga encima y lo peinan del revés.

La prueba de que esto es así es que ni el mismo autor de estas líneas, con ser tan querido de D. Felix, (ya sabe él la esplendidez con que se le corresponde) se ha podido librar alguna vez de un ciego encontrón.

—

Su paso por el periodismo médico, ha sido de notable significación.

Le deben campañas muy aguerridas los antiguos cirujanos, por cuya nivelación con el resto de la clase médica trabajó. Fué su padre y ellos fueron sus hijos: los negocios los despacharon siempre en familia.

Sus artículos tienen marcado sello de originalidad; es un estilo que no se confunde con el de ningún otro escritor; con firma ó sin ella, lo suyo resultará siempre del doctor Tejada: refleja su blandísima personalidad.

Deja á la posteridad, entre otras obras de mérito variado, una novelita muy especial, titulada el *Coche del médico*.

Pertenece al género trascendental, y apenas el coche se vió enganchado, es decir, concluido, se echó á correr por esos mundos, atropellando gente sin reparo y adquiriéndose una celebridad muy merecida.

Este vehículo sorprendió tanto á los médicos, que dieron fin con él en seguida; es decir, le agotaron.

Pronto hará una segunda edición, que valdrá más que la primera: llevará las cartas que le dirigieron las señoras de muchos médicos, en testimonio de gratitud por su obrita.

¡Será curiosa su lectura!

—

El doctor Tejada ha contribuido mucho á la cultura de la clase, fomentando el amor á la lectura entre las clases médicas modestas. Es un servicio importantísimo que le hace acreedor al aprecio común.





TOLEDO. (D. FEDERICO)

Su firma se lee al final de las traducciones del francés y del inglés que tienen varios periódicos médicos. Es un modesto operario de la propaganda científica, que se conquista el aprecio de cuantos le conocen.

No se le vé en parte alguna, no asiste á corporaciones ni frecuenta amistades, solo se conoce su existencia por sus productos.

Trabaja más que muchos infatuados pedantes de nuestra profesión que presumen de celebridades, y no se le ha ocurrido todavía aspirar á la secretaría de ninguna sociedad científica.

Es un soldado de fila pundonoroso que merece un fuerte apretón de manos de los más encumbrados jefes de la ciencia.





Dr. Tolosa Latour.



TOLOSA LATOUR. (D. MANUEL)

SE ha distinguido por sus escritos, de una dulzura y un buen gusto literario muy raros en la clase médica, y por su amor á los niños.

Fruto de uno y otro es su obrita, el más notable de sus trabajos hasta ahora, titulada *El niño*.

La tercera edición de esta obrita se ha publicado hace poco tiempo.

Por doble motivo celebro este éxito: primero, porque pluma que colorea y matiza y dá vida al pensamiento que se desarrolla sobre el papel, en términos como la del Dr. Tolosa, merece el estímulo de la recompensa para que no desmaye en su difícil camino, ya que, por desgracia, la clase médica tiene tan pocos escritores de corazón.

Y segundo, porque creo que de todas las obras que arroje en lo sucesivo su laboriosidad, ninguna le gustará como esta, porque en ninguna habrá interesado tanto su entusiasmo, su honradez y hasta su auto investigación, como diría un filósofo.

¡Figúrense Vds. que su autor la escribió para distraer el fastidio de su destete... escolar!

Conque ¡sería niño!

—

Esta obrita le ha proporcionado algunos sonrojos á su autor. Decididamente no hay dicha completa.

Un día—ya hace años—hombreaba el Dr. Tolosa en un círculo de distinguidas damas.

Con su cara juvenil y levemente sombreada por el tímido asomo de su bozo, parecía un inquieto doctrino entre frescas matronas escapadas con vida de algún tapiz de la escuela de Amberes.

¡Hubiera sentido sueño y no le faltarían allí brazos que le quisieran recojer para trasportarlo á la cuna!

En esta reunión se atrevió á preguntarle una amiga:

—¿Y cuándo sale á luz ese niño?

—Ya lo he concluido, señora.

Estupefacción y rubor en el círculo femenino.

—Pero... ¿acaso este joven tiene ya un niño?—se atrevió á preguntar la de más edad?

—Es un hijo literario, es un libro,—respondió el autor con cierta confusión y bajando los ojos.

—¡Ah!—exclamaron aquellas boquitas de diosas, dejando escapar un coro de carcajadas, que sonó como el rodar de monedas de oro sobre un cristal.

Hace poco tiempo fué nombrado por concurso profesor del Hospital del Niño Jesús, destinado á la asistencia de niños enfermos. De todos los médicos que reúne este notable centro no hay ninguno que le aventaje en aptitudes médicas, y ninguno le iguala en la vocación de especialista pediatra. Será con el tiempo—yo lo espero muy confiado—una gloria de esta especialidad en España.

—

Aunque consagrado de continuo á trabajos de escritura y con aptitudes rarísimas para ellos, todavía no

ha producido lo que era de esperar hubiese ya dado, obras de regular importancia. Aparte de la ya citada *El niño* y algunos opusculitos, ha traducido al español varias obras francesas, entre ellas el tratado *enfermedades del estómago*, de Leven, y algunos de los trabajos de Carlos Richet sobre asuntos de fisiología. Se ha derrochado bastante en periódicos y ha sido el principal redactor de el difunto *Diario Médico*. Ahora tiene en publicación una elegante revista mensual titulada *La Madre y el Niño*.

—

El Sr. Tolosa y Latour, á quien la clase médica aprecia y con razón, es muy joven y tiene sobrada reputación para su edad. Yo, le considero aún en ese principio de los hombres llamados á valer mucho, que es como el apogeo de las medianías; es de esperar que marchando por buen camino y gastando bien sus facultades, confirme nuestras esperanzas.





DEL TORO. (D. CAYETANO)

HAY pocos médicos que sean tan activos como él, y que valgan también lo que él; para ponerle enfrente un carácter parecido hay necesidad de ir á Cataluña, penetrar en Barcelona, buscar en la calle del Carmen al doctor Giné y Partagás, y llevarlo á empujones á Cádiz donde reside el doctor Toro. Tendríamos entonces una parejita que vale lo menos por tres.

Posee muchos rasgos brillantes la personalidad del doctor del Toro; es el político más bullidor de Cádiz, en cuya población ha desempeñado los más altos puestos administrativos: es el cirujano más osado y el primer oculista de la zona meridional de España, autor de muchas obras interesantes de medicina, fundador y director-propietario de la *Gaceta Oftalmológica*, catedrático libre, y el médico de más visita de Cádiz... y qué sé yo cuántas cosas más.

Como operador acreditan su gran valor las extirpaciones de recto y de laringe y las ovariectomías que ha hecho.



Dr. del Toro (D. Cayetano).



1

Como autor de producciones médicas, los tratados de partos, de oculística y de cirugía que tiene escritos.

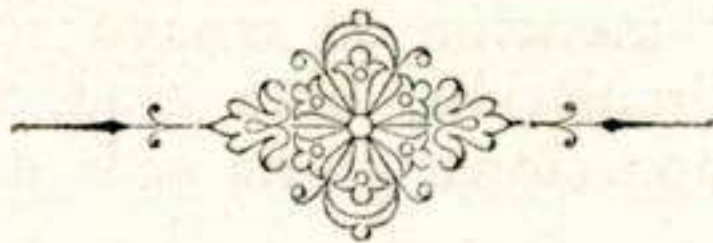
Y como práctico la reputación sin igual de que disfruta.

Y sin embargo, el doctor del Toro es joven. Es de talla esbelta, y en su fisonomía pálida, de correctas líneas y de luenga barba, verdadera cara de evangelista con dejos de largas vigiliass, nuncios de un predominio de la vida cerebral, fácilmente se admira al hombre de superiores dotes.

Es sin duda una de las más gloriosas figuras de la medicina andaluza, que coopera también con su palabra, su pluma y su práctica á la regeneración de nuestra clase.

—

Cuando oigo en Madrid á multitud de médicos adocenados disculparse de su falta de amor al estudio, á las academias y á la escritura, so pretesto de que su clientela (ocho ó diez enfermos, cuando más) les impide esta cultura del espíritu, me acuerdo del doctor Toro, del doctor Giné y otros por el estilo, abrumados con sus cátedras, sus grandes consultas públicas y privadas, sus cargos públicos, su intervención en todas las manifestaciones de cultura, y todavía con tiempo sobrado para dirigir periódicos y publicar obras, y entonces siento revoluciones de náusea en mi cuerpo y en mi espíritu y se me ocurre pensar:—¿Por qué no habrá hecho la naturaleza que cada cual lleve escritas en la frente sus aptitudes de jumento para que la sociedad le conozca?





TURRÓ. (D. RAMON)

INDUDABLEMENTE el señor Turró es una nota discordante entre nuestros médicos; se le ha ocurrido tomar la fisiología en serio, trabajarla con amor, seguir aquí, en medio del erial con que le brinda nuestra indiferencia científica, el camino tan brillantemente recorrido en otros países por los Bernards, Paul Bert, Brown Sequard, Ludvig... y demás ilustres fisiólogos, y hay que concederle el mérito de que lo sigue con aprovechamiento.

Positivista de buen sentido, sin desafinaciones de sistema, dotado de un espíritu observador muy sagaz y una crítica muy lógica y decisiva, comienzan sus notables trabajos á fijar la atención de los médicos ilustrados, y no vacilamos en manifestar nuestro presentimiento de que llegará á ser una figura notable si prosigue con el entusiasmo con que ha empezado sus delicados estudios y publicaciones sobre motivos de fisiología.

Varios son sus escritos, pero entre ellos merece muy particular mención su ensayo sobre una nueva teoría de la circulación, obra traducida al francés y destinada á proporcionar gloria nada escasa á su autor.





ULECIA. (D. RAFAEL)

Tuvo una educación médica esmerada y salió un editor.

Ha renunciado á la visita, á los debates académicos y á la escritura, salvo en determinadas circunstancias, que son cuando tiene que habérselas en su *Boletín*, con algún colega profesional; entonces luce su pluma, dotada de un estilo curialesco.

Desempeña un destino en Gobernación, y tiene puestos sus ojos, su cariño y su alma entera en las publicaciones médicas que dirige.

Es evidente que las aficiones del señor Ulecía han sido utilísimas á la cultura de nuestra clase. Amante de la bella tipografía, dotado de un sentimiento estético regular, emprendedor y entusiasta y *aliquando bonus* desprendido, ha logrado infundir vida á dos revistas apreciables que le honran por su forma y su contenido.

Una de ellas, de carácter general, es una publicación elegantita que testifica con elocuencia los primorosos desvelos de su director y propietario: goza ya de una circulación respetable y no dudamos ha de conseguirla mayor: tiene de redactores á jóvenes distinguidos.

La segunda es una revista mensual de especialidades, que sirve de órgano oficial á la Sociedad Ginecológica española, y se asemeja en un todo á la publicación anterior.

Este segundo periódico sirvió para demostrar las notables facultades de propagandista que posee el señor Ulecia. En vano la Sociedad Ginecológica había procurado asegurar la vida de su publicación oficial; cuantos individuos se encargaban de su administración, concluían por aburrirse de ella, sin lograr reunir más de una docena de suscritores: la tomó en propiedad el señor Ulecia y antes del segundo número sumaban más de trescientos las listas de sus abonados.

—

El Sr. Ulecia es activo, de buen ojo práctico y machacón en sus empresas. Nadie le aventaja en solicitar originales y recabar su adquisición, una vez que se los han prometido. Con él no hay más que dos términos, ó no prometer nada ó cumplir cuanto antes lo prometido; de otro modo con su sonrisita, y sus frasecitas dulces y su carita simpática, os acosa, os persigue y os aburre hasta que saldais vuestra cuenta. Es de los que saben llevar á la práctica, como pocos, el refrán aquel de *pobre importuno*. A veces su pretensión dejenera en despotismo: cree que en el mundo hay un gran señor, *él*, y una porción de súbditos, admiradores de su grandeza, *los demás*: ¡es lástima que este error le proporcione entonces algunos disgustos!

—

Concluiremos diciendo que el señor Ulecia, por su intervención en nuestro movimiento literario y en nuestro renacimiento científico, merece bien de la clase.





Dr. Ustariz.



USTARIZ. (D. JOSÉ)

Es un diestro cirujano del hospital de la Princesa, según fama, pues de mí diré que solo le he visto operar una vez, y esta en condiciones tan desventajosas que no pude formar un juicio propio sobre sus dotes quirúrgicas. Cuando me haya penetrado de ellas se lo contaré á los lectores, aprovechando otra ocasión oportuna.

Sin embargo, confío en la idea de su bondad, no solo por lo que me dicen, sino porque sé que aprendió al lado del doctor Velasco y se asimiló sus buenas cualidades, porque opera mucho y porque conoce á fondo la cirugía.

En esta materia ya me atrevo á sostener que el doctor Ustáriz es una de nuestras primeras ilustraciones quirúrgicas. Lo último, lo recién llegado lo lee siempre antes que otro, sigue al día la marcha de la ciencia, se alimenta con esplendidez de sus publicaciones y sabe digerir, criticar y escojer su contenido; lo cual no es poco.

No hay que decir, por consiguiente, cuál será su opinión sobre los grandes problemas y disquisiciones que trae entre manos la cirugía actual, es listeriano puro,

y así como el doctor Cortejarena es de los que aprietan el freno para que la máquina no se estrelle, el doctor Ustáriz es de los que echan combustible y más combustible á la caldera para que no se pare el tren.

—

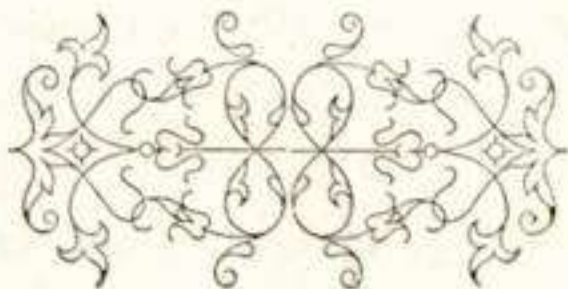
Echa combustible sí y lo echa á paletadas, con su voz en las academias, con su pluma en la prensa, con sus intereses en las bibliotecas de propaganda.

Joven, muy joven aún, contribuye á la cultura general, aprendiendo primero, enseñando después y luchando siempre.

Un exceso de timidez, en ocasiones inoportuna, le tiene menos significado de lo que merecía estarlo. Si las cátedras se proveyesen de otra manera que por el defectuoso sistema de las oposiciones, el doctor Ustáriz ocuparía dignamente una.

—

Sus publicaciones hasta ahora son memorias y artículos; no sabemos si algún día pasará de ahí, la verdad es que conviene mucho á su reputación hacerlo. En la actualidad, al doctor Ustáriz le conocemos bien, los que vivimos cerca de él; es preciso que le conozcan de igual modo los que viven lejos, y esto hoy solo se hace con obras.





Dr. G. Velasco.



EL DR. D. PEDRO G. VELASCO.

EL sábado 21 de Octubre (1882), á las siete menos cuarto, falleció, á la postre de larga y penosa enfermedad, una de las figuras más extraordinarias y populares que han honrado la medicina española de nuestro siglo: el Dr. D. Pedro González Velasco.

Cirujano operador, disector, maestro, coleccionista, patricio, obrero de la ciencia... ¡con qué colores tan recargados y brillantes pintó la Naturaleza estos atributos en su alma! Y si ese cruel destino, que se complace en hacer de la criatura humana una obra siempre imperfecta, hubiera completado el cuadro de tantos dones referidos con otras pocas, pero muy pocas, y casi vulgares mercedes, ¡qué figura tan soberbia y colosal hubiera trazado en el Dr. Velasco! Pasma y orgullo de la generación presente, cuanto más de su abatida patria, hubiera lanzando el resplandor de sus gigantescas obras por medio de la historia hasta sorprender á las generaciones del porvenir, como á través del espacio lanza el sol sus destellos hasta iluminar los más apartados planetas de su sistema.

Tuvo sus excelencias entre las facultades que más obligan al trabajo. No brilló como el genio que remon-

tándose sobre el común de las inteligencias, á la manera que el condor se remonta sobre el común de las aves, domina los campos de faena donde obreros inferiores laboran el estudio del fenómeno y la formación de la estadística, y ahondando más con su penetración, atisba el detalle por otros no divisado, concibe la teoría, establece el principio, formula la ley, y sorprendiendo al fin la misteriosa trabazón que todo lo une, fija para siempre la doctrina y la convierte á su más hermoso destino, haciéndola venero de mil aplicaciones, ora industriales, ora técnicas, que lanzan por nuevos derroteros la vida y las costumbres de la sociedad: no, el doctor Velasco no pertenece á esta sublime gerarquía, que si ha de colocarse en puesto alguno, ha de ser en las más altas zonas de la humana esfera, muy cerca de los cielos, por la razón clara de que muy próximos han de estar el Dios Omnipotente que engendra el misterio y la criatura inspirada que le descubre.

Tampoco ha sido mi querido maestro el artista de la ciencia que tomando de la riqueza común las primeras materias de ilustración, repásalas después en el taller de su cerebro, las analiza y desbroza, hasta que por último las devuelve al mundo ya depuradas en el crisol de su crítica y embellecidas con el hechizo de una nueva y más galana forma; pues obra semejante sólo á las grandes imaginaciones compete.

Las citadas artes, como favorecidas por altos dones de la naturaleza, entrañan algo de la molicie que se apareja con todas las aristocracias y privilegios, y por tal concepto no se prestan acabadamente á la consumación de ese poema de martirio y de fatiga, ansiedades y conflictos, que trazó con hechos el doctor Velasco y representa el sañudo destino impuesto al hombre en su peregrinación por esta tierra, cuyo suelo de roca hemos de ablandar con la sangre que broten las heridas de nuestros piés destrozados en el camino, con el sudor que caiga de nuestra frente, con las lágrimas que destilen nuestros ojos y con los desgarradores lamentos que profieran nuestros pechos.

Ha sido el doctor Velasco trabajador, que aferrada siempre su mano á la dura esteva, ha removido de profundo, todo lo profundo que permitía el enorme poder de sus inmensos sacrificios, el árido campo de la ciencia, sembrando de sus aficciones para que brotara riquísima cosecha que ya otros se cuidarían de utilizar.

Hubo en él, como hay siempre en toda persona, de grande ó chica talla espiritual que sea, un eje psicológico, una pasión de sus pasiones, en derredor de la cual se han agrupado sus restantes cualidades como se agrupan los cristales en torno del hilo que atraviesa una disolución azucarada; este medio de atracción y condensaciones ha sido el amor á la enseñanza.

Comenzó á enseñar al mismo tiempo que comenzó á aprender, pues su célebre Repaso de anatomía se inició cuando era estudiante. Para acudir á las exigencias de su repaso, construyó las primeras piezas anatómicas; enriqueciendo estas vinieron sus colecciones, y para dar colocación digna á sus colecciones, fundó tres museos; el del Hospital general, el de la Facultad de Medicina y el majestuoso del Paseo de Atocha.

La pasión de las demostraciones sobre el cadáver le hicieron el primer disector del mundo; sus dotes extraordinarias de disector, unidas á una pasmosa serenidad quirúrgica, le colocaron entre los primeros operadores de nuestra época; unido á esto la actividad de un exaltado, la sobriedad de un asceta y el alejamiento de los placeres de un misántropo y tendreis las líneas más fundamentales que circunscriben la fotografía moral del doctor Velasco.

Puso su principal cariño en la juventud, como si esta formara parte de su propia vida y motivo poderoso de sus afanes. Con haber permanecido cortos años en la cátedra oficial, rodeábanle siempre los estudiantes, y era de ver que siendo ellos el acicate de sus deseos, servían-

le también como de iris consolador en sus borrascosas aflicciones, y como paraje de reposo en sus graves fatigas.

Tener escolares á su lado, recrearse con sus ingeniosas travesuras, acudir con datos á la ilustración de sus ignorancias, y con consejos á la enmienda de sus yerros; perdonar las torpezas y pecados de los menos, celebrando las virtudes y aciertos de los más; recibir los atrevidos alientos del joven que afronta sin preocupaciones el porvenir, sobre la flojedad de su espíritu castigado por graves contratiempos, y salir luego de estas abluciones con el alma remozada; distraer su atención, casi de continuo clavada al sombrío y amargo recuerdo del cadáver de su hija, contemplando risueño esa edad en que el hombre, según expresión de Lamartine, se lanza al mundo como el genio encantador de la mañana delante del carro del día, llevando la antorcha del amor en una mano y en la otra el ramo de flores, con las cuales se cubre los ojos para no ver las tumbas que se abren en el sendero de la vida: hé aquí el único origen de tranquilas satisfacciones que el maestro disfrutó.

Y manantial de satisfacciones fué para él esta pasión, porque nada hay más agradecido y generoso, ni nada vincula mejor en sí la nobleza del alma, como por derecho propio, que esa juventud gallarda que se precipita tumultuosa en las universidades. ¡Lástima grande que cuando ya profesores se desparraman sus individuos por el mundo, aislándose y comprometiéndose en los mil afanes de la vida, consiga el abono de las torpes luchas y pasiones, que broten el egoísmo y la indiferencia, donde antes crecían solo espléndidas y ricas de virtuosos perfumes el desinterés y la abnegación!

Pero adviértase al punto, que así como el sagrado fuego del altar se perpetuaba en los templos paganos por la renovación de puras sacerdotisas, también esas mismas cualidades se propagan en las aulas merced á la renovación de las generaciones escolares; y por eso, sin duda, con ser la actual tan extraña al doctor Velas-

co, que no recibió sus lecciones, ni admiró sus esfuerzos, no obstante, fiel á los tradicionales deberes, apenas supo su muerte, acudió en comisiones á expresar con sentidas frases el dolor profundo que le ocasionaba tan irreparable pérdida, se constituyó en guardia junto al cadáver, le condujo en hombros á la fosa y honróle como si fuera la encarnación de su padre docente.

¡Sublime conducta que extremece el alma con los escalofríos de una tiernísima emoción!—En verdad que si el espíritu del maestro flotó en torno de sus despojos y pudo contemplar lo que allí ocurría, al advertir el abandono del discípulo protegido, la ingratitude del cliente curado, esa ausencia del correligionario á quien socorrió en sus estrechuras, y aquellos puestos vacíos, ocupados por esa juventud de mejillas frescas, de corazones apasionados y cerebros enardecidos, habrá sin duda pensado:

—¡Bendito mil veces quien á su paso por la tierra derrama sobre tí sus beneficios, pues eres como el hijo santo que no pagas solo tus propias deudas, sino que reconoces siempre y acudes al saldo de las contraídas por tus antecesores!

Y consiste esto, en que así como la predicación de las religiones, vida de la fe, deja sus santos, si adorados siempre por todo espíritu creyente, mucho más por los neófitos de la Iglesia; del propio modo la predicación de la ciencia, vida de la razón, deja también sus santos, que si son venerados siempre por los sabios, lo son mucho más por los iniciados en la cátedra.

Porque los que vivimos consagrados á la ciencia, y tengo para mí que más aún entre los que nos dedicamos á la medicina, sentimos con vehemencia superior á la que ninguna otra clase de estudios despierta, ese amor de hijo á la paternidad espiritual engendrado en el aula, que viene como á servir de complemento al amor de hijo, á la paternidad física, desarrollado en el hogar; afecto que en gran parte puede explicar el que así como nos liga á los segundos la deuda de habernos empeñado en las grandes tribulaciones de la materia y

del sentimiento, también así nos liga á los primeros el afecto de habernos empeñado en las grandes tribulaciones de la verdad y de la razón; pero que se explica más todavía por otro motivo de contraste, de fuerte antagonismo que existe entre el maestro, abrumado de experiencia, y el discípulo falto de previsión y calma; y que tiene mucho de parecido á las diferentes expresiones con que un sentido cuento persa trataba de animar el agua.

Corre ésta alegre y rumorosa durante la primavera, rica de matices y con adornos de espuma, alegrando el valle con sus cantos al brincar por los cauces accidentados, sin advertir las deliciosas riberas que se miran en sus ondas, ni el perfume que le regala el aire... y así, como si fuera una locuela, paulatinamente llega á la calma del invierno, que aquietando su curso y acallando sus músicas, la convierte en limpio espejo donde refleja su tristeza el cielo, su palidez el sol y su desnudez los campos. ¿Qué misterioso lazo une la serena majestad de esta vida al bullicioso corretear de la otra? El que une la vejez á la juventud; un lazo estrechísimo, gracias al cual forman como dos mitades de un todo las generaciones sabias que se van abrumadas de tristes recuerdos, y las que aparecen henchidas de alegres esperanzas.

Muchos maestros tendrá la juventud; pero rivalizarán pocos con el doctor Velasco: su obra magna, obra por nadie en el mundo, que se sepa, en las condiciones suyas igualada, el Museo Antropológico, es la ejecutoria más expresiva de su abnegación por la enseñanza.

Cuando se penetra en aquellos salones y se siente como el soplo de su grandeza y el mareo que produce el ordenado amontonamiento de sus colecciones; y luego se medita en los peregrinos detalles y episodios que hicieron heróica su realización, y se recuerda aquel anciano que á los 60 años se deshace de su patrimonio, se abisma en la ruina y acomete la conquista de otra nueva fortuna que poder destinar siempre al Museo,

entonces, tal hervidero de contradicciones bulle en lo hondo del pensamiento, que aun la cabeza más firme se pára y duda antes de atreverse á formular el juicio que tal empresa merece.

¡El Museo Antropológico! ¡Qué pluma sería capaz de presentar con el vigor debido esta obra inconcebible de un criado de servir!

¡Cuánta confusión promueve en el pensamiento! Tema de una calentura incurable; pesadilla sin descanso; mar insondable de amarguras y rico venero de satisfacciones; pasión de pasiones que se alimenta y crece como flor de cementerio con el recuerdo de una hija muerta; engendro híbrido de la ambición; fruto abigarrado y fenomenal de un plan monstruoso; amasijo de virtudes y flaquezas; creación gigantesca y fantástica, nacida al doble soplo del huracán turbulento de un frenesí y al divino fuego de una inspiración providencial; obra de titán que, á semejanza de esas enormes montañas que hunden su cima, coronada de nieve pura y brillante, en los cielos, y su base de fea y negra roca en el fondo de algún lago corrompido, así ella toca por sus extremos lo mismo en las luminosas alturas de lo sublime que en los oscuros abismos de lo insensato; iris de esperanza á veces y á veces cerrazón de tempestades; tan pronto cruz de expiación, como corona de triunfos y palma de martirios; contrasentido que unas veces encendía el fuego de su grandeza sobre la frente de su creador y otras le lanzaba lloroso y acongojado por casa de sus amigos demandándoles piedad; almacén solemne y carnavalesco donde el cráneo corroído y la esmaltada concha, el girón de vestido y la momia pestilente, el guijo de antigua cerámica y la carnosidad de hombre desecada, la moneda romana y el hacha celta, el fósil y el libro, el feto monstruoso y el ave de bellos colores, el mineral y la planta... todo lo que arroja de sí el taller inmenso y siempre activo de la vida, se mezcla, se baraja, se confunde llenando vitrinas, y tableros, y armarios, y salones... ¡Ah! Edificio del paseo de Atocha ¡cómo contemplarte sin profunda

emoción, huérfano ya del sér que te dió vida, y aguardando el pase á Dios sabe qué funestos destinos!...

¡Y qué sobrehumana fué la constancia que presidió á su obra! Caminando de una en otra decepción, quebrantado físicamente, perdidos sus intereses todos, pidiendo aquí, suplicando allá, agitada siempre su cabeza con un alboroto sin tregua, donde mil apuros y deseos vociferaban con imperio su pronto remedio, acosado por el desasosiego como si fuera un sér proscrito de la tranquilidad por maldición de un Dios inclemente; sin embargo de todo esto, á pesar de todo esto, y quizás por extraño poder de todo esto, la idea del Museo y de la enseñanza se conservaba siempre en su deseo, radiante y colosal, como si ella dentro de las ambiciones humanas entrañara ese aliento divino que mantenía firmes en el martirio á los cristianos del siglo IV; idea sublime de la gloria, tanto más espléndida en seducciones cuanto más crueles eran las pruebas y más desgarradores los sufrimientos que se habían de pasar antes de conseguirla.

En verdad, que si el atravesar la vida sujeto siempre al dolor de una tortura no extinguida ni extinguable, y á la postre de un largo camino llegar á la muerte con el cuerpo destrozado en la lucha, pero el espíritu, más que siempre joven y confiado, sin enervadoras experiencias ni lógicos desalientos, como hojas secas exhalando la fragancia de la flor lozana, como llevando la ilusión del joven donde debiera estar la decepción del viejo; si el ser esto así acusa un temple de héroe y un espíritu superior, entonces, como héroe entre héroes y elevado entre superiores hay que reconocer el temple y espíritu del doctor Velasco, y digno él de que de hoy más en adelante se le señale como modelo de lo que pueden dar de sí los grandes heroismos de la religión convertidos en los grandes heroismos de la ciencia.

—

El doctor Velasco, como médico, como maestro y como coleccionista, ha sido de los hombres formalmen-

te útiles á la obra común. Penitente él, y solo él de sus in experiencias y desaciertos, cuyos efectos concentraba en sí y devoraba á solas, no tuvo siempre para la sociedad en que vivía, mas que arranques de un verdadero patriotismo, empresas levantadas, esfuerzos sublimes y pasiones nobilísimas; y si como críticos inflexibles fácil sería tropezar en el cuadro de sus facultades con los testimonios de la humana imperfección, como miembros de la gran familia humana, sólo le debemos esa profunda gratitud, ese culto venerado que merecen los hombres cuando á imitación del Mártir del Gólgota, sacrifican su vida por la redención y progreso de la humanidad.

Rodarán los años, pasarán los siglos, desaparecerán del lugar donde su autor los colocó las miriadas de ejemplares en el Museo reunidos, caerán de sus fustes los esbeltos capiteles, y con ellos se desplomarán cornisas, esfinges, dianas y demás atributos puestos en el pórtico: libros, colecciones, discípulos... todo, todo volverá al polvo de donde surgió, para que soledad y ruinas existan donde hoy se alza el Museo, y hasta quizá, por sarcasmo del destino, á tales contrastes muy hecho, sobre el mismo emplazamiento del templo consagrado á las recogidas meditaciones de la organización, se alce otro templo consagrado á las insensatas chacotas del placer... ¡No importa! Todos estos elementos son el andamiaje burdo de una obra superior: si la ley de la conservación de las fuerzas es una verdad, y yo así lo creo, en el bienestar y sabiduría de todos los tiempos se entrañará virtualmente,—como en expresión lacónica de una cantidad elevada se entraña toda la nube de unidades que la constituyen, y como en la sencilla frase que el hombre articula se inscriben todos los esfuerzos realizados para llegar á la posesión del lenguaje,—los sacrificios monstruosos desplegados por el doctor Velasco en la conquista del ideal más hermoso y firme, más puro y desinteresado, y hasta más santo de cuantos mueven al hombre: el ideal científico.

Nadie hay que desconozca los rasgos más salientes de su historia; los citan los obreros como el más expresivo ejemplo de lo que puede realzar el trabajo honrado y pertinaz; fué el doctor Velasco hijo de unos labradores muy pobres, tanto, que para atender á las más perentorias necesidades de la vida, hubo de abandonar la casa paterna; fué luego religioso, fué después militar y ascendió hasta cabo furriel; más tarde criado de servir, camarero de un colegio y practicante meritorio con hambre por todo regalo; su buena estrella comenzó á iluminarle, guiándole por más felices derroteros, cuando pudo pasar á practicante de número en el Hospital militar; fué luego cirujano, médico, profesor de hospital, director de museos anatómicos, catedrático de operaciones, consejero de Sanidad, fundador y propietario del Museo Antropológico, el más notable, el más espléndido, el primero de cuantos museos particulares se han construido en el mundo á expensas de los mermadísimos esfuerzos de un oscuro obrero de la ciencia: hé aquí la escala de ascensión jerárquica por que ha pasado quien salió miserable del lugarejo Valseca de Boones, en la provincia de Soria, y muere en medio de la corte, miserable también, dentro de su palacio, pero es porque, como esos amantes locos que derrochan su fortuna al capricho de una hermosa coqueta, así él se deshizo de sus millones, con incalculables fatigas y sudores adquiridos, para agasajar y engrandecer la ciencia, dama que, como otras muchas mundanas, no siempre otorga sus favores predilectos á quien más se sacrifica por ella; y muere abrumado de fama y tan engrandecido de su Museo que, gozando privilegio á muy pocos otorgado, transformóle en panteón de su cadáver, como si aun después de muerto quisiera ser el custodio de sus obras, y estas, guarda de sus restos; en tal modo magestuoso y venerable este consorcio, que pueda ser viva protesta de quien osara profanar el Museo, encerrándose allí los restos de su fundador, y de quien atentara contra la vestidura carnal oculta en tierra, hallándose allí en sus producciones, vivo todavía, el espíritu gigantesco que le animara.

Poco es cuanto acerca de su laboriosidad se diga: en la época de sus mayores goces, cuando más descansado y satisfecho tenía su ánimo, desplegaba la actividad de tres ó cuatro personas; se levantaba, como fué en él costumbre de toda la vida y de todas las épocas del año, á las cuatro; se afeitaba, con luz artificial de ordinario, y bajaba á su despacho á escribir ó estudiar, cuando no acometía alguna disección; sus enfermos graves recibían á las seis ó siete de la mañana su primera visita, que les hacía á pié; pasaba á San Carlos y daba su lección sin rebajar un minuto de lo debido, á veces prolongando media y una hora más la clase: pasaba á la sala de disección en seguida, vigilaba los trabajos de sus discípulos particulares, les ayudaba en la tarea, y á las diez de la mañana montaba en su coche, y arrancando chispas al empedrado de las calles, visitaba parte de su numerosa clientela: regresaba á la una ó una y media, almorzaba de prisa, siempre un alimento frugal, y á las dos bajaba á su despacho, donde ya le esperaba, curioseando su museo, una larga fila de consultantes; recetaba y operaba hasta las cinco, hora en que la portera recibía orden de no dejar subir más enfermos; el poco tiempo que mediaba entre el final de su consulta y la de la comida, que era la de las seis, lo pasaba leyendo ó escribiendo; comía, se echaba después una ligera siesta, que jamás excedía de media hora, y de la que le sacaba el rumor de los centenares de alumnos que acudían á su repaso particular; al concluir éste volvía á montar en su coche y hacía la visita de la noche, hasta las doce, que regresaba á su casa fatigado y ganoso de descansar hasta las cuatro de la mañana siguiente, deseo que no siempre realizaba por aquello de que al médico, ni el día ni la noche pertenecen.

—

Como he dicho, ha sido uno de los cirujanos más idóneos que se han conocido. Si las aptitudes naturales pudieran repartirse, sobrarían con las suyas para hacer media docena de eminencias quirúrgicas de gacetilla.

Extraordinaria serenidad, habilidad operatoria sorprendente, corte rápido y preciso, ingenio y resolución para acudir con recursos instantáneos á situaciones comprometidas.

Era admirable operando. Nada que pudiera delatar agitación se observaba en él; jamás se descomponía ni se escuchaba de sus labios una voz más alta que otra; maniobraba y dirigía á sus ayudantes, acudiendo á los más nimios y apartados detalles del acto operatorio con una compostura y delicadeza académicas. En el momento más crítico de alguna disección; cuando el bisturí suyo bordaba con seguridad y elegancia primores quirúrgicos entre vasos y nervios cuya herida importaba la muerte; cuando todos sus ayudantes, el corazón tumultuoso y el semblante exprimido por la contracción nerviosa de una terrible solemnidad, no teníamos ojos, ni oídos, ni atención mas que para aplicarlos con tirantez suma á los movimientos de aquella hoja brillante que cortaba, y cortaba sin parar, entre los grandes resortes y misterios de la vida, solíamos entónces oír su voz metálica y serena que decía, mientras con la vista señalaba rápidamente á cualquiera de los presentes:—«Váyase V. fuera; veo que palidece y se va á desmayar.»

—

El Dr. Velasco—á semejanza de lo que ocurre á muchos cirujanos españoles cuando lo son por verdadera naturaleza, y este es un rasgo de sobriedad muy nuestro—contemplaba extrañado los grandes afanes que se da la casi totalidad de los profesores de relumbrón para inventar instrumentos, destinados á menudo á remediar torpezas.

Enemigo de inquisitoriales exhibiciones, usaba pocos instrumentos. Con su cartera de bolsillo se atrevía á todo; le bastaban un bisturí, unas pinzas y unas tijeras para hacer maravillas. Recuerdo de una operación terrible que practicó sin más instrumentos que los dichos. Fué en un sacerdote, que padecía dos tumores cancerosos desarrollados en las paredes del tórax: uno sobre el

esternón, y otro por fuera y debajo de la región precordial. Comenzó por extirpar éste, y avanzando la disección, al notar que el tumor ganaba el interior del pecho le siguió valiente; con los dedos fracturaba y resecaba trozos de costilla; poco después vimos al aire la cara superior del diafragma y la bolsa fibrosa que contiene al corazón, marcando con sus acompasados movimientos la vida que animaba aquel cuerpo, á quien yo conservaba insensible con el cloroformo. Pocos días más tarde fué dado de alta el operado.

En los últimos años había contemplado con asombro las grandes invasiones de la cirugía moderna, sin atreverse con ellas; él, que por arranques de su temeridad, y confiando en sus facultades y recursos, había acometido operaciones incalculablemente difíciles y cruentas, y que antes, pero mucho antes de que la abertura del vientre alcanzase las garantías de seguridad que hoy tiene, había extraído en hombres tumores enormes del abdomen y de la pelvis, rechazando vísceras, aislando gruesos troncos arteriales y haciendo inconcebibles disecciones, veía con alarma la casi rutinaria extirpación de la laringe y resistíase á practicar otras que, como las de ovariotomía, por ejemplo, tienen un código quirúrgico tan perfectamente claro y determinado, que no hay cirujano ramplón que no nos atrevamos á ejecutarla; y es que, en achaques prácticos, áun los espíritus más osados y reformistas jamás lanzan sus vuelos más allá de las regiones donde nutrieron su prestigio. ¡Qué más: la antisepsia, esa doctrina deslumbradora y tiránica que hoy fascina á casi todos los cirujanos, y ha sacudido la ciencia con extrañas y tremendas agitaciones, nuncios de realidades no bien depuradas todavía y de monstruosas esperanzas, en su mayoría tal vez falibles, no mereció siquiera los honores de su atención!

¡Y, sin embargo, el Dr. Velasco se enorgullecía de ser el primero que en España empleó el cloroformo!

Indudablemente el Dr. Velasco llegó á ser un admirable operador por sus aficiones á la disección, y sobre

este particular no hay reparo que detenga mi afirmación, ni debe haber quien la regatee en justicia una chispa de su valor; ha sido el primer disector español del siglo actual, por no decir de los modernos tiempos, y quizá el anatómico que ha registrado más cadáveres; los calculaba en la monstruosa cifra de 8.400.

Rectifique cada cual según su agrado esta cifra, nadie desconocerá que las aficiones á disecar se elevaban en el doctor Velasco hasta el extremo de constituir una pasión, que se hizo proverbial aun entre el vulgo, y que conservó invariable en medio de sus situaciones más variadas. Prueba de ello fué el que, apenas inaugurado el Museo Antropológico de su propiedad, todo lo que solicitó y obtuvo como recompensa de su obra fenomenal, y sin precedente, se redujo á la concesión de muertos en donde disecar y enseñar á sus alumnos.

Su habilidad operatoria ya referida, crecía notablemente disecando; rapidez, precisión, limpieza, verdad... cualidades eran éstas que brillaban extraordinariamente en todas sus preparaciones, las cuales salían de su mano tan acabadas que aventajaban en pureza á esos lindos grabados en acero que ilustran los modernos tratados de Anatomía. Algunas de las reproducciones en escayola que conserva la sección correspondiente de su Museo, son un testimonio elocuentísimo de esta afirmación.

—

Partidario ferviente de la demostración, adquirió sin tregua para hacer más claras sus explicaciones; este ha sido el fundamento de sus ricas colecciones.

Su repaso particular ha sido el más concurrido de cuantos repasos médicos se han conocido en España; cuando yo asistía á él, éramos trescientos.

Nada mejor merecido que esta singular estimación de los alumnos; el Dr. Velasco enseñaba la asignatura fundamental de la Medicina como la enseñan pocos. Piezas frescas y desecadas, reproducciones de varias materias, costosas ampliaciones, medios ingeniosos de

expresión... todo lo ponía á la vista y explotaba, hasta conseguir grabar en el cerebro de sus discípulos la intrincadísima textura del cuerpo humano.

Y su exposición era la más adecuada á esta asignatura: voz robusta, clara y de agradable timbre, fraseaba con facilidad, pero sin esmero ni elocuencia; su estilo era preciso, claro, y sobre todo machacón, pero muy machacón. Penetrado de que la Anatomía descriptiva había que fijarla al detalle en la memoria, procuraba hacer con sus nociones lo que hace un empedrador: cogía un dato ó una idea, le analizaba, le ponía en su sitio, y una vez allí insistía de firme para que no se perdiera. Muchos miles de profesores hay por el mundo, discípulos suyos en otro tiempo, que conservarán con trazos indelebles el recuerdo de su presencia, y creerán verle todavía en el repaso con aquella fisonomía redonda, siempre afeitada, de lustrosas y sonrosadas facciones, cubierta por el inseparable gorro que abrigaba una cabeza poblada de espeso y blanco cabello muy pelado, contorneada inferiormente por una nivea sotabarba recortada, la nariz socrática, el labio superior partido por una cicatriz y los ojos brillantes, vestido de bata con un puntero en la mano derecha y el brazo izquierdo ceñido á la pesada pieza de pintada escayola que reproducía alguna región anatómica, y cerrando su explicación larga, prolija y mareante, una descripción de hora y media, con la consabida advertencia: «y por lo demás, esto no ofrece nada de particular.»

Disector por espacio de muchos años de los Museos Anatómicos de la Facultad, á los que engrandeció considerablemente, pasó á ser catedrático en comisión de la asignatura de operaciones durante el período revolucionario. Entusiasta como siempre por enseñar, trabajó como un esclavo; explicó operaciones en la cátedra como explicaba Anatomía en su repaso, y fué dado de baja cuando sobrevino la restauración. Sin juzgar acontecimientos entonces ocurridos (que en otro lugar hemos de tratar con la tranquilidad de espíritu y la rudeza debidas, para justipreciarlos algo mejor de lo que

se ha hecho), podemos decir que si las combinaciones oficiales y las reparaciones tan deseadas ganaron mucho con esta medida, no así las conveniencias de la enseñanza, pues fuera torpe ignorancia el desconocer que al lado de los nombres de Argumosa y Toca, nadie puede figurar como operador mejor que el Dr. Velasco.

Alimentó durante gran parte de su vida el pensamiento de fundar una escuela libre: hizo cuanto de él dependía, pero faltó todo lo demás. Más optimista de lo conveniente, creía factible lo que todos estimábamos como una utopía. Su fortuna, su nombre, su actividad, cuanto tenía, otro tanto sacrificó á esta idea, y solo consiguió quedarse pobre y sin discípulos. Había reunido para explicar las asignaturas plantel tan escogido de catedráticos (salvo sea el autor de estas líneas), que rivalizaba, cuando menos, con el mejor claustro oficial de España; los nombres de los doctores Rubio (D. Federico), Martín de Pedro, Muñoz, Cortezo, Ustáriz, Ariza, Simarro, San Martín, Díaz Benito y otros por el estilo, aparecían como los encargados de las cátedras. ¡Vano empeño! Aquel espíritu bullanguero y grotesco de enseñanza libre que había traído revueltos á profesores y estudiantes durante la revolución, de tal modo había desprestigiado este bello ideal de la enseñanza, remate glorioso de todo pueblo que llega á una perfecta cultura, que el organismo docente no pasó á funcionar: sólo los Dres. Velasco, Muñoz y el que esto escribe abrieron respectivamente sus cátedras libres de anatomía, clínica médica y partos, que prosiguieron durante algunos años. ¡Horrible decepción! El profesor que reunía en torno suyo centenares de jóvenes entusiastas cuando tenía por cátedra el sombrío y modesto sótano de la calle de Atocha, ya no pudo contar un par de docenas de alumnos cuando para albergarlos con grandeza levantó un templo suntuoso, monumental y lo atestó de elementos de enseñanza. Lección tan chocante y desconsoladora fué aquella que bastaría para tronchar, para destruir radicalmente ánimo que no fuera el del Dr. Velasco! En el primer año que siguió á la inauguración

solemne de su Museo descendieron siete mil duros los productos de su visita, y pasó á la agonía su repaso. Hace dos años, cuando yo salía de dar mi clase, le veía siempre muy entretenido explicando la suya á uno ó dos discípulos con aquel mismo calor con que explicaba á setecientos alumnos en el Anfiteatro grande del Colegio de San Carlos. No puede darse ejemplo de superior constancia. Miraba la enseñanza como un sacerdocio, como un precepto evangélico, cuya unción sacrosanta, cuya fé y entusiasmo, cuya sublimidad, en fin, alimentó inquebrantable, grandiosa, radiante hasta que el último destello de su vida y de su razón se apagó en su cerebro.

—

El Dr. Velasco era de una sobriedad extraordinaria. Su comida frugal, y su reposo el trabajo. Así como en sentidos corporales carecía de la olfacción, en atributos morales carecía de la recreación. Jamás conoció las diversiones; cafés, teatros, toros, fiestas de cualquier clase... nada le robaba un minuto á sus faenas ordinarias. Su cerebro era un congreso donde mil necesidades y ambiciones, racionales á veces y utópicas á menudo, alzaban sin descanso su estentórea voz, pero donde jamás pedía la palabra el placer.

Dotado de un temple orgánico envidiable, llegó á los 67 años con los propios brios de su juventud; su musculatura de acero, su entusiasmo inefable, sus esperanzas, á veces fugazmente abatidas, jamás deshechas, murieron con su última y prolongada espiración, con aquella difícil postrera despedida de aire que hicieron sus pulmones y recogimos con avidez, el profundo anatómico doctor D. Florencio Castro, quizás el más leal y cariñoso de sus discípulos todos, el señor García Ayllón, otro de sus discípulos, y quien esto suscribe. Le mató una enfermedad de diez meses, padecimiento traidor, infame, cruel, que como si se hubiera querido cebar con saña infinita en su cuerpo y castigarle como lo haría un miserable, bajo y vengativo

enemigo mil veces derrotado en sus luchas contra el afortunado médico, le tuvo todo el tiempo sin permitirle descansar una hora, asfixiándole lentamente, pasando mil veces ante sus ojos la amenaza de la muerte sin querer cumplirla, destrozando su corazón como si procurara castigar los grandes sentimientos que le habían hecho latir; destruyendo sus pulmones, como si condenara los titánicos alientos que despidieron; ahogando en baños de sangre y agua su cerebro, tal vez como si tratara de hacer espirar también con un diluvio intra-orgánico sus grandes ambiciones, á semejanza del castigo que, según la Sagrada Escritura, la humanidad recibió por sus locas debilidades, y encharcando, en fin, su músculos, arrojando así sobre los resortes de tanta actividad la más monstruosa y repugnante de las deformidades, la del hidrópico; y de este modo le hizo, en fuerza de repetidos amagos, confesar y viaticar hasta tres veces, desesperando y aburriendo al desdichado, que ya últimamente aguardaba su fin como el único descanso posible.

Obrero rudo de la ciencia, azotado de continuo por grandes ideales, mal trabajados, sí, pero siempre grandes y que muy pocos han comprendido, atravesó el camino de la vida doblada la cerviz al peso de sus cavilaciones, empapada en sudor la frente, estremecida de penas y contrariedades el alma, sin recompensas de grandes ni de pequeños; ¡ah! en verdad que pocos, muy pocos, podrán atestiguar con la energía suya el aciago destino del hombre en la tierra: trabajar y sufrir, sin ver realizado jamás el deseo tan querido!





VALDIVIESO Y PRIETO. (D. LADISLAO)

HACE años que viene realizando esfuerzos heróicos por sostener y asegurar la vida de *El Jurado Médico Farmacéutico*, á cuyo contenido consagra atención digna de mejores resultados. Es un escritor vehemente, de estilo fácil y nervioso; más bien duro que blando, y en ocasiones demasiado acre.

Critica con energía, y en este sentido forma un periodista de condiciones tanto mejores cuanto suelen ser poco frecuentes aquí donde hace gran falta gritar mucho y sacudir recio para meter en cintura á tanta necia pretensión como anda por ahí. Algo impuesto en asuntos profesionales, mantiene buena campaña para aliviar á la clase en sus desdichas y ampararla en sus fueros.

No recuerdo trabajo alguno suyo, aparte de los tomos de su periódico que lleva publicados.





VALERA Y GIMENEZ. (D. TOMAS)

No son las pequeñas poblaciones y los partidos rurales residencias muy á propósito para que el médico se eleve á las sublimidades de la ciencia y haga de esta una religión, á cuyo culto dedique sus afanes. La falta de compañeros lealmente cariñosos con quienes departir, la imposibilidad de formar núcleos científicos donde la discusión aumente las ganas de saber, la práctica á tal extremo penosa y llena de amarguras que apenas si las fuerzas físicas se bastan para el trabajo rudo, y las energías morales para el sufrimiento de una tremenda responsabilidad, son razones poderosísimas que justifican la escasa participación de estos médicos en las grandes conquistas del pensamiento. Mas por lo mismo, cuando entre ellos se observan algunos profesores que como dotados de un temple superior acuden perfectamente al desempeño de sus deberes profesionales, y sobreponiéndose á los enervamientos de la decepción y á los egoismos del desdén, procuran vivir en el gran comercio de las ideas científicas, curioseando en los periódicos y revistas, en las obras y folletos de que jamás carecen, el alza y baja, la aparición y desaparición de las cavilaciones médicas, y

procuran despertar en su alma el espíritu de clase para identificarlo con las alegrías y aflicciones de los compañeros, y aplican su inteligencia, su laboriosidad y sus intereses, por modestas que estas facultades sean, al adelanto y perfeccionamiento de la obra común, estos seres merecen el respeto y el cariño de la virtud os-curecida.

Uno de ellos es el Sr. Valera y Giménez. No le conozco personalmente, ni le he hablado jamás; solo le juzgo por sus hechos. Durante mi directorio de la elegante publicación médica *El Anfiteatro Anatómico*, pude fijarme en algunos comprofesores de partido que se significaban por el entusiasmo con que se asociaban á toda obra útil, y lo dispuestos que aparecían á la realización de un trabajo sin recompensa alguna: la voz de propaganda ó de estímulo partida de Madrid los encontraba siempre dispuestos al desprendimiento y á la faena. Eran muy pocos, pero recuerdo que entre los primeros figuraba el Sr. Valera y Giménez. Si se abría una suscripción para honrar la memoria de algún médico ilustre ó socorrer algún compañero desamparado, de su modesto bolsillo ó mermada dotación, salía una cantidad decente; si se solicitaba la actividad de los compañeros para cualquier empresa, era uno de los primeros que se ponían en movimiento; además su pluma estaba siempre ocupada, y bueno ó mediano, daba constantemente pruebas de su buen deseo. Si la mayoría de la clase fuera así, ¡cuánto bueno podría acometer y realizar!

Por los artículos suyos que veo hoy en los periódicos médicos, y los que algunas veces todavía me remite, advierto que su entusiasmo no ha decaído: lo celebro y con mi aplauso le envío mi saludo.





VERDOS. (D. PEDRO)



Es un joven catalán á quien sus trabajos están creando un bonito nombre. Apenas si de él tengo algunos datos: solo sé muy bien—y esto basta para mi aplauso—que su firma se lee muy á menudo al final de buenos artículos en los periódicos médicos barceloneses; que tiene escrito mucho sobre Fisiología del sistema nervioso; que recientemente le ha premiado la Real Academia de Medicina de Madrid un trabajo que envió concurriendo al certamen de premios, y que brilla en las corporaciones médicas de Barcelona.





VIDAL SOLARES.

EL Dr. Vidal Solares, es un joven graduado de doctor por la Escuela de medicina de París, después de haberlo sido por la de Barcelona, honrado con envidiable hoja literaria, autor de varias importantes obras, entre ellas una sobre el *crup*, premiada por la Academia de Medicina de Jerez, otra sobre el *epitelioma*, premiada recientemente por la Academia de Medicina de Madrid, otra sobre los *histeromas*, calificada de sobresaliente por un tribunal médico de París, un folleto sobre la *higiene de las embarazadas, las paridas, y las púerperas*, otro sobre la *higiene de la infancia* y varias más que no recuerdo, pero que atestiguan bien á las claras que su autor es uno de esos pocos jóvenes que en nuestro país tienen la debilidad, el vicio ó como se quiera llamarlo, de trabajar, y de escribir, y de preocuparse algo de la ciencia.

Sus aficiones á la ginecología le hacen valer en este ramo: es uno de los primeros ginecólogos de Barcelona y uno de los que se cuidan de fomentar en nuestro país, con sus artículos y revistas, dichos estudios.



VIFORCOS. (D. ALFREDO)

HA conseguido, en unión del Sr. Morcillo, un triunfo del que dudábamos los que conocemos algo nuestro país; asegurar la vida de la *Revista de Especialidades*, de la cual es director y propietario, y que figura dignamente entre las publicaciones periódicas de medicina más dignas de España. Dirigida con esmero, publica interesantes trabajos originales, y presenta con gusto y acierto el movimiento de la ciencia en lo que á ciertas especialidades interesa.

Sifiliópata distinguido, el Sr. Viforcós ha publicado en esta revista algunos escritos interesantes, que después ha impreso aparte bajo el nombre de *Estudios de sifiliografía*.





ORADORES MÉDICOS Y FARMACÉUTICOS

(Congreso profesional español de 1878)

I.

EN el bendito nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo y demás gloriosos moradores de la Corte Celestial—en donde es mi deseo que los lectores y yo nos encontremos algún día,—doy principio á la tarea un tanto cuanto resbaladiza y delicada, de presentar como vieron mis ojos, escucharon mis oídos y juzgó mi ruín inteligencia (ya que la propia desconfianza me impida decir tal y como en sí fueron) los oradores del Congreso Médico-Farmacéutico, esos piquitos de oro, plata y... hojalata, que unas veces para satisfacción y otras para castigo de los oyentes, lucieron sus primores ó mostraron sus debilidades en el torneo que poco há finalizó, y tan preocupado tuvo á las clases médicas españolas.

Y no me negarán los lectores, una vez sabido el objeto que me propongo, lo discreto que estoy y la mucha razón que me abona, al empezar implorando la

gracia del cielo, porque, ó muy inspirado y cogido de la mano de Dios he de caminar, ó recelo que, pese á mi gusto, han de ser bastantes los que se revuelvan mohinos y enojados contra mis juicios; pues así como tanto más iracunda y vengativa se vuelve la mujer con quien audaz y descortés, pone de relieve sus defectos, cuanto más pagada de sus encantos y afanosa de general admiración y tributo vive, de igual modo, tanto más propensos al encono, á la reprobación y á la guerra sin cuartel suelen mostrarse los que se pagan de oradores, con quien les revela su demérito, cuanto mayor es este, pues sucede con la vanidad, ¡picara condición humana! lo que con el humo, que se hincha y remonta en la proporción de su ligereza; y hoy, como en tiempos de Quevedo y como siempre, difícilmente se encuentra quien en pleito propio admita sin apelación el fallo de que

«Arrojar la cara importa,
que el espejo no hay por qué.»

Empezaré diciendo que me gusta la oratoria como me agrada un plato de dulce; condicionalmente, es decir, siempre que se emplee bien y con oportunidad. Cuando yo oigo á un individuo que, sin afectación, discurre con preclara inteligencia, se expresa con notable facundia y con tan buenos medios procura ilustrar á sus oyentes y enderezar por recto camino sus convicciones, me quedo tan absorto y embelesado, que no parece sino que escucho al mismo Gayarre en sus más arrebatadoras frases musicales, y que trasformadas en torrentes de armonía las palabras, penetran por mis oídos y derechas se van á conmover mi alma con los escalofríos de lo sublime.

De igual manera escucho siempre con marcado respeto á quien con frase más premiosa, con vestiduras más humildes, con menos arte y atildamiento, pero con la sencillez que corresponde á quien vive penetrado de lo modesto de su forma, emite una idea provechosa ó dice algo que concurra á ilustrar el juicio

común, pues así como entre los caprichos de la naturaleza se observan la perla envuelta en tosca caja, la luz brotando de entre humilde gusano, el hermoso color y brillo sobre la repulsiva coraza de algún insecto y el embriagador perfume en modesta violeta, así en ingratas formas se emiten á menudo pensamientos brillantes, ideas ingeniosas, conceptos inestimables, chispas mágicas de inspiración, porque no siempre existe la debida armonía entre la espléndida llama que arde en la inteligencia y la expresión oral que emana de los labios.

Por el contrario, cuando oigo á uno de esos ilusos que, dominados por verdaderos *apretones de oratoria* (perdónese la frase), hacen de las academias y centros de discusión un campo de sus evacuaciones, un reverbero de su vanidad, un raquíptico palenque de lides dialécticas, un instrumento de su ambición, logomanos que todo lo absorben, que todo lo discuten y que se creen los indispensables, solo porque tienen la belleza de la forma, y nada más que la forma; ó bien cuando oigo á esos otros que, sin forma y sin fondo, castigan la paciencia y la bondad de sus oyentes con un discurso tan lleno de frases como vacío de ideas, tan ampuloso como ridículo, hasta que ronca la garganta y jadeante la respiración, caen sobre el asiento completamente ébrios, porque la espuma de su vanidad, en fuerza de crecer, les inundó por completo la razón; cuando yo veo que aquellos y estos malgastan un tiempo precioso, consumen turnos sin ilustrar los debates y se oponen á que otras personas hablen, entonces siento no tener la fuerza resoplante de Eolo y los pitos de cuantas máquinas de vapor existen, para castigar tamaño atrevimiento, pues tal ponen de nauseoso mi estómago y de estropeada mi cabeza, que no parece sino que tragué emético y escuché la irresistible lección de algún aprendiz de corneta.

Consideraciones fundadas en lo anterior, en parte, y en parte también cierto amor de clase, me han decidido á escribir este artículo, ganoso de contribuir y revindicar á las clases médicas de esa especie de estig-

ma, de esa creencia que sobre ellas hicieron recaer siempre algunas personas, y que se expresa perfectamente en aquella exclamación escapada á un licurgo, quien oyendo hablar en cierta ocasión á nuestro inmortal Mata, dijo asombrado: «¡No se expresa mal para ser médico!»

Sí, señores, hubo quien dijo esto; porque aquí, en donde todavía vivimos con ridículas creencias, hay muchos convencidos de que no existen oradores mas que en el foro, y que no se puede hablar bien sin poseer el título de licenciado en derecho, como si el divino don de la palabra lo diese el conocimiento de las Siete Partidas, y como si la elocuencia no pudiera brotar á lo mejor irresistible, esplendente y poderosa de los labios de un médico, igual que brota de los de un abogado ó de un sacerdote.

Y á esta verdad ha respondido el Congreso Médico como no podía menos de responder, exhibiendo buenos y variados oradores, y si bien es cierto que han menudeado otros que solo á fuerza de bamboleos y tropezones, como pesada carreta que salva difícil camino, lograron salir adelante, no lo es menos que allí se demostró que las clases médicas, puestas en igualdad de condiciones á otras clases sociales, podrían dar un contingente tan respetable de distinguidos oradores, como pueden darlo la literatura, el foro y el clero.

Si nosotros hubiésemos de formular un juicio general sobre los discursos oídos en el Congreso, diríamos que se resintieron de un defecto muy natural, y es de escasez de doctrina, por ser esta en materia administrativa de suyo agena á la mayoría de los profesores, quienes apenas si dominan aquellas cuestiones que se rozan estrechamente con su práctica; pero no en manera alguna los altos problemas del derecho y administración sanitaria, que requieren conocimientos especiales, en cierto modo extraños á la profesión.

En cuanto á la forma, hubo de todo: discursos buenos, regulares y detestables; siendo de observar—y esto también es natural—que si entre los que pronun-

ciaban los primeros había algunos que daban pruebas de vivir satisfechos de sí mismos, había entre los que pronunciaban de los últimos otros que no les iban ciertamente á la zaga en materia de pretensiones y osadía.

Merece consignarse que entre los representantes hubo muchos que, por modestia, desdén ú otras razones, no quisieron usar de la palabra ó la usaron muy poco, y algunos de entre ellos dotados de elocuencia reconocida; indudablemente hablaron allí muchos que hubieran ganado más con permanecer quietos y callados, y en cambio no despegaron sus labios otros que pudieron haberlo hecho para bien de la clase y honra del Congreso; y esta circunstancia disminuyó el número de oradores é hizo que no se pudiera estimar el resultado ostensible como la expresión máxima de lo que del Congreso se podía esperar.

Prescindiendo, pues, de estos señores y concretándonos á los que, provistos de todas armas y con buena dosis de ardor bélico, se lanzaron al palenque polemista, hemos de dividirlos así, *grosso modo*, con sencilla familiaridad, en las tres agrupaciones ya citadas, de buenos, regulares y malos paladines.

El grupo primero, el de los privilegiados, el de los que allí gallardearon bizarramente y se pasearon interesantes á su antojo sobre la arena parlamentaria, como gentil caballero, cubierto de bruñida armadura, caracolea sobre la arena de palenque y muestra su habilidad en la pelea, le formaron—repito que siempre según mi humilde opinión—los Sres. Taboada, Marín, Castro, Cortezo y Sádaba.

Considero al Sr. Taboada como el primero y más esforzado orador del Congreso, porque dió pruebas de reunir cuantas dotes constituyen un orador distinguido: profundidad de conocimientos sobre las materias en que debatía, razonamiento sólido y ordenado, flexibilidad de la palabra, cuya entonación armoniza justamente con el valor y los giros de los conceptos que expresa, frase abundante y escogida, imaginación al-

gún tanto poética, seguridad en su discurso, franco en el ataque y hábil y poderoso en la réplica.

Pocas fueron las sesiones en que el Sr. Taboada hizo gala de sus facultades, pero bastaron para dejar bien sentado su nombre en el Congreso. Presidente de la comisión de la ley de Sanidad, el Sr. Taboada, que había presenciado con notoria indiferencia—con la misma que cumple al natural abandono y comodidad de S. S. diremos reservadamente—todos los anteriores debates, vióse obligado á sostener reñida pelea con motivo de presentar un proyecto sorprendente, inesperado y atrevido para la mayoría, y en el cual se elevó la discusión de una y otra parte á tal altura, que nunca como entonces vió el Congreso agitarse los discursos en las altas esferas de la idea y el buen decir, ni conservarse tan vivo el interés general por los giros de la discusión.

El art. 13 de dicho proyecto consumió doble serie de turnos durante dos noches, y procede afirmar que se llegó á una votación sin que la fatiga abrumase los ánimos, y sin que las repetidas veces que el Sr. Taboada se levantó á defender el criterio de la Comisión lograsen hacerle insoportable, ni disminuir en nada el interés y la atención con que eran escuchadas sus defensas, brillantes como pocas, y como pocas, lógicas y decisivas.

La derrota del artículo fué por esto mismo un acontecimiento del Congreso: el art. 13 cayó arrastrado por la fuerza numérica de los votantes, porque estaba condenado á muerte desde el momento en que algunos miembros de la oposición tocaban á rebato entre los farmacéuticos, y dirigían sus huestes al Congreso para dar una batida de clase; pero así como César murió envuelto en su glorioso manto para no ver á sus asesinos, así el art. 13 pudo envolverse como en glorioso sudario en las brillantes defensas del Sr. Taboada para no presenciar la inconsecuencia y el miedo de muchos de sus adversarios.

Tiene también condiciones de orador el Sr. Marín

y Sancho; de palabra fácil y segura, razonador y hombre de doctrina, domina con facilidad las cuestiones y discute con habilidad. Su decir es tranquilo, pero algo amanerado y monótono; no cambia fácilmente de voz ni la comunica esas inflexiones que son el claro-oscuro, la verdadera vida de la palabra. Esta frialdad, unida á su estilo, desprovisto de las gallardías de la imaginación, dá á su discurso, cuando la materia es ingrata, toda la monotonía, toda la aridez de un camino pelado de bellezas naturales.

El Sr. Marín ha representado en el Congreso que nos ocupa el primer papel dentro de la oposición. Conocedor de las cuestiones profesionales, á las que se viene consagrando con tanto aprovechamiento como gloria suya en el periodismo, era de esperar desempeñase el papel de un verdadero censor, dispuesto á ponerse en frente de toda pretensión en donde creyera se atropellaba una ley ó se violaba un derecho respetable. En este sentido, el ilustrado director de *La Farmacia Española* ha estado siempre infatigable en la brecha, y combatiendo los proyectos que se discutían, causando de este modo un beneficio grande y claro, pues en nuestro concepto lo hacen muy superior los que por conocer las dificultades y escollos de un derrotero cualquiera procuran ir poniéndolo de relieve, que los que, inconscientemente y por rutina, afirman y sancionan locas pretensiones.

Convencidos de esta verdad, altamente penetrados de que lo más respetable de todo Parlamento, lo que dá más autoridad á sus acuerdos, lo que más esclarece y honra los debates, es la lucha de las oposiciones, debemos confesar que el Sr. Marín, al razonar sus discursos *en contra*, al conservarse siempre impertérrito é infatigable en el campo de la pelea, hizo por el Congreso y las clases cuanto se podía pedir á un representante; hizo más que muchos de la mayoría.

El Sr. Marín demostró ser un enemigo poderoso, y tanto por lo seguro y correcto de su frase, como por lo nutrido y razonado de sus conceptos, fué siempre

escuchado con merecida atención y tenido por uno de los primeros paladines del Congreso.

El Sr. Cortezo es lo que se llama un orador incipiente: tiene fondo y forma, inteligencia é imaginación, conceptos y palabras: solo le falta una cosa, mayor seguridad en la expresión: el día que la adquiriera, que la adquirirá, y hable más despacio, será sin disputa un orador brillante.

Su oratoria es análoga á la del Sr. Taboada; pertenece al género de la oratoria en todo su esplendor, no rehuye los temas, aborda con valentía las cuestiones capitales, se agita poderoso entre ellas, discurre sólida doctrina y se retira del palenque dejando caer sobre el contrario alguna formidable cuchillada ó envolviéndole en alguna red difícil de salvar.

Perteneció al partido de oposición; como al señor Marín, se le oía pedir la palabra de ordinario *en contra*, y el Congreso le debe verdaderos servicios; su oposición fué sin duda más franca y más noble que la del Sr. Marín.

El Sr. Castro (D. Florencio), fué el rival del señor Marín, como él mismo se dijo, y uno de los más notables y originales oradores del Congreso.

Una borrasca de verano surge rápida del horizonte, cubre de pronto el cielo y todo lo encapota, el trueno redobla, el relámpago deslumbra, el rayo fulmina, los elementos braman, amenazan, se retuercen silbantes, infundiendo espanto y sobrecogiendo los ánimos tímidos. Después, cuando todo cesa, cuando las nubes se han desvanecido, cuando la calma y el juicio permiten reflexionar, se ríe uno de la impresión pasada y de lo infundado de sus temores. Esta es la oratoria del señor Castro.

Nuestro querido amigo no tiene precio para orador de club: es el modelo más acabado del género demagógico.

S. S. pide la palabra, y en ocasiones, ya desde luego se levanta iracundo, adopta, como dice un amigo mío, cierta *cara de circunstancias*, grita, se agita, bracea

mucho, niega todo porque no, afirma todo porque sí, sostiene de plano que el adversario nada sabe, nada entiende, nada de cuanto ha dicho es verdad, busca sus lados vulnerables, y allí descarga firme y sangriento; todo lo domina como un huracán, sus abundantes palabras caen como sablazos sobre el auditorio, trastornan, confunden, y cuando le parece se calla y se sienta frescachón y natural, como quien ha rezado un *Pater noster*.

El auditorio, conmovido por aquella viveza de genio, por aquel ardor, por aquella figura valiente, se siente arrastrado, subyugado y confuso; después, cuando todo ha concluido, cuando averigua el por qué de aquella influencia, en vano busca las razones; las palabras zumban todavía en los oídos, pero la memoria no recuerda doctrina, y es porque S. S. domina al auditorio como el domador al león, con su energía, con su atrevimiento, con sus palabras, y... con nada más.

Sí, señores, con nada más, porque el Sr. Castro no razona; las más de las veces es ignorante de doctrina; fué el polemista más hábil del Congreso, el de la palabra más fácil y sonora, el de tono más dominador; su osadía no tiene límites, se mete de rondón en el terreno más desconocido como el afortunado calavera se mete sin reparo en la casa más ajena; afirma sus convicciones, y las afirma con tanta vehemencia, que convence; niega las del contrario, y las niega con tal impetuosidad, que al mismo contendiente pone en duda y le hace vacilar.

La oratoria del Sr. Castro, por consiguiente, es de las que mueven, es de las que arrastran inconscientemente. Cuando S. S. habla el último, decide á su favor una votación, porque se lleva fascinada, engañada á la mayoría.

Nosotros le hemos oído intervenir en todos los debates, fueren de la índole que fuesen, y siempre le hemos visto en el mismo terreno: indudablemente es el suyo y no tiene otro, al menos mientras no le adquiera.

Una noche en que se discutía la totalidad del proyecto de médicos forenses, se levantó, recriminó duramente al Sr. Saiz Cortés, diciéndole que no entendía de nada y hablaba de todo, y se sentó en seguida. ¡Verdaderamente se necesitaba todo su desahogo para trazar en dos pinceladas su retrato con nombre y en lienzo ageno!

Que el Sr. Castro es un buen orador, ya lo hemos dicho; donde quiera que hable será escuchado con gusto é interés; por su fogosidad y verbosidad es superior á los oradores que nos han ocupado, pero les es inferior en argumentación y doctrina. En un centro político, en el mismo Parlamento, donde la impresión del momento tienda á un fin práctico, el Sr. Castro sería una gran figura; pero en las Academias científicas, en el folleto, en el periódico desmerece mucho.

Los beneficios que al Congreso reportó el Sr. Castro son incalculables: tomó á su cargo el llevarlo adelante, el mantener su vida, el dominar las alharacas de la oposición, el resistir sus golpes y devolverlos, el resolver los conflictos, y lo ha logrado según su deseo. Si el Congreso no se hundió en las primeras sesiones, se debe al Sr. Castro, á su fascinación del momento, á sus gritos, que sofocaban los de la oposición, y á su influencia, que decidió las más azarosas votaciones. Si á S. S. le hubiera caído en enojos el Congreso, ¡santo cielo! no duraba ni una noche...

En este sentido, pues, ha sido la figura más interesante del Congreso, el jefe de la agrupación que no pensaba más que en ir adelante, aunque fuese por encima de todo. Por eso decía el Sr. Castro que el Sr. Marín era su adversario, porque, frente á frente tiraban siempre en opuesta dirección.

Por último, el Sr. Sádaba, farmacéutico y abogado, de fácil palabra y de clara inteligencia, afiliado al grupo del Sr. Marín, fué otro de los que merecieron ser escuchados con atención durante los varios discursos que pronunció, siempre en contra de los trabajos de las comisiones. Su oratoria es fría, amanerada como la del

Sr. Marín, y—esto es lo que más nos disgustó de ella—un tanto afectada. Con más naturalidad valdría mucho más el Sr. Sádaba.

II.

El segundo grupo es, por razón natural, el más numeroso, y abarca todos los que intervinieron en segunda fila, sin hacer un papel desairado por sus condiciones oratorias.

Sin embargo de este rasgo general, como existen muchas y notables diferencias entre los oradores que incluimos en nuestra división, forzoso es subdividirlos á su vez en otros grupos más concretos y que nos permitan precisar todavía más el juicio que nos han merecido, ya que no cuantos hicieron oír su voz en el Congreso, sí al menos los que lograron fijar la atención pública bajo algún concepto.

A la cabeza de todos colocaremos una serie de individuos que revelaron poseer excelentes condiciones oratorias; pero que, por ser reducido el número de veces que tomaron parte en los debates, ó por haberlo hecho á la ligera, no nos han permitido formar un juicio acabado de sus facultades, al parecer privilegiadas, y en este caso se encuentran los Sres. Miguel de Viguri, León y Luque, Salillas, Ustáriz, Somovilla, Bombín y Espina Capo; señores que, de haber confirmado con nuevas ó más importantes audiciones la impresión que en nosotros produjeron, es muy posible los hubiéramos pasado á la categoría anterior, y nos permitiéramos formular un juicio más concreto acerca de sus dotes oratorias, cuya empresa no abordamos, limitándonos á consignar que nos agradó sobremanera la limpia frase y clara expresión de los Sres. Miguel de Viguri y León y Luque, las dotes parlamentarias del Sr. Salilla, la flemática y zumbona expresión del Sr. Ustáriz, el envidiable talento del Sr. Somovilla, cuya agradable y fácil palabra tanto se desgracia con ese tono plañidero que parece serle habitual, y que nos entristecía el alma haciéndolo-

nos pensar en las compungidas lamentaciones de un ascético lego; y el discurso siempre interesante y discreto, del Sr. Bombín, tan rápido en el hablar, que las frases se atropellan unas á otras, fatigan la atención de los oyentes, como el trepidar de veloz locomotora, y disimulan gran parte del legítimo valor que representan sus ideas; sensible defecto, de que también adolece algo el Sr. Espina y Capo, y que nos permitimos aconsejarles procuren corregir, para sacar de sus distinguidas facultades todo el partido que pueden y deben sacar.

Después de los anteriores, colocaremos un segundo sub-grupo, en el que damos cabida á unos cuantos individuos que, si bien no parecen llamados á brillar nunca por sus dotes oratorias, en términos de constituir verdaderas notabilidades, logrando ser escuchados con gusto; tallan un poco más alto de la expresión común, y suelen adquirir cierto prestigio y autoridad en los debates como campeones de segunda fila; gente muy á propósito para terciar en una contienda pausada y favorable, y para resistir las primeras acometidas ó dar las primeras cargas; tales son, por ejemplo, los Sres. Argenta, Paredes, Bengoa, Ruiz del Cerro, Monmeneu, Tejada y España, Martín Corral, Ramírez, González Serrano y Pardo Bartolini.

Y en el tercero, finalmente, á otros que pertenecen á esa masa general de individuos que hablan y discurren de un modo ordinario; que no embelesan ni aburren por sus facultades oratorias; que se escuchan sin molestia si el tema es de sumo interés ó son breves en su expresión, y que fastidian si se hacen largos; que abordan los temas con sencillez de forma y escasez de recursos, resintiéndose con frecuencia de esas vacilaciones naturales en quien carece de prácticas oratorias, de esos amaneramientos, tartamudeos y muletillas propios de quien no ha depurado su lenguaje en el crisol de repetidas discusiones y ante un público exigente, ó de quien, asaz preocupado de la idea, cuida poco ó nada de la palabra, y en este grupo incluimos á los

Sres. Acha, Martín García, Rodríguez, Conde y otros varios que no recordamos.

Es seguro que aquellos de mis lectores que hayan asistido á las sesiones del Congreso echarán de menos al llegar á estas alturas (ó á estas profundidades, pues en rigor no sé cómo expresarlas), ciertos oradores, asaz conocidos, y de los que probablemente creerán nos hemos olvidado. Felizmente, nada más lejos de nuestra memoria que esta ingrata omisión; antes por el contrario, si ya no los hemos expuesto, es porque merecen reseña aparte, y no deben en justicia ser confundidos con los oradores tan á la ligera presentados en las líneas que anteceden.

Trátase de los Sres. Santero, Andrade, Saiz, Cortés, Siboni, Carril, Donís y Arcas, de quienes vamos á ocuparnos.

El Sr. Santero (D. Javier), que es uno de los más intrépidos polemistas de la Academia Médico-Quirúrgica, terció poco en las primeras sesiones del Congreso, y por consiguiente, más que de aquí hemos de tomar de aquel otro centro académico nuestros datos para juzgar lo poco que de él vamos á decir, en justa proporción con el papel que desempeñó en el Congreso que nos ocupa.

El Sr. Santero tiene dotes muy semejantes á las del Sr. Castro: ambos son apasionados, vivos é impetuosos, atrevidos, ergotistas, de grande imaginación, de rápidas concepciones y de envidiables recursos para la réplica; pero presentan entre sus más notorias diferencias, la de que el Sr. Castro es mejor hablista, posee y domina con más facilidad la palabra, tiene una expresión más segura y copiosa, y en cambio el Sr. Santero es más chispeante, usa cierta *vis* humorística para la discusión, concibe ideas verdaderamente ingeniosas, giros felices, ocurrencias oportunísimas, que excitan la hilaridad del auditorio y descomponen ó ridiculizan algún tanto al adversario.

Esta notable cualidad es la que hace que el señor Santero sea escuchado siempre con verdadero gusto, y

la que explica todo el *succés* que obtiene en la Academia Médico-Quirúrgica.

Cuando aquí S. S. y el Sr. Castro se enredan en una de esas discusiones á que ambos son tan aficionados, la Academia toma el animado aspecto de una función teatral. Los dos contendientes, provistos de todos sus envidiables recursos, se acometen con ardor, se apuntan sendos botonazos que se páran y se devuelven con destreza, los académicos se divierten, el público pasa un rato feliz, ríe á carcajada y aplaude, celebrando los chistes y las habilidades de los adversarios, pero ¿y la ciencia? ¡ah! la ciencia á menudo se emboza magestuosamente en su clámide y sale á tomar el aire por el novelesco callejon de Capellanes, ó á conversar un poquito con el conserje.

El Sr. Santero tiene otra cualidad que, no por ser buena en absoluto, impide el que en ocasiones le haga desmerecer bastante, y es la de ser repentino en alto grado. En el debate más inesperado se mete, pero al revés del Sr. Castro, invade la cuestión de doctrina, y esto le hace ser sofista á menudo, y en ocasiones desagradable, por sus vacilaciones é inexactitudes, muy notorias en quien habla de una materia sin haberse preparado de antemano.

Por lo demás, el Sr. Santero tiene dias muy felices y tiene otros desgraciados: todo es según el asunto y su disposición á la contienda; en términos generales es bueno, y solo el insignificante papel que representó en el Congreso es el que nos ha hecho eliminarle del grupo anterior.

El Sr. Andrade ha sido, á todas luces, uno de los representantes que han venido al Congreso, más decididos á conquistarse en pública lid la fama de orador. Al salir de Rivadeo hubo de arrojar, sin duda, cierta belicosa mirada sobre sus armas, mirada de futuro héroe, y después de afirmarse bien de la bondad de su temple y de medir con unos cuantos resoplidos los propios alientos, debió decirse, puesto frente á frente de un espejo:

«Querido Andrade: yo te saludo con toda la efusión de mi alma; has de saber que, para bien tuyo, y sin que hasta ahora hubieses parado mientes en ello, vislumbro en tí todo un intrépido orador. Eres joven, bizarro, de gentil apostura, de incansable verbosidad y de mucho sentimiento; eso sí ¡mi alma! de un corazón y unos nervios que lo mismo sirven para entonar una plañidera jeremiada al compás de los cascabeles y de las carcajadas, que para repicar castañuelas entre las borrascas de una tempestad. Vas á Madrid, y es forzoso que dejes el pabellón bien puesto; que entre aquella cortesana turba de charlatanes sempiternos destaques fenomenal y gigantesca tu figura para admiración de propios y extraños: ¡sús! ¡la clase maltrecha reclama tu intervención! ¡Rivadeo te contempla!»

Y alentado, henchido de ardor parlamentario, nuestro buen Andrade se presentó en Madrid, y desde el principio de la sesión preparatoria hasta en las últimas protestas de compañerismo con que dió fin el Congreso, dejó oír su voz en casi todos los debates, intervino en las más reñidas contiendas; bien que á menudo nos ocurriera á los que saboreamos el placer de escuchar á S. S., que á la postre de hablar nos quedáramos en las propias dudas que antes.

Tiene el Sr. Andrade una inteligencia despejada, buena ilustración y facilísima palabra, cualidades que suelen ser muy comunes entre los de su país; pero como principiante atrevido, sombrean, oscurecen estas ventajosas dotes un corazón tiránico, irresistible, y sobre todo, *unos nervios* que le lanzan inoportunamente, ya en lo dramático, ya en lo cómico; cierta comezón de oratoria que lo trae á veces lastimosamente desasosegado, y una familiaridad injustificada con el auditorio, que le mueve en ocasiones á pedir la palabra solo por el placer de pedirla y de consumir un turno, como si en un Congreso donde se ventilan asuntos serios se pudiera impunemente hablar con tan baladí objeto.

Fuera de estas ligerezas (siempre propias de sus

nervios) ha sido uno de los representantes más simpáticos del Congreso, y uno de los que más aprecio han merecido de todas partes, á lo cual no ha dejado de contribuir, dicho sea sin lisonja, el carácter expansivo, franco y benévolo que le adorna.

El Sr. Saiz Cortés militó de ordinario en la oposición; era, sin duda, el puesto que de preferencia le correspondía: oficial primero de la Sección de Sanidad en el Ministerio de la Gobernación largos años há, aparecía como una de las personas más competentes del Congreso para entender de asuntos administrativos, y en su consecuencia como una de las más obligadas á poner de relieve y combatir las utopias, las elucubraciones optimistas, los deseos irrealizables que contenían los proyectos en discusión; actitud que adoptó con tanto más ahinco S. S., cuanto que se aviene mejor con ese notorio espíritu de oposición y polémica que tan metido tiene en la sangre.

Como orador no presentó ninguna particularidad; es razonador; posee doctrina, pero su palabra es precisa y escasa; como escritor vale más, mucho más.

Adelante con otro.

Ya le tengo aquí, sí, señores, y lo traigo como á un travieso muchacho, como á un alborotador incorregible de escuela, que no hay castigo que lo enmiende, ni temor que le haga callar.

El Sr. Siboni, nuestro querido amigo, ha sido la figura más atrevida, más pependenciera y más agitadora de la minoría (llamémosla así), y la desesperación más grande, el obstáculo más insuperable, el escollo más tenaz para la mayoría. Sin tener dotes de orador, por su osadía, por su sagacidad, por su inquietud, por lo sañudo é implacable de sus ataques, por sus interrupciones y por lo constante de su vehemencia, es verdaderamente temible desde las filas de la oposición. Nada le arredra, y de todo saca partido para promover un altercado, para suscitar un reñido incidente, para formular una protesta, para dirigir los más severos cargos, para hacer una interpelación, para todo, en fin,

cuanto pueda embarazar la marcha del Congreso, sembrar la confusión y agitar el desorden.

Este espíritu revolucionario, los incidentes que provocaba, ó cuando menos su intervención acalorada en los más ruidosos, trajeron á poco sobre él, no ya solo el desagrado, sino la hostilidad, la animadversión de los individuos más caracterizados de la mayoría, y en particular la de todos los que figuraban en la agrupación de los Sres. Castro y Arcas, quienes concluyeron por presentar una proposición para que el Congreso juzgara ciertas frases pronunciadas por el Sr. Siboni (en rigor menos ofensivas que varias pronunciadas por otros señores dias antes) en contra de una votación, por cuyo motivo el interesado, presentó la dimisión del cargo de representante.

Tenemos al Sr. Siboni por uno de nuestros mejores periodistas profesionales, en términos de que leemos gustosos sus escritos por la maestría con que maneja la crítica, lo lógico y firme de sus razonamientos, el lujo de su frase y la gracia de su sátira; pero confesamos que como orador desmerece mucho: pobre de fondo, su forma, cuando ataca, es seca y destemplada; cuando escribe pincha, pero cuando habla magulla; cuando quiere, su pluma es una fina aguja manejada por delicada mano, pero su palabra es siempre un nudoso garrote blandido por un aguador; entre el escritor y el orador no hay mas que una semejanza: la intención, que es siempre maquiavélica.

Tal ha sido el Sr. Siboni en el Congreso: ¿es así siempre? Lo ignoramos; pero lo que sí tenemos por muy sabido, que lo primero que debe hacer cualquier centro del que forme parte el Sr. Siboni, es retirarle de una oposición activa, porque es una oposición de muerte y de escándalo.

El Sr. Fernández Carril es el reverso del anterior: entre ambos señores existe la misma diferencia que entre el frio y el calor, que entre la templanza y el arrebató; la misma que entre el agua y el aguardiente, que entre una rueda de mantequilla y un bote de mos-

taza, dicho sea salvo lo bebible y masticable de tan plástica comparación.

El Sr. Fernández Carril me tiene sorbido el seso, lo digo con ingenuidad; ¡qué quieren ustedes! encuentro yo en él toda la tierna poesía que encierra la candorosa sonrisa de un niño ó la curiosidad de inexperta educanda. Decididamente el Sr. Carril es del barro de que brotaban los santos cuando esta tierra, hoy tan llena de pecadores, se permitía el virtuoso lujo de tenerlos: su *bonhomie* no reconoce límites; jamás le hemos oído, en los muchos años que hace le conocemos, pedir la palabra en contra: es siempre fatal y necesariamente de la mayoría, del partido de las comisiones; en él no hay fuerza de oposición, es más, creemos que no cabe en su cerebro la imperdonable calaverada de oponerse; que la comisión dice A, pues el Sr. Carril se levanta, y con el tono meloso *de los de su tierra*, un lenguaje pausado y una argumentación á menudo no muy sólida y acertada, pero siempre sincera y respetuosa, procura demostrar lo exacto, lo recto, lo altamente conveniente del criterio de la comisión.

Que esta modifica en seguida su criterio y sostiene que debe ser B en vez de A, entonces el Sr. Carril, en vista de tan radical cambio, se levanta otra vez y sin inmutarse defiende el nuevo criterio de la comisión, siempre como el más exacto, el más recto y el más conveniente; y es que el Sr. Carril, con esa envidiable virginidad que su cerebro, tan limpio de malicia como el de los niños del limbo, aprecia las cuestiones, debe entender que cuando la comisión dice una cosa, estudiada y sabida se la tiene, y hay que respetarla.

Donde quiera esté presente el Sr. Carril y se discuta, allí se muestra como uno de los más infatigables guerreros; desde que se inicia un debate hormiguéale por su voluntad tal prurito de hablar, y de rectificar luego, que en más de una ocasión hubo de cortarle la palabra el Sr. Presidente; y nosotros, que tenemos al Sr. Carril por asaz modesto, no atribuimos en manera alguna esta *logorrea* á insoportable vanidad,

antes bien á que, de igual modo que le sucedía á D. Quijote, su hidalga y justiciera fantasía encuentra á cada paso yerros que corregir, agravios que desfacer, entuertos que enderezar, y otras mil ocasiones y mil poderosos motivos en donde terciar, y como hombre de honor, combatir sin descanso por la santa causa de esa desgraciada y dolorida comisión, verdadera Dulcinea del Sr. Carril, á cuyos piés postra humilde y rendido sus caballerescos servicios.

Algo preocupado y lastimoso trajo en las últimas sesiones del Congreso á S. S. la información sobre epidemias, en términos tales, que fuese cualquiera el asunto que se discutía, siempre encontraba algún resquicio por donde sacar aquella á tela de juicio, dando con ello motivo á que, apenas sus labios pronunciasen la frase epidemia, se entregara el Congreso todo á ruidosas alharacas y expansiones. O mucho nos equivocamos, ó la verdadera causa de aquella tema que con tantas ganas se agarró al cerebro del Sr. Carril, debió ser el que, barruntando S. S. que la comisión de epidemia, de la que formaba parte, no había de llenar su cometido, quiso cumplir cristianamente con su deber y conciencia soltando á troche y moche, descargando en público, por decirlo así, sus opiniones sobre el particular.

En conclusión, el Sr. Carril es apreciableísimo bajo todos conceptos: S. S. podrá caminar tras de lo ideal, tras de un optimismo absurdo, pero su fé, su entusiasmo, su bondad, la nobleza de sus propósitos y sus atenciones para con todo el mundo, son cualidades de un valor inestimable, que le hacen querido de todos.

El Sr. Donís nos sorprendió á todos los oyentes una noche en que rompió á hablar, pronunciando, sobre motivos de una enmienda que presentó al reglamento de partidos médicos (si mal no recordamos), un discurso tan notable por la galanura del estilo, lo limpio y cuidadoso de la frase, lo estudioso de sus conceptos, lo limado, en fin, de su textura, como por la manera de expresarlo, muy semejante á la de un

doctrino cuando lee ó recita una oración que lleva aprendida de memoria. En la duda de si habría algo de esto último, aguardábamos las rectificaciones; pero como estas fueron breves, y después apenas volvió á hacer uso de la palabra dicho señor, nos quedamos en la incertidumbre de si es un individuo que tiene grandes dotes oratorias y sin educar su parte mímica y expositiva, ó es un gran memorión, capaz de pronunciar sin equivocarse y *de carretilla* un discurso retenido en la memoria. Si es lo primero, como creemos, le recomendamos que aprenda á decir y á mover los brazos, y será indudablemente un buen orador; y si lo segundo, que aprenda á simular algo la improvisación, porque los discursos recitados son de un efecto detestable.

Vamos, para terminar este segundo grupo, á decir dos palabras del Sr. Arcas, que le dedicamos, más que como orador, como realizador del Congreso.

El Sr. Arcas no tiene dotes oratorias, es verdad, pero tiene en cambio otra cualidad apreciable, y es la de conocerse; por eso procura intervenir poco en los debates, y solo cuando la prudencia ó el deber se lo aconsejan, y siempre en términos que no molestan ni fatigan, sin pedantería y con la sencillez de quien está convencido que no posee ni maneja, como requiere el lucimiento, las facultades del tribuno.

En este sentido, el Sr. Arcas merece á nuestra pluma todo el respeto y la consideración del hombre modesto que no pretende más de lo que le permiten sus recursos, y por esto también siempre hemos escuchado á S. S. con el mismo gusto que si oyéramos á Castelar ó á otro eminente tribuno. No ser elocuente no es un defecto, ni mucho menos una deshonra; cuando más, es carecer de una suma de brillantes facultades que poseen otros más afortunados; pero lo que sí es defectuoso, insoportable y hasta repugnante, es presumir de orador cuando se empieza careciendo de inteligencia y de palabra, como defectuoso, insoportable y hasta repugnante es que blasone de capitalista,

humille y desdeñe su roce con el pobre, quien empieza viviendo de la trampa y va pregonando con sus raidas y harapientas vestiduras la miseria que le embarga.

Por lo demás, de colocar al Sr. Arcas en alguno de los tres sub-grupos citados, lo haríamos al principio del tercero.

Y vamos con el grupo tercero.

Hémos ya en el tercer grupo, dando cima á nuestro trabajo y dudosos acerca de la manera como hemos de abordar lo que nos resta por decir.

Y tanto más indeciso tiene nuestro ánimo la presentación de este tercer grupo, cuanto que, si escabroso y difícil nos pareció el camino ya recorrido, y con *harto dolor de nuestro corazón* (este nada más que hasta cierto punto, por supuesto), algunos se nos han disgustado por no haberles puesto en el altarcito que para su propia veneración se tienen levantado en el pliegue más oculto de su vanidad, ¡qué rencores y animosidades no suscitará lo que nos resta que decir! ¡Cuánta protesta no emanará de los labios de los aquí comprendidos, contra el pobre autor de estas líneas, porque lejos de ver en ellos unos perfectos tribunos, no ha podido ver mas que unos insoportables habladores!

Verdad es que podrán decir—y en eso estamos conformes—que nuestro gusto es malo, que nuestra inteligencia es demasiado ruín para elevarse á juzgar á distinguidos oradores, que carecemos de autoridad y competencia en la materia, y que solo nuestra ridícula ignorancia y osadía nos han permitido entrar resueltamente en un campo que otros, de incomparable superioridad, hubieran siempre respetado por lo árido y difícil; pero aun justificando con eso mismo nuestro atrevimiento—que siempre la ignorancia fué aliciente de imperdonables ligerezas,—es lo cierto que en lo que al tercer grupo concierne nos creemos con tanta autoridad para juzgarle como oscuro labriego para calificar rotundamente de malas las viñetas de *El Tío*

Conejo; que hay pleitos tan claros, que en ellos aun el más negado juez, puede emitir fallo incorregible por su justicia.

Lo hemos dicho ya antes, y no tenemos inconveniente en repetirlo ahora: no consideramos nosotros como malos oradores á todos los que no se expresan con esa belleza de formas, esa claridad á la par que profundidad de conceptos, y ese arte de bien decir que nos maravilla en los renombrados tribunos; no, señor, porque hay muchos individuos que no poseen tan divinas cualidades, y se conocen lo bastante para no presumir de oradores, y por consiguiente, no prestarse á calificativo alguno de bueno ni de malo, como le sucedió, por ejemplo, al Sr. Fernández Izquierdo (don Pablo) que no habló mas que una noche en el Congreso, y que, aunque su peroración fué corta, nos hizo pasar un rato de verdadera angustia al ver la grande dificultad con que expresaba sus conceptos, ni más ni menos que si se sintiese turbado al dirigir la palabra á la clase médica, á manera de como suele estarlo el receloso y culpable doctrino ante su severo maestro.

Para nosotros los malos oradores son los que, creyendo serlo buenos, intervienen en todos los debates, se alzan siempre á resolver de plano y como autoridades decisivas toda clase de cuestiones, y á todo el mundo cansan, fatigan y aburren, tanto por su insoportable pedantería como por la absoluta negación de facultades que la expliquen, ni siquiera disculpen.

Y para que nuestros lectores comprendan todo el alcance y valor de las anteriores frases, séanos permitido trazar con la mayor verdad de que es susceptible nuestra humilde pluma, unos ligeros perfiles, que tengo por muy seguro no necesitarán de más filiación para que los representantes todos que asistieron al Congreso los conozcan en seguida, y digan: «Ese es Fulano.— Ese otro es Zutano.— Aquel otro es Mengano...»

Vaya uno de ellos.

El Sr. Presidente le concede el uso de la palabra, y se levanta con estudiada parsimonia, se afirma en su

estación vertical como si temiera ver vacilar al suelo, coloca sus manos sobre el respaldo de la silla que tiene delante, dirige una mirada entre altanera y triunfal sobre el público que le rodea, y se dispone á hablar.

Pero no... todavía no habla; aún faltan más requisitos, más aparatos, por decirlo así: echa hacia atrás el cuerpo, tira de los puños de su camisa, recoge é hincha su cuello como reventando de satisfacción, dirige una nueva mirada de conquistador al auditorio, y por fin allá va... á la una... á las dos... á las tres: ¡su señoría habla!

Durante unos momentos frasea con pausada solemnidad, porque S. S. es muy redicho; pero durante otros su voz es altisonante, campanuda, ahueca los carrillos para que aparezca salir de algún órgano; de pronto se incomoda, no sabemos por qué, pues nadie le ha dicho ni hecho nada: pero él se incomoda, y en seguida la emprende á manotazos, que reparte por igual entre el respaldo de la silla y su pecho; los gritos van en *crescendo*—¡buenos pulmones!—Su señoría se incomoda más todavía; pero ¡Dios santo! ¿por qué será?—Sus ojos centellean, su frente se enrojece y suda, la voz ruge estruendosa, los puños de la camisa casi están completamente fuera de las mangas de la levita, su cuerpo se columpia sobre las piernas y se reuerce en todas direcciones; de vez en cuando suelta un ¿eh!! que deja fríos á los oyentes; por fin, ya los palmetazos resuenan formidables, las paredes se conmueven, y todo el mundo está consternado... hasta que el orador concluye su discurso.

Ahora bien: si después de este cuadro, con seguridad menos recargado de lo que pueda creerse á primera vista, y recordando aquel juicio de Cicerón de que el orador es tanto mejor cuanto menos se aparta de lo natural, se advierte que el que nos ocupa ni tiene el talento razonador de los señores Cortezo y Marín, ni la arrebatadora palabra del Sr. Castro, ni la habilidad oposicionista del Sr. Siboni, será forzoso concluir en que quien así se expresa, más que orador, es un pe-

trolista de sainete, una especie de exagerada caricatura de la oratoria política, un individuo, en fin, á quien no se puede escuchar sin atascar los oídos de algodón, como quien se dispone á oír la descarga cerrada de cuatro ó cinco cañones.

Dejemos este orador (llamémosle así), modelo sin rival en su género, y fijémonos en ese otro que no grita ni se impone, como el anterior; pero á quien le dominan tales pujos de oratoria, que á cada momento se le está escuchando; que descarga sobre el Congreso una lluvia de proposiciones, en su mayor parte desatinadas; que estropea el idioma castellano de la manera más lastimosa del mundo, y vomita á cada paso conceptos tan disparatados como el siguiente: «Si todos los representantes que me escuchan hubieran seguido el ejemplo del que tiene la honra de escuchar la palabra» (*¿Abont aneu á parar, noy?*), y convendrán mis lectores en que, si bien no es tan insoportable como el primero, tampoco es de los que deben prometerse mucho de sus dotes oratorias.

Pues ya no es este: es otro que por venir de provincias cree traer consigo la dura, inflexible y despótica vara de algún alcalde, la que quiere aplicar á todos; que también se deja escuchar á menudo, y dice con la mayor frescura *baiga...* y otras frases por el estilo, y se sienta tan satisfecho de sus discursos.

Por fortuna, estos señores escasearon de tal modo, que muy bien podemos sostener, sin pecar de apasionados, que el Congreso Médico-Farmacéutico, bajo el punto de vista de la oratoria, honró á las clases que representaba, y probó, como al empezar decíamos, que puestas en las debidas condiciones, son capaces de arrojar oradores tan distinguidos como cualquiera otra de las clases sociales.



V.

CARTAS DE VIAJE.



CARTAS DE VIAJE.

Alhama de Aragón.—Zaragoza.—Un doctor de mucho lustre.—Un síntoma discutible.

UNA pequeña desviación de mi natural camino, hecha con el objeto de visitar nuevamente la paradisiaca posesión del Monasterio de Piedra—oasis ideal oculto entre improductivos y feos montes y en donde la naturaleza, como si hubiere sido sorprendida durante uno de esos momentos en que la embriagadora felicidad mueve al despilfarro, derramó sobre unos cuantos puñados de tierra y modestas rocas, profusión de increíbles maravillas—me hizo parar en el benéfico establecimiento de Alhama de Aragón, en ese cuyas termales aguas recomendamos con tanta fé siempre que se trata de combatir una de las manifestaciones que surgen de la discrasia reumática; y del cual, á fuer de incorregible murmurador, he de referir algo.

Contiguas al pueblo hállanse las escabrosas montañas, de cuya base brotan abundantes los salutíferos manantiales y en torno de éstos álzanse los establecimientos balnearios destinados á su utilísima explotación.

Aun cuando sea de todos muy sabido, recordaré que el más notable y afamado es el conocido con el nombre de *Termas de Mateu*, edificio relativamente grandioso, que consta de dos cuerpos desiguales, separados por la carretera, y que se comunican con ayuda de una cerrada galería; uno, el mayor, sirve durante la estación de verano, y el otro, más recogido y abrigado, en la de invierno.

Gastóse en ambos el afamado Mateu muy crecido número de millones para avalorar las aguas, y dotar á nuestra hidrología balnearia de un establecimiento que mereciera elogios de propios y extraños; pero tiempo há que quien esto hizo pagó á la tierra su mortal tributo, y desde entonces resiéntese el edificio de ese triste abandono en que caen las propiedades cuando, huérfanas de sus apasionados fundadores, vienen á poder de tutores y usufructuarios, que, frecuentemente al abrigo de muy humanas justificaciones, miranlas con cierta holgura, atienden lo menos posible á su conservación, y exprímenlas en cambio cuanto jugo son capaces de suministrar.

La concurrencia de los bañistas es regular, si bien recuerdo haberla visto mayor en otros años, y con sobrada pena he advertido que parece como si se hubieran dado todos de codillo para quejarse de un sin fin de inconveniencias, algunas muy sensibles, y que creo debían remediarse un tanto para bien de todos, y muy principalmente de los doloridos enfermos que aquí vienen en busca de alivio para sus males. Llamaré la atención sobre algunas que yo he presenciado.

En la única noche que pasé aquí, disfruté de la siguiente escena de *alegría* flamenca que ya se había repetido en noches anteriores. Las diez y media habrían dado y en una de las principales galerías del piso bajo, á cuyos costados hay multitud de habitaciones para bañistas, solazábase interesante pareja, compuesta de un bizarro mozo saboyano que pulsaba las destempladas cuerdas de gruñona arpa, y una garrida moza, que sentada á su lado, fijos en el techo sus ojos y

echada atrás la cabeza como para evitar tropiezos á su voz, lanzaba á los aires unas sentidas malagueñas, capaces de dejar tamañitas á las del nunca bien ponderado Juan Breva, ya que no por su estilo, sí al menos por su estrepitosa sonoridad.

Zumbaba el aire con enérgicas repercusiones, conmovíanse los tabiques al empuje de tanta gritería, y revolvíanse molestos y condenados á perjudicial desvelo muchos pacientes, sin que alma caritativa, consejo de médico ó mandato de administrador, se creyeran obligados, ni aun siquiera compelidos, á suplicar el silencio á la doméstica diva, la cual, á su vez, parecía dispuesta á no dar reposo á su habilidad mientras la quedaran pulmones y garganta sanos. Confieso que era aquel un cuadro muy edificante del palmoteado género flamenco, capaz si se quiere de arrancar á cualquiera un ¡olé!, pero cuya oportunidad de sitio y hora seguramente no merecía celebrarse mucho.

Los alimentos y bebidas parécenos que debían sufrir una severa fiscalización en un establecimiento que por su índole hace de ellos un artículo de capitalísima necesidad y eficacia terapéutica; y aun cuando me siento benévolamente inclinado á conceder en esta materia una respetable parte de negocio á los propietarios y fondistas, entiendo que éste no debe rebasar de prudentes límites, más allá de los cuales el negocio vá tomando cierto matiz algo punible. Se ha observado que en algunos establecimientos la sórdida especulación convierte al bañista en una pobre víctima, que si á menudo no sale de aquél remediado de sus achaques, en cambio marcha admirablemente limpio de su dinero, sin que el infeliz pueda darse explicación de cómo ha sucedido uno y otro.

Doy ahora un salto y paso á hablar de mis impresiones en Zaragoza.

Es esta una capital que yo ya conocía, pero que por ser muy de mi agrado he querido saludarla otra vez, aun cuando únicamente sea con la fugacidad que permite la brevísimas estancia de un solo día.

Sin ser Zaragoza población muy grande, pues escasamente cuenta 90.000 habitantes, brinda satisfacciones á todos los diferentes coloridos con que puede presentarse el gusto de un viajero ilustrado, modestas como modesta es la población, pero francas y sentidas como corresponde al carácter de sus habitantes.

Teníamos mi querido amigo y compañero de viaje, que lo es el Dr. Octavio Bellmunt, y yo, doce horas por delante y un día de tempestuoso calor, y dejando á un lado todo género de comodidades, dimos con nuestros cuerpos en multitud de rincones y extremos de la invicta ciudad, siempre acompañados del distinguido médico mayor del cuerpo de Sanidad militar D. Alfredo Pérez.

He dicho que Zaragoza acude á todos los gustos del viajero, y es verdad. Puesto cualquiera en medio de su plaza de San Francisco, contempla gozoso una decoración de anchas y rectas vías, de altas y ornamentadas construcciones, de alegres y lejanos horizontes, como la que puedan presentar capitales de renombre europeo.

Si, por el contrario, gústase de examinar testimonios de pasados tiempos, basta internarse por sus laberínticas y estrechas calles para contemplar los ricos y volados aleros, las salientes y caprichosas rejas, los patios de labradas columnas y características escaleras, las puertas de apuntada ojiva, etc., etc., que trasportan á históricos pensamientos y conmueven con indefinibles emociones.

Nosotros no paramos de curiosear bellezas y de barajar sentimientos; y pasando de lo heróico á lo artístico, y de lo arquitectónico á lo médico, mirábamos aquí, con ávidos ojos y exaltado espíritu, las ruinosas arcadas y pilastras de la iglesia de Santa Engracia y la puerta del Carmen, donde las hoquedades, los desportillamientos y taladros, indeblemente conservados, refieren, á modo de palpitantes testimonios de un suceso acaecido ayer, las proezas de heróica y desesperada lucha; y allá repasábamos las luctuosas enfermerías del hospital y las tristes dependencias de los enagenados;

luego el *patio de la Infanta*, donde las primorosas cinceladuras del Renacimiento lucen en vistosas columnas, muros y balconadas; y después los claustros y aulas de su modesta Universidad; las amplísimas naves de la Seo, donde los aristones y las ojivas se entrecruzan por entre esbeltas columnas, formando esas gallardas perspectivas del más afamado estilo gótico; y después, las todavía más grandes naves del Pilar, donde las arcadas romanas y los cuadrados pilares y las bellezas del orden corintio impresionan grandiosamente el alma; y luego los ruinosos salones del Museo provincial, donde se guardan algunas pinturas antiguas y muy pocas contemporáneas, ricos tallados de nogal, mil detalles arabescos y bizantinos y numerosos objetos curiosos, oriundos de la inquisición ó encontrados en escavaciones; y para contraste, los elegantes salones del Casino, donde se luce notable galería de los reyes todos de Aragón, y por el estilo otros muchos parecidos lugares (que no son para detallados en esta brevísima carta), hasta que llegados al final del día quedamos tan maltrechos física y moralmente, que no parecía sino que entre la mañana y la noche habían pasado por delante de nuestros ojos y de nuestra alma recortes de todos aquellos períodos históricos, cuyos testimonios consérvanse con tanto afán, después que han tenido la rara suerte de librarse de esa destrucción que asoló cuanto existía con ellos.

Pero dejando por impertinente aquí todo lo que no habla á nuestra condición médica, y circunscribiéndome á lo que observé en este sentido, recordaré que Zaragoza posee una Escuela de medicina, una Real Academia de la misma ciencia y dos periódicos médicos, títulos más que suficientes para atestiguar la grande importancia médica de esta población.

Bajo el punto de vista de sus establecimientos, muy poco puede mostrar Zaragoza que corresponda dignamente á su legítima importancia profesional. Su escuela compónese de muy contadas y desbarajustadas aulas, de un pobrísimo museo, todo ello disperso y sin constituir un edificio.

Su hospital adolece de esos radicalísimos defectos que se observan en los establecimientos nosocomiales habilitados en informes caserones, sin sujeción á planos científicos, lo mismo en sus grandes cuerpos de construcción, ó sea por lo que se refiere á su disposición arquitectónica, como en lo que incumbe á esos pequeños detalles de interés meramente individual, pero que la higiene ofrece como de muy notable influencia.

Su histórico y un día humanitario manicomio son paredones venerandos por los títulos que le honran en los anales de la frenopatía, pero hoy van ya siendo reemplazados por el notabilísimo manicomio que se está edificando á kilómetro y medio de la ciudad, bajo la dirección del tan joven como ilustrado arquitecto provincial D. Eusebio Lidón, de cuyos propios labios hube de escuchar la relación detenida de este proyecto, acerca del cual no he de suministrar hoy detalles, limitándome á exponer que obedece al sistema de pabellones aislados, los cuales se sujetarán á una clasificación conveniente, según los distintos grupos del mal que se combate. Ha de ser este establecimiento, por lo que yo infiero, uno de los primeros de Europa y el primero de España, pues hánse tenido presentes para sus planos todos los perfeccionamientos que la higiene, la filosofía, la arquitectura y sobre todo la frenopatía, han señalado en estos últimos tiempos.

He podido conocer personalmente á algunos profesores de tanta y tan justa reputación en esta capital como el Sr. Escartín, por ejemplo, y sobre todo he mostrado más empeño por verme frente á frente del ilustrado catedrático de esta escuela y director del periódico médico *La Clinica* D. Joaquín Gimeno. Sentía yo por este intrépido paladín de nuestra ciencia, de nuestra profesión y de nuestro periodismo, esa franca simpatía que nos une al individuo cuyos trabajos aplaudimos, cuyos escritos celebramos, cuyo entusiasmo nos conmueve y cuyo valer se envidia. En esa comunicación que la prensa establece entre individuos que no se tratan, pero que se conocen

y estudian especialmente con ayuda de sus ideas estampadas en la prensa, fórmanse en nuestra imaginación conceptos personales más ó menos exaltados y más ó menos simpáticos, que se confirman ó rectifican cuando la casualidad nos pone ante esos mismos individuos. Yo conocía, como le conoce V., al Sr. Gimeno por sus brillantes campañas periodísticas, siempre tras del decoro y los derechos profesionales; es quizás, después de V., el que me ha parecido más desinteresado y ardoroso adalid de la prensa médica española, y confieso ingénuamente que todos mis juicios se han visto confirmados al escucharle. Entiendo que no es poco en el estado actual de nuestro periodismo médico encontrar un joven que por sus títulos, su ilustración, su rectitud y su entusiasmo merece figurar en primera línea.

Y ya que de la profesión en Zaragoza me ocupo, quiero detallar la impresión que nos ha producido la visita que también hemos hecho á un teatro ó escenario que para futuros triunfos profesionales ha dispuesto un joven comprofesor en esta modesta capital, es decir, aquí donde como condiciones obligadas al carácter de sus habitantes, mostrábanse siempre en primer término la verdad, la franqueza y hasta la ruda hidalguía. Trátase de un acontecimiento que viene fijando la atención de los médicos de la capital, quizás únicamente porque en los pequeños centros de población tiene una importancia extraordinaria lo que carecería de todo interés en centros mucho más populosos como Madrid, París, etc.

Nos recomendaron pasáramos á visitar el consultorio médico de este joven profesor, que parece se ha propuesto deslumbrar por su extraordinario lujo y otros recursos á él anejos, y puedo asegurar que ni en Madrid, ni en Lisboa, ni en París, he visto todavía en casa de los más estirados profesores nada que se asemeje á esto; la *mise en scene* es casi fantástica.

Ha escojido este profesor para consultorio uno de esos antiguos caserones que con sus vastas salas y sus ricos techos despiertan en la memoria el recuerdo de las afamadas casas solariegas, y que habiendo sido con-

venientemente retocado, comienza produciendo en quien le examina impresiones de cierta feudal grandeza.

Cuando llegamos nos salió al encuentro un extraño portero vestido de muy largo levitón, retorcido el cuello de la camisa y el aire de su semblante en tal grado satisfecho, que me hizo recordar el aspecto de esos gañanes que se disfrazan con hábitos sacerdotales cuando se trata de conducir en procesión alguna pesada imagen, y van á reventar de estirados y satisfechotes.

Nos dijo que *el señor* había salido y negóse resueltamente á permitirnos ver la sala de consultas, hasta que al fin, tras una porfiada lucha de consideraciones y reparos de una y otra parte, cedió de su firme negativa y nos concedió la bondad de satisfacer nuestro deseo: fué aquello un verdadero triunfo.

Vaya V. leyendo y admirando.

Amplio portalón provisto de esculturas de yeso y grandes impresos murales, uno de frente, con el nombre del señor y las horas de consulta, y uno á cada costado, conteniendo los siguientes cristianos preceptos:

«La caridad sublime templá los rigores de la desdicha y nos enseña el camino del cielo.»—«Amaos los unos á los otros, porque todos sois hijos de un mismo Padre, que está en los cielos.»

De aquí pasamos á un salón majestuosamente provisto de colgaduras, del cual arranca la escalera, cuyas labradas columnas y rico techo de elegante cúpula, preciosamente artesonada y hendida por claraboyas laterales, cobran un aspecto ducal, gracias á un gigantesco tapiz de encarnada tela, orlada de fleco amarillo que reviste el lienzo principal y sobre el cual relucen borgoñotas, escudos, puñales rectos y flameados, hachas y otras destructoras armas que hacen dudar sobre el destino humanitario del personaje cuyo esplendor pregonan.

Al través de caprichosos y ondulantes cortinones penetramos luego en un salón de espera, y aquí maravillan la vista y ofuscan la imaginación la riqueza de objetos y el artístico atildamiento y el esmero tan *recherché*

con que todo aparece colocado. Jarrones de lustroso mármol, panoplias de bruñidas armaduras, librerías de clásico gusto, oscuros muebles de rico nogal trabajado por elegantes talladuras, espejos de retorcidas y anchísimas hojas decorativas de anticuado estilo, platos y curiosidades cerámicas; por acá un busto, más allá estatuas de bronce, pendiente del precioso artesonado del techo una dorada águila, de cuyas garras pende un estandarte amarillo que muestra elegante escudo nobiliario, más allá un estrado que sostiene severa mesa y severo sillón, libros de vistosísima encuadernación francesa desparramados por doquiera sobre elegantes atriles, los colosales atlas de Bourgery abiertos por donde más chocan y más se lucen las rojas carnosidades y la misteriosa máquina de nuestra testura interna, y por todas partes mucho escudo, mucho tono, mucha grandiosidad, presentado con un notabilísimo, extraordinario y elegante gusto.

El despacho ofrece idéntico colorido y detalles de un valor divino: por ejemplo, sobre cristalinas copitas de áureos filetes los abultados pinceles destinados al uso de unturas tópicas; abierta sobre una silla y bien expuesta á los rayos de luz, que despide orgullosa, en forma de mil reflejos, la bolsa de cirujía henchida de dorados instrumentos; sobre la mesa de nogal tallado, sola, atrayendo irresistiblemente la mirada, una flamante gorra de paño azul, galoneada de oro y ostentando en su frente una dorada corona real; asemejábase á la gorra de un brigadier de marina, y preguntándole nosotros al criado que nos acompañaba lo que aquello decía, respondiéronos muy serio:—¡Es que el señor es médico de cámara! lo cual dejónos á todos avergonzados de nuestra supina ignorancia.

Pasamos del despacho á un delicioso camarín, estilo de principios de este siglo, cuyas paredes aparecen tapizadas con cuadros de raso amarillo fileteados con cañas de oro y orlados de ancha puntilla; á un extremo de este gabinete se luce grande colgadura, elegantemente recogida, y dejando ver por sus aberturas, entre blan-

cos pabellones, un dorado lecho, vestido de niveos lienzos. El tono misterioso de la luz, lo primoroso y coquetón del mobiliario, la disposición general, todo llevó á nuestra *nariz* cierto delicioso perfume, que se exacerbó cuando el criado con picaresca ingenuidad nos lo presentó como gabinete de descanso para enfermas, destino al cual asentimos todos estimando el lecho inmejorable para reposar de esos desfallecimientos, más bien que desmayos, que fácilmente pudiera enervar el espíritu de alguna delicada y nerviosa histérica de la consulta.

Trabajábase en el resto de la casa y con gran dolor nuestro no pudimos conocer su mobiliario.

Mucho se estiman el brillo y la elegancia que rodean al médico; mucho ese *atrezo* con que el profesor se presenta á los ojos de la sociedad que juzga, y por consiguiente muy de aplaudir es esto que constituye una verdadera innovación en Zaragoza. La sociedad nos toma á los médicos como á las joyas, pagándolas según el estuche en que se presentan, y así como éstas suben de valor ante los ojos del vulgo, cuando las contemplamos elegantemente colocadas sobre lustroso y guateado raso, y metidas en primorosa y perfumada caja, así para los ojos de la sociedad, vulgo ignorante siempre para juzgar al médico, vale más el que mora entre deslumbradora esplendidez y fastuoso boato, no obstante ocurra muy á menudo, con demasiada frecuencia, que quien así se exhibe es como aquellos gruesos y bien tallados brillantes que muestran en ricas cajas las tiendas de bisutería, y que sometidos al examen de peritos resultan groseros culos de vaso.

Visita á Lérida.--Idea general de la población.--Sus establecimientos de beneficencia.--Montserrat.--La Miranda de San Jerónimo.

TENIA empeñada mi palabra sobre destinar una visita á Lérida, promesa que hice en el anterior año á un estimado amigo mío y distinguido doctor, D. Federico Castells, cuando camino de las Baleares, pasé por la estación de dicha ciudad; y si bien con sobrada prisa, he cumplido como caballero.

Lérida, la capital más interna de las cuatro provincias del antiguo condado catalán, es una población que carece de cuantos atractivos embellecen las capitales de alguna importancia, por conservarse en un considerable atraso, tal vez dijéramos mejor en un modesto éxtasis, si bien es cierto que adviértense por algunas construcciones como los gérmenes de ese notorio desenvolvimiento que en la actualidad presentan todas, absolutamente todas las ciudades de alguna significación, y de que la misma Zaragoza ostenta apreciablesimo testimonio con su paseo de Santa Engracia y su calle de Alfonso I.

Estrechas, tortuosas y empinadas calles, formadas por edificios pequeños, irregulares y de humilde aspecto, denotan su ningún valor urbano; el exiguo número y la poca importancia de sus grandes construcciones revelan su pobreza arquitectónica; la existencia de un solo periódico, y éste político, dice la miseria de su vida literaria, y el escaso renombre de sus pequeños productos declaran en contra de su valor industrial. Si á esto se agrega que carece de objetos de estudio para esos anticuarios que afanosos buscan las venerables ruinas; de grandes cuadros naturales para el *touriste* que sufre mil molestias tras de sorprendentes y arrobadoras contemplaciones y de atractivos para el artista que estudia los

destellos de pasados genios, se comprenderá que Lérida es una ciudad sencillísima, que vive sin pretensiones, esperando resignadamente mejores tiempos que vengan á darle la importancia que su destino administrativo requiere.

Y sin embargo, la estancia en esta capital no se hace fastidiosa, porque no existe fastidio posible donde hay agua que corre y suena, luz que todo lo baña y abrillanta, bosques y plantas mil que verdean el campo y embalsaman el ambiente, mucho y alegre cielo; y Lérida tiene el río Segre, de ancho cauce y variado curso, que baña sus piés, fertiliza sus campos y la enamora con el continuo canto de su corriente; tiene sobre sí un cielo de claro y trasparente azul, que se pierde en lejanos horizontes y brilla con espléndido sol; tiene en su derredor una de las más hermosas y extensas vegas de la Península, alfombrada por completo de ricos bosques y viñedos, tachonada de pueblecitos y caseríos que por su blancura se destacan del fondo oscuro que les circunda, como la blanca flor del almendro sobresale del follaje, y de las cuales es Lérida la más preciada, la reina entre todas, cuyas glorias parece que celebra sin parar un ejército infinito de cigarras, que atruenan el espacio con ese canto celebrado por algunos poetas de la antigüedad, y que en medio de su monotonía oculta los perfumes, el calor, la vida y la tierna poesía del estío.

Castells trató de hacernos agradable la estancia en Lérida, y lo consiguió en términos de que hubimos de sentir nuestra pronta pero necesaria partida. Acompañado siempre del joven profesor Sr. Costa, consagróse enteramente á nosotros; y como nos tiene cogidos por medio la pasión de una curiosidad que nada excluye, todavía en aquella modesta condición encontramos ruinas que contemplar, establecimientos que conocer y propósitos que inquirir.

Sobre la cima de una risueña colina, que diría un poeta, en una de cuyas laderas se tiende, como si estuviera acostada la población, examinamos las ruinas de la antigua catedral, que conserva bizarros aristones en

sus bóvedas y muy particularmente caprichosas grecas, y capiteles de marcadísimo estilo bizantino, habiendo invisibles muchos más detalles que han ocultado los revestimientos de yeso y los lienzos de pared, levantados por do quiera, á fin de habilitar este lugar para cuartel y fortaleza, que lo es de grande importancia, no solo por su dominante posición, sino también por sus bien pertrechados baluartes, sus multiplicados fosos, muros y puentes levadizos. Los primores bizantinos de la iglesia se procuran conservar reproduciéndolos en otra iglesia que se está construyendo en la parte baja de la población, grande y de buenas proporciones y que ha de figurar dignamente, una vez concluida, al lado de la actual iglesia catedral, edificio de mediano valor en su género y que ofrece muy pocas bellezas, á excepción de la puerta principal y especialmente la sillería del coro, que son de abundante y preciosa talla.

Sobre asuntos médicos ofrece este pueblo muy poco y desprovisto de particular interés. No hablemos de hospitales, que son todo lo defectuosos que se quiera: el amable jefe de Sanidad, D. Federico Castañer, nos enseñó con toda minuciosidad el que dirige, cuyos mil inconvenientes procura remediar con su acertada y celosa jefatura; y por multitud de consideraciones dejamos de ver el destinado al servicio civil, contiguo al anterior, y en el mismo caserón, pero acerca del cual se nos advirtió que era todavía peor que lo que habíamos visto.

Dos establecimientos de beneficencia nos han entretenido principalmente, acompañándonos en su visita el ilustrado Director provincial de aquellos D. Luís de Marlés, joven adornado con el título de doctor en medicina, que ha brillado ya en bastantes oposiciones á cátedras, que ha ganado también por oposición su destino, y que dá muestras de desempeñarlo con un celo y un interés notables, mejor diría con un carácter sacerdotal, del cual son elocuentes testimonios la memoria que ha escrito sobre los establecimientos benéficos sometidos á su dirección, premiada por la Academia de Medicina de Barcelona, y su incansable obstinación por introducir en

ellos todos los adelantos, así pedagógicos como higiénicos, que le aconseja su atinado criterio.

Examinemos primero la *Casa de Caridad*, el mayor edificio de Lérida, donde acójense muy crecido número de niños, púberes y ancianos de uno y otro sexo; á los cuales se les dispensa un trato y una enseñanza con arreglo á sus distintas aptitudes, que si no puede estimarse como ejemplar, responde cuando menos cumplidamente á las necesidades y recursos de esta modesta provincia, y de los cuales son el mejor testimonio, de un lado la cifra obituarial anual de 4 por 100 que arroja el establecimiento, muy inferior á la que suministran análogos asilos extranjeros mejor montados, y de otro el aprovechamiento y la educación de sus alumnos, entre los cuales vimos hasta quien tocaba regularmente el piano.

Después de todo, en buen discurso se advierte que cuando en un país donde nada ni nadie hace ostentación de lo supérfluo, los desheredados de la fortuna disfrutan de un lecho donde descansar, siquiera no brille por su notable pulcritud, comida suficiente y nutritiva con que reparar su cuerpo, vestidos con que cubrir su desnudez, educación bastante á descortezar esa rústica capa de absoluta ignorancia con que venimos á este mundo, y se atiende al porvenir enseñándoles un oficio que les trace camino honrado y útil en la sociedad, toda crítica benévola, ó mejor dicho desapasionada, se encuentra reprimida.

La Inclusa y Casa de desamparados fué el otro establecimiento que visitamos. Un hervidero de tiernas criaturas distribuíanse por varias escuelas, y religiosas madres de notoria paciencia afanábanse por inculcarlas—valiéndose del *compendio* y demás recursos con que los modernos reglamentos interiores de las escuelas procuran facilitar la enseñanza—los primeros rayos del sol de la educación. Hicieron á nuestra presencia multitud de ejercicios, en los que juegan al mismo tiempo la gimnasia intelectual y la física, examinamos luego primorosas labores, particularmente encajes, y así por el estilo

hubimos de convencernos de que allí el tiempo y el trabajo no pasaban sin fruto.

El estado de la profesión en Lérida se resiente del mal común. Para una población de 25.000 almas, reúnen 18 médicos, los cuales se reparten el trabajo con la desigualdad consiguiente al prestigio y antigüedad de cada uno. El Dr. Castells, uno de los más justamente afamados, ha iniciado la idea de una asociación médica, cuyos trabajos reglamentarios parece le ocupan. Partidario como soy de que se estrechen aflojados lazos, y se salven con el roce amistoso esas enojosas diferencias que el aislamiento suele suscitar, paréceme muy plausible esta idea, ya realizada en otros muchos puntos de España.

—

Monserrat, pequeña cordillera de caprichosas montañas, cuyas crestas se levantan escuetas y afiladas como si la madre tierra dejara asomar por allí un manojo de huesos de su esqueleto, brinda con uno de esos magníficos panoramas de las alturas, á los que jamás debe permanecer insensible todo buen viajero.

En la estación de Monistrol nos apeamos, y metiendo en seguida nuestros cuerpos en una ligera tartana, llegamos, después de tres horas de ascensión, al célebre monasterio, situado como en las dos terceras partes de la altura de la cordillera. Comimos bien en la elegante fonda que allí existe, y descansamos luego en el gratuito y aseado hospedaje que ofrecen los monjes durante tres días á todo visitante.

Nada hace al hombre madrugador como los viajes, y eran las primeras horas del siguiente día cuando Bellmunt y yo, cansados de contemplar las ruinas del antiguo monasterio bizantino y las magnificencias del actual, nos dispusimos á subir al pico de San Jerónimo, el más alto de todos los de Monserrat.

Habían ya salido muy de mañana con otros expedicionarios las caballerías á propósito que guarda el monasterio para tales escursiones, y de querer realizar nues-

tro objeto, teníamos que hacerlo á pié, para lo cual era preciso emprender una ascensión de dos horas por unos atajos de peligrosa andadura, soportando un sol de Julio y en hora que sus rayos dejábanse sentir con sobrada energía. No vacilamos; ajustamos un guía; nos aligeramos lo posible de ropa, cruzamos sobre nuestros hombros los gemelos de larga vista; adquirimos fuertes y altos bastones y comenzamos la marcha.

Andando casi siempre á sol directo, pocas veces bajo sombras de robledales, bordeando á menudo profundos abismos, donde la caída es mortal y el escurrimiento fácil, sofocados de ordinario y en ocasiones refrescando nuestros pulmones con leves brisas de la montaña, llegamos á la cumbre minutos antes de pasar las dos horas.

Es Monserrat una cordillera que se eleva á 4.000 piés, dominando toda Cataluña, y baste decir que nosotros subimos hasta lo más alto para comprender el indescriptible panorama que se extendía ante nuestra vista. Veíamos pequeños, microscópicos, los pueblos, sembrados por doquiera, que se destacaban sobre el fondo verde de sus circundantes vegas; las carreteras y caminos de hierro, convertidos en blancas líneas, cruzaban de una á otra parte como ondulantes cordones nerviosos; las ásperas y fuertes sombras de las colinas yacentes á nuestros piés, dulces y leves como el rizado de la superficie de un mar; los grandes bosques, como oscuras alfombras de gabinete; los viñedos, como el simétrico punteado de un grabado en acero; nuestra vista abarcaba de un confín á otro Cataluña entera; el río Llobregat en todo su curso, desde su nacimiento hasta su terminación; por el Este cierra el cuadro el mar, tras del cual se divisan, como un ligero peñasco perdido entre las aguas, las hermosas Islas Baleares; al Norte una elevada cordillera, los Pirineos; al Sur otra cordillera que corresponde á Aragón, el Moncayo; allá, Lérida; á su derecha Gerona; tocando á este, Barcelona; más abajo Tarragona... todo, absolutamente todo, se domina desde tan elevado peñasco.

Es imposible la tranquilidad con este escenario. For-

ma la *miranda*, desde donde hacíamos nuestra contemplación, el convexo remate de un peñasco, enorme en su base, pero que escasamente mide en su cima cuatro metros en cuadro, al cual rodean por todas partes, menos por la que se sube, precipicios mortales, abismos horrorosos que estremecen y horripilan el alma con el insoportable vértigo de las alturas, y hacen producir al cuadro que abarca la vista el vértigo de lo grande y de lo pequeño, de lo infinito en las masas comparativas.

El árbol secular de robusto tronco, que extendía horizontalmente sus gruesas ramas vestidas de espeso follaje produciendo sombra y frescura por extensa superficie, y bajo la cual descansamos, es aquel punto negro, inapreciable, que se distingue allí; la erguida montaña, á cuyos piés crecía modestamente el árbol, y cuya áspera cumbre se alzaba como pretendiendo tocar el cielo, es aquella suave estribación de una colina que se distingue alrededor; la formidable cordillera que tanto tiempo tardáramos en atravesar, no obstante la rauda impetuosidad del tren, es aquella sombreada mole que se alza convertida en suave barrera en los confines del horizonte, como un tapial separa una heredad de otra... y así sucesivamente pasan contemplando nuestros ojos, convertido en pequeño, inapreciable, desvanecido en la inmensidad de lo creado, lo que hubo de parecernos gigantesco, ciclópeo: vímoslo aparecer inmenso, pasar con rapidez, y alejarse empequeñecido, despertando en nuestra imaginación ese vértigo de lo infinito que tan fácilmente se apodera del alma cuando medita sobre extremos comparativos.

Barcelona.—23 de Julio.

Barcelona.--Su ensanche.--Algunas bellezas arquitectónicas.--Su Universidad.--Su Escuela de Medicina.--Su Hospital General.--Sus manicomios.

SALUDO con esta por tercera vez á la industrial Barcelona, populosa ciudad en donde siempre que por ella paso me siento movido á permanecer algunos dias para disfrutar nuevamente de sus bellezas, recorrer sus establecimientos y compartir amistosamente con algunos estimados comprofesores, amigos mios.

Por de contado que no voy á engolfarme en la rutinaria tarea de hablar á los lectores de esta ciudad, como podría hablarles de una población desconocida; es la segunda capital de España, y me considero en el deber de admitir que no hay español que desconozca de ella cuanto cumple á todo sujeto medianamente ilustrado, lo mismo bajo su aspecto fabril, que bajo el intelectual y el político.

Considerada bajo el aspecto urbano, es de todas las de España quizá la que presenta en mayor escala ese moderno desarrollo que tiende á modificar radicalmente el carácter de las poblaciones; y si por escrúpulos de conciencia, y recordando el notorio cambio y engrandecimiento que Madrid ha sufrido en breves años, dudara sobre cuál de las dos es la que más se ha metamorfoseado, siempre habría que considerarla como una de las ciudades europeas que más han cambiado en brevísimo tiempo.

Para convencerse de la exactitud de este juicio, basta tender una mirada sobre cualquier plano moderno de la ciudad, donde aparezca perfectamente determinado lo que corresponde á la población vieja y lo que al ensanche, y se vé con toda claridad la prodigiosa multiplicación que ha experimentado, así como un ligero paseo por las calles muestra las profundas diferencias que se-

paran aquella de esta; aquella, de calles estrechas, sombríos muros y endiablados laberintos; esta, con preciosas vías, decoradas y brillantes construcciones, y sencillo y geométrico cruzamiento; fiel reflejo una y otra del carácter y necesidades de las generaciones que representan. Porque es de notar, que cualquiera, sin necesidad de tener asombrosa penetración, ni menos discurrir con embrollada filosofía, puede observar que las sociedades imprimen á sus moradas y á sus poblaciones, la propia textura, el mismo carácter que distinguen su época, como la naturaleza imprime determinado colorido á los seres, según el clima y demás condiciones de las comarcas en que se desarrollan.

Comenzamos esta visita á Barcelona, repasando, por decirlo así, nuestra contemplación por algunas de las primeras bellezas arquitectónicas que encierra, y á las cuales, aunque me son bien conocidas de otras veces, profeso un culto especial por su gran mérito artístico: tales son, por ejemplo, la catedral, cuyas cruzadas bóvedas, de las más airoas que he visto en materia de catedrales góticas, ofrecen á la vista, cuando se las contempla diagonalmente desde algunos puntos del ábside, un tan bellissimo cruzado de aristas y un tal juego de columnas, que cautivando la atención del menos inteligente, le hacen comprender uno de los caracteres más distintivos de esta arquitectura cristiana; el edificio de la Diputación provincial, de grande antigüedad, y que posee asimismo detalles riquísimos de ese gótico florido, que, según voy viendo, se ha cultivado en nuestra patria como en muy pocas naciones, y del cual figura como una perla menos estimada de lo que se merece, aun siéndolo mucho como lo es, el inimitable monasterio de San Juan de los Reyes, de Toledo... y así por el estilo algunos otros edificios, antiguos y modernos, amén de las mejoras de embellecimiento como el Parque, creado en el sitio de la antigua ciudadela, y en donde se está acabando un monumental castillo de agua, que recuerda por su disposición el cuerpo central del palacio Lonchamps de Marsella, y que han de convertir

esta ciudad en una de las más agradables del antiguo continente y la rival de Madrid.

Pero haciendo punto sobre estos particulares, por ser asunto demasiado largo para una carta, y concretándome á otros que nos interesan de una manera más directa, comenzaré dedicando un recuerdo al edificio que más realza y engrandece esta provincia ante mi pensamiento: á la Universidad.

Es difícil formarse idea con descripciones de la pluma, de este centro docente, al que sin titubear califico como el primero de España, y uno de los mejores de Europa. Situado en uno de los extremos de la plaza de Cataluña, se desenvuelve en extensión considerable de terreno y tiene en su parte posterior un elegante jardín.

El portal, situado en el centro de su principal fachada, se halla constituido por tres suntuosas naves, separadas entre sí por dos órdenes de pilastras, de siete cada una; y presenta en amplias hornacinas, practicadas en sus muros laterales, cinco hermosas estatuas, dos en la derecha que recuerdan San Isidoro y Averroes, y tres en la izquierda, las de Luís Vives, Alfonso X y el mallorquín Raimundo Lulio.

Abrese en el lienzo de la derecha la escalera de ascenso, grande, suntuosa, con escalones y balaustrada de blanco mármol, profusamente iluminada por elegante claraboya de ventanas, y en frente de la cual se encuentra... ¿pero á qué detallar con enojosas minuciosidades la distribución de este augusto templo? Baste decir que le componen abundantes y espaciosos patios, claustros amplísimos y de amena severidad, cátedras cómodas y de excelentes condiciones acústicas, multitud de gabinetes y laboratorios perfectamente dispuestos, una biblioteca dilatada y cuyas elegantes librerías están colocadas con plausible originalidad, una secretaría modelo, y un paraninfo ó salón de actos públicos, de estilo arabesco, y que por su magnificencia causa la admiración de cuantos le contemplan.

De entre todas las dependencias sólo una afecta directamente á nuestra enseñanza médica: el museo ó ga-

binete anatómico, situado en el piso principal, y que ocupa una sala insuficiente para el destino que se le ha concedido; porque el museo atestigua esa vergonzosa pobreza que, para más amargo contraste, ofrece Barcelona en cuanto se relaciona con la enseñanza práctica de la medicina; pocas piezas, y gran parte de ellas desprovistas de verdadero valor, hacen que este gabinete no responda cumplidamente á su objeto, por lo cual me escuso de andar señalando particularidades. Merecen, sin embargo, mención aparte, tres cuadros al óleo, de unos dos metros de largo por uno y medio de ancho, colocados en lo alto de una de las paredes, debidos al pincel del Dr. Letamendi; representan sucesivamente *músculos de la pierna, ojo y centro cerebro espinal* y los pintó sin duda el célebre doctor, con un fin altamente plausible, con el mismo que se utiliza el megáscopo.

En fin, la Universidad es un edificio que ha costado pocos millones (hasta ahora unos diez y seis) con relación á lo que cuestan construcciones mucho menos útiles; pero que halaga nuestro afán de hombre de ciencia, y muy particularmente el mío, que gusta de ver siempre á la ciencia digna y suntuosamente alojada.

En las gratas impresiones que debo á mis modestos viajes, no puedo yo olvidar nunca las que experimenté en Bruselas, cuando me encontré á la Real Academia de Medicina de Bélgica instalada en un *palacio*, el de las *Academias*, formando contraste con el caserón ruinoso y mezquino que tiene la nuestra; y sobre todo la que sentí en Ginebra, cuando frente á una regia construcción de blanca piedra, compuesta de tres grandes pabellones, uno central y dos laterales, dispuestos perpendicularmente al anterior, pude leer sobre la entrada de honor, esculpido en la piedra con magníficos caracteres, la siguiente inscripción:

Le peuple de Geneve, en consacrant cet edifice aux études superieures rend homenage aux bien faiseurs de l'instruction, garantie fondamentale de ses libertés. Loi du XXVI Juin MDCCCLVII.

¡Inscripción digna en verdad de ese pueblo helvético que marcha á la cabeza de todos los de Europa en el camino de la ilustración y de la sensatez!

Si desde la Universidad dirijo mis recuerdos del lado de la enseñanza médica, confiésolle con sinceridad, que por amor y decoro patrio debiera callar, y aún lo haría pasando sobre esta materia con ayuda de unos cuantos puntos suspensivos, que me desempeñarían el papel de esos puentes extendidos desde un peñasco á otro para salvar áspero y difícil terreno, si el sentimiento de justicia y la pasión de censurar lo que debe condenarse, no me hicieran dedicarla algunas frases.

Serán pocas, sin embargo. En compañía del eminente catedrático D. Juan Giné, visité hace dos años el colegio y hospital general, destinado á suministrar la enseñanza clínica; y como no los he vuelto á visitar y nada han variado uno y otro que yo sepa, aténgome á las notas que entonces puse en mi cartera, y las cuales con su propio laconismo, fiel reflejo de la impresión que experimentaba y hacíame mover el lápiz, dicen así:

«*Escuela de Medicina.*—Antigua construcción de piedra, fea, sucia, pequeña y ruinosa.

»Aulas de miserable aspecto, oscuras y mal acondicionadas, en donde ni la respetabilidad del profesor ni la comodidad del alumno encuentran lo debido, y cuya pequeñez no permite siquiera alojar la mitad de los discípulos.

»Pocos y pobres gabinetes.

»Museo instrumental reducido, y con unos cuantos mohosos instrumentos.

»Biblioteca pequeña y con un brazado de libros antiguos.

»*Clinicas* situadas al lado de la Facultad en el Hospital general, formado por un viejo y anti-higiénico edificio, dividido en dos cuerpos por un público pasadizo.

»Pocas y grandes salas, en las que se ven hasta cuatro hileras de camas, formando verdaderas barricadas de lechos, donde gimen enfermos de muy distintas clases.

»Destínanse á clínicas unos gabinetes con muy contadas camas, á todas luces insuficientes para una mediana enseñanza.»

¿Para qué recargar más este escandaloso cuadro? La enseñanza médica y la caridad hospitalaria, dejan mucho que desear en este país, que pretende en lo demás rivalizar con las mejores poblaciones. El mismo ilustrado doctor Giné, enseñándome con grande dolor de su corazón y tormento de su vanidad catalana, toda esta miseria, me decía, golpeando una barroca imagen de piedra puesta en la escalera exterior del hospital y que quiere representar la caridad:

—¡Querido Pulido, la caridad aquí es de la misma naturaleza que la de esta figura, de piedra!

Viene luchando los imposibles este mi distinguido amigo por conseguir la construcción de una nueva escuela y hospital clínico, cuyos proyectados planos ha tenido la galantería de enseñarme y á cuya realización aspira; pero contrariado por la falta de recursos, es decir, por ese terrible ahoga-quejas que se alza siempre en este país, riquísimo para el despilfarro, cuando se solicita algo para la higiene y la enseñanza.

Y es tanto más sensible esto, cuanto que en lo demás la importancia médica de Barcelona corresponde al resto de su valer: población que cuenta varias corporaciones médicas, seis periódicos de medicina y dos de farmacia, y que enriquece sin cesar á la literatura patria con multitud de importantes obras de medicina, rivalizando con Madrid, es digna de poseer una escuela y unas clínicas modelo. De mi parte deseo sinceramente que las adquiera cuanto antes.

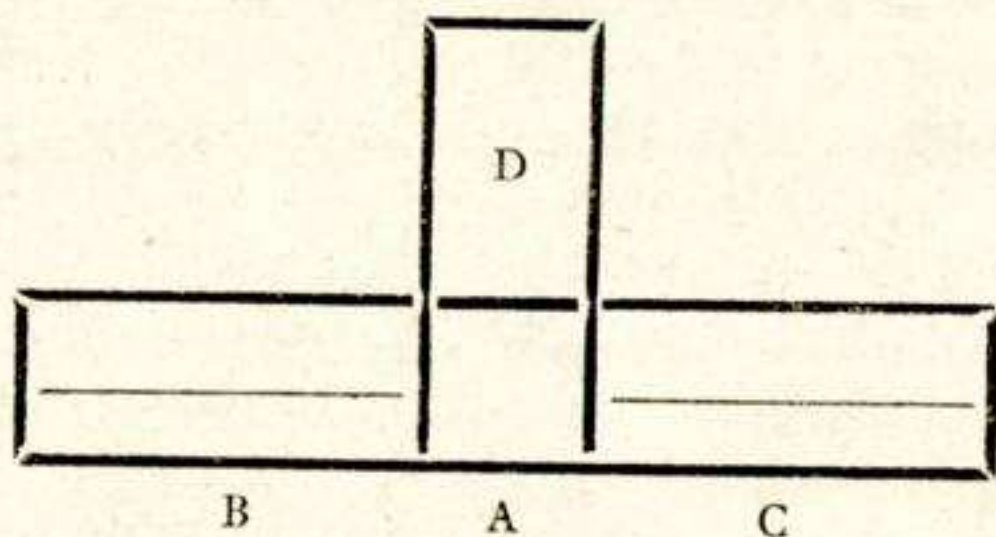
Pasando de este particular á ocuparme de otros establecimientos profesionales, consagraré el resto de la carta á hablar de los manicomios de Barcelona, es decir, de los más afamados establecimientos médicos que contiene, hasta ahora, esta provincia.

Son en número de tres los que rodean á la ciudad y los siguientes por el orden de su importancia, San Bau-

dilio de Llobregat, Nueva-Belén y el de Corts de Sarriá, de los cuales dos he visitado ahora, el primero y el último, y el segundo hace ya dos años.

Conservo desvanecidos recuerdos de este último, ¡tantos he visto desde entonces! Acompañóme el ya citado doctor Giné, su inteligente director, y en medio de la confusa idea que guardo de su distribución, recuerdo bien su magnífica posición topográfica, el ameno panorama que desde él se contempla sobre el mar, la población y la campiña que le rodea, el aseo de las múltiples dependencias, la comodidad ó bienestar de los asilados, lo espacioso de sus huertas y jardines, el aislamiento completo de ambos sexos, y cuanto puede hacer útil y recomendable el establecimiento.

El instituto frenopático de Corts de Sarriá, situado en el pueblo de este nombre, á media hora escasa de Barcelona, cuya distancia se salva en tram-vía, está dirigido por los jóvenes especialistas y propietarios del mismo, Sres. Dolsa y Llordach, y le forma una bellísima y alegre construcción, que cualquiera consideraría como la elegante casa de recreo de un capitalista, y de la cual puede formarse cualquiera idea con el siguiente sencillísimo diseño:



Es un largo cuerpo *A*, *B*, *C*, en cuyo centro *A* existe la capilla, el departamento de hombres en el lado izquierdo *C*, y el de mujeres en el derecho *B*. Detrás y perpendicularmente al centro *A*, se alza otro peque-

ño pabellón, destinado á comedores, sala de baños, lavadero.

Para conocer más en detalle la disposición de este manicomio, si suponemos la entrada por el extremo libre del pabellón *B* y vamos caminando hasta el extremo opuesto, encontraremos sucesivamente en la planta baja: departamento de hombres, estancias de segunda clase, sala de lectura, un pasillo que presenta primero un almacén de ropa á la izquierda y una entrada á la derecha; después estancias de tercera clase á uno y otro lado, hasta la capilla, por la cual pasamos al departamento de mujeres y entramos en otro pasillo, como continuación del anterior, que presenta á la derecha un costurero de primera y segunda clase, y á la izquierda una escalera de ascenso al piso principal; estancias de tercera clase á ambos lados después; sala de visita á la derecha y despacho del director á la izquierda y enfrente, y departamentos de segunda clase en el extremo. En el ala posterior, primero dos comedores para ambos sexos, luego cocina y despensa, salas de baños y lavadero.

El principal lo ocupan las estancias de primera clase, salas de juego, habitación del director, etc.

No es como se vé esto lo que pudiera llamarse un manicomio modelo; pero basta y sobra para el número de enfermos, 150 al máximo, que sus ilustrados directores admiten.

Como ya dejo indicado, son de tres clases las pensiones que aquí existen: primera de 36 duros, segunda de 25 y tercera de 18.

Sin descender á señalar bellezas particulares, diré en honor del establecimiento, que difícilmente se encontraría otro que tanto halague al espíritu por su excelente disposición, el notable aseo y la gran economía que aquí se nota; parece que la idea de especulación no cabe en este establecimiento, y que aquí todo se sacrifica al beneficio del desgraciado enfermo y de su no menos desgraciada familia. Mi franca y cordial enhorabuena á sus apreciables directores.

Voy ahora á ocuparme, y no en pocas frases, sino

largo y tendido, de nuestra expedición á San Baudilio de Llobregat, que por ser de todos los establecimientos el más afamado, mereció de nosotros más cumplida visita. ¡Válganos Dios y qué sabrosa fué! Tengo por seguro que ni Bellmunt, ni Vidal Solares, ni yo, la olvidaremos en mucho tiempo.

Eran las tres de la tarde cuando los tres fuimos á la estación de Tarragona para montar en el tren que había de conducirnos hasta Cornellá.

Una sabrosa plática de crítica profesional nos distrajo mientras llegaba el tren á este punto, en donde la voz del mozo de estación nos hizo echar pié á tierra, y salir en busca del único vehículo que conduce la gente al pueblo de San Baudilio, una histórica tartana, la cual estaba ya henchida de pasajeros, y como si esto no bastara, comprometida por otra familia para un segundo viaje. Resultado, que con gran sentimiento nuestro, nos encontrábamos, en un día de Julio y á las tres de la tarde, es decir, *con la fresca*, bajo un sol tropical, frente á un camino alfombrado por una cuarta de alfombra de asfixiante polvo, tan clareado de árboles como de pelos la cabeza de un calvo, y á la distancia próximamente de una legua del pueblo. Ante situación tan desagradable, nos constituimos á fuer de médicos en solemne junta, y sin andarnos con historias, acordamos, puesto que ninguno se encontraba tan á mal con su pellejo que quisiera suicidarse, buscar por un pueblo, allí contiguo, burro, mula, carro ó cosa equivalente, con cuya ayuda pudiéramos ir sobre piés ajenos al manicomio.

Pañuelos en mano y sombreros á lo majó, es decir, echados sobre la ceja, fuimos de un lado en otro, solicitando inútilmente por todas partes lo que nadie podía darnos, y atrayendo la atención del vecindario entero, que en su mayor parte hubo de creernos pensionados en busca de su domicilio.

Desesperanzados y rendidos estábamos ya cuando acertamos á distinguir en la carretera, medio cubierto de polvo, un destartalado carro portador de unos cuantos sacos de cebada, y por cuya oscura boca asomában-

se las bronceadas y toscas cabezas de un matrimonio, que aun siendo por demás repugnantes, hubieron de parecernos las de Aurora y Febo conduciendo entre sonrosadas nubes la dorada carroza del día. Con quijotesco continente nos echamos á la carretera, logrando al fin, por virtud de nuestros bolsillos y no de nuestra marcial apostura, que el carro diese media vuelta y se dispusiera á llevarnos.

Ignoro el tiempo que duró nuestra excursión: es indudable que hay todavía viajes que duran mucho, y este fué uno de ellos; solo sé que brincaba como un condenado el carretón, que levantaba espesa polvareda la tísica caballería, y que dándonos unos con otros y todos contra el vehículo y los sacos de cebada, y desvaneciéndonos cual querubines, en nubes de polvo, llegamos á la entrada de San Boy, como allí llaman al pueblo, en donde nos dejó el carretero todo lo antes que pudo, y desde donde ya nos fué más fácil y cómodo llegar al manicomio, situado en el extremo opuesto.

Salvamos sin dificultad la puerta del exterior, y en tanto un criado iba con tarjeta mía en busca del Sr. Rodríguez Méndez, subdirector del establecimiento, domiciliado en una casa contigua: descansamos y curioseamos cuanto existe en ese semi-suntuoso pabellón cuyo anuncio todos los médicos españoles estamos cansados de leer en artículos de propaganda y ver reproducido en fotografías y grabados, es decir, en el Partenón.

Verdaderamente forma una espaciosa y elegante sala de espera, es la joya de la casa, el lugar destinado á las visitas, y por consiguiente, donde *se ha echado el resto*. Constitúyela una construcción cuadrilátera que tiene en su derredor cuatro series de elevadas columnas corintias, por supuesto revestidas de yeso, formando un majestuoso intercolumnio, cercando una especie de templo, disposición que recuerda algo la del célebre edificio helénico cuyo nombre lleva. La planta baja forma un solo salón, encima existen habitaciones, y por encima de todo una terraza desde donde se divisa un panorama

espléndido, de lo más delicioso que se puede desear, y que nada tiene que envidiar al que ofrecen los otros dos manicomios antes mencionados.

Estando en inocentes observaciones de los retratos y diplomas del salón, apareció el Sr. Rodríguez Méndez, y en su compañía pasamos á visitar todas las dependencias, acerca de las cuales diré lisa y llanamente dos cosas: primero que no me agradan, por el hacinaamiento y la pobreza que se advierte; y segundo, que encuentro justificado en gran parte este defecto considerando que allí existen los enfermos enviados por varias Diputaciones provinciales, las cuales pagan, y esto mal, dos reales por estancia. ¿Qué habitación, qué comida, qué trato, en fin, puede dar el establecimiento de un particular por esta miserable retribución?

En los extremos de un holgado jardín se hallan varios pabellones de muy sencilla construcción, sin otro plan médico ni uniformidad arquitectónica que la de haberse construido según se han ido necesitando: la capilla es una verdadera iglesia, que ya existía en ruinas antes de adquirir el Sr. Pujadas el terreno donde ahora se alza su manicomio, y es de lo mejor del establecimiento el pabellón de hidroterapia, formado por varias habitaciones de duchas y lluvia, dispuestas en torno de una piscina central.

El número total de asilados es el de unos 650; 400 hombres y 250 mujeres próximamente.

Como sucede casi siempre, nuestra visita nos ha producido impresiones y distracciones dignas de estudio.

Rodríguez Méndez nos aseguró que los que trabajaban ofrecían probabilidades de curación. Es un juicio pronóstico que he oído repetir á varios directores de manicomios, entre ellos al de Corts de Sarriá, y hace menos dias al de Génova. Y por cierto que sobre este particular nos refería el del primero un hecho curiosísimo; es el de haber obtenido ya sucesivamente tres curaciones en un año en tres individuos que se encargaron de la custodia de un burro de la casa. Se comprende

que si el trato de sabios vuelve á uno loco, el de burros debe restituir el juicio!

Las cajetillas de cigarros que en Llobregat se han desvanecido, nos han demostrado que lo mismo entre locos que entre cuerdos, toda la grandeza humana declina ante un tabaco.

Entre los varios ejemplos recuerdo de un megalomano que blandía en su mano derecha un historiado bastón, guarnecido de rojas cintas: miraba con ojos recogidos, frente plegada y ademanes no muy conciliadores, cuándo una, cuándo otra las orejas de Bellmunt, como si discurriese cuál de las dos sería la más abonada para recibir el peso de su cetro. Vidal Solares temiéndose algo, sacó dos cigarros, se los dió y vimos de pronto aquella cejijunta fisonomía desplegarse, aquel bastón caer detrás y las convulsas manos entretenerse en desliar un cigarro.

Habíamos conquistado el fiero tirano con un céntimo de tabaco.

Roma 30 de Julio.

Llegada á Montpellier.—Hojeada histórica sobre esta ciudad.—Su importancia médica.—Paseo por la población.—La Escuela de Medicina.

ERA el amanecer del día 18 del pasado Julio cuando nos acercábamos con precipitada carrera á Montpellier, arrastrados por el tren expreso que en dirección de Marsella sale de Cérbere (primer pueblo fronterizo de nuestra vecina República) después de las nueve de la noche.

Había desvanecido con unas cuantas cabezadas, como familiarmente decimos, las ganas de dormir, y no bastando á distraerme la atención perspectivas de ningún género, porque el melancólico trozo de luna que brillaba en el espacio, ó le oscurecían apretadas nubes, ó escasamente rielaba sobre monótonas marismas que se extendían á uno y otro lado del tren, hube de engolfarme en pensamientos sobre la pasada grandeza de dicha población, que tan grande y hermosa página ocupa en la historia de la medicina, y á cuya ciudad me aproximaba, experimentando cierta emoción, que cualquiera otro médico sentiría en caso semejante.

Y digo experimentando cierta emoción, porque aun suponiendo muy ciego nuestro amor al progreso y muy dominante el afán con que clavamos nuestros ojos en lo porvenir, no podemos evitar ahogos de indescriptible sentimiento cuando convertimos todo nuestro espíritu al pasado, enfrente de esos testimonios que nos hablan de una organización suprema que ha existido, de una autoridad que ha dominado y de una influencia que durante largos años ha impreso, siempre tras de porfiadas luchas y repetidas victorias, su especial carácter á una serie de conocimientos humanos.

Y del propio modo que se sienten ateridos con el escalofrío del entusiasmo, y confusos con el torbellino

de mil ideas, y exaltados con el fuego que parece des-
pide sobre el alma todo lo que es grandioso, el militar
ante las nublosas arboledas de Waterlío, en donde
ocurrió el suceso bélico más notable del presente siglo;
el historiador ante los informes despojos de la antigua
Roma, que le atestiguan la grandeza y la pequeñez, todo
á la par, de uno de los pueblos más notables del mundo;
el escultor ante un Laoconte, un torso de Hércules,
un Antinóo ó cualquiera de esas otras figuras de mármol
que le arrebatan hablándole de una estatuaria divina,
cuyas obras exhumadas de entre escombros, y pisadas
por oscuras generaciones—que al perder otros muchos
adelantos de la inteligencia, perdieron también las no-
ciones más rudimentarias del divino arte de Praximenes
—sirvieron más tarde para hacer brotar fecundas ins-
piraciones en los genios de los últimos siglos; el pintor
ante esos borrosos frescos de Giotto que despidieron
los primeros destellos del renacimiento cuando el arte
de Apeles, como padre viciado por incorregible y mor-
tal discrasia, solo producía figuras raquíticas, secas, de
odiosas expresiones y de patológicas formas, etc., así
nosotros, modestos tributarios de la ciencia, nos senti-
mos embargados por inevitables sensaciones cuando
contemplamos Coimbra, Alcalá, Salamanca, Montpe-
ller ó cualquiera de los afamados centros universitarios
que se nos presentan como tronos caídos de una ma-
jestad que declinó su sin igual esplendor, ó como es-
queletos todavía en pié de un gigante que subyugó
todas las inteligencias con la fuerza incontrastable de
su poderío.

No es posible desconocer la historia ilustre de esta
escuela, porque aparece íntimamente ligada á la historia
de la filosofía médica y aun á la de los adelantos profe-
sionales desde muy remotos tiempos, haciendo afluir á
su seno de todas las partes de Europa multitud de jóve-
nes ganosos de conquistar el título de un centro docente
cuyo solo nombre era ya estimada garantía de sólida
ilustración, como lo atestigua un curioso pasaje de
Jacques Dubois, quien en el primer tercio del siglo XVI

decía en su *Método médico*: «Existe hoy día un número considerable de ignorantes empíricos que se hacen pasar falsamente por médicos...; pero en la ilustre y antigua academia de Montpellier, si alguno de estos charlatanes quiere pasar por médico, se le coje, se le pone sobre un asno flaco y pelado, y se le pasea por toda la población con la cabeza vuelta hacia la cola del animal, y entonces se le apedrea por todas partes, se le escupe, se le golpea, se le desgarran sus vestiduras y por fin se le expulsa de la ciudad, en la cual no debe volver á entrar bajo pena del último castigo.»

Y no solo desde el siglo XVI, desde mucho antes se hace ya mención de la enseñanza médica de Montpellier, pues en el siglo XII decía Juan de Salisbury, obispo de Chartres, que acudían en gran número á Montpellier y á Salerno para estudiar la medicina; y San Bernardo, en una epístola suya hablaba por el año 1153 de un obispo enfermo que se fué á curar á dicha ciudad.

Es asimismo curioso lo que acerca de los oscuros y remotos orígenes de la enseñanza de la medicina en Montpellier, dice Duval Jouve en su estudio crítico é histórico de las calles de esta ciudad, referente á que cuando los sabios discípulos de Averroes fueron á ella desde Córdoba para enseñar la medicina, encontraron una grande oposición de parte de los profesores allí residentes; pero Guillem, señor de Montpellier, declaró en 1180 que cualquiera persona, viniera de donde viniese, podía practicar dicha enseñanza en su señorío, contra lo cual protestó el clero, interesado en la que antes existía, logrando al fin del Papa Honorio III, en 1220, unos estatutos cuyo primer artículo disponía que nadie pudiera entregarse á la enseñanza de la medicina sin haber sido previamente examinado y aprobado por el obispo de Maguelonne, ó en su defecto por el prior de San Fermín.

Si dispusiera en esta carta, de un espacio que me niega su propia condición, hablaría del colegio *real* de Medicina, que más tarde se levantó enfrente del colegio *papal* y del colegio de los *doce médicos*, fundado por

Urbano V; transcribiría asimismo un decreto de Luis XIV, con el que este rey trató de poner un severo y eficaz correctivo á ese charlatanismo ridículo en que cayó la medicina, verdadera decadencia que tan eficazmente combatió Moliere, y que se debió principalmente á que los títulos profesionales se otorgaban más bien como una prueba de honor que de aptitud científica; y después otro documento firmado por cinco catedráticos de la escuela, redactado á principios de la célebre revolución francesa, y que demuestra el estado en que se encontraba el antiguo establecimiento, rentas, honorarios, gastos, patrimonios, etc., etc.; pero como ya he dicho que no puede ser, salvaré todo esto y cuanto sobre la celebrada escuela vitalista pudiera decir, y me ocuparé de materia más concreta y más pertinente á mi carácter de curioso viajero.

Cuando yo penetré en Montpellier sabía, además de otros muchos datos que me callo, que esta ciudad, que escasamente reúne hoy 60.000 habitantes y es la capital del departamento de l'Herault, comenzó á dar señales de importante vida después del siglo VI; por consiguiente, pasada la dominación romana, cuando recibió los habitantes de otras poblaciones contiguas, destruidas por los sarracenos, y aprovechando la proximidad de la costa procuró convertirse en una ciudad comercial.

Durante la Edad Media, constituyéronla largo tiempo dos zonas ó cuarteles distintos, que reflejaban perfectamente la odiosa y perjudicial repartición de poderes que caracterizaron aquellos tiempos; pues el uno, llamado Montpellier, era de dominio señorial, mientras que el otro, conocido por Montpellieret, lo era obispal. Del primero se incautó al fin la corona de Aragón, con motivo de un matrimonio, pasando á ser realengo; y del segundo se hizo dueño más tarde Felipe el Hermoso, por cesión del obispo Berenguer de Fredol, concluyendo por formar todo parte de la corona de Francia, cuando Felipe de Valois, posterior al Hermoso, compró á D. Jaime III de Aragón, por 120.000 ducados, la par-

te que le correspondía; y entonces fué cuando llegó á su apogeo Montpellier, y cuando comenzaron á cobrar renombre las escuelas de medicina y de derecho allí establecidas.

Esas grandes calamidades que pesan sobre las poblaciones, tales como las luchas, las invasiones, las pestes, etc., constituyendo verdaderas enfermedades que las aniquilan, dejaron sentir sus funestos efectos sobre Montpellier durante varios siglos, y casi podríamos decir que hasta tiempos contemporáneos. Sufrió en el siglo XIV una peste tan asoladora, que le arrebató más de 500 personas al día; vióse luego, por cesión del Rey de Francia al Rey de Navarra, sujeta durante 17 años á la triste suerte de este reinado; disminuyó extraordinariamente el gran comercio que mantenía con el Oriente, el cual pasó á Marsella cuando se descubrió el nuevo mundo; comprometióse en las luchas reformistas; sufrió multitud de asaltos y de asedios, y de este modo trabajada por su vida exterior y su vida interior; y célebre por sus revueltas, sus asambleas, sus jurisdicciones, su adhesión á los grandes problemas, que agitaban no solo el espíritu nacional, si que hasta el europeo, Montpellier enervó su vigorosa organización, como aniquila la suya el joven fornido que se entrega á una vida de continuos excesos, y á quien la desgracia ataca con diferentes contratiempos.

Hoy Montpellier dista mucho de tener su pasada importancia. Ciudad comercial en un tiempo, ha visto trasferido su emporio á Marsella; albergue de personas delicadas en el invierno por su clima dulce y benigno, la apertura de líneas férreas ha llevado esta población flotante á puntos más escogidos, Niza, Mónaco, Cannes y demás estaciones invernales modernas del Mediterráneo; centro vinícola importante, la filoxera se ha encargado ahora de destruir sus viñas y privarla de tan grande medio de vida, y por último, emporio literario de fama universal, vé no sólo declinada aquella escuela científica suya, que dominara por doquiera, y de

la cual apenas es hoy ella el último baluarte (1), la escuela vitalista, sino que tras de amagos de supresión de su facultad y traslado á otra población de mayor importancia, ha concluido por trasferir toda su fama docente al gran colegio de París, á donde concurren en la actualidad todos los que antes acudían á ilustrarse en la villa del Languedoc. ¡Verdaderamente Montpellier es una magestad caída!

—

Después de un ligero reposo, abandonamos el hotel y nos dispusimos á visitar la población metidos en un coche, y al cabo de cinco horas conocíamos cuanto de más notable encierra Montpellier bajo su punto de vista urbano.

De entre sus construcciones figura como una de las más notables, sin duda, el magnífico acueducto del siglo XVIII (1752-1766), que presenta una magnífica perspectiva con su doble serie de arcos, 76 grandes y 185 más pequeños encima, formados en casi su totalidad de *lumaquela* ó caliza, que contiene conchas petrificadas, y el cual termina en un extenso depósito coronado por un gracioso *castillo de agua*, de estilo romano, al que circunda un pequeño pero delicioso y bien cuidado parque, llamado *le Peiron*, que recuerda Versalles, las Tullerías, el Parterre de Madrid y demás elegantes jardines, en donde las estatuas, los recortados cuadros y las arboledas forman armonioso y agradable conjunto.

Cuida de este castillo uno de esos soldados veteranos de la Francia, á quienes la patria recompensa sus largos servicios dándoles la custodia de un monumento

(1) Los estudios médicos han tenido siempre un carácter marcadamente religioso en Montpellier, que explica su arraigado criterio vitalista, del cual ha hecho profesión de fé aun en tiempos modernos repetidas veces, inspirando en 1830 á un poeta los siguientes versos (Duval):

S' il repousse toujours la science moderne
 Montpelliere finira comme á fini Salerne
 Il a beau proclamer son principe vital,
 La mort est dans son sein et l' arret est fatal.

público, es decir, una verdadera canongía, y que procuró ganarse honradamente el consabido *pour-boire*, enseñándonos varias curiosidades, y conduciéndonos últimamente á la elevada plataforma del castillo, desde donde se distingue un magnífico panorama sobre las poéticas llanuras del Languedoc, el mar, las cordilleras de los Pirineos y de los Alpes. Omito su descripción, pero hago constar que es de las más excelentes que pueden contemplarse en Francia.

Vecinas al *Peyron*, existen las más notables bellezas de la ciudad; al lado un arco de triunfo y una estatua ecuestre, de regular importancia, y elevados en honor de ese Rey á quien tantas pruebas análogas de adulación rindió la Francia, á Luis XIV; una escuela de agricultura, fundada en 1872, que contiene también el único establecimiento de sericultura de la nación, que dirige Mr. de Naillot, y augura, según parece, nuevas fuentes de riqueza á la comarca; notables calles, entre las cuales una en actual construcción, llamada á ser la principal de la ciudad, si se juzga por el rico decorado exterior ó la verdadera suntuosidad de las pocas pero modernísimas casas ya construidas; la catedral de San Pedro, de un estilo gótico pobre, en notable reparación, muy apreciada de los ciudadanos, y que tiene en una capilla del crucero izquierdo el magnífico cuadro de Bourdon, que representa la caída de Simón el Mágico, por cierto bastante mal iluminado para que se puedan apreciar todas las bellezas de la composición... y otras curiosidades semejantes.

El resto de la población es alegre; sus calles, generalmente desahogadas, sus construcciones limpias y de mediano valor, sus plazas, por lo común pequeñas, hermoseadas con algún adorno, á veces con estatuas, entre las cuales recuerdo la de Eduardo Adam (Vital Dubray), que Montpellier erigió agradecida al descubridor del alcohol, cuando esta comarca tenía una importancia vinícola de que hoy carece; hermosos paseos, y sobre todo amenos alrededores que brindan á distraídas escursiones, entre las cuales hicimos nosotros una al

concurridísimo *La Valette*, parque extendido sobre las riberas del modesto Lez, río que presenta aquí un agradable remanso donde se zambulle la gente alegre y amiga de nadar.

Pero lo que principalmente fijó nuestro interés, fué lo relativo á la enseñanza médica; de aquí que procuráramos examinar sus hospitales y sobre todo el colegio de medicina.

Verdaderamente sería una tarea pesada y desprovista de interés la que yo podría emprender dando cuenta detenida de los dos hospitales que hemos visitado, que no ofrecen nada de notable fuera del notorio esmero y limpieza que reina en las salas. El de San Eloy, que es el destinado á suministrar la enseñanza clínica, tiene á la entrada un pequeño anfiteatro de conferencias, adornado de algunos bustos.

Por el edificio escuela anduvimos largo rato curioseando cuanto podíamos. Se encuentra en la calle de San Rufo, contiguo á la iglesia catedral, con la cual forma una sola construcción; es de antiquísimo aspecto, y tanto por las apuntadas torres que sirven de pórtico á la iglesia, cuanto por el foso, que se corre á lo largo de su fachada, cualquiera lo estimaría más bien como los restos de antigua fortaleza que como escuela de medicina: el edificio en cuestión ha sido—y esto lo explica todo—primero monasterio y luego palacio episcopal.

Sin temor á remordimientos de conciencia, podemos decir que esta escuela corresponde por su modestia, no á la importancia histórica de la población, sino á su valor actual que es, como ya queda dicho, bastante escaso.

La más notable de todas sus dependencias es el gabinete anatómico. Fórmale un espacioso salón subdividido en otros cuatro por tres grupos de cuatro columnas dóricas cada uno, techos altos, decorados con bajos relieves, frescos alegóricos y retratos de celebridades médicas.

Mide el salón entero 92 pasos de largo por 11 de ancho, y cubre sus paredes un orden de armarios que

con vitrinas dispuestas en los centros encierran todas las piezas, así de anatomía normal como patológica que forman el gabinete. Son éstas en número abundante, aun cuando incapaces de competir, ni por la cantidad ni por la calidad, con las que forman los museos de Orfila y Dupuytren, de París; y hannos llamado la atención, como de particular mérito, unas que representan inyecciones vasculares del pulmón del hombre y de los animales, obtenidas por corrosión, y de las cuales no he visto ningún ejemplar en museo alguno de España; una magnífica sección de úlceras sifilíticas en la cara; una considerable serie de cráneos hidrocefálicos; multitud de reproducciones en escayola y cabezas disecadas representando varios tipos humanos y aptitudes intelectuales distintas, regaladas por el profesor Dubreuil, etc.

Contiene además esta sala otros objetos pertenecientes á un museo instrumental, teratológico y farmacológico, lo cual hace que el museo anatómico sea más reducido de lo que al pronto pudiera creerse.

Cera y escayola son los materiales que componen muchas piezas, con todos los inconvenientes y con todos los defectos de la escultura anatómica ya pasada, que hacen desmerecer considerablemente al gabinete cuando se recuerdan esas magníficas preparaciones modernas de Barreta, Laskouski, etc., que á tan notable altura han colocado todo lo referente á la conservación y modelaje de piezas anatómicas.

A la derecha del Museo encuéntrase el departamento de trabajos anatómicos; era domingo y tiempo de vacaciones y no obstante veíanse marcadas pruebas de un activo trabajo.

Visitamos después el llamado *Teatro anatómico* ó anfiteatro principal, que es pequeño, semicircular, de humildísimo aspecto, que por toda curiosidad presenta una silla curul de piedra y de construcción bizantina, con muy extraña y barroca labradura, testimonio de una antiquísima procedencia, encontrada en las escavaciones de Nimes, y sitial de Barthes y otros genios.

Otro anfiteatro, todavía más pequeño, la escasez y modesta presencia de sus laboratorios, su asotanado salón de bustos, en donde sobre pobres peanas véñese sucios y averiados los de muchos médicos célebres, y otros detalles de esta naturaleza prueban bien á las claras que la escuela de Montpellier no es ya otra cosa que una modesta escuela departamental, con una historia gigantesca, gloriosísima, pero con un presente pequeño y oscuro; escuela que escasamente brilla de vez en cuando con las fulguraciones de algún afamado profesor, y que prueba con un hecho más la funesta condición á que vive sometido todo lo creado, sea grande, sea pequeño.

Roma 15 de Agosto de 1880.



El puerto de Marsella.—La población.—La escuela de Medicina y el *Hotel Dieu Saint Esprit*.—Mónaco.—Niza.—Su clima.

DEBE subirse á la plataforma donde se asienta la primorosa catedral de Marsella, todavía sin acabar, y apoyado sobre el pretil, tender con calma la vista sobre el animadisimo puerto de la Juliette, para contemplar bien lo que principalmente dá vida, fama y carácter á esta población.

El cuadro es de primer orden; y el espectáculo que se despliega ante la vista, es de los más sorprendentes con que puede brindar una ciudad comercial.

A nuestros piés, y en una longitud que pasa de dos kilómetros, vése inmenso muelle, que costean por un lado gigantescas construcciones destinadas á servir de aduanas, almacenes, oficinas, etc., y por el otro grandes barricadas, altos montones de cajas, sacos, toneles, serones.... es decir, una verdadera colina de géneros de todas clases, de productos de todas las regiones y de artículos de todas las industrias. Después la espaciosa dársena, cuyas aguas ocultan bajo sus cascos una interminable escuadra de vapores y de barcos de todas las formas posibles, desde la airosa goletilla que se pasea en cabotaje, hasta el gigantesco vapor que surca los tormentosos mares del archipiélago filipino, y desde la pesada fragata de guerra, cuyo cuerpo revestido de espeso blindaje, á semejanza de los antiguos guerreros, sólo lleva consigo la destrucción y la muerte, hasta la ligera fragata mercante que, aparejada de esbelta armadura y blanco velamen, sólo lleva consigo la vida de uno á otro continente. Más allá, cruzando la mirada por encima de un espeso bosque de palos, jarcias y vergas, que proyectan á las nubes sus afilados mastele-rillos y hacen pensar en un fantástico ejército de tita-

nes provistos de tremendas lanzas que tuvieran en sitio á la ciudad, percíbese el mar, al principio oscuro, sombrío, ceniciento, como irritado por su incesante agitación: después azulado, onduloso, como si reflejara los encantos de su libertad y de su pureza, y finalmente, á lo lejos aéreo, tranquilo, desvanecido entre delicados matices, como velando con lánguida poesía lo invisible de remotos horizontes. Entre las aguas, á una hora en bote del puerto, el Castillo de If, no tan célebre por haber estado en él detenido, á instancias de su padre, Mirabeau, y presos otros personajes de renombre, como por haberle supuesto el inmortal Dumas (padre) la prisión de Edmundo Dantés, y el abate Faria, y en su vecindad las insignificantes islas de *Pendus* y *Planier* provistas de faro, y las de *Pomego* y *Ratonneau*, donde se encuentra el lazareto. A la derecha, altas colinas suavizadas por la distancia que rematan en un cabo; y á la izquierda, primero un fuerte y un faro, luego un monte elevado donde se distingue el célebre santuario de Ntra. Sra. de la Guardia, con su erguida torre, y sobre ella la grande, la colosal imagen, cuya bronceada superficie refleja sobre la ciudad creyente, tendida á sus piés, áureos destellos, que el cristiano espíritu podría estimar como divinos rayos de amor y protección; más á la izquierda y detrás todavía, otro inmenso bosque de palos, que acusan nueva mirada de embarcaciones atracadas al viejo puerto: y, por último, completamente detrás, un infinito número de iglesias, de casas y de palacios, que asoman unas detrás de otras, sus cúpulas, sus chimeneas, sus torres, sus veletas, sus terrazas y demás remates.

Este no es más que el escenario: poblémosle con sus naturales personajes, démosle la animación de su propia vida, y nos embargarán los sentidos esos miles de seres que acusan en sus fisonomías los perfiles de todas las razas y en sus bronceados cutis el testimonio de lejanas procedencias, vestidos con mil trajes, desde el inquieto chino de larga trenza negra caída sobre la azulada seda, al grave moro de enroscado turbante y

niveo jaique con sus barbas y ojos de azabache, y sus facciones al par duras y nobles, y desde el catalán de encendido gorro caído sobre la espalda, al griego con su corta chaquetilla, su ancho pantalón y su largo bonete, todo negro, todo oscuro y triste como si quisiera expresar un profundo duelo por las interminables desdichas de su arruinada patria.... que bullen, se mueven, se agitan, gesticulan, hablan distintos idiomas, gritan, vocean, van y vienen, se mezclan, se confunden y tornan á separarse, cargan y descargan, arrastran y empujan. Se ven por entre ellos los fuertes carretones con sus briosos caballos normandos guarnecidos de las apuntadas colleras, los ómnibus, los coches y los tranvías que se cruzan á todo escape, se buscan como si trataran de destrozarse y se eluden milagrosamente; por allí las ondas que golpean las acantiladas rompientes, y las recompensan su castigo vistiéndolas con finísimos encajes de lechosa espuma; las barquillas que surcan el golfo, llevando sus pintorescas velas latinas hinchadas con el soplo de la brisa, y algunos vapores que avanzan rápidos en busca del puerto; tendida tras de sí, á guisa de esforzada amazona, la negra cabellera de su máquina que se pierde por el espacio en rizados bucles; por allá se dejan escuchar las pitadas del tren, por aquí el estruendo de músicas, por debajo caballos que trotan y relinchan, y por detrás un rumor ensordecedor, incesante, como el de una gigantesea cascada que se desprendiera de grande altura; es el ruido de cuatrocientos mil habitantes que viven y se agitan; y todo esto se percibe en una atmósfera saturada con el humo de miles de chimeneas, abrasada con el fuego de un sol tropical, humedecida con el soplo de leves brisas, y aromatizada con el fresco perfume de los mares.... ¡oh, qué magnífica expresión del misterioso infierno de la vida es un puerto como este!

Y esta descripción, que en balde trataría yo de animarla para que correspondiera á lo que debía presentar, ha de parecer muy pálida si se considera que Marsella es el puerto más importante de la Francia, y superior

por consiguiente á Burdeos y al mismo Havre, dicho que prueban las listas insoportables de cifras que tengo ante mis ojos, y que omito aquí, limitándome sólo á indicar algunas cantidades notabilísimas para que den un poquito de fuerza á mis palabras.

En el año 1873 entraron en Marsella 6.125 grandes barcos (de vela y vapor) y salieron 6.160.

El número de viajeros que entraron en 1873 fué el de 134.494, y la cantidad de mercancías importadas 1.492.390 toneladas, que representaron un valor de 1.059 millones de francos, y se exportaron 784.001 toneladas, valor de 861 millones.

Esta es—lo sabe todo el mundo—una de las más notables ciudades de la Francia, y para mi gusto la primera después de París, y lugar en donde siento que los días se pasan sin advertirlo.

Luce ricos y suntuosos palacios, entre ellos el bellísimo de Longchamps, quizá el más bonito y esbelto edificio de toda la Francia, en donde tienen regio asiento, sin duda el que se merecen, los museos de pinturas y de historia natural; ambos, y particularmente el segundo, de notable riqueza. Consta de un cuerpo central, que sirve de depósito de agua para la magnífica cascada que se desprende en artísticos y variados saltos por delante, recordando la célebre de Trevi en Roma, sobre la que parece ha sido ideada; y dos cuerpos laterales, que encierran los museos, y se unen al cuerpo central con ayuda de una magnífica columnata, dispuesto todo en un hemicíclo que se disuelve en una extensión de 135 metros de fachada por una altura de 60 en su porción central, la más elevada. No he visto todavía palacio alguno, en donde la floresta, el agua, el cielo y la arquitectura formen un conjunto tan armonioso y agradable como aquí; el parquecito que precede á los árboles del Jardín de plantas, y el cielo que se distingue por los intercolumnios, la riqueza estatuaria de la cascada que se precipita desde una altura de 39 metros y vierte 600 litros de agua por segundo, la elegante construcción de los pabellones, su magestuosa

escalinata, toda choca, embarga poderosamente la atención y conquista el entusiasmo.

La Bolsa, con su notable sala, más grande que la de París, edificio en el que se invirtieron 28 millones de reales y aloja la Cámara del comercio con sus dependencias; el Tribunal del comercio y el Sindicato de los agentes de cambio; el Hotel de la prefectura, ó Gobierno civil; el *Hotel de ville*, ó alcaldía de los Doks, el Palacio de justicia, el Arco de triunfo erigido en honor del duque de Angulema, y un considerable número de análogas dependencias del Estado; la Catedral y el rico santuario ya citado de Nuestra Señora de la Guardia, con su magnífica cripta y su interior de mármol blanco y rojo, y sus paredes tapizadas de ex-votos; las plazas, los paseos, los establecimientos diversos, los museos... todo fué objeto de una visita nuestra, que por obligada brevedad, no he de referir como quisiera.

Muéstranse muy orgullosos los hijos de esta ciudad de sus calles La Cannebiere, Noailles y la República, y á fuer de imparcial he de respetar este sentimiento como justo, pues considero dichas vías, por su anchura, por la suntuosidad de las construcciones que las forman, por esa riqueza de ornamentación que desde el musculoso Atlante y la firme Cariátide hasta la sencilla arista, osténtase en la fachada de las casas que componen la última, de puro moderna, aún sin terminar, por la monstruosa circulación de vehículos y personas que las animan, por los muchos y lujosos cafés que se lucen en la Cannebiere, por los amplios horizontes que ofrecen... por todo, en fin, dignas de rivalizar con los más concurridos boulevares del mismo París.

También hemos llenado nuestro deber profesional consagrando una visita á la Facultad de medicina y de farmacia y á los hospitales.

Aquellos ocupan un mismo edificio, antes Palacio de justicia, de forma cuadrilátera, todo de piedra, con cinco huecos de balcón en la fachada y 13 en el costado, elevándose á la altura de un tercer piso.

Verdaderamente, su distribución y dependencias

ofrecen poco interés, como no sea la falta de espléndida aparatosidad; pues es pequeño y pobre su gabinete de anatomía; reducida la biblioteca, que escasamente podrá contener unos 30 alumnos; modesta la sala de junta de profesores, en donde figura un retrato del doctor Cuvier, hijo de Marsella; pero en cambio he de advertir que se ostentaban en profusión materiales y aparatos en el gabinete de fisiología práctica, con indicios claros de su uso, cosa que en nuestro país podrá parecer imposible.

La Sala de disección, separada del edificio-escuela por el ancho de la calle, contiene ocho grandes mesas de piedra dispuestas en dos filas, una fuente, y á su lado un pequeño anfiteatro donde se explica la clase de anatomía, y un gabinete para el preparador. Suelen reunirse aquí, según noticias, de 80 á 90 alumnos.

Frente por frente á la escuela atrae la vista, y en pos de ella la curiosidad, un grande edificio precedido de muy aseado jardín y elegante verja, que parece opulento palacio: es el *Hotel-Dieu Saint-Sprit*, donde los alumnos tienen las clínicas oficiales, y del cual he de ocuparme con detenimiento por ser el primer hospital de Marsella.

Sus orígenes se parecen á los del *Hotel-Dieu* de París, datan de remotos tiempos, del año 1188; pero multitud de reconstrucciones y sobre todo la última, hecha en 1863 á 1865, le han dado gran valor y un carácter moderno.

Ocupa una superficie de 14.508 metros, y se desenvuelve la construcción, formando una especie de semi-óvalo, delante del cual existe el hermoso y amplio jardín antes mencionado. La parte central la ocupan las enfermerías, los dos puntos de corvadura ó ángulos de reflexión, que corresponden á los extremos de esta parte media, dos grandes y hermosas escaleras, y los extremos ó cuerpos laterales las restantes principales dependencias del hospital. En el arranque de la escalera del lado derecho, por donde Bellmunt y yo subimos, vimos (á semejanza de lo que existe en muchos hospita-

les) una larga lista que recuerda á los bienhechores del establecimiento desde el año 1801 y cantidad de 2.000 francos en adelante: figuran muchos, y bastantes con inscripciones respetables, de entre las cuales recuerdo una de 370.000, otra de 192.000, otra de 120.000, etc.

Entre las enfermerías y el exterior media una espaciosa galería con elegantes arcos provistos de buenas balaustradas: sirve de excelente paseo para los enfermos, por sus vistas sobre el jardín y sobre el pueblo de Marsella, al cual domina el hospital por la elevada posición que ocupa.

Tiene el establecimiento tres pisos, 32 lechos en cada sala y 450 entre todas, habiéndose elevado en 1873 á 3.185 el número de enfermos recibidos, los cuales causaron, término medio, 238 estancias al día. El número de empleados es próximamente de unos 90.

Por no hacer insoportable esta carta con fatigosas descripciones, citaré como de pasada el *Hospicio de la Concepción y de la Maternidad*, esencialmente moderno, que dispone de 800 lechos, distribuidos convenientemente en ocho pabellones (uno destinado á maternidad), dispuestos de N. á S., aislados por magníficos patios, y que en 1873 han prestado sus servicios á una población de 5.026 enfermos y 1.290 parturientes.

El *Hospicio de la Caridad*, el *Manicomio*, la *Casa de San Juan de Dios*, la *Casa-cuna de Nuestra Señora del Monte Carmelo*, el *Despacho* (bureau) *de Beneficencia* y otros varios establecimientos humanitarios que aquí existen, me ocuparían extensamente si mi propósito no fuera el de bosquejar en fugaces plumadas algunas de mis impresiones.

Con lo ya referido y recordar (porque estas noticias son muy sabidas) que Marsella cuenta varias corporaciones de discusión médica y algunos periódicos de nuestra profesión, digo lo bastante para que se comprenda el gran concepto que me merece esta ciudad, aun bajo el punto de vista médico.

—

Un calor insoportable, tempestuoso, asfixiante, que desde las primeras horas de la mañana mantenía nuestros cuerpos en un sudor y en un anhelo indecibles, nos hizo salir á todo escape de Marsella con dirección á Niza, temperatura que nos persiguió hasta que pasados de Toulon—puerto francés con un magnífico arsenal, un célebre presidio y una escuela de medicina naval—volvimos á ganar la costa y el tren se colocó á breves pasos de las inquietas aguas. ¡Con qué placer respirábamos sus frescas emanaciones y con qué pueril regocijo contemplábamos las opalinas ondas que venían á salpicar las ruedas del tren!

¡Qué golfo tan hermoso el de Génova! ¡Qué deliciosas montañas todas las que se contemplan al atravesar ese departamento de los Alpes marítimos!... Las arboledas, los viñedos, los espesos follajes de aterciopelados verdes, los apretados olivares las visten desde la cima al valle, y cubren sus pintorescas cañadas, de flexuosas angosturas, los altos maizales, las nutritivas hortalizas, los olorosos naranjos y los frescos emparrados! Yo, que he recorrido de España sus más pintorescas provincias, y de Europa muchos de sus más afamados paisajes, pienso que esta costa no cede en los dulces encantos, de esa melancolía y tierna poesía de las montañas, ni á nuestras bellísimas Asturias y Pontevedra, ni á la misma Suiza.

Cannes, una de las estaciones invernales del Mediterráneo, es delicioso; sus calles son jardines, sus alrededores mansiones dignas de ninfas, sus edificios alegres y sencillos, su aire tibio, benigno y perfumado con mil delicados aromas; el tren le pasa con rapidez y llega una hora después á Niza.

¡Oh, Niza; qué recuerdos tan interesantes para nosotros evoca este nombre!

¡Pero qué impresiones tan variadas producen las poblaciones que recorre el viajero, y con qué sonidos tan opuestos hacen vibrar las cuerdas del alma!

Llega uno á Zaragoza y siente conmovido el espíritu con el ardor de pasadas luchas, y basta un leve recogido

miento del espíritu para que se crea escuchar el estampido de los cañones, y el fragor de la batalla, y se siente (como si nos quemaran á nosotros) el fuego, la rabia y la desesperación de un pueblo heróico que lucha por su independencia; llega después uno á Barcelona y siente ese propio espíritu distraído con el examen de un hervidero de fábricas, y atronados los oídos con el estrepitoso funcionar de mil telares en un salón, y el estudio de esas vivientes masas que pueblan los talleres, sumisas y laboriosas en medio de la paz, creando y desparramando sus productos por do quiera, fieras y tiranas durante la revolución que lo destruyen todo y arruinan sus propias fábricas, y sin querer entonces es lanzado el pensamiento á los eternos problemas de la cuestión social; detiéndose uno más tarde en Montpellier y le embargan aquellos paredones derruidos, aquellos sitios venerandos y aquel pueblo todo, albergue durante muchos centenares de años de estudiosas generaciones, de privilegiados investigadores de esa verdad por la que tanto nos afanamos, de genios tan preclaros como Barthez, que condujeron la nave de los conocimientos humanos por los mares de la ignorancia; párase uno luego en Marsella y estremécese el mismo espíritu con esa fiebre comercial, con esa actividad de todos los pueblos, con ese emporio ciclópeo, titánico, monstruoso, trasunto fiel de la vida en general; pero llega uno á Niza y en vez del entusiasmo de Zaragoza, y de los frios cálculos de Barcelona, y de la veneración profunda de Montpellier y del estupor inevitable de Marsella, suscita en el alma una lánguida ternura, una triste y melancólica poesía, tan tierna y tan triste como la que en el campo se produce cuando el rey astro, hundiéndose con majestuosa lentitud tras las azuladas colinas, inunda la trasparente atmósfera y las tranquilas nubes de los delicados matices del prisma, y anega también el corazón de misteriosa pena al ver espirar el día revistiéndose de sus más conmovedores encantos; y es porque Niza nos hace pensar en ese otro ocaso de muchos seres que fallecen revestidos también de sus

mayores encantos, de los que dá siempre la tisis á la juventud y á la belleza que tan á menudo arrebatan juntas.

Verdaderamente, Niza es una ciudad bienhechora, que parece ha olvidado toda su revuelta y belicosa historia para consagrarse exclusivamente al servicio de desgraciados seres, como una arrepentida cortesana abandona las agitaciones del mundo para consagrarse á los cuidados de una luctuosa enfermería.

Todo su interés, toda su historia del día se concreta en prestar un ambiente dulce á los delicados del pecho, en prolongar unos pocos meses más la existencia de esas miles de jóvenes inglesas y rusas, de blondas cabbelleras, ojos de cielo y cutis de alabastro, que perecen cuando más grande es el mundo de risueñas esperanzas que llevan en su cabeza, y cuando más rico es el tesoro de amorosos sentimientos que guardan en su corazón; seres interesantes que emigrando en el invierno de sus letales países, concluyen por fenecer insensiblemente en medio de una naturaleza espléndida, donde las palmeras que rompen el azul de los cielos con sus abiertos y erguidos penachos trasportan la imaginación á los soñados países del Oriente; donde las suaves estribaciones de los Alpes, aliándose en anfiteatro unas por encima de otras, hasta perderse á lo lejos en nevadas cimas, deslien en el alma toda la melancolía de un canto de bayaderas, y donde las azuladas aguas del Mediterráneo, golpeando sin cesar la playa, gipnotizan con su incesante canto y con el pensamiento de sus inmensidades.

Es Niza una ciudad alegre, bonita, sencilla, de cuya historia ni de cuya disposición urbana no he de ocuparme. Capital del departamento de los Alpes marítimos, con una población indígena de 54.000 habitantes, y una extranjera flotante de algunos miles más, ocupa la extremidad septentrional de una bahía llamada *de los Angeles*, y vése dominada por un número considerable de cadenas de montañas, entre ellas las de Montboron, Montalban, Mont-Vinaigrier, Mont-Gros y Mont-Cau.

Su clima es benigno, no obstante diste mucho de la benignidad con que brindan muchas de nuestras comarcas andaluzas y del Mediterráneo; la temperatura media es de 9°,6 en invierno, 17° á 18° en primavera y 23° en estío, oscilando en unos 13° la diferencia entre las estaciones extremas. Desde 1802 la columna termométrica sólo una vez descendió á 9°,4, y de ordinario escasamente al 0° durante algunas horas de la noche; y cuando más subió fué á 32°,7; el medio de los días lluviosos es de 72°, y las lluvias son generalmente de escasa duración, pero de grande violencia, en forma de chaparrones, como decimos nosotros. Sus vientos más frecuentes son: el del E., que desciende por la garganta de Villefranche, y luego el S. O., llamado *libeccio*; á menudo cambian muchas veces al día y obligan á los enfermos á prevenirse contra las variaciones.

Basta esta ligera indicación sobre la meteorología y climatología de Niza para asentir á mi juicio anterior de que en España tenemos comarcas más suaves y benéficas. Felizmente para los franceses oscuras eran y oscuras seguirán; que nosotros no seremos los que nos cuidemos de estudiarlas, ni hacerlas conocer del mundo médico. ¡Buenos *alifafes* son estos para nosotros los españoles!

—

De Niza á Mónaco, otra de las estaciones invernales del Mediterráneo, el tren directo tarda también próximamente una hora, en llegar.

Confieso ingénuamente que este microscópico principado, cuya existencia sólo como una anomalía se concibe, según diría Castelar, me produjo una impresión muy distinta de la que yo me prometía, cuando entraba por sus fronteras dispuesto á recrearme con aquel puñado de casas que se permiten tener un monarca, y una Constitución y una nacionalidad distintas de la de sus dos monstruosas naciones vecinas, la Italia y la Francia, entre las cuales se encuentra Mónaco

como un pequeño guijo se encuña entre dos gigantes-
cas moles de granito.

Y verdaderamente, cuando después de haber contemplado las indescriptibles bellezas de aquella rada semicircular de Hércules Mónaco, y los encantos de aquella villa que se tiende á uno y otro extremo, y los de los jardines que la ciñen, formándola una preciosa guirnalda de flores y verduras, se nota el aire de satisfacción que expresa la cara de los sencillos monaqueses, y se les oye decir que gozan de todas las libertades que necesitan, y no pagan contribución, se pregunta uno si no son mucho más felices aquellos pocos miles de seres, que los millones de prusianos que pegados siempre al cañón, inquieto el espíritu y sacrificados con grandes impuestos, viven aterrando, sí, á los demás países, pero temiendo al par las explosiones de sus víctimas.

Sólo un inconveniente encuentra á esto la conciencia honrada, sólo un lunar, y es que Mónaco debe todo su esplendor, todo su bienestar al juego; que es una cortesana impura que goza el fruto de sus venalidades.

No creo exista en punto alguno del globo, incluso en Baden-Baden, establecimiento destinado á juego, que supere á este Monte Carlo; es un templo rico, espléndido, suntuosísimo, incomprensible, elevado á ese vicio funesto, á esa pasión maldita que tantas y tantas desgracias tiene á su cargo, y cuya animación podría comprenderse con decir que proporciona á la hamburguesa madame Blanch, su propietaria, sobre 16 á 18 millones de francos al año.

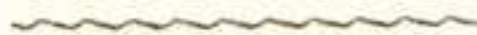
El teatro, anejo al casino, es una verdadera apo-
teosis del lujo y de la rica ornamentación palaciega, que supera al mismo salón del gran teatro de la Nueva Opera de París. Bellmunt y yo no podíamos expresar con frases nuestro asombro ante aquella verdadera realización de un cuento fantástico.

Dicha madame Blanch, cuyo prestigio aquí supera al del mismo monarca, es la que cubre todos los gastos del pequeño Estado y la que atiende con sus munificen-

cias á los apuros de la corona; de esta manera Mónaco, principado irrisorio, vive feliz con los ingresos que le proporcionan esos millares de capitalistas que de todos los puntos de Europa acuden á su seno á disputarse sobre un tapete sus capitales.

De Mónaco á Vinti-miglia, la frontera italiana, sólo hay unos pocos kilómetros que se salvan pronto. Nosotros los atravesamos sintiendo esa inexplicable emoción que todos sienten cuando se disponen á entrar en el país de los recuerdos, de la cristiandad y de las bellas artes.

Venecia 23 de Agosto de 1880.



Saludo á la Italia artística y monumental.—Génova.—
Su cementerio.

ESCRIBO esta carta, primera sobre Italia, cuando después de haber visitado las 16 poblaciones más importantes del reino, toco ya en las fronteras dispuesto á abandonarle; es decir, cuando se revuelven, y agitan y confunden dentro de mi pobre cabeza, como esportón de bolas dentro de esos gigantescos bombos de lotería, una tromba de recuerdos y de impresiones, cada una de las cuales bastaría para que pluma mejor cortada que la mía, inteligencia más brillante, imaginación más fecunda y espíritu más ilustrado, produjeran artículos llenos de doctrina y sentimiento.

Fuera sobrada injusticia desconocer que la Italia encierra abundantes motivos para que un médico la estudie con interés. En pasados tiempos, y muy particularmente en el siglo XVI, produjo mucho, sufrió después una prolongada caída, y ahora vuelve á erguirse con su altivez, con esa valentía con que se alzan los pueblos que tienen la conciencia de su aptitud, y abrigan decididos propósitos de ganar las privilegiadas alturas donde se asientan los genios. Pregónalo así la historia de las ciencias médicas, y más concretamente la de esa rama fundamental de nuestros estudios, que con sus invariables descubrimientos y su sólida doctrina nos alienta y reanima cuando anega al alma todo el amargo desfallecimiento, todo el desconsuelo profundo que le producen las dudas infinitas de la práctica, originadas por la fiebre de construcciones y destrucciones que sufre nuestra ciencia, la cual, á manera de esas hogueras del campo que avanzan dejando tras de sí un suelo ennegrecido por las cenizas del rastrojo, también avanza destruyendo la mayoría de cuanto creyeron nuestros antecesores, y nos hacen barruntar que destruirá la

mayoría de cuanto creemos nosotros, para que estos despojos, como aquellas cenizas, sirvan de fecundante abono que haga brotar algún día la sana verdad; la anatomía, en una palabra, con la profusión de nombres italianos que guarda en sus anales, acreditan la importancia científica de Italia.

Debo, pues, comenzar tributando mi homenaje á la Italia médica; pero antes diré que cuando uno, cualquiera, que tiene en la cara ojos aptos para ver, y tras de la frente un cerebro que se enciende con el misterioso fuego de la idea, y dentro del pecho un corazón capaz de sentir la impresión de lo grandioso, se pone delante de esas gigantescas ruinas que bosquejan la historia de los pueblos poderosos, ó ante esos mármoles y metales inmortalizados por el cincel, y estos lienzos divinizados por el color, que presentan la historia del arte con las ondulaciones de una colina; ó ante estos templos y catacumbas que cuentan la historia de unas religiones que murieron y de otras nuevas que se alzaron sobre los despojos de las anteriores; ó ante estos indescriptibles cuadros de la naturaleza, donde el cielo, el mar, la tierra, el fuego y los vegetales, parece como que se esmeran en formar un paisaje que cante las grandezas del Supremo Hacedor; entonces olvídase de su condición médica, y miembro de la gran familia humana, embarga todo su pensamiento el estudio de las evoluciones por que han pasado las sociedades que le precedieron; tributario de la estética, como aquellas gloriosas escuelas de Rhodas, del Atico, de Pérgamo, y aquellos escultores como Myrón, Poliyctetes, Fidias, Alcamene, Praxiteles, Scopas, etc., que produjeron esos admirables tipos de la estatuaria griega y romana que guardan orgullosas Nápoles, Roma y Florencia, fueron seguidas de la abominable estatuaria bizantina, que pobló de monstruosidades y barbarismos las primeras basílicas cristianas, engendros sólo comparables á los ídolos peruanos, y desde la cual como desde la nada, volvió á remontarse el arte hasta alcanzar las alturas á que lo elevaron la *Noche* y el *Moisés* de Miguel Angel,

y los *Pugilatos* de Canova, y las miniaturas de Cellini y los relieves de Ghiberti, etc., y como las correctas pinturas de Apelles, y los elegantes frescos de Pompeya degeneraron hasta parar en los mosaicos y frescos de los siglos VI al XII, para luego poco á poco, volver á las sublimes producciones de Rubens, Ticiano, Pablo el Veronés, Guido Reni, Velázquez, Rivera, Fra Angélico, Miguel Angel, y de tantos otros, con los cuales se llenan estos centenares de museos. Espiritu creyente ó pensador escéptico meditará en cómo aquellas religiones que se alzaban triunfantes, consagradas por miles de sacerdotes y vestales en riquísimos templos, adoradas por razas y pueblos señores del mundo, fueron arrolladas por otra que brota de un crucificado, sin más soldados que sus mártires, sin otras armas que la fé, sin más tesoros que su evangélica pobreza, que tiene por único albergue las catacumbas, que opone á la soberbia la humildad, á las persecuciones sus cuerpos, que recoge los informes despojos de los que mueren sobre la arena de los anfiteatros y hace de sus recuerdos las divinidades que han de poblar la corte celestial; y este ejército oscuro, modesto, que primero es uno y después son doce, aumenta; se multiplica como si cada gota de sangre vertida gozara de un asombroso poder prolífico, hasta que se impone y concluye por dominar, lanzando para siempre al suelo los dioses paganos que ocupaban los altares, y reemplazándolos por la difamante cruz, trasformada en signo adorado de redención; y después ¡veleidades humanas! cómo estos religiosos, embriagados con su poderío y avaros de mayores grandezas, se desunen y se divorcian con los cismas y las formas, y cómo acometidos del mismo espanto que sintieran los gentiles en las postrimerías de su religión, tiranizan, encienden las hogueras, y aprestan los horrosos tormentos inquisitoriales contra los relapsos y los reformistas, que si no perecen como los mártires cristianos en medio de los circos, desgarrados por las hambrientas fieras, perecen en medio de las plazas abrasados por el fuego, dando también espectáculo á un público

numeroso y festero; y todo esto habla con tan sentida elocuencia, con tan multiplicados testimonios, con tan persuasivos hechos, con poesía tan indescriptible, que arroba completamente la atención, embarga para sí todo discurso, y hace del espíritu más adocenado y frío un pensador sobre la historia, un entusiasta del arte y un apologista de la naturaleza.

Con tan poderosos estímulos no es de extrañar, que un viajero cualquiera, aun suponiéndole tan adocenado y oscuro como el modesto médico que firma estas cartas, se sienta acometido, al recorrer la Italia, de una comezón artística y filosófica bastante á dar un sello especial á todas sus impresiones; y como mis cartas sobre este país han de ser reflejo de estas, inevitablemente he de barajar en ellas lo propio con lo extraño, lo científico con lo artístico, lo viejo con lo nuevo, lo que pasó con lo que se proyecta..... procurando acercarme algo—porque de conseguirlo, sobrado sé cuánto soy incapaz—al deseo expresado por el poeta italiano *utile e dolce*.

—

Génova, reputada la *soberbia* por sus grandezas, que unía á una desmedida altivez en los tiempos de su afamada república, fué la primera población de Italia que se presentó á nuestro examen, y confieso que se basta para despertar en el ánimo impresiones de grandiosidad y de asombro, tan extraordinarias como las que pueda uno desear. Con dificultad podría encontrarse un vestíbulo majestuoso que correspondiera tan dignamente al espléndido palacio que le sigue, como esta capital corresponde al resto de la Italia, de la que podría considerarla el viajero en nuestras condiciones como un magnífico recibimiento, que á semejanza de esas sinfonías que presentan en breves compases todos los motivos principales de la ópera, así presenta ella en grado menor todas las bellezas que han de conmover después al viajero, ofreciéndole los rasgos más culminantes de las poblaciones que visite.

Y ocúrreseme esta comparación, porque al querer despertar ahora las ya algo desvanecidas impresiones que sentí en aquella ciudad, recuerdo que su pintoresco asiento en las orillas de un golfo, y su disposición en anfiteatro, aseméjase mucho á la encantadora disposición de Nápoles; que sus ricas galerías artísticas parecen un reflejo algo apagado de la riqueza estatuaria y pictórica de Roma; que sus calles, provistas de suntuosos y á la par severos palacios, conmueven como aquellos grandiosos palacios florentinos de inexplicable severidad, y que sus históricas grandezas, poderío y esplendores, abisman el pensamiento como las de los heróicos tiempos de Venecia.

En todas las ciudades de Italia se recoge, entre miles de impresiones, una que domina á las otras y que colorea con un matiz especial ese vaporoso recuerdo que dejan las poblaciones en el individuo que contempla muchas en poco tiempo; y nosotros, recogimos aquí una que se nos ha hecho indeleble.

Habíamos paseado, solo Dios sabe cuántas veces, por las vías Nuova, Roma y Balbi, formadas, en particular esta última, por dos largas filas de riquísimos palacios de mármol, cuyas fachadas, lujosamente provistas de grandes y salientes balconadas, de fantásticos mascarones, de musculosas cariátides, de ricas ménsulas, escudos y cercos, y al través de cuyas amplias puertas veíanse las majestuosas arcadas y columnatas de estilos clásicos, los torneados balaustres, que atestiguan generaciones de espléndida nobleza desarrollada en medio de un pueblo artista; habíamos contemplado las preciosas galerías de cuadros coleccionadas en los palacios de Balbi, Durazzo, Doria, Spínola, Rosso y otros, como probando que si Génova no aportó mas que una insignificante parte al renacimiento de las artes en Italia, si no tuvo una verdadera escuela artística, ni siquiera grandes representantes en la literatura, supo en cambio proveerse de obras de los más afamados maestros de la Italia para hermopear sus palacios; habíamos visto en los techos de la *Annunziata* el lujo profano

con que un sentimiento religioso despilfarrador cuajara los techos de la iglesia, como si pretendiera formar extraño contraste con la desnudez y severidad de las bóvedas góticas; habíamos visto la catedral con su juego de coloreadas piedras, sus dobles y sobrepuestas arcadas, su confusión de estilos, fruto de numerosas y adocenadas restauraciones; habíamos subido á la cúpula de *Santa Maria in Carignano* y habíamos paseado por la alta *Via di Circonvallazione* para contemplar á nuestros piés, convertida en un empedrado de azoteas, tejados, torres y chimeneas, la histórica población condenada á ganar mediante la nociva altura de sus casas y estrechez de sus calles lo que no puede adquirir en superficie por impedírsele el mar y las montañas; habíamos visto en la *Piazza Acquaverde* el notable monumento erigido al inmortal genovés que diera tanta gloria á nuestra España arrancando del misterio de los mares mundos de grandezas, y allá en el palacio del Municipio, junto á algunos autógrafos del mismo Colón, el viejo violín de donde Paganini arrancara mundos de celestiales melodías y un infierno de fantasías mundanales; habíamos visitado su Universidad y los grandes hospitales de Galliera y de Pammalone, que más tarde han de ocuparme, donde la riqueza de estatuas y la elegancia de sus abundantes arcadas y columnas parece como si procuraran distraer el pensamiento de todo estudio médico para fijarlo en el estudio arquitectónico, y todavía, por si esto no bastara á sumir el pensamiento en sentidas cavilaciones sobre las excelencias de esta tierra, habiannos conmovido algunos de esos detalles que proporciona la casualidad y contribuyen á exaltar más aún la fantasía, como exalta el terror que experimenta en la soledad de un camino al asustadizo viajero la cruz de madera que divisa á un lado; y de este modo habíamos chocado ver en nuestro mismo hotel, convertidos en aposentos de hospedería los suntuosos salones del antiguo palacio Fieschi, con sus techos y sus muros provistos aún de ricos frescos, y ver, paseando nosotros por la calle, un novelesco tro-

vador popular, cuya fisonomía, de ese indiano perfil que atestigua los primitivos orígenes de nuestra raza, de piel bronceada y lustrosa, ojos ardientes y expresivos, lengua y sedosa cabellera caída en ondulosos bucles sobre los hombros, hubiera admirado cualquier artista, y que recostado sobre el mostrador de una *vindita di vino*, harpeando lánguidamente una guitarra, cantaba con argentina, timbrada y pastosa voz, que envidiarían muchos tenores, sentidas romanzas...; habíamos, en fin, visto tanto, que creíamos conocerlo todo, y sin embargo, aún nos faltaba una visita, tal vez la principal de Génova, la de su más curiosa joya, la que el mismo cochero se creía en el deber de suplicarnos no dejáramos de hacer, como si temiera que ni nuestro gusto, ni nuestro examen concedieran á su ciudad toda la importancia, todo el aprecio, toda la admiración que realmente se la debía: nos quedaba por ver el cementerio.

¡Qué impresión tan soberbia, tan sentida, tan triste y tan multiforme experimenta el viajero que recién llegado á Italia y sin haber visto otros cementerios que los de nuestro país y algunos de Francia, visita el de Génova! ¡Cuánta novedad! ¡Qué cosa tan distinta es aquello de todo lo conocido y de todo lo pensado!

No es el campo-santo de Génova la fúnebre y repulsiva mansión de nuestros carnales despojos, donde el sobrecogido visitante solo encuentra cruces que sepultan su larga rama, lánguidos sauces que cubren las losas tumbales con sus verdes cabelleras, tierra removida por donde asoman los amarillentos cóndilos de algún fémur, bajos y blancos tapiales; no, el cementerio de Génova no se parece nada á esto, y lejos de ello es un admirable museo, un suntuosísimo templo consagrado á la muerte, un verdadero poema escrito en mármol esculturado sobre motivos de ese último anillo que liga la conclusión de la efímera vida corpórea del hombre con el principio de una eternidad incorpórea.

Largas galerías que forman una espaciosa construcción cuadrada, contienen á derecha y á izquierda, en

ordenada disposición, preciosísimos monumentos, todos de níveo mármol de Carrara, que por sus ingeniosas formas, por sus imponderables riquezas, por sus sentidas expresiones, por el extraño realismo que ostentan, producen una serie de impresiones nuevas, inexplicables, nunca sentidas.

No aparecen aquí sino como detalles complementarios, accidentales, esas mitológicas concepciones paganas que expresan los diferentes aspectos del dolor ó la esperanza del corazón afligido, ni esas otras divinidades con que el sentimiento católico puebla los altares; el imperio de un nuevo gusto de la época ha lanzado de los sarcófagos esta histórica y santa población y la ha reemplazado con el recuerdo de una impresión real, de una escena amarguísima ó de una situación dramática.

No puedo yo recordar tantos monumentos como me han conmovido, porque han sido muchos, mejor diría que todos; sin embargo, tengo bien presentes, lo mismo que si se alzarán verdaderos ante la misteriosa evocación de mi memoria, aquel grupo de Varni, perteneciente á la familia Patrone, en el que un ángel procura consolar á la afligida viuda que, acompañada de sus dos hijos, llora á la entrada del panteón del que fué su esposo; el de Cervaceo en recuerdo de Bavaraco, que representa á la viuda llamando á la puerta del panteón; aquel otro en que se vé una madre que lleva su hijo á contemplar la tumba de su padre, y sobre todos el de Villa, el de la infeliz que se aproxima al lecho de su esposo cuando acaba éste de exhalar el último suspiro. Aquella sábana que cubre el cadáver, dibujando, sin embargo, sus contornos, y parece que despide el último calor de la vida; aquel brazo rígido que se extiende con la inflexibilidad de la muerte levantando el lienzo que le oculta; aquella ansiedad tan admirablemente expresada en el rostro de la mujer que comienza á levantar la sábana y se refrena pavorosa con el temor de un acontecimiento que comprende, que supone y sin embargo no se atreve á descubrir; todo aquel cuadro, triste, acerba expresión de una

realidad amarga, de un acontecimiento breve, fugaz, pero que se repite miles de veces en el trascurso de un día, mágicamente interpretado y hecho indeleble sobre el mármol por la divina mano de un inspirado artista, vierte sobre el alma torrentes de dolor y melancolía, que se aumentan cuando un guardián os refiere que la hermosa joven representada por aquella otra imagen puesta de pié sobre su sarcófago era una feliz desposada que murió en el día mismo de sus bodas; que aquel otro recuerda dos niños que murieron de sobrecogimiento á los pocos días de ser llevados por su padre á contemplar la tumba de su madre, y así por el estilo muchos terribles episodios.

Y sin embargo, de igual modo que el espíritu del cristiano ha de sentirse á menudo dolorido con este realismo que circunscribe todos sus pensamientos á dar forma estatuaria á un pasajero dolor, á significar la muerte sólo como una catástrofe doméstica que disipa un miembro de la familia, de igual modo ha de sentirse lastimado á menudo el amante del clasicismo ante aquellas figuras de feas humanidades, vestidas con ridículos hábitos, algunas retratos de seres que pasan vivos por nuestro lado, que quizá os atropellan en la ciudad con su acelerada marcha, y os aturden con el chasquido de sus carcajadas.

No seré yo quien condene en absoluto esta nueva tendencia del arte, expresión del espíritu de una época que concentra todos sus afanes en las realidades del momento; pero sí diré que daña á menudo ver en el cementerio de Génova cómo el arte clásico cede su turno á otro menos estético, menos ideal.

Aquellos bellísimos desnudos, aquel culto á las formas de la estatuaria griega que llevó las delicadas y graciosas líneas de la mujer hasta producir la Venus de Médicis, conservada en la *Galería de gli Uffizi de Florencia*, y las proporciones y relevantes musculaturas del hombre hasta producir el torso del Vaticano y el Hércules de Farnesio de Nápoles; culto artístico, indispensable, que cuando fué abandonado como pa-

gano por las primeras sociedades cristianas condujo al barbarismo de la decadencia, y volvió á levantar el arte luego que fué inspirado con sus propios modelos, con sus mismas aspiraciones esas obras de los grandes maestros del renacimiento que cubrieron los altares y los muros de las iglesias con una población de origen gentílico, que ostentaba sus mismas bellezas, aunque convertidas al cristianismo como por virtud de un acto bautismal; todos aquellos objetivos que principalmente realzaban el arte de las formas plásticas, ceden aquí muy á menudo su puesto á otros menos artísticos, en que las graciosas líneas del natural desaparecen bajo los vestidos cerrados hasta el cuello, y la elegante y al par sencilla vestidura, que idealizara los gustos del plegado en forma de túnica, de toga, de clámide, de manto, bajo las pesadas masas de esos vestidos caprichosos, incomprensibles, llenos de mil adornos y cojidos de dudoso gusto, y con los cuales las modistas seducen tanto á la mujer de nuestros tiempos.

Es la Italia país de muy renombrados cementerios, y yo encuentro este de Génova como el más rico de todos, y el que mejor puede impresionar y conmover á un alma de artista. Ni el tan legendario y famoso cementerio de Pisa, más que otra cosa, pobre museo de antigüedades, con su claustro gótico, y sus sarcófagos de remota antigüedad, y sus tierras etruscas, y sus estatuas honoríficas, y su suelo santo, y sus borrosos frescos de Giotto; ni el riquísimo de Nápoles con sus innumerables panteones; ni el espléndido de Milán, con su abundante estatuaria, como sembrada entre alegre floresta, y su hermosa capilla bizantina y sus hornos crematorios; ni el no menos interesante de Bolonia, con sus abundantes galerías, y su rotonda de bustos célebres, y sus bellas esculturas, ninguno en fin de cuantos en Italia he visto, me han producido tan indeleble, tan fuerte impresión como el de Génova.

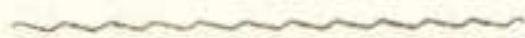
Verdaderamente es una población de hombres y mujeres, de viejos y niños, de bellezas y fealdades que

parece haber escapado de una ciudad, que muy bien pudiera ser otro cementerio, el de Nápoles.

Hay precisión de ver ambos para comprender cuán fundada es esta idea: en aquel la estatuaria; en este la arquitectura; allí la representación de los seres, aquí la de sus moradas; allí el recuerdo de sus distintas gerarquías, aquí sus calles y sus plazas, con los palacios, los templos y los oscuros domicilios; allí la variedad de sentimientos, aquí la profusión de órdenes y de estilos, desde el sencillo y á la par magestuoso y elegante templo griego, hasta la insoportable construcción churrigueresca. No parece sino que esta ciudad, grande y hermosa, pero solitaria, ha sido abandonada por aquella población que se alberga en las galerías del Campo-Santo de Génova.

Cójase esta y traspórtese al de Nápoles; desparrámense por sus calles, por sus plazas y sus paseos los grupos infinitos que allí existen, y la vista contemplará sorprendida la realidad de un cuadro fantástico, de una concepción disparatada, la de una ciudad petrificada como por maldición divina en el momento de expresar su dolor contra la muerte.

Turín 6 de Setiembre de 1880.



Inauguración de un establecimiento balneario.

CUANDO recibí el B. L. M. que me invitaba á que asistiera á la inauguración oficial del nuevo establecimiento balneario de Zaldívar, y leí un artículo publicado en el periódico *El Dia*, que también se me dirigió para suministrarme detalles sobre el programa de la expedición, presentí, como lo haría cualquier otro, lo plausible y magnífico de la obra.

Mi razonamiento era sencillo.

España, me dije, es un país donde sobran ricas aguas minerales y faltan buenos establecimientos. Asociar lo uno á lo otro es completar con los productos del Arte los de la Naturaleza para que resulte ese conjunto perfecto, esa obra acabada que se llama en francés una gran estación balnearia. Esto debe haber sucedido en Zaldívar, porque no se concibe que ningún propietario gaste muchos miles de duros en llevar de Madrid á un extremo de España una expedición numerosa, compuesta de personas ilustradas todas y científicas muchas, para enseñarles alguna barraca digna de rivalizar con los grandes establecimientos de baños que posee nuestro caudaloso Manzanares.

Y acepté la invitación.

A las cuatro y media de la tarde del martes me encontraba ya en la estación del Norte. Solo aquí puedo saber quiénes vamos. Buena gente; veo, muchos compañeros de profesión, algunos representantes de la prensa médica. Van además multitud de periodistas políticos; nos acompañan también senadores, diputados y otras personas que no conozco: total, próximamente 60, que ocupamos holgadamente, aun cuando no mucho, tres wagoes de primera clase.

Silba por fin la locomotora, y el tren expreso se pone en movimiento. ¡Adiós, Madrid!

Durante el trayecto, el Sr. D. Luís Felipe Aguilera, hijo de D. Luís María Aguilera, director facultativo de las aguas de Zaldívar, no pára de recorrer uno y otro departamento, haciendo los honores... del tren á los viajeros. Es el director de la expedición y parece ser organizador inmejorable; en una de las estaciones me presenta á su ya citado señor padre, que dice desea conocerme personalmente, señor de edad algo avanzada, que lleva en su cara el testimonio de una convalecencia y cuenta una gloriosa historia de médico hidrólogo. Ha sufrido hace poco de una albuminuria, y aunque muy delicado, viene afrontando las molestias de un viaje por atención á los expedicionarios. Le acompaña y cuida su bella y joven hija, y permanece tranquilo en su departamento, en donde es visitado sin cesar por los compañeros de viaje. En Avila despachamos una espléndida comida. Bartolo—el dueño de la fonda—se ha portado como si su establecimiento estuviera en la calle de Alcalá.

En Miranda nos desayunamos.

A las diez y media llegamos á Bilbao, en cuya estación nos reciben el Gobernador Sr. Pirala, el propietario Sr. Gortazar, que es un señor bajo y seco, de facciones muy movibles y enjutas, tez oscura, bigote escaso y rubio, un sujeto nervioso, que á todo atiende, que se escurre ágilmente por entre los resquicios de los grupos para acudir á todas partes, siempre obsequioso y simpático; nos reciben además muchos periodistas bilbainos, entre ellos el apreciable Sr. Leguina, director de *El Norte*.

Nos dividimos formando nueve grupos, que se reparten en diferentes hoteles ó fondas.

A la una volvemos á reunirnos en el paseo llamado

El Arenal y ocupamos cuatro tram-vías, que nos han de llevar á Portugaleta y Santurce, marchando por la izquierda de la ría. Suenan los pitos, y la procesión de coches se pone en movimiento, atraviesa el puente, sube la polvorienta calle de la Estación y sale de la heróica villa.

A medida que avanzamos, nuestra atención pasa á sentir un verdadero encanto; esto es más que magnífico, es ideal; bajo un cielo diáfano y un sol radiante se pierden en lontananza los anfiteatros de suaves montañas que arrancan de los lados de la ría; todas se exhiben frondosas y manchadas con retazos cuadrangulares de distintos verdores, que forman gigantescos mosaicos por los cuales se extienden y se cruzan flexuosos desde las cimas á las bases y se destacan fuertemente los senderos de amarillenta tierra. La vegetación, rica, exuberante y variada, comprende desde los robles al jaral, desde las cambroneras á los cereales; es tan apretada y robusta que parece se nutre con el hierro que ocultan en sus entrañas los montes que viste, y que se junta para desafiar las inclemencias y volubilidades del tiempo. A la derecha, en un plano inferior al de la carretera por donde caminamos, brilla la anchurosa ría, que surcan profusión de barcos y vapores, luciendo sus cascos pintados de rojo, negro, verde y blanco; gran número tiene sus calderas encendidas, las cuales vomitan columnas de humo que se tejen y trenzan en la atmósfera formando tenuísimas redes, que poco á poco deshace el viento; algunos entran, muchos salen, se cuentan uno, dos, tres, cinco, hasta treinta vapores que navegan pausadamente unos tras de otros; es una escuadra que lleva en sus vientres flotantes los miles y miles de toneladas de mineral de hierro que descargan sobre ella esos curiosos tram-vías aéreos y esos interminables rosarios de wagones que avanzan por encima de plataformas, atraviesan el camino sobre nuestras cabezas y se vacían con estrépito en las bodegas de los barcos atracados á la orilla.

Cuando hemos andado algunos kilómetros, lucen

ya toda su magnificencia varias veces, entre ellas las de Bilbao y Baracaldo, son hermosísimas, y aumentan su belleza los pueblos, caseríos, palacios, barriadas, alquerías, ermitas, anteiglesias, torres, hoteles, estaciones, apeaderos, fábricas y establecimientos de mil clases que las esmaltan por todas partes, á lo largo de la ría, en las vertientes de las montañas, sobre las altas cumbres y en lo hondo de los desfiladeros; aquí nos dejamos una verja elegante, tras de la cual se contempla un jardín muy cuidado; un poco más allá se ve la torre de Portugaleta, de estilo del Renacimiento, que tiene desportilladas sus aristas y derruida su cúpula de piedra por las bombas de la guerra civil; detrás de ella un *chateau* moderno con muchas líneas y muchos salientes y entrantes, rematada por caprichosas monteras de negra pizarra, mientras que más allá resalta entre un puñado de árboles, el color rojo de las tejas cocidas que cubren una modestita casa, en cuyos muros blanquísimos apenas si se perciben algunas ventanitas... Al otro lado de la ría hay un insignificante puentecillo, que atestigua no es necesario tener mucha materia para llegar á ser muy célebre, es el puente de Luchana. Se ven los pueblos de Olaveaga, Desierto, Baracaldo, Portugaleta y Santurce, que pregonan el orgullo de su distinguida posición; de vez en cuando asoman por entre cañadas las altas chimeneas de los grandes hornos, afiladas, esbeltas, con sus remates abrasados por el fuego y *culotados* por ese humo que arrojan en competencia con las chimeneas de los vapores...

Supone este paseo un cuadro sublime de la vida actual, un poema consagrado á las más grandes conquistas del siglo: la agricultura levanta su representación sobre esas fértiles vegas y sobre esas faldas surcadas hasta la cumbre por el arado, mientras que la industria y el comercio se exhiben formidables en esas infinitas escuadras destinadas al transporte, en esos numerosos trenes que salvan las montañas, en esas fábricas y fundiciones que manchan con nubecillas el azul del cielo, y en esos tram-vías aéreos que se pierden de

vista por las alturas y van en busca del mineral, y, por último, pregonan la riqueza y los placeres esas quintas y esos palacios que se tienden como una cinta de población de uno á otro extremo de la ría; aquí, la trepidación de grandes arrastres, el resoplar de las válvulas de escape, el pitar de los silbatos, el golpear de los hélices, el toque de las campanas y el disparo de los barrenos, el movimiento de coches, los trenes y vapores, el olor á carbón de piedra.... todo produce honda conmoción en el espíritu y le obliga á entonar un canto de admiración á lo más noble y á lo más sublime que puede haber, al cuadro de la Naturaleza, engrandecido con la apoteosis del trabajo.

En Santurce saboreamos un refresco, que se nos sirvió en la terraza del hotel que dá vista al mar Cantábrico.

Atravesamos la ría y visitamos el suntuoso hotel y casa de baños de las Arenas.

Todos bajamos á la playa para saludar las olas; algunos recibimos en nuestras botas el choque suavísimo de las aguas.

Por la noche asistencia al teatro. Una estudiantina... musical dá un concierto, de ejecución realmente notable.

En la mañana del jueves nos volviamos á reunir todos, á las ocho, en la estación de Achuri, de donde parte el tren de Bilbao á Durango. Mástiles que ondean flámulas y banderolas la visten con festivos galas. Los expedicionarios han aumentado su número hasta sumar más de ciento. Las autoridades de Bilbao, el Gobernador á su frente, la prensa y otras altas representaciones se juntan á nosotros y ocupamos una larga fila de sencillos, pero alegres coches corridos.

Entre los expedicionarios vienen también muchos comprofesores de Bilbao.

El tren se pone en marcha, describe fuertes curvas y comienza á cruzar paisajes de inefable belleza: el cielo está gris y se percibe una fragante humedad en el aire.

Esta tierra carece de rival: sus prados, sus bosques, sus huertas, sus caseríos, sus cordilleras... entusiasman al más exigente paisajista. Es la misma naturaleza de Guipúzcoa, pero más hermoseedada, tan bella como la de Pontevedra y de Asturias en sus paisajes más hermosos. Poco después de salir de la estación atravesamos un verdadero túnel de árboles; más tarde, á derecha é izquierda, bosques cuya sombra no profanan los rayos del sol. En un breve trayecto de 32 kilómetros cruzamos sobre los ríos Nervión, Orduña, Durango y Arratia; vamos dejando á los dos lados pueblos y anteiglesias de poética disposición. Al pasar por Bedia nos enseñan la casa del Sr. Gortazar, en donde disparan salvas. Después vemos el puente, el pueblo y la iglesia de Lemona; por fin, el célebre Amorevieta.

La entrada en Durango resulta triunfal.

La banda militar del regimiento de Toledo sacude el aire con estrepitosa marcha; surcan el espacio multitud de cohetes, retumban formidables los *chupinazos*, voltean alegres las campanas y nos recibe con entusiasmas gritos un pueblo que se agolpa en el andén. Todos abandonamos los coches, sintiendo estremecerse nuestros nervios con un escalofrío de entusiasmo, al tiempo que el sol rompe la niebla y baña de hermosa luz toda la campiña.

A la salida pasamos bajo un arco triunfal, hecho de ramaje, y que ostenta la siguiente bellísima inscripción:

La histórica Tavira saluda á las dignas autoridades é ilustres viajeros que se dirigen á la república de Zaldúa á celebrar una fiesta que honra á Vizcaya, á la merindad de Durango y al noble anfitrión D. Manuel María de Gortazar.

Muchos expedicionarios montan en los coches, que son escasos en número, por lo cual, mientras estos regresan por más gente, los vecinos de Durango se pro-

ponen distraer á los que nos quedamos con un juego de pelota.

El *trinquete* de Durango, hecho en el año 1787, es de sillares; sobre sus paredes han golpeado los pelotazos de tres generaciones, y nosotros presenciarnos hoy los que le dán cuatro muchachos ágiles, que son los encargados de la partida.

Es lástima que la falta de espacio me prohiba describir el espectáculo que ofrecía el pueblo todo y los expedicionarios presenciando la partida; hay detalles que no tienen precio: un respetable grupo de muchachos, todos con boinas rojas y azules, que están agrupados á la cabecera, el canto de *Mochoco*, voceador del juego, las apuestas, la agilidad sorprendente de las tiernas criaturas que jugaban, merecían presentarse con otro colorido del que puedo darle aquí.

Terminada la partida, visitamos la iglesia, y en seguida montamos en los coches que ya habían regresado, y nos dirigimos á Zaldívar, á donde conduce una carretera de cinco kilómetros, hecha por cuenta del propietario de los baños.

Llegamos al establecimiento á las once, cuando se había celebrado ya el acto de bendición, y los concurrentes discurrían á su placer por todas las dependencias.

La posición que ocupa el edificio es agradabilísima; por ella podría éste servir de punto de reposo á los *turistas* si un destino más elevado no le hubiera destinado á servir de asilo terapéutico á los que sufren. Alzase en un valle que es lo suficientemente ameno, y las montañas á él más contiguas lo bastante suaves para proporcionar la alegría y el embeleso que suministran el mucho espacio, la luz abundante y una dilatada superficie de tierra; y lo suficientemente estrecho para no perder la dulce ternura y melancolía de los países montañosos.

A la puerta principal del establecimiento, primera que se distingue al terminar el último recodo que traza la carretera, precede un jardín cercado de una verja; por detrás, en el lado opuesto, y sobre un reducido

valle, la vista se recrea con una grata alameda, parque y otro jardín, en donde existen una bonita ría con repetidos saltos de agua y pequeñas cascadas, isletas, kioscos y cenadores que invitan al paseo y á la distracción, para la cual existen esquifes, columpios y varios aparatos de juego.

El edificio, bajo el punto de vista arquitectónico, resulta menos monumental que los de Santa Agueda y Alhama, pero es de un gusto y elegancia sobresalientes; es notable por su espaciosidad y decorado la sala de descanso, y de gran lucimiento las salas de juego para billar y tresillo, galería de ventas, con puestos de muy delicado gusto para el despacho de baratijas y recuerdos, entre cuyos productos figuran principalmente los trabajos de hierro damasquinado de la celebrada fábrica de Eibar.

La instalación de aparatos hidroterápicos no debe reseñarse; baste decir que es la mejor, la más completa, la más brillante de cuantos establecimientos minerales tiene España, y no dudamos en asegurar que rivaliza con las que existan en los más afamados establecimientos del extranjero. No cabe nada mejor; hay allí una verdadera opulencia, lo que se hace comprensible con solo decir que el establecimiento aparece dividido en dos grandes instalaciones balnearias, derecha é izquierda del edificio, para que ambos sexos puedan estar perfectamente separados, en términos que la coquetería femenina encuentre satisfechos hasta sus más escrupulosos miramientos. Los cuartos de baños, para tres clases de servicios, tienen unos horarios particulares en la puerta, que señalan el tiempo del baño con mecanismos especiales. Recorremos las salas de duchas, que existen de todas las formas conocidas; las piscinas de mármol, los gabinetes de inhalación y salas de pulverizaciones; el departamento de las máquinas de vapor, que elevan el agua á los depósitos, y en donde se admira su mecanismo y reparto de tuberías, que conducen las aguas á puntos diferentes: en todo reina el lujo y la inteligencia.

Es indudable que esto debe resultar necesariamente bueno: el Sr. Gortazar ha realizado su obra como estas obras requieren ser acometidas. Al tomar en propiedad el antiguo establecimiento y disponerse á construir uno nuevo, lo primero que hizo fué recorrer otros establecimientos extranjeros, acompañado de un arquitecto, D. Severino Achúcarro, y de un ingeniero, D. José Luís de Torres. Con los conocimientos adquiridos, y bajo la dirección en la parte médica del Sr. D. Luís María Aguilera, se hizo á todo gasto la nueva instalación, que resultó sobresaliente, como no podía menos de resultar.

—

A la una pasamos al comedor. Le forma un espacioso salón, terminado en hemiciclo por un extremo, en cuyas paredes se abren profusión de rasgadas ventanas, que corresponden al campo y dán entrada á una espléndida luz: el decorado armoniza con el de todo el edificio.

No debo extenderme en muchos detalles sobre este banquete: fué digno del anfitrión y del establecimiento. Los comensales nos aproximamos á doscientos. Ahí vá el *menú* para que lo lean los que gusten curiosear los detalles de estos refinamientos gastronómicos.

«Consommé imperial. — Potage bisqué. — Petites bouchees à la Monglase. — Merlan sauce tartare. — Filets de bœuf aux truffes. — Bourdines à la Richelieu. — Punch au Champagne. — Asperges sauce hollandaise. — Poulardes du Mans. — Croute à l'ananas. — Glace à la vanille. — Biscuits glaces. — Deserts assortis.» — Café. — Vinos: Rhin, Madera, Oporto, Jerez, Burdeos, Champagne, licores variados, etc.

—

Al derramarse el Champagne por las copas comenzaron los brindis, que inició el Sr. Gortazar y prosiguen otros muchos comensales, hasta el número de 27. No debo ocuparme de ellos, porque me obligarían á inso-

portable difusión. Solo diré que las autoridades, los representantes del país en el Parlamento, los de la prensa local y madrileña.... todos los que aquí significan algo notable, alzan su voz para celebrar la obra del Sr. Gortazar, para aplaudir su patriotismo, manifestado por grandes esfuerzos destinados á aumentar la riqueza y los atractivos de su región natal.

Representantes médicos brindan, y arrancan justos aplausos. El Sr. Aguilera, hijo, resume con fogosa y brillante elocuencia aquel ramillete de pequeños discursos.

Terminado el banquete, los comensales se desparrraman por los paseos y arboledas. Algunas parejas de los naturales del país organizan bailes al toque del *sitbó* y el *tamboril*. Logra cautivar la atención de todos el tradicional *aurrescu*, que más que una sencilla danza parece un solemne acto público de notoria significación, al cual se deben todas las personas como en testimonio de respeto á las viejas costumbres del pueblo vasco. Por la noche baile y concierto de zortcicos en el gran salón del establecimiento. A las diez cena succulenta, en la cual lee el Sr. Aguilera, hijo, un telégrama de saludo y felicitación, dirigido al propietario por todos los diputados y senadores vascongados residentes en Madrid.

En la mañana de hoy, viernes, parten los coches de Zaldívar y conducen los expedicionarios á Durango, en donde nos recibe una Comisión del Casino, que nos invita á visitar su domicilio, y nos obsequia con pastas, dulces, vinos y licores. Poco después abandona ya el tren la estación, al mismo tiempo que retumban estrepidas descargas y se remontan por el aire multitud de cohetes. Vuelven á contemplar nuestros ojos el mismo bellissimo paisaje que admiramos ayer, y por fin entramos en la capital á las once. Nos separamos y nos decidimos reunirnos dos horas más tarde en el Arenal,

para salir á visitar las minas. Se conviene en que cada cual entregue escrita alguna impresión ó un pensamiento sobre motivos del viaje, para publicar en aquel mismo día una hoja de honor. El distinguido Sr. Leguina se encarga de recojer las cuartillas, que publicará en su periódico *El Norte*.

Después nos dirigimos á visitar las minas de Somorrostro.

Al llegar al descargadero de los wagones de la mina *La Orconera*, abandonamos el tram-vía y subimos á la línea férrea que procede de las montañas. Vimos la operación de descargar el mineral en la bodega de los vapores. Una larga fila de wagones cargados se detiene á cierta distancia de la plataforma que, apoyada en robusto andamiaje, avanza sobre la ría; se adelanta uno de aquellos, al propio tiempo que el ya descargado retrocede, cambia de vía y marcha al encuentro de los que están vacíos. El wagón, repleto de mineral, forma una caja, con dos compuertas inferiores por suelo. Llega al lugar apropiado, se fija, se abre el fondo, y el mineral de hierro, al través de un ancho conductor de madera, se precipita directamente en el depósito del barco. Esta maniobra es de una sencillez y brevedad sorprendentes.

Montamos en un coche enganchado á los wagones ya vacíos, funciona la locomotora, y nos lanzamos al través de montañas en dirección á las minas. Esta línea que recorreremos, destinada solo á la explotación minera, comprende un trayecto de 16 kilómetros y ha costado 40.000.000 de reales; sus túneles abiertos en la roca, sus terraplenes y lo abundantísimo y excelente de su material, acusan la grandísima importancia de la explotación. Bilbao lanza sobre los barcos ingleses montes de hierro; se calcula que en el año actual pasará de tres millones de toneladas la exportación minera, la cual deja para la provincia un beneficio que excede de 28 millones de reales.

Después de recorrer el trayecto ya dicho, y de cruzar otras varias líneas férreas destinadas á igual explotación, el mismo tren se pierde en el interior de la mina,

salva un ligero túnel y sale á una extensa plaza, en donde numerosas bandadas de operarios trabajan á cielo descubierto la extracción del mineral. La montaña, desgastada por el centro, presenta como un inmenso circo, ocupado antes por centenares de miles de metros cúbicos de mineral que han sido arrancados: el color rojo-pardo de la herrumbre nativa mancha todas las partes de la montaña, vése á grandes elevaciones y profundidades, y atestigua la rica, la inmensa, la opulentísima cantidad de metal que aquí existe.

Salimos de esta explotación, atravesamos otra, y luego, tendiendo la vista por los llanos y montes de enfrente, pudimos contemplar con detenimiento todo el teatro de la guerra donde se desarrollaron los célebres sucesos del sitio de Bilbao. Multitud de compañeros de expedición, el Sr. Gortazar entre ellos, explican una y otra vez, hasta querer despertar una saciedad que nunca llega, los movimientos y posiciones de ambos ejércitos. Allí está la ermita de San Pedro Abanto, con su monte correspondiente, y la de Santa Catalina; allá Serrantes; en aquel llano, el grupo de casas, llamado las Carreras; en aquel otro grupo de casas fueron heridos Olo y Radica; por aquí, detrás de los montes que ocupamos, hizo su movimiento Concha para presentarse cerca de Bilbao...; de todo esto nos enteramos con singular afán; evocamos ante aquel escenario, hoy alegre y risueño, lleno sólo de frondosidad y atronado con el silbido de las locomotoras, los personajes que los animaban entonces, las trincheras y campamentos por doquiera desparramados; parece que sentimos el fuego de la fusilería, la bronca repercusión de los cañones, el movimiento de las grandes masas, y después, arrastrados por el contraste, hacemos juicios comparativos entre las conquistas de la paz y las de la guerra.

Regresamos á pié á la estación del ferro-carril provincial, donde nos aguarda un apetecible *lunch*, y donde descansamos. Mientras otros comen y beben y hablan, yo como, bebo y pienso sobre tanta impresión como me ha conmovido en esta visita, y tanto objeto como

se vé aún ante nosotros. Las montañas herrumbrosas, cuajadas de líneas férreas, por donde corren con estrépito y sin descanso largas filas de wagones, como cadenas interminables de inmensos depósitos repletos de mineral, que salvan los terraplenes, se desvanecen en la oscuridad de los túneles, llegan á los bordes de los vertederos y se descargan con estruendo y con sencillez pasmosa; los cables fuertes, que se pierden en número respetable á lo lejos, y van de montaña en montaña saltando abismos y cañadas, montados sobre firmes armaduras ó tinglados de maderas para mantener en curioso viaje á centenares de cubos repletos también del mineral, que descargan siempre en los vapores ó en las fábricas; las montañas de tierras férreas que se arrancan de un punto y se trasportan á otro, formando inmensos vertederos de un color rojo-negrusco, cordilleras que parecen por su negrura debidas á irrupciones volcánicas; los miles y miles de operarios, grandes y pequeños, hombres y mujeres, rojas la cara y las manos, rojo el pantalón y el pecho, todos ellos del mismo color que el mineral que arrancan y vierten á espuestas sobre las innumerables carretas también rojas que llevan los bueyes, á su vez rojos también, formando una población laboriosa, inquieta, extraña, incomprensible, que tiene la fortaleza del metal que explota, que funciona con un autonomismo fantástico, como si fueran aquellos organismos máquinas labradas con el mismo material del suelo, y dotadas de unas fisonomías rubricadas por los volantes, y con unos ojos que parece brillar con el fuego de las locomotoras; los pueblos y caseríos, escondidos al pié de las faldas ó desparramados sobre las laderas de los montes donde vive esta gente; la explosión de los barrenos que revientan haciendo volar con grandes estallidos la roca; los sonidos de bocinas que dirigen las faenas, el gruñido de las carretas que hormigean por todas partes y marchan con escandalosos rozamientos, y otra vez el tren, siempre el tren, y los arrastres sin descanso que llenan el ámbito y los sentidos y el alma con la tremenda expresión de sus potencias industriales.

Montamos de nuevo en el coche, que nos conduce á la renombrada fábrica de hierro de Baracaldo ó fundición del Sr. D. Gabriel Ibarra.

En la puerta principal nos recibí con suma cortesía el propietario, un señor algo bajo, grueso, de facciones redondas y simpáticas, de bigote espeso, recortado y néveo. Nos recomienda entremos pronto á ver *sangrar el horno*, una operación digna de los talleres de Plutón. Allí está el horno, que lanza al espacio una elevadísima y gallarda chimenea. Abren una portilla que hay á poca distancia del suelo, y se precipita al exterior una materia pegajosa; un río de metal fundido de un rojo al blanco, chispeante, luminoso, con irresistibles destellos de calor; la masa glutinosa cae á una especie de reguera, se desliza por canales trazados en el suelo, y comienza á distribuirse por unos moldes, mejor aún por unos anchos surcos practicados en arenoso lecho. De vez en cuando, por otra portilla superior, se escapan de pronto fuera del horno inmensas y fuertes lenguas de llamas azufradas, que culebrean y se retuercen, deslumbrando la vista con intensa claridad, y azotan con ardorosos golpes de aire abrasado el rostro; dos operarios, dos especies de cíclopes arrojan por la portilla paletadas de tierra y ahogan las llamas, conjurándolas á permanecer en los abrasados recintos del horno; desaparece luego su azufrada claridad, y vuelve á recojer la vista la hemorragia del horno, que prosigue perezosa, pero sin descanso, arrojando las grandes masas glutinosas, cuyo deslizamiento apresuran varios operarios con largas tablas que hunden en el metal por un extremo. A los pocos minutos, la ola ardiente ha ganado ya tres, cuatro, cinco órdenes de surcos; el suelo parece un baño de metal fundido, un charco donde hay 20 toneladas de hierro dulce y sobre el cual se hubiere colocado una reja negra; paulatinamente el aliento irresistible que despide, tostando nuestra cara, nos ha hecho ir retrocediendo paso á paso, y todavía, desde una respetable distancia, seguimos admirando el interesante cuadro del suelo inflamado. Los operarios empiezan á desparramar

encima paletadas de tierra, se oscurecen los surcos centelleantes, y nos vamos de aquel sitio en donde se forman los lingotes.

A los pocos pasos contemplamos otra operación no menos hermosa. De la portilla de un horno salen masas siempre al rojo blanco y del mismo metal: son las bolas pegajosas, centelleantes, abrasadoras, que recojen, cual diamante un engarce, copas de barras de hierro, montadas sobre un carretón. Un operario, sucio, de negra tez, desarrapado, sudoroso, remangada la camisa, al aire el velloso pecho, otro cíclope de aquel taller, arranca veloz tirando del carretón, corre con ímpetu vertiginoso y deposita su masa entre las piezas de un martinete; funciona este, y sacude con sus martillos-pilones tremendos porrazos; golpea y aplasta la masa, que protesta contra aquellos irresistibles estrujones, escupiendo nubes de chispas en todas direcciones; no importa, el martinete golpea y golpea sin descanso, el edificio retiembla, y la masa se enrojece y estira hasta convertirse en barrote; de allí la cojen fuertes tenazas manejadas por los obreros, y la lanzan entre los cilindros laminadores; la barra se escapa y pasa al otro lado sufriendo el martirio de la presión, y siempre vomitando chispas; vuelve á pasar de adelante á atrás, de uno en otro surco, rápida, veloz, luminosa, ardiente, y con tal prontitud se mueve que parece una arista de fuego enroscándose como furiosa serpiente á los cilindros; un momento más, y la lámina, larga, prolongadísima, ha pasado por la sierra y es arrojada al suelo convertida en delgadas cintas de hierro: el fleje está hecho.

No prosigo con más descripciones: tendría para mucho tiempo si hablara de las forjas, máquinas de vapor, etcétera, que aquí hay. Siempre acompañado del atentísimo Sr. de Ibarra, visitamos todos los hornos y talleres. La importancia de esta fábrica la pregona su reputación europea; tiene más de 1.000 operarios.

Se dice que en Bilbao hay varias semejantes.

A la salida nos obsequió el propietario con otro delicado *lunch* (tercero del día de hoy).

A las diez nos reuníamos en las oficinas de *El Norte*. Un *lunch* más y el recibo de ejemplares del número de honor, que contiene 57 firmas.

Es una colección que contiene de todo; se conoce que está escrita con lápiz.

A las diez á saludar al Sr. Gortazar, á quien obsequiamos con una serenata. Quinto *lunch*.

—

Sábado, por la mañana, visita á las escuelas municipales, que nos parecen buenas, y al hospital, que nos parece detestable.

A la una, salida para Madrid. Vivas, ofrecimientos y abrazos en la estación.



VI.

VARIEDADES.



UN DESCUBRIMIENTO DEL SIGLO XX.

PRÓLOGO.



Hay impresiones de tal naturaleza que durarían una eternidad en la memoria, si eterna fuese la vida del hombre.

Una mañana del mes de Mayo del actual año 75, nos encontrábamos, en una pequeña habitación del Museo Antropológico de Madrid, su propietario fundador el Dr. Velasco, otro amigo y el que esto escribe.

De pié, y á un lado, estaba el reputado médico; enfrente de él mi amigo y yo; entre nosotros, sobre escueta mesa, y dentro de amarillento y corroído féretro, el cadáver de una joven.

La fuerte irradiación solar que penetraba al través de los claros cristales de una alta ventana, iluminaba con esplendente claridad el aposento.

Quien, al contemplarnos, creyese que era una disección del reputado anatómico allí presente lo que se preparaba, se hubiera equivocado.

Aquel cuerpo inerte no estaba destinado á desme-

nuzarse bajo el filo cortante del escalpelo, ni hubiese habido fuerzas humanas capaces de hacer que el hábil disector pusiera al descubierto las ocultas páginas de tan solemne libro de la naturaleza.

Y sin embargo, palpitaba allí algo, si cabe, más grandioso todavía y más imponente que una disección; algo más solemne y á propósito para las profundas meditaciones sobre la muerte.

Ante el cadáver sentía el célebre doctor despertarse, dentro de su memoria, un caos de dolorosos recuerdos, y un tesoro infinito de inagotable cariño.

¡Aquella repugnante forma humana era... su hija!

Once años hacía que se había muerto, y tres días que se había exhumado del cementerio de San Isidro.

Entre estas dos fechas mediaba un largo y doliente poema de lágrimas y amarguras, jamás interrumpido.

Yo dirigía alternativas miradas al cadáver y al doctor, y un hervidero de tristes meditaciones revolvíase en mi pensamiento.

Observaba con interés aquel cuerpo que había tenido el raro privilegio de abandonar, como había entrado, las cárceles de la tumba, gracias á un perfecto embalsamamiento.

Y, no satisfecho con esto, fijábase mi vista en aquella cabeza, desnuda y limpia como bola de marfil, que durante la vida había vestido abundante y perfumada cabellera negra:

En aquella pálida frente, tras de la cual habíanse formado los misterios insondables de la idea:

En aquellos ojos apergaminados, rugosos y hundidos en el fondo de las huesosas órbitas, que habían brillado con el fuego de la mirada:

En aquellas megillas negruzcas y endurecidas, que antes tiñeran el delicado color rosa de la vida y el hermoso carmín del pudor:

En aquellos labios hirsutos, secos y frios, de los cuales tantas veces habían manado dulces palabras, tiernas sonrisas, alegres carcajadas y cariñosos ósculos para sus padres, que orlaban, como delicada guirnalda

de flores, el alma pura de un ángel de bondad y de cariño.

Allí se conservaba aún la forma después de once años. La ciencia había desafiado y vencido á las leyes de la descomposición.

Los brazos, las piernas, el pecho todavía turgente y elevado, el vientre, todo se conservaba; era lo mismo de once años atrás, pero ¡qué variado! ¡cuán distinto!

Dirigía en seguida mi vista sobre el doctor, y veíale mudo, abstraído, sin duda anonadado por felices reminiscencias.

Debía recordar entonces la época en que aquel cuerpo exánime se agitaba pequeño, alegre y retozón, con los primeros encantos y travesuras de la infancia.

Después, y como cuando iba creciendo á su lado, debía ver aquellas hermosas y angelicales sonrisas, que inundaban de felicidad su alma; debía sentir sobre sus labios aquel hálito puro y suave contacto de un cariñoso beso, que borraba siempre los pliegues sombríos de su frente; y debía escuchar el dulce acento de aquella grata y coquetona conversación que domeñaba las borrascas de su vida.

Luego la niña se convierte en mujer; el tierno capullo abre sus delicados broches para brindar al ambiente el aroma y la belleza de sus pétalos; pero ¡ay! que el vendabal troncha su verde tallo; ¡ay! que mortífera enfermedad se posa cruel sobre la infeliz joven á los quince abriles.

La ciencia lucha, forcejea desesperadamente y hace esfuerzos supremos.

La enfermedad avanza rápida y certera, y ya la muerte se cierne sobre el corazón de la joven.

En el estertor de la agonía queda un último recurso para prolongar un minuto, dos, tres, algunas horas á lo sumo, aquella vida que se deshace.

Se forma una atmósfera de oxígeno, el vivificante gas penetra en los pulmones; es costoso, pero, ¡qué importa para quien daría todas sus riquezas y su propia vida por conservar la de su hija!

¡Todo es inútil! Con el último suspiro vuela al cielo el alma de un ángel de la tierra.

¡Qué dolor más profundo! ¡Qué golpe tan terrible, cuando amenaza destruir la razón del pobre padre!

Luego, un sombrío ataúd; dentro de él rígido cadáver vestido con el hábito de la Concepción; en su rededor blandones encendidos y galas mortuorias.

Finalmente, la tierra acoge aquellos restos idolatrados, cuyo semblante lleva impreso mil besos de despedida, y han humedecido torrentes de lágrimas.

Todo ha desaparecido; solo queda una imagen vaporosa, una ilusión fija, tenaz, persistente, que nada logra borrar, pues forma parte de la vida del padre.

Al cabo de once años aquellos restos abandonan su oscura y pacífica morada; vuelven á ver la luz, y vuelven también á impresionar materialmente los sentidos del padre.

Pero ¿qué busca ya en ellos?

¿Qué quiere de aquello que no se atreve á llamar su hija y lo llama el cadáver de su hija?

¿No le aterra pensar que ya no late allí el alma de otros tiempos?

¿No le mata el ver que sus miradas cariñosas resbalan sobre aquel frío y repulsivo semblante?

¡Qué valor tan incomprensible en un padre tan amante y de tan indelebles recuerdos!

Aquella muda y á la par elocuente espectación me tortura el alma.

Ya el cadáver me extremece, y el padre me causa miedo.

Deseo dar fin á la escena, y mi amigo y yo, como movidos por el mismo deseo, cojemos al Dr. Velasco, y tratamos de arrancarle de allí, diciéndole:

—Basta por hoy; nosotros haremos lo que sea preciso.

El Dr. Velasco no comprende entonces este atrevimiento nuestro, y nos dice:

—Dejadme; no me conocéis todavía.

Y en verdad que no le conocíamos.

Sacude de sí aquella contemplación, se aproxima al cadáver, coje sin temblar sus miembros, los dobla, comprueba su elasticidad, y exclama con extraño acento:

—¡Todavía están flexibles! ¡podría sentarse!

Tan inesperada ocurrencia estremeció mi alma con el frío de un temor horrible.

Miré con fijeza al doctor y ¡dudé de su razón!

Creí que iba á empeñarse en infundir la vida dentro de aquel cuerpo muerto.

Poco después abandonábamos la habitación, y el doctor recobraba su jovialidad ordinaria.

Yo no pude, sin embargo, olvidar aquella escena.

Durante todo el día zumbaban en mis oídos y turbaban mi razón, como voces sepulcrales, de ultratumba, las frases dichas.

Y luego, por la noche, en el aislamiento de mi dormitorio, costábame trabajo conciliar el sueño, y olvidar la escena de la mañana.

CAPÍTULO I.

Un suelto de «El Heraldó Universal.»

¡Qué bien lo recuerdo! ¡Yo lo ví!

Serían próximamente las nueve de la mañana del día 4 de Octubre del año 1994 de la Era cristiana.

En la calle de la República, una de las principales del distrito más céntrico de Madrid, llamado de la Industria, y cien años antes barrio de Salamanca, se advertía una animación extraordinaria.

Imponente número de hombres, mujeres y chicos, todos afiliados, según parecer de su aspecto, al gremio de los miserables, la obstruían por completo, rodeando el inmejorable y renombrado establecimiento tipográfico de los Sres. Vigadet y Compañía.

En vano diseminados entre la multitud, como amapolas entre apretadas cañas de espigas, se revolvían infinitos agentes de la autoridad, que forcejeaban y sacudían bastonazos por conservar el orden: todo era inútil.

Aquella turba compacta, abigarrada y salvaje, que se apiñaba frenética en rededor de un edificio, rugía produciendo un ruido infernal y atronador.

Oíanse voces discordantes y vinosas, rechiflas, alaridos, imprecaciones, risas, sollozos... y, acompañando á esta horrisona algazara, se advertía una agitación incesante, un movimiento de flujo y reflujo en toda la masa, de los unos que empujaban á los otros, se reñían y se maltrataban.

La plebe turbulenta parecía una legión desordenada de furias revolviendo en sus airados movimientos la tempestad.

Su desorden, un vértigo de gritería y confusión.

En épocas anteriores cualquiera hubiese creído presenciarse una manifestación de furibundos cantonalistas; pero entonces la locura había disminuido en las clases sociales todas, y nadie pensaba en semejantes delirios.

Efectivamente, distaba mucho de ser una manifestación política; y por eso, los vecinos del barrio, lejos de alarmarse con tanta algarabía, ocupaban los balcones, y se recreaban tranquilos viendo el espectáculo que les proporcionaba la canalla que aguardaba impaciente la salida de *El Heraldo Universal*, para revenderlo.

Todos los vendedores se disputaban con ahinco los primeros puestos, porque sabían que el público esperaba con febril impaciencia el número de aquel día, y el negocio era seguro para los primeros expendedores.

Mientras el diario sale tapemos nuestros oídos y cerremos los párpados, para no oír ni ver aquel infierno humano; y sepamos qué clase de periódico era este, y cuál la razón de su importancia.

El Heraldo Universal figuraba como el diario de la mañana más acreditado de España, que equivalía á de-

cir del mundo; pues este país, por su esplendor científico, fabril, comercial y político, ocupaba el primer lugar entre todas las naciones del orbe.

La tirada ordinaria era fabulosa.

Con ayuda de la galvanoplastia y del vapor, sus numerosas máquinas vomitaban al día medio millón de ejemplares.

Solo Madrid absorbía más de setenta mil.

Haciendo justo honor á *El Herald*o, debemos consignar que se merecía tan prodigiosa acogida.

Periódico de grandes dimensiones, y confeccionado según los últimos adelantos del noble arte de Guttemberg, circulaba profusamente por todo el mundo; pues se publicaba en un idioma universal, problema éste ya resuelto entonces.

Su organización, tanto administrativa como literaria, era inmejorable.

Tenía colaboradores activos en todos los países civilizados, y los editores Vigadet y Compañía pagaban espléndidamente cuantos trabajos de interés remitían los sabios.

Gracias á esto las columnas del periódico, en vez de ser las lenguas viperinas de los partidos de oposición, ó las desenfrenadas protestas de ambiciosos politiquillos y de estómagos famélicos, eran la antorcha luminosa que llevaba al seno de las familias la luz de la ilustración.

Jamás se veía en ellas un artículo de política candente, ni fermentaba, asquerosa y miserable, la envidia y el despecho de falsos patricios, como pudiera acontecer cien años atrás.

No; muy al contrario de todo eso, cada número era una revista, donde las ciencias, las bellas artes, la industria, el comercio... y cuanto constituye la base de felicidad, y cultura para los pueblos, se trataba bajo un prisma útil á todos, formando un conjunto atractivo, interesante y de resultados prácticos.

Era, en pocas palabras, el claro espejo en donde se reflejaba á la perfección el espíritu civilizador de la

época; el eco fiel del hervidero de grandes ideas, que bullían en el brioso cerebro de la humanidad sabia; y la sensible balanza que marcaba, en sus menores oscilaciones, el fomento industrial y financiero del mundo.

Con tan excelentes condiciones, se comprende que cuotidianamente repletaran las cajas de la Administración central de Correos gruesos paquetes de *El Herald*, y que una legión de vendedores hallasen en su reventa seguro *modus vivendi*.

Sin embargo de esta aceptación habitual, el día á que nos referimos, todos esperaban con inusitada ansiedad su salida.

La causa era la siguiente:

El día anterior *El Herald* publicó en su sección científica las siguientes líneas:

«Mañana esperamos dar á nuestros lectores noticia de un maravilloso descubrimiento. Aunque todavía ignoramos cuál es, podemos asegurar que existe, que se nos revelará en el día de hoy; y que su importancia es tan grande, que excede á la de todos cuantos se han hecho desde el principio del mundo hasta la fecha.»

Una noticia de esta naturaleza, anunciada con tanta solemnidad por *El Herald*, que acostumbraba á publicar diariamente, y con modesta naturalidad, trascendentales descubrimientos, era más que suficiente para preocupar á los lectores.

Como sucede siempre en casos análogos, los círculos y reuniones de todas clases hablaron detenidamente sobre el descubrimiento.

Hubo apuestas; se aventuraron hipótesis de todas clases; fueron interrogados los amigos, deudos y parientes de los redactores de *El Herald*; pero nadie era capaz de adivinar la verdad, y por último, se convenía en que no se sabía nada.

Todos esperaban con impaciencia llegase el día siguiente; y los industriales, comerciantes, bolsistas, empresarios, y cuantos vivían con el movimiento del día, giraban intranquilos de uno en otro sitio, como aturdidos murciélagos en días de tempestad.

Algunos más osados se habían presentado en la redacción del diario; pero fuese que los redactores no quisieran calmar aquella ansiedad, ó que realmente lo ignorasen, respondían á todos los curiosos:

—En el número de mañana lo verán ustedes; hasta ahora nada sabemos.

Pero ya es llegada la hora de averiguarlo.

El estruendoso clamoreo de la muchedumbre vendedora sube de punto.

Hay un movimiento de concentración general, y se vé á la masa apretarse con fuerza, estrujarse horriblemente, y reducirse á la mitad de su volumen, pegándose á unas rejas altas, cuyas férreas hojas acaban de abrirse.

Como tableteo prolongado de horrendo trueno, óyese por todas partes una misma voz:

—*El Heraldó, El Heraldó.....*

Y por aquellos huecos asoman multitud de cajistas, con grandes brazados de paquetes que reparten á los más próximos, no sin acompañarlos, á guisa de propina, de algunos pescozones que los pacientes reciben sin replicar, ni darse por sentidos.

Después, como un mar agitado que rompe los diques y se extiende rugiendo por la ciudad, así los vendedores fueron invadiendo todas las calles inmediatas, corriendo como almas que lleva el diablo, y anunciando con desaforados gritos su venta.

Por donde pasaban parecían espíritus revolucionarios que ocasionaban el desorden con sus voces.

De todas las casas salían personas que les arrancaban los ejemplares, sin disputarles el precio, que ellos habían tenido buen cuidado de triplicar.

Cuantos compraban *El Heraldó* recorrían con avidez su mirada por las dos primeras planas, buscando el artículo que esperaban, y nada veían.

¡Qué desengaño más cruel!

Se recorren los sueltos de fondo, y por fin, como perdido entre otros menos interesantes, hay uno que dice así:

«Cumpliendo la promesa que ayer hicimos á nuestros lectores, vamos á darles noticia sobre el descubrimiento más maravilloso que cuenta el mundo.

»El doctor Germán Planellas, célebre antropólogo que ha venido consagrándose, desde hace muchos años, al estudio profundo de la organización humana, ha descubierto la manera de *interrumpir y continuar á voluntad la vida animal*.

»Este prodigioso descubrimiento, fruto de grandes desvelos y estudios, hechos en su gabinete y sobre el cadáver, va á ponerlo en conocimiento de los sabios, y con este motivo ha dirigido ayer una comunicación á la Academia de Ciencias Antropológicas Española, para que ésta invite á todas las demás corporaciones científicas del mundo á una sesión extraordinaria, en la que el doctor Planellas demostrará teórica y prácticamente su descubrimiento.»

En otro suelto más inferior se leía:

«Hoy celebra junta extraordinaria, á la hora y en el local de costumbre, la Academia Nacional de Ciencias Antropológicas. En ella se dará cuenta de la comunicación dirigida por el doctor Planellas, á la que se contestará, y se acordará la invitación que ha de hacerse á las demás corporaciones sabias de España y del extranjero.»

El suelto de aclaración produjo un estupor general. La noticia era para causar grande sensación, y por todas partes se advertía una animación como nunca.

Interrumpir y devolver la vida animal era increíble. La imaginación más exaltada jamás hubiera pensado un segundo en este problema, sin rechazarlo como una quimera.

Nadie se atrevía á creer en la verdad de semejante noticia.

—Debe ser una broma de *El Herald*, decían unos.

—*El Herald* es un periódico demasiado serio para permitirse bromas de esta naturaleza con sus lectores, replicaban otros.

—Habrá dejado sorprender su buena fé, y es igual.

—¿Quién es el doctor Planellas? se preguntaban mutuamente los hombres de ciencia; nadie le conoce por sus escritos, ni por sus discusiones académicas.

—Bah! bah! el doctor Planellas debe ser un iluso, decía cierto célebre alienista, que arrastrado por la pasión de su estudio, creía sorprender actos de locura en todo lo que repugnaba á su razón.

—Esperemos, señores, decían los menos incrédulos; puesto que ha prometido pruebas, saldremos de dudas pronto.

Lo cierto es que la ansiedad había crecido hasta preocupar fijamente á las personas, y que todas deseaban llegase el día de la demostración.

Nosotros esperaremos, y mientras tanto, expondremos algunas palabras sobre el grado de cultura y adelantamiento de la sociedad á fines del siglo XX.

CAPÍTULO II.

A fines del siglo XX.

Concluyó el siglo XIX, y adelantando esa sucesión fatal y necesaria de los guarismos, comenzó el XX.

Al siglo de las luces y del vapor había sucedido el de la electricidad, que á su vez concluía para dar paso al siglo ¿de qué?... del pensamiento tal vez.

La sociedad, encauzada en el camino del progreso, había avanzado con vertiginosa rapidez hasta llegar á lo inconcebible.

Todo había progresado de una manera asombrosa, todo se había modificado radicalmente en su modo de ser, incluso las costumbres sociales.

Había llegado ya la época en que cincuenta años

sobraban para la vida del hombre (1), época en que se vivía mucho en poco tiempo, porque todo proyecto material era asequible y de fácil logro.

El hombre podía considerar casi realizada la apotheosis de su existencia, pues gozaba, con sublime fraternidad y dulzura, de las más hermosas libertades morales, así sociales como políticas y religiosas.

Su destino en esta tierra lo cumplía de un modo digno, porque habían pasado para hundirse en el caos del olvido los tiempos en que, para ingresar en los talleres, requeríase en el obrero desarrollo de su musculatura y crecido grado de fuerza física, antes que el de su inteligencia.

El vapor, como fuerza motriz, gozaba de una aplicación inmensa.

Dos grandes problemas, felizmente resueltos, generalizaron su uso; la abundancia de aguas y el descubrimiento de combustibles baratísimos, que desenvolvían en igual cantidad mayor número de calorías que el cok.

Esto, unido á los maravillosos adelantos de la mecánica, cuya benéfica influencia se extendía á toda clase de industrias y manufacturas humanas, había impreso un vigoroso impulso al trabajo, economizando el importe de su producto.

La riqueza pública había aumentado extraordinariamente, porque como radica en el trabajo, cuantos mayores medios y más económicos hay para realizar éste, mayor es aquella.

«El mundo, se decía, tiene siempre el mismo grado de riqueza absoluta; lo que al mundo pertenece no aumenta ni disminuye por sí.

»El trabajo es el problema algebraico, que suma ó resta relativamente la riqueza social.

»La verdadera ley natural, es la ley del trabajo.

»Los que más trabajan, son los que más producen.

(1) Perdónese esta heregía anti-vital por lo gráfico de la expresión.

»Los que más producen, y cambian más sus productos, son los que gozan de mayor suma de bienestar.

»Y esta ley del trabajo, lo mismo es para los individuos que para los pueblos.»

Con tan virtuosos principios el estado general era floreciente.

Ese gran problema social, que tanto había preocupado desde tiempo inmemorial á los filósofos y hacendistas de todas las épocas, la extinción del proletariado, se iba resolviendo.

Existían el humilde menestral y el modesto empleado, pero no el mendigo que impetra la caridad pública, ni el indigente que busca en un asilo piadoso el amparo de su inopia.

Toda clase de empresas, con tal que tendiesen al bienestar común, veíanse fácilmente ayudadas.

El comercio era universal y libre-cambista.

Las comunicaciones habían llegado á su mayor grado de adelantamiento.

La navegación aérea, que tantas víctimas ocasionó en el siglo XIX, habíase resuelto y perfeccionado hasta el extremo de convertirse en un medio de locomoción económico, rápido y seguro.

Y como era inevitable, las fronteras que circunscribían los límites de nacionalidad de los países, fomentando sus rivalidades y malas pasiones, habían desaparecido, y veíanse fusionados los diferentes pueblos que, protegidos por el sagrado de sus inviolables derechos, mutuamente respetados, se disputaban en noble lid los adelantos de la civilización, y se agrupaban bajo una misma bandera, que ostentaba el venturoso lema de

«Paz universal, y amor al trabajo.»

¡Dichosa edad! ¡Siglo feliz y esplendente en que la virtud, extendida por do quiera, proporcionaba igualmente la concordia y el bienestar!

Ya no se veían entonces esas catástrofes provocadas por espíritus turbulentos y avaros del poder, ni se padecían esas horribles crisis en que las naciones, ju-

guetes del vendabal revolucionario, naufragaban por un encrespado mar de desdichas y penalidades.

No; lejos de eso, un íris de paz, y de ventura, de amor y prosperidad, cubría risueño el mundo entero.

España, en particular, figuraba como una de las naciones más florecientes.

Desde que desaparecieron las discordias intestinas y miserables correrías de partido, que tanto la habían aniquilado durante el siglo anterior, fomentó en todo.

Desde entonces, y así como la planta mustia y enfermiza por carecer del sol y del aire, recobra su vigor, y fertiliza rápidamente cuando se destruye lo que le privaba de su alimento, oponiéndose á su vida, del mismo modo España, apenas comenzó á disfrutar de la paz, avanzó rápida como una exhalación en el progreso, y no paró hasta ponerse á la cabeza de todas las demás naciones, por su fomento agrícola, industrial y científico.

Regía entonces sus destinos un gobierno republicano suave y verdaderamente patriota, á cuyo abrigo se gozaba de una tranquilidad inefable, se nadaba en la abundancia, y disfrutábase con equidad de todas las comodidades que proporciona un buen progreso.

Madrid estaba desconocido.

Capital de la República, había crecido hasta ser seis veces mayor de lo que era á mediados del siglo XIX, y sumar un censo de cuatro millones de habitantes.

La población, antes cuajada de vagabundos y polilla roedora del presupuesto, se había convertido en una de las más industriosas y fabriles del orbe.

Por eso el espectáculo que ofrecía no podía ser más complaciente al ánimo.

Al elevarse en uno de los buques aéreos de la casa de Otardieta y compañía, todo ilustrado viajero gozaba de maravilloso éxtasis cuando, rompiendo la eterna neblina que entoldaba el trasparente azul del cielo, observaba sus cien mil chimeneas que, sin cesar, arrojaban al espacio gruesos penachos de humo, y sentía atronados sus oídos con el estridente ruido de las fá-

bricas, testimonio elocuente todo de su grandiosa actividad industrial.

Cruzaba sus anchas, rectas y alegres calles, una red intrincada de vías férreas, sobre las cuales se deslizaban, veloces y sibilantes, multitud de tram-vías arrastrados por máquinas de vapor.

¡Qué más! El Manzanares mismo, aquella lámina líquida que en el siglo anterior arrastraba vergonzosas lágrimas de pobreza, se había canalizado (pues todo lo puede la actividad humana) y sobre sus cristalinas ondas se mecían elegantes barcos.

¡Ah! Querer referir tanto adelanto, tantas maravillosas innovaciones, tan inesperados descubrimientos, sería no concluir.

En el grado de ilustración que actualmente caracteriza á la sociedad culta, cuando vemos sucederse los descubrimientos en tropel, que la imaginación vuela presurosa en busca de pensamientos que antes se creerían imposibles, y hoy se realizan los unos, y se consideran asequibles los más difíciles; que todos los días, y á todas horas, esos titanes de hierro llamados prensas, sudan admirables ideas estampadas en periódicos, folletos, revistas y miles de publicaciones, que ponen en nuestro conocimiento que el progreso cunde con rapidez, y el espíritu reformador de la época avanza vertiginosamente; en breves palabras, cuando vemos que la sociedad toda, viaja en un tren directo que, corriendo con fulmínea velocidad, ofrece á cada momento la contemplación de nuevas é inesperadas maravillas; en una época que se presta á estas consideraciones, la razón no alcanza á suponer el estado del mundo cuando haya trascurrido más de un siglo.

Esto es lo que sucedía el año á que nos referimos: todo se prestaba á ser objeto de admiración, todo era grandioso.

CAPÍTULO III.

Un descubrimiento prodigioso.

Toda espera tiene su término.

La noche del 5 del siguiente mes de Noviembre fué la señalada para celebrarse la sesión en que el doctor Planellas demostraría su descubrimiento en el local de la Academia Nacional de Ciencias Antropológicas.

Constituía éste un severo y majestuoso palacio, emplazado en el final de la calle de Granada, que correspondía también al distrito de la Industria ya citado.

En épocas anteriores, cuando los gobiernos se cuidaban muy poco de ciencias y literatura, y los apóstoles de la enseñanza fenecían de hambre, hubiera sorprendido ver tan suntuosamente alojada una corporación científica.

Felizmente los tiempos habían cambiado tan de veras, que en vez de aquellos *patrivoros* (no patricios), voraces pólipos de insaciable estómago, que hacían de su dignidad y honradez cartas sucias en el degradado juego de la política, ocupaban los destinos de la nación sabios y rectos varones modelos de patriotismo.

Por eso entonces, que la protección del Estado no podía ser más decidida y solícita para cuanto se relacionara con el esplendor de las ciencias y la cultura intelectual del país, fuente fecunda de un buen progreso, todas las corporaciones sabias que se creaban gozaban de una vida exuberante, muy diferente de la raquítica y necesitada de siglos anteriores.

Y sin duda también eso mismo alentaba á los miembros con noble emulación, y veíaseles asíduos en el trabajo, dando á las sesiones una animación que contrastaba con aquella ausencia y perezosa monotonía que tanto caracterizaba las del siglo XIX.

La entrada principal del palacio la componía un regio pórtico de estilo greco-romano, formado por cuatro elevados y gruesos monolitos, que sostenían, sobre artísticos y bien labrados chapiteles, un frontispicio de forma triangular.

Lucían en éste alegóricos relieves, y entre ellos, esculpido en ahondados caracteres, el imperecedero lema del muy célebre templo de Delfos: NOSCE TE IPSUM (conócete á ti mismo).

Una anchurosa y suave escalinata de piedra, que la costeaban dos salientes, donde descansaban las colosales estatuas de Platón y Aristóteles, permitía ascender y llegar á la espaciosa puerta practicada en el centro del vestíbulo, por la que se pasaba á un átrio espacioso, de aquí á la antesala, y más allá al gran salón de sesiones.

Era este un verdadero monumento dedicado á la ciencia, y digno de la sublimidad del estudio antropológico.

De forma cuadrangular, cuarenta metros de largo por veinte próximamente de ancho, cubríale alto y avobedado cielo, cuajado de grandes claraboyas, separadas por elegantes y vistosos rosetones, y grandes frescos en su mitad, que representaban alegorías y retratos de los principales antropólogos y naturalistas de todas las épocas y escuelas.

Las paredes, vestidas hasta la mitad de su altura por elegante estantería de circunvalación, que encerraba objetos de estudio recogidos en todas las partes del mundo, aparecían tapizadas en el resto de raso azul, sobre el que se destacaban brillantes mecheros de dorado metal, y diversos cuadros al óleo con variados pasajes bíblicos y profanos, que figuraban al sér humano en sus primitivas edades y sus diferentes razas.

En un extremo del salón deteníase atónita y agradablemente sorprendida la mirada, para contemplar un regio estrado de terciopelo carmesí, recamado de oro, y una espaciosa mesa tallada, de palo santo, recubierta con tapete del mismo paño citado, que, al caer en elegantes pliegues hasta besar el suelo, ostentaba en su

centro el escudo de España, bordado con exquisita filigrana.

Alrededor de ella, siete sillones de severo gusto, y separados de la mesa á una distancia respetuosa, numerosos escaños, también de terciopelo, y dispuestos en fila.

Una balustrada de hierro cincelado separaba todo lo dicho de la otra mitad del salón, donde había, en hilera transversal, numerosas y cómodas banquetas destinadas al público.

.

Estamos en la noche del 5 de Noviembre y váse acercando la hora de sesión.

Omitimos hacer la descripción del espectáculo que ofrecían los alrededores de la Academia.

Era imponente.

Desde las primeras horas de la tarde habíanse comenzado á reunir miles de personas, en términos de obligar á las autoridades á que remitiesen fuerza armada para mantener el orden.

El salón lo presentaba deslumbrador y fantástico.

Ya, desde mucho antes de la hora convenida, era numerosa la asistencia de los invitados.

La fuerte iluminación irradiada por centenares de luces, que brillaban repartidas como luceros en noche pura de estío, bañaba el salón con una claridad deslumbrante.

Reflejábanse hasta lo infinito los inflamados mecheros en los tersos cristales de la estantería; salpicaban chispas y destellos refulgentes los dorados de todas partes, el brillo de las paredes, y hasta las pinturas, mágicamente entonadas por encontradas iluminaciones, parecían cobrar vida y querer desprenderse de los lienzos.

La atmósfera era caliginosa.

Todo tenía un aspecto suntuoso y digno del numeroso público que, vestido con riguroso traje de etiqueta, llenaba por completo el local, y conversaba en medio

de ese grato desorden y rumorosa agitación de las grandes reuniones.

Tanta grandiosidad daba á la sesión todo el aspecto de un solemne acto nacional.

Veíanse allí, efectivamente, revueltos en amistosa confusión, los encargados de desempeñar los más altos destinos públicos, así civiles como militares; miembros de los diferentes claustros universitarios de España y Europa; los comisionados por todas las Academias, Ateneos, Institutos y demás corporaciones científicas y literarias del mundo; el Consejo nacional de Instrucción pública; la siempre venerable Junta Directiva de Bellas Artes; los escritores y poetas de más renombre; los directores de todos los periódicos de la capital y principales del globo, entre los cuales estaba el respectable Sr. Vigadet, que lo era de *El Herald*; los embajadores y demás representantes diplomáticos de las potencias extranjeras, y otros muchos que fuera prolijo enumerar.

Mi humilde pluma es torpe y pálida para describir tanta animación y ofrecer con el vigor y colorido necesario aquel público selecto, donde más de dos mil personajes, que en su mayor número habían afluído de remotos países, aprovechando la navegación aérea, aguardaban la contemplación de una prueba tan trascendental y maravillosa.

Casi todos conversaban, y oíanse diferentes idiomas, que revelaban la procedencia distinta de los presentes.

Solo un grupo de personas, que ocupaba el centro, se distraía en mirar con interés una caja cuadrangular, de dos metros de larga por uno de ancha y medio de alta, recubierta con una manta de terciopelo negro, y colocada sobre elevada mesa.

Todos ignoraban lo que se ocultaba en su interior, por más que la mayoría lo sospechaba.

De pronto la campana de un reloj dió, con acompañado y argentino sonido, la hora de las ocho.

Como si aquellas vibraciones tuviesen un efecto

mágico, las conversaciones cesaron de pronto, y todos ocuparon sus asientos.

Poco después un silencio sepulcral dominaba en aquel sitio, antes tan bullicioso.

Era la hora de comenzar la sesión.

Acababa de constituirse la mesa, y el presidente, que lo era el del Poder ejecutivo, agitó la campanilla y declaró abierta la sesión.

Un sirviente levantó el pesado y ondulado portier que cubría una puerta próxima á la presidencia, y se presentó interesante y majestuosa la figura del doctor Planellas.

Una salva de aplausos acogió su presencia.

Saludó el doctor con dignidad, y avanzando con paso lento, se dirigió á una tribuna portátil colocada al principio del salón, y de modo que le dominase todo.

El doctor Germán Planellas, frisaría en los cincuenta años, y tenía regular estatura.

Su continente era severo, pero sin afectación, y bastaba verle para sentirse atraído hacia él por un respeto misterioso.

Su cabeza tenía una hermosura varonil, y podía servir de perfecto modelo á un artista, para reproducir con exactitud esos bustos con que los antiguos griegos inmortalizaban á sus héroes.

Ancha y abultada frente, que reflejaba un privilegiado desarrollo de la parte intelectual de su cerebro, surcábanla rectos pliegues, donde debía ocultarse el recuerdo de profundas meditaciones.

Resguardábanse al amparo de arqueadas cejas, ojos vivos, de donde partían, como chispas de un diamante, miradas que penetraban en lo más recóndito del alma y parecían querer arrancarla sus más ocultos pensamientos.

Seguíanles nariz griega, perfilada con esmero; gruesos labios, que dibujaban de ordinario una sonrisa de bondad, fiel estereotipia de la nobleza del corazón, y, como complemento, luenga barba entrecana, que contrastaba con escasa y plateada cabellera larga, recogida, con elegante desaliño, sobre las sienes.

En el conjunto de su cabeza un naturalista hubiera encontrado un ángulo facial, casi recto.

Por su prominente entrecejo, cualquier frenólogo aseguraría, sin vacilar, un desarrollo extraordinario del órgano de la observación.

Y por los rasgos distintivos de su semblante, todo vulgar fisonomista veía al hombre dulce, bondadoso y de inteligencia privilegiada, que ha consumido su vida en el estudio y la meditación.

Apenas el doctor ocupó la tribuna, despojó sus manos de finos guantes blancos, y después de otro nuevo saludo, comenzó la conferencia con frase escogida y elocuente, sencillo estilo, y sonora á la par que reposada voz.

Hizo una rápida exposición de la importancia social de su descubrimiento, y solicitó permiso para preparar la demostración práctica, antes que la teórica.

Tocó un resorte, y á sus vibraciones acudieron de una estancia contigua tres ayudantes, y varios mozos de servicio, conduciendo una caja cerrada y una jofaina llena de un líquido tenuemente coloreado de azul.

Abandonó el doctor la tribuna, y dirigiéndose á la caja que había en el centro del salón, llegó hasta ella, y se puso á una altura conveniente.

Los ayudantes y mozos de servicio le siguieron.

Lo primero que hizo fué separar el paño negro, dejando al descubierto una caja de madera.

Uno de los criados le presentó una llave, con la cual abrió la cerradura y levantó la tapa.

Dentro había otra caja de zinc, que también fué abierta para mostrar una tercera de cristal.

Los ayudantes y mozos extrajeron con cuidado ésta y retiraron las otras dos.

Levantada la pesada tapa que la cubría, y ajustaba con bordes esmerilados al resto, comenzó el doctor á retirar de su interior capas de un tejido más blanco y fino que el algodón en rama, hasta llegar á descubrir la figura inerte y densamente pálida de un joven.

¡Era un cadáver!

Todos al percibirle prorumpieron en una exclamación de asombro.

A su vez el cadáver fué extraído de la caja, y puesto sobre la mesa.

—Este cadáver, señores, dijo el doctor, cogiéndole un brazo y dejándolo caer con la inercia de un cuerpo que obedece á las leyes de la gravedad, es uno de mis ayudantes. Hace diez días se encuentra en este estado. Agradecería que algunos de mis comprofesores presentes tuviesen la bondad de reconocerlo.

De los más próximos se levantaron hasta el número de seis, que pasaron al lado del muerto y le reconocieron escrupulosamente.

Todos convinieron en que era un cuerpo desprovisto de vida.

—«No se comprendería otro estado, observó el doctor, dadas las condiciones anti-vitales del encajonamiento en que ha permanecido.

»La vida, prosiguió, en cualquiera de sus manifestaciones orgánicas, necesita, como la combustión, aire que la suministre oxígeno, porque sin él no podría verificarse aquella; y este cuerpo, sin embargo, ha permanecido diez días privado de todo contacto atmosférico.

»Además, su temperatura es tan baja, que el termómetro aplicado á cualquier axila, no se elevará más de 22 grados, próximamente los del ambiente, y con los cuales es imposible la vida humana.»

Así era: y después que los más próximos se convencieron de su aseveración, nadie pudo dudar de la muerte real en aquel cuerpo.

Terminado este requisito, el doctor Planellas se dispuso á volverle la vida.

Se colocó el cadáver sobre un lienzo encerado, y tomando el doctor con su mano derecha esponjas empapadas en el líquido azulado de la jofaina, que le servía uno de los ayudantes, las recorría por todo el cuerpo, renovándolas cuando se secaban.

Concluida esta maniobra, que tenía por objeto di-

solver una capa de barniz, la piel, antes apergaminada, adquirió cierta flexibilidad vital.

En seguida trajéronle algunos caloríferos, y con ellos fué elevando suavemente la temperatura del cadáver, hasta ponerla en los 37°, en cuya altura mandó mantenerla á uno de los ayudantes.

Después cogió de una bandeja un tubito de plata, largo y encorvado en una extremidad; lo introdujo por la boca, y confió á otro ayudante verificar una respiración artificial lenta.

Por su parte, tomó de una bandeja de plata cincelada dos agujas de oro, de unos quince centímetros de largas, y delgadas como el más ténue cabello, y metió una en el corazón, y la otra por la parte posterior del cuello, cerca de la cabeza.

Unió á las agujas dos hilos que partían de la caja que había traído y conservaba entre sus manos uno de los mozos, y poco después las vibraciones que se oían demostraban la existencia de un aparato eléctrico funcionando.

Desde los primeros momentos de esta parte de la operación, todos los asistentes pudieron ver que aquel cuerpo, antes del color de la cera, se iba tiñendo por grados de un color rosa, y que el rostro se encendía hasta parecerse al de un durmiente.

Un silencio profundo, que revelaba mortal ansiedad, dominaba en el salón.

Todos los circunstantes seguían emocionados, y embargados por suprema incertidumbre, los más insignificantes detalles de la operación.

Nadie hubiera osado provocar el más ligero ruido, seguro de una reprobación general.

Sin embargo, hasta entonces ningún movimiento se observaba en el cadáver; nada que indicase verdadera vida.

Cuanto había hecho el Dr. Planellas tenía su importancia preparatoria, pero nada más.

A pesar de las apariencias exteriores, allí faltaba, según juicio de todos, la vida; y acerca de la verosimi-

litud de que ésta volviera, las dudas crecían á medida que adelantaba la operación.

¡Tan imposible parecía la verdad!

Los menos incrédulos, no obstante la enormidad de la prueba, fundaban grandes esperanzas al ver la serenidad del doctor.

Este, con el rostro animado, parecía enteramente abstraído del imponente público que le rodeaba.

Creeríase tal vez en las soledades de su gabinete, y no apartaba la vista del pecho del cadáver, en cuya tabla veíanse lijeros movimientos de elevación y de presión, que todos atribuían exclusivamente á la respiración artificial que mantenía el ayudante con rara habilidad.

Cinco minutos habrían pasado, cuando el doctor, después de consultar su rico cronómetro de oro, retiró las agujas, y posando la cabeza propia sobre el pecho del cadáver, escuchó breve rato.

Una sonrisa de satisfacción reemplazó á la que le era natural, y retirando la sonda de la boca cubrió todo el cuerpo, excepto la cabeza, con el paño negro que sirvió para ocultar la caja de madera.

Uno de los ayudantes quedó aireando la cabeza con auxilio de un abanico, y todos los demás se retiraron.

El doctor abandonó también la mesa para ocupar nuevamente la tribuna y continuar su conferencia.

No pretendemos seguirle en toda, porque sería demasiado prolijo; pero apuntaremos sus ideas principales.

Dijo así:

«Mi descubrimiento, señores, no tiene nada de sobrenatural, ni aun siquiera de maravilloso.

»Por el contrario, su sencillez es admirable.

»Como que, en rigor, no es más que una secuela de las condiciones de la vida misma.

»La vida, bajo el punto de vista orgánico, es el estado funcional ó activo de una organización; la muerte, por el contrario, es la parálisis de esas funciones.

»Todo sér animal, supuesta la aptitud necesaria de

sus órganos, funciona por la acción excitante de su inervación, pues sabemos que los seres de la escala zoológica, desde la simple sarcoda hasta el monstruoso cetáceo, tienen su sistema nervioso, y en él un núcleo central, que lo es también de la vida.

»Cuando, por cualquier motivo, los elementos que componen este núcleo, ó centro de inervación, cesan en sus funciones, la muerte es inminente, porque se interrumpe la corriente nerviosa, y el cuerpo pasa á la descomposición orgánica por atonía.

»La vida humana consta de dos partes, ó por decirlo así, de la suma de dos factores, la vida orgánica y la de relación.

»Por la primera nos nutrimos, y verificase en nuestro cuerpo esa incesante renovación de materiales, esa actividad de fuerzas químicas, cuyo conjunto moldea en formas animadas los elementos corporales.

»Por la segunda percibimos, juzgamos, sentimos, tenemos conciencia de nuestra individualidad, y nos relacionamos con cuanto nos rodea.

»La primera no se suspende hasta la muerte.

»La segunda, en parte ó en todo, se suspende durante el sueño, según es incompleto ó completo.

»En este último estado tenemos solo uno de los factores de la verdadera vida; el otro se ha abolido: la vida es, pues, entonces á medias.

»Sin duda por eso, desde tiempos antiguos, dícese que el sueño es un estado medio entre la vida y la muerte, porque disfruta de ambos.

»Pues bien; el sueño me sugirió el siguiente problema:

»—Si yo pudiese adormecer, me dije, la vida orgánica, interrumpiendo á voluntad la corriente nerviosa de que depende, y conservando íntegro el cuerpo, habría resuelto el problema de interrumpir y devolver á voluntad la vida.

»El hombre, pensé yo, es un reloj.

»Así como éste anda mientras su péndulo ejecuta movimientos, y tiene perfecto el mecanismo, así los

animales viven y gozan de salud mientras funciona armónicamente la inervación, y anima con sus corrientes nerviosas las demás partes, que gozan de buen estado.

»Se suspende el movimiento del péndulo, y el mecanismo todo cesa.

»Se suspende la corriente cerebral espinal, proseguí en mi analogía, y la vida concluye.—

»Hasta aquí la identidad era perfecta; pero al llegar á este punto me encontraba ya con una grande diferencia.

»El reloj conservaba siempre su máquina sin alterarse por la quietud, y cuando se volvía á poner el péndulo en movimiento podía seguir marcando la hora.

»Pero en el organismo viviente no sucedía eso: tras de la inercia estaba su descomposición; con ésta la alteración de afinidades y cambios moleculares infinitos, y por consecuencia la inhabilitación perpétua para ejercer sus funciones.

»Tenía, pues, que resolver dos problemas:

»Primero, evitar la más leve alteración del organismo muerto.

»Y segundo, suspender la corriente nerviosa.

»Ensayos repetidos hasta lo infinito, insucesos á cada paso, grandes y asíduos estudios consumieron mi vida, en busca de lo que bien podía pasar por un desvarío de mi imaginación, hasta que logré ver realizado el primero hace diez años.

»—Puesto que los agentes que rodean al organismo son la causa de su descomposición, me dije, evitemos el contacto de estos agentes y evitaremos su acción.—

»Así lo hice: comencé inyectando en la sangre del animal vivo, para que se infiltrase por todo el cuerpo, disoluciones de sulfato de sosa asociadas con un alca-loide, por mí descubierto, que posee la preciosa propiedad de conservar sin la más mínima alteración químico-orgánica los tejidos todos, incluso la sangre.

»Después, barnicé la superficie exterior de los animales, para preservar sus poros del aire y evitar la

evaporación interna, los resguardé del calor y de la humedad, fuentes de toda fermentación, y tuve la satisfacción de ver que los organismos se mantenían *in statu quo* todo el tiempo que quería.

»Mi primer problema estaba resuelto; y ya con él había elevado á la perfección el sistema clásico de embalsamamientos.

»Comencé con el segundo.

»—El fluido nervioso, me dije, adoptando como verdaderas las modernas doctrinas, es la corriente eléctrica que parte del centro cerebro-espinal para extenderse por todos los demás puntos.—

»Y recordando en seguida aquella ley de los antitéticos, tan en voga entre algunos filósofos griegos, observé que todo en el mundo tiene su contrario.

»Cuanto existe es porque le falta su contrario, ó lo es en menor cantidad y potencia.

»El frío existe cuando falta el calor.

»La fuerza de atracción obra cuando es mayor que la de repulsión.

»La electricidad positiva se manifiesta cuando se disminuye ó aleja de ella la negativa.

»Y así de todo lo demás.

»—¿Cuál será, me pregunté entónces, el contrario de la electricidad del cuerpo?

»O lo que es igual: ¿qué fuerza emplearé yo para paralizar en sus funciones las células nerviosas, y neutralizar las corrientes que de ellas parten?—

»Esta fué la pregunta capital de mi propósito; y para responder á ella construí multitud de pilas diferentes, utilicé toda clase de jugos conocidos y medios capaces de desenvolver electricidad.

»Es decir, hice todos los ensayos imaginables para desenvolver electricidades diferentes á las ya conocidas.

»Todo era infructuoso.

»El animal que mataba, proyectando la corriente sobre el bulbo-raquídeo, muerto quedaba para siempre.

»Tan inútiles tentativas hubieran abatido mi ánimo, si no latiese en mi cabeza, firme, persuasiva, y con

toda la fuerza de una verdad, la idea de que esa electricidad existía.

»Desde que en el siglo anterior habíase demostrado que la electricidad no era un fluido imponderable, y sí un estado vibratorio de los átomos, había derecho para suponer que cada cuerpo debía poseer una electricidad característica y subordinada á su naturaleza.

»Es verdad que todas son electricidades, pero deben variar entre sí, como varían entre sí los sonidos de diferentes cuerpos, según su naturaleza y su modo de vibrar, no obstante todas estas vibraciones constituyan sonidos.

»Dada, pues, esta heterogeneidad de las electricidades, no me cabía duda debía existir una que fuese contraria á la nerviosa; la dificultad estribaba en encontrarla.

»Cuando ya estaba desesperanzado de encontrarla, el sabio Braschet, catedrático de la Universidad de Leipsik, presentó en la Academia de Ciencias de Berlín, su aparato eléctrico-anti-dinámico-animal, con cuyas corrientes neutralizaba y paralizaba en las extremidades del cuerpo, la sensibilidad y el movimiento.

»Yo me apresuraré á utilizarle en mis ensayos, y el éxito correspondió á mis deseos.

»Introduje en el bulbo raquídeo de un perro una aguja de acupuntura, y otra en el corazón, ambas comunicando con los polos negativo y positivo del aparato Braschet, y el animal murió lentamente.

»Le conservé después sin descomponerse, apliqué al cabo de algunas horas inversamente los polos de una pila excitante, provoqué la respiración artificial, y el corazón fué entrando en contracciones, tornando á la vida el animal.

»¡Mi problema estaba resuelto!

»Braschet, el gran Braschet, me había proporcionado la mano que paraba el péndulo de mi reloj orgánico.

»Cuantos ensayos hice después con las debidas precauciones, alcanzaron igual éxito.

»Hubo perro que tuve muerto medio año, y hubiera podido tenerlo cuanto tiempo hubiera querido.

»De los animales llevé mis ensayos al sér humano, y sacrificando á la pasión por la ciencia los sentimientos de padre, lo ensayé por primera vez en uno de mis pequeños hijos.

»¡Brillante confirmación!

»Después, ese ayudante que está ahora vivo sobre la mesa, dijo señalando el que no há mucho era un cadáver, con un heroísmo sin ejemplo se prestó á sufrir repetidas veces el experimento, y el resultado siempre ha sido el mismo.

»Ahora vais á convencerlos.»

El doctor abandonó la tribuna y se dirigió á la mesa donde yacía tendido su ayudante.

Cuando llegó á ella, la ansiedad general era indescriptible; había subido á su mayor grado.

El doctor observó un rato su ayudante, y después, sacudiéndole con la mano, le llamó:

—Arriba, José.

El cuerpo no hizo ningún movimiento.

Un rumor de general desagrado se levantó en todo el salón.

Muchos creyeron habían sido víctimas de las alucinaciones de un loco.

El doctor pareció no oír aquella protesta, y esforzándose más gritó con voz sonora, y sacudiendo al ayudante.

—¡Despierta, José!

El cuerpo se agitó convulsivamente, y dando violenta sacudida se sentó.

Un ¡hurra! unánime, frenético y tremendo, resonó como un trueno violentísimo en el salón, acompañado de una ardiente salva de aplausos, que el entusiasmo arrancó de más de cuatro mil manos.

El estruendo ensordecía el espacio y hacía bambolear las paredes.

Aquello se convirtió en una confusión indescriptible, donde todos, sin distinción, luchaban y hacían

increíbles esfuerzos por abrazar con delirante efusión al ilustre doctor Planellas.

Este, al sentir aquella formidable ovación, tan espontánea como gloriosa, pareció quedarse abrumado con el peso de su dicha.

Breves segundos permaneció sin movimiento y como insensible.

Después, después... una carcajada estridente, horri-sona, nerviosa y prolongada, que parecía largo choque de agitada cristalería, partió de sus labios, como ruidosa avalancha, formando coro con el estruendo general.

Entre las convulsiones de aquella horrible carcajada, perdiase en el torbellino de la anarquía la razón del glorioso médico.

¡El infeliz se había vuelto loco!

EPÍLOGO.

Al sentirme dolorosamente estrujado me agité, y... abrí los ojos.

Estaba en mi lecho, y ya el sol, avanzado en su carrera, inundaba con sus hermosos y brillantes cabellos de oro toda la estancia.

Froté bien los ojos para cerciorarme del nuevo espectáculo que se ofrecía á mi vista, y abrí los brazos, que fueron á tropezar con un periódico, que tenía sobre la mesa de noche.

Maquinalmente le cogí y fijé mi vista en las siguientes líneas:

«España se va remontando al pináculo de su dicha.

»Dado el estado actual de cosas, y lo que la inquieta

mirada distingue en el porvenir, su perdición es completa. El exterminio se pasea dominante por todos sus ámbitos; el derrumbamiento de edificios, el estruendoso fragor de la guerra, y la llamarada de los incendios, embargan los sentidos, oprimen el corazón, y nos dicen que avanzamos á la ruina más completa. ¡Bien pronto los causantes de tanta desdicha podrán exclamar, llenos de satánico gozo:—*Delenda est Hispania!*»

No quise leer más.

Estrujé con ira aquel aciago papel, cuya funesta verdad desvanecía por completo los nebulosos recuerdos de mi feliz sueño, trasportándome muy de mañana al mundo real.

Los contrastes son terribles, por eso yo, subyugado, movido poderosamente por sañudo despecho, y no pudiendo aplacar mi insaciable furia, mutilando, y convirtiendo en polvo á tanto canalla como ha perdido á este desventurado país, tomé una resolución airada, tal vez criminal.

Pero muy criminal debía ser, pues siempre fué el despecho consejero del demonio, y cadena arrastradora de odiosos despropósitos.

Dí fuertes voces, acudió presurosa mi sirvienta, y la pedí... ¡el chocolate!





TEMPESTAD Y CALMA.

I.

ANIMO, valientes marineros!
Los elementos que nos rodean se aprestan al combate; la brújula oscila y el barómetro desciende; ya sabéis que estos son avisos de una profunda revolución meteórica.

¡Siempre las grandes calmas fueron precursoras de tremendas conflagraciones!

El fresco viento, que poco antes hinchaba con gallardía nuestras velas, ha cesado; ahora nos abrasa el rostro y nos angustia el pecho con asfixiante vacío el soplo de ardoroso ambiente.

¡Parece fuego pulverizado, como el que despide la negra boca de un horno!

Mirad allá, en los confines de esta vasta llanura, donde el mar y el cielo se juntan, y vereis levantarse, como del fondo de un inmenso depósito, cárdenas y recortadas nubes que avanzan tumultuosas y desordenadas sobre nuestras cabezas, cual un despavorido ejército acosado por sangriento enemigo, y que no cesan en su carrera hasta cubrir la bóveda celeste.

Ya han tocado en el horizonte opuesto y han formado ese espeso cortinaje que nos roba los destellos del sol y nos abisma en la nada de caóticas tinieblas.

Advertid que la naturaleza toda se aletarga, como recobrando fuerzas para las próximas agitaciones.

La superficie anchurosa del mar, que aguarda con terrible inmovilidad las impetuosas embestidas del Aquilón, refleja con siniestros colores en la profundidad de los abismos el oscuro celaje que gravita sobre nosotros. Reparad cómo las ondas han ido cambiándose insensiblemente de azul en verde, de verde en gris y de gris en negro. ¡Parece que los airados y destructores instintos del mal van ahogando la pureza de su benéfica mansedumbre, armándolas de crueldad y de rabia para la pelea!

Así también el alma, trasparente y pura en los serenos estados de la virtud, se sombrea, enturbia y desfigura entre las violentas conmociones del vicio! ¡Amainad esas *mayores* con la rapidez del pensamiento, pues ya se cambian los primeros disparos!...

Los genios de la tempestad han montado en sus trepidantes carrozas, y, sueltos los frenos de fogosos corceles, comienzan á rodar por el teatro de la refriega.

La fatalidad nos obliga á participar de ella, porque el tremendo meteoro avanza vertiginosamente, y ya el ciclón nos ha comprendido en su funesta rotación.

Nuestro barco peligra, como débil juguete, entre el impetuoso choque de dos irritados titanes.....

¡Adelante! Nuestro destino es luchar, y lucharemos. El valor se guarda para los momentos solemnes, y es preciso tenerlo extremado en el de ahora.

¡Calad los masteleros!...

¡Bien! ¡bien! Como gatos perseguidos habeis volado por las vergas. Me llenais de orgullo; teneis la ligereza y la bravura del tigre.

Escuchad el clamor de los ensoberbecidos elementos; escuchad.....

Sobre nosotros, los estampidos del trueno, ya secos y estridentes, como gritos de mortal espanto; ya

brancos y continuados, como repercusión de cañonazos por los cóncavos de las montañas.

En nuestro derredor, el silbido del huracán, que se acrecienta y se amengua, se aproxima y se aleja, se retuerce y estira para dejarse oír doliente, blando y angustioso unas veces, como lastimero quejido de apenadas almas; soberbio, rabioso y bravío otras, como ensordecentes imprecaciones de irritadas furias.

Bajo nuestros piés, el oscuro, monótono y prolongado zumbido de batientes olas, que se disputan en confusa y atropellada marcha la velocidad de su carrera, como si huyeran asustadas unas de otras.....

Y entre toda esta batahola de los cielos, los aires y las aguas, las enérgicas pitadas de mando, el crugir de las resentidas maderas, los gritos de maldición..... ¡Oh! El concierto no puede ser más infernal ni más digno de vuestro coraje: parece anunciarnos la destrucción del Universo.

No importa, ¡ánimo, bravos leones!.....

Ilumina por intervalos nuestra escena el siniestro fulgor de los relámpagos. ¡Soberbia es la luz azufrada que de vez en cuando colorea vuestros cuerpos con fatídicos matices, para desvanecerlos en seguida en la oscuridad de las tinieblas!

¡Vive Dios que debeis agradaros mutuamente!.....

¡Pareceis evocaciones aterradoras de una calenturienta fantasía; trasgos flotando entre nimbos fosforescentes!.....

¡Magnífico! Disfrutamos de la más horrenda sublimidad; esas deslumbrantes líneas de fuego, que surgen rápidas, serpean por el firmamento rasgando su bóveda y se hunden como irritadas serpientes de fuego en las entrañas de las ondas, son los mensajeros que nos preceden en el viaje al fondo de los mares.

¡Por San Telmo, que sois unos verdaderos lobos marinos! Desde este maldito puente, siento que el rugir de vuestros hercúleos pechos y el hálito resoplante y ardoroso que despiden vuestros labios os mantienen indomables en la lucha. ¡Eso es!..... oponed al fuego

de las nubes el que centellea en el fondo de vuestros ojos, y al rugido del huracán el de vuestros pulmones.....

¡Ah! El poder de una tempestad se doma con el de otra tempestad mayor, y la victoria será nuestra, porque os alienta el genio de la desesperación.

Navegamos con la rapidez del vértigo.

Flotan y se sacuden nuestras velas, hechas mil giros, que con insaciable avaricia nos van robando las cortantes garras del huracán, para lanzarlos como despreciable botín sobre las ondas de lejanos horizontes.

¡Mejor, siempre mejor! Los exíguos despojos que nos queden serán para nosotros como los gloriosos pingajos de un estandarte deshecho entre el fuego y el desorden y la algazara y la muerte de sangrienta batalla...

¡Maldición! Un golpe de mar ha estrujado entre sus formidables brazos el buque y ha tronchado el trinquete, como débil junco que quiebra la fuerza de robusta mano. ¡No arredrarse!

Para viajar de esta manera, nos sobran los palos. Las montañosas olas se alzan y hunden bajo nuestra quilla, y tan pronto nos remontan á las nubes como nos sumergen en asfixiante vacío. Eolo nos conduce, y sopla nuestra casa como á ligera pluma; ¡qué más quereis!

Pero ¿quién diablo se queja? ¿Quién es ese cobarde que se deja vencer por el desaliento?.....

¡A ver! ¡Achicad la bomba y arrojad al infierno esos malditos foques!..... ¡Pronto, si no quereis que, á pistoletazos, envíe vuestras almas al diablo antes de lo debido!

¿Vais á gemir ahora como asustadizas criaturas, vosotros, que teneis esas caras de fieros lobos, abrasadas por el fuego de los trópicos y endurecidas por el curtiembre frío de los polos?

¡Soberbio bandazo y soberbio remojón! Creí que habíamos concluido; pero no, que aún dura la lucha.

Esa ola, que Dios confunda, ha barrido la cubierta

y se ha llevado tres hombres. ¡Por Santa Bárbara, que les está bien empleado!

La ocasión no es para distraerse con rezos, sino para preveniros contra las sorpresas del astuto enemigo que nos acosa.

Los negros tiburones habrán dado ya buena cuenta de ellos.

¡Ja..... ja! Es de rigurosa cortesía que estas fiestas del mar obsequien con platos extraordinarios á sus honrados inquilinos.

¡Ja..... ja!..... ¿Querriáis morir, sin duda, en vuestros lechos, coronados de flores y blandamente introducidos en el sueño final, merced á la copa de letal cicuta, como aquellos artísticos compatriotas de Simónides?

¡A fe que no mereceis esas crespas barbas que orlan, como manojos de espinas, vuestras tostadas fisonomías!

¿Mirais ahora con aprecio la vida? ¿Y por qué?

¿Acaso no reparais que hasta moralmente, es solo una encarnizada lucha sin tregua, una lucha del individuo contra la sociedad, y del individuo contra sí mismo?

¡Por Satanás, que somos un contrasentido, una aberración, un aborto de la Naturaleza!

Débiles de cuerpo, y más débiles aún de espíritu; átomos complicados de materia palpitante, suspendidos entre las inmensidades que por doquiera nos envuelven; mezquinas organizaciones las nuestras, que se alientan al soplo de una fuerza misteriosa, y al leve soplo de otra fuerza misteriosa se deshacen, venimos á este mundo con el fuego de nuestras pasiones y la fuerza de nuestros vicios, con la maldad del homicida y la ceguedad de la locura, llevando siempre dentro de nuestro calcinado cerebro la inextinguible llama de un informe deseo nunca realizado, y que se alimenta y crece con el rudo embate de los desengaños.

¡Ah! La vida no es mas que el naufragio de un organismo dentro de la sociedad, y de una sociedad dentro del mundo; un breve aliento ceñido al último estertor de una fatal agonía, que nos lanza, abrasados

por el fuego del martirio, en el reposo de la nada; un matrimonio infernal de bulliciosa materia que vive destruyéndose sin descanso.....

¡Cuánto mejor no es la muerte!

No tembleis por miedo á los tiburones; su bondad y aserrantes fauces os harán sufrir muy poco; estas son firmes y rápidas como palancas de robustas máquinas.

De pronto os sentís cogidos entre sus mandíbulas, crujen vuestros cráneos magullados por tremenda presión, y antes de pensar en vuestra suerte ya rodáis por su musculoso estómago convertidos en sanguinolenta papilla.

¡Un hábil verdugo no os haría sufrir menos!

Y el sepulcro os pertenece de derecho. Allí, como aquí, sereis siempre lobos marinos, y lo mismo en uno que en otro sitio, vuestro destino será navegar por las tormentosas corrientes de los mares.

¿Habíais creído, por ventura, que paseábamos sobre inofensivo cadáver?

¡Os equivocásteis!

El mar es un mónstruo palpitante que vive como vosotros, y como vosotros tiene sus explosiones de vengativa cólera.

Convenceos de ello viendo que por su interior se cruzan millones de corrientes, como millones de corrientes se cruzan dentro de nuestros cuerpos.

Las caudalosas afluencias de los rios atienden sin cesar á su alimentación, como vosotros atendeis cuotidianamente á la vuestra.

Gruesas trombas y continuas evaporaciones le desgastan sus aguas, como el sudor y las escreciones desgastan las de vuestra sangre.

También él tiene en sus oleadas el testimonio de violentas pulsaciones, y arroja pulcro sobre la playa, entre encajes de blanca espuma, los despojos de su vida.

¿No os basta esto?

Oid su canto de paz, dulce y armonioso en el batir de las olas contra las acantiladas rompientes, y extre-

meceos con su estruendoso rugido cuando le irrita y provoca la tempestad.

Vedle obedecer al hombre por los canales y rebelarse contra la sujeción que le impone cuando ganoso de nuevas conquistas, rompe los diques, lanza en són de guerra ejércitos de formidables olas que arrollan cuanto encuentran y disputan á la tierra sus dominios.

II.

¡Arriba, muchachos, arriba!

El tranquilo y prolongado sueño que hace horas disfrutais habrá reanimado ya vuestro espíritu.

Levantad, levantad esas varoniles cabezas y recread el alma con la majestuosa belleza que nos envuelve.

¿No oís el dulce acento de la campana que os anuncia ha llegado la hora de elevar nuestras preces al Sumo Hacedor?

¿Acaso no conmueven vuestros nobles corazones esas vibrantes notas, que son un festival canto de paz y de ventura?

¡Tan..... tan..... tan!....—¡Escuchad, nobles marineros!

Ella os anuncia con su pausado ritmo que el huracán se agita en apartadas regiones; que ya no os envuelve el rayo destructor, ni la descarnada figura de la muerte tiende sobre vosotros su inclemente guadaña.

¡Tan..... tan..... tan!—¡Escuchad cómo os brinda con meliodosos ecos á gozar de la vida!

Sus argentinos toques se alejan ondulados por la suave y perfumada brisa que el pecho respira con apacible deseo, y van difundiéndose hasta perderse en las inmensidades del espacio, como mensajeros que marchan en busca de vuestras familias para anunciarles la fausta nueva de vuestro último triunfo.

Despertad, despertad de ese profundo sueño, y oid la cariñosa voz de la campana que os convida á gratos recuerdos.

Ella es vuestra amiga y consejera.

Ella os llama arrebatada al puesto del honor en medio de la lucha mortal, y os alienta entre el desorden y el estruendo de las borrascas.

Y ella, con plañideros toques, os anuncia la muerte de algunos compañeros y os reúne en torno del sacerdote.

Vosotros, como yo, al percibir sus blandos gemidos, sentireis embargada el alma de indefinibles emociones.....

Recordareis con vaga melancolía y regocijo el alegre volteo de la campana, orgullosamente asentada en la alta torre de vuestro pueblo, cuyos lúgubres lamentos acompañaban á los seres más cariñosos para vuestra infancia, desde la casa al cementerio.

¡Ah! también vuestras almas, como la mía, doloridas por el desgarró y el sufrimiento de la lucha, evocan el recuerdo de aquellas dulces edades, sonriente primavera de nuestra asendereada vida, en la que calmaban todos nuestros quebrantos los amorosos regazos y apasionados besos de nuestras idolatradas madres.

¡Qué recuerdos tan tiernos y queridos! Reposa en ellos el alma quebrantada por el sufrimiento, como á la sombra del árbol descansa el viajero fatigado por el ardor del sol y lo áspero del camino.

Sin querer saltan en la memoria muchas, muchísimas impresiones.....

Las venturas sin asomo de tristeza de los primeros años..... Las pavorosas leyendas y consejas oídas en torno del hogar, sintiendo en el rostro el ardoroso aliento de los maderos encendidos, entre los que alborota con su chisporroteo la castaña que se retuerce para asarse, mientras por fuera los cielos depositan blandamente sobre la tierra capas de nieve..... Las noches de Navidad, con el ruido de sus panderos, el cántico de los villancicos y la sabrosa cena de familia... Las tibias tardes del otoño, con su cielo esmaltado de nubes bellísimamente arreboladas, y los caminos que conducen á la aldea transitados por los carros que

llevan perezosamente al lagar los altos cestos henchidos de doradas uvas, y entre ellos racimos de criaturas que asoman sus cabezas, encendidas y rubias como manzanas del Rubicón, y animadas con infantil alboroto..... Las ansias eternas y no definidas de una pasión soñada, y los deleites puros de un amor correspondido..... Luego el matrimonio..... los hijos.....

¡Ah! ese hervidero de recuerdos, que parece quiere estallar el cráneo, ¡cuán poética y adorada hace la vida!

¡Despertad, despertad, sufridos marineros, y embelesaos con el panorama de esta grandiosa naturaleza!

¡No tembleis ya!

Sobre nuestras frentes se ostenta ahora la azulada limpidez de los espacios, en donde centellean, como chispas de brillantes sobre tensa gasa azul, millones de luceros.

Lejos, allá, en los confines del horizonte visible, húndese entre aureola de grana la antorcha de las esferas.

Admirad sus quebrados resplandores y sus mágicos espejismos, matizándolo todo con melancólicos tintes.

Ved cómo la tranquila superficie del mar parece entreabrirse para recibir su majestuoso descenso.

Insensiblemente se extingue la fuerza de su luz..... Las sombras de la noche juegan con los cambiantes crepusculares..... Ya ha desaparecido de nuestra vista, y todavía deja en pos de sí una estela de fuego, que la refracción proyecta sobre nosotros para pintar de rosa los masteleros y lo alto de nuestras vergas.

¡Es el lánguido beso de despedida con que se aleja el día!

¡Grandioso es el destino del sol!

Sostiene él la vida de la naturaleza toda, y al mismo tiempo que sus etéreas vibraciones difunden entre nosotros la luz que hiere nuestros ojos, caldea y seca la costra de la tierra que esconde las ricas piedras y metales; sondea la profundidad de los mares para dar vida á los millares de seres que surcan sus aguas; ca-

lienta con sus impalpables rayos las retortas vivas de los vegetales para remover en su textura las fuerzas químicas de la organización, y guía á la vivificante savia que circula por los delicados conductos del añoso árbol, desde la raíz al tronco, desde el tronco al tallo y desde el tallo á la hoja.

También él mueve nuestra rutilante sangre, que deslíe bajo la áspera piel el color sonrosado de la vida, y enciende en los ocultos talleres del pensamiento el sacrosanto fuego de la inspiración.

Vierte entre los aterciopelados pétalos de las flores sus brillantes colores, y hace brotar del árbol el exquisito y jugoso fruto.

El pasea sobre vuestros ojos por la mañana su excitante cabellera para brindaros al trabajo, y se retira por la noche para permitirnos el descanso.....

¡Ah, sí! su poderío es inmenso, porque es el director y fuente principal de ese conjunto de fuerzas que rige la armonía de las esferas en nuestro sistema planetario, y, á la par que provoca la tempestad que destruye, elabora la benéfica lluvia que fertiliza.

¡Bien, bien! Os veo ya formados sobre la cubierta, y percibo vuestras roncas y fervientes plegarias, que acompañan al rezo del sacerdote.

También observo vuestras indomables cabezas, desnudas del embreado sombrero, dirigir tiernas y devotas miradas de gratitud hacia los cielos.

¡Siento que la emoción me ahoga y que, á pesar mío, se escapan de mis párpados lágrimas ardientes!

¡Sois unos héroes!

Dios, desde las alturas celestes, escuchará esos cánticos sencillos que se elevan á las regiones inmortales confundidos con los suspiros de la juguetona brisa y el dulce murmullo de las olas, que besan ahora con sus labios de espuma el casco de nuestra embarcación.

¡Que los cielos tiendan su bendición sobre vosotros y os restituyan felices al seno de vuestras queridas familias!

Agosto de 1876.



UNA FARMACIA MODELO.

EN cierta mañana del florido mes de Abril, mes de los ilusos, de los enamorados, de las lilas y de los poetas, encontrábame apoyado de espaldas sobre una de las innumerables esquinas de la Puerta del Sol de esta corte, cuando sentí un irresistible encontrón sobre mi hombro derecho, que me hizo vacilar y aun casi caer.

Creí al pronto que el alero del tejado vecino ó el piso de algún balcón se había desprendido sobre mi cuerpo; pero desgraciadamente, fué cosa peor; la mano de plomo de mi amigo Gervasio, con la delicadeza acostumbrada, me advertía su presencia.

Y aprovecho de paso esta coyuntura para advertir á los naturalistas, que entre las muchas clasificaciones racionales del hombre, podrían incluir una que dijera:

«El hombre, por su mano, puede subdividirse en *homo simplex* y *homo elephas*.»

Mi amigo Gervasio pertenecería al segundo grupo, pues tiene algo de esos elefantes sagrados de Siam, que solo acariciando estrujan la cabeza de un reo como si fuera una uva.

Siguió la preguntita de costumbre:

—¿Qué haces?

—En este momento, contesté, llevando la mano opuesta al sitio magullado, reconocer mis huesos para ver si han quedado, con tu caricia, como frágil azucarillo después de la pisada de un aguador.

—¡Vamos, no seas merengue! me dijo, despidiendo de sus labios grotesca risotada, y de su otra mano nueva puñada que cayó sobre mi hombro sano.

—Esto ya es otra cosa, repliqué con celeridad y sonriéndome, á fin de *yugular* aquel incipiente martilleo de cíclope. ¿No tienes nada que hacer ahora?

—Sí, me respondió; voy á ver una farmacia nueva que ha de abrirse pronto al despacho; acompáñame, y no te arrepentirás de la visita; te proporcionará materia para un artículo interesante.

—Vamos, pues, dije sin más vacilaciones, colgándome del brazo de Gervasio y empujándole para que se pusiera en movimiento.

—¡Por San Caralampio, que debe ser el abogado celestial de todos los pasmos humanos! — exclamé abriendo desmesuradamente los párpados, apenas pasé de vidrieras adentro;—¡chico, qué lujo!

—Mira y calla—me dijo en voz baja—no crean que has venido ahora de Tineo.

—¡Imposible!—reliqué—¡si esto parece el regio *foyer* de un teatro! ¡qué techo!.... ¡qué espejos!.... ¡qué elegantes divanes!.... ¡qué paredes tapizadas de brocates!.... ¡qué esculturas, qué tíbores, qué tallado, qué candelabros, qué alfombras y cortinajes, qué ornamentación!.... qué todo, en fin, chico! ¡si parece la apotheosis del lujo!

—Como que este es el salón de espera.

—¿De espera has dicho? Verdad que no es de lo que menos falta hace en una farmacia. Pero ¿y los estantes? No veo botamen, balanzas, morteros ni nada de cuanto la farmacia necesita.

—No seas abuelo, hombre. ¿Si creerás tú que las farmacias modernas van á continuar exhibiendo, como

las antiguas, aquellos irresistibles cuadros de mancebos mal vestidos, con el pelo rizado y cargado de olorosas pomadas, que se pasaban ante el público horas enteras triturando con el mortero ó redondeando píldoras al compás de los suspiros y miradas que dirigían á las retozonas doncellas del barrio? Ahora, toda esa visible obra de mano ha desaparecido. Aquí reina la estética con sus más refinadas exigencias, y verás por doquiera mucha coquetería y mucho atildamiento.

—Pero.....

—Nada, hombre; ahora, los mancebos despacharán uniformados de frac, y con la cara ceñida á los requisitos del último figurín de peluquería: ¿ha de ser menos un aspirante á doctor, cuando te entrega delicados globulitos reparadores de tu salud, que lo es el inculto astur cuando entre sus deformes manos te sirve la humeante sopa que regodea tu estómago?

—Pero ¿y qué queda entonces de lo rigurosamente farmacéutico para el público?

—Mira aquella puerta de la derecha: sobre su dorado cerco hay una repisa apoyada en ménsulas de negro mármol, y sobre la repisa un busto. ¿No sabes de quién es? ¡Bah! no conoces á los genios de la ciencia: mira esa barba recortada, esa frente espaciosa, esa mirada escudriñadora, esas dos verrugas de la mejilla izquierda: todo denuncia á Pasteur; debajo tiene un letrero que dice: *Sección A.—Patogenesias.*

Mira ahora enfrente, formando *pendant*, otra puerta igual: el busto recuerda á Trousseau, y su correspondiente letrero dice: *Sección B.—Higiogenesias.*

—Comprendo bien el destino de esta segunda sección—dije;—restituir la salud; pero no acierto con el de aquélla.

—Ven acá, hombre atrasado—respondió Gervasio cogiéndome de un brazo, y tirando de mí;—pasemos al interior de ese gabinete, y verás primero, y te asombrarás en seguida.

Levantamos el pesado portier y entramos en una habitación de regulares proporciones, cuyo modesto

decorado contrastaba con el lujo del salón anterior. Un orden de armarios pintados de negro mate y cerrados por completo revestía las paredes en gran parte de su altura.

—¡Y bien!—dije á mi amigo, esperando explicaciones.

—Venga V. acá, D. Senén,—gritó Gervasio dirigiéndose á un sujeto seco, alto, de tez biliosa y fisonomía muy movible que, arreglándose los pliegues de su rica bata de seda, apareció por la puerta misma que acabábamos de atravesar.

Era el dueño de la farmacia, á quien Gervasio me presentó.

—Descúbranos V.—dijo éste—los misterios que contienen los armarios herméticamente cerrados que aquí vemos.

De un bolsillo de su bata sacó D. Senén un manojo de llaves; eligió una, y con ella abrió el armario más próximo, en tanto nos decía, con esa sonrisita propia del hombre satisfecho de sus riquezas:

—¡Je, je!..... Estos armarios son una verdadera caja de Pandora; ¡como que encierran todos los males físicos que más castigan á la humanidad!

Un escalofrío de terror me corrió por todo el cuerpo; sentí miedo, y retrocedí sin querer dos pasos.

—¿Qué dice V., hombre?

—Ahora verá V.

Y, diciendo esto, puso al descubierto un nuevo frente de armónicos cajones, cada uno de los cuales contenía un letrero, que era el nombre de alguna enfermedad terrible.

—Aquí tiene V. el cajón del tifus—dijo señalándome el que estaba á la altura de su vientre.

Retrocedí nuevamente otros dos pasos.

—No tenga V. miedo, y aproxímese más; son inofensivos ahora todos, porque los males están aquí, como las fieras, enjaulados.

Me acerqué algo más confiado, y D. Senén tiró del cajón. Dentro había multitud de elegantes frasquitos

lentos de líquidos más ó menos turbios, y con densidades al parecer variadas. Sobre sus tapones, y en sus etiquetas, veíanse letras y números.

Recordaba aquello un depósito de medicamentos homeopáticos.

Cogió D. Senén un frasquito, y, con él en mano, nos dijo:

—Cada uno de estos frascos contiene millones de gérmenes vivientes, susceptibles de producir el tifus; y notarán ustedes que ninguno de los frascos encierra igual contenido que los otros, porque representan cultivos diferentes, es decir, generaciones más ó menos bastardas del microbio fundamental del padecimiento, capaces de producir tifus de distinta gravedad.

Pues bien; lo mismo que tengo aprisionado en este cajón el tifus, tengo en otros el cólera, la fiebre amarilla, la rabia, la tuberculosis, el carbunco, la viruela, la erisipela..... todos cuantos males se quieran pedir.

Tendí una mirada en derredor mío, y sentí flaquear las piernas.

—¿Quieren ustedes ver esos gérmenes?—prosiguió D. Senén, dirigiéndonos hacia una mesita: aquí hay un microscopio enfocado: observen esos filamentos que se agitan, esos puntitos que se estremecen, esa casi nada. ¡Ah, es la paradoja de siempre!—exclamó, adoptando un tono ya solemne:—lo infinitamente pequeño originando lo inmensamente grande: como el invisible polípero desarrolla los bancos madreporicos que cierran los mares más gigantescos, así el microbio desarrolla las epidemias que asolan las ciudades más pobladas; mírenle ustedes ahí, inquieto, activo, bullidor, pidiendo un organismo gigante que destruir, como el pedazo de dinamita pide montañas de granito que deshacer.

—Pero, y ¿para qué sirve esto?—pregunté, tanto para eximirnos de un discurso insoportable, como para explicarme lo que no acertaba á definir.

—Para todo, para prevenir y para matar; son como los alcaloides, que tanto pueden ser custodios de la

salud como portadores de la muerte. El que quiere prevenirse contra el mal, usa cultivos atenuados; el que quiere morir, usa cultivos vigorosos.

—¡Pero también aquí se despacha la muerte!—grité escandalizado.

—Sí, señor, á quien quiera,—me contestó con satánica sonrisa y calma D. Senén.—Reconocemos como uno de los derechos más naturales del hombre el derecho al suicidio.

—¡Qué barbaridad!—exclamé sin poderme contener.

—No, no me ofende esa palabra, que es la que se le ocurre á todo el que quiere vivir, porque le va bien en esta vida ó se resigna con sus males; pero esos no tienen derecho racional á imponer la vida á quien renuncia á ella, si al mismo tiempo no oponen remedio á los males que se la hacen insoportable.

—Esa doctrina es disolvente.

—No tal; pero, en todo caso, importaría poco. Para nosotros no hay nada que obligue á un individuo á permanecer en un sitio en donde no ha entrado por su propio gusto y deliberación. Venimos al mundo, porque se nos descarga en él; somos un rastrojo fecundo que deja tras de sí el fuego del placer que otros han gozado, y debemos tener el derecho á marcharnos de aquí si el hambre, y el casero, y los dolores, y las afecciones morales, y el tortor de roedoras pasiones, nos atan al potro de irresistibles sufrimientos.

—¿Y los deberes de moralidad social? ¿y la religión? ¿y la esperanza? ¿y?... Pero no; no me conteste usted—repuse, observando que D. Senén se disponía á defender con mil argumentos heréticos y materialistas los derechos de su libre tráfico.

—Sí, tiene V. razón,—añadió conteniéndose don Senén;—todas estas discusiones, que teóricamente serían interminables, y que prácticamente obedecen á evoluciones naturales de la sociedad, se explican de hecho con una sola frase: *Puntos de vista*. Son como las dos miradas que comprenden desde puntos opuestos

una nube que se mece tranquila en el espacio: para la una aparece negra y sombría como el presente de un reo en capilla; para la otra, dorada y teñida con los colores del prisma, como el sueño de una virgen en visperas de sus desposorios; y, sin embargo, las dos miradas ven bien. Desengañese V., repito, son puntos de vista.

Pero no se concretan á éstas—añadió, variando ya de tono y haciendo relampaguear en sus pupilas el fuego de la codicia mercantil—las utilidades de mis medicamentos; todavía, con sus efectos patogenésicos, se obtiene multitud de interesantes resultados; la joven romántica que busca misteriosos atractivos en una tuberculosis benigna; el polisárcico que con una fiebre no mortal quema en pocos días los depósitos de grasa que convertían en botarga su organismo, etc., etcétera, aplicaciones son que han de hacer de estos gérmenes uno de los artículos más productivos de mi farmacia. ¿Quiere V. ensayar algunos?

Semejante pregunta, hecha de pronto y con una expresión mefistofélica de su rostro, me sobrecogió con extraño pavor; tiré del faldón de la levita de mi amigo Gervasio, y aun á trueque de aparecer descortés, procuré salir lo antes posible de aquel infernal establecimiento.

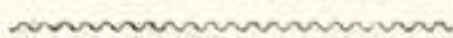
Estoy esperando, desde ese inolvidable día, que la farmacia se abra, y por causas que ignoro, todavía sigue cerrada.

Sin embargo, he averiguado con toda certeza que se abrirá. Me consta que en París siguen cultivándose con toda actividad aquellos malditos gérmenes para la nueva farmacia.

No quiero abusar de un secreto, y por eso no revelaré dónde está el establecimiento.

Lo diré á mis lectores el día en que se inaugure.

Agosto de 1881.



INDICE.



Dedicatoria	III
Prólogo	V

I. DISCURSOS.

Carácter actual de la medicina.	I
Origen é importancia de la craneometría.. . . .	39
Conflictos entre la frenopatía y el Código penal.	67
Movimientos reflejos.	99

II. CONVERSACIONES ÍNTIMAS.

Conversaciones íntimas.	117
---------------------------------	-----

III. ARTÍCULOS.

Fantasías profesionales.. . . .	149
29 de Abril de 1875.	155
Honorarios médicos.	159
Filantropía médica.. . . .	167
La cuarta potencia.	173
¡Ossa humiliata!.	179
Honremos la clase.	187
La Escultura anatómica.	191
Ciencia y arte.	197
Medicina francesa y alemana.	200
Borrasca.. . . .	206

IV. APUNTES, PERFILES Y RETRATOS.

En la antesala de la exposición.	215
Semblanzas (<i>véase el índice nominal</i>).	
Oradores, médicos y farmacéuticos.	456

V. CARTAS DE VIAJE.

Alhama de Aragón.—Zaragoza.—Un doctor de mucho lustre.—Un síntoma discutible.	481
Visita á Lérida y á Monserrat.	491
Barcelona y sus manicomios.	498
Mompeller.	510
Marsella.—Niza.—Mónaco.	520
Saludo á Italia.—Génova y su cementerio.	533
Inauguración de un establecimiento balneario.	544

VI. VARIEDADES.

Un descubrimiento del siglo XX.	
Prólogo.	563
Cap. I.—Un suelto del <i>Heraldo Universal</i>	567
Cap. II.—A fines del siglo XX.	573
Cap. III.—Un descubrimiento prodigioso.	578
Epílogo.	592
Tempestad y calma.	594
Una farmacia modelo.	605



ÍNDICE NOMINAL.



A.

- | | |
|----------------------------|----------------------------|
| Acquapendente—28. | Andrade—468. |
| Aecio—21. | Arcas—474. |
| Aeby—48—49. | Argenta—466. |
| Aguilar y Lara—229. | Aristóteles—10. |
| Aguilera—545. | Ariza—236. |
| Aguado Morari.—223. | Armendariz—223. |
| Acha—467. | Arnaldo de Villanueva—20. |
| Alejandro (de Tralles)—21. | Asclepiades (de Prusa)—11. |
| Alarcón—223. | Asuero—169—181. |
| Albucasis—22. | Ataide—283. |
| Albinus—42. | Averroes—22—500. |
| Alcina—231. | Avicena—22. |
| Alonso de Guevara—28. | Avilés—223. |
| Alonso Rubio—209—232. | Avila de Pezuela—239. |
| Andral—104. | Aza—187. |

B.

- | | |
|--------------------------------|------------------------|
| Badía—249. | Benavente (D. A.)—223. |
| Baglivio—29. | Bellmunt—31—241. |
| Ballota Taylor—223. | Bengoa—170—466. |
| Barreta—193. | Bellini—29. |
| Barnes—237. | Bert (Paul)—29. |
| Barthez—29—30—37. | Bertillon—61. |
| Benavente (D. M.)—187—
242. | Bernard—101. |
| | Blumenbach—41—46—47. |

Boerhaave—29—54—62.
 Bonilla—223.
 Bonis—278.
 Borelli—104.

Broca—41 y sig.
 Busto (del)—247.
 Buissen—245.
 Busk—48.

C.

Calatraveño—223.
 Calderín—Dedic. y 251.
 Calvo y Martín—257.
 Calvo Asensio—169.
 Calleja—254.
 Campá—258.
 Camper—46—49—50—54.
 Capdevila—181—182.
 Carpi—129.
 Carbó—250.
 Castelo—187—376—265.
 Carrasco—223.
 Castells—491—270.
 Castañer—493.
 Castelló—181.
 Carreras Sanchis—262.
 Carreras Aragó—261.

Castillo Piñeiro—266.
 Castillo Quartiellerz—268.
 Castro y Latorre—272—446
 —462—467.
 Castro (D. F. J.)—273.
 Cervera—379.
 Celso—21.
 Colombo—28—32.
 Collado (Luís)—28—382.
 Corral—188—280.
 Cospedal—223.
 Cortejarena—275.
 Cortezo—276—462.
 Creus—287.
 Cruisksant—42.
 Cuesta (D. F.)—223.
 Cuesta y Ckerner—289.

D.

Daza Chacón—28.
 Delalande—54.
 Delgado Jugo—378.
 Didier—20.
 Díaz Benito—290.

Díaz Pulido—223.
 Donís—473.
 Dolsa—504.
 Durand (de Groos)—110.

E.

Erasistrato—11.
 Escuder—223.
 Escribano—223.
 Escolar—181.
 Espina y Capo—34—291—
 654.

Esquerdo—67—123—126—
 293.
 Esquirol—91.
 Eustaquio—130.

F.

- Fernández Velasco—223.
 Fernández Esnaola—223.
 Fernández Losada—297.
 Fernández Carril—471.
 Ferradas—299.
 Ferrer y Viñerta—301.
 Ferrier—128.
 Fournié—105—106—107.
 Fournier—131.
 Flourens — 42 — 43 — 44—
 106.
 Fourquet—169.
 Francos—187—223.
 Frey—43—44.

G.

- Galeno—129.
 García Caballero—302.
 García Camisón—305.
 García López—307.
 García Solá—313.
 García Teresa—223.
 García Morales—309.
 Geoffroy Saint'Hilaire—54.
 Gaddesden—20.
 Galeno—11—21.
 Guido de Chauliac—20.
 Gimeno Cabañas—314.
 Giné Partagás—316—424—
 503.
 Gimeno (D. Pedro)—28.
 Gimeno (D. J.)—486.
 Gordón (B.)—20.
 Gómez Torres—322.
 Gómez Pamo—321.
 Gómez de la Mata—320.
 González Hidalgo—319.
 González Encinas—323.
 González Alvarez—223.
 González Valledor—326.
 Gurucharri—223.
 Gutiérrez (D. B.)—181.
 Gutiérrez (D. E.)—327.
 Guérin—350.

H.

- Hauser—329.
 Harvey—28.
 Heródico—7.
 Herófilo—11.
 Hernando—330.
 Hernández Poggio—319.
 Hernández Silva—225.
 Hipócrates—7—9—10—21.
 Hildegarda—20.
 Horno—223.
 Huxley—66—46.
 Huschke—66.
 Hugues—20.

I.

- Icos (de Tarento)—7.
 Iglesias (D. M.)—223.

K.

Khamkof—66.

Kolliker—43—367.

L.

Laskouski—518.

Landry—168.

La-Casa—223.

Larra y Cerezo—332.

Lázaro Adradas—223.

Legrand du Saulle—74—

111.

Letamendi—187—188—500

—333.

León y Luque—465.

López Cerezo—223.

Llord—223.

Llordach—504.

López García—141—341.

López Girón—169.

Lozano Caparrós—345.

López Ocaña—344.

Lluys—110—111.

Lucae—46.

M.

Manzaneque—223.

Mata—181—182.

Martín de Pedro—181.

Massa—129.

Manrique—160.

Mariani—223.

Marvá—223.

Martínez Esteban—223.

Malgaigne—365.

Marsella—367.

Magaz—256.

Malo y Calvo—282.

Martínez (Crisóstomo)—20.

Martínez Pacheco—306—

351.

Maestre de San Juan—347.

Magaz—348.

Martínez Molina—349.

Martínez Reguera—353.

Marín—461.

Martín Corral—466.

Martín García—467.

Marles—492.

Malpighi—42—43.

Mercado (Luis)—28—278.

Mesnet—110.

Mendoza—223.

Méndez Alvaro—232—360.

Miguel y Vigurí—363—465.

Morales (D. A.)—365.

Mortón—58.

Montes—223.

Moreno—223.

Morcillo—223.

Monlau—315.

Montaña de Monserrat—28.

Moreno Pozo—368.

Monmeneu—466.

Muñoz (E.)—239—369.

Muñoz (F.)—370.

N.

- Negro—223.
 Nieta y Serrano—170.

Novella—223.

O.

- Oñate—28.
 Oribasio—21.
 Oliván—223.
 Olavide—236—244.

Oña—282.
 Osio—
 Otaño—161.
 Owen—57.

P.

- Pareo—28.
 Pablo de Egina—21.
 Parada Santín—380.
 Paris—188.
 Peña—223.
 Peset y Cervera—383.
 Pérez—484.

Peset—381.
 Pinel—93—293.
 Piquer—382.
 Pizarro—385.
 Pflüger—183.
 Platón—10.

R.

- Raimundo Lulio—20—500.
 Rasis—22.
 Ranvier—342—43.
 Reynaut—104.
 Regules—387.
 Retzius—46.
 Rives—181.
 Rivera—223.
 Roel—322—393.
 Rodríguez Abaytua—390.

Rodríguez (A.)—223.
 Rodríguez Méndez—232—
 391—507.
 Roviralta—181.
 Robin—104.
 Rollet—44.
 Robert—388—43.
 Rodríguez Rubí—223—266.
 Rubio (D. F.)—161—365—
 395.
 Rubio (P.)—322.

S.

- Sáez Domingo—223—379.
 Sanz Bombín—223—465.
 Sáenz Criado—319.

Sánchez Ocaña—379—398.
 Sánchez Toca—395.
 San Martín—405.

- Santero (D. T.)—170—411.
 Sarasa—223.
 Salazar—223.
 Sádaba—465.
 Santero (D. I.)—1—32—35
 —487.
 Salillas—465.
 Sainz Cortes—410.
 San Martín (D. B.)—222.
 Sancho Martín—187—223.
 Sappey—350.
 Seoane—181.
 Slocker—223.
 Setchenow—108.
 Serret—413.
 Senac—29.
 Seneet—28.
 Segarra—28.
 Silvio—29.
 Simarro—407.
 Siboni—470.
 Somovilla—465.
 Sota y Lastra—415.
 Suender—409.
 Sylvius—129—130.
 Sthhal—29.

T.

- Taboada—416—452.
 Tapia—142—223.
 Tardieu—319.
 Tejada y España—417—466.
 Tillaux—366.
 Tolosa Latour—187—421.
 Toro (del)—269—317—424.
 Torres Fabregat—223.
 Toledo—420.
 Tufró—426.
 Trousseau—111.

U.

- Ulecia—427.
 Uriarte—169.
 Urrecha—223.
 Usera (D. N.)—282.
 Ustáriz—429—465.

V.

- Valdivieso (D. L.)—449.
 Vallés—28—57.
 Van Helmont—29.
 Valera—239—450.
 Vesalio—130—28.
 Velasco (P. G.)—156—188
 —195—290—306—431—
 565.
 Verdós—452.
 Vidal Solares—453—237—
 507.
 Viforcós—454.
 Vieta—240.
 Vicente—223.
 Villafranca—223.
 Virchow—60—61—33.
 Virey—55.
 Von-Baer—62.
 Vogt—54—59—61—49—50

W.

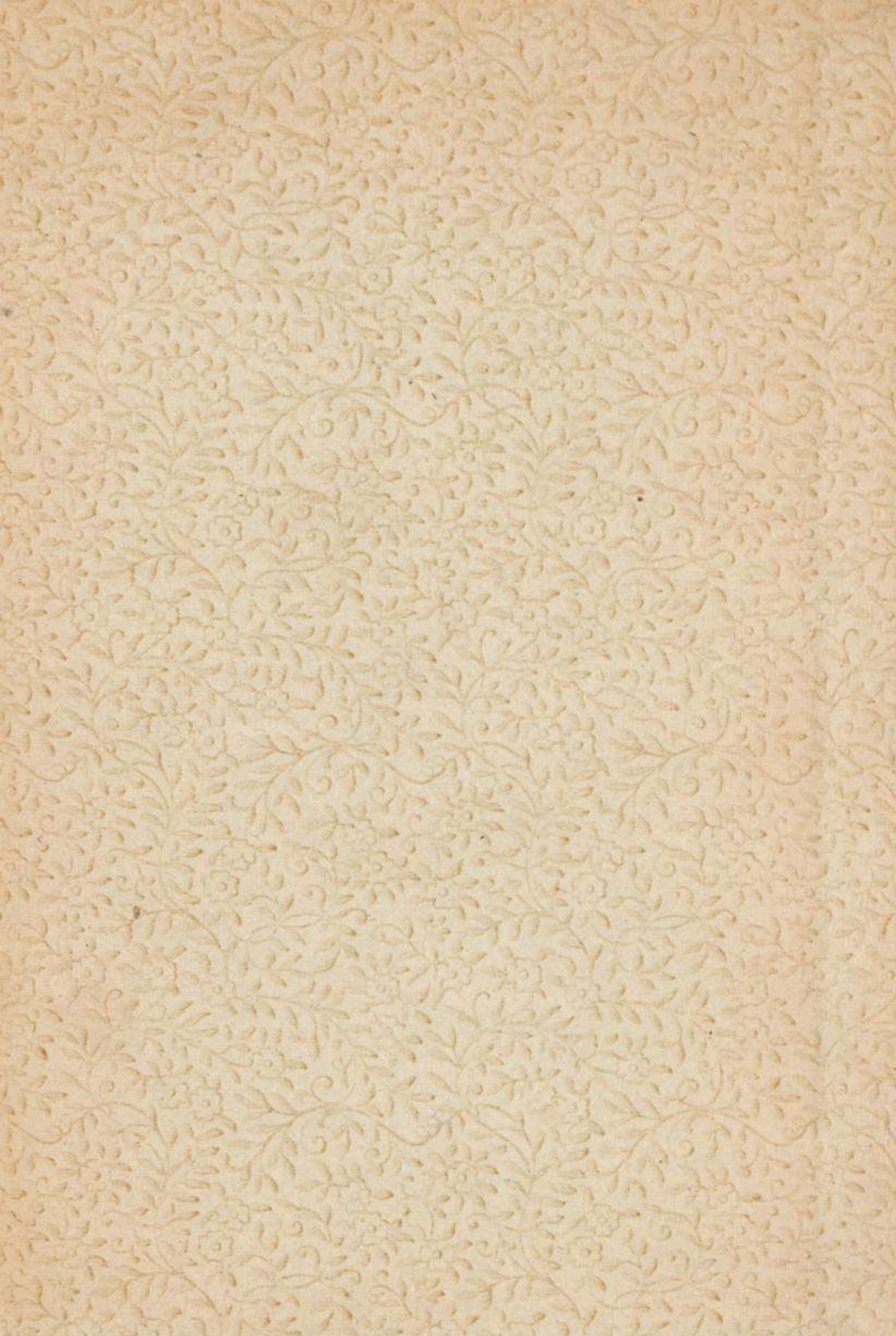
Walse — 278.

Welcker—60—61—62 y sig.

Z.

Zofio (Enrique)—195.





Puñido
LA MEDICINA
Y LOS MÉDICOS

